OMNIBUS LITERARIO,

REPRODUCCION DAGUERREOTÍPICA

DE TODO LO QUE SE PUBLICA

EN LOS PERIÓDICOS FRANCESES

mas palpitante, *mas* Balzac, *mas* Paul de Kock, *mas* Jorje Sand, *mas* Eugenio Sue *y otros prodigios traspirenáicos;*

TRADUCIDO POR LOS DISTINGUIDOS LITERATOS ESPAÑOLES LOS SEÑORES

ESCOBAR, PRINCIPE, CAMPOAMOR, ALFARO, SATORRES, ANTEQUERA, SANTA-ANA, RIBOT.

CIENCIAS, BELLAS ARTES, BELLAS LETRAS, RELIGION, MORAL, POLÍTICA, ETC.

¡MUCHÍSIMO DE TODO:

TANTO QUE SOBRA PARA INSTRUIRSE Y PARA SOLAZARSE, PARA REIR Y PARA LLORAR.

TOMO PRIMERO.

MADRID:

Imprenta y casa de la Union Comercial.

1844.

REVISTA PARA TODO

Ayuntamiento de Madrid

HEMEROTECA MUNICIPAL

Número de registro: .....
Estante: A.H. 20
Tabla: 5
Número de volúmenes: .....
Encuadernación: .....

I. M.—2.032.

Ayuntamiento de Madrid

3 1/18

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

OMNIBUS LITERARIO.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

OMNIBUS LITERARIO,

Ó SEA

REPRODUCCION DAGUERREOTIPICA,

DE TODO LO QUE SE PUBLICA

EN TODOS LOS PERIÓDICOS FRANCESES

lo asombroso, mas palpitante, mas estupefaciente, mas siglo XIX, mas Balzac, mas Paul de Kock, mas Jorje Sand, mas Eugenio Sue y otros prodigios de la prensa:

CIENCIAS, BELLAS ARTES, BELLAS LETRAS, RELIGION, MORAL, POLÍTICA,

BUQUES DE VAPOR, CAMINOS DE HIERRO, POZOS ARTESIANOS, GLOBOS AEROSTÁTICOS, ETC., ETC, ETC.

¡MUCHÍSIMO DE TODO!

TANTO QUE SOBRARÁ PARA INSTRUIRSE

Y PARA SOLAZARSE.

No se confunda este con el *Omnibus Mensual* que se parece mucho á la casa de *Astrearena*, es, como si dijéramos, UNA GRAN NADA.

1844.

TOMO SEGUNDO.

MADRID:

Imprenta y Casa de la Union Comercial.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

LOS CUENTOS
DE LA ALHAMBRA,

PRECEDIDOS DE UN VIAJE

EN LA PROVINCIA DE GRANADA,

escritos en inglés

POR WASHINGTON IRVING,

Y TRADUCIDOS DEL FRANCES AL CASTELLANO

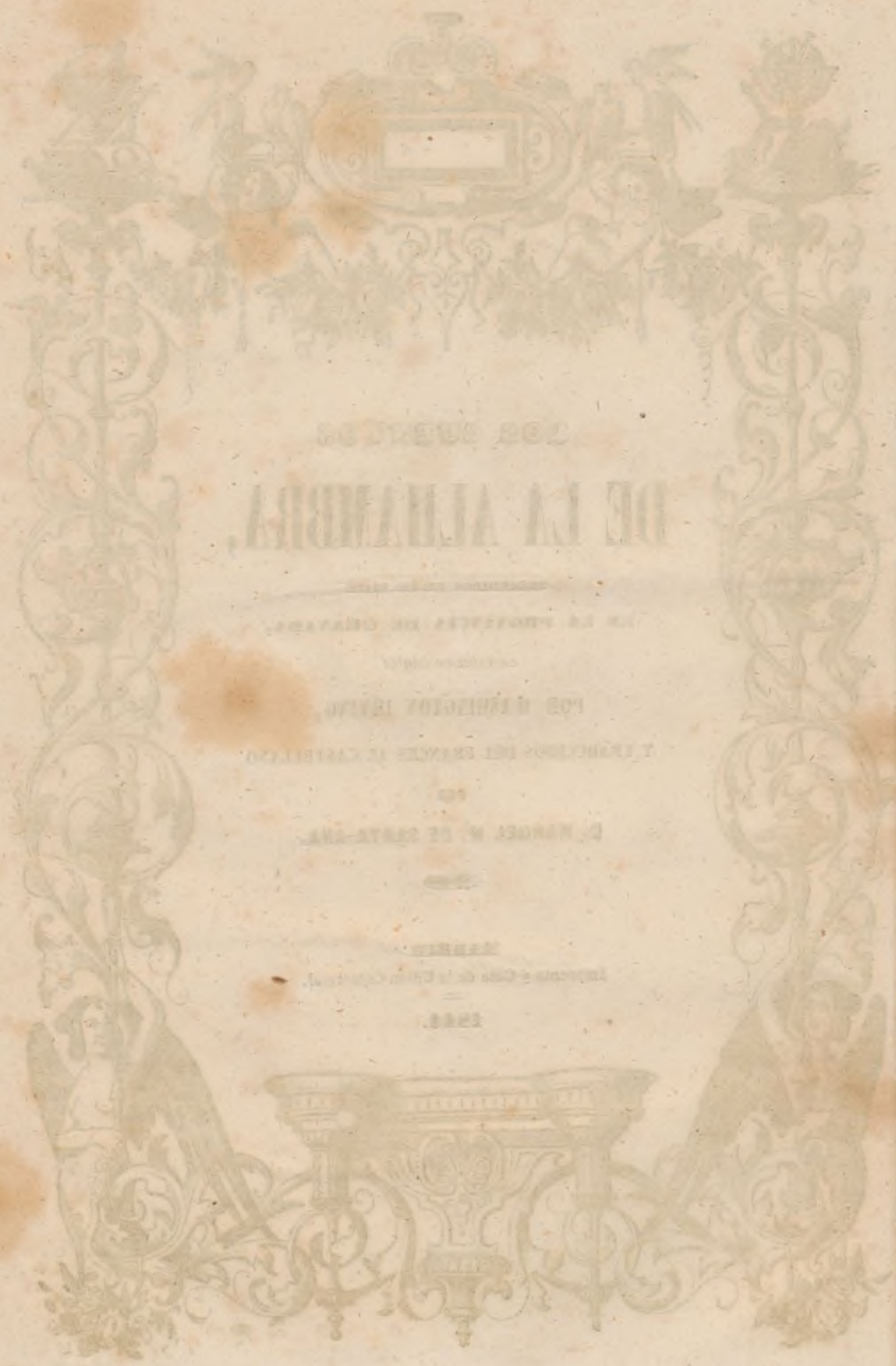
POR

D. MANUEL M. DE SANTA-ANA.

MADRID:
Imprenta y Casa de la Union Comercial.

1844.

Ayuntamiento de Madrid



Hem
nal ing
Cristia
Las
te de l
tulos,
narraci
origina
la trad
Hace
abusad
crita c
no con
tado d
La b
y post
para la

Ayuntamiento de Madrid

PROLOGO.

Hemos tenido á la vista para la traduccion de la presente obra el original inglés, escrito por Washington Irving, la version al francés de Mr. Cristian y la hecha posteriormente por Mlle. A. Sobry.

Las tres nos han sido necesarias. Mr. Cristian, abusando demasiadamente de la libertad de traductor ha desfigurado la obra, suprimiendo capítulos, añadiendo otros y dando un giro diverso en muchos pasajes á la narracion. Mlle. Sobry por el contrario ha conservado perfectamente la originalidad del testo, y su obra nos ha servido en su mayor parte para la traduccion que presentamos al público.

Hacemos estas observaciones necesarias para que no se nos crea hemos abusado como Mr. Cristian de la produccion de Washington Irving, escrita con entero conocimiento de las costumbres de nuestro pais, aunque no convengamos muchas veces con él en ciertos pasajes relativos al estado de nuestra civilizacion y modo de presentarlos al público.

La buena acogida que está obra mereció en Inglaterra á su publicacion, y posteriormente en Francia, creemos será la recomendacion suficiente para la traslacion que de ella hemos hecho á nuestro idioma.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

LOS CUENTOS DE LA ALHAMBRA.

CAPITULO PRIMERO.

DE SEVILLA A GRANADA.

En la primavera de 182... aprovechando una ocasion que se me presentaba, y escitado por la curiosidad, emprendí el viaje de Sevilla á Granada, acompañado de un amigo, secretario de la embajada rusa en Madrid. Las pintorescas sierras de la Andalucía ofrecian ricas emociones á dos almas entusiastas por la poesía, y que el destino reunia en un pais estrangero para separarlas luego, y acaso para siempre, por los acontecimientos de la vida.

Si estas líneas escritas de prisa, bajo un árbol del camino, llaman algun dia su atencion en cualquier sitio, que su suerte ó el deber le hayan colocado, ójala le recuerden con placer esta correría aventurera, en la que pusimos á medias penalidades y placeres con una cordialidad, cuyo recuerdo no le borrará jamás.

Pero antes de empezar mi narracion, te debo, querido lector, y á tí tambien, bella lectora, dar algunos detalles sobre el aspecto del suelo español, y sobre el modo de viajar con mas ó menos comodidad.

Todos pintan esta célebre península como la tierra de promision, coronada siempre por un cielo sereno y embalsamada con perfumes como la coqueta Italia. ¡Ay! cuán

Ayuntamiento de Madrid

pronto se pierde esta ilusion. La España, esceptuando algunas provincias marítimas, presenta un aspecto árido, ardiente y estéril: es un vasto desierto coronado de montañas desnudas de vegetacion; los pocos árboles que produce son raquíticos, y á donde quiera que alcanza la vista, solo halla silencio y soledad. Cegado el estrecho de Gibraltrar, la España es el prólogo del Africa, es casi el umbral de la zona torrida. Careciendo de los bosques frondosos y enramados amenos que abundan en nuestro pais, no ha oido nunca el canto halagüeño de esos pájaros, que aun en el Norte hechizan á sus habitantes. El águila y el buitre atraviesan solo alguna que otra vez sus áridas llanuras para pasar de un monte á otro. Algunas abutardas en bandadas fugitivas surcan rara vez sus campos de retama: pero esa multitud de pájaros que animan con sus gorgeos nuestras praderas, nuestras florestas, solo se encuentra en tal cual jardin. Estos pájaros quieren mas la lujosa sombra artificial de un jardin, que el clima de los campos.

Si de las provincias limítrofes ó marítimas se penetra en las centrales por medio de campos cubiertos de trigo, en cuya estension se pierde la vista al ver sus espigas inclinadas por el peso de su fruto, se llega á nuevas llanuras áridas é incultas, donde no hay la menor huella de vegetacion. A veces la vista fatigada de estos desiertos, entreve en lotananza una miserable aldea construida sobre las ruinas de alguna fortaleza mora: otras ya es una antiquísima torre, despojo salvado de las guerras civiles, y cuya fecha data desde la invasion de los árabes. Los españoles han heredado de sus padres la costumbre de reunirse contra el peligro comun: en la tierra clásica de los bandidos, la necesidad de fortificarse contra sus ataques, hace olvidar las bellezas de la naturaleza.

De esta misma tristeza que caracteriza el aspecto de su territorio, resulta en los paisajes de España una grandiosidad, una fuerza de colorido que recompensan al viajero de sus muchas privaciones. La fisonomía del pais es la de sus naturales. La fiereza, la independencia, la fragalidad, son sus virtudes, hijas de la austeridad de su suelo. El aspecto grave de los paisajes españoles produce un efecto sublimente poético. Las llanuras de las dos Castillas y la Mancha que parecen limitadas solo por el cielo, ofrecen los efectos magestuosos del Occeano en tiempo de calma. El estrangero que las atraviesa, y cuyo horizonte parece huir á cada instante de su vista, encuentra alguna que otra vez un rebaño guardado por un pastor inmóvil, apoyado sobre un cayado: ya es una récua de mulas que caminando á paso lento y seguro, se asemejan á las carabanas de camellos que recorren los desiertos del Oriente; ya es en un viajero que camina solo montado en su caballo, de cuyo arzon pende la escopeta. Paisajes, costumbres naturales, todo tiene aun el sello de su orígen árabe. La costumbre de viajar armados es una de las causas acaso de la poca seguridad de los caminos.

El pastor en las praderas, el labrador en los campos llevan siempre su escopeta, y el rico arrendador que va á la feria no se olvida nunca del trabuco, y á veces le acompaña un criado armado. El viaje mas corto es un negocio sírio para cualquier español: hace tantos preparativos como las antiguas tribus árabes en sus correrías nómadas. Los

Ayuntamiento de Madrid

peligros que se corre con los ladrones ha hecho inventar una especie de escolta que reune todas las distracciones de lo pintoresco á la seguridad del viaje. Los arrieros salen en dia fijo, en crecido número y bien armados. Esta pequeña carabana se aumenta por el camino con los viajeros de los pueblos del tránsito; así es como se ejecutan y protejen las relaciones comerciales de ciudad á ciudad y de provincia á provincia. Las líneas de arrieros se cruzan por toda la España desde los Pirineos á Cádiz, de Asturias á las Alpujarrar, de las montañas de Ronda hasta las puertas de Gibraltar.

Esta clase de gente vive con poco: pan y cebollas es su alimento, y una bota colgada del arzon que contiene la racion de vino ó de agua completan sus provisiones, y con ellas recorren las montañas y los valles. Duermen en el suelo arropados en sus capas y descansan la cabeza en las jalmas de sus bestias. Robustos y bien formados, de mediana estatura y la tez tostada, la mirada fija cuando estan serenos, pero fulminante cuando se irritan; estos hombres francos y marciales no encuentran á un solo viajero sin dejar de decirle con su voz grave: «Dios guarde á V.» Estas palabras tan elocuentes en sus labios, es en todas partes la palabra de órden de la hospitalidad española. Como llevan siempre su carga sobre las mulas, sus armas estan siempre prontas para cualquier evento; pero su número los hace respetables, y el bandolero que los observa desde un escondrijo viene á olfatear alguna vez su pólvora, como el pirata del Mediterráneo que amenaza de lejos los barcos mercantes, sin atreverse á emprender un ataque desigual. Nada mas original que sus cantares. La memoria de un hombre no podria contener las canciones y romances con que mitigan el fastidio del viaje. El tono en que cantan consiste en una cadencia simple y que tiene pocas variaciones; su acentuacion es fuerte, y segun el tono es vivo ó pausado las mulas apretan ó aflojan el paso. El argumento de sus canciones es de tradiciones árabes ó de leyendas de santos, algunas veces amorosas ó refiriendo los hechos de los bandidos en que la España ha abundado. Otras veces improvisa, y entonces el menor incidente del viaje da márgen á su musa para componer algunas coplas que no carecen de originalidad. Se encuentra algo de suave y que conmueve el alma en estos cantos, cuya armonía natural y primitiva interrumpe de vez en cuando la monotonía del camino, y se adecua al tañido argentino de los cascabeles y campanillas que las mulas hacen resonar en su marcha. En los caminos estrechos por medio de los montes, es en donde ofrecen un aspecto pintoresco estos arrieros. Se oye á lo lejos el ruido del cencerro de la primera mula que sirve de guia mezclado á los gritos de un arriero que riñe á alguna bestia remolona ó que entona en alta voz su romance favorito. Las mulas con sus mantas de diferentes colores, las jalmas adornadas con flecos y borlas, y todo esto formando una sola línea que marcha con paso igual, que sigue las sinuosidades del terreno, que sube á las cimas de los montes teniendo á sus pies profundos precipicios, ó anda con trabajo en el lecho pedregoso de un torrente seco; todo esto ofrece un contraste que la vista no deja de admirar. Es una confusion de colores brillantes que se destacan del verde oscuro del musgo de los montes, y sobre la carga de cada bestia la escopeta, como salvo conducto del viaje.

El terreno de la provincia de Granada es uno de los mas ásperos de España. Largas cordilleras de rocas áridas, fragmentos de granito y mármol amontonados y escalonados se reflejan en el azul oscuro de un cielo ardiente. Pero en medio de estas rocas desiertas se encubre tal cual huerto fresco y bien cultivado, valles y praderas cultivadas que disputan el espacio á la soledad; el naranjo, la higuera, el limonero crecen al lado del mirto y del rosal, cuyas flores nacen en las hendiduras de las rocas. En lo mas profundo de estas montañas se aparecen de repente villorrios fortificados, coronando la cima de precipicios salvajes, ó bien castillos medio arruinados edificados sobre una roca aislada; fantasmas de piedra, ante los cuales

Ayuntamiento de Madrid

nadie pasa sin rezar un Ave; sepulcros de la caballería cristiana que guarda en su seno el recuerdo de esas guerras ilustres que se han disputado á Granada, la ciudad árabe y cristiana, tan gloriosa bajo el imperio de la media luna como el de la cruz.

El viajero metido en estos desfiladeros se ve obligado á cada momento á bajar de su caballería y llevarla del ramal, porque las sendas por donde camina son inaccesibles á causa de estar sobre torrentes que han trabajado en el granito, y coronadas de rocas calcáreas y de peñas puntiagudas y cortantes hacen tan peligroso como difícil el paso de estos senderos colocados sobre abismos. Aquí el camino roto por zanjas serpentea como un reptil por medio de estos peñascos; mas adelante se esconde bajo los pies de las mulas y parece andarse en espiral; otras veces salva barrancos por lo general mansion de bandoleros. De vez en cuando, al fin de la senda, se ve una cruz de siniestro agüero puesta allí como para atestiguar el robo ó la muerte, cuya huella está allí marcada, y que puede ser que la carabina del bandolero apunte en este momento á la cabeza del infeliz á quien su mala estrella estravia de dia ó de noche por estos sitios peligrosos; otras al volver una roca el pasajero se admira de oir sobre su cabeza mugir séres invisibles, su vista inquieta trata de descubrir en este desierto huellas de criaturas vivientes, y apercibe de repente grupos de jóvenes toros que pacen

la yerva salvaje aguardando las *corridas* famosas que atraen de las provincias mas distantes millares de espectadores. Estos toros de Andalucía forman una raza de cuadrúpedos indómitos que sufren con trabajo se acerque el pastor que los guarda. Sus roncos mugidos, su actitud hostil cuando su vista ardiente mira á alguno que pasa por los valles, contribuyen mucho á dar á este sitio un tinte de fantástica poesía.

La pluma quisiera escribir largas páginas sobre estos detalles variados de los paisajes españoles, porque sus recuerdos quedan vívamente grabados en la imaginacion del artista ó del viajero que tiene la felicidad de contemplarlos. Las grandes escenas de la naturaleza nos dominan á pesar nuestro, y dejan en nuestras almas impresiones que la menor circunstancia reanima y adorna con colores de nuevo reflejo.

Dejé á Sevilla con mi amigo el dia 1.º de mayo, tomamos bastantes conocimientos del camino que íbamos á seguir hasta Granada: se nos habia contado con énfasis los caminos difíciles y los peligros del viaje: por lo mismo, para viajar sin obstáculo, habiamos despachado de antemano con los arrieros la mayor parte de nuestro equipaje, reservándonos algunos efectos de poco valor y el dinero indispensable para nuestras necesidades. Ademas nos habian advertido que las posadas españolas nos ofrecerian pocos recursos, y que por otra parte están situadas á largas distancias del camino: fue pues necesario proveerse con todas las provisiones que reclaman las comodidades de un viaje: tres caballos de alquiler tomados para nosotros y nuestras maletas, compusieron nuestra caravana bajo la direccion de un mozo vizcaino que debia reunir á las funciones de guia las de palafrenero para nuestras caballerías, y si era necesario, el criado armado para nuestra escolta. Este robusto ganapan, de edad apenas de 20 años, se habia proveido de una enorme cachiporra que manejaba con un aire fanfarron, contando á cada momento las aventuras probablemente imaginarias de que su genio cobarde le hacia héroe: ademas, á juzgar por sus modales francos y libres, parecia un compañero fiel, listo y de buen humor, capaz de resucitar al célebre escudero de D. Quijote por su inagotable erudicion en materia de refranes y dichos populares: español, de sangre pura, en sus horas de la mas loca alegría

Ayuntamiento de Madrid

guardaba un decoro no menos cómico que sus bufonas chanzas, y á pesar del tono familiar con que le tratábamos, supo constantemente mantenerse en los límites de una reserva personal.

Dios sabe con qué ardiente entusiasmo habiamos emprendido el viaje: cada uno de nosotros habia formado su plan para sacar del viaje la mayor diversion posible: se hubiese dicho al vernos, que un mundo encantado iba á ofrecerse á nuestra vista: cada posada nos prometia mas aventuras que un palacio feudal. Dejamos á los aficionados á la moda los caminos tirados á cordel, enarenados y adornados con árboles regularmente alineados cortados con barreras: las fondas y los paises de la llanura á cualquiera que tema los peligros y las privaciones; pero para nosotros la España con todas sus rarezas, con todas sus curiosidades, con sus salvajes costumbres de los tiempos antiguos; la España con sus costumbres nacionales, cuya huella desaparece de dia en dia; para nosotros la España con sus bandoleros que arruinan la decoracion de sus paisajes y sus guerrilleros siempre alerta para hacer la guerra en la montaña ó para robar á los pasajeros, era un pais encantador.

Una escena bastante singular nos estaba reservada para la primera noche de nuestra peregrinacion. El sol se habia puesto: sus últimos rayos moribundos iluminaban nuestra entrada en una aldea de bastante humilde apariencia, pero verdadero paraiso para viajeros fatigados de una jornada por medio de matorrales que habian sufrido el ardor de la canícula, ó habian sido azotados por el aire y el agua. Un destacamento de carabineros enviado en persecucion de una banda de ladrones que infestaban las cercanías, estaba alojado en la posada en donde entramos. Estrangeros, viajeros y sobre todo ingleses, ofrecian en aquel pais un espectáculo bastante raro para ocupar los ánimos de los contos. Mientras que el tabernero ayudado de algunos hombres embozados en sus capas pardas deletreaba en un rincon nuestros pasaportes, un hombre bajito que por su cara y su trage negro todo raido creimos fuese un escribano, redactaba no sé qué documento á la claridad de una lámpara agonizante. Nuestros pasaportes en idioma inglés parecia hebreo á estas buenas gentes: nos miraban por lo bajo con una desconfianza que ya nos parecia de mal agüero para la continuacion de nuestro viaje: afortunadamente nuestro criado vino en nuestro auxilio, y con el énfasis fanfarron de sus discursos supo darnos á la vista de nuestros Argos una importancia casi de reyes: algunos cigarrillos ofrecidos á tiempo acabaron de conciliarnos los ánimos, y establecieron nuestra calidad de hombres acaudalados. El señor corregidor vino en persona á visitarnos: la única silla de la casa fue llevada cerca del fuego por la estimable Maritornes en honor del magistrado campesino. El gefe de los carabineros quiso cenar con nosotros: era un buen bebedor que pagó su escote con mil anécdotas de una campaña que decia habia hecho en la América del Sur: nada hay comparable al aplomo de este embustero, á sus gestos homéricos que desplegaba para hacer dramáticas sus relaciones, y á las contorsiones de sus pupilas que hacia girar en los episodios patéticos. Este modelo de esbirros pretendia saber por la punta de los dedos los nombres y las señas de todos los ladrones de todo el pais: al oirle no tenia mas que tomar un poco de incomodidad para cogerlos en sus cavernas sin tirar un solo tiro: al marchar nos ofreció para escolta uno de sus carabineros, asegurando que la sola vista de su uniforme limpiaria la sierra de todo peligro: nos apresuramos á darle gracias por su ofrecimiento, pues que deseábamos separarnos de él, y por otra parte nuestro mozo vizcaino nos parecia mas que suficiente para sostener con nosotros dos el ataque de los peligros fantásticos con que podria poetizarse nuestra escursion.

Hácia el fin de nuestra cena, los sonidos *agri-dulces* de una mala guitarra acompañados de castañuelas, hicieron oir el preludio de un canto nacional, cuyo refran repitieron en coro las voces de todos los presentes. Este concierto, un poco salvaje, era sin

Ayuntamiento de Madrid

embargo un obsequio del posadero que habia llamado á sus vecinos para que contribuyesen á aumentar la fiesta con que nos obsequiaba. Con gana ó sin ella, y por mucha que fuese nuestra necesidad de acostarnos, fue preciso sentarse en el portal de la posada con el dueño, su muger fresca y rabicortona, y el señor comandante de los carabineros. La guitarra suficientemente atormentada por cada aficionado, pasó fatigada ya á las manos un poco negras de un alegre zapatero de viejo, que se ponia con gracia como un Apolo: este remendon era un hombre de bastante corpulencia, con facciones regulares, adornadas de un bigote negro coquetamente rizado, y cuyos brazos nerviosos descubiertos hasta el codo, manifestaban claramente mas capacidades atléticas que músicas: no obstante, tocaba la guitarra con una familiaridad, que no estaba falta de gracia: cantaba al mismo tiempo canciones un poco verdes que acompañaba con miradas espresivas de las que las mugeres que hacian parte de su auditorio no parecian conmovidas. Pero ninguna de estas mugeres igualaba en atractivos á la pizpereta Pepita, la hija del posadero: dos momentos habian sido suficientes para improvisar un baile y adornarse con rosas menos frescas que ella: el mejor mozo de los carabineros le ofreció la mano para bailar el bolero. El vino hacia el papel de los refrescos, y con todo, es menester decirlo en honor de la sobriedad española, ni arrieros, ni soldados, ni aldeanos, se separaron un punto de la galantería española. Esta pequeña fiesta hubiese sido digna del pincel de nuestros mas célebres artistas: todo era chistoso, hasta el escribano de justicia, cuyo perfil escesivamente delgado, se dibujaba de un modo grotesco sobre la pared ennegrecida por el humo y á favor de la luz fabulosa de un velon colosal que no dejaba distinguir mas que las tinieblas del fondo de la posada.

La aurora del dia siguiente nos encontró caminando: andábamos como verdaderos vagabundos, dejando á la casualidad el cuidado de guiarnos, aceptando las aventuras sin temerlas de antemano, y no nos pese, porque este es verdaderamente el mejor medio de caminar en España para divertirse: nuestro espolista, el vizcaino, habia religiosamente desempeñado su encargo de velar sobre las provisiones de boca: nuestra comida se componia de bastantes fiambres: cada uno de nosotros llevaba en el arzon de su silla una bota de Valdepeñas, á la cual dábamos frecuentes ataques, y como para viajar con gusto estimábamos mas la compañía del buen vino que la proteccion del trabuco nuestro guia tenia órden de velar activamente sobre esta parte de nuestra vitualla y debo añadir en loor suyo, que siempre se manifestó irreprochable. Qué alegres ratos pasábamos cuando el antojo ó la necesidad nos obligaba á detenernos á orillas de un riachuelo bajo la sombra espesa de un árbol, aun húmedo del rocío, para tomar un bocado!

Seguia á esto la siesta con todos sus encantos, la siesta española al sol sobre la yerba, y cubiertos con nuestras capas. Cierto dia, á las doce, hicimos alto para refrijerar nuestros estómagos en una pradera rodeada de colinas cubiertas de olivos. Tendimos nuestras capas en la yerba espesa y blanda cerca de un arrollito que corria en medio de un lecho de flores, atamos nuestros caballos á un árbol, y el mozo estendió las provisiones: estas se habian aumentado con los restos de una copiosa cena que habiamos pagado muy cara en una posada de Antequera. La primer cosa que apareció sobre el mantel, fue un cuarto de cabrito que estaba convidando á comerse, siguió una soberbia tajada de bacalao, y los restos de un jamon y de un pollo digno de pasar por gallo: despues una bizarra torta, y naranjas, uvas, higos y nueces. Nuestas botas este dia rebosaban con el mejor Málaga en los trasportes de nuestra borrachera convinimos á nuestro vizcaino con el nombre de Sancho-Panza, cuya copia inteligente parecia; el pobre muchacho se alegró infinito de este testimonio de nuestra satisfaccion porque participaba como todos los españoles de su condicion, de la creencia firme de la existencia del célebre loco de la Mancha.

Ayuntamiento de Madrid

—Esta historia es verdadera, me decia un dia con un acento en que la interrogacion causaba el deseo de una respuesta afirmativa.

—Ya se ve que sí, le contesté, pero hace muchísimos años.

—Mas de mil, puede ser, me contestó.

—Asi lo creo, respondí yo.

Mi hombre satisfecho no preguntó ya mas.

Mientras que haciamos honor á nuestro espléndido banquete, se acercó un mendigo, cuyo esterior miserable aparentaba un peregrino: era viejo y cascado, sus pesados pasos se apoyaban sobre un grueso palo, su barba canosa caia en desórden sobre sus andrajos; pero se adivinaba á pesar de su edad que en su juventud habria sido buen mozo. El *calañés* de los andaluces cubria su cabeza, unos calzones y abarcas sujetas con unos mimbres á las piernas, componian su trage: con todo, á pesar de su vejez y los remiendos numerosos que atestiguaban la pobreza del propietario, su ropa tenia un aire de limpieza entre los mendigos de todos los paises. Este hombre se nos acercó con la dignidad séria y política que tiene el sello de las costumbres del español en todas las clases. La hora de la comida, sobre todo en el campo, favorece el desarrollo de los instintos generosos, y añadimos á la limosna de algunas pesetas una tajada de jamon y un gran vaso de nuestro Málaga. El mendigo recibió nuestros dones con soltura sin agradecimientos serviles, pero con una gratitud que esplicaba completamente su mirada; cuando hubo probado con sus labios el vaso de vino, le levantó para examinar el licor, se le escapó una señal de ligera sorpresa, y vaciándole despues de un solo trago, le dejó sobre la yerba manifestando en su cara su satisfaccion, y añadió: «Ya hace muchos años que el pobre viejo no habia gustado semejante cordial.» Partió en seguida el pedazo de pan diciendo: «Bendito sea este pan delicado, y que Dios proteja á los que me le han dado!» Viendo que le guardaba en su alforja, le invitamos á que le comiera delante de nosotros sin cortedad. «No, buenos caballeros, contestó, he bebido el vino porque no tenia vasija en que llevármelo, y me era preciso beberlo ó dejarlo: ese vino generoso ha reanimado mis fuerzas, pero me llevo este pan para dividirlo con mi familia.» Nuestro vizcaino habiéndonos consultado con la vista, se apresuró á llenar la alforja del mendigo con los restos de nuestro festin, con condicion que comeria su parte. El pobre fue á sentarse á algunos pasos enfrente de nosotros, y comió con lentitud y como con pesar. Habia evidentemente en la existencia de este hombre algo de grande y de curioso, todo en él manifestaba que habia debido pasar dias mas felices; me atreví á hacerle algunas preguntas; sus respuestas desvanecieron toda la curiosidad que esperaba satisfacer. Aquel hombre no habia tenido en su vida miserable un solo acontecimiento digno de recuerdo; era tan ignorado como pobre; su aire cortés no era el fruto de una buena educacion ni de una posicion social naufragada, no habia en él mas que un tipo del carácter nacional y de esta poesía indefinible que se refleja en el lenguaje y las costumbres del pueblo español. Este hombre nos contó que habia tenido una posada durante cincuenta años de su vida, y que de resultas de unas pérdidas se habia visto con su familia reducido á la mendicidad. «Antiguamente, añadió, era muy alegre y gozaba la mejor salud, y ahora que tengo ochenta años, tengo que mendigar, y esto á mi edad es cruel, y conozco que las fuerzas van á abandonarme.»

Sin embargo, este infeliz no estaba aun acostumbrado á las humillantes necesidades de su dolorosa posicion; hacia poco tiempo que faltándole sus últimos recursos, se habia visto obligado á mendigar la caridad de los viajeros en los caminos; nos contó en términos dramáticos la historia de las luchas ardientes de su orgullo contra el hambre que devoraba á su vista los seres que amaba. Cuando nos encontró volvia penosamente de Málaga sin haber podido recoger la menor limosna, y desde la víspera no habia probado nada, ofreciéndose para aliviar su cansancio vastas y áridas llanuras que aca-

Ayuntamiento de Madrid

bábamos de pasar con tanto trabajo y bajo un cielo abrasador. Al pasar por delante de una posada de rica apariencia habia pedido á uno limosna, y le habian contestado con esta

fórmula irónica de que el pueblo español se sirve para negarla: «Perdone por Dios, hermano.» Al contarnos esto, copiosas lágrimas surcaban sus mejillas: «Me alejé de aquel corazon de piedra, nos decia con mas confusion que dolor, porque el orgullo de mi alma viene á ayudar al desfallecimiento de mi pobre cuerpo. Encontrando un rio profundamente encajonado entre unas altas montañas, tuve muchas veces la intencion de precipitarme para concluir de una vez mi miseria. Ay de mí! decia golpeando mi pecho, qué tiene que hacer entre los hombres un desgraciado é inútil viejo? Pero cuando iba á cumplir mi fatal pensamiento, una idea religiosa me detuvo, y continué mi viaje hasta un cortijo situado á corta distancia del camino real. Entré en el patio, no habia nadie; las puertas estaban cerradas; solo ví dos jóvenes asomadas á una ventana, les espuse humildemente mi miseria, me contestaron lo mismo que en la posada, y al instante se retiraron de la ventana; las saludé con el corazon desgarrado, y me alejé desfallecido del recinto maldito donde aun siquiera tenia el derecho de descansar: mis piernas se doblaban bajo mi peso, una nube cubrió mis ojos; creí que iba á morir, y doblando las rodillas me tapé la cabeza con mi capa, encomendando mi alma y mi familia á la santísima Vírgen. En aquel momento el dueño del cortijo volvia, y viendo á un pobre medio muerto en su puerta, se lastimó de mis dolores, y me hizo llevar á la cocina, donde me dieron de comer: asi es como he podido continuar hasta aqui mi triste viaje, y esto os prueba, mis buenos señores, que siempre es bueno tener confianza en nuestra Señora la madre de Dios.»

La relacion del anciano nos interesaba vivamente; nos dijo ademas que se iba á su pueblo, la aldea de Archidona, que se veia á poca distancia sobre la falda de un monte escarpado. De lejos se ven los restos desmantelados de un antiguo castillo moro, mansion de un rey árabe en la época de las guerras de Granada. La famosa reina Isabel de Castilla sitió este castillo á la cabeza de un ejército numeroso; pero el gefe musulman tenia compasion de los caballeros cristianos desde el alto de sus torres inaccesibles. Una noche la Vírgen se apareció á la reina y condujo un destacamento de guerreros escogidos por un sendero misterioso que despues no se ha podido encontrar: el rey moro se asustó tanto con este prodigio, que se precipitó con su caballo desde las murallas, estrellándose en la caida. La huella del casco del caballo estaba aun grabada en la roca. El viajero á lo lejos apercibe distintamente el camino de la reina Isabel que se eleva serpenteando por el flanco de la montaña; pero por otro prodigio no menos inesplicable, á medida que uno se acerca á las ruinas de la fortaleza, la senda desaparece. Yo creo que este camino milagroso no es otra cosa sino una raya arenisca cuyo tinte se destaca de lejos á cierta hora del dia por algun efecto de óptica, y se confunde en el aspecto general de la roca á medida que la distancia, disminuyéndose, coloca cada objeto en su lugar.

Animado por un segundo vaso de Málaga nuestro mendigo, nos contó otras varias cosas: por eso nos refirió una antigua crónica perteneciente á un rey moro que habia escondido un tesoro bajo una piedra de su castillo. La cabaña de este infeliz estaba pegada á las ruinas; el cura y el escribano del pueblo, habiendo tenido algunos sueños del tesoro, habian cavado en diferentes si-

Ayuntamiento de Madrid

tios del pavimento; pero la fatiga y el ningun éxito desanimaban á estos emprendedores. Muchas veces el ruido sordo del azadon habia dispertado por la noche á la familia del mendigo. Un dia nadie sabe lo que sucedió á nuestros descubridores de tesoros; pero lo cierto es que de pronto aparecieron mas ricos que antes, y guardaron su secreto con un misterio impenetrable. El anciano al decirnos esto estaba un poco conmovido, habia venido á vivir al lado de la fortuna; pero ésta se habia burlado de él como de otros muchos.

Es digno de observar que en España es una opinion generalmente admitida la de estos tesoros enterrados por los moros. Es el árbol de Tántalo, es la sombra de la felicidad de aquellos á quienes la Providencia no se la destina en esta vida. El hombre sediento sueña con cascadas y fuentes; el hambriento asiste en sueños á los banquetes de los reyes; el pobre sueña con tesoros: búsquese en cualquier parte una imaginacion que la del que no tiene un cuento.

Nuestro viaje, al cual será razon volver, se acabó por aquel dia durmiendo en la ciudad de Loja: Loja, antigua fortaleza de los moros que detuvo bajo sus muros á Fernando de Aragon, es al presente la mas miserable mansion de facinerosos. En tiempos antiguos el anciano rey Aliabac, suegro del famoso Boabdil, salió de sus murallas para aquella funesta espedicion, que costó la libertad á aquel momarca. Loja está situada en uno de los mejores parajes, en medio de un desfiladero cuyo pie baña el Genil; sus casas tienen hermosos jardines, y rocas pintorescamente situadas forman el conjunto de aquel cuadro. La única posada del lugar está asistida por una bonita criada andaluza, que sabia á las mil maravillas aprovecharse en favor de su posada de las coquetas seducciones de la basquiña negra y la mantilla, que dan un atractivo tan vivo á las gracias de las andaluzas. Su talle esbelto y deliciosamente flexible, su pupila de fuego bajo sus largas cejas de ébano, unido al efecto mágico de su adorno nacional, hubieran hecho latir un corazon el mas frio del norte. Nuestra patrona tenia un hermano de su misma edad, y ambos formaban el tipo mas gracioso del majo y de la maja; su estatura anunciaba la fuerza, sin quitar nada á la elegancia de sus formas bien marcadas; su tez morena prestaba á su fisonomía regular algo de espresivo; sus ojos despedian un fuego orgulloso, y su barba negra y cerrada completaba el adorno de su rostro. Un *marsellés* de terciopelo verde cuajado de botones de plata, y un calzon de la misma tela guarnecido de los mismos botones y un pañuelo de seda colorado atado con negligencia en el cuello y que caia sobre una camisa mas blanca que la nieve, formaban su trage. Una faja de lana, unos botines de cuero atezado y unos zapatos de lo mismo concluian aquel vestido.

Hallándose en el umbral de la puerta mirando á los que pasaban con direccion a camino, se le acercó un hombre á caballo, que llamándole aparte, entabló con él una conversacion que parecia interesarles. El trage del recien venido se diferenciaba poco del de nuestro huésped; era un hombre de edad de treinta años, rechoncho, su nariz aguileña, y su rostro ligeramente señalado de la viruela, no dejaba de tener gracia; toda su persona anunciaba firmeza, resolucion y aun alguna cosa mas. Su caballo, negro como el ébano que piafaba delante de la puerta, anunciaba por sus arreos la riqueza de su amo. Dos carabinas de ancho calibre colgaban del arzon; en suma, en el conjunto del caballo y del ginete me daban la idea de uno de los famosos contrabandistas que esplotan la Serranía de Ronda. Me pareció que este se hallaba en buena posicion para con la viuda, y Dios me perdone esta sospecha, creí que esta no le miraba con malos ojos. Cuanto mas examinaba la posada, me parecia descubrir señales mas ó menos vagas del oficio de contrabandista; la escopeta colgada en la pared en un rincon, y al lado de la guitarra, no estaba allí seguramente por casualidad. Sea lo que quiera, el recien venido pasó la noche en la posada; en la cena cantó sin la menor pretension, pero con un acento de esquisita poesía, varias

Ayuntamiento de Madrid

canciones serranas. Durante nuestra cena vinieron dos pobres asturianos que pedian un poco de pan y una cama en el pajar por aquella noche. Algunos ladrones, segun decian, los habian sorprendido en un desfiladero y los habian robado cuanto llevaban: mi amigo, conmovido de su desgracia, pagó generosamente por ellos los gastos de casa y cama, y ademas añadió á esta liberalidad una pequeña cantidad para que pudiesen llegar á su tierra.

El número de los pasajeros se aumentaba á medida que pasaban las horas. Entre otros llegó uno que bien podria tener 60 años, y que sin cumplimiento se puso á hablar con la posadera: á juzgar por su trage, idéntico al de su provincia, parecia un andaluz. El aspecto de este hombre daba motivos para reflexionar; enormes bigotes prestaban á su

rostro, naturalmente grave, una especie de aire militar que se realzaba mas al ver el enorme sable que pendia de su cintura. Todos los que se hallaban en la posada acogieron su entrada con señales mudas de un respeto muy notable.

Nuestro vizcaino, que observaba nuestra curiosidad, nos dijo misteriosamente que este individuo se llamaba D. Ventura Rodriguez, que era muy conocido en la provincia y muy temido por su fuerza prodigiosa, y las pruebas convincentes que habia dado de ella. En la época de la invasion francesa, habiendo sorprendido seis soldados dormidos detrás de un seto, los habia atacado él solo, habia muerto y hecho prisioneros á los demas; el rey le habia ennoblecido con el título de *Don*, y señaládole una pension de una peseta diaria.

Este hombre era verdaderamente digno de observarse y estudiarse; de raza pura andaluza, tan fanfarron como valiente, su gran sable que llevaba siempre arrastrando, y que le seguia á todas partes como su sombra, era, decia él, su fiel compañero, á quien segun las circunstancias tenia, ó debajo del brazo, ó en la mano, y le llamaba su *santa Teresa*: «Cuando lo blando, esclamaba, el mundo tiembla!» Sin duda que habia algo d D. Quijote en aquella cabeza.

El tiempo corria escuchando los coloquios de todos estos personajes, verdadero mosáico de usos, costumbres é idiomas. Nada mas estraño que la libertad natural que reina entre los pasajeros en las posadas españolas; aquello es una confusion: uno canta, otro cuenta historias de ladrones, otro anécdotas de contrabandistas y leyendas árabes; todas estas voces, todos estos acentos, todas estas cadencias se mezclan en una cacofonía infernal. Nuestra bella posadera hizo cesar aquel ruido prometiendo cantar la leyenda de las regiones infernales de Loja. Para la inteligencia de esta leyenda es necesario saber que todo aquel terreno está minado por inmensas cavernas por donde corren riachuelos tenebrosos, cuyo ruido se oye distintamente á ciertas horas de la noche. El pueblo, siempre supersticioso, cuenta que estos subterráneos estaban antiguamente habitados por monederos falsos y que los reyes moros habian escondido tesoros que no le es dado á nadie encontrar.

Pero dejando estos incidentes, lleguemos al fin de nuestro viaje; se multiplican, y la impaciencia de llegar aumenta con ellos. Al salir de las montañas se presentó á nuestra vista la magnífica vega de Granada: nuestras miradas avanzaban con emocion hácia aquella antigua capital, último pueblo de la dominacion de los moros en España. A nuestro frente se levantaba la Alhambra, monumento tan rico por su propia grandeza y por los recuerdos que trae: en el fondo de la esce-

Ayuntamiento de Madrid

na la Sierra Nevada cierra el horizonte como una inmensa cortina sobre la cual se dibujan los edificios de Granada: ni siquiera una nube empañaba el azul de aquel bello cielo, y las brisas de las montañas templaban con un céfiro embalsamado de perfumes el calor abrasador del medio dia. Despues de una siesta, en la que pasaron las horas del sol, terminamos nuestra peregrinacion, entregando nuestras almas á las mas suaves emociones inspiradas por los lugares que nos rodeaban.

Las cercanías de Granada forman una deliciosa avenida entre alamedas de aloes y bananos, el camino pasa por medio de campos cultivados con la mayor belleza; no se ve mas que jardines, vergeles, sombras voluptuosas, perfumes, flores y frutas hasta las puertas de Granada, á donde llegamos á puestas del sol.

La vista de la Alhambra produce sobre el pasajero poeta el mismo efecto de veneracion que los monumentos sagrados del islamismo sobre los peregrinos del Oriente. Quién podria contar todos los recuerdos históricos, todas las fábulas maravillosas de que este palacio de la gloria árabe ha sido el argumento ó cuyas señales ha guardado á pesar del tiempo destructor?

Dejo al lector se imagine todo lo que debimos sentir cuando despues de haber visto nuestros pasaportes y documentos, el gobernador de la Alhambra nos ofreció una de sus habitaciones en el recinto de este palacio de los reyes moros. He tenido un cuidado casi religioso en recoger las principales tradiciones que encierra ese sepulcro de los tiempos antiguos. Cada línea de mis apuntes fue escrita sobre el pavimento de mármol que cubre á tantos grandes hombres.

La primera noche que pasamos en esta soledad real, la sombra de los Abencerrajes anduvieron errantes sin duda á nuestro alrededor, porque vimos amanecer el dia siguiente sin haber dormido y penetrados de emocion y respeto.

Tres sitios hay en el mundo ante los cuales cualquiera hombre de nuestros dias debe doblar la rodilla: Jerusalen, Santa Helena, la Alhambra!....

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO II.

ASPECTO DE LA ALHAMBRA.

El primer orígen del palacio de la Alhambra fue una fortaleza donde los reyes moros paseaban sus miradas tan lejos como la vista puede estenderse sobre aquel suelo querido del cielo que la conquista bárbara les habia dado y una cristiana les quitó. El palacio actual no ocupa mas que una plaza del antiguo castillo, cuyas murallas almenadas siguen serpenteando las sinuosidades de una colina que por un lado domina á Granada y por el otro se une á los montes de Sierra Nevada.

En tiempo de los árabes, la Alhambra podia recibir dentro de sus murallas cuarenta mil soldados: su recinto fue muchas veces el asilo de los reyes moros contra las revueltas de los súbditos. Cuando la provincia de Granada fue devuelta por la guerra á la España cristiana, la Alhambra continuó siendo la morada de los reyes, y los príncipes de Castilla gozaron con su estancia allí. Cárlos V puso en sus murallas los cimientos de un magnífico palacio; pero varios temblores de tierra le hicieron renunciar á su proyecto. Felipe V y la bella Isabel de Parma fueron los últimos soberanos que habitaron la Alhambra. Tomaron posesion de ella al principio del siglo XVIII con todo el aparato y pompa de la magestad; inmensos trabajos de reparacion se ejecutaron en ella; el palacio y los jardines fueron compuestos á toda costa, y de órden de Felipe V vinieron artistas de Italia para emplearse en el adorno de los nuevos edificios que queria hacer; pero cuando este príncipe la abandonó volvió á su triste soledad: los adornos pasajeros que el lujo de la corte habia puesto se marchitaron pronto bajo la ocupacion militar, primero y último destino de este monumento. Un gobernador nombrado por el rey vino á residir allí: su autoridad, independiente de la capitanía general de Granada, se estendia hasta los arrabales de la ciudad. Los cuartos que forman la fachada del viejo palacio eran su habitacion; en torno suyo habia una estancia formidable, y nunca iba á Granada sin una guardia de honor imponente. El fuerte castillo de la Alhambra ofrecia en el interior el aspecto de una pequeña ciudad con sus murallas, plaza de armas, con su convento é iglesia. El haber retirado Isabel de Parma su corte de

Ayuntamiento de Madrid

allí, fue el golpe de muerte para las magnificencias de la Alhambra. Sus espléndidos salones, corroidos por el tiempo, cayeron poco á poco en escombros, y sus jardines mágicos fueron destrozados por la brutal soldadesca; los surtidores fueron destruidos, las fuentes de alabastro dejaron de correr. A todas estas miserias, hijas del abandono, añadid la irrupcion de un populacho compuesto de gente sin alma que bajo mil pretestos concluyeron por invadir y apropiarse poco á poco las estremidades desiertas de los edificios. El mal, semejante á la gangrena, ganó terreno; los contrabandistas que se escapaban de la justicia de Granada buscaron allí un asilo seguro para proteger sus maniobras y salvar el botin de sus espediciones; los malhechores de todas clases ayudados por el tiempo formaron su *cuartel general*, de donde sus agentes seguros de un refugio salian á infestar las cercanías de Granada. Fue pues necesario que un dia la fuerza pública viniese á barrer esta cloaca de atrevidos bandidos. Cercado el recinto de la Alhambra, fue registrado hasta los mas pequeños escondrijos, y todos los presos fueron obligados á dar cuenta de sus acciones y palabras; el derecho de residencia fue concedido solo á personas útiles para el servicio de esta propiedad del Estado, y las habitaciones supérfluas fueron demolidas; no quedó mas que una parte que tenia destino fijo y el convento y la iglesia de que he hablado mas arriba.

En las últimas guerras de la Península, el ejército francés ocupó á Granada y alojó tropas en la Alhambra. El comandante militar de la provincia residia en el palacio, y al gusto ilustrado que distingue tan eminentemente el pueblo francés, es al que debe dar la España gracias por la conservacion de todo lo que recuerda hoy dia el esplendor de los reyes moros. Se hizo mas que respetarlo; se reparó la techumbre, se compuso una parte de los salones que pedia un pronto socorro, y las galerías fueron puestas al abrigo de las injurias del tiempo y del vandalismo de los ignorantes por ventanas que se hicieron; los soldados arreglaron los jardines y compusieron las cañerías de las fuentes, y la ocupacion francesa mereció gozar un resto del espectáculo de las magnificencias del siglo árabe. Si existe aun la Alhambra, la España se lo debe á la Francia.

Al retirarse el ejército, los generales de Napoleon tenian órden de desmantelar todas las fortalezas de las plazas que abandonaban. Los ingenieros hicieron saltar varias torres unidas á la muralla; desde aquella época la Alhambra no tiene valor militar; su guardia se compone de un destacamento de inválidos, cuya vigilancia inerte se limita solo á algunas torrecillas que aun subsisten y que sirven algunas veces, pero pocas, de prisiones de estado. *Otro tiempo, otras costumbres*: el gobernador actual de la Alhambra no reside en ella mas que durante la buena estacion; prefiere vivir en Granada, donde sus relaciones son mas fáciles y sobre todo mas agradables. No debo concluir estas anotaciones sin dar un testimonio honorífico de las cualidades preciosas de este gobernador, D. Francisco de Serma. Este funcionario, hombre de talento, consagra todos los recursos de que puede disponer para detener en cuanto le es posible la decadencia de este monumento, cuya custodia le está confiada. Si todos los gobernadores que le han precedido en este destino hubiesen tenido el mismo celo que él en una obra tan honrosa, la Alhambra hubiera conservado casi enteramente su primitiva magestad; pero es verdaderamente deplorable que en un pais civilizado el gobierno tenga tan poco cuidado en la conservacion de sus antigüedades nacionales; llegará dia en que la España será el punto de reunion general de los viajeros, de los hombres de mundo, sábios y artistas de todos los puntos de la Europa. Su historia es bastante gloriosa para que se adorne con orgullo con los monumentos que la atestiguan.

No se crea que voy á hacer una descripcion minuciosa de la Alhambra. Este palacio ha sido tantas veces objeto de detalles históricos hechos por los mas ilustres escritores, que me limitaré á recordarlo al lector

Ayuntamiento de Madrid

por medio de un bosquejo muy sucinto.

La mañana del siguiente dia de nuestra llegada salimos de la posada de la Espada, y atravesando los barrios de *Vivarrambla* y *Zacatin*, antiguo bazar de los árabes y la plaza en que está situada la capitanía general, subimos una calle estrecha y pendiente, y cuyo nombre data de los dias florecientes del antiguo reino de Granada. La calle de los *Gomeles* (nombre de una tribu árabe, célebre en los romanceros), da á una gran portada de estilo griego, y que sirve de entrada á las dependencia de la Alhambra.

En lugar de los Zegríes y Abencerrajes que nos habrian acogido algunos siglos antes, encontramos dos ó tres soldados viejos, de cara séria, sentados sobre un banco de piedra: un hombre, cuyas trazas eran las de un mozo de cordel, cubierto apenas de miserables andrajos, y que estaba hablando con un soldado, vino á nuestro encuentro, y se ofreció á conducirnos por todos aquellos sitios que mereciesen la curiosidad de ser visitados.

Nunca he podido vencer la repugnancia instintiva que tengo á todos los que sirven de *Ciceroni* mercenarios, y el esterior de esto me afirmaba mas en mi prevencion.

—Amigo mio, le dije, conoceis perfectamente todas las partes de este edificio?

—A la verdad, señor, me contestó, que ninguno podria mejor que yo esplicaros todo lo que quereis ver, porque tal como me veis soy *hijo* de la Alhambra.

A estas palabras, pronunciadas con un énfasis singular, me puse á mirar de nuevo el trage del hombre que asi me hablaba: no sé lo que pasó en mi interior; pero los andrajos que apercibí me parecieron de repente respetables; no ví en este personaje mas que la librea de la desgracia; la pobreza del vestido era digna de la grandeza de las ruinas que le cobijaban. Le hice hábilmente algunas preguntas, y sus respuestas me ilustraron sobre el derecho que se abrogaba bastante legítimamente. Su familia, me contestó, habitaba de padres á hijos las casuchas de la Alhambra desde la época de la conquista de los reyes Católicos; se llamaba Mateo Jimenez.

—Serias por casualidad descendiente del famoso cardenal?

—Sábelo Dios, señor, me contestó, y por otra parte no veo que sea cosa imposible. Soy descendiente de una familia de cristianos viejos, pero de los mas viejos que hayan vivido en la Alhambra. En nuestras venas no corre sangre infiel. Me acuerdo que desciendo de una grande familia antigua, pero cuyo nombre he olvidado. Mi padre podria deciros mas sobre este punto si lo deseais, porque conserva preciosamente el blason de nuestros antepasados colgado en la chimenea.

Me admiró aquella sangre fria; pero reflexionando no debia sorprenderme, porque desafio que se encuentre á un español por mas pobre que sea, que no pretenda descender de alcurnia noble. Sinembargo, como el aire caballeresco de mi desconocido me habia seducido á primera vista, invité al hijo de la Alhambra á que nos hiciese los honores del paseo.

Una alameda algun tanto pendiente sembrada de arbustos del verde mas encantador atraviesa desde luego un profundo riachuelo; senderos serpenteando de mil maneras caprichosas adornados con fuentes secas en el dia recorren este riachuelo en todas direcciones y mueren en la alameda despues de mil ramificaciones. Las torres esteriores de la Alhambra se elevaban á la izquierda sobre nuestras cabezas, á la derecha enfrente del riachuelo las *torres bermejas* se elevaban entre las rocas á iguales distancias; estas torres se llaman asi á causa de su color rojizo; su orígen se pierde en la noche de los tiempos: se cree son anteriores á la fundacion de la Alhambra.

Algunos historiadores atribuyen esta obra á los romanos, y otros suponen han sido fundadas por alguna colonia nómada de fenicios.

A la estremidad de la alameda que acabábamos de pasar se eleva una torre cuadrada; es la entrada principal del palacio. Un inválido estaba gravemente de centinela, mien-

Ayuntamiento de Madrid

tras que sus compañeros, recostados sobre los bancos de piedra, dormian embozados en sus capas. Esta entrada se llama la *Puerta de la justicia*, porque sobre los bancos que la rodean se sentaba otras veces el magistrado que llevaba entre los moros las funciones análogas á las de juez de paz; esta vieja costumbre de los paises del Oriente se remonta á la mayor antigüedad; se encuentran noticias de ella en la *Biblia*.

Un inmenso arco construido en figura de herradura, y que se eleva casi á la mitad de la torre Cuadrada, sirve de vestíbulo. Se distingue una mano esculpida sobre la llave de la bóveda esterior, y la piedra que corresponde al interior conserva la huella de una llave de igual dimension. Los sábios que se creen iniciados en los secretos de los símbolos musulmanes hallan en esta mano el emblema de la doctrina y la llave les parece el de la fé; pretenden que esta señal estaba grabada en las banderas de los moros que sometieron la Andalucía. Sea de esto lo que quiera, Mateo Jimenez nos ofreció otra esplicacion.

Segun una tradicion oral trasmitida de padres á hijos en su familia desde tiempo inmemorial, la mano y la llave le parecian, nos dijo, dos figuras cabalísticas que guardaban el secreto de los destinos futuros de la Alhambra. El rey moro que fundó este edificio se habia colocado bajo la proteccion de un poder mágico que le preservó por espacio de siglos enteros de los temblores de tierra, tan frecuentes en el pais meridional de la España. El pueblo cree hoy dia que el encanto que guarda la Alhambra perderá su virtud cuando la mano de piedra descienda hasta tocar la llave, todo el edificio debe entonces demolerse con estrépito, y sus ruinas dejarán al descubierto los ricos tesoros que los reyes moros han escondido en ella.

A despecho de esta prediccion terrible que se agrababa con el aire siniestro de nuestro guia, pasamos atrevidamente bajo la bóveda encantada defendidos contra los ataques del diablo por el aspecto protector de una estatua de la Vírgen, groseramente esculpida encima del marco de la puerta.

Un paso estrecho practicado entre dos paredes nos condujo por varios rodeos hasta un patio interior llamado *Plaza de las Cisternas*, á causa de los vastos receptáculos tajados en el granito, encima de los cuales está este patio. Se ve en el centro un pozo de una inmensa profundidad y cuya agua es de la pureza mas admirable. Todo el mundo sabe con qué voluptuosidad miraban los árabes este elemento.

Enfrente de la *Plaza de las Cisternas* se ve el palacio emprendido por Cárlos V, y cuyas magnificencias debian, segun él, sobrepujar las mas bellas concepciones de las obras de los árabes; pero las muestras que subsisten aun estan lejos de corresponder á los planes ambiciosos del fundador, nada detiene ni fija las miradas delante de este palacio en la cuna, y al pasar por delante de él sin siquiera mirarle nos apresuramos á salvar el portal de una maciza simplicidad que conduce á las habitaciones de la antigua Alhambra.

Nos pareció de repente que detrás de nosotros habia desaparecido un incendio; lo presente desapareció como un relámpago, y los siglos pasados saliendo del polvo nos convidaban como por encanto á ver las grandes escenas de la historia árabe.

Acabábamos de entrar en un vasto patio

Ayuntamiento de Madrid

cubierto de losas de mármol y adornado á cada estremidad con un gracioso peristilo árabe. Este patio, llamado la *Alberca (patio del estanque grande)* estaba ocupado en el centro por un estanque de ciento treinta pies de largo lleno de pescados de colores y rodeado de rosales que forman su balaustrada. La estremidad superior de la *Alberca* termina con la torre de *Comares*.

Un pasadizo embovedado al opuesto lado de esta torre nos introdujo en el patio de los *Leones*: esta parte del palacio es la que ha sufrido menos los estragos del tiempo. Aun se eleva en medio de él la famosa fuente cuyo nombre ha conservado la historia y las tradiciones populares. Sus doce leones no han cesado de echar su agua cristalina en sus conchas de alabastro como en tiempo del rey Boabdil. El patio, dispuesto á manera de *parterre* florido, está rodeado de una galería formada de arcos esbeltos esculpidos y calados, deliciosa crestería de piedra que parece caprichosamente enlazada con columnitas de mármol blanco. El órden de la arquitectura árabe ofrece en general mas elegancia que grandiosidad, pinta los gustos de su época por las delicadezas refinadas de la vida voluptuosa de los harenes, y en nuestros dias cuando se fija la vista en estos arabescos dibujos tan atrevidos, tan maravillosos que los cree uno obras de mágicos, se pregunta cómo tan preciosos recuerdos del arte oriental han podido resistir por espacio de tantos siglos á las convulsiones de un suelo volcánico, á los estragos del tiempo y sobre todo á las últimas guerras de nuestra historia, al saqueo de los soldados y á la curiosidad no menos desastrosa de los que la visitan; ciertamente en presencia de un destino tan protegido, la leyenda de la mano y de la llave tomase en nuestra imaginacion una autoridad casi positiva.

Una puerta admirablemente cincelada conduce del patio de los *Leones* á un hermoso salon cuyo pavimento es de mármol blanco; esta es la *Sala de las dos Hermanas*. Un artesonado abierto comunica sin cesar un aire puro y el reflejo de una débil luz: los zócalos á la altura de apoyo estan incrustados con hermosas piedras árabes, en cada una de las cuales se admiran los blasones de un rey moro: la parte superior está cubierta de estuco de Damasco cortado con festones de mil formas, que sirven de marcos á los versículos del *Coran*. Los adornos de las paredes y del artesonado estan revestidos de oro y los huecos del dorado llenos de lápiz-lazuli; alrededor del salon hay practicados unos nichos destinados sin duda á recibir los lechos de reposo. Sobre un vestíbulo interior hay un corredor que comunica á las habitaciones de las mugeres; se encuentran aun varias de estas ventanas caladas llamadas *celosías*, que permitian á las habitantas del serrallo contemplar sin ser vistas las fiestas brillantes que se daban en la *Sala de las dos Hermanas*. En presencia de estos restos tan elocuentes la imaginacion sueña con fantásticas apariciones. Las voluptuosas habitaciones de las bellezas orientales aun subsisten allí; pero qué se han hecho las Zoraidas, las Lindarajas? preguntádselo á la tierra, á este Saturno eterno que devora sin cesar á sus hijas.....

A la otra estremidad del patio de los *Leones* se presenta la sala de los Abencerrajes. Este nombre recuerda á la memoria de una familia de nobles caballeros que fueron decapitados en una de las tazas de marmol que se ve aun en medio de este recinto. Algunos historiadores han puesto en duda y revocado la autenticidad de esta espantosa ejecucion. Nuestro guia al vernos conmovidos nos hizo notar como pieza justificativa la pequeña puerta de hierro por donde los

desgraciados Abencerrajes fueron llevados al lugar de su suplicio; ademas se ven aun

Ayuntamiento de Madrid

en el pavimento ciertas manchas de un rojo negro indeleble que se supone ser huellas de su sangre. Quiero que reflexiones, querido lector, si en semejante momento y á vista de tales recuerdos no es permitido tener un poco de credulidad: nuestro hombre, aprovechándose de la impresion que nos habia causado, se apresuró á añadir á sus narraciones cuentos sobrenaturales. «Esta es la causa, nos decia con una fisonomía de las mas cómicas, de que se oigan algunas veces por la noche gemidos sordos que se prolongan como un eco confuso de voces humanas, á los cuales se mezclan por intervalos sonidos mas agudos, parecidos al choque de las cadenas contra las piedras.» A la verdad esta especie de fenómenos se esplica por el paso subterráneo de las corrientes de agua que surten las fuentes; pero el pueblo, siempre ávido de lo maravilloso, cree que los espectros de los Abencerrajes vuelven en ciertas épocas á visitar la Alhambra y á execrar á sus asesinos.

Despues de haber pasado de nuevo el *Patio* de los *Leones* y de la *Alberca*, visitamos la *torre* de *Comares*, asi llamada del nombre del artista árabe que la edificó. Es una construccion maciza y de bastante elevacion: desde su cumbre se ven las orillas del Darro, por el lado mas escarpado de la colina, en cuya cima se asienta la Alhambra. Una galería abovedada conduce en el interior de la torre á un salon magnífico que los reyes granadinos tenian destinado para el recibimiento solemne de los embajadores, de cuyo orígen tomó el nombre de *Sala de Embajadores*. Aun se distinguen en ella restos medio borrados del antiguo esplendor de aquellos tiempos caballerescos; sus zócalos han conservado una parte de los adornos de estuco que los hermoseaba; el artesonado es de cedro enriquecido con dorados y arabescos de los mas riquísimos colores; altas ventanas á estilo oriental practicadas en los tres lados de la sala, por medio sus paredes de granito, proyectan sus balcones de mármol encima del floreciente valle del Darro, desde los cuales se ven las calles y los conventos del *Albaicin* y los plantíos deliciosos de la Vega de Granada.

Toda esta parte del palacio de la Alhambra contiene aun restos interesantes; nuestro guia nos hizo reparar un pabellon construido sobre la plataforma de un torreon donde la reina Isabel solia ir sola á ciertas horas del dia á respirar con libertad las brisas de las montañas y reposar sus miradas sobre las magníficas vistas que rodean al palacio. Vimos tambien el *Pensil* de Lindaraja, cuya fuente de alabastro derramaba sus líquidas ondas sobre un grupo de rosales entre bosques de limoneros y mirtos; despues vimos las salas de baños, voluptuosos asilos donde la luz del dia cede su lugar á un claro-oscuro de una dulzura inefable, y donde el calor del clima desciende al grado de una templada y suave atmósfera; pero me apresuro á concluir para libertarme de este encantador atractivo, que á pesar mio me seduce y me arrastra al placer de describir: he ofrecido al lector narraciones ó cuentos de tiempos antiguos, y debo limitarme á ofrecerle un aspecto general de los lugares á donde su imaginacion va á seguirme en mis recuerdos.

Cuando se ha sufrido largo tiempo los ardientes colores de los paises meridionales, se gustan con delicia los placeres de un retiro donde los vientos frescos de las montañas vecinas mantengan sin cesar la fecundidad y la vida en el seno de los mas risueños valles. Numerosos acueductos construidos por los moros distribuyen en todas las habitaciones del palacio el agua que circula por conductos practicados bajo los pavimentos de mármol, y que mantiene los estanques, las cisternas, las fuentes y los surtidores. Despues á la salida del palacio, habiendo regado los jardines, el agua se filtra y baja á la ciudad por mil pequeños canales, que conservan en estos lugares encantadores una vegetacion la mas rica y sombras siempre verdes.

Las salas abiertas de la Alhambra dan paso á todas las brisas que vienen de las cimas de la Sierra Nevada impregnadas con los perfumes de la llanura, mientras que la

Ayuntamiento de Madrid

ciudad se abrasa por el sol ardiente que la abruma, se gusta en las alturas del palacio de Boabdil esa sensacion de calma perfecta, de reposo reflexivo que forma el mejor placer de los paises meridionales; todo parece convidar alli á cerrar á medias los ojos en un apacible éxtasis que hace pasar por la imaginacion todas las maravilllas de las *Mil y una noches*, y que adormece entre las suaves exhalaciones de la tierra los ruidos fantásticos del follaje y el murmullo de las fuentes solitarias.

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO III.

LA TORRE DE COMARES.

Las cercanías de la Alhambra se han de ver á los primeros rayos del sol de una mañana pura y sin nubes cuando saliendo del Oriente no ha aspirado aun el rocío de la noche. La plataforma de *la Torre de Comares* presenta al observador puntos de vista interesantísimos: desde alli se ve desarrollarse en toda su estension el panorama de Granada y las campiñas que le rodean.

Abrase á mano izquierda en un peristilo adornado con elegantes esculturas que comunica á la *Sala de Embajadores* esa puerta baja y cubierta de hierro, súbase la escalera de caracol sin quejarse de su oscuridad y de su penosa subida, porque estos escalones de granito han sido á menudo hollados por los fieros dominadores de Granada; los reyes y los sultanes árabes se servian de ella para contemplar desde el Belvedere de Comares la aproximacion de los ejércitos cristianos, ó las batallas sangrientas que asolaban la llanura: el terrado de la torre domina á lo lejos las cimas de los montes, los valles sombríos y los cultivos que rodean este paraiso terrenal cuyo centro es Granada.

Por debajo de las almenas la vista se dirige oblicuamente sobre los edificios de la Alhambra, sus patios de mármol y sus jardines. Al pie de la torre está la *Alberca* de que ya se ha hablado, mas lejos está el *Patio de los Leones* con su fuente de sangre, y en medio del jardin se esconde como un nido de amor el delicioso *parterre de Lindarajas*, brillante esmeralda engarzada en arabescos.

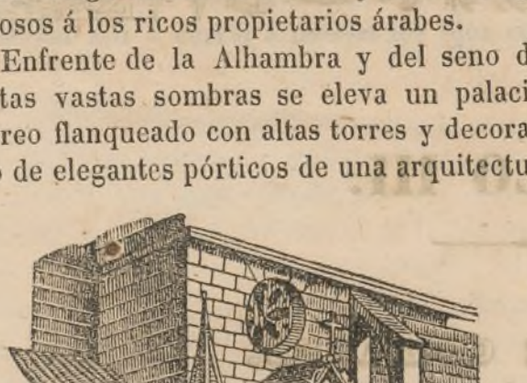
Una muralla que la rodea construida de piedras rojizas, revestida en el esterior de torrecillas cuadradas colocadas en intervalos de poca distancia, corona la cima de la colina, y recorre sus caprichosas sinuosidades: este es el límite del territorio de la Alhambra. Varias de estas torrecillas estan arruinadas y sus escombros esparcidos por el suelo; por el norte el castillo se alza á pico sobre alturas enormes: un largo barranco que circuye la roca marca los vestigios de los terremotos que en diversas épocas han asolado á Granada; todo presagia que algun dia una catástrofe postrera destruirá para siempre ese viejo testigo de tantos siglos de poder.

El valle del Darro, que se ve desde el alto de la torre, aparece como un profundo hueco que va ensanchándose á medida que abandona las montañas. El rio que le da nombre recorre caprichosamente una cordillera pintoresca de colinas cubiertas de árboles frutales y de jardines de placer; la tradicion afirma que antiguamente el Darro tenia las arenas de oro, y de vez en cuando algunas personas demasiadamente cré-

Ayuntamiento de Madrid

dulas pasan por un cedazo la arena que recogen para buscar algunos granos del codiciado metal. Se ven esparcidos pabellones campestres con sus blancas paredes, que servian antiguamente de retiros y asilos voluptuosos á los ricos propietarios árabes.

Enfrente de la Alhambra y del seno de estas vastas sombras se eleva un palacio aéreo flanqueado con altas torres y decorado de elegantes pórticos de una arquitectu-



ra deliciosa: es el *Generalife*. La antigua habitacion de verano de los reyes moros está dominada por una montaña árida y estéril llena de ruinas que van convirtiéndose en polvo. Los aldeanos de los cercanías llaman á esta cima la *Silla del moro*; se cree que el desgraciado Boabdil se refugió allí durante una revuelta, y que desde ella sus miradas tristes se fijaban mientras sus horas de angustia sobre su capital presa de la guerra civil.

De vez en cuando las brisas del valle del Darro llevan sobre sus alas sonidos regulares como el murmullo de una cascada; estos ruidos suben del acueducto de un molino, pasado el cual se estiende al pie de la colina la avenida de la *Alameda*, lugar de las citas de los amantes durante las hermosas noches del estío brillantes de estrellas y embalsamadas de perfumes.

Hácia el poniente las montañas que limitan la vega se estienden hasta perderse de vista; esta era la frontera que antiguamente separaba la conquista de los moros de la España cristiana. Aun se ven sobre algunas de sus altas cimas castillos almenados que parecen puestos como centinelas para observar la llanura: los desfiladeros de estas montañas dieron paso en tiempos antiguos á millares de caballeros cristianos que venian á banderas desplegadas á poner el sitio á Granada.

Hoy dia la soledad de estos lugares salvajes no es alterada nunca. Los arrieros conducen en paz sus recuas de mulos por medio de los senderos que gimieron antiguamente bajo el peso de las armaduras; alli está el puente de los *Pinos*, que vió detenerse á Colon á la voz de un correo de Isabel de Castilla, que le traia á nombre de esta princesa palabras de confianza y promesas de apoyo, cuando fatigado del desprecio de los cortesanos iba á ofrecer á la Francia el descubrimiento del Nuevo Mundo. En medio de la vega la ciudad de *Santa Fé* edificada por los cristianos durante el sitio de Granada, recuerda aun la memoria de Colon; alli es donde el ilustre aventurero cuyo genio habia desconocido su patria firmó el tratado que hizo la fortuna de la España.

La parte meridional de la Alhambra ofrece á la vista el aspecto de un inmenso jardin donde corre el Genil serpenteando, y cuyas ondas reflejan el azul del cielo: se ven esparcidos en esta llanura, ricamente cultivada, muchos edificios de procedencia árabe, antiguos palacios donde reinaba la opulencia convertidos en cortijos y chozas por las vicisitudes de la conquista. El horizonte se limita al pie de Sierra Nevada, cuya vecindad, procurando á Granada la fresca y lasciva vegetacion que la rodea, templa los ardores del sol de los trópicos por una mezcla de la atmósfera del Norte. La disolucion anual de las nieves provee los receptáculos de donde salen los rios, que pasando á las Alpujarras, vienen á esparcir por todas partes la fecundidad y la vida. Estas

Ayuntamiento de Madrid

montañas, que dominan toda la Andalacía, dan al pais granadino el aspecto mas rico y pintoresco del mundo. El arriero saluda de lejos, sus picos cubiertos de nieve y que marcan el término de su jornada; y mas lejos aun, los marineros españoles que los descubren desde las costas del Mediterráneo, sienten nacer mas vivos los recuerdos de la patria, y para calmar la tristeza de la ausencia cantan á media voz algun romance antiguo aprendido en el lugar paterno.

Pero ya, querido lector, el calor del sol, que se hace sentir cada vez mas, y que inunda el terrado de Comares con sus rayos, y que caen á plomo sobre nuestras cabezas, me obligan á bajar y á buscar un asilo fresco en las galerías que ofrecen una hermosa sombra de la fuente de los *Leones*.

Algunas horas mas tarde no hay cosa mas hermosa que asomarse al balcon de la *Sala de Embajadores*. Cuando se pone el sol con su sudario encarnado detrás de las cimas de la Alhambra, el valle del Darro semeja una arena de fuego, y las aguas de su rio parecen inflamadas; la Vega de Granada se vela con una nube de oro ligeramente agitada por los céfiros perfumados que turban solos el silencio de los aires. Luego en lontananza se escuchan las alegres armonías de las risas y del *fandango*, baile nacional de la España; pero mientras que los amores se desarrollan bajo el follaje de los valles, la Alhambra y el Generalife quedan sumidos en su melancólica soledad. Con todo, este carácter de tristeza no impone como la sombría arquitectura de los edificios góticos: el arabesco oriental que se presenta en voluptuosos detalles, ofrece un perfecto contraste con el estilo ojival, tan grandioso y tan puro en su mística simplicidad.

El genio árabe y el cristiano han tenido combates encarnizados sobre el suelo de la vieja España. La fortuna ha favorecido inconstantemente á los dos partidos, y estas luchas han dejado recuerdos en la historia para que se admiren los desastres y los triunfos. Los moros de España tienen entre las naciones una existencia aparte: á pesar de la estension de su dominio y el número de siglos que han reinado, nadie podria calificar con un término exacto su orígen político. La invasion árabe estendió su conquista sobre el mediodia de la Europa, desde el promontorio de Gibraltar hasta los Pirineos, con una rapidez igual á la que sometia en otras playas la Siria al Egipto. Sin la dérrota de estos feroces vencedores en las llanuras de Hours, la Francia y en seguida la Europa hubieran sucumbido tan pronto como el imperio de Oriente, y puede ser que Lóndres y París fuesen en el dia de hoy ciudades mahometanas. Perseguidos hasta los Pirineos estos ejércitos de invasores, renunciaron al gusto de conquista para fundar en España un estado pacífico. Atraidos por una invasion, dulcificaron por su contacto la civilizacion de los pueblos que habian sometido; dueños de una tierra feliz, procuraron enriquecerla con todo lo que puede aumentar el bienestar humano.

Leyes severas, pero justas, artes útiles, porque creaban goces, la agricultura animada y considerada como el primer estado que ennoblece al hombre, las relaciones de comercio fundadas ó estendidas, produjeron con la ayuda del tiempo una prosperidad que debia hacerla envidiable á varios paises cristianos. Al rodearse con todo el lujo oriental, los moros de España, contribuyeron á desarrollar en la Europa, todavía incivilizada, los gustos de la vida cómoda y el instinto de la felicidad material que puede realizar la opulencia. Los artistas cristianos venian á aprender cosas maravillosas en el seno de las ciudades musulmanas: los estudiantes de todos los paises iban tambien en gran número á las universidades de Toledo, Córdoba, Sevilla y Granada para iniciarse en los tesoros de la ciencia que encerraban estas ciudades célebres. La poesía del Oriente tenia en Córdoba y Granada tribunales de amor, y los guerreros del Norte se formaban en su escuela en la cortesía y brillantes virtudes de los tiempos caballerescos.

No es, pues, un vano orgullo el que animó á los árabes de España á cubrir con inscripciones de su gloria los monumentos

Ayuntamiento de Madrid

de su pais adoptivo. La mezquita de Córdoba, el alcázar de Sevilla, la Alhambra de Granada, presentan el testimonio mas cierto de todas las magnificencias pasadas. La dominacion de los árabes no ha durado menos en España que la ocupacion de la Inglaterra por los normandos; los hijos de Muza y Tarif se creian tan libres del revés que los espulsó de su conquista, como los descendientes de Rollon y Guillermo se creen en nuestros dias, y que sin embargo podrian ser arrojados del pais que ocupan. A pesar de todo este esplendor, el imperio de los moros no era mas que un gran monumento edificado sobre arena y cuyos destinos no llegarian á fijarse. La religion y las costumbres de este pueblo oponian un obstáculo invencible á la fusion con los reinos vecinos; su poder, privado de alianzas, vivió siempre en hostilidad ó sobre la defensiva; su existencia entera fue una larga lucha cuyo campo debia quedar con la última victoria á su primer poseedor. La España mora formaba en Europa la vanguardia del mahometanismo: el brillante valor de los hombres de Oriente hizo prodigios en cien batallas; pero despues de una larga lucha á brazo partido, el coloso de hierro de los pueblos del Norte rompió su cimitarra bajo su pesada armadura. Qué se han hecho los moros de España? Vanamente se buscan sobre la costa africana algunos vestigios indistintos de este bello tipo destruido: las hordas bárbaras que se ven en ella son indignas de llevar un nombre consagrado por ocho siglos de gloria. La España actual trata á los antiguos moros de usurpadores arrojados, desposeidos y apenas se encuentran algunos monumentos medio destruidos y que existen de pie para atestiguar las grandezas de lo pasado, á semejanza de las rocas escarpadas que se elevan en las costas del Occéano, testigo viejo como el mundo de las inundaciones que han fecundizado la tierra. Tal es la Alambra entre los edificios góticos que se han agrupado á sus pies.

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO IV.

TIA ANTONIA.

El resto del palacio está confiado al cuidado de una señora anciana. Doña Antonia de Molina, asi se llama, conocida por el nombre de Tia Antonia, tiene á su cargo velar por la conservacion de los salones interiores y de los jardines; á su favor se debe el que los curiosos puedan visitarlo todo; la generosidad de estos forma para ella una pequeña renta, que se aumenta con las producciones de los jardines, sobre los cuales cobra un tributo de flores y frutas, cuya perpetuidad la tiene asegurada por la proteccion del gobierno. Esta buena señora se ha instalado con su familia en algunas piezas medianamente habitables; sus dos sobrinos, hijos de dos de sus hermanos, componen su parentela: el sobrino Manuel de Molina me pareció un jóven de una gravedad enteramente española; habia pasado algunos años en el servicio militar en América; pero disgustado, lo abandonó por estudiar la medicina: toda su ambicion se reduce á ser un dia médico de la Alhambra, destino que puede valer muy bien ciento cincuenta pesos al año. La sobrina, que se llama Dolores, es una chica y hermosa andaluza de tez morenita, ojos negros, siempre contenta, y tan risueña como bonita, y jamás carácter alguno ha desmentido mejor á un nombre tan melancólico. Esta jóven heredará todos los bienes de la tia, que equivalen poco mas ó menos á los futuros emolumentos del destino que sonríe á los deseos del sobrino. Un amor ardiente unia los corazones de los dos jóvenes, que no se incomodaron para ocultármelo; es verdad que su union solo tardaba en efectuarse por no haber llegado aun la dispensa del papa, necesaria entre primos que se casan, y el grado de doctor que debia conceder á Manuel el modesto destino que aseguraria su dicha.

Me ajusté con la anciana señora por mi habitacion y mesa mientras habitase la Alhambra. La hermosa Dolores quedó encargada del cuidado de mi habitacion, y ademas se puso á mis órdenes una especie de jardinero, que de buena gana se hubiera hecho mi criado sin la concurrencia temible de Mateo Jimenez. No sé cómo el orgulloso hijo de la Alhambra habia olvidado el blason de sus abuelos hasta el punto de unirse á mí como la sombra al cuerpo; este oficioso personaje entraba á medias en todos mis planes; á todas horas se encontraba en él un *Cicerone*, un criado, un guia, un guardian, un escudero y casi siempre un archivero para recoger y conservar fielmente todos los hechos que mi curiosidad de viajero deseaba notar. Es verdad que por un reconocimiento instintivo, y para hacer á este honrado Gil Blas un poco mas digno del amo cuya fortuna adulaba, habia yo singularmente mejorado su vestimenta. Despoja-

Ayuntamiento de Madrid

do de su vieja y mala capa parda, que no hacia mas que acusar su miseria, se presentaba con orgullo á sus antiguos camaradas vestido de pies á cabeza á costa de mi guardarropa. Mateo me parecia perfecto bajo todos los puntos de vista, y á veces su celo por serme útil y para hacerse necesario se convertia ya en importunidad: como conocia muy bien que mis simples costumbres y mis pocas necesidades harian de su destino de criado una plaza inútil, mi pobre hombre se atormentaba la imaginacion por adquirir á mi vista el valor de un ser indispensable del cual no debia pensar en separarme; y bien reflexionado, en lugar de ser yo el amo, me convertia en esclavo de Mateo; no podia salir un poco de mi cuarto sin encontrarle á mi lado como el genio de Aladin en las *Mil y una noches* para esplicarme, á pesar mio, toda especie de curiosidades de las que no me importaba enterarme y que pasaban desapercibidas. Si por acaso salia del palacio para ir á reflexionar solitariamente bajo la sombra de los árboles que pueblan aquellos amenos pensiles, se presentaba á mi vista como por encanto armado hasta las uñas, bajo pretesto de servirme de escolta, aunque estuviera yo firmemente persuadido que confiaria mas bien su salvacion á la ligereza de sus piernas que al vigor de sus puños. Por lo demas, es preciso hacerle justicia: no he visto en ninguna parte en todo el curso de mis viajes un mozo mas divertido, mas naturalote, siempre de igual humor, complaciente hasta el estremo, hablador mas allá de toda espresion, verdadera gaceta ambulante de todo el pais circunvecino. Lo que justificaba sobre todo la importancia que queria darse era su inmensa erudicion fantástica; leyendas, crónicas, cuentos maravillosos, tradiciones de todas clases y de todos siglos las podia contar con una exactitud imperturbable; no existe tal vez una piedra en toda la Alhambra, un tallo de yerva en todo el pais de Granada que no hubiese podido en caso necesario servirle de testo para una narracion maravillosa, y la credulidad manifiesta con que sazonaba sus cuentos era la gracia mas interesante; la mayor parte de estos que forman su biblioteca poética, eran, decia él, la única herencia que le dejó su abuelo, pobre sastre; que vivió cerca de un siglo en una casucha pegada á las murallas del viejo palacio, de la cual no se separó dos veces en su vida. Su taller habia sido la cita perpetua de todas las respetables comadres que iban todas

las noches á tener su sesion, y pasaban una parte de ella amenizando su trabajo con relaciones de toda especie, sobre las cuales añadian cada vez nuevos detalles: asi es como las tradiciones populares pasan de boca en boca y de pais en pais; hé aquí el solo orígen de la historia escrita de mas de un pueblo. Los recuerdos de la Alhambra deben tal vez en parte su conservacion á las veladas del pobre sastre y á la admirable memoria de su nieto; maese Mateo no se ha descuidado en perder uno solo de estos cuentos famosos; su cabeza se ha convertido en un libro donde todo este tesoro de maravillas está clasificado con mas cuidado que en los estantes de un anticuario; este mozo hubiera hecho la fortuna de un librero y de varios novelistas.

Como se ve, me hallaba favorecido para sacar fruto de mi peregrinacion á la Alhambra, y á fe mia que dudo si habrá habido algun soberano en el mundo que haya sido mas festejado, mejor servido, y tratado con tanta fidelidad y celo en su real palacio, como lo fuí yo en aquella época, yo pobre viajero, amigo de ver y de saber, cuidado

Ayuntamiento de Madrid

por mi buena huéspeda en el mas ilustre palacio de la edad media. Todas las mañanas cuando dispertaba el jardinero, venia á ofrecerme ramos de flores que la hermosa Dolores arreglaba en seguida con coquetería en los vasos de cristal que adornaban mi aposento. Unas veces almorzaba en los salones célebres de las fiestas de los reyes moros: otras en las galerías que circuyen la fuente de los *Leones*; cada dia emprendia una nueva correría por la campiña: cada dia un nuevo objeto me atraia; un *Cicerone* que no me abandonaba y tenia siempre á mano algun nuevo cuento con que distraerme. No obstante mi aficion por la soledad, me gustaba de vez en cuando romper la uniformidad de mis horas tomando parte en las conversaciones de familia de la Tia Antonia, que me recibia en un salon moro que servia de cocina y de sala. Una chimenea groseramente construida en un rincon de la habitacion ha deteriorado los adornos, ennegrecido las molduras, y casi borrado con el humo las inscripciones árabes; pero en desquite, una ventana que cae sobre el valle del Darro aspira las suaves emanaciones de la noche, y cenaba con delicia cerca de estas gentes, cuya conversacion chispea con las gracias de un talento natural que poseen los españoles de todas las condiciones.

La Tia Antonia es una muger de buen sentido, de quien solo la instruccion hubiera hecho una persona distinguida; la amable Dolores me sorprendia sin cesar por los rasgos ingeniosos de su viva imaginacion. Si la conversacion decaia, algunas veces Manuel nos leia con cierto gusto encantador algunas páginas de Calderon ó de Lope de Vega, que producian sobre su querida prima el efecto del mas fuerte narcótico. El círculo de familia se ensanchaba en favor de algunas mugeres de los inválidos que componian la guarnicion, que manifestaban un profundo respeto á la *señora mayordoma* del palacio, y que para hacerla la corte venian á referirla todas las anécdotas de la ciudad: mas de una vez he adquirido en esta tertulia sin etiqueta noticias curiosas de hechos que me han ilustrado sobre diversas particularidades de las costumbres españolas, especialmente de las del reino de Granada.

Perdona, lector ó lectora, estas largas digresiones á que me dejo arrastrar; te debo referir cuentos, y te detengo largo tiempo en medio de las realidades pacíficas de una reducida familia, ó en presencia de sitios deliciosos, pero que con mis débiles descripciones no lograrán animar tu alma con el entusiasmo que la agita; perdóname estas distracciones en que gozo; pero piso un suelo célebre por tantos recuerdos que no pueden satisfacer á mis emociones.

Me acuerdo que en la adolescencia leia un dia á las orillas del Hudson una historia antigua de la conquista de Granada. Me seria imposible decirte las ilusiones, los deseos, los proyectos irrealizables que me produjo esta lectura. Granada se convirtió para mí desde entonces en una ciudad santa hácia la cual se dirigian todos mis votos; desde aquel momento mi imaginacion no se separaba de la Alhambra que habia yo soñado; y hoy, que este sueño se ha realizado, que ya no es á mis ojos una ficcion novelesca, ahora que la veo, que la toco, que los ecos reproducen mi voz, que mi aliento se mezcla y se identifica con el aire que se respira, me pregunto algunas veces si todo esto es un sueño de brujas, ó si estoy despierto.....

¿Es ese verdaderamente el palacio de Boabdil, estoy á la vista de Granada, esas fuentes cuyos murmullos parecen llorar á sus antiguos poseedores, esos jardines floridos, esos árboles centenarios cuya sombra me cubren, esa atmósfera impregnada de perfumes que dilatan mi pecho ardiente, es todo eso la Alhambra, ó mas bien no es este el suelo de aquel eden prometido por Mahoma á los fieles creyentes, y la hermosa Dolores no es una hermana de las huríes celestes enviada á este mundo para adquirir prosélitos al profeta?

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO V.

DOLORES.

A poco tiempo de mi llegada á la Alhambra, un accidente desgraciado turbó la vida feliz de sus pacíficos habitantes. Dolores amaba en estremo á los pájaros; habia poblado todos los patios del castillo, y su mayor gozo era alimentar y cuidar á sus pensionistas. Habia de todas especies; pero la predileccion de la jóven se fijaba sobre dos pichones, macho y embra, que le habian hecho olvidar hasta su gata favorita. Dolores habia preparado para alojar esta pareja un gabinetito cercano á la cocina; los dos pichones se amaban con un amor tierno y confiado, y no sospechaban al parecer que pudiese existir otra felicidad fuera del cuarto que le servia de asilo. Pronto dos huevos blancos como la nieve fueron el fruto de su union bendecida por el cielo. Júzguese cuál seria la alegría de Dolores cuando vió una mañana á los esposos estrechados uno contra otro y calentando con solicitud su querida progenitura. Mientras que los tiernos pichones tuvieron necesidad de sus cuidados, la hembra estaba en el nido en tanto que el macho iba á buscar la comida. Era cosa digna de verse; mas hete aqui que una mañana dando Dolores su provision al palomo, se le antojó llevarlo á pasear por medio del jardin, abriendo la ventana del cuarto que daba sobre el valle bañado por el Darro, soltó á su huésped entre los perfumes que las brisas matutinas estraian del rocío. El pájaro quedó al principio aturdido, miraba meneando las alas hácia el fondo del valle, y de repente, sintiendo crecer sus fuerzas con el instinto de la libertad, se lanzó como una flecha hasta las nubes. Todo el dia el caprichoso palomo, olvidando familia y patria, gozó todo lo que pudo, y visitó con grande inconstancia todos los árboles de las cercanías. Dolores empleó todas las seducciones de la golosina para atraerle, cubrió con semillas escogidas la cornisa y la balaustrada del balcon; pero el piehon, olvidándose de todo lo que amaba, no parecia dispuesto á volver. Para colmo de desgracia trabó amistad con dos pichones de otra especie que se llaman *ladrones*, y que tienen el instinto raro de llevarse con ellos á los pichones que hacen novillos. Estos señores le hicieron visitar todos los tejados y campanarios de Granada. Vino una tempestad, aceptó un abrigo en el palomar de sus nuevos amigos, y cuando llegó la noche no se acordó ya de volver á su casa, ó no pudo encontrar el camino. Su pobre hembra habia salido para ir á buscarle, y su ausencia fue tan larga, que los pichoncitos, que no tenian aun plumas ni cañones, murieron de frio en el nido abandonado: Dolores se desconsolaba: bastante entrada la noche, uno de los soldados de guardia vino á decir que se habia visto al pichon fugitivo sobre las torres del

Ayuntamiento de Madrid

Generalife. Hubo consejo de familia, porque la jurisdiccion de este palacio, siendo enteramente diferente de la Alhambra, los habitantes de estas dos residencias vivian en rivalidad de amor propio, y se disputaban los límites jurisdiccionales. Con todo, resolvieron enviar al jardinero á que se avistase con el intendente del Generalife para rogarle políticamente devolviese á sus vecinos al desertor palomo si se le cogia en sus dominios; pero la comision del embajador no tuvo resultado: el palomo criminal no pudo ser habido, y Dolores desconsolada, afligida y llorosa, pasó una noche en un insomnio cruel y agitado llorando al ingrato á quien no habia dejado de amar.

Cuando uno se acuesta triste, dice un antiguo refran, se levanta alegre; y yo me habia acostado afligido á fe mia del disgusto de la hermosa Dolores. Cuál fue mi sorpresa al dia siguiente! El primer objeto que encontré fue Dolores alegre y contenta como nunca la habia visto, llevando en sus brazos al pájaro vagabundo, á quien cubria de besos. La hermosa niña le echaba en cara su ingratitud en términos severos que desmentian sus caricias: me rifirió que á la aurora el fugitivo habia venido humildemente á llamar con su pico en los cristales del gabinetito, y que habia entrado como avergonzado y confuso de su escapatoria. Pero no se le podia perdonar, pues que evidentemente su vuelta no era un acto de arrepentimiento. La glotonería con que habia almorzado probaba á las claras que solo el hambre le habia obligado á volver. Dolores como muchacha prudente le cortó las alas. Conozco volátiles de mas de una especie á quien Dios en su misericordia infinita, y para desgracia de las mugeres, no ha dado alas, como ni á estas tijeras.....

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO VI.

LA CAMARA DE ISABEL.

La habitacion que yo ocupaba en la Alhambra formaba parte de las habitaciones modernas, y que servian en verano para el gobernador; enfrente tenia la fachada del viejo palacio que mira á la esplanada; cerca de mí se alojaba la familia de doña Antonia en un salon de arquitectura árabe que debia haber sido magnífica en tiempo de los moros, y se juzgaba por ciertos restos de adorno que el humo no habia deteriorado completamente; un corredor oscuro conducia de este salon á una escalera de caracol practicada en un ángulo de la torre de Comares. Al pie de esta escalera se abria una puerta escusada en el vestíbulo de la Sala de Embajadores.

Como estaba poco satisfecho del aspecto prosáico del cuarto que me habian dado, busqué todo el dia otro mas pintoresco: registrando de ruina en ruina, apercibí de pronto una puertecilla que hasta entonces no habia visto: esta puertecilla comunicaba á una parte del palacio cerrada para los visitadores. Cuál podia ser este misterio? Ana Radelidff hubiera creido desde luego que los espíritus de la Alhambra habian querido reservarse para sí aquel recinto: sin embargo mi huéspeda no tuvo dificultad en darme la llave de la puertecilla.

Pasé unos cuantos salones á estilo europeo, aunque construidos sobre un pórtico árabe que circuye el pensil de Lindaraja, á la estremidad hay dos salas bastante grandes cuyos techos son de cedro esculpido representando flores y frutas entrelazadas, y muchas figuras fantásticas en estado de conservacion, y muy poco estropeadas por algunas grietas. Las paredes parecian haber estado cubiertas de telas preciosas; pero ya no se veia mas que los nombres ignorados de una multitud de viajeros vanidosos. Las ventanas se hallaban en muy mal estado, y cedian al mas ligero soplo de aire, y carcomidas por el agua, dejaban penetrar en el salon los ramos de los naranjos del jardin. A estas dos salas seguian dos piezas de menor estension, que daban tambien al jardin de Lindaraja: una mano hábil habia cuidado de adornarlas con todo el prestigio del arte italiano: los techos estaban recargados de pinturas al fresco; pero los adornos de las paredes habian casi desaparecido. Las habitaciones que acababa de visitar daban á una galería abierta con balaustres que seguian en ángulo recto los lados del jardin: la elegancia que parecia haber reinado en estos lugares, me inspiró el deseo de saber su historia: mi inseparable *Cicerone* me

Ayuntamiento de Madrid

contó que su antiguo esplendor databa de principios del siglo cuando Felipe V é Isabel de Parma habian venido á habitar la Alhambra. Esta parte del palacio fue ocupada por la hermosa reina y por las damas de su séquito: uno de los dos salones era la cámara de Isabel; una pequeña escalera hoy tapiada conducia desde esta pieza á la superior ó Gabinete de las sultanas que se llamó despues *Mirador* ó tocador de la reina; desde él la vista abrazaba por un lado los terrados y jardines del Generalife, y por el otro la fuente con surtidores que adornaba

el jardin de Lindaraja. Aun se ve en él una divisa mora que dice asi: «Cuán admirable es este jardin secreto cuyas flores disputan su esmalte á las estrellas! qué cosa mas bella que esta fuente de alabastro eternamente pura? no hay mas que la luna llena en una noche de estío!»

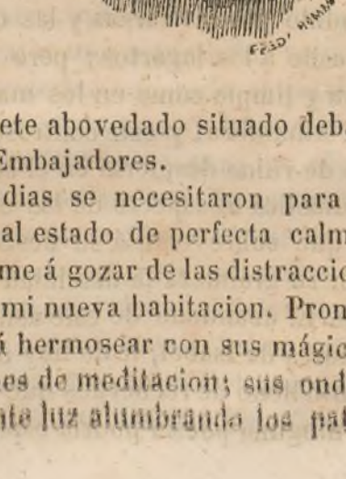
Tal es la feliz disposicion de estos retiros deliciosos que despues de varios siglos su magnificencia, compuesta de adornos tan frágiles, parece haber triunfado del tiempo. El jardin de Lindaraja produce sin cesar flores nuevas; su fuente echa siempre agua; el alabastro estaba empañado; el tanon se halla invadido por las zarzas y las ortigas y sirve de asilo á los lagartos; pero el agua corre pura y limpia como en los mas bellos dias de la Alhambra, y este contraste de esplendor y de ruina despierta en el alma una idea melancólica al aspecto de las obras del hombre, que sobreviven á su destino para probar por su grandeza la debilidad del que las edificó. El abandono de este asilo de los reales amores de Isabel, le da hoy dia no sé qué encanto lleno de recuerdos que ninguna palabra, ninguna poesía podria esplicar.

Pensé establecer el cuartel general de mis ilusiones en esta parte de la Alhambra; esta proposicion causó en la familia de la Tia Antonia la mas singular admiracion. No podian comprender que tuviese tan poco juicio para preferir á las comodidades de la vecindad una habitacion solitaria y lejana de toda comunicacion. La buena señora se apresuró á manifestarme los peligros que debian distraerme de mi propósito de mudarme. Las cercanías del palacio, me decia, estaban infestadas de malhechores; cuadrillas de gitanos habitaban en las cavernas de los montes vecinos; la muralla arruinada en varios sitios podia facilitarles la entrada, y la noticia de un rico estrangero que vivia allí solo en un desierto, donde sus gritos en caso de ataque no serian oidos, podria atraerme alguna visita funesta. La linda Dolores participaba con toda su alma de los temores de su tia, y me hablaba con un miedo cómico de los murciélagos y aves nocturnas que frecuentan los salones desiertos de la Alhambra, y que todas las tardes al ponerse el sol se reunen en gran número y vuelan por los árboles del jardin. Con todo, nada me hizo mudar mi resolucion. Con ayuda de mi fiel Mateo y de un artesano de la ciudad, las ventanas y las puertas se compusieron lo suficiente para la seguridad del lugar, y á pocos dias me instalé en él. Confieso francamente que á pesar de mi deseo, la primera noche fue de prueba. A puestas de sol toda la familia me acompañó hasta mi cuarto encantado; nuestra separacion se efectuó en medio de adioses y votos capaces de hacer erizar los cabellos á cualquier hombre mas tímido. Cuando me quedé solo me pareció que me habia trasportado y que vivia en el tiempo antiguo, en el que los héroes de las novelas se quedaban á cierta hora misteriosa de centinela en alguna almena solitaria para llevar á cabo alguna gigantesca y formidable aventura. Los brillantes recuerdos de la corte de una hermosa reina, lejos de inspirarme ideas risueñas me rodeaban de memorias fúnebres. Aquellas paredes, testigos de tantas fiestas, que habian visto tantas bellezas, habian escu-

Ayuntamiento de Madrid

chado tantos secretos amorosos, me parecian las paredes de una tumba, y el silencio de la noche hacia poblar el aire de fantasmas que creia distinguir. Un sentimiento vago de miedo se apoderó poco á poco de mis sentidos: hice algunos esfuerzos para distraerme, atribuyéndolo al temor de los malhechores, contra los cuales me resguardaban mis escelentes armas; pero conocí que á pesar de mis razonamientos, temores los mas fantásticos y terrores sobrenaturales atacaban mi imaginacion. Pronto todos los objetos que me rodeaban parecieron animarse, y el sonido del viento nocturno en el ramaje de los limoneros me pareció el gemido de un moribundo. Eché una mirada insegura sobre los jardines de Lindaraja, y creí ver que los arbustos se revestian con formas amenazadoras; me apresuré á cerrar la ventana. Un murciélago que revoloteaba en mi cuarto me fastidiaba completamente con el ruido de sus alas cuando chocaba en las vidrieras; me ví pues obligado á renunciar por aquella noche al sueño. En fin, despues de una larga lucha, avergonzado de mi cobardía, y puede ser animado de la ausencia de todo peligro real, cogí mi luz para hacer una escursion alrededor de mi nueva habitacion. Proyecto vano! Mi luz, agitada por la brisa de la noche, no alumbraba á diez pasos de distancia, y la llama atormentada vacilaba é iba pronto á apagarse. Los corredores abovedados me parecian cavernas, los techos de los salones se perdian en la oscuridad, y ademas temia que cualquier enemigo me sorprendiese á cada paso por detrás, por delante ó por los costados. Mi perfil dibujado en la pared y el crugido del piso que cedia bajo mis pies me hacian temblar, y cuando atravesaba la Sala de Embajadores para volver á mi cuarto, sonidos reales vinieron á añadir quilates á mis temores sobrenaturales; creí percibir un eco de vagos gemidos, acentos de voces indistintas que parecian salir de las galerías superiores; mis trémulos pasos se detuvieron, presté el oido, y parecia que estos gemidos se oian fuera de la torre. Tan pronto eran los gritos roncos de un animal herido, tan pronto imprecaciones agudas cuyas palabras no podia comprender. Ilusion ó realidad este ruido á una hora avanzada de la noche en este lugar desierto, me sumieron en una turbacion inesplicable. Corrí á encerrarme en mi cuarto, cuyo cerrojo eché con escrupulosidad; un profundo letargo cerró al fin mis párpados. Cuando me desperté, los rayos del sol bañaban alegremente mi pacífica habitacion. Las apariciones de la noche no me parecieron ya mas que fantasmas vanas, hijas de mi imaginacion exaltada por los grandes recuerdos de aquellos lugares famosos, y me admiré yo mismo de la debilidad de espíritu que me habia atacado un momento.

No tardó Dolores en venir á verme, y sus primeras palabras me esplicaron al instante el motivo que habia causado mis temores nocturnos. Era un pobre loco pariente de doña Antonia que se hallaba acometido de accesos de furioso delirio, y que por las noches era encerrado para guardarse de él en



un gabinete abovedado situado debajo de la Sala de Embajadores.

Pocos dias se necesitaron para atraer á mi alma al estado de perfecta calma y para disponerme á gozar de las distracciones poéticas de mi nueva habitacion. Pronto la luna vino á hermosear con sus mágicos rayos mis noches de meditacion; sus ondas puras de brillante luz alumbrando los patios y las

Ayuntamiento de Madrid

galerías del viejo edificio, iluminaban con una admirable media luz los bosquecillos embalsamados del jardin de Lindaraja. El follaje de los naranjos se impregnaba con tintas plateadas, y la fuente de alabastro reproducia en su cristal las trémulas imágenes de los objetos cercanos.

Asi pasaron para mí horas de inefable felicidad, cuando recostado sobre la alfagía de la ventana dejaba vagar mi alma cada noche por las melancolías, evocando en torno mio los recuerdos de todos aquellos que ya no existen mas que en la memoria de los pueblos por las ruinas de los siglos pasados. Muchas veces, cuando todos dormian sumidos en un profundo reposo, me paseaba solo por entre soledades de mármol aspirando con enagenamiento las tibias brisas del bello clima de Andalucía. Me parecia que tomaba alas y volaba por encima de los vapores de la tierra, y que mi alma huia á las regiones etéreas buscando maravillosas bellezas que me atraian en el espacio sin que pudiese alcanzarlas. La Alhambra vista á la claridad del crepúsculo se despoja de sus ruinas como de un manto, renace su esplendor como un sueño, sus salones de fiesta se iluminan, sus antiguos habitantes vuelven á pasearse bajo sus galerías; todo se encanta, se idealiza, se cree asistir á los prodigios operados por las hadas de oriente.

Una de aquellas noches habia ido á sentarme en el *Mirador* ó tocador de la reina. De este gabinete antiguo no queda ya mas que el punto de vista soberbio que abarca desde su elevacion. Las cimas de Sierra Nevada se amontonaban á mi derecha como olas plateadas, cuyas indecisas curvas desaparecian en el cielo: á mis pies en una profundidad inmensa aparecia Granada como un lago sobre el cual los campanarios y las torres de sus altos edificios se presentaban inmóviles como navíos anclados. El sonido de las castañuelas, que se estinguia poco á poco á lo lejos, anunciaba que se retiraban las alegres parejas que se reunen por la tarde bajo las espesas sombras de la alameda, y que la hora era avanzada; el silencio iba subiendo desde la llanura derramando en el espacio el beleño del sueño. Mis párpados se cerraron soñando, y el frio del alba me despertó; aquella noche y otras semejantes que las siguieron, recostado en la misma posicion, mi frente apoyada en las manos, el cuerpo oprimido de fatiga, el alma ausente, estraviada hasta la llegada del dia en regiones incógnitas, fueron las mas deliciosas de mi vida y su recuerdo hace latir aun mi corazon.

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO VII.

HABITANTES DE LA ALHAMBRA.

Es digno de observarse que las habitaciones que en sus dias de gloria han sido habitadas por los mas ilustres huéspedes, son abandonadas en su estado ruinoso á los mas humildes. Los palacios de los reyes concluyen por convertirse en el asilo de los mendigos, como si la Providencia quisiera manifestar su justicia haciendo que los habiten aquellos con cuya sangre se han edificado y que son de derecho sus señores.

La Alhambra se aproxima á este período de decadencia. Cada vez que una torre amenaza ruina, una ó mas familias de pobres se apoderan de ella, y se convierten, con los murciélagos y buhos, en los únicos inquilinos de sus doradas salas, y los andrajos, tristes pero poéticos estandartes de la miseria, ondean colgados en las ventanas y barbacanas como anunciando el triunfo del pueblo sobre sus opresores.

Me divertia en observar algunos de estos personajes que han invadido la antigua residencia de los reyes, y parecen estar colocados alli para terminar con una parodia el drama del orgullo humano. Uno de ellos es el principal y tiene título soberano. Es una viejecita llamada Maria Antonia Sabouca, pero que es mas conocida con el mote de *Reina coquina*. Es tan diminuta que podria pasar por una hada, y tal vez lo sea, pues que nadie sabe de dónde vino. Habita en un cuartucho debajo de la primera escalera del palacio, y todo el dia está sentada sobre la fria piedra del vestíbulo, hablando ó cantando, y encontrando siempre un dicho gracioso para cualquiera que por alli pase; porque aunque es muy pobre, es lo mas alegre que he conocido. Su principal mérito consiste en el don que tiene para contar cuentos, y creo que sabe tantos como la inagotable Schehérazade. He tenido el gusto de oirle algunos en la tertulia de doña Antonia, á la que algunas veces asiste.

Es dificil no suponer en esta buena muger algo de sobrenatural cuando se considera su dicha estraordinaria, pues siendo enana, muy fea y muy pobre, ha tenido, segun su propio cálculo, cinco maridos y medio, contando por medio marido á un jóven dragon que murió mientras la hacia el amor. El otro personaje qué rivaliza en importancia con esta reina de las hadas es un anciano, de cabeza erguida y nariz arremangada, que lleva un vestido grasiento y raido, el sombrero remendado y adornado con una escarapela encarnada. Tambien es hijo legítimo de la Alhambra, donde ha pasado su vida entera, ocupando diversos empleos, ya de alguacil, ya de pertiguero, ó ya de mozo de un

Ayuntamiento de Madrid

juego de bolos establecido al pie de una de las torres. Es mas pobre que un raton, pero mas orgulloso que pobre, y se vanagloría sin cesar de descender de la casa de Aguilar, á la cual pertenecia Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitan. Efectivamente se llama Alonso de Aguilar, nombre célebre en la historia de la conquista, aunque los burlones de la fortaleza le hayan condecorado con el título de *Santo padre* que hasta entonces habia creido demasiado venerable á los ojos de los verdaderos católicos para darlo á cualquiera en mote. Es un raro capricho de la fortuna presentar en la persona de este pobre miserable un *homonimo* y un descendiente del valiente Alonso de Aguilar, flor y nata de los caballeros de Andalucía, mendigando su pan en medio de esta fortaleza, otras veces tan famosa y que su antepasado ayudó á conquistar. Tal hubiera sido la suerte de los descendientes de Agamenon y de Aquiles si se hubiesen quedado en las ruinas de Troya.

En esta poblacion heterogénea, la familia de mi locuaz escudero Mateo Jimenez es importante á lo menos por su número. Con justo título se lisonjea de ser hijo de la Alhambra, porque sus antepasados poseen la habitacion desde la conquista, y han hecho pasar de generacion en generacion una pobreza hereditaria á sus hijos; no habiendo tenido ninguno de ellos, segun el dicho de los contemporáneos, un solo maravedí. El padre de Mateo, cintero de oficio, ha sucedido á su padre como gefe de nombre y armas; al presente tiene setenta años, y vivia en una cabaña de cañas y adobes que ha construido él mismo encima de la puerta de hierro. Sus muebles consisten en un mal gergon, una mesa, dos ó tres sillas y una arca en donde guarda sus ropas y los archivos de la familia; es decir, ciertos papeles pertenecientes á unos pleitos que le seria imposible descifrar; pero el orgullo de su cabaña, el blason de sus armas brillantemente iluminadas colocado en un cuadro en la pared, manifiesta por sus numerosos cuarteles de cuantas nobles casas aquella miseria puede reclamar parentesco.

Por lo que toca á Mateo, ha hecho cuanto ha podido para que su línea no se estinga, porque tiene su muger y una numerosa familia que habitan en una choza de aquel palacio. Cómo viven, solo lo podrá decir el que conoce los misterios mas ocultos del universo. La existencia de una familia española de esta clase es un enigma para mí: sin embargo viven, y lo que es mas, parecen contentos de vivir. La muger va el domingo á pasearse á Granada con un hijo en los brazos y una media docena mas; y la hija mayor, que se acerca á la edad nuvil, adorna de flores sus cabellos y baila alegremente al son de las castañuelas. Hay dos clases de gentes para quienes la vida es un largo dia de fiesta, son los muy ricos y los muy pobres; los unos porque no necesitan de nada, los otros porque nada tienen que hacer. Pero en ninguna parte se entiende mejor el arte de no hacer nada y mantenerse sin bienes de fortuna como entre el pueblo bajo español. El clima hace la mitad de esta feliz disposicion, su genio el resto. Dad á un español sombra en verano, sol en invierno, un poco de pan, ajos, aceite y garbanzos, una mala capa parda y una guitarra, y que gire el mundo como quiera. La pobreza no le trae la vergüenza, cae sobre él un estilo grandioso como su capa rota: es un hidalgo aun debajo de aquellos andrajos.

Los hijos de la Alhambra son ejemplos admirables de esta filosofía práctica. Casi estoy tentado á creer, segun la opinion de los moros, que el Paraiso está situado sobre esta tierra favorecida: parece en efecto que un rayo de sol del siglo de oro brilla aun sobre sus habitantes desidiosos; nada poseen, nada hacen, ni nada les importa. Con todo, aunque parezcan desocupados toda la semana, observan escrupulosamente los domingos y los dias festivos como los artesanos mas laboriosos. Siguen los bailes y las fiestas patronales de Granada y las cercanías, encienden hogueras en las colinas la víspera de san Juan, y últimamente los he visto pasar bailando la noche á la luz de la luna para celebrar la cosecha de un pe-

Ayuntamiento de Madrid

queño campo que rodea la fortaleza, y que produce tres ó cuatro fanegas de grano.

Antes de terminar estas noticias, debo hacer mencion de una de las diversiones que tienen que me han estrañado particularmente. Habia observado á menudo que un jóven asomado en la plataforma de una torre meneaba dos cañas como si hubiese querido pescar las estrellas; por algun tiempo las evoluciones de este pescador aéreo que no podia comprender me hicieron cavilar; mi perplejidad se aumentó cuando ví á otras muchas personas ocupadas del mismo modo sobre las almenas y baluartes; al fin penetré el misterio consultando á Mateo Jimenez.

La pureza del aire atrae á la Alhambra infinidad de golondrinas que revolotean en círculos prolongados encima de las torres y se burlan de la liga que les ponen los chiquillos para cogerlas. Pero la gente mas esperimentada caza estos pájaros en su vuelo circular con anzuelos cubiertos de moscas; es una de las diversiones favoritas de los hijos de la Alhambra, que en su ociosidad siempre ingeniosa para las cosas inútiles, han inventado el arte de pescar en el aire.

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO VIII.

EL PATIO DE LOS LEONES.

El encanto particular de este antiguo palacio fantástico es el poderío que ejerce para escitar vagas emociones y gratos recuerdos de los pasados tiempos, que hacen aparecer como efectivas las ilusiones que la memoria se representa.

Como yo me complazco en gran manera en vagar aquí y allá por él, dirijo mis pasos á menudo hácia las partes de la Alhambra mas favorables al objeto. El patio de los *Leones* es particularmente uno de estos sitios. En él es donde la mano del tiempo ha pasado con mas ligereza, dejando que la elegancia y esplendor arabesco se muestren

aun en su primitivo esplendor. Varios terremotos han conmovido los cimientos del edificio y desmoronado sus torres, y ni una de las esbeltas columnas ni de los frágiles arcos que rodean el patio de los *Leones* ha sido atacada ni sufrido la menor alteracion, y todo el trabajo de hadas que adorna sus arcadas, y que semeja en lo débil y elegante á las caprichosas cristalizaciones que forma el hielo, existen despues de tantos siglos como si acabasen de salir de las manos del artista musulman. Yo escribo estas líneas durante las frescas horas de la madrugada en la sala fatal de los Abencerrajes. La fuente manchada de sangre en el momento de su degollacion se presenta á mis ojos, y las menudas perlas que saltan de su surtidor empapan el papel. ¡Cuán difícil me parece conciliar esta sangrienta historia con la pacífica escena que me rodea! Las delicadas y graciosas formas, los colores alegres y hasta la dulce luz que desciende por una ventana pintada y esculpida como por la mano de los genios, todo parece calculado para inspirar sentimientos de benevolencia y felicidad. A través de las deliciosas arcadas contemplo el patio de los *Leones*, cuya columnata y fuentes brillan bajo los rayos del sol naciente. Las ligeras golondrinas abaten su vuelo hasta el patio, elevándose despues sobre los techos. La laboriosa abeja recoge susurrando el dulce nectar de las flores, y las mariposas ostentan sus variados colores volando de mata en mata y columpiándose en el embalsamado ambiente. La imaginacion no necesita grandes esfuerzos para representarse una de las pensativas bellezas del haren errante en medio de este retiro ador-

Ayuntamiento de Madrid

nado aun con todo el lujo oriental.

Sin embargo, si se quiere contemplar esta escena bajo el aspecto mas conforme á sus recuerdos históricos, es preciso visitarla cuando las sombras de la noche templan el brillo de sus pórticos é inundan de una oscuridad misteriosa los aposentos cercanos. Entonces es cuando la espresion dulcemente melancólica de estos sitios está en armonía con las ideas del pasado esplendor que recuerdan.

A estas horas torno mis pasos hácia la sala de la Justicia, cuyos arcos profundos y oscuros se estienden á lo largo del patio. Allí se efectuó en presencia de Fernando, de Isabel y de su esplendorosa corte la sagrada ceremonia de una misa en accion de gracias por haber tomado posesion de la Alhambra. Vése aun sobre la muralla, y en el sitio donde estaba colocado el altar, la cruz delante de la que ofició el gran cardenal de España y otros dignatarios eclesiásticos del pais. Figúrome ocupado este sitio por una multitud compuesta de guerreros cubiertos de acero, prelados con sus mitras, frailes tonsurados y cortesanos vestidos de seda; veo las cruces y las banderas religiosas mezcladas con los guiones de los orgullosos grandes de España, ondear en triunfo en las moriscas salas. Distingo allí mismo aquel Colon destinado posteriormente á descubrir el Nuevo-Mundo colocarse con humildad en un rincon entre los mas vulgares espectadores; contemplo á los Reyes Católicos prosternándose delante del símbolo de la fe, dando gracias al Todopoderoso por su victoria, en tanto que las bóvedas retumban con la música grave y solemne del *Te-Deum*.

Pero la ilusion pasajera se disipa en el instante, y todo desaparece; monarcas, sacerdotes y guerreros se confunden en el olvido lo mismo que los desgraciados musulmanes á quienes vencieron. La sala donde se celebraban sus triunfos está devastada y desierta; los murciélagos revolotean por entre sus arcos, y no se escucha mas que el siniestro grito de la corneja sobre la vecina torre de Comares.

Entrando una noche en el patio de los *Leones*, sorprendíme sobremanera al ver un árabe cubierto con su turbante y sentado cerca de la fuente. Creí por un momento ver realizada una de las supersticiones populares, y que algun antiguo habitante de la Alhambra, saliendo de la tumba donde dormia tantos tiempos ha, se complacia en visitar su morada. Ví sin embargo que no era mas que un simple mortal natural de Tetuan, y dueño de una tiendecita situada en el Zacatin, en la cual vendia ruibarbo, quincalla y perfumes. Como hablaba correctamente el español, pude trabar conversacion con él, y me pareció discreto é inteligente. Díjóme que durante el estío se venia á menudo á pasar una parte del dia en la Alhambra, que le recordaba los antiguos palacios de su pais, construidos y adornados por el mismo estilo, aun cuando no con tanta magnificencia.

«Oh, señor, decia, cuando los moros dominaban en Granada, eran muy diferentes de lo que son en la actualidad; no pensaban en cosa alguna mas que en el amor, la poesía y la música. Componian versos deliciosos que cantaban con perfeccion, y aquel que poseia este talento, ó bien una voz sonora, era feliz; si alguna vez tenia necesidad de pan, se le decia haz una cancion, y el pobre mendigo, si imploraba la caridad en verso, era recompensado á menudo con una pieza de oro.

—Y este gusto popular por la poesía se ha perdido entre vosotros?

—De ningun modo, señor mio; los moros de Berbería, aun los de la clase mas baja, hacen canciones demasiado buenas para su talento, no es recompensado como otras veces, y el rico prefiere el sonido del oro á los dulces acentos de la poesía.

En tanto que hablaba, fijó la vista en una de las inscripciones que han sobrevivido á la dominacion que predijeron. Movió la cabeza y se encogió de hombros esclamando: «Asi hubiera sucedido, y los musulmanes reinarian aun en la Alhambra, si el traidor Boabdil no hubiera entregado su capital á los cristianos.»

Ayuntamiento de Madrid

Traté de justificar la memoria del desdichado rey, haciéndole ver que las disensiones que acarrearon la caida del islamismo en Granada eran debidas al corazon de tigre de Muley-Hasen; pero el moro no quiso admitir escusa alguna en favor del rey Chico.

«Muley-Hasen, dijo, seria cruel; pero era activo, bravo y patriota. Si hubiera sido secundado, aun estaria Granada en nuestro poder; pero su hijo Boabdil entorpecia todos sus designios, quebrantaba su autoridad sembrando la division en su ejército y la traicion en su palacio: ojalá la maldicion del Todopoderoso caiga sobre su alma!» Al acabar estas palabras se alejó de mí con muestras de tristeza y descontento.

La indignacion de este mahometano coincide con una anécdota que me refirió un amigo mio, el cual tuvo una entrevista en Berbería con el pachá de Tetuan. Este gobernador le hizo muchas preguntas sobre la España, y en particular de las felices regiones de Andalucía. Sus respuestas hicieron renacer en el corazon del pachá recuerdos que los moros conservan con una fidelidad religiosa. Consolábase con la firme persuasion de que yendo en decadencia el poder de los españoles, no estaba lejos el dia en que los moros volverian á entrar en sus dominios, y restableciendo la religion de Mahoma en la mezquita de Córdoba, un príncipe musulman se sentaria en el trono de Granada.

Tal es la firme creencia de los moros por lo que toca á España, y en particular sobre Andalucía, á la que miran como una legítima herencia, de la que fueron despojados por la violencia y el fraude. Estas ideas se conservan y perpetúan de padres á hijos entre los descendientes de los moros granadinos dispersos en las posesiones de Berbería. Muchos de ellos estan establecidos en Tetuan, y conservan sus antiguos nombres de Paez y Medinas etc. Evitan con sumo cuidado efectuar alianzas con las familias que no sean de su orígen, y el pueblo considera estos vástagos de casas poderosas en otro tiempo con un respeto que los árabes demuestran raramente á las distinciones hereditarias, escepto cuando se trata de sangre real.

Se dice que estas familias suspiran sin cesar por el paraiso terrenal de sus antecesores, y todos los viernes en las mezquitas ruegan á Alá apresure la época en que Granada vuelva á entrar bajo el yugo de los mahometanos.

Creen tan firmemente que esto llegará á suceder, que algunos conservan los planos de los jardines que poseian sus antepasados en la ciudad, y hasta las llaves de las puertas como prueba de sus derechos, y cuyas pruebas producirán en el dia tan deseado de la restauracion.

El patio de los *Leones* posee tambien una gran parte de leyendas maravillosas. Ya hemos hablado del murmullo de voces y el ruido de cadenas que el alma de los Abencerrages asesinados hacen oir durante la noche; pero el otro dia en casa de la señora Antonia, Mateo Jimenez nos contó un lance mas estraordinario que pasó en tiempo de su abuelo el sastre.

Habia entonces un inválido que estaba

encargado de enseñar la Alhambra á los estrangeros. Una noche que se paseaba por el patio de los *Leones* oyó ruido de pasos en la sala de los Abencerrages, y creyendo que seria alguno de los viajeros que no habria podido encontrar la salida, trató de acercarse para ofrecerle sus servicios. Pero cuál fue su sorpresa al ver cuatro moros ricamente vestidos con corazas, alfanges y puñales adornados de piedras preciosas y que

Ayuntamiento de Madrid

marchaban con un paso grave y mesurado, hasta que parándose delante de él le hicieron señal de que se acercara; pero él apretó á correr, salió del palacio, y no hubo fuerzas humanas que lo volvieran á hacer entrar. Asi es como los hombres vuelven la espalda á la fortuna, pues que Mateo está plenamente convencido que los moros tenian intencion de revelar el sitio donde estaban escondidos sus tesoros. A pesar de esto, uno de los sucesores del inválido fue mas valiente, segun parece, pues habiendo venido pobre á la Alhambra, al cabo de un año se marchó á Málaga, donde compró una porcion de fincas y echó coche, siendo en la actualidad uno de los mas ricos y mas ancianos habitantes de aquella poblacion. Mateo sospecha, y no sin motivo, que todas estas riquezas provienen del secreto que le revelaron los fantasmas.

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO IX.

BOABDIL EL CHICO.

Mi conversacion con el moro del patio de los *Leones* me hizo reflexionar sobre el singular destino de Boabdil. Jamás sobrenombre fue mejor aplicado que el de *Zogoibi* ó el desgraciado que le fue dado por sus vasallos. Sus infortunios empezaron desde su cuna. En su mas tierna juventud fue encerrado en una prision y amenazado de muerte por un padre inhumano, de cuya venganza solo pudo escapar por una estratagema de su madre. Mas tarde su vida fue una cadena continua de peligros que le atraian la ambicion de su tio, las invasiones estrangeras y las discordias intestinas. Enemigo, prisionero y amigo de Fernando el Católico, pero siempre víctima de sus astucias, concluyó por ceder su trono á este monarca. Desterrado de su patria y refugiado en el Africa, murió ignorado combatiendo por la causa de un estrangero. Pero sus desgracias no finalizaron ni aun despues de su muerte; si el desdichado monarca alimentó alguna vez la esperanza de dejar tras de sí un nombre glorioso, cuán fallidos han sido sus deseos! ¿Quién ha leido las románticas páginas de la historia de los árabes en España sin horrorizarse al ver las atrocidades atribuidas á Boabdil? ¿quién no ha derramado lágrimas de dolor por su bella y amable sultana, á quien sometió á un proceso criminal fundado en una acusacion falsa de infidelidad? ¿quién no ha sentido un movimiento de indignacion al ver la muerte de su hermana y de sus dos sobrinos, y sobre todo el asesinato de los bravos Abencerrages, que segun la crónica fueron decapitados en número de treinta y seis en el patio de los *Leones*? Todas estas acusaciones han sido repetidas bajo diversas formas y se han perpetuado en las valadas, en los dramas, en las novelas y en la creencia del pueblo, de tal modo, que es absolutamente imposible desarraigarlas. No hay estrangero alguno que no pregunte al visitar la Alhambra por la fuente donde fueron degollados los Abencerrages, y que no mire con horror la galería enrejada que sirvió de prision á la reina; y no hay habitante de la vega y de la sierra que no cante esta historia en versos populares, acompañándose con una guitarra, mientras que sus oyentes maldicen el nombre de Boabdil.

A pesar de todo esto, jamás hombre alguno fue mas injustamente calumniado. He examinado todas las crónicas dignas de fe y las cartas escritas por autores españoles contemporáneos, muchos de los cuales poseian la confianza de los Reyes Católicos y se

Ayuntamiento de Madrid

encontraban en su campo durante la guerra de Granada. He leido tradiciones árabes, y nada he hallado que pueda justificar tan negras acusaciones. Todos estos cuentos tienen su orígen de una obra titulada *Guerras civiles de Granada*, y que encierra la pretendida historia de las querellas de los Zegríes y Abencerrages durante la última lucha del imperio musulman en España. Esta obra pareció primeramente como tomada del árabe por un cierto Guies Perez de Hita, vecino de Murcia; despues se tradujo á diversos idiomas, y Florian sacó de sus páginas la mayor parte de su fábula de Gonzalo de Córdoba. Por la continuacion del tiempo, esta historia evidentemente ficticia, ha usurpado la autoridad de una verdadera crónica, y el pueblo sobre todo la da una fe completa. Pero este libro no es mas que un monton de falsedades mezcladas de un número corto de verdades desfiguradas que dan crédito al resto. En todo él las costumbres y usos de los moros estan descritas del modo mas estravagante, pintando escenas incompatibles con ellas y con su religion. Errores tan crasos no deben ser atribuidos á un escritor mahometano.

Confieso francamente que se me figura un crímen el modo con que esta obra desfigura los hechos: sin duda un autor puede permitirse alguna licencia, pero bajo ciertos límites que nunca deben ser traspasados, y los nombres de los muertos célebres que pertenecen á la historia no se deben de herir con los tiros de la calumnia. Por otra parte, el desgraciado Boabdil fue harto castigado con la pérdida de su reino, y no era necesario ennegrecer su memoria y erigirle como un padron de ignominia en su misma patria y en el palacio de sus padres.

No es mi intencion sin embargo afirmar siempre que los hechos atribuidos á Boabdil esten totalmente desprovistos de fundamentos históricos; pero mas bien pertenecen todos á su padre Aben-Hasan, á quien las crónicas árabes y españolas pintan de comun acuerdo como un hombre cruel y feroz. Este fue el que hizo asesinar la ilustre familia de los Abencerrages tan solo porque tenia sospechas de que hubiesen tomado parte en una conspiracion para destronarle.

Tambien se puede reconocer la historia de la acusacion de la muger de Boabdil en uno de los incidentes de la vida de su tirano padre. Aben-Hasan se casó en su ancianidad con una cautiva cristiana de ilustre orígen, de la que tuvo dos hijos. Esta muger ambiciosa, deseando asegurarles el trono, escitaba sin cesar las sospechas del rey contra los hijos qne este habia tenido de otras mugeres, acusándoles de que conspiraban contra su corona y su vida. La mayor parte de estos príncipes fueron muertos por órden de su bárbaro padre. Aixa la Horra, madre de Boabdil, que en otro tiempo habia sido la favorita del anciano rey, fue á la vez el objeto de sus sospechas. Mandóla encerrar con su hijo en la torre de Gomares, en donde este último hubiera sido sacrificado á su furor si su madre no le hubiera hecho descolgar durante la noche por una ventana de la torre, facilitándole asi el medio de refugiarse en Cádiz.

Hé aqui todo lo que he podido encontrar que tenga un viso de semejanza con la historia de la acusada reina, resultando de lo que acabo de referir que Boabdil fue el perseguido y no el perseguidor.

Durante el período de un reinado tan corto como desastroso, Boabdil dió grandes pruebas de bondad y dulzura. A su advenimiento al trono se grangeó el amor del pueblo por la amabilidad de sus modales y porque fue siempre clemente, no castigando con severidad mas que los rebeldes. Su valor personal fue incontestable, y solo en los tiempos dificiles lo que le perdió fue su poca resolucion. Esta debilidad de carácter apresuró su caida, y le impidió sufrir los reveses de la suerte con aquel heroismo que hubiera podido ennoblecerlos, haciéndole al mismo tiempo digno de terminar el brillante drama de la dominacion de los árabes en España.

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO X.

RECUERDOS DE BOABDIL.

Mientras que me encontraba con el ánimo predispuesto en favor de aquel desdichado monarca, traté de buscar todos sus recuerdos posibles, y en la galería de pinturas del Generalife hallé un retrato. Sus facciones son muy regulares, y una espresion dulce y melancólica anima su semblante blanco y delicado, al que adorna una rubia cabellera.

Si este retrato es de una semejanza completa, aquel á quien representa pudo ser débil é irresoluto; pero nada se halla en su fisonomía que pueda dar una idea de la malignidad, y mucho menos de la crueldad.

He visto últimamente la prision en que estuvo encerrado durante su juventud, cuando su indigno padre meditaba su muerte. Consiste en una pieza abovedada, sita en la torre de Comares, debajo de la sala de Embajadores, y en otra pieza igual, separada de la primera por un pasadizo estrecho, fue encerrada su madre Aixa la Horra. Los muros de estas dos piezas son de un grosor prodigioso, y sus estrechas ventanas guarnecidas de barras de hierro. Una galería de piedra con un parapeto bastante bajo circunda por tres partes la torre y rodea por debajo estas ventanas, estando no obstante bastante elevado del suelo. Es probable que por aqui fue por donde la reina hizo bajar á su hijo durante la noche del lado de la colina, al pie de la cual le esperaba un criado con un caballo para conducirle á la montaña.

Al recorrer esta galería se me figuraba ver á la reina inquieta y desasosegada apoyándose sobre el antepecho para escuchar con la ansiedad de un corazon de madre los pasos del caballo que se alejaba llevándose á su hijo á través de la vega.

Traté en seguida de buscar la puerta por la donde salió para entregar á los Reyes Católicos las llaves de su capital, por la cual impulsado de una triste fantasía rogó á aquellos no permitiesen volviese á salir persona alguna. Fuéle acordada esta demanda por reina Isabel que compadecia su desgracia, y la puerta se mandó tapiar. Largo tiempo fueron mis diligencias infructuosas, hasta que mi confidente Mateo averiguó que efectivamente existia un arco cerrado, por el cual era fama habia salido el rey Chico, y que este portillo jamás se habia vuelto á abrir.

Con arreglo á estas noticias me condujo al espresado sitio. La puerta está en el centro de lo que fue en otro tiempo una fortísima torre, llamada de los Siete Suelos, lugar de gran fama entre los naturales por la multitud de historias maravillosas que de él se refieren.

Esta torre, entonces poderosa, no es en la actualidad mas que un monton de ruinas, por ser una de las que los franceses hicie-

Ayuntamiento de Madrid

ron volar á su salida de la ciudadela. Pedazos inmensos de muralla yacen por el suelo medio cubierto de plantas parásitas, y el arco que forma la puerta, roto por el sacudimiento de la voladura, existe aun, y el último deseo de Boabdil ha sido satisfecho, pues habiendo los escombros cerrado la abertura imposibilitan el paso de todo punto.

Siguiendo el camino del monarca mahometano tal como nos le indican los anales, atravesé á caballo la colina de los Mártires bordeando el jardin del convento de este nombre, y bajando en seguida á una quebrada cubierta de aloes y bananeros, la cual está sembrada de cuevas que habitan una tribu de gitanos. Este fue el camino que tomó Boabdil á fin de evitar su paso por Granada. La bajada es tan difícil y ágria, que me ví precisado á echar pie á tierra y conducir mi caballo del diestro.

Al concluir la quebrada, pasando por la puerta de los Molinos, me hallé en el paseo público, llamado el Prado, á las mismas orillas del Genil, donde encontré una mezquita convertida en capilla, dedicada á san Sebastian. Sobre una tabla fija en una de sus paredes se lee ser aquel el sitio donde el último rey de Granada entregó las llaves de su ciudad á los Reyes Católicos. Desde aqui me fuí paso á paso atravesando la vega á un pueblecillo donde despues de la rendicion esperaban al vencido monarca su familia y criados. La víspera de su partida los habia hecho salir de la Alhambra á fin de evitar á su madre y hermana estar espuestas á la vista de los vencedores. Continué el itinerario de estos desterrados, y llegué hasta el pie de una cadena de montañas áridas y altísimas que dan principio á las famosas Alpujarras: de una de sus cúspides, á la cual se da el espresivo nombre de Cuesta de las Lágrimas, es donde el destronado monarca dirigió su postrer mirada á la ciudad. Mas allá serpentea una arenosa senda á través de una inmensa y árida soledad, cuya tristeza debió parecer sin límites al desgraciado príncipe, puesto que le conducia al destierro.

Hice subir á mi caballo hasta la cima de la roca donde Boabdil exhaló amargas lágrimas despues de dar el último adios á su patria. Esta roca lleva el nombre del *Ultimo suspiro del moro*. ¿Cuán intenso seria su dolor al verse arrojado de tan hermoso dominio y de morada tan deliciosa? Con la Alhambra perdió todos los honores de su raza y toda la gloria, toda la felicidad de su vida. Allí su afliccion se acreció todavía mas con las reconvenciones de su madre Aixa, que le ayudó tantas veces en sus adversidades, aunque jamás pudo inculcarle su firmeza de ánimo. «Llora, le dijo, pues razon es que llore por lo que pierde, como una muger, el que no ha sabido defenderlo con la constancia de un hombre.»

Cuando el obispo Guevara refirió esta anécdota al emperador Cárlos V, este manifestó hácia Boabdil el mismo menosprecio que Aixa. «Si yo hubiera estado en su lugar, dijo el fiero conquistador, la Alhambra hubiera sido mi sepulcro, y jamás hubiera salido destronado del recinto de la Alpujarra.»

¡Cuán fácil es predicar heroismo á los vencidos cuando se está en el apogeo del poder! ¡Y cuán poco se piensa que la vida es tanto mas amable al desgraciado cuanto es el único bien que le resta!!

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO XI.

EL BALCON.

Ya he hablado diversas veces del balcon central de la Sala de Embajadores; él se dibuja como una jaula colgada de la torre, se eleva en la media region del aire dominando la cima de los árboles que crecen sobre el costado de la colina. Este balcon es para mí una especie de observatorio, desde el cual no solamente puedo contemplar el cielo, sino tambien la tierra. Ademas del magnífico pais que se descubre á lo lejos, una escena animada de la vida humana se ofrece á mi inspeccion inmediata; vése al pie de la montaña una alameda ó paseo público menos de moda que el nuevo Prado de Granada, sobre las orillas del Genil, pero frecuentado por numerosos paseantes, cuyos variados trages ofrece el golpe de vista mas encantador. Allí concurren los habitantes del arrabal; los sacerdotes y los frailes que se pasean para hacer gana de comer; los majos y majas; los contrabandistas fanfarrones, y de vez en cuando algun personaje de un rango mas elevado cubriéndose el rostro, lo que parece significar se encuentran alli atraidos para alguna aventura amorosa.

Curioso yo, como siempre, en el estado de las costumbres y del carácter español, del mismo modo que el naturalista usa de un microscopio para examinar los objetos de sus pesquisas, me he provisto de un telescopio que aproxima de tal modo los grupos esparcidos acá y allá, que creo poder adivinar hasta lo que dicen solamente observando el movimiento de sus facciones. He aqui como represento el papel de un observador invisible, y sin abandonar mi retiro me encuentro trasportado en medio de la sociedad, ventaja rarísima en un amigo de la quietud, y que se complace como yo en observar el drama de la vida sin hacer papel alguno.

Debajo de la Alhambra un dilatado arrabal ocupa la estrecha garganta del valle y se estiende sobre la colina del Albaicin. La mayor parte de sus casas, construidas á la morisca, tienen patios adornados de fresquísimas fuentes; y como los habitantes pasan la mayor parte del tiempo, bien sea en estos patios ó bien sobre los terrados, mi puesto aéreo me permite abarcar mas de una minuciosidad de los variados caractéres de su vida doméstica.

Asi, pues, gozo de las ventajas que el *Diablo Cojuelo* concede al licenciado su compañero en la famosa novela de este

Ayuntamiento de Madrid

nombre, y un hablador escudero hace el oficio de Asmodeo, contándome las anécdotas que sabe sobre las diferentes familias que se presentan á mi vista.

Sin embargo, prefiero yo mismo en general forjar á mi sabor las historias por conjeturas, y permanezco sentado en este sitio durante horas enteras ocupado en componer sobre las indicaciones que pasan bajo mi vista el hilo de las intrigas que ocupan á los seres que se agitan en la hondonada. No existe apenas una linda cara ó unas facciones notables entre las que puedo observar todos los dias de este modo que no me haya dado pie para formar una novela. Verdaderamente mis personajes obran en sentido inverso del papel que les he asignado, desarreglando asi todo el plan económico de mi drama; pero me desquito volviéndole á principiar bajo diferente aspecto. Uno de estos dias, dirigiendo mi anteojo hácia las calles del Albaicin, observé ya cerca de un convento una procesion, la cual servia de cortejo á una jóven que iba á tomar el hábito; noté en ella diversas circunstancias que me hicieron sentir la mas viva simpatía hácia aquella jóven, á quien iban, por decirlo asi, á encerrar viva en una tumba. Encontréla hermosa, y la palidez de sus mejillas me hizo concebir que era una víctima de agena voluntad, y que no daba aquel paso arrastrada por su devocion. Iba la infeliz adornada como para una boda: una corona de flores blancas rodeaba sus sienes; pero su corazon se resistia evidentemente contra la farsa de esta union espiritual y suspiraba por un amante mas terrestre. Un hombre alto y de un aspecto mesurado la acompañaba, de lo cual colegí ser su padre, y que por algun motivo de fanatismo ó de avaricia la forzaba á cumplir este sacrificio. En medio de la multitud, un jóven de negros cabellos y vestido á la andaluza, fijaba sobre la víctima miradas de desesperacion. Ah! sin duda este era el amante de quien no deseaba separarse. Mi indignacion no tenia límites al notar la sardónica sonrisa que se pintaba en la cara de los frailes. Llegó por fin la procesion á la iglesia, y el sol lanzó por última vez sus rayos sobre la cándida corona de la novicia, mientras pasaba el umbral de aquellas puertas que iban á cerrarse sobre ella para siempre. El amante se detuvo un momento; pero en seguida sobreponiéndose á la emocion que le agitaba, penetró en la iglesia.

Hubo un largo rato durante el cual me representó la escena que pasaba en lo interior de aquellas murallas; la pobre novicia desnuda de sus trages de boda, su linda cabeza privada para siempre de la rubia cabellera, la oia murmurar con voz apagada sus irrevocables votos; la veia tendida sobre el ataud cubierta del paño fúnebre, y escuchaba al mismo tiempo el grave sonido del órgano y el pausado y monotono oficio de difuntos. El padre mirabatodo esto con una impasibilidad glacial. El amante..... pero no, mi imaginacion se resiste á pintarle; y su figura quedó en blanco en el cuadro que yo me habia trazado.

Al cabo de algun tiempo la multitud salió de la iglesia, y se dispersó en diferentes direcciones, apresurándose todos á continuar las escenas animadas de la vida. Los últimos que salieron del convento eran el padre y el amante: parecia que conversaban con vehemencia, y por la apasionada pantomima del jóven me esperé algun desenlace sangriento para mi drama; pero el ángulo de una casa los ocultó á mi vista, del mismo modo que cuando cae el telon, desaparecen á la del público la escena y los actores.

Ayuntamiento de Madrid

Desde este instante mis miradas se fijaron muchas veces con un piadoso interés sobre este convento, y al notar á deshora de la noche una luz en una ventana de la torre del monasterio. «Alli, esclamaba, la desgraciada monja llora en su celda solitaria, en tanto que su amante vaga alrededor entregado á inútiles esperanzas.»

El oficioso Mateo interrumpió un dia mis meditaciones, y destruyó en un instante el ligero tejido de mi ficcion. Con su acostumbrado celo se habia apresurado á recoger todas las noticias posibles sobre la escena que acabo de describir, y que tan vivamente habia afectado mi corazon; la heroina de mi novela ni era jóven ni bella, no tenia amante; habia entrado en el convento por su propia voluntad, y únicamente para encontrar un asilo decoroso, siendo en la actualidad una de las mas felices que habitaban el convento.

Pasóse largo tiempo antes que yo pudiese perdonar á la religion el agravio que me habia hecho, encontrándose feliz y satisfecha en su celda contra todas las reglas novelescas. Sin embargo, traté de disipar mi mal humor, ocupándome uno ó dos dias en observar el coquetismo de una morenita que desde su balcon, adornado de jazmines, entretenia una misteriosa correspondencia con un gallardo mancebo que pasaba y repasaba continuamente bajo sus ventanas. Complacíame en observarle con qué ligereza se esquivaba á mis ojos, cubriéndose casi toda la cara con el embozo de su capa: otras veces, oculto en una esquina bajo diferentes disfraces, esperaba sin duda la señal convenida para entrar en casa de su amada. Durante la noche se oia el sonar de una guitarra, y una linterna aparecia tan pronto á un lado del balcon como á otro. Figuréme alguna intriga como la de Almaviva; pero tambien esta vez fueron inciertas todas mis conjeturas, y supe para colmo de mi confusion que el pretendido amante era el marido de la dama, famoso contrabandista que hacia todas estas señales y movimientos misteriosos á fin de burlar los empleados del resguardo.

Entreteníame muchas veces en notar desde mi balcon el cambio que las diferentes horas del dia operaban en el aspecto de las costumbres que observaba.

Apenas la línea blanquizca del crepúsculo se mezclaba en el horizonte saludada por el vigilante gallo, cuando ya los arrabales daban señales de existencia, porque las frescas horas de la madrugada son de un valor inestimable en estos abrasadores climas. El arriero hacia salir su recua cargada, el viajero preparaba su escopeta y montaba á la puerta de su mansion, y el hortelano apresuraba el paso de su asno, y el suyo al mismo tiempo, que se encaminaban al mercado porcion diversa de vendedores de toda clase.

El sol principia su ascension, ilumina la vega y dora las hojas de los árboles; las campanas que llaman á los fieles á la oracion resuenan melodiosamente esparciendo por la atmósfera sus variados sonidos. El arriero detiene sus bestias cargadas delante de la iglesia, coloca su vara en el cinto, y entra con su sombrero en la mano dispuesto á oir una misa para obtener del Omnipotente un feliz viaje. En seguida las airosas andaluzas salen cubiertas de una elegante mantilla, y sin dar un momento de reposo al abanico, que con una coquetería inimitable colocan delante de sus ojos, lanzando rayos de ellos al través de las varillas. Buscan sin duda alguna iglesia en voga para hacer sus oraciones matutinales; pero su linda apostura, sus zapatos pequeños y ajustados, sus medias tan finas como las telas de una

Ayuntamiento de Madrid

araña, y las trenzas negras de sus cabellos ajustadas con una precision esquisita, y en medio de las cuales brilla una rosa recien cogida, demuestran bien á las claras que la tierra disputa al cielo la posesion de aquel corazon.

A medida que la mañana se adelanta, el ruido de los trabajos se aumenta por todas partes. Atraviesan las calles multitud de hombres, de caballos y de todas especies de bestias de carga; un mujido semejante al de las olas del mar llega hasta mis oidos; pero cuando el sol se aproxima al meridiano cesa la agitacion por grados, y á medio dia todo entra en calma: la ciudad cede á la fatiga y al cansancio, y durante muchas horas un reposo general reina dentro de sus muros: las ventanas estan cerradas, las cortinas corridas y los habitantes dormitan en las mas frescas alcobas de sus casas: los frailes roncan en sus celdas y los vigorosos mozos de esquina reposan al lado de sus fardos mientras los aldeanos duermen bajo los árboles de la Alameda arrullados por el canto monotono de la cigarra que personifica tan bien el estío: las calles estan abandonadas, y solamente los aguadores refrescan el oido proclamando el mérito de su cristalina mercancía, mas fria que la nieve de las montañas.

Cuando el sol se pone, la ciudad se anima progresivamente, y la campana que toca á la oracion parece que llama á toda la naturaleza para que se regocije de la huida del tirano del dia. Entonces principia el movimiento y los placeres; los habitantes de Granada salen para respirar el aire puro de la noche y gozar de los deliciosos instantes del crepúsculo en los jardines que riegan el Darro y el Genil.

En cuanto anochece, la escena cambia de aspecto: principian á aparecer luces en las ventanas y se encienden las lámparas delante de las imágenes que adornan las encrucijadas. La ciudad sale gradualmente de sus tinieblas iluminada por chispas esparcidas del mismo modo que las estrellas sobre el firmamento. Entonces es cuando se oye en todos los patios y jardines, calles y callejuelas el sonido de innumerables guitarras y el chasquido de las castañuelas; gozar de la ocasion es uno de los artículos de fe del amoroso y jovial andaluz, y jamás lo practica con mas celo que durante las embalsamadas noches del estío, tratando de agradar á su querida por medio de las apasionadas serenatas.

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO XII.

AVENTURA DEL ALBAÑIL.

Habia un pobre albañil en Granada, religioso observador de todas las fiestas y que hubiera creido pecar gravemente si hubiera trabajado un lunes; pero á pesar de su devocion, cada dia era mas pobre, y á duras penas podia dar un pedazo de pan á su numerosa familia. Una noche que tranquilamente dormia fue despertado por un golpe que sonó á su puerta: abrióla, y halló un sacerdote alto y seco, y de cara pálida y cadavérica.

«Amigo, prorumpió el desconocido, he notado que sois buen cristiano y que como tal se puede confiar en vos: ¿quereis trabajar esta noche?

—Con todo mi corazon, padre mio, con tal que se me pague razonablemente.

—Lo sereis, pero antes habeis de permitir que os vende los ojos.»

El albañil consintió y se dejó conducir por el sacerdote al través de muchas calles estraviadas hasta la puerta de una casa, donde se detuvieron ambos. El sacerdote sacó una llave que daba dificilmente la vuelta en su cerradura, y empujando la puerta entraron, cuidando aquel de volver á cerrar asegurándose por dentro por un cerrojo. Hecho esto, descubrió los ojos al albañil y se halló en un patio débilmente alumbrado por una lámpara. En medio se veia el estanque seco de una antigua fuente morisca, bajo la cual el sacerdote ordenó que construyese una escavacion. Trabajó en ella toda la noche, pero no pudo concluir la obra. Un poco antes de amanecer recibió una pieza de oro del sacerdote, y volviéndole á vendar los ojos le condujo asi á su casa.

«¿Estais dispuesto á volver para concluir vuestra obra?

—Seguramente, padre mio, con tal que se me pague tan bien como hoy.

—Entonces, hasta mañana por la noche que vendré á buscaros.»

El desconocido fue exacto y concluyeron la escavacion.

«Al presente es necesario, dijo el sacerdote, que me ayudeis á traer los cuerpos que han de ser aqui enterrados.»

Los cabellos del albañil se erizaron sobre su cabeza al oir estas terribles palabras; siguió á su conductor temblando hasta un cuartucho oscuro de la casa, esperando sin duda ver algun espectáculo horroroso; pero consolóse en gran manera al ver cuatro tinajitas colocadas en un rincon y que estaban sin duda llenas de oro. Con gran trabajo pu-

Ayuntamiento de Madrid

dieron entre él y el sacerdote levantarlas para colocarlas en su tumba: la bóveda fue cerrada; las piedras colocodas encima, no dejando señal alguna de lo que se habia trabajado. El albañil fue conducido á su casa, siempre con los ojos vendados, pero por un camino diferente de aquel que habia tomado otras veces: al llegar su guia le detuvo y dándole dos piezas de oro le dijo:

«Esperad aqui hasta que oigais tocar á maitines en la catedral, y si teneis el atrevimiento de antes quitaros la venda, os sucederá una gran desgracia.»

Y dicho esto le dejó solo.

El albañil se conformó fielmente á sus órdenes y pasó el tiempo volviendo y revolviendo el oro entre sus manos. A la primer campanada de maitines se quitó el pañuelo de los ojos entrando apresuradamente en su casa, donde se regaló durante quince dias con el producto de su trabajo, quedando despues de los cuales tan pobre como antes.

De este modo continuó trabajando poco, rezando mucho y festejando á los santos muy regularmente durante un gran número de años. Sus hijos crecian en tanto parecidos á una banda de gitanos, segun estaban de secos y desarropados. Una tarde que tomaba el fresco sentado á la puerta de su casa, se le aproximó un rico propietario de la ciudad conocido por su sórdida avaricia, el cual fijando sobre él sus penetrantes ojos le habló en estos términos:

«Me han dicho, amigo mio, que eres muy pobre.

—No puedo negarlo, amigo mio.

—En este caso, creo que querrás trabajar y no serás carero.

—Por el contrario, mi buen señor, os llevaré mas barato que cualquier otro albañil.

—Esto es lo que me hace falta; tengo una casa que se está arruinando, y que me cuesta en reparaciones mas de lo que vale, supuesto que nadie quiere habitar en ella; asi trato de componerla muy por cima, con solo el objeto de que no se arruine del todo, pero gastando en ella poquísimo dinero.»

Llevó pues al albañil á una casa grandísima y deshabitada, en la que despues de haber examinado muchas salas y alcobas vacías, entraron en un patio interior donde el albañil quedó sorprendido á la vista de una fuente morisca: miróla un instante tratando de recordar una de las señales que en otro tiempo notara, preguntando al mismo tiempo quién habia habitado en la casa últimamente.

«Que el cielo confunda al que la ocupó, respondió el propietario; era un sacerdote, viejo, egoista y avaro, de quien se decia poseer inmensas riquezas, las que no teniendo parientes dejaria á la iglesia. Murió repentinamente, y cuando los frailes acudieron á tomar posesion de sus bienes, solo encontraron unos cuantos reales en una bolsa de cuero; entretanto, la mayor de las desgracias ha caido sobre mí, porque e maldito hombre continúa viviendo en mi casa sin pagarla, y no hay medio alguno humano de alejarle de ella. Asegúrase que se oye toda la noche un ruido en la alcoba donde él dormia, como si aun estuviese contando su dinero. Que esto sea falso ó no, ello es que ha impedido el que mi casa se alquile.

—Escuchad, respondió el albañil con aire decidido, dejadme habitar gratuitamente esta casa hasta que encontreis un mejor inquilino; yo os doy mi palabra de repararla y calmar los ruidos que se escuchan: soy un buen cristiano y un pobre hombre, y el mismo diablo no me causaria miedo aun cuando se me apareciera en persona.»

Aceptó el propietario la oferta, y habitando la casa el albañil y su familia, cumplió todas sus promesas. Poco á poco la fue reparando, y el ruido del oro no se volvió á sentir en la alcoba del difunto, pero sí comenzó á abultar en los bolsillos del vivo. En una palabra, su fortuna se aumentó tan rápidamente, que todo el mundo estaba admirado al verle llegar á ser uno de los mas ricos particulares de Granada. La iglesia recibió del mismo cuantiosas limosnas, sin duda en pago de su conciencia, y el secreto de la bóveda no fue revelado mas que á su última hora, en que lo hizo á su hijo y heredero.

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO XIII.

UN PASEO POR LAS MONTAÑAS.

Muchas veces al declinar el dia, y cuando el calor principia á amortiguarse, doy largos paseos á través de las colinas y de los profundos valles acompañado de mi escudero Mateo. En estas ocasiones le permito dar rienda suelta á su verbosidad, y no sé si existirá una fuente arruinada ó un peñasco solitario sobre el cual no me haya referido una historia maravillosa. Pero las leyendas doradas dominan sobre todo en sus narraciones, pues creo imposible que en toda la redondez de la tierra se encuentre pobre diablo mas pródigo de tesoros que él.

Ultimamente hicimos juntos una escursion de esta clase, durante la cual estuvo mas comunicativo aun que de costumbre. El sol comenzaba á descender cuando salimos por la puerta de la Justicia, y al subir por una cuestecilla plantada de árboles, Mateo se detuvo al pie de unas ruinas llamadas la torre de los Siete Pisos; allí, señalándome un arco de los cimientos, me manifestó que un espíritu, una fantasma horrible velaba en esta torre desde el tiempo mismo de los moros, y guardaba las riquezas de sus reyes. Algunas veces, continuó, sale á la media noche y recorre las avenidas de la Alhambra y las calles de Granada bajo la forma de un caballo sin cabeza, á quien seis

perros persiguen con ladridos espantosos.

«¿Y vos la habeis hallado alguna vez? pregunté yo á Mateo.

—No señor, á Dios gracias; pero mi abuelo el sastre ha conocido muchas personas que la habian visto efectivamente, puesto que en aquel tiempo salia mas á menudo, tan pronto bajo una forma como bajo de otra; y no hay hijo alguno de Granada que no haya oido hablar del Belludo, cuyo nombre sirve á las niñeras y nodrizas para acallar los chiquillos. Muchos dicen que este Belludo es el alma de un mal rey moro que hizo degollar á seis de sus hijos enterrándolos bajo estas bóvedas, de donde salen persiguiéndole por la noche para vengarse de su crueldad.»

Abstendréme ahora de entrar en los detalles minuciosos que me dió Mateo sobre es-

Ayuntamiento de Madrid

te formidable fantasma, que desde tiempo inmemorial es el tema favorito de las tradiciones misteriosas de Granada, y de la cual un grave historiador topográfico de esta ciudad hace honorífica mencion: yo únicamente recordaré que en esta misma torre está situada la puerta por la que el desdichado Boabdil salió de su palacio la última vez.

Dejando estas ponderadas ruinas, continuamos nuestro paseo costeando los hermosos vergeles del Generalife, en los cuales dos ó tres ruiseñores hacian oir su dulce melodía. Detrás de estos jardines se encuentran porcion de estanques moriscos, junto á los que hay una puerta hecha á pico en la roca, pero cuya entrada se ha cegado con los escombros. Mateo me contó que siendo niño se habia bañado en compañía de sus camaradas varias veces en estos estanques; mas que habia dejado de hacerlo cuando supieron solia salir de la roca un moro encantado que cogia á los bañadores.

Seguimos despues un camino de herradura que da vuelta á la colina, y bien pronto nos encontramos en medio de salvajes montañas cubiertas solamente de una débil verdura. Nada veíamos al rededor nuestro sino una naturaleza áspera y estéril, en medio de la que apenas me podia persuadir estuviésemos al lado del Generalife, de sus magníficos cármenes y en las cercanías al fin de la encantadora Granada. Empero la España agreste y severa cuando carece de cultura, se presta fértil y agradecida al trabajo de sus hijos.

El desfiladero que acabábamos de pasar se llama el barranco de la Tinaja, porque en otro tiempo se halló en él una vasija de barro llena de monedas de plata.

«¿Qué denota aquella cruz que se ve sobre esa piedra en la parte mas estrecha del camino? pregunté yo á Mateo.

—Nada, señor, un arriero á quien asesinaron hace algunos años en ese sitio.

—¿Con que segun eso los ladrones y asesinos llegan hasta las puertas de Granada?

—No, señor: eso era en otro tiempo que la fortaleza estaba llena de vagamundos; pero se ha hecho una limpia general, aunque á pesar de todo los gitanos que habitan en las cuevas de la colina no valen mucho mas que aquellos; sin embargo ya hace mucho tiempo que no se ha oido muerte alguna, y el que mató al arriero fue ahorcado en la Alhambra.»

Seguimos dejando á nuestra izquierda la altura pedregosa llamada Silla del Moro, porque segun la tradicion ya mencionada, el infeliz Boabdil se refugió en ella durante una insurreccion popular, y pasaba los dias enteros mirando tristemente su ciudad rebelde.

Llegamos al fin á la parte mas alta del promontorio que domina á Granada, y que se llama Monte del Sol.

La noche se acercaba, y las mas altas cimas de los peñascos recibian los últimos rayos del sol en su ocaso. Aquí se veia un pastor solitario conduciendo su rebaño por entre los desfiladeros. Allá un arriero precipitando la marcha de su cargada recua para poder entrar en Granada antes que anocheciese.

El lejano sonido de la campana de la catedral subia hasta nosotros anunciando la oracion. Las demas campanas de las otras iglesias y de los conventos de la montaña contestaban pausadamente. El pastor y el arriero se detuvieron á un tiempo mismo, y quitándose sus sombreros permanecieron un corto rato sumidos en un piadoso recogimiento recitando en voz baja la plegaria de la noche. Yo encuentro siempre un no sé qué de imponente en esta señal armoniosa que llama á los habitantes de este pais para que ofrezcan todos reunidos sus acciones de gracias al Criador por los beneficios que les ha dispensado durante el dia. Una beatitud pasajera se reparte por toda la naturaleza, y el sol desapareciendo en toda su gloria, añade aun mas solemnidad á este instante.

La salvaje soledad de la árida montaña sobre la que nos hallábamos, hacia en mí un efecto prodigioso. Las ruinas que se veian esparcidas aquí y allá denotaban que esta solitaria comarca habia estado en otro tiempo cubierta de habitantes.

Ayuntamiento de Madrid

Mientras vagábamos entre los restos de los pasados siglos, Mateo me mostró un agujero circular que parecia penetrar profundamente en el seno de la montaña, el que era sin duda alguna un pozo construido en otro tiempo por los moros, infatigables en sus trabajos, cuando estos tenian por objeto el proporcionarles agua fresca y pura. Mi escudero sin embargo lo juzgaba bajo otro aspecto, suponiendo que este pozo servia de respiradero á las cavernas de la montaña en donde yacian encantados Boabdil y sus ministros, saliendo de cuando en cuando á visitar sus antiguos estados.

El crepúsculo, que en estos climas es de tan corta duracion, nos advertia ya que era tiempo de abandonar estos lugares. Al descender de la altura no encontramos ni arrieros ni pastores, y el silencio era interrumpido por el canto de los grillos. Las sombras crecian prodigiosamente, y todo se oscurecia en nuestro derredor, solo la altísima cima de Sierra Nevada conservaba aun un rayo de luz, y se veian brillar junto al azul de los cielos los picachos cubiertos de nieve, que la pureza del aire hacia aparecer casi junto á nosotros.

«Cuán cerca se ve la sierra, señor, dijo Mateo; parece que se puede agarrar con la mano, y sin embargo estamos algunas leguas de distancia.» En tanto que hablaba, una estrella asomó sobre lo mas alto de la montaña; esta estrella, única que se veia en los cielos entonces, era tan pura, tan bella y radiosa, que Mateo esclamó entusiasmado: «Oh! qué linda estrella, qué pura y limpia, creo es imposible que haya otra alguna que la iguale!»

Muchas veces he notado la estrema sensibilidad de los españoles por las bellezas de la naturaleza. El brillo de una estrella, el perfume de una flor, el cristal purísimo de una fuente les hacen esperimentar una especie de delicia poética, y todas las palabras cacofónicas de su magestuoso idioma se emplean en esplicar sus trasportes.

«Pero qué luces son aquellas que veo brillar sobre la Sierra Nevada, justamente sobre la region de las nieves? Parecerian estrellas si su claridad no fuese tan rojiza y no se las viese pegadas al negro costado de la montaña.

—Son hogueras encendidas por los trabajadores que sacan nieve y hielo para Granada. Salen de la ciudad todas las tardes con asnos y mulos, llenan sus serones de hielo y arriban otra vez antes de anochecer. Esa sierra, señor, es un hermoso pedazo de carámbano colocado en el centro de la andalucía para entretener el fresco durante el estío.»

La oscuridad era ya completa cuando atravesamos la quebrada donde se encuentra la cruz del arriero asesinado, cuando di-

visé un gran número de luces que parecian acercarse hácia nosotros. Aproximábanse en efecto, y vimos eran unas hachas traidas por varias personas vestidas de negro. Esta vista, propia á causar en todo tiempo una especie de espanto, era sorprendente en sumo grado en un sitio tan salvaje y solitario y en semejante hora.

Mateo se guareció á mi lado, y me dijo quedito que aquello era un muerto que conducian al cementerio situado á la falda de la montaña.

A medida que la procesion pasaba á nuestro lado, la luz amarillenta de las antorchas al caer sobre las groseras facciones y los fúnebres trages de los que seguian el cuerpo producia un efecto fantástico. Pero este efecto se tornaba horrible cuando la claridad vacilante iluminaba el pálido cadáver que era conducido en un ataud abierto segun la costumbre española; permanecí algun tiempo inmóvil despues que el convoy hubo desaparecido en el sombrío desfiladero. Este es-

Ayuntamiento de Madrid

pectáculo me habia recordado el antiguo cuento de una procesion de demonios llevándose el cuerpo de un pescador sobre el crater de Stromboli.

«Ah! señor, esclamó Mateo, podria contaros la historia de una estraordinaria procesion que se vió una vez en estas montañas; pero os mofariais de mí, y me diriais que era aun uno de los cuentos de mi abuelo el sastre.

—No temas nada, Mateo. Nada me gusta mas, como sabes, que una historia maravillosa.

—Pues bien: la que voy á referiros versa sobre uno de esos de quien acabamos de hablar, y que recogen hielo sobre Sierra Nevada.

Hace muchos años, y en tiempo de mi abuelo, se conocia en Granada un viejo llamado Nicolás: una tarde bajaba este de la montaña despues de haber llenado sus serones de nieve; le asaltó un profundísimo sueño, montó sobre su bestia y se quedó profundamente dormido, moviendo la cabeza á todos lados, en tanto que su mula caminaba sobre el borde de los precipicios con un paso tan seguro como si caminara por una sala. En fin el tio Nicolás despertó, y se estregó los ojos para ver si distinguia los objetos con claridad. La luna era tan clara como el dia, y debajo de sus plantas se descubria la ciudad tan llana como la palma de la mano, con sus blancos edificios resplandecientes como la plata. Pero ¡ay señor! no era la misma ciudad que habia dejado algunas horas antes. En lugar de la catedral con su cúpula y torrecillas de las iglesias y sus campanarios todos coronados de la santa cruz, no vió mas que mezquitas, minaretes y cúpulas moriscas coronadas de la media luna, lo mismo que las que veis en los pabellones berberiscos: sorprendido quedó el tio Nicolás al apercibir todo esto; mas en tanto que miraba á la ciudad, un grande ejército subia á la montaña, tan pronto alumbrado por la luna, como escondido en la oscuridad, segun las sinuosidades y asperezas del camino. Cuando llegaron á su lado, vió que se componia de infantes y caballos armados á la morisca. El pobre hombre trató de alejarse; pero su obstinada mula no quiso moverse un solo paso, y permaneció pegada á la tierra temblando como si tuviera azogue, porque las bestias se asustan tambien de las apariciones del mismo modo que nosotros, pobres y desgraciados humanos. En fin, señor, el ejército fantástico se aproximó, y se distinguian los hombres que tocaban los címbalos y añafiles; pero no se oia el ruido de estos instrumentos, ni tampoco en manera alguna el de los pasos de hombres y corceles, y mas bien parecian los ejércitos pintados que se ven en la linterna mágica que personas vivas. Detrás de la vanguardia iba el inquisidor general de Granada sobre una mula blanca, cuya rienda conducian dos moros negros como el azabache. El tio Nicolás se sorprendió estraordinariamente de verle entre semejante compañía, puesto que el inquisidor era conocido por el horror que alimentaba contra los judíos, moros y demas especies de hereges, á los que perseguia con el hierro y con el fuego. A pesar de todo, el tio Nicolás se tranquilizó un poco al ver cerca de sí un sacerdote; hizo la señal de la cruz, y le pidió su santa bendicion, cuando ¡cosa estraña! el inquisidor, en vez de bendecirle le pegó tan fuerte puñada, que le hizo rodar en compañía de su mula hasta lo mas profundo del precipicio. El tio Nicolás no volvió en sí sino largo tiempo despues de haber salido el sol, y se encontró en el fondo de una quebrada profundísima, teniendo la mula á su lado y que pacia tranquilamente la yerba. Arrastróse cojeando hasta Granada, en donde felizmente encontró las iglesias y las cruces del mismo modo que las habia dejado. Cuando contó su aventura todos se le reian en las barbas, diciéndole los unos que habia soñado, y los otros que habia inventado todas estas cosas; pero lo mas estraordinario del asunto es que aquel mismo año murió el inquisidor, cosa que dió mucho que pensar á todas las gentes. Yo mismo he oido decir á mi abuelo el sastre que habia un segundo sentido en la vista de un ejército diabólico, llevándose la sombra de este sacerdote.

Ayuntamiento de Madrid

—¿Supondreis pues, amigo Mateo, que existe en el seno de estas escarpadas montañas una especie de purgatorio, al cual haya sido conducido el susodicho padre inquisidor?

—Dios me libre de pensar semejante cosa; nada puedo decir sobre este particular, limitándome á contar lo que tantas veces oí á mi abuelo.»

Cuando el buen Mateo concluyó este cuento, que yo he procurado narrar sucintamente, y que él habia alargado con numerosos detalles, nos encontramos en las puertas de la Alhambra.

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO XIV.

TRADICIONES LOCALES.

Tiene el pueblo español una pasion enteramente oriental por los cuentos, y sobre todo por los cuentos maravillosos. Comunmente se les ve reunidos en círculo delante de las puertas de sus casuchas en el estío, ó bien bajo la inmensa campana de sus chimeneas en el invierno; allí escuchan con una ansiedad prodigiosa las milagrosas leyendas de los santos, las aventuras azarosas de los viajeros y las atrevidas empresas de los contrabandistas y ladrones. El carácter salvaje de la comarca, la ignorancia, la escasez de asuntos sobre que conversar, y la vida aventurera que se lleva en un pais donde se viaja aun á la manera que se hacia en los tiempos mas remotos, todo contribuye á conservar la aficion de las narraciones orales, y predispone el ánimo á creer las cosas mas inverosímiles y estravagantes. Por lo regular el lema favorito de estas historias son los tesoros ocultos por los moros. Al atravesar las sierras desiertas, teatro en otro tiempo de brillantes hechos de armas, no se encontrará una sola atalaya colocada sobre la cima de un peñasco, ó dominando un pueblecillo, sin que al preguntar al guia el orígen de tal edificio no refiera este, suspendiendo por un momento el aspirar el humo de su cigarro, algunos sucesos acaecidos sobre descubrimiento de tesoros árabes enterrados en las cercanías del decrépito torreon. No se hallará un solo alcázar en las ciudades que no tenga igualmente su tradicion perpetuada de padres á hijos por los habitantes de sus alrededores.

Estas tradiciones, del mismo modo que la mayor parte de las ficciones populares, deben su orígen á sucesos que efectivamente han acaecido. Durante las guerras que por tan largo tiempo afligieron este pais entre moros y cristianos, los castillos y las poblaciones estaban sujetas á cambiar con frecuencia de poseedores; motivo por el cual los habitantes á la proximidad del enemigo se apresuraban á soterrar sus alhajas y dinero en cuevas y pozos, segun se practica aun en las guerreras regiones de oriente. Asimismo al tiempo de la general espulsion de los árabes en la Península, muchos entre ellos ocultaron sus tesoros con la esperanza de volver bien pronto á su pais natal y hallar entonces sus bienes. De esto resultó que al hacer algunas escavaciones en las ruinas, ó en las cercanías de los palacios moriscos, se hallaron cofres llenos de moneda que sa-

Ayuntamiento de Madrid

lian á la luz del sol despues de haber estado bajo la tierra durante algunos siglos; de manera que no bastó un pequeño número de estos hallazgos para servir de base á una gran porcion de narraciones fabulosas.

Esta especie de historias ofrece siempre una mezcla de gótico y oriental, en donde se pueden distinguir todos los rasgos mas esenciales de las costumbres españolas, sobre todo de las provincias del mediodía. El tesoro oculto está siempre colocado bajo la influencia de un encanto. Tan pronto está guardado por un terrible dragon, como por moros encantados que al cabo de muchos siglos permanecen armados y con el alfange desnudo é inmóviles como estatuas cerca del lugar donde soterraron sus riquezas.

Es muy natural que el Alhambra, en razon á las circunstancias particulares de su historia, suministre una materia mas ámplia á estas ficciones que cualquier otro lugar célebre en las crónicas. Varias reliquias halladas de tiempo en tiempo entre sus ruinas han acreditado las maravillosas tradiciones que se cuentan sobre ellas. Tan pronto se encontraba una vasija llena de oro y el esqueleto de un gallo, el cual, segun el parecer de los mas inteligentes en la materia, habia sido enterrado vivo, como otra vez una caja cubierta de inscripciones árabes, miradas como palabras mágicas de gran poderío. En fin, los talentos mas novelescos de la andrajosa poblacion que vejeta en la Alhambra se han dado tal priesa á cavilar, que no existe una sola torre, una sala ni una cueva de la venerable fortaleza que no tenga su historia milagrosa. Asi, pues, como yo creo haber familiarizado á mis lectores en los capítulos que anteceden con las localidades de este palacio, voy á lanzarme ahora en el vasto campo de sus sorprendentes leyendas, reuniendo los fragmentos que he podido recoger en varias épocas y de diferentes personas, del mismo modo que un sabio anticuario forma muchas veces un documento histórico con algunas letras desprendidas de una inscripcion medio borrada por el tiempo.

Si el lector encontrase en el trascurso de mi narracion alguna cosa increible, dígnese pensar que en el paraje en que me hallo nadie sabria estar sometido á las leyes de probabilidad que rigen las escenas de la vida: el suelo que actualmente piso está encantado, y los lances mas sencillos toman en él un colorido sobrenatural.

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO XV.

LA CASA DEL GALLO DE VIENTO.

Sobre la cúspide de la colina del Albaicin, que es el cuartel mas elevado de la ciudad de Granada, existen los restos de un palacio real, fundado poco tiempo despues de la conquista de España por los árabes. En la actualidad se ha establecido en ellos una manufactura, y ha caido en tal olvido, que solo con un trabajo inmenso he logrado descubrirlos á pesar del socorro que me prestaban las juiciosas noticias del sabio Mateo. Este edificio, que en otro tiempo encerraba grandes riquezas, y como sucede á todas las obras hechas por la mano del hombre, ha dejado de llamar la atencion, lleva aun el nombre bajo el cual se le ha conocido durante un inmenso número de años, el de la Casa del Gallo de Viento, ó Casa de la Veleta, porque la que coronaba su torre representaba un guerrero á caballo armado de lanza y escudo; leyéndose en la misma veleta unos versos árabes cuya traduccion es la siguiente:

«Dice el sabio Aben Habuz
Que asi se defiende el andaluz.»

Este Aben Habuz, segun las crónicas árabes, fue uno de los capitanes de Tarif, quien le hizo alcaide de Granada, y es muy probable que mandó construir esta efigie guerrera para recordar á los habitantes musulmanes del pais, que rodeados como estaban de enemigos, exigia su seguridad que estuviesen siempre aparejados para el combate.

Las tradiciones populares esplican de un modo diverso todo lo que concierne á Haben Habuz y su palacio, asegurando que el guerrero de bronce era en su orígen un talisman dotado de gran virtud, pero que por el trascurso de los tiempos ha perdido su poder mágico, quedando reducido á una simple veleta.

Yo he consignado esta tradicion en el siguiente capítulo.

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO XVI.

LEYENDA DEL ASTROLOGO.

Habia en otro tiempo, muchos siglos há, un rey moro llamado Aben Habuz, el cual reinaba en Granada. Era un conquistador que despues de haber pasado su juventud en continuas hostilidades y depredaciones de toda especie, al ver que la ancianidad le tornaba débil y enfermo, trató de retirarse á buen vivir, permaneciendo tranquilo con todo el mundo á fin de gozar en paz los dominios que habia arrebatado á sus vecinos.

Acaeció sin embargo que este monarca, tan razonable y pacífico, tuvo que habérselas con rivales llenos de todo el ardor de la juventud, anhelosos de combatir y de gloria, los cuales estaban resueltos á pedirle cuentas de lo que habia arrancado á sus padres. Algunos de sus mas lejanos dominios que en los dias de su vigor juvenil no osaban moverse bajo su férrea mano, trataron en la actualidad que le vieron aspirar al reposo de sublevarse, y hasta concibieron el pensamiento de invadir la capital. Atacado de este modo por enemigos propios y estraños, el desgraciado Aben Habuz vivia en medio de las montañas que circundan á Granada en una continua alarma, no sabiendo por qué parte comenzarian las hostilidades.

En vano fue que hiciese construir torres de observacion sobre las montañas, y que guardase con tropas estacionarias todos los desfiladeros: estas tropas tenian órden de avisar la proximidad del enemigo por medio de hogueras si acaecia de noche, y de grandes humaredas si lo verificaban de dia; pero Aben Habuz tenia que lidiar con gentes mas activas y despiertas que él, y que á pesar de todas sus precauciones, hallaban siempre un medio de penetrar en sus tierras, asolándolas y llevándose consigo infinidad de prisioneros. ¿Ha habido jamás en este mundo conquistador pacífico y jubilado á quien se haya atormentado mas que al pobre Aben Habuz?

En tanto pues que vivia asi, sirviendo de blanco á tantas tribulaciones, llegó á su corte un médico árabe, de aspecto mesurado y venerable; una pobladísima y blanca barba le llegaba hasta la cintura, y tenia todas las señales de una vejez estremada, sin embargo de la cual habia hecho un viaje á Egipto á pie y solo, ayudado de un baston, cuya corteza estaba cubierta de caractéres geroglíficos; su fama le precedia por todas partes, y se sabia que su nombre era Ibrahim Abou Agib; decíase que era contemporáneo de Mahoma, y que su padre habia sido uno

Ayuntamiento de Madrid

de los compañeros de este profeta. En su juventud, Abou Agib siguió el ejército victorioso de Amrou en Egipto, pais en el que permaneció durante muchos años con el objeto de estudiar las ciencias abstractas, y en particular la magia, con los sacerdotes egipcios.

Decíase tambien que habia hallado el secreto de prolongar la vida, por cuyo medio contaba ya mas de dos siglos; pero que desgraciadamente cuando aprendió tal secreto era ya demasiado viejo, por lo que no habia podido prolongar sino su piel arrugada y sus canosos cabellos.

Este sorprendente viejo fue acogido con grande aplauso por el rey, que como la mayor parte de los monarcas ya entrados en dias, comenzaba á apreciar en sumo grado á los médicos y á los astrólogos: ordenó pues que se le alojase en su palacio; mas el sabio prefirió una caverna situada precisamente en la misma colina donde despues se edificó la Alhambra: hízose al efecto ensanchar esta cueva, desde la que por medio de una abertura circular practicada en el techo se veian como desde el fondo de un pozo las estrellas en lleno dia. Las paredes de este centro estaban cubiertas de signos cabalísticos y de figuras enigmáticas; una porcion de instrumentos fabricados por los mas inteligentes artífices de Granada bajo la direccion de Ibrahim, y cuya virtud y uso solo él conocia, se hallaban colocados acá y allá por todas partes.

En breve tiempo llegó Ibrahim á ser el consejero íntimo del rey, que no hacia nada sin consultarle de antemano. Aben Habuz se lamentaba amargamente á su amigo de la injusticia de sus vecinos y de la continua vigilancia que estaba obligado á observar para precaver y evitar sus algaradas. Acabadas que fueron las quejas del rey, miróle el astrólogo, y despues de un momento de silencio le habló en estos términos: «Has de saber ¡oh rey! que cuando yo estuve en Egipto alcancé á ver una grande maravilla, la cual era obra de una princesa pagana que vivió en siglos muy remotos. Consistia la maravilla en la figura de un carnero sobre el cual estaba un gallo, construidos ambos de bronce y colocados sobre un ege en la cúspide de una montaña que domina el pais. Cada vez que cualquier enemigo amenazaba sus dominios, el carnero se volvia hácia el lado por donde habia de aparecer el peligro, y el gallo cantaba, con lo que se advertia á los habitantes de la ciudad que estaban en riesgo, y se les indicaba asimismo á qué punto debian dirigirse para la comun defensa.—Dios es grande, esclamó el pacífico Aben Habuz: ¡qué tesoro seria para mí una maravilla de esa especie, que mirase sin cesar á las montañas y me advirtiese con su canto el momento del peligro! ¡Cuán tranquilo dormiria en mi palacio si tales centinelas vigilasen mis estados!»

El astrólogo dejó pasar los primeros trasportes del rey, y despues prosiguió en estos términos:

«Despues que el victorioso Amrou hubo concluido la conquista del Egipto, yo permanecí entre los ancianos sacerdotes de aquella comarca para estudiar los ritos y ceremonias de su idolatría, buscando sobre todo el conocimiento de las ciencias ocultas por las que aquellos han adquirido tanto renombre. Un dia que estaba en conversacion con uno de sus mas venerados profesores, sentados ambos á la orilla del caudaloso Nilo, me mostró las poderosas pirámides que se elevan como montañas sobre las arenosas sábanas del desierto. «Todo lo que yo puedo enseñarte, me dijo, es nada en comparacion de los secretos que encierran esas gigantescas masas. En el centro de la mayor hay un monumento sepulcral que contiene la momia del gran sacerdote que ayudó á edificar tan estraordinario edificio; con esta momia yace enterrado un libro maravilloso, el cual encierra todos los secretos de la magia. Este libro, que el Señor dió á Adan antes de su pecado, pasó de padres á hijos hasta el sabio rey Salomon, siéndole de una grande utilidad para la construccion del templo de Jerusalen. El cómo vino despues á manos del arquitecto de las pirámides, únicamente podria decirlo aquel para quien nada hay oculto sobre el haz de la tierra.»

Ayuntamiento de Madrid

«Desde el momento que hube oido al sacerdote egipcio estas palabras, se apoderó de mi alma el mas ardiente deseo de poseer aquel precioso libro. Yo podia disponer de una parte del ejército, á la que, habiendo reunido algunos egipcios, hice emprendiesen el ímprobo trabajo de horadar la pirámide. Despues de larguísimas fatigas, logramos por fin hallar uno de los pasadizos interiores del edificio; entréme en él, y arrastrándome á través de un laberinto tan horrible como sombrío, llegué por fin á la sala sepulcral del centro, la misma donde el cadáver del gran sacerdote reposaba hacia infinitos años. Rompí la cubierta esterior, y desenvolviendo la momia de todos sus vendajes de lienzo, encontré al fin el ansiado volúmen: asíle con temblorosa mano, y me apresuré á salir de la pirámide, dejando la momia del gran sacerdote esperar el dia de la justicia final en el silencio y la oscuridad del sepulcro.

—Hijo de Abou Agib, esclamó Aben Habuz, tú eres un gran viajero, y has visto cosas asombrosas; empero ¿qué me importa á mí el secreto de la pirámide y el libro de la ciencia del sabio Salomon?

—Ahora te lo diré ¡oh rey! Por el constante estudio de este libro me he instruido en todos los secretos de la magia, y puedo mandar á los genios que me auxilien en la ejecucion de mis planes; el misterio del talisman del Gallo no me es desconocido, y haré uno semejante, dándole aun propiedades mas sorprendentes.

—¡Oh sábio hijo de Abou Agib! esclamó Aben Habuz loco de alegría: semejante talisman es mucho mejor que mis altas atalayas y mis vigilantes centinelas; dame esa bienaventurada salvaguardia, y dispon de mis riquezas y tesoros.»

El astrólogo se dedicó en el momento á su obra á fin de satisfacer los deseos del monarca. Hizo elevar una torre altísima sobre la cima del palacio frente á la colina del Albaicin, y aun se asegura que las piedras de que se construyó procedian de las pirámides egipcias. Una sala redonda con ventanas á todos los vientos ocupaba la parte superior de la torre. Delante de cada ventana habia una mesa sobre la cual estaban arreglados, como las piezas de un agedrez, una porcion de soldados de caballería é infantería con un rey á su cabeza, todo hecho de talla. Cerca de cada mesa fijó una lanza sobre cuya asta habia grabado ciertos caractéres caldeos. La rotonda estaba siempre cerrada por una puerta de bronce con una cerradura de acero, cuya llave conservaba el rey en su poder.

Sobre la cúpula de la torre colocó un moro, tambien de bronce, que tenia en una mano un escudo y en la otra su lanza, la cara vuelta hácia la ciudad como para velar sobre ella; pero si algun enemigo se aproximaba, en el momento se tornaba cara á él y ponia su lanza en ristre.

Al instante que el talisman estuvo concluido, Aben-Habuz, impaciente por probar su virtud, deseó tan ardientemente una invasion como antes la habia temido; mas sus deseos fueron bien pronto satisfechos. Una mañana al amanecer el centinela de la torre bajó á avisarle que la cara del caballero estaba mirando hácia Elvira, y que su lanza se hallaba en el ristre.

«Que toquen los añafiles á alarma en Granada, esclamó el rey, y que todos tomen las armas.

—Aben, dijo el astrólogo, no turbes el reposo de tu capital, no llames á las armas tus guerreros; la fuerza no te es ya necesaria para librarte de tus enemigos; haz alejar tu servidumbre, y subamos solos á la sala secreta de la torre.»

El viejo Aben-Habuz subió la escalera apoyado sobre el brazo de Ibrahim, aun mas anciano que él; abrieron la puerta de bronce y entraron en la rotonda. La ventana que miraba hácia Elvira estaba abierta.

«Por esta parte amenaza el peligro, dijo el astrólogo; aproxímate ¡oh rey! y contempla las maravillas de la mesa.»

El rey Aben-Habuz se arrimó efectivamente, y mirando el tablero sobre el cual yacian las figuritas de madera, vió con gran sorpresa que todas estaban en movimiento.

Los caballos caracoleaban y hacian escar-

Ayuntamiento de Madrid

ceos, los guerreros blandian sus lanzas, y se escuchaba, aunque muy confuso, el ruido de los atambores y trompetas, el crugir de las armaduras y el relinchar de los corceles; pero todo este ruido no equivalia al susurro de una abeja.

«Hé aqui ¡oh gran rey! dijo Ibrahim, la prueba de que tus enemigos estan ya en campaña, y que deben de avanzar por el lado de Elvira. ¿Quieres sembrar en ellos la confusion por medio de un terror pánico, y forzarles á retirarse sin efusion de sangre? Pues toca las figuras con el cuento de la lanza mágica; mas si quieres, al contrario, que haya una horrorosa carnicería, hiere con la punta.»

Un color lívido se repartió por un instante sobre la venerable faz del rey; el movimiento de su barba gris demostraba el furor de que se hallaba poseido, asió la lanza, y temblando de agitacion esclamó:

«Hijo de Abou-Hagib, me parece que derramaremos un poco de sangre.»

Al hablar de este modo hirió algunas de las figurillas con la punta de la lanza, tocando despues con el cuento las demas. En el mismo instante los primeros guerreros cayeron como muertos sobre el tablero, y los restantes comenzaron un combate entre ellos mismos, cuyo suceso fue casi insignificante.

Con harto trabajo pudo el astrólogo detener la mano del mas pacífico de los monarcas, impidiéndole que esterminase hasta el último de sus enemigos: logrólo al fin, y haciéndole bajar, enviaron inmediatamente espías hácia las montañas para saber toda la certeza del suceso.

Volvieron estos, y refirieron al rey que un ejército cristiano habia avanzado por la sierra, pero que repentinamente se habia suscitado una querella entre ellos mismos, y que despues de un combate bastante sangriento habia retornado á sus fronteras.

Aben-Habuz estaba loco de contento viendo la eficacia de su talisman.

«Gracias á Alá, dijo, que voy por fin á pasar una vida tranquila teniendo la suerte de todos mis enemigos entre las manos. Sabio hijo de Abou-Hagib, ¿qué recompensa podré ofrecerte por tan grande beneficio?

—Las necesidades de un viejo y de un filósofo son simples y limitadas: asi, pues, rey mio, dadme el medio de hacer de mi caverna una soledad agradable, y quedo contento.

—Hé aqui la modestia de un verdadero sabio, esclamó Aben-Habuz interiormente, satisfecho con demanda tan moderada.»

Hizo llamar á su tesorero, mandando le entregase á Ibrahim toda las sumas que pudiese exigir, sea para acabar de construir su ermita, sea para amueblarla.»

El astrólogo hizo socavar en la roca muchas habitaciones, que formaron una completa contigua á su salon astrológico. En seguida las adornó de divanes y ricas otomanas, y entapizó los muros con soberbias colgaduras de Damasco.

«Yo soy viejo, decia él para sí, y no puedo reposar mis huesos sobre una cama de piedra, y estas húmedas murallas tienen necesidad de estar cubiertas.»

Tambien mandó construir baños, provistos de toda clase de perfumes y de aceites aromáticos, porque segun él, los baños son necesarios para combatir la sequedad de la vejez, y vuelven la elasticidad y frescura á un cuerpo fatigado por el estudio.

Hizo colgar en todas las salas una cantidad prodigiosa de lámparas de plata y de cristal, en las cuales ardia un aceite odorífero, cuya receta habia encontrado en las tumbas egipcias; porque la luz del sol, segun él mismo, es demasiado viva y ardiente para los ojos de un anciano, y únicamente la de

lámpara es la que conviene á los estudios de un filósofo.

En tanto el tesorero de Aben-Habuz daba el dinero muy á *regañadientes*, y concluyó al fin por quejarse al rey de tantos gastos.

Ayuntamiento de Madrid

«He empeñado mi real palabra, contestó Habuz encogiéndose de hombros, y es preciso tener paciencia.»

Este viejo quiere imitar en su retiro filosófico todo lo que ha visto en el interior de las pirámides y demas suntuosos edificios del Egipto; pero todo concluye en este mundo, y el amueblar la caverna concluirá tambien sin duda.

El rey no se engañaba: la ermita se acabó, quedando trasformada en un palacio subterráneo de una magnificencia inaudita.

«Al presente estoy contento, dijo Ibrahim al tesorero; voy á encerrarme en mi celda y á consagrarme enteramente al estudio: nada deseo ya sino es una bagatela. Un pequeño recreo para llenar los intervalos de mis trabajos abstractos.

—¡Oh sabio Ibrahim! pide lo que quieras; tengo órden de proveerte de todo lo que te sea necesario en tu soledad.

—Entonces, dijo el filósofo, desearia me proporcionases unas bailarinas.

—¡Bailarinas! dijo el tesorero con sorpresa.

—Sí, replicó el sabio; con unas cuantas tendré bastante, porque soy un filósofo, mis costumbres son sencillas, y me contento con facilidad. Sin embargo deseo que sean jóvenes y lindas, porque la vista de la juventud y de la belleza regocijan la vejez.»

En tanto que el filósofo Ibrahim pasaba asi sabiamente su tiempo, el pacífico Aben-Habuz lograba prodigiosas victorias sin salir de su gabinete; cosa bien dulce era para un rey de su edad y de su carácter poseer un talisman con el cual podia, como por via de entretenimiento, ahuyentar los ejércitos de sus enemigos como si fueran emjambres de moscas.

Gozó durante algun tiempo de este placer, insultando varias veces á sus vecinos para escitarlos á que le atacasen; mas los reiterados descalabros que sufrian los hicieron prudentes, y ninguno de ellos osó invadir en lo sucesivo el territorio granadino. Durante muchos meses la figura de bronce permaneció en pie de paz conservando perpendicular su lanza, y el buen rey comenzaba á echar de menos su diversion acostumbrada, y á cansarse demasiado de tan monotona tranquilidad.

En fin, el caballero mágico dió una vuelta súbita sobre su ege, y puso la lanza en ristre dirigiéndola á las montañas de Cádiz. Apresuróse Aben-Habuz para subir á la torre; mas ¡cuál fue su sorpresa al no ver movimiento alguno en la mesa colocada en aquella direccion, y que todas las figuras estaban inmóviles! Esta circunstancia inquietó al rey de tal modo, que envió unos cuantos caballos á las montañas con órden de reconocer el terreno y volver con la noticia de lo que hubiesen descubierto. Al cabo de tres dias tornaron efectivamente, y dijeron al rey:

«Hemos recorrido todos los desfiladeros de las montañas sin descubrir la menor señal de gente armada; y lo único que hemos visto es una linda cristiana que dormia

junto á una fuente, y á la cual hemos conducido cautiva.

—¡Una hermosa jóven cristiana! esclamó Aben-Habuz, cuyos ojos lanzaban rayos de alegría: que la traigan á mi presencia.»

Presentáronla efectivamente al rey, que al verla quedó sorprendido. Los vestidos de la jóven estaban adornados con todo el lujo que distinguia á las godas en la época de la invasion árabe. Una sarta de perlas de una pureza estraordinaria entrelazaban las trenzas de sus cabellos, negros como el ala de un cuervo. Los diamantes que brillaban sobre su frente rivalizaban en brillantez con sus ojos; una cadena de oro al rededor de su cuello sostenia una lira de plata que la colgaba al costado.

Los rayos que lanzaban sus ojos negros

Ayuntamiento de Madrid

cayeron como chispas eléctricas sobre el corazon de Aben-Habuz, que á pesar de su vejez, era aun inflamable.

Contemplábala con éstasis, no pudiendo apartar la vista de tanta hermosura.

«¡Oh la mas bella de las mugeres! esclamó: ¿quién eres tú, cuál es tu nombre?

—Soy la hija de uno de los príncipes godos que dominaban este pais en otro tiempo. Los ejércitos de mi padre han sido destruidos como por encanto en estas montañas, por lo cual ha sido arrojado de su trono, y yo al presente me encuentro cautiva.

—Cuidado ¡oh rey! dijo Ibrahim á Aben acercándose al oido: esta jóven podria ser bien una de las encantadoras del Norte que revistiéndose de las formas mas seductoras hacen caer en sus redes á los imprudentes que se fian de ellas. Yo mismo creo leer cierta cosa sobrenatural en sus ojos y en todos sus movimientos; sin duda alguna este es el enemigo que señalaba el talisman.

—Hijo de Abou-Hagib, respondió el rey, tú eres un gran filósofo y un sapientísimo mágico; pero en cuanto á mugeres, no entiendes una palabra. En este punto son mis conocimientos tan inmensos, que á nadie cedo la palma aun cuando fuese el gran Salomon, que debia estar versado en la materia, segun el número prodigioso de mugeres y concubinas que poseyó. En cuanto á esta jóven, yo no encuentro en sus ojos nada de temible, y toda su persona me agrada singularmente.

—¡Oh rey! contestó el astrólogo, escúchame: yo te he procurado un gran número de victorias, gracias á mi talisman, sin que me haya tocado la menor parte de sus despojos; concédeme esta cautiva para que consuele mi soledad con su lira: si en efecto es encantadora, yo tengo varios preservativos que contrarestarán sus maleficios.

—¿Aun necesitas otra muger? dijo Aben incomodado. ¿No tienes bastante para consuelo de tu soledad con las bailarinas que te he concedido?

—Efectivamente tengo bailarinas; mas ninguna de ellas canta, y me seria necesario un poco de música para refrescar mi espíritu cuando está fatigado por el estudio.

—Suspende tan impertinentes demandas; esta doncella está destinada á mi harem, y consolará mi ancianidad, del mismo modo que la jóven salamita Abisag consoló la de David.»

Por mas que replicó el astrólogo, nada pudo obtener sino nuevas réplicas de parte del monarca, y se separaron llenos de arrojo uno contra otro. El sabio fue á encerrarse á su soledad para soportar su afrenta: sin embargo, antes de marchar aconsejó por última vez al rey que desconfiase de su cautiva; ¿pero qué viejo enamorado ha escuchado jamás la voz de la prudencia? Aben-Habuz se entregó sin resistencia á su pasion, su único anhelo era hacerse amable á los ojos de la cristiana. No podia ciertamente agradarla por su juventud; pero era rico, y los amantes entrados en dias son ordinariamente muy generosos. Agotóse el Zacatin de Granada para poner sus mas preciosas mercancías á los pies de la cautiva: las telas de seda, los diamantes, los perfumes mas esquisitos, todo lo que el Asia y el África ofrecian de mas raro, era prodigado á la princesa: inventáronse para entretenerla toda clase de espectáculos: torneos, danzas, conciertos, corridas de toros; en fin, Granada se tornó en un paraiso. La princesa miraba todo con indiferencia, y como una persona acostumbrada á toda clase de obsequios: recibia las atenciones y homenajes del rey como cosas que de derecho le pertenecian por su belleza, porque el orgullo de la hermosura sobrepuja al de la nobleza. Tenia un placer en inducir al fascinado monarca á fin de que hiciese gastos que agotasen su tesoro, y miraba su estravagante profusion como una cosa muy sencilla. A pesar de tantos cuidados y tanta magnificencia, el venerable amante no podia lisongearse de haber hecho la menor impresion sobre el corazon de su amada. Jamás le recibia con frente serena, ni se dignaba concederle una sonrisa. Cuando principiaba á hablarla de su amor, ella se ponia á pulsar la lira, cuyos sonidos esparcian un

Ayuntamiento de Madrid

misterioso encanto, y en cuanto herian los oidos del anciano monarca le hacian caer en un profundo sueño, del cual despertaba en seguida fresco y gallardo, y libre momentáneamente de su pasion. Los efectos de la lira eran fatales para el logro de sus galanterías; pero como agradables ensueños encantaban su espíritu mientras dormia, continuó sumergido en tal estupor, en tanto que toda Granada se mofaba de su infatuacion y murmuraba al ver sus tesoros cambiados por canciones.

Entre tanto un daño sobre el cual su talisman no podia darle noticia alguna amenazaba á Aben-Habuz. Acaeció una insurreccion en su capital, y el palacio fue circunvalado por el pueblo, que pedia á voces su vida y la de su amante cristiana. Una chispa del antiguo valor del rey se reanimó en su corazon. Arrojóse á la cabeza de un puñado de soldados, puso á los rebeldes en huida y apagó la revolucion con la sangre de sus motores.

Despues de haber restablecido la tranquilidad, dirigióse á ver su astrólogo, que permanecia encerrado en su soledad tascando el freno y alimentando el resentimiento mas amargo contra el rey.

Llegóse á él Aben-Habuz con aire conciliador:

«Sabio hijo de Abou-Hagib, le dijo, me predijiste que la cautiva traeria sobre mí daños inmensos, y tus vaticinios han salido ciertos; ruégote que del mismo modo que pronosticaste mis males me aconsejes lo que debo hacer para evitarlos.

—Alejar de tí la infiel que causa el daño.

—Mejor quisiera perder un reino, esclamó Aben-Habuz con fuego.

—Te espones á perder la una y el otro, replicó el astrólogo.

—No seas tan brusco y desanimador ¡oh el mas profundo de los filósofos! ten piedad de la desgracia de un monarca enamorado y búscame algun medio para garantirme de los infortunios que me amenazan. No quiero grandezas ni poderío, solo anhelo tranquilidad y reposo. ¿No podria yo encontrar un asilo donde lejos del mundo consagrase el resto de mi vida á la paz y al amor?»

El astrólogo le miró atentamente frunciendo las cejas.

«¿Y qué me concederias, le dijo al fin, si yo te proporcionase un asilo semejante?»

—Tú mismo indicarias la recompensa, y si está en mi poder el concedértela, por mi alma te juro que ya puedes mirarla como tuya.

—¿Has oido hablar alguna vez del jardin de Hiram, uno de los prodigios de la Arabia feliz?

—Varias veces he oido hablar de este jardin, el cual se cita en el *Alcoran* en el capítulo titulado la Aurora del dia. Ademas he oido hablar cosas maravillosas de él por los peregrinos de la Meca; pero yo las consideraba como fábulas de aquellas que los viajeros tienen costumbre de contar.

—No desprecies ¡oh rey! las narraciones de los viajeros, replicó el astrólogo con tono mesurado. Ellas encierran rarísimos conocimientos traidos de todos los puntos de la tierra; en cuanto al palacio y jardin de Hiram, todo lo que se dice es cierto: yo lo he visto con mis propios ojos. Escucha bien lo que voy á referirte, porque mi aventura está en contacto con el objeto de tu demanda.

»En mi juventud, cuando yo no era mas que un simple árabe del Desierto, sacaba á pastar los camellos de mi padre; un dia en que atravesaba el desierto de Edem, uno de estos animales se estravió. Busquéle muchos dias; mas en vano: uno de ellos, fatigado y sin poder echar el aliento, arrojéme bajo una palma á los bordes de un pozo seco y me quedé profundamente dormido: al despertar me encontré á la puerta de una ciudad, entré en ella, y ví hermosas calles, grandes plazas y magníficos mercados; pero todo estaba silencioso como un sepulcro, la ciudad parecia despoblada: vagué por un lado y por otro hasta que descubrí al fin un palacio rodeado de un jardin adornado de fuentes, de bosquetes cubiertos de flores y de árboles cargados de frutos: sin embargo ningun ser viviente se mostró á mis ojos, y horrorizado de mi soledad en medio de

Ayuntamiento de Madrid

tantas delicias me apresuré á salir del palacio y de la ciudad: despues de haberme alejado algunos pasos me volví á mirar, y no ví mas que el desierto, que se estendia sin límites bajo el horizonte.

»Halléme poco tiempo despues un anciano *Derviche* muy versado en las tradiciones del pais, y al cual conté mi aventura.

—Lo que acabas de ver, me dijo, es el célebre jardin de Hiram, una de las maravillas del Desierto. Aparécese de tiempo en tiempo á los viajeros estraviados como tú, y les alegra la vista con sus jardines y murallas y sus hermosos frutos. Poco despues desaparece, y solo queda en su lugar un horrible páramo. Voy á referirte la historia de este jardin. Antiguamente, cuando el pais estaba habitado por los Additas, el rey Sheddah, hijo de Ad, último nieto de Noé, fundó una soberbia ciudad: cuando la concluyó, engreido con su belleza, intentó edificar un palacio y unos jardines que igualasen á lo que se cuenta en el *Alcoran* de las bellezas del Paraiso; pero su presuncion atrajo sobre él la maldicion celeste, desapareció de la tierra con todo su pueblo, y sus palacios y jardines fueron colocados bajo el poder de un encanto, que los oculta á la vista humana, escepto en algunos momentos en que aparecen para perpetuar la memoria de su pecado.

—Esta historia de las maravillas que he visto no se ha borrado jamás de mi imaginacion, y cuando andando los tiempos me encontré en el Egipto y poseedor del libro de Salomon, resolví volver á ver el jardin de Hiram: encontréle en efecto, tomé posesion de él, y pasé muchos dias en un sitio tan delicioso. Los genios que le guardan, obedientes á mi poder mágico, me revelaban los encantos que se operaron para construirle y los que le hacen invisible. Yo puedo ¡oh rey! construirte un palacio en todo igual sobre la colina que domina Granada; conozco todos los secretos mágicos, y nada es imposible á mi poderío.

—¡Oh hijo de Abou-Hagib, el mas sabio de los hombres! dijo Aben-Habuz temblando de deseo; tú eres un gran viajero, has visto y aprendido cosas maravillosísimas; débate yo un retiro semejante, y pide la recompensa que quieras, aun cuando sea la mitad de mi reino, que yo te la concedo.

—¡Ay de mí, contestó el astrólogo, bien sabes que no soy mas que un pobre viejo filósofo bien fácil de satisfacer! No te pido mas que la primer bestia de carga que pase bajo la puerta del palacio encantado con todo lo que lleve sobre sí.»

El monarca aceptó esta condicion modesta y el astrólogo se puso á trabajar: hizo erigir en lo alto de la colina una gran puerta

que daba entrada á una fortísima torre.

Sobre la piedra que hacia clave en el arco grabó el mismo mágico una mano gigantesca y sobre la del otro arco interior una gran llave. Estas figuras eran poderosísimos talismanes, sobre los cuales pronunció muchas palabras misteriosas en una lengua desconocida.

Esto terminado, se encerró durante dos dias en su gabinete mágico, y subiendo el tercero á la colina, permaneció en ella hasta la noche. A la madrugada descendió, y dijo á Aben-Habuz:

«Ya he terminado mi obra y he erigido sobre la cima de la montaña el palacio mas delicioso que el genio humano pudiera imaginar. Reune dentro todo lo que puede contribuir á la felicidad de la vida; salones magníficos, jardines sombríos y floridos, frescas fuentes y baños perfumados; en fin, la colina está trasformada en un verdadero paraiso, el cual, del mismo modo que el palacio

Ayuntamiento de Madrid

de Hiram, está protegido por un encanto que le hace invisible á todos aquellos que no sepan el secreto de su talisman.

«Basta, dijo Aben-Habuz lleno de alegría: mañana al amanecer subiremos á la colina, y tomaremos posesion de tan feliz morada.»

El monarca durmió poco aquella noche, y apenas la luz del sol comenzó á dorar los picachos de Sierra Nevada montó sobre su corcel, y seguido de una corta comitiva subió á la colina por un camino estrecho y escarpado. Marchaba á su lado la princesa sobre su blanco palafren cubierta de sus mas brillantes adornos, y llevando como siempre su lira al costado.

El astrólogo marchaba á pie, apoyándose sobre su baston, pues nunca se le habia visto montar á caballo.

Aben-Habuz miraba por todas partes á ver si podia descubrir las torres, los palacios y demas maravillas prometidas; mas nada podia divisar.

«En esto está, dijo el astrólogo, la seguridad misteriosa de este sitio. Nada se puede divisar sino despues de haber pasado la puerta encantada y tomado posesion del sitio en debida forma.»

En cuanto llegaron á la puerta detúvose el astrólogo, y enseñando al rey la mano y llave misteriosas que habia esculpido él mismo:

«Hé aqui, le dijo, los talismanes que guardan este lugar de delicias; mientras que esta mano no toque á la llave, ningun poder humano, ningun artificio mágico podrá triunfar del señor de esta colina.»

En tanto que Aben-Habuz contemplaba con la boca abierta el misterioso talisman, el palafren de la princesa, adelantándose á todos, se colocó debajo del arco que daba entrada á la torre.

«Hé aqui, dijo el astrólogo, la recompensa que me habiais prometido: el primer animal que entre por esas puertas mágicas con lo que lleve sobre sí.»

Sonrióse Aben-Habuz creyendo ser una chanza del astrólogo; pero cuando vió que hablaba seriamente, su barba gris tembló de indignacion.

«Hijo de Abou-Hagib, esclamó con gravedad, ¿qué quiere decir este equívoco? Lo que yo te he prometido era la primer bestia de carga que entrase bajo el arco. Toma la mula mas fuerte de mis caballerizas, cárgala de los objetos mas preciosos que halles en mi tesoro, y haz de ella el uso que mas estimes; mas por Alá te ruego que no lleves tus pensamientos hasta la posesora de mi corazon.

—¿Qué me importan tu oro y tus riquezas, contestó el astrólogo con desprecio, no soy poseedor del libro del sabio Salomon? ¿Todos los tesoros de la tierra no estan á mis órdenes? La princesa me pertenece de derecho; tu palabra real está comprometida, y yo la reclamo como mia.»

La princesa desde el alto de su palafren sonreia desdeñosamente al ver que dos viejos decrépitos se disputaban tan encarnizadamente la posesion de su belleza. La soberbia del monarca no conoció límites, y ciego de cólera esclamó:

«Oscuro hijo del Desierto, tú puedes ser sabio é ilustre, pero confiesa que yo soy tu rey, y no seas tan temerario que quieras meter la mano en la boca del leon.

—¡Tú mi señor, replicó el astrólogo; tú mi rey, el soberano de un palmo de tierra queria dar leyes á aquel que posee el libro de Salomon! Adios, Aben-Habuz; reina sobre ese pueblecillo, y recréate en el paraiso de los tontos, que yo voy á reirme á tus espensas en un paraiso mágico.»

Al decir estas palabras, tomó la brida del palafren de la princesa, é hiriendo la tierra con su baston desapareció con ella, no dejando ninguna señal por donde habian marchado.

Aben-Habuz permaneció algunos instantes mudo de sorpresa: en fin, volviendo en

Ayuntamiento de Madrid

sí, hizo trabajar á mil obreros para descubrir el sitio por donde habian desaparecido el mágico y la princesa. Estos trabajaron con anhelo, pero nada pudieron lograr; y en el sitio donde estaba la entrada del retiro del astrólogo, solo se encontró un peñasco duro como el diamante.

Despues de la desaparicion de Ibrahim, cesó el encanto de la veleta: el caballero de bronce permaneció inmóvil; la lanza vuelta hácia la colina, señalando el sitio en donde el astrólogo habia desaparecido, como para demostrar que alli se ocultaba el mayor enemigo del rey.

De vez en cuando se escuchaban sonidos como de una lira, y tambien se percibia el canto de una dama: un labrador refirió un dia á Aben-Habuz que la noche precedente habia visto por la rendija de una roca una magnífica sala en la cual estaba el astrólogo sentado en un magnífico divan y profundamente dormido mientras la princesa pulsaba su lira.

El rey buscó la roca señalada; mas nunca pudo hallarla: todas sus tentativas fueron tan infructuosas como las primeras; ningun poder humano podia dominar el encanto de la mano y de la llave; en la montaña donde los prometidos jardines debian de existir no se veia mas que soledad y aridez, sea que este Elíseo fuese invisible por efecto del encanto, ó bien que no fuese mas que una fábula del astrólogo. El mundo adoptó caritativamente esta version, llamando los unos á este sitio *la locura del rey*, y los otros *el paraiso de los tontos*.

Para colmo de las desdichas de Aben-Habuz, sus vecinos, advertidos de que habia perdido su poder, invadieron el territorio de Granada por todas partes, y el resto de su vida no fue mas que un tejido de guerras y desgracias.

Murió por fin: pasaron largos siglos, y la Alhambra se edificó sobre la montaña del astrólogo, realizando en parte las delicias fabulosas del jardin de Hiram. El arco encantado existe aun entero protegido por la mano y llave misteriosa, formando la *Puerta de la justicia*, principal entrada de la fortaleza. Preténdese que el viejo astrólogo existe aun bajo de este arco durmiendo sobre su divan y arrullado por los dulces sones de la lira de la princesa.

Muchas veces los inválidos que estan de centinela en esta puerta oyen dulces sonidos durante las noches de estío, y cediendo á su poderío soporífero se duermen tranquilamente en su puesto. La influencia narcótica de este sitio es tal, que aun durante el dia las centinelas estan casi siempre dormidas sobre los bancos de piedra del vestíbulo ó bajo los árboles vecinos. Todo esto, dicen las leyendas, debe perpetuarse de edad en edad: la princesa permanecerá cautiva del astrólogo, y el astrólogo sometido al mágico narcótico de la princesa hasta el dia del juicio, á menos que la mano cogiendo la fatal llave no destruya el encanto de la montaña.

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO XVII.

LA TORRE DE LAS INFANTAS.

Paseándome una noche por un estrecho desfiladero que separa el territorio de la fortaleza con el del Generalife, me sorprendió el efecto pintoresco de una torre esterior de la muralla de la Alhambra; su elevacion, mayor que la de los árboles, la permitia recibir la claridad del sol en su ocaso. Una ventana solitaria cerca de su cuna dominaba la quebrada en que me encontraba, y mientras permanecí mirando se aproximó á mí una jóven, cuya cabeza adornaban varias flores. Evidentemente pertenecia á una clase mas elevada que la de los habitantes ordinarios de las antiguas torres, y su aparicion inesperada y graciosa me recordó las bellezas cautivas de los cuentos de hadas.

Estas inspiraciones fantásticas se acrecieron mas y mas cuando supe que era la *Torre de las Infantas* la que tenia bajo de mi vista. Siguiendo la tradicion, esta torre es asi llamada porque servia de residencia á las hijas de los reyes moros. Yo la he visitado despues, y aun cuando no esté en uso el mostrarla á los estrangeros, su arquitectura interior me ha parecido de una elegancia tan notable como la de las demas partes del palacio. El salon del medio con su fuente de mármol, sus elevados arcos, su cúpula enriquecida de esculturas y los arabescos de estuco de una alcobita contigua al salon, son dignos de notarse á pesar que la mano del tiempo los haya deteriorado. Todos estos objetos confirman la idea de que estos muros fueron en otros tiempos el asilo de la belleza.

La viejecita que habita bajo la escalera de la Alhambra cuenta cosas sorprendentes sobre las tres princesas moras que su padre encerró en esta torre, y á las que no se permitia salir sino á caballo y de noche para dar un paseo por las montañas. Segun la buena vieja, véselas aun, cuando la luna está en su plenitud, correr á lo largo de las colinas montadas gallardamente sobre palafrenes, cuyos caparazones resplandecen de diamantes, pero que desaparecen al instante que se las dirige la palabra.

Antes de entrar en los detalles que me propongo dar sobre estas princesas, no tomará á mal el lector que le diga alguna cosa acerca de la linda dama que habita actualmente la torre. Dijéronme que era la nueva esposa de un anciano mayor de inválidos que, á pesar de su edad avanzada, no habia titubeado en unir su suerte á una jóven y fresca andaluza. ¡Pueda la Torre de las Infantas conservar el tesoro que le confia este anciano caballero mejor que no conservó las bellezas que fueron encerradas dentro de sus muros en tiempo de los moros, si es que se puede dar crédito á la historia que voy á referir!

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO XVIII.

HISTORIA DE TRES LINDAS PRINCESAS.

Habia en otro tiempo un rey en Granada llamado Mahomet, á quien sus súbditos apellidaron el *Haigari*, que quiere decir el Izquierdo. Los unos dicen que este sobrenombre lo habia adquirido por ser diestrísimo en ejecutar todas las cosas con la mano izquierda; pero otros pretenden que se le designaba asi porque todo lo hacia al revés, echando á perder los negocios en que se mezclaba. Lo que hay de cierto es que, sea torpeza ó sea desgracia, todo su reinado fue un tejido de desdichas. Arrojáronle tres veces de sus estados, y una de ellas tuvo que huirse al África disfrazado de pescador. Sin embargo, su valor igualaba á su aturdimiento, y supo siempre reconquistar su trono con un valor indomable: asi pues, en lugar de aprovecharse de las lecciones de la adversidad para ser prudente, no hizo mas que obstinarse contra ella confiado en la fuerza de su brazo izquierdo. Los males que atrajo sobre su pueblo y sobre sí mismo por este carácter estan consignados en los anales arábigos de Granada; pero la historia actual no trata mas que de su vida doméstica.

Un dia que Mahomet se paseaba á caballo seguido de su comitiva, alargóse hasta el pie de la montaña de Elvira, donde encontró una partida de caballos que regresaban del pais cristiano, á donde habian hecho una incursion. Conducian una larguísima fila de mulas cargadas de despojos y un gran número de prisioneros de ambos sexos, entre los cuales el rey distinguió una jóven ricamente vestida que derramaba amargas lágrimas y no queria escuchar las consoladoras palabras de una dueña.

Sorprendido el monarca al ver tanta belleza, preguntó al capitan de la tropa quién era aquella jóven, y este le respondió que era la hija del gobernador de un castillo situado en la frontera, el cual habian sorprendido y saqueado.

Mahomet señaló esta cautiva para que formase parte de la que le correspondia en el botin, y la hizo conducir á su harem situado en la Alhambra. Alli todo fue empleado para disipar su tristeza, y el rey, cada vez mas enamorado, quiso en fin partir su trono con ella y la ofreció su mano. La linda española rehusó al pronto sus ofertas en

atencion á que el rey era un infiel, un ene-

Ayuntamiento de Madrid

migo de su patria, y lo que es peor de todo, un viejo. El monarca, viendo que sus cuidados no obtenian suceso favorable, se decidió á poner de su parte la dueña que habia sido hecha prisionera al mismo tiempo. Esta muger era andaluza, pero su nombre de bautismo era desconocido, y solo existe en las leyendas árabes bajo el nombre de Kadiga, nombre que la conviene perfectamente. El rey moro, en cuanto tuvo con esta dueña una conferencia secreta, se persuadió por la fuerza de sus argumentos de que nada adelantaria sino por mediacion de la dueña.

«Señora, le dijo esta á la cautiva, ¿por qué ese llanto, por qué esa tristeza? ¿No vale mas ser dueña de este hermoso palacio que permanecer confinada en la fortaleza de vuestro padre? En cuanto á la falsa creencia de Mahomet, nada tiene que ver para el asunto, puesto que no es con su religion con la que os casais. El que sea un poco viejo es una cosa ventajosa, pues mas pronto quedareis viuda y libre de disponer de vos misma. En fin, estais en su poder, y habreis de ser reina ó esclava. ¿Cuánto mas ventojoso es vender las mercancías á buen precio que no vérselas arrebatar á viva fuerza?»

Los razonamientos de la discreta Kadiga no admitian réplica. La dama española enjugó sus lágrimas, se desposó con Mahomet el Izquierdo, y se conformó en la apariencia con la fe de su esposo. La dueña se convirtió igualmente tomando el nombre ya dicho de Kadiga, y le fue permitido permanecer junto á su señora, la que tuvo en ella siempre la mas alta confianza.

De allí á un año el rey moro fue padre de tres hermosas princesas que nacieron el mismo dia: él hubiera preferido un hijo; pero se consoló pensando que para un hombre de su edad era muy glorioso tener tres hijas gemelas.

Siguiendo el uso oriental, consultó los astrólogos sobre la predestinacion de sus hijas. Estos hicieron sus cálculos, y moviendo la cabeza dijeron al rey:

«Las hijas, gran señor, son una propiedad dificilísima de guardar; empero estas particularmente exigirán toda vuestra vigilancia cuando lleguen á la edad nubil: tenedlas constantemente á vuestro lado y no las confieis á persona alguna.»

Mahomet el Izquierdo pasaba por un hombre sabio entre sus cortesanos, y él mismo se miraba como tal. La prediccion de los astrólogos le hizo poquísima impresion, pues contaba tener gran vigilancia sobre sus hijas para desmentir completamente al destino.

Este triple nacimiento fue el último trofeo conyugal de Mahomet; la reina no tuvo mas hijos, y murió pocos años despues, dejándole encomendadas las tres niñas y la fidelidad de la discreta Kadiga.

Faltaban aun muchos años para que las princesas llegasen al terrible período designado por los astrólogos. Sin embargo, el astuto Mohamet se dijo á sí mismo:

«Cuantas mas precauciones tome, mas seguras estarán, y siempre es bueno hacer las cosas á tiempo.»

Determinó, pues, en consecuencia hacer educar á sus hijas en el castillo de Salobreña, magnífico palacio encajonado en medio de una fortaleza que domina las costas del Mediterráneo. Allí es donde los musulmanes retenian aquellas personas que les hacian alguna sombra, á las que sin embargo hacian gozar dentro de estos muros todos los placeres que el lujo puede proveer.

Las princesas habitaron en este sitio separadas del mundo, empero rodeadas de placeres, y servidas por multitud de esclavas, que satisfacian sus menores deseos. Tenian jardines deliciosos llenos de frutas y de flores rarísimas, y la vista del castillo se estendia por tres partes sobre una magnífica vega y por la cuarta sobre el mar.

En una morada tan bella, bajo un cielo tan puro y un clima tan templado, crecian con rapidez, y su belleza era cada vez mas encantadora, con la particularidad que aun cuando se las educaba de un modo igual, cada una demostraba carácter diverso. Sus nombres eran Zaida, Zoraida y Zulima.

Zaida, la mayor (porque existia entre ellas un órden de primogenitura fundado en tres minutos de diferencia que se habian llevado

Ayuntamiento de Madrid

al nacer unas de otras); Zaida, la mayor, como íbamos diciendo, era viva, petulante y se adelantaba siempre á sus hermanas, del mismo modo que lo habia hecho al nacer: su imaginacion se hallaba siempre ansiosa de objetos nuevos, y deseaba conocer el fondo de todas las cosas.

Zoraida tenia una pasion decidida por la belleza; pasion que la hacia estárse siempre mirando al espejo y amar escesivamente las flores y demas adornos de toda especie.

En cuanto á Zulima, la mas pequeña, era dulce, tímida y muy sencilla; lo que se notaba en la ternura escesiva que demostraba hácia los pájaros y demas avecillas, á quienes cuidaba con estrema minuciosidad. Todos sus placeres eran de una naturaleza tranquila, y su natural carácter la convidaba á esta clase de goces. Muchas veces pasaba horas enteras asomada á un balcon, los ojos fijos en el cielo estrellado de una hermosa noche, ó bien sobre las azuladas olas del mar iluminadas por la luz melancólica de la luna. En estos momentos el canto lejano de un pescador en la bahía, ó los dulces sones de una flauta morisca salidos de una barca que se deslizaba por las ondas, la sumergian en una especie de éstasis. Pero el choque de los elementos cuando se desencadenaban llenaban su alma de terror, y un solo trueno era suficiente para que se desmayase.

Asi pasaron los años de su infancia en la calma y la serenidad, velando sobre ellas siempre la discreta Kadiga con los mas costantes cuidados.

Ya hemos dicho que el castillo de Salobreña dominaba la costa; una de sus murallas esteriores seguia las sinuosidades de la colina hasta el pie de una roca que se internaba bajo las olas bullidoras. Una torrecita edificada sobre este promontorio encerraba un pabellon de recreo, cuyas ventanas, cubiertas de celosías, daban exactamente sobre el mar: aquí era donde las princesas acostumbraban pasar las horas abrasadoras del medio dia.

La curiosa Zaida estaba una tarde sentada en una de las ventanas del pabellon en tanto que sus hermanas dormian la siesta. Una galera que costeaba la ribera atrajo sus miradas, y vió que estaba llena de soldados: despertó á sus hermanas, y todas tres miraron tímidamente á través de las celosías, que impedian fuesen vistas, como el navío echó anclas al pie de la torre, y desembarcaron algunos soldados moros conduciendo varios castellanos prisioneros.

Entre estos se hallaban tres caballeros ricamente vestidos. Eran jóvenes, bien parecidos, y la dignidad de sus movimientos, aun cuando estaban cargados de cadenas y rodeados de enemigos, anunciaban la elevacion de sus almas; las princesas les consideraban respirando apenas con las muestras del mas vivo interés. Encerradas como habian estado desde la infancia en medio de sus mugeres, y no habiendo visto nunca mas hombres que los esclavos negros ó los pescadores groseros de la costa, nada tiene de particular que el aspecto de estos bizarros caballeros, que estaban en toda la fuerza de su juventud, despertase algunas emociones en su seno.

«¿Habeis visto jamás una figura mas noble que la del caballero de la banda encarnada, dijo á sus hermanas la hermosa Zaida, qué aire tan elevado, qué dignidad en su modo de andar? Cualquiera diria que en lugar de estar cautivo es un soberano rodeado de esclavos.

—Pero fijad la vista en el caballero de la banda verde, dijo á su turno Zoraida: ¡qué gracia! ¡qué elegancia! ¡qué vivacidad!»

La dulce Zulima no dijo nada, pero preferia en secreto al tercer caballero.

Siguieron con la vista á los prisioneros mientras las fue posible percibirlos, y despues que hubieron desaparecido se alejaron de la ventana dando profundos suspiros, y se arrojaron pensativas sobre sus otomanas.

La discreta Kadiga las encontró en este estado; y cuando la contaron lo que habian visto, el corazon de la dueña se conmovió á pesar de los hielos de la vejez.

«¡Pobres jóvenes! esclamó: su cautividad hará sin duda verter amargas lágrimas á mas de una linda castellana: ¡ay hijas mias! vosotras no sabeis cuántas cosas de-

Ayuntamiento de Madrid

jan en su pais que echarán de menos muchas veces: los saraos, las serenatas, los torneos ¡la galantería!»

Estas pocas palabras fueron suficientes para escitar la curiosidad de Zaida, que estuvo incansable en sus preguntas, hasta que hubo obtenido de la dueña una noticia exacta de las escenas que habia visto en los dias de su juventud. La bella Zoraida se volvió á mirar al espejo cuando la vieja habló de la belleza de las damas españolas, y la tierna Zulima sofocó un suspiro cuando oyó hablar de las serenatas.

Cada dia Zaida repetia sus preguntas, y la dueña tornaba á referir sus historias, que eran escuchadas de las tres doncellas con la mas viva curiosidad. Empero Kadiga llegó á conocer el daño que podian causar en ellas sus relaciones: hasta entonces habia mirado á las princesas como unas niñas; pero el tiempo habia desenvuelto insensiblemente sus encantos, y al presente eran tres lindas jóvenes casaderas las que tenia á la vista.

«Es urgente, dijo para sí la buena vieja, que el rey sepa el estado á que han llegado sus hijas, y voy sin mas tardanza á enviarle un mensajero.»

Mahomet el Izquierdo reposaba sobre un divan en una de las salas mas frescas de la Alhambra, cuando el mensajero de Salobreña fue introducido en su presencia, y lo cumplimentó de parte de la discreta Kadiga por el aniversario del nacimiento de sus hijas, remitiéndole al mismo tiempo un canastillo adornado de flores, y entre las cuales se veian colocados sobre hojas de parra un melocoton y dos albaricoques en el estado de madurez mas completo. El monarca, versado en el lenguaje oriental de las frutas y las flores, comprendió fácilmente el sentido de este lenguaje emblemático.

«Hénos aqui, dijo para sí el rey, que hemos llegado al término fatal designado por los astrólogos: mis hijas estan encerradas lejos de la vista de los hombres y bajo la custodia de la discreta Kadiga. Todo esto es muy bueno; pero no estan bajo mis ojos, segun los sabios me habian prescrito: preciso será que las traiga á mi lado y que no las confie á nadie mas que á mi misma persona; estas son sus propias palabras y debo obedecerlas.»

Hizo pues preparar una de las torres de la Alhambra para recibirlas, y marchó á la cabeza de un destacamento de sus guardias á fin de conducirlas él mismo al hogar paterno: ya hacia mas de tres años que el rey no las veia, y fue grande su sorpresa cuando vió el cambio que se habia producido en sus personas.

Durante este tiempo habian traspasado la línea que separa la niñez aturdida, ignorante é irreflexiva de la juventud que sabe pensar y avergonzarse. Esta transaccion de una edad á otra ofrece una diferencia tan brusca como la que hiere al viajero cuando avandona las llanuras monotonas de la Mancha para entrar en las voluptuosas campiñas andaluzas.

Zaida era alta, muy airosa, su mirada era viva y penetrante, y entró en el salon donde Mahomet las esperaba con un paso firme y magestuoso, hizo una profunda reverencia, mostrando mas bien el respeto que debia á su soberano que la ternura de una hija por su padre. Zoraida era de mediana talla, sus miradas eran seductoras, y sus movimientos llenos de gracia; presentóse con un adorno cuyo esquisito gusto la hacia parecer mas encantadora. Aproximóse al monarca sonriendo, le besó la mano, y le recitó unas estancias de un autor famoso en aquel tiempo, y que era muy del gusto de su padre. Zulima era mas pequeña que sus hermanas, y su belleza tenia un carácter de delicadeza que imploraba el apoyo y proteccion de la ternura. No parecia hecha para mandar como Zaida, para deslumbrar como Zoraida, pero sí para insinuarse dulcemente en el corazon de un hombre y hacer la felicidad de su vida. Acercóse temblando, y se preparaba á besar la mano de su padre; pero al ver una espresion de bondad paternal en el rostro del anciano, venciendo su paternal timidez se arrojó en sus brazos.

Mahomet el Izquierdo consideraba sus encantadoras hijas con un sentimiento mezclado de orgullo y de inquietud, pues aun cuando admiraba su belleza, las predicciones de

Ayuntamiento de Madrid

los astrólogos le daban mucho que pensar.

«Tres hijas, tres hijas, decia para sí: ¡qué dragon podrá guardar estos frutos, mas seductores que los del jardin de las Espérides!

Tuvo cuidado antes de su vuelta á Granada de enviar varios heraldos, que anunciaron el camino por donde debian pasar, á fin de que cerrasen todos sus puertas y ventanas cuando se aproximasen las princesas: tomadas estas precauciones, partió para Granada escoltado de una compañía de negros á caballo, cubiertos de armaduras brillantes, pero tan horribles, que daba espanto el verlos.

Las princesas marchaban al lado de su padre cuidadosamente envueltas en sus velos y montadas en blancos palafrenes cubiertos de caparazones de terciopelo bordados de oro y que llegaban hasta el suelo, los bocados y estribos eran de plata, y las bridas de seda bordadas de piedras preciosas. Llevaban tambien una prodigiosa multitud de campanillas de oro que formaban una armonía agradable, mientras los palafrenes avanzaban con un paso lento y mesurado. ¡Desgraciado cualquiera que hubiera permanecido en el camino despues de haber sido avisado por las campanillas! las guardias tenian órden de degollarlos sin piedad. Aproximábase la cabalgada á las puertas de la ciudad, cuando tropezó en los bordes del Genil con un convoy de prisioneros conducidos por una tropa de soldados moros, los cuales, no habiendo tenido tiempo de retirarse, se arrojaron la cara contra el suelo, ordenando á sus prisioneros hicieran la misma operacion; entre estos venian los tres caballeros que las princesas habian visto desde su pabellon, los cuales no entendieron ó no quisieron entender la órden que se les habia dado, y permanecieron de pie y los ojos fijos sobre el cortejo que se aproximaba.

Mahomet, ciego de cólera al ver esta trasgresion de sus órdenes, desenvainó su cimitarra, y metiendo espuelas al caballo se disponia á dar un tajo con todo el poder de su brazo, y que hubiera sido fatal á cualquiera de los caballeros; pero las princesas le rodearon pidiéndole gracia, y aun la misma Zoraida, á pesar de su timidez, se tornó elocuente para proteger su causa. Detúvose Mahomet con el brazo levantado, y el capitan de los guardias, arrojándose á sus pies, le dijo:

«Mire V. A. lo que va á hacer; un acto de esta naturaleza causaria un gran escándalo en el reino: estos cautivos son unos nobles caballeros castellanos que han caido prisioneros despues de haberse batido como leones, perteneciendo asimismo todos tres á esclarecidísimas familias, que darán por su rescate considerable cantidad.

—Basta, dijo el rey convencido por esta última razon: les perdonaré la vida; pero castigaré su audacia: que los lleven á Torres bermejas y sean alli dedicados á trabajos forzados.»

Mahomet cometia en este momento una de sus simplezas acostumbradas, pues habiéndose caido el velo de las princesas, quedó su belleza á la vista de todo el mundo, y prolongándose asi la conversacion, dejaba á sus encantos el tiempo de producir todo su efecto.

En los tiempos antiguos se enamoraban las gentes con mas rapidez que en la actualidad, de lo que dan fe todas las novelas: asi pues no es sorprendente que el corazon de los tres caballeros quedase súbitamente esclavo de las princesas, cuando ademas del encanto de su belleza se reunia el de la gratitud; pero lo mas singular es que cada uno se enamoró de diferente hermosura. Por lo que toca á aquellas, se encontraron mas inclinadas que nunca á los prisioneros, y conservaron religiosamente en su memoria lo que habian oido decir de su valor y linaje.

Púsose en marcha la comitiva, y las princesas siguieron al lado de su padre pensativas y silenciosas, mirando de cuando en cuando hácia atrás para ver los prisioneros que eran conducidos á Torres bermejas.

La morada que su padre las habia escogido reunia todo lo que el gusto mas delicado podia inventar: era una torre separada del resto del palacio, al que estaba unida únicamente por la almenada muralla que corona la colina; por la parte interior que daba á la fortaleza, un jardinito lleno de plantas exóticas se estendia al pie de la torre, y por la

Ayuntamiento de Madrid

otra parte se descubria la profunda quebradura que separa el territorio de la Alhambra del de Generalife. El interior de la torre estaba dividido en varias habitaciones adornadas de elegantes arabescos colocados al rededor de una gran sala, cuyo techo abovedado se elevaba á lo mas alto de la torre. Los adornos de esta magnífica sala eran bri-

llantísimos; una fuente de alabastro rodeada de floridos arbustos lanzaba un surtidor de agua cristalina que refrescaba toda la pieza y arrullaba dulcemente con el murmullo que formaba á su descenso. Jaulas de oro y plata que encerraban canoras avecillas cubiertas de variadas plumas pendian de los dorados artesones.

Habíase anunciado al rey que sus hijas pasaban en Salobreña una vida placidísima y que siempre estaban dispuestas á divertirse, por lo cual esperaba verlas contentas en su nueva morada. Pero su sorpresa fue grande al observar que estaban cada dia mas melancólicas, y que ninguno de los preciosos objetos que las rodeaban mitigaba su tristeza. El olor de las flores las causaba dolor de cabeza, el canto de los ruiseñores turbaba sus sueños, y el continuo murmullo de la fuente las impacientaba sobremanera.

El rey, que no era de los mas sufridos, se enfadaba seriamente algunas veces; pero luego reflexionaba que estando sus hijas en aquella edad en que el deseo de las mugeres se fija sobre cien objetos diferentes, trató de satisfacer en lo posible todos sus caprichos. Púsose en consecuencia á buscar las joyas mas preciosas y las mas variadas telas para tener el gusto de adornar con ellas á sus lindas hijas.

Pero todo fue tiempo perdido; las princesas languidecian visiblemente en medio de tantas delicias, del mismo modo que tres botones de rosa á los que el cierzo agosta en su tallo. El rey estaba desesperado, y como á causa de su escesivo amor propio no tomaba jamás consejos de nadie, se veia en la mayor perplejidad. «Los caprichos de tres mugeres son capaces, se decia á sí mismo, de volver loco al hombre mas sensato del mundo, por lo que voy por la primera vez de mi vida á demandar consejo á otro sobre el particular.»

La persona á quien se dirigió en tal apuro fue la esperimentada dueña, la discreta Kadiga.

«Kadiga, la dijo, te tengo por la mas discreta de todas las mugeres, y gracias á esta cualidad tan apreciable, te he confiado la educacion de mis tres hijas, porque los padres deben ser muy difíciles en la eleccion de las personas á quien dispensan semejante confianza. En esta inteligencia, quisiera valerme de tí para averiguar el mal secreto que mina la existencia de mis hijas; supuesto que conocido que sea, tal vez se halle algun medio para volverlas su alegría y buen aspecto.»

Kadiga prometió obedecer al rey, mucho mas cuando sabia mas á fondo el mal que aquejaba á las jóvenes princesas que ellas mismas: sin embargo, se apresuró á hablarlas, y trató de que la declarasen sus secretos.

«Hijas mias, las dijo, ¿cuál es la causa de ese aire abatido que observo en vosotras, esa sombría tristeza que os abruma en medio de los placeres de que estais rodeadas?»

Las princesas alzaron sus ojos al cielo, y se pusieron á exhalar melancólicos suspiros.

«¿Qué es lo que deseais? ¿Quereis que os compre el maravilloso papagayo que habla todos los idiomas y hace las delicias de Granada?

—De ningun modo, contestó Zaida; un pajarraco parlero que no hace mas que repetir palabras sin conexion, paciencia es menester para sufrir tal charlatanismo.

—¿Quereis sino que encargue un mono á

Ayuntamiento de Madrid

Gibraltar para que os entretenga con sus gestos y con sus graciosos saltos?

—Una mona, ¡qué horror! gritó Zoraida; hasta el nombre de tan ridículo animal me causa hastío.

—Vaya pues, sino haré venir el famoso cantor negro Casem, que acaba de llegar de Marruecos. Dicen que su voz es tan bella y sonora como la de una muger.

—Me asustan los negros, contestó Zulima, y por otra parte he perdido toda mi aficion á la música.

—¡Ay, hija mia! no diriais tal cosa si hubieras oido, replicó la vieja con socarronería, el canto de los tres caballeros que hallamos cuando venimos de Salobreña; pero Dios me perdone, queridas hijas: hé aquí que os habeis turbado. ¿Cuál puede ser la causa de vuestra agitacion?

—Nada, nada, buena Kadiga, continuad.

—Pues como os iba diciendo, al pasar ayer por junto á Torres bermejas ví á los tres caballeros que descansaban del trabajo; el uno de ellos tocaba una vihuela, y los otros dos cantaban á duo, pero de una manera tan agradable, que los centinelas estaban escuchándolos inmóviles como estatuas: Dios me perdone; pero al escuchar las canciones de mi pais natal me conmoví toda. ¿Mas quién no se compadeceria al ver unos jóvenes tan nobles y gallardos sufriendo las cadenas de la esclavitud?»

Aqui la buena vieja no pudo contener sus lágrimas.

«¿No podriais, buena Kadiga, proporcionarnos ver á esos caballeros? dijo Zaida.

—Me parece, continuó Zoraida, que un poco de música nos daria mucho placer.»

La tímida Zulima nada dijo; pero estrechó entre sus brazos á su aya.

«Dios nos libre, contestó esta sorprendida: ¿qué es lo que decís, hijas mias? ¡Si lo supiera vuestro padre nos haria empalar á todas cuatro! Muy cierto es que estos caballeros estan muy bien educados, y parecen de un carácter noble y pundonoroso; mas esto ¿qué importa? Al fin y al cabo son enemigos de vuestra patria y de vuestra religion, por todo lo cual debeis mirarlos con aversion.»

Los deseos de una muger jóven son dificilísimos de contrariar, y no hay obstáculo en todo el mundo que los pueda hacer variar de objeto. Las princesas rodearon á la dueña, la adularon y la suplicaron diciéndola que si las rehusaba semejante peticion las veria morir de dolor.

¿Qué podia hacer la pobre Kadiga en tal compromiso? Ciertamente era la anciana mas prudente y avisada que existia en el mundo.

Pero ¿habia de dejar morir á tres princesas niñas por solo una cancion? Por otra parte, á pesar de la larga estancia entre los moros, y su cambio de religion, siempre era española y cristiana en el fondo de su corazon. En consecuencia de esto se puso á pensar de qué modo podria satisfacer los deseos de las princesas.

Los cautivos encerrados en Torres bermejas estaban confiados á la custodia de un renegado apellidado Hussein Baba, de quien habia fama era bastante sensible al poder del oro. La dueña fue en su busca, le llamó aparte, y deslizándole una moneda de oro en la mano, le dijo:

«Hussein Baba, las tres princesas mis señoras que habitan esa torre necesitan distraccion. Han oido hablar del talento y habilidad de los tres caballeros castellanos, y desean tener la prueba. Estoy persuadida que teneis demasiado buen corazon para rehusarlas un placer tan inocente.

—Y mi cabeza seria puesta en un palo mañana sobre la puerta de la torre, pues tal seria mi recompensa si el rey llegase á descubrirlo.

—No tengais cuidado alguno; todo se hará con el mayor sigilo, y podeis estar seguro de que sereis recompensado con profusion.»

Acabado este razonamiento, apretó Kadiga la mano del renegado dejando en ella otra pieza de oro.

Este no pudo resistir á tanta elocuencia, y desde el otro dia por la mañana hizo trabajar á los prisioneros en el barranco sobre el cual daban las ventanas de las princesas. Al medio dia, en tanto que los demas cautivos dormian bajo los árboles, y que sus guardas parecian tambien sumidos en

Ayuntamiento de Madrid

el sueño, se sentaron sobre la yerba y cantaron un romance en español acompañándose con la vihuela.

El barranco era profundo y la torre muy elevada: sin embargo la voz se oia distintamente con la calma y el silencio del medio dia. Las princesas escuchaban desde el balcon. La dueña las habia enseñado la lengua española, y las tiernas palabras de la cancion hicieron palpitar sus corazones.

La discreta Kadiga, por el contrario, quedó estremamente escandalizada.

«¡Que Alá nos favorezca! esclamó: los atrevidos cantan una cancion amorosa dirigida á vosotras: voy á participárselo á su guarda á fin de que los castigue.

—¿Castigar unos caballeros tan gallardos por haber cantado tan deliciosamente?»

Las tres lindas princesas se horrorizaban solo de pensarlo. Por lo que á pesar de su virtuosa indignacion, la buena Kadiga, de suyo muy piadosa, se apaciguó fácilmente, tanto mas, cuanto veia que la música habia producido un efecto maravilloso, el hermoso sonrosado de sus mejillas habia vuelto á aparecer, y sus negros ojos lanzaban rayos de alegría, por lo cual no volvió á hablar nada del canto de los cautivos.

Apenas hubieron concluido, cuando Zoraida tomando un laud cantó con una voz dulce y temblorosa una estrofa, cuyo sentido es el siguiente:

«La rosa oculta entre sus hojas
estrecha complacida el canto del ruiseñor.»

Desde este dia los caballeros trabajaban siempre en el mismo sitio, y el prudente Hussein estaba cada vez mas indulgente y con mayores deseos de dormir. Durante algun tiempo los caballeros sostuvieron una vaga correspondencia con las jóvenes princesas por medio de romances y canciones populares, que contestándose en cierto modo unas á otras se comunicaban sus sentimientos, sirviéndose asimismo del lenguaje de las flores que les era familiar. Algunas veces tambien se aventuraban las jóvenes á asomarse al balcon cuando estaban seguras de no ser vistas por los guardias. Las dificultades de comunicarse aumentaban el atractivo y acrecian el amor, que cuanto mas leve es su punto de apoyo, tanto mas se obstina en aproximarse.

Entre tanto el maravilloso cambio que se notaba en el semblante de sus hijas sorprendia agradablemente al rey; mas nadie estaba mas satisfecha de este resultado que Kadiga, pues lo miraba como debido enteramente á su prudencia.

Al fin esta correspondencia telegráfica se suspendió repentinamente. Pasáronse muchos dias sin que los caballeros viniesen á trabajar al sitio acostumbrado. En vano las pobres reclusas estendian ansiosas la vista desde lo alto de la torre, y en vano cantaban dulcemente como los tiernos ruiseñores: los cristianos no parecian por ningun lado, y ni una sola voz las contestaba desde el centro de los bosques. La discreta Kadiga salió para tomar algunas informaciones y volvió á poco tiempo llena de turbacion.

«¡Ay hijas mias! esclamó, bien decia yo que todo esto no nos conduciria á nada bueno; pero os empeñasteis en vuestra idea, y al presente podeis colgar vuestros laudes de las ramas de un sauce. El dinero del rescate para los caballeros ha llegado y se preparan á marchar á su pais.»

Esta noticia llenó de desconsuelo el corazon de las lindas moras. La orgullosa Zaida temblaba de indignacion solo en pensar que la habia abandonado sin siquiera decirla adios. Zoraida se torcia los brazos de dolor y lloraba amargamente, y la tierna Zulima apo-

Ayuntamiento de Madrid

yada en su brazo sobre el antepecho del balcon regaba con sus lágrimas el sitio donde tantas veces habia visto sentados á los gallardos cristianos.

La compasiva Kadiga empleaba todos sus esfuerzos para consolarlas.

«Tened paciencia, hijas mias, estas desdichas os parecerán nada cuando os acostumbreis á ellas; asi es el mundo. Cuando tengais mi edad vereis como no se debe tener confianza alguna en los hombres. Apostaria mi cabeza á que estos caballeros tendrán sin duda alguna sus amores en Sevilla, y estarán deseando marchar para verlos y poder continuar en sus galanterías, sin volverse á acordar de las hermosas de la Alhambra. Con que asi, valor, hijas mias, y desterrad de vuestro corazon esos ingratos.»

Los consoladores discursos de Kadiga no sirvieron mas que para aumentar el dolor de las tristes doncellas, que permanecieron inconsolables por espacio de dos dias. El tercero por la mañana entró Kadiga en la habitacion de las princesas ardiendo de indignacion.

«¿Quién hubiera podido imaginar, esclamó, que existiese un mortal tan audaz que se hubiese atrevido á querer hacerme cómplice en una traicion? ¿Podreis creer, hijas mias, que los caballeros españoles han intentado que yo les falicitase el medio de poder sacaros de la torre y huir con ellos á Córdoba, donde se casarian con vosotras?»

Al proferir estas palabras la pobre muger se cubrió la cara con las manos, y dió libre curso á su dolor é indignacion. Las princesas palidecieron, y se miraban unas á otras guardando el mas profundo silencio.

En tanto Kadiga se agitaba sobre su asiento dando muestras del mas vivo dolor y esclamando:

«¿Para qué habré vivido tanto tiempo si me habia de ver así insultada siendo la mas fiel de las criadas?»

Al fin la mayor de las hermanas, aquella que tenia mas resolucion, se acercó á la dueña, y poniéndola una mano en el hombro la dijo:

«Supongamos, mi buena madre, que nosotras consintiésemos en seguir á esos caballeros: ¿seria esto cosa posible de ejecutar?»

La pobre vieja se calmó súbitamente, y alzando la cabeza contestó:

«No solo posible, sino posibilísimo. Los cristianos han logrado ya ganar al renegado capitan de la guardia, y han arreglado con él todo el plan. Pero ¡Dios mio! ¡engañar á vuestro padre! ¿vuestro padre, que ha depositado en mí toda su confianza? y al decir esto volvió á torcerse las manos en señal de desesperacion.

—Pero nuestro padre, dijo Zaida, no ha tenido confianza en nosotras, no se ha fiado mas que en las rejas y candados, teniéndonos continuamente cautivas.

—Eso es muy cierto, contestó Kadiga enjugando sus lágrimas. Os ha tratado con la mayor injusticia, obligándoos á pasar vuestra juventud abandonadas en esta antigua torre. ¡Pero huir de vuestra patria!

—Sí, nos iremos á la de nuestra madre, donde viviremos en libertad, teniendo cada una un marido jóven y gallardo, en vez de que aqui solo tenemos un padre viejo y fastidioso.

—Todo eso es ciertísimo, y no puedo menos de confesar que vuestro padre es algo tiránico. Pero ¡ay de mí! prosiguió volviendo á comenzar su llanto: ¿tendriais valor de dejarme aqui abandonada, yo que he cuidado de vuestra niñez, y sobre quien descargaria la cólera de vuestro padre?

—De ningun modo, mi buena Kadiga; ¿pero no podriais veniros con nosotras?

—Seguramente, hijas mias, y si os he de decir la verdad, al hablar de este asunto con Hussein, me ha prometido tener cuidado de mi persona si os queria acompañar en la huida. Pero pensadlo bien, hijas mias, reflexionadlo con madurez. ¿Os hallais determinadas á dejar la fe de vuestros padres?

—La religion cristiana era la de nuestra madre, replicó Zaida; yo estoy pronta á abrazarla, y me parece que mis hermanas se hallan con las mismas intenciones.

—¡Alabado sea Dios! esclamó Kadiga. Sí, esa era la religion en que vuestra madre fue educada, y en sus últimos momentos se ar-

Ayuntamiento de Madrid

repintió sinceramente de haberla abandonado. Yo la prometí cuidar de vuestras almas, y me alegro sobremanera de veros en el camino de la verdad. Tambien he nacido cristiana, y deseo volver á la fe de mis mayores. Hussein tambien lo es, y desea igualmente abjurar sus errores y reconciliarse con la iglesia. Los caballeros españoles se lo han prometido, y si queremos unirnos, nos establecerán de modo que pasemos nuestros dias con sosiego.»

En una palabra, la mas diestra y prudente de las mugeres se habia concertado con los caballeros para facilitar la fuga de las doncellas confiadas á su cuidado. La mayor consintió con gusto en seguir este plan, y su ejemplo, como de costumbre, fue seguido por sus otras dos hermanas. Verdad es que la mas pequeña titubeaba, y su alma dulce y tímida se arredraba delante del peligro, luchando en su corazon el amor con la piedad filial. Sin embargo cedió por fin, y con el pecho oprimido y los ojos llenos de lágrimas, se dispuso en silencio para huir con su amante.

La escarpada colina sobre que está situada la Alhambra se halla llena de pasadizos subterráneos que conducen desde la fortaleza á diversas partes de la ciudad, y algunas de ellas van á desembocar sobre las orillas del Genil.

Los reyes moros habian hecho construir estos subterráneos como medios útiles para poder huir en caso de una insurreccion repentina ó bien para salir ocultamente para algunas secretas empresas. Muchas estan enteramente cegadas; empero algunas de ellas existen aun á pesar de los poderosos esfuerzos del tiempo. Por uno de estos pasadizos debia el renegado conducir á las princesas fuera de las murallas, á donde las esperaban los castellanos con caballos para ganar la frontera.

La noche señalada para la fuga llegó por fin. La torre estaba cerrada como de costum-

Ayuntamiento de Madrid

bre, y todo dormia en el Alhambra. A la media noche la discreta Kadiga aproximó el oido á una ventana que daba al jardin. Hussein estaba ya debajo, é hizo la señal convenida: entonces la dueña ató al balcon una escala de cuerda por la cual descendió: Zaida y Zoraida la siguieron; pero cuando llegó el turno de Zulima, esta principió á vacilar. Muchas veces puso el pie sobre la escala, y otras tantas le retiró: cuanto mas se detenia, tanto mas redoblaba su miedo, dirigia sus tristes miradas á la estancia donde habia vivido tantos años como una avecilla en su jaula, pero siempre en seguridad. ¡Cuán grandes peligros tenia que arrostrar si se lanzaba al inmenso océano del mundo: acordábase de su amado y valiente español, y casi se determinaba á bajar; pero volvia á pensar en su padre, y se detenia en el instante. Imposible es describir la multitud de pensamientos distintos que agitaban el seno de esta fiel niña, tan tímida y tan ignorante en las cosas de esta vida.

En vano sus hermanas la suplicaban, la llamaba la dueña y blasfemaba el renegado de su tardanza al pie del balcon: tentada por la dulzura del pecado se iba á arrojar; pero se detenia al momento aterrorizada por la idea del peligro.

Cada momento que se desperdiciaba acrecentaba lo precario de su situacion. Un ruido de caballos se oyó á lo lejos.

«Las patrullas hacen su ronda, gritó Hussein, y si nos detenemos un solo momento mas somos perdidos; bajad, pues, princesa, ú os abandonamos á vuestra suerte.»

Zulima estuvo un instante perpleja; pero tomando en fin una resolucion desesperada, desató la escala y la arrojó al jardin.

«Todo se ha concluido, esclamó; al presente la huida me es imposible. Alá os guie y os bendiga, amadas hermanas.»

Zaida y Zoraida tenian el corazon desgarrado; no podian resolverse á dejar á su hermana en aquella situacion; los caballos se aproximaban, y el renegado, ciego de cólera, las obligó á entrar en el pasadizo subterráneo Atravesaron casi arrastrando un laberinto creado en el centro de la montaña, y llegaron sin peligro á una puerta que daba fuera de los muros de la ciudad. Los caballeros españoles les esperaban disfrazados de soldados de la guardia, comandados por el renegado.

El amante de Zulima cayó en la mas horrible desesperacion cuando supo que aquella no habia querido salir de la torre; empero este no era tiempo á propósito para malgastarle en vanos lamentos, y habiendo colocado las princesas á la grupa de sus caballos y la discreta Kadiga en el del renegado, tomaron á galope tendido el camino de Córdoba.

No habian andado cien pasos, cuando oyeron las trompetas y añafiles que sonaban en la Alambra.

«Ya han descubierto nuestra fuga, gritó Hussein.

—Mas tenemos buenos caballos, la noche es oscura, y podemos escapar á sus pesquisas,» replicaron los caballeros.

Metieron efectivamente las espuelas y atravesaron la vega con la rapidez del rayo, llegando asi al pie de la montaña de Elvira, que se eleva como un promontorio en el centro de la llanura. El renegado se detuvo un momento á escuchar.

«Nadie nos sigue, dijo, y podemos pasar sin obstáculo los puertos de la montaña; pero en tanto que hablaba, una amarillenta luz apareció en la torre de la Alambra que servia para las señales.

—Todo es perdido, continuó este: esta señal va á esparcir la alarma por todas partes, y el único recurso que nos queda es la ligereza de nuestros corceles; marchemos, pues, y no esperemos se nos persiga por todas partes.»

Lanzáronse al través de los desfiladeros, y el ruido de sus caballos era repetido de roca en roca por los ecos de la montaña de Elvira; veian aparecer luces sucesivamente en todas las atalayas, comunicando de este modo la señal de su fuga.

«Adelante, adelante, gritaba el renegado blasfemando: al puente, ganemos el puente antes que la señal llegue á él.»

Doblaron de este modo el promontorio, y llegaron por fin á la vista del famoso puente

Ayuntamiento de Madrid

de los Abetos, que atraviesa un torrente que muchas veces ha sido teñido con la sangre de moros y cristianos.

Con gran confusion encontraron la torre del puente cubierta de luces que reflejaban sobre los cascos de los guerreros que le custodiaban. El renegado se alzó sobre los estribos, miró al rededor, é hizo señal á los caballeros que le siguiesen; alejóse del camino real, y bordeando un poco el torrente se entró en él con aire determinado: los castellanos advirtieron á las princesas que se agarrasen fuertemente, é imitaron á Hussein. Fueron arrebatados algun tiempo por la fuerza de la corriente, y al fin pudieron llegar á la orilla opuesta: entonces, enredándose en sendas poco frecuentadas, tuvieron la felicidad de llegar sanos y salvos á la antigua ciudad de Córdoba. Celebróse su llegada por grandes funciones, puesto que pertenecian á las principales familias del pais. Las bellas princesas fueron bautizadas, y se casaron en

seguida, gozando de una felicidad inalterable.

Con la prisa que hemos tenido para contar el fin de su fuga, nos hemos olvidado de decir lo que sucedió á la discreta Kadîga. Marchaba agarrada como un gato al cuerpo de Hussein y en las ancas de su caballo, mientras atravesaban la vega, gritando y gimiendo á cada paso con el temor de caerse. Pero cuando fueron á entrar en el

Ayuntamiento de Madrid

torrente, el terror de la dueña no conoció límites.

«No me apreteis tan fuertemente, la gritó Hussein: agarraos bien al cinturon, y nada temais.»

Agarróse efectivamente con las dos manos al cinturon que ceñia el macizo cuerpo del renegado; pero cuando este se detuvo en lo alto de la montaña para tomar aliento, hallaron todos que faltaba la dueña.

«¿Qué se ha hecho de Kadiga? preguntaron las princesas alarmadas.

—Dios lo sabe, contestó Hussein: desatóseme el cinturon cuando estábamos en medio del torrente, y como venia afianzada á él, la han arrastrado las aguas. Hágase la voluntad del Señor; pero siento haber perdido el cinturon, pues estaba todo bordado y era de gran valor.»

Habia poco tiempo que perder en vanas lágrimas; pero sin embargo las princesas lloraron amargamente la pérdida de su discreta consejera. Esta, á pesar de todo, no se ahogó como creyeron, puesto que un pescador cuyas redes estaban tendidas cerca de allí la sacó sana y salva maravillado de pesca tan sorprendente. ¿Cuál fue la suerte de Kadiga? Nada dice la historia; pero sí se asegura que con su discrecion ordinaria evitó el caer en lo sucesivo bajo el poder de Mahomet el Izquierdo.

Nada se sabe apenas de lo que hizo este prudente monarca cuando supo la huida de sus hijas y la traicion de la mas fiel de las dueñas. Era la primera vez que se habia fiado de los consejos de otro, y jamás volvió á incurrir en semejante falta: sin embargo, guardó cuidadosamente á su hija mas pequeña á pesar de la poca disposicion que habia mostrado para escaparse. Créese generalmente que la pobre princesa se arrepintió muchas veces de su timidez. Veíasela á menudo asomada á las almenas mirando tristemente el camino de Córdoba, y cantando al son de su laud dulcísimos romances en que deploraba la pérdida de su amante y quejándose de su vida solitaria. Murió jóven, y fue enterrada en un mausoleo bajo la misma torre, sirviendo su fin prematuro de fundamento á mas de una leyenda maravillosa.

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO XIX.

UNA VISITA A LA ALHAMBRA.

Tres meses van trascurridos desde que fijé mi residencia en la Alhambra, y en todo este tiempo la marcha de las estaciones ha producido sus efectos acostumbrados. A mi llegada en el mes de mayo los árboles tenian las hojas de color verde claro y trasparente: el granado no ofrecia aun á la vista sus corolas brillantes; los jardines del Genil y del Darro estaban llenos de flores; las montañas, cubiertas de plantas silvestres y arbustos floridos, formaban una corona de rosas á Granada, sobre las cuales infinidad de ruiseñores hacian oir sus gritos, no solo por la noche, sino por el dia.

El estío ha marchitado las rosas y hecho enmudecer los ruiseñores; á lo lejos se ve la llanura abrasada por el sol, aun cuando la ciudad esté rodeada por una campiña de un eterno verdor.

La Alhambra tiene habitaciones para todas las estaciones. La mas notable es el cuarto casi subterráneo de los baños, que conserva aun su estilo oriental, aun cuando esté ya marcado con el sello melancólico y triste de la decadencia. Se entra en esta habitacion por un pequeño patio antiguamente lleno de flores, y se encuentra una sala mediana, pero de arquitectura ligera y graciosa. Una pequeña galería, sostenida por columnas de marmol y arcos árabes, rodea la sala, en cuyo centro hay una fuente de alabastro con un surtidor. En los costados hay profundas alcobas con estrados, sobre los cuales los que se bañaban se recostaban muellemente en ricos almohadones, y asi gozaban del sueño voluptuoso que producia el perfume de las flores y la dulce música que se ejecutaba sobre las galerías. De esta sala se pasa á las habitaciones interiores mas frescas y mas solitarias, y en donde la luz penetra con dificultad por las estrechas ventanas practicadas en el artesonado. Aquel es el *Sancta Sanctorum* donde las bellas del

harem gozaban las delicias del baño. Una luz misteriosa alumbra aquellos sitios: los baños aun existen, pero algun tanto deteriorados, y todavía se ven algunos restos de su antigua elegancia. El silencio y la oscuridad de estos sitios han sido causa de que sean el retiro favorito de los murciélagos y buhos, que durante el dia se esconden en

Ayuntamiento de Madrid

los rincones mas oscuros: asi es que cuando los curiosos vienen á turbar su soledad, vuelan como sombras fantásticas al través de estas salas medio alumbradas, cuyo abandono y desolacion aumentan en un grado estraordinario con su presencia.

En este elegante gabinete, donde se goza frescura y tranquilidad como en una gruta, pasaba las horas de mas calor, y no salia hasta la tarde para ir á bañarme, ó mas bien nadar en el gran estanque del patio principal, asi como me libraba del enervamiento que produce este clima abrasador.

Mis sueños de soberanía absoluta se han desvanecido. Un dia oí la esplosion de varias armas de fuego, repetida por los ecos de la fortaleza. Parecia como que la asaltaban. Salí de mi cuarto, y encontré á un anciano caballero con un gran número de criados que se habian alojado en la Sala de Embajadores. Era un conde que habia venido de su palacio de Granada á pasar algunos dias en la Alhambra para respirar un aire mas puro. Como era ó habia sido un cazador determinado, procuraba hacer apetito tirando desde los balcones á las golondrinas, y esta diversion era bien inocente en el fondo, porque á pesar de la prontitud con que sus criados le cargaban las escopetas y le facilitaban los medios de sostener un fuego bien nutrido, no puedo acusarle de la muerte de ninguno de estos pájaros. Parecia que estos por el contrario se divertian con este juego, y se burlaban de su poca destreza, pasando por los balcones, y elevando sus gritos cuando pasaban por delante de él.

La llegada del conde cambió en algun modo la situacion, pero me ofreció nuevos motivos para agradables meditaciones. Dividimos tácitamente el imperio entre los dos, del mismo modo que los últimos reyes de Granada; pero nuestra alianza fue mas constante y amistosa. Reinaba despóticamente sobre el Patio de los Leones y sus habitaciones adyacentes, y yo me reservé la pacífica posesion de los baños y el pequeño jardin de Lindaraja. Juntos comiamos bajo los pórticos del patio, cuyas fuentes refrescan el aire, donde los arroyos en suave murmullo corren por los canales practicados en los pavimentos de marmol.

Por la noche al rededor del caballero se formaba una tertulia compuesta de su familia. La condesa venia de la ciudad con una hija de diez y seis años, el gozo y el amor de sus padres. Algunos empleados suyos, su capellan, su procurador, su secretario, su administrador y varios dependientes de sus inmensas posesiones, todos le formaban una especie de corte dómestica, donde todos trataban de contribuir á su distraccion, pero sin sacrificar su propio placer y dignidad. Efectivamente, dígase lo que quiera del orgullo español, no se manifiesta en la vida social ó interior en ningun pueblo con las relaciones de parentesco mas tiernas, mas cordiales, y las del superior con su dependiente mas francas, mas honrosas. Bajo este punto de vista se encuentra aun en España, sobre todo en las provincias, mucha parte de la sencillez, tan apreciada de los tiempos antiguos.

El personaje mas interesante de este círculo de familia era la hija del conde, la hermosa Carmencita. Apenas salida de la infancia, su talle no se habia desarrollado; pero ya manifestaba la finura de su contorno, la muelle gracia particular á las mugeres de aquel reino. Sus ojos azules, su tez blanca y sonrosada, sus cabellos rubios como el oro, atractivos poco comunes en Andalucía, daban á su fisonomía una dulzura que contrastaba con la vivacidad brillante de la belleza española, pero que se aunaba perfectamente con el candor y la inocencia de aquella amable niña. No obstante poseia el talento despejado, la imaginacion veloz de sus hechiceras compatriotas; cantaba, bailaba, tocaba la guitarra y otros varios instrumentos con una gracia encantadora.

A los pocos dias de su instalacion en la Alhambra, el conde celebró su cumpleaños. En esta ocasion se reunieron todos los miembros de su familia y de su casa, juntamente con los empleados y algunos criados antiguos que habian venido de sus lejanas posesiones para ofrecerle sus votos y participar de la comida que daba con este motivo.

Ayuntamiento de Madrid

Las costumbres patriarcales que caracterizaban á los nobles españoles en tiempo de su opulencia; han decaido con esta, pero los grandes, y uno de ellos el conde, habiendo conservado sus antiguas posesiones hereditarias, conservan tambien una parte de los usos antiguos: asi es que sus tierras estan casi todas arruinadas por generaciones de servidores inútiles. Con este sistema de antigua magnificencia española, en el cual el orgullo y la bondad tenian partes iguales, un criado viejo no era despedido nunca; pero se convertia en una carga de la posesion por el resto de sus dias; y no solamente él, pero sus hijos y nietos, y muchas veces los parientes de ambos lados, se ingertaban gradualmente en la familia. A esta costumbre se debe los grandes palacios de la nobleza española, que tienen una apariencia singular de vana ostentacion cuando se les compara á la miseria de su mueblaje. En los dias felices de la España eran absolutamente necesarios para contener á todos aquellos que la hospitalidad y las costumbres patriarcales de sus poseedores reunia en torno suyo. El digno y apreciable conde, que tiene posesiones en casi todas las provincias del reino, me declaró en diferentes ocasiones á este intento que algunas de ellas con mucha dificultad bastaban para sostener las hordas de dependientes que sobre ellas gravitaban, y creian tener derecho á ser mantenidos gratuitamente porque sus abuelos lo habian sido de padres á hijos.

La fiesta doméstica del conde interrumpió la uniformidad habitual de la vida de la Alhambra. La alegría reinaba en aquellas salas donde pocos dias antes se sentia un silencio sepulcral, que en aquel momento habia desaparecido á los acentos melodiosos de la música. Todos se entregaban á cuantas diversiones podian crearse en las galerías y jardi-

nes. Los criados iban y venian, trayendo de la ciudad manjares y provisiones á la antigua cocina, en cuyo hogar ardia un fuego soberbio como en los dias de su antigua gloria, y que estaba lleno de cocineros y marmitones.

El festin, porque una comida española es literalmente un festin, fue servido en la hermosa sala llamada la *Sala de las dos Hermanas*. La mesa se cubrió de manjares, y la mas franca alegría reinó entre los convidados; porque aun cuando el español sea ordi-

Ayuntamiento de Madrid

nariamente sóbrio, hace con todo honor á un banquete. Por lo que toca á mí, encontré un no sé qué de maravilloso en sentarme á la mesa en una de las salas reales de la Alhambra en un convite dado por el representante de uno de sus mas célebres conquistadores, porque el venerable conde, aunque poco guerrero por carácter, desciende en línea recta del Gran Capitan Gonzalo de Córdoba, y conserva preciosamente la espada de este ilustre guerrero en los archivos de su palacio en Granada.

Terminado el banquete, la compañía pasó á la Sala de Embajadores. Alli cada uno contribuyó segun sus medios á la diversion general: se cantó, se improvisó, se contaron cuentos, y se bailó al son de la guitarra, talisman irresistible para provocar la alegría española.

Pero la vida, el alma de esta reunion fue la hermosa y graciosa Cármen; representó varias escenas de comedias españolas con un talento dramático admirable, imitó á los cantantes italianos mas en moda del modo mas original y mas cómico, y con una voz escelente, remedó el lenguaje, las danzas y las baladas de los gitanos y aldeanos de las cercanías, y todo con una verdad y al mismo tiempo una gracia que encantaban. Pero el mejor atractivo de estas escenas es que se ejecutaban sin pretensiones, sin deseo de brillar. Esta niña parecia que ignoraba sus talentos, y no los manifestaba sino cuando la ocasion se presentaba, como un niño que quiere divertir á sus padres. Sin embargo, debe tener un espíritu de observacion muy fino y justo, pues que educada en el seno de su familia, no ha tenido muchas ocasiones de estudiar los diversos rasgos de los caractéres que copiaba con tanta perfeccion y sin estar preparada para ello, pues solo la alegría del momento la inspiraba. Es digno de notar con qué ternura y admiracion la miraban todas las personas de su casa. Los mismos criados no la llaman mas que la *niña*, nombre distintivo que tiene algo de singularmente tierno en el idioma español, sobre todo aplicado de este modo y en circunstancias análogas.

Nunca me acordaré de mi permanencia en la Alhambra sin pensar en la hermosa Carmencita jugando con la alegría inocente de su edad, en medio de aquellos pórticos, ó bien bailando al son de las morunas castañuelas, y mezclando los acentos argentinos de su voz con la música de las fuentes.

Con motivo de la fiesta del conde, se refirieron varios cuentos y leyendas divertidas y curiosas: la mayor parte se me han olvidado; pero entre las que me agradaron mas procuraré escoger algunas, cuya relacion podrá divertir al lector.

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO XX.

HISTORIA DEL PRINCIPE AHMED AL KAMED.

Habia antiguamente un rey de Granada que tenia un hijo único, nombrado Ahmed, á quien sus cortesanos dieron el sobrenombre de Al Kamed, es decir, *el Perfecto*, á causa de las señales indudables de superioridad que se percibieron en él desde su niñez. Las predicciones de los astrólogos estaban acordes en algun modo con sus opiniones lisonjeras, porque habian leido en los astros que el príncipe seria el mas feliz de los soberanos. Solo una nubecilla amenazaba su destino, y todavía era de color de rosa. La naturaleza le habia dotado de una inclinacion irresistible al amor, y esta pasion debia esponerle á grandes peligros. Con todo, si podia librarse de sus ataques hasta la edad de la madurez, estos peligros se desvanecerian, y su vida solo ofreceria una prosperidad no interrumpida.

Lleno de confianza con los consejos de los astrólogos, el rey tomó la prudente resolucion de educar al príncipe en un retiro absoluto, donde no podia ver un solo rostro femenino, donde la misma palabra *amor* no resonaria en sus oidos. En vista de esto, mandó construir sobre la colina que domina la Alhambra un palacio en medio de deliciosos jardines cercado de altas murallas.

Este mismo palacio es el que en el dia se conoce con el nombre de Generalife. El jóven Ahmed Al Kamed fue encerrado en aquel retiro bajo la tutela de Eben Bonabben, filósofo árabe, sabio profundo, pero feo y severo, que habia pasado la mayor parte de su vida en Egipto ocupado en el estudio de los geroglíficos y en pesquisas en los sepulcros de las pirámides. A los ojos de este sabio, tenia mas mérito una momia egipcia que la mas encantadora beldad viva. Se encargó á este digno ayo instruyese al príncipe en todas las ciencias, debiendo ignorar absolutamente lo que era amor.

«Emplead, le dijo el rey, cuantas precauciones juzgueis necesarias para lograrlo. Pero tened presente, Eben Bonabben, que si sabe la menor cosa sobre este objeto prohibido, pagareis con vuestra cabeza el olvido de mis órdenes.»

Una sonrisa forzada contrajo el rostro enjuto del sabio Bonabben á esta amenaza.

«V. M. puede estar tan tranquilo sobre su hijo, como yo lo estoy sobre mi cabeza: ¿creeis que un hombre como yo iria á dar lecciones de amor al príncipe?»

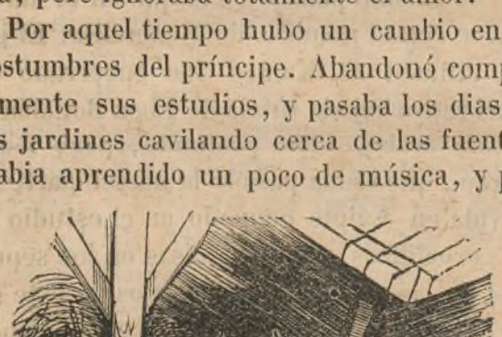
Bajo la custodia vigilante del filósofo, el príncipe creció, encerrado en aquellos jar-

Ayuntamiento de Madrid

dines y palacio. Su servidumbre se componia de esclavos negros y mudos de espantosas figuras, que no tenian ideas del amor, ó carecian de palabra para comunicarlas. Eben Bonabben se ocupaba sin cesar en formar el talento de su discípulo, en adornarlo con toda clase de conocimientos, sobre todo en las ciencias abstractas de los egipcios; pero el príncipe hacia pocos progresos en estas últimas, y su mentor se convenció pronto que no tenia aficion á la metafísica.

Sin embargo, su docilidad era estraña para un príncipe; siempre estaba pronto á seguir los consejos de los otros, y se dejaba guiar por el último que le aconsejaba. Ocultaba sus bostezos, y escuchaba con paciencia ejemplar las largas y sabias lecciones de Bonabben, que dejaban en su espíritu un conocimiento superficial de casi todas las ciencias. Ahmed llegó asi felizmente á sus veinte años, y podia pasar por un prodigio de ciencia; pero ignoraba totalmente el amor.

Por aquel tiempo hubo un cambio en las costumbres del príncipe. Abandonó completamente sus estudios, y pasaba los dias en los jardines cavilando cerca de las fuentes. Habia aprendido un poco de música, y pa-



saba una parte del dia cultivando este arte; ademas manifestaba inclinacion á la poesía. El sabio Eben Bonabben se alarmó de estos caprichos, y procuró distraerlo con un curso de álgebra; pero el príncipe se horrorizaba al oir hablar de cálculos.

«No me gusta el álgebra, decia, necesito otra cosa que hable á mi corazon.»

«Bien estamos, se dijo á sí mismo el filósofo meneando su cabeza calva; adios filosofía, el príncipe ha conocido que tiene un corazon.» Desde entonces redobló su vigilancia para con su alumno, y se apercibió pronto que su inclinacion natural á la ternura estaba pronta, y no esperaba mas que un objeto para manifestarse. Paseábase por el jardin sumido en un estupor cuya causa ignoraba. Otras veces parecia acometido de un sueño delicioso, ó bien tomando el laud, tocaba melancólicas sonatas, á poco tiempo lo arrojaba lejos de sí, y prorumpia en esclamaciones amorosas.

Esta disposicion á amar se fijó aún sobre los seres inanimados; tenia flores favoritas, á las cuales prodigaba sus mas tiernos cuidados: apasionóse de los árboles; uno sobre todos le inspiró el mas tierno afecto por sus formas graciosas, un follaje delicado y suavemente inclinado hácia tierra. Grababa su nombre en la corteza, suspendia en sus ramas guirnaldas, y cantaba canciones en loor suyo acompañándose con su laud.

El sabio Eben Bonabben concibió graves inquietudes al observar estos síntomas de escitacion en su discípulo. Le veia en el umbral de la ciencia prohibida; el indicio mas ligero podia descubrir el fatal secreto. Temblando por la seguridad del príncipe y por su propia cabeza, se apresuró á alejarle de las seducciones del jardin, y le confinó en la torre mas alta del Generalife. Contenia soberbias habitaciones, de donde se descubria la vista mas magnífica; pero su elevacion le separaba de aquella atmósfera perfumada, de aquellos bosques encantadores tan peligrosos para el demasiado susceptible Ahmed.

Sin embargo era preciso desterrarle esta melancolía, y ofrecerle alguna distraccion para alegrar su soledad. Ya estaban agotadas todas las ciencias bellas, y no queria oir hablar de la álgebra, ni nada por este género. Felizmente Eben Bonabben se acordó que habia antiguamente aprendido en Egipto el idioma de los pájaros. Un rabino judío se lo habia enseñado, y este lo habia heredado

Ayuntamiento de Madrid

en línea recta del mismo Salomon, que lo habia aprendido de la reina Saba. Al solo nombre de esta ciencia, los ojos del príncipe brillaron de gozo, y se aplicó con tanto esmero, que en poco tiempo estuvo tan instruido como su maestro.

La torre del Generalife dejó desde entonces de ser una soledad para Ahmed; á todas horas tenia con quien hablar. Su primer conocimiento de vecindad fue un halcon que anidaba en el hueco de una almena, y desde aquella altura se arrojaba sobre la presa que descubria á lo lejos. El príncipe encontró sin embargo poco placer en la sociedad de aquel pájaro, verdadero pirata del aire; su conversacion no se componia mas que de fanfarronadas sobre sus rapiñas, su valor y sus hazañas.

Ahmed trabó en seguida amistad con un buho grave y capaz, de cabeza voluminosa y ojos redondos y brillantes. Este pasaba todo el dia dormitando ó cavilando en un hueco de la muralla, y no salia mas que por la noche; tenia grandes pretensiones de sabio, soltaba de cuando en cuando palabras sobre la astrología, sobre la luna, y daba á entender que no ignoraba las ciencias ocultas; pero estaba entregado deplorablemente á la metafísica, y sus disertaciones eran mas fastidiosas y pesadas que las del sabio Eben Bonabben.

El príncipe hablaba tambien alguna vez con un murciélago que estaba todo el dia escondido en un oscuro agujero del techo, y solo salia al anochecer para dar algunas vueltas en chinelas y gorro de dormir, por decirlo asi. No tenia mas que conocimientos superficiales de todo; se burlaba de lo que ignoraba, ó de lo que sabia imperfectamente, y con nada se divertia.

Una golondrina completaba esta sociedad, y el príncipe desde luego se habia prendado de ella. Hablaba muy bien; pero chismosa y fatua, no estaba mucho tiempo en un mismo sitio, lo que imposilitaba tener una conversacion seguida con ella.

Estos eran los únicos compañeros con los cuales el príncipe pudo practicar la ciencia que habia nuevamente aprendido. La torre era demasiado elevada para que pudiesen frecuentarla otros pájaros: pronto se cansó de sus nuevos amigos, cuya conversacion, poco interesante para su talento, no decia nada á su corazon, y volvió á caer en su melancolía. De este modo se pasó el invierno: la primavera volvió con su corte de flores, con su céfiro embalsamado; feliz época en que vuelan los pájaros en parejas, y entre el follaje construyen sus nidos. De pronto, como si se hubiese dado la seña, se oyó en los jardines del Generalife un concierto de dulce melodía, que vino á resonar en los oidos del príncipe en la soledad de su torre. Todas las voces cantaban sobre el mismo tema: *Amor, amor, amor*. Esto es lo que oia proferir sobre todos los tonos. Escuchaba en silencio lleno de turbacion y perplejidad. «¿Qué cosa será amor, se decia, que parece ocupa á todo el mundo, y que me es enteramente desconocido?» Quiso sacar algunas luces de su amigo el halcon; pero el pájaro le contestó con aire burlon:

«Dirigíos á los vulgares y pacíficos pájaros de la tierra, que estan destinados á servir de pasto para nosotros, príncipes de los aires; ellos podrán responder á vuestras preguntas. Por lo que toca á mí, la guerra es mi oficio; los combates mis solas delicias; en una palabra, soy un guerrero totalmente indiferente á lo que se llama amor.»

El príncipe se separó de él con disgusto, y fue á buscar al buho en su escondite. «Este pájaro, se decia á sí mismo, es juicioso, reflexivo, y sin duda podrá darme las noticias que deseo.» Suplicó, pues, al buho le esplicase qué cosa era *amor*, que cantaban en en aquel momento todos los pájaros de los jardines.

A esta pregunta el buho se sorprendió, y se resintió. «Mis noches, contestó con un aire de dignidad ofendida, mis noches estan consagradas á descubrimientos científicos, y mis dias á repasar en mi celda todo lo que he aprendido en mis escursiones. Por lo que hace á los pájaros que cantan, y de los que me hablais, nunca me he parado á escucharles; los desprecio á ellos y á sus canciones. Yo nunca canto, loado sea Alá; soy

Ayuntamiento de Madrid

un filósofo totalmente estraño á lo que se llama amor.»

El príncipe se marchó á ver á su amigo el murciélago, que estaba colgado de las patas: le despertó, y le dirigió la misma pregunta. El murciélago, frunciendo lás narices, tomó un aspecto serio y le contestó de mal humor:

«¿Por qué venís tan temprano á despertarme por una pregunta ociosa? Yo no salgo hasta el oscurecer, cuando estan durmiendo los otros pájaros, y nunca me meto en sus negocios. Gracias á Alá, ni me cuento entre las aves ni entre los cuadrúpedos; he descubierto los vicios de unos y otros, los aborrezco igualmente. En una palabra, soy misántropo, y enteramente ageno á lo que ellos llaman amor.»

Por último recurso el príncipe acudió á la golondrina, y la detuvo en el momento en que trazaba uno de sus círculos en la cima de la torre.

La golondrina, segun su costumbre, estaba muy ocupada, y apenas se tomó el trabajo de contestar.

«Os puedo asegurar que tengo tantas cosas á mi cargo de interés general, que nunca he empleado mucho tiempo en el asunto de que me hablais. Todos los dias tengo que hacer cien visitas, y otros tantos negocios importantes que examinar, que no me permiten ocuparme de esas frívolas canciones en torno de los nidos. Por último, soy cosmopolita, y desconozco el amor.»

El príncipe se quedó con sus dudas; pero escitó su curiosidad la dificultad que encontraba en satisfacerlas. Mientras que meditaba en este objeto misterioso, entró en la torre su anciano ayo; el príncipe se apresuró á salirle al encuentro, y le dijo:

«¡Oh sabio Eben Bonabben! tú me has revelado una gran parte de la sabiduría de la tierra; pero hay una cosa que ignoro completamente, y sobre la cual deseo vivamente instruirme.

—Que mi príncipe pregunte todo lo que guste; todos los conocimientos que posee la inteligencia de un servidor estan á su disposicion.

—Dime, pues, ¡oh tú, el mas profundo de los filósofos! ¿cuál es la naturaleza de esa cosa que se llama amor?»

El sabio Eben Bonabben quedó como herido de un rayo; tembló, palideció, y sintió que se le iba la cabeza de los hombros.

«¿Quién ha podido sugerir á mi príncipe tal pregunta? ¿dónde ha podido aprender esa vana palabra?»

El príncipe llevó á su ayo á una ventana y le dijo:

«Escucha, Eben Bonabben.»

El sabio escuchó: un ruiseñor escondido en un árbol cercano á la torre cantaba dirigiéndose á la rosa su adorada. De todos los arbustos, de todas las ramas floridas salian acentos melodiosos, y todos esplicaban el mismo pensamiento: *Amor, amor, amor* era el tema de todos los cantares.

«¡Alá Akbar! ¡Dios es grande! esclamó el sabio Bonabben. ¿Quién se atreveria á pretender ocultar este al hombre cuando los mismos pájaros conspiran para revelarlo?»

Entonces, volviéndose á Ahmed:

«¡Oh príncipe! le dijo juntando las manos: cerrad los oidos á esos cánticos peligrosos; desechad con horror ese funesto conocimiento. Sabed que ese amor es la causa de la mitad de los males que afligen á la humanidad. Él es el que fomenta la discordia y el odio entre sus hermanos y amigos, enciende la guerra, escita la traicion. Disgustos, tristeza, dias inquietos, noches sin sueño, hé ahí sus efectos. Marchita la flor, destruye el gozo de la juventud y trae consigo los males y pesares de una vejez prematura. Alá te conserve ¡oh príncipe! en la total y feliz ignorancia de eso que se llama amor.»

El sabio Eben Bonabben se dió prisa á salir, dejando al príncipe sumido en una perplejidad mas profunda que en la que estaba antes de su llegada. En vano trataba de desechar esta idea: le ocupaba á pesar suyo, y su imaginacion se fatigaba, se agotaba en vanas conjeturas. «Seguramente, decia, escuchando los dulces cantos de los pájaros: estos acentos nada tienen de triste, y solo parecen esplicar la ternura y el gozo. Si el amor causa tantas desgracias, tantos disgustos, ¿por qué estos pájaros no estan gi-

Ayuntamiento de Madrid

miendo en su soledad, ó bien destrozándose unos á otros en lugar de revolotear alegremente en los jardines ó de jugar juntos entre las flores?»

Una mañana soñaba, muellemente recostado en su cama, en este misterio inesplicable. Las ventanas estaban abiertas para poder respirar el aire embalsamado con el perfume de los naranjos del valle del Darro: el ruiseñor hacia oir á lo lejos su tema acostumbrado; mientras que el príncipe le escuchaba suspirando, oyó cerca de él el ruido de las alas de un pájaro. Un hermoso pichon perseguido por un alcon entró en su cuarto y cayó palpitante en el pavimento; el alcon, privado de su presa, voló á las montañas.

El príncipe cogió al pobre pájaro medio muerto; le besó y le abrigó en su seno. Cuando le hubo tranquilizado con sus caricias, le puso en una jaula de oro y le ofreció con sus manos las semillas mas puras y el agua mas cristalina. Sin embargo, el pichon se negaba á tomar alimento y estaba con la cabeza inclinada haciendo oir las quejas mas tristes.

«¿De qué te afliges, le decia Ahmed, no tienes todo lo que tu corazon puede desear?

—¡Ay! no, contestó el pichon: ¿no estoy separado de mi querida compañera, y justamente en la época feliz de la primavera, la estacion del amor?

—¡Del amor! contestó Ahmed: te suplico, mi hermoso pájaro, que me espliques lo que es el amor. ¿Podrás hacerlo?

—Yo lo creo, príncipe: el amor hace el tormento de uno solo, la felicidad de dos y la enemistad de tres. Es un hechizo tan poderoso, que atrae dos seres uno hácia otro y los une con la mas dulce simpatía; los hace felices juntos, pero muy miserables cuando estan separados. ¿No existe ningun ser con el cual estais ligado por un tierno afecto?

—Amo á mi viejo ayo Eben Bonabben mas que á ningun ser de los que conozco; pero á veces me parece fastidioso, y otras soy mas feliz ausente de él que presente.

—No hablo yo de esa especie de afecto, hablo del amor, el gran principio y el misterio de la vida, la felicidad encantadora de la juventud, las delicias tranquilas de la edad madura. Mira en torno tuyo, príncipe, y verás como todo está lleno de amor en esta hermosa estacion; todos los seres tienen cada uno su compañera; el mas pequeño pájaro canta para agradar á la que ama; la cucaracha, que apenas se distingue en la yerba, busca en ella á su amada, y esas mariposas que vuelan al rededor de la torre, y parecen jugar juntas, son felices por su mutua ternura. ¡Ay, príncipe! ¿será posible que hayas perdido los dias preciosos de tu juventud sin conocer el amor? ¿Ningun ser de sexo diferente al tuyo, ninguna bella princesa, ninguna hermosa dama en fin, ha cautivado tu corazon, hecho sentir en tu seno una dulce palpitacion, una mezcla de penas y tiernos deseos?

—Empiezo á comprender, dijo el príncipe suspirando, he sentido mas de una vez una turbacion semejante sin conocer la causa; ¿pero dónde encontrar un objeto tal como lo describes en esta espantosa soledad?»

La conversacion continuó por algun tiempo sobre el mismo asunto, y se completó la primera leccion de amor del príncipe.

«¡Ay de mí! dijo: si el amor es una felicidad tan grande, y la ausencia de lo que se ama una pena tan cruel, Alá me libre de turbar la alegría de dos amantes.»

Abrió la jaula, sacó el pichon, le acarició, le besó, le sacó á la ventana, y le dijo:

«Vete, feliz pájaro, goza con la amiga de tu corazon de los hermosos dias de tu juventud y de la dulce estacion de la primavera. ¿Qué derecho tengo á detenerte en esta triste cárcel, á donde nunca penetrará el amor?»

El pájaro batió sus alas para manifestar su alegría, formó un círculo en el aire, en seguida voló con direccion á los floridos bosquecillos del Darro, entre cuya espesura le perdió de vista el príncipe.

Ahmed se entregó despues de este acontecimiento á la mas amarga tristeza. El canto de los pájaros, que antes le hechizaba, ahora le disgustaba. ¡Amor! ¡amor! ¡Ay infeliz jóven, comprendia entonces el signi-

Ayuntamiento de Madrid

ficado de aquel tema tantas veces repetido!

Lanzó miradas llenas de resentimiento al sabio Bonabben cuando le volvió á ver.

«¿Por qué me has dejado en esta abyecta ignorancia? le dijo encolerizado. ¿Por qué no me has hecho conocer el gran misterio, el principio de la vida, que el mas vil insecto conoce? Toda la naturaleza se entrega en este momento á los mas dulces placeres. Todos los seres tienen su compañera. Ese amor era precisamente el que yo queria conocer. ¿Por qué soy el único que hay privado de estos dulces goces? ¿Por qué he pasado una gran parte de mi juventud en la ignorancia de la felicidad que puede dar?»

El sabio Bonabben conoció que toda reserva seria inútil, puesto que el príncipe habia ya adquirido la ciencia prohibida; le reveló, pues, las predicciones de los astrólogos, y las precauciones que se habian tomado para evitar las desgracias de que estaba amenazado.

«Ahora, príncipe, continuó, mi vida está en vuestras manos. Si el rey vuestro padre llega á saber que bajo mi custodia habeis sabido lo que es amor, soy perdido, porque he respondido con mi cabeza de vuestra ignorancia en este asunto.»

El príncipe era hombre de razon, y escuchó las advertencias de su ayo con tanta mas deferencia, cuanto que nada las combatia. Por otra parte, Ahmed tenia un verdadero afecto al sabio Bonabben, y como no conocia el amor mas que por teoría, consintió fácilmente en guardar en su seno todo lo que sabia antes que poner en peligro la cabeza del filósofo.

Sin embargo, su discrecion fue puesta pronto á una prueba mas fuerte. Pocos dias despues estaba cavilando tristemente recostado en las almenas, cuando el pichon que habia libertado apareció en el aire, y bajó á posarse familiarmente en su hombro.

El príncipe le estrechó contra su corazon.

«Dichoso pájaro, le dijo, que puedes volar asi de un estremo del mundo al otro: ¿qué paises has visitado desde que nos hemos separado?

—Vengo de un pais muy distante, príncipe; pero os traigo buenas noticias en recompensa de la hospitalidad que me habeis dado. Mi elevado vuelo me permite ver una gran estension, y un dia descubrí debajo de mí un jardin delicioso lleno de flores y frutas. Un arroyo cristalino serpenteaba en medio de sus bosquecillos. En el centro del jardin habia un palacio. Bajé á uno de sus árboles para descansar un poco, y ví cerca del arroyo que bañaba el pie del árbol una princesa en todo el brillo de la primera juventud, ro-

deada de criadas de su misma edad que la estaban adornando con flores tan frescas como ella, pero no tan hermosas. Sin embargo, una hermosura florece en aquella soledad oculta á todas las miradas, porque altas paredes rodean el jardin, y ningun mortal podria penetrar en su recinto. A la vista de aquella hermosa jóven tan sencilla y tan bella, que su ausencia del mundo ha dejado en toda su inocencia, he creido que era la destinada á inspirar el amor á mi querido Ahmed.»

Esta descripcion se grabó con caractéres de fuego en el corazon del sensible Ahmed. La vaga ternura que encerraba en su pecho hacia largo tiempo habia por fin encontrado un objeto, y la pasion que concibió por la princesa fue desde el primer instante muy violenta. Escribió una carta en la que esplicaba en términos muy tiernos su ardiente amor, su sincero afecto por la bella desconocida, y deploraba su cautividad, que le impedia ir á arrojarse á sus pies. Acompañó esta carta apasionada con unas estancias, en las que la ver-

Ayuntamiento de Madrid

dad de los sentimientos igualaba la delicadeza de los conceptos; porque ademas de haber nacido poeta, el amor le inspiraba en aquel momento. El sobre de esta carta decia: «A la bella desconocida del príncipe cautivo Ahmed.» Y despues de haberla perfumado con ambar y esencia de rosa, se la entregó al pichon.

«Vuela, le dijo, fiel mensajero. Atraviesa los montes y los valles; no te detengas en ninguna parte hasta dar esta carta á la señora de mi corazon.»

El pichon se elevó á una altura prodigiosa y partió como una flecha. Ahmed contó los dias que pasaron: cada mañana lo esperaba, pero en vano; ya le acusaba de ingrato, cuando una tarde vió venir á su fiel mensajero, que entró en su cuarto y cayó muerto á sus pies. La flecha de algun arquero cruel habia atravesado su pecho, y habia empleado el resto de fuerza y vida para cumplir su comision.

El príncipe se inclinaba llorando sobre el cuerpo de aquel mártir de la lealtad, cuando vió en su cuello un collar de perlas, del que pendia un retrato escondido bajo una ala. Esta miniatura esmaltada representaba una hermosa princesa en la flor de su edad. Sin duda era la belleza del jardin. ¿Pero quién era? ¿Dónde estaba? ¿Habria recibido su carta? ¿Le enviaria en cambio aquel retrato como aprobando su pasion?

La muerte del pichon desgraciadamente dejaba estas cosas en duda y oscuridad.

El príncipe miraba aquella miniatura y lloraba: la apretaba contra su corazon, la besaba, pasaba horas enteras contemplándola con melancólica ternura.

El príncipe tomó por fin una decisiva resolucion. «Huyamos de este palacio, que no es mas que una odiosa cárcel, y Peregrino de amor, vamos á buscar por el mundo á la princesa desconocida que reina en mi corazon.» De dia era inútil querer escaparse por estar muy vigilado; pero de noche la disciplina aflojaba, y era mas fácil. Con todo, no sabia cómo gobernarse, y se acordó del buho, que debia saber todos los caminos: con este motivo fue á buscarle á su escondrijo para consultarle. El buho, tomando un aire de proteccion, contestó al príncipe:

«Debeis saber que nosotros los buhos pertenecemos á una antigua y numerosa familia, todavía poderosa aunque abatida. Poseemos castillos y palacios en toda España; á cualquier sitio que vaya estoy seguro de encontrar un pariente, y como he viajado visitándolos, conozco el terreno á palmos.»

El príncipe se alegró de esta noticia y le confió su amor y su proyecto de fuga rogándole le sirviese de guia.

«¡Cómo! contestó el buho picado: ¿sirvo yo para intrigas amorosas? ¡Yo, cuyo tiempo está enteramente consagrado á la meditacion?

—No os enfadeis, augusto buho, dignaos dejar por un rato vuestras meditaciones para ayudarme á huir, y obtendreis lo que me pedís.

—Poseo todo lo que deseo: un filósofo necesita poco.

—Reflexionad con todo que mientras esteis aqui encerrado, el mundo ignora vuestro talento. Un dia vendrá en que seré soberano, y podré darte algun destino honroso, alguna dignidad en la que lucirás tu sobresaliente mérito.»

La filosofía del buho le hacia superior á las pequeñeces de la vida; pero le libraba de la ambicion. Las ofertas del príncipe le halagaron sobremanera, y desde luego consintió en ser su mentor y su guia en su peregrinacion.

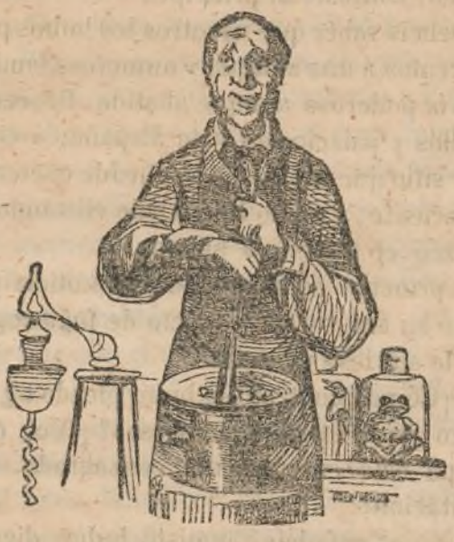
Los proyectos de un amante, cuya pasion raya en delirio, no encuentran obstáculo de ninguna especie para llevar á efecto los planes que pueden conducirle al logro de sus deseos, y se ejecutan con la velocidad del rayo. El príncipe reunió sus diamantes, sus joyas, y las escondió entre sus vestidos para gastos del viaje. La noche siguiente por medio de una escala de cuerdas el príncipe se encontró libre en medio del campo.

Entonces consultó á su mentor sobre el camino que seguirian.

«Me parece, dijo el buho, que deberiamos ir á Sevilla. Cuando pasé por ella una noche ví una luz en una torre abandonada; me

Ayuntamiento de Madrid

acerqué, y ví un magico árabe que estaba



en un laboratorio trabajando á la luz de la lámpara, y posado en su hombro un cuervo que habia traido de Egipto. Tengo gran intimidad con ese cuervo, y aun le debo el conocimiento de muchas cosas. El mágico ya ha muerto; pero él aun habita la torre, porque esos pájaros viven mucho. Os aconsejo trateis de verle; es adivino, brujo y entiende algo de magia negra, por cuya ciencia son famosos los de Egipto.»

El príncipe aprobó el consejo y se dirigieron á Sevilla. Para la comodidad de su compañero viajababan de noche, y el dia lo pasaban en cualquier gruta.

Por fin, un dia al amanecer llegaron á Sevilla, y el buho, que no gustaba de ruidos, se detuvo fuera de puertas y se quedó en el hueco de un árbol.

El príncipe entró en la ciudad, y pronto encontró la torre mágica; es la misma que hoy dia se conoce por la giralda de Sevilla. Subió hasta el último piso, y allí encontró al cuervo cabalístico descansando en un pie, con la cabeza inclinada, examinando con el único ojo que tenia un diagrama trazado en el suelo.

Ahmed se le acercó con respeto, y le dijo:

«Perdóname, anciano y sabio cuervo, si por un instante te interrumpo tus estudios; pero deseo con ardor que me indiques los medios para obtener el objeto de mi amor, y á eso he venido.

—Hablando claro, respondió el cuervo con una mirada significativa, lo que quieres es que te diga la buena ventura. Enséñame tus manos y te descifraré las líneas misteriosas de tu destino.

—Permíteme, no vengo aqui á saber los decretos del destino que Alá ha querido ocultar á los ojos de los mortales; soy un Peregrino de amor: solo pido un hilo para dirigirme por el laberinto del mundo hácia el objeto de mi peregrinacion.

—¿Y pueden faltarte objetos de esa especie en la amorosa Andalucía, sobre todo en la voluptuosa Sevilla?

—No es mi objeto tan frívolo, tan innoble como le supones. Las bellezas de esta tierra no son nada para mí: busco una bella desconocida, pero inocente y pura, el original de este retrato, y te ruego me ayudes con tu ciencia para ver si le encuentro.»

La gravedad del príncipe disgustó al cuervo, y le contestó:

«Todo lo que pertenece á la juventud, á la belleza, es estraño para mí. La vejez, la decrepitud, ese es mi elemento. Soy el heraldo del destino. Buscad otro que os dé noticias de la bella desconocida.»

—¿Dónde buscarlas sino entre los hijos de la sabiduría? He nacido para reinar; los astros que han presidido en mi nacimiento me obligan á emprender una aventura misteriosa, de la cual tal vez dependen los destinos de varios imperios.»

Cuando el cuervo oyó hablar de imperios, de destinos presididos por astros, mudó de tono y escuchó con mas atencion la historia del príncipe: cuando hubo concluido le dijo:

«Yo no puedo daros ninguna noticia, porque frecuento poco los jardines y gabinetes de las damas; pero id á Córdoba y buscad la palmera del gran Abderramen que está en el patio principal de la mezquita. Al pie de aquel árbol vereis un viajero que ha visitado todos los paises, todas las cortes, y las reinas y princesas le han colmado de favores. Sin duda alguna os dará noticias de lo que buscais.

—Mil gracias por tu consejo; á Dios, venerable brujo.

Ayuntamiento de Madrid

—A Dios, Peregrino de amor,» contestó el cuervo con tono seco, y se puso á calcular en su diagrama.

El príncipe salió de Sevilla, fue á buscar á su compañero el buho, que aun dormitaba en su árbol, y juntos se encaminaron á Córdoba. Llegados á sus puertas, el buho voló á una hendedura de la muralla, y el príncipe se dirigió á buscar la palmera de Abderramen plantada por él mismo. Sobrepujaba en altura á todos los árboles del patio.

Al pie del árbol habia un numeroso auditorio escuchando á uno que hablaba con mucha volubilidad.

«Ese debe ser, dijo Ahmed, el viajero que me dijo el cuervo.»

Mezclóse con los curiosos, y se sorprendió mucho viendo que el orador era un papagayo.

«¿Cómo es posible, dijo el príncipe á uno de los que estaban á su lado, que tantas personas juiciosas se diviertan con el charlatanismo de un pájaro semejante?

—No sabeis de quién hablais, le contestó: este papagayo desciende del famoso papagayo de Persia tan célebre por sus talentos en el arte de adivinar. Por donde ha viajado ha sido admirado como un prodigio de erudicion.

—Muy bien, dijo Ahmed, veo que habia juzgado mal: desearia hablar con él á solas.»

Solicitó una entrevista secreta, y ya empezaba á esponer el objeto de su peregrinacion, cuando el papagayo se echó á reir.

«Perdonad mi loca alegría, le dijo; pero la sola palabra *amor* me hace morir de risa.»

El príncipe, mortificado de aquella alegría, le dijo gravemente:

«¿ No es el amor el gran misterio de la naturaleza, el principio secreto de la vida, el lazo universal de la simpatía?

—¡Bagatela, pura bagatela! ¿Dónde has aprendido ese sentimentalismo? Créeme: ha pasado completamente la moda del amor, y ya no se habla de él entre las personas de talento ni de la buena sociedad.»

El príncipe suspiró acordándose del lenguaje enteramente diferente de su amigo el pichon, y continuó:

«Decidme, completo papagayo; vos, que habeis sido admitido por todas las bellas, ¿sabeis quién es el original de este retrato?»

El papagayo cogió el retrato con sus garras, lo miró, y esclamó:

«Hé aqui un hermoso rostro; pero ¡he visto tantos en mis viajes! Esperad..... sí..... Ahora me acuerdo de esas facciones, no me engaño: es la princesa Aldegunda: ¿cómo he podido olvidar á una de mis mejores amigas?

—La princesa Aldegunda, repitió el príncipe: ¿y dónde encontrarla?

—Poco á poco, es mas fácil encontrarla que obtenerla. Es hija única del rey cristiano de Toledo; debe vivir alejada del mundo hasta los diez y siete años, gracias á ciertos astrólogos. Imposible os seria verla, porque nadie se acerca al palacio donde está encerrada. Me admitió á su presencia para divertirla, y no he encontrado otra mas amable.

—Mi querido papagayo, un secreto: soy heredero de un imperio. Veo que sois un pájaro de talento, y que conoceis el mundo; ayudadme á conquistar el corazon de la princesa, y os ofrezco un destino distinguido en mi corte.

—Acepto gustoso; pero procurad sea un destino sin mucho trabajo, porque á nosotros los que tenemos talento nos horroriza el trabajo.»

Pronto quedaron conformes, salieron de Córdoba, y Ahmed presentó al buho su nuevo compañero de viaje, y los tres lo emprendieron. El príncipe habia creido que estos dos sabios congeniarian; pero se engañó: todo el dia lo pasaban disputando. Ahmed, ocupado en sus cosas, no se apercibia de aquella desunion. Caminando de este modo llegaron á la vista de Toledo, y entonces el buho empezó una disertacion sobre sus antigüedades: el papagayo le interrumpió diciéndole que aquellas antiguallas no merecian que se hablase de ellas, y que lo mas principal era el motivo por el que viajaban.

«Ved ahí, príncipe, continuó, el palacio de la princesa que buscais hace ya tanto tiempo.»

El príncipe dirigió la vista á donde le indicaba el papagayo, y vió en una llanura deliciosa un soberbio palacio que se elevaba en

Ayuntamiento de Madrid

medio de un magnífico jardin. La descripcion del pichon era cierta. Volvióse al papagayo, y le dijo:

«¡Oh el mas completo de los pájaros! puesto que la naturaleza te ha dado el don de la palabra, vuela al jardin, busca al ídolo de mi corazon, y dila que el príncipe Ahmed, Peregrino de amor guiado por las estrellas, viene buscándola y se halla á las orillas del Tajo.»

El papagayo, orgulloso con aquella embajada, voló á buscar á la princesa, y colocándose en una rama al lado de ella, la dijo:

«Enjuga tus lágrimas ¡oh bella princesa! Traigo consuelos para tu corazon.»

La princesa se sobrecogió al oir una voz tan cerca de ella; pero viendo un pájaro verde que la saludaba batiendo sus alas, le dijo:

«¡Ay! ¿qué consuelo puedes darme tú, que no eres mas que un papagayo?»

El papagayo, resentido de aquellas palabras, la contestó:

«He consolado á mas de una hermosa en mi tiempo; pero no hablemos mas de eso. Ahora vengo como embajador de un príncipe real. Sabe ¡oh princesa! que Ahmed Al Kamel, príncipe de Granada, acaba de llegar buscándote, y se halla en este momento acampado á orillas del Tajo.»

A estas palabras la princesa dió un salto de alegría.

«¡Oh el mas amable de los pájaros! benditas sean las noticias que traes. El dolor me mataba, y ya dudaba de la constancia del príncipe. Vuelve á su lado, y asegúrale que cada palabra de su carta está grabada en mi corazon. Dile que se prepare á probarme su amor por la fuerza de sus armas. Mañana en honor de mi cumpleaños mi padre celebra un torneo, en el que justarán varios príncipes, y mi mano será el premio del vencedor.»

El papagayo echó á volar, y volvió á buscar á Ahmed. El gozo de este fue grande. Habia encontrado por fin el original. Sin embargo, causábale inquietud aquel torneo y aquellos caballeros que se preparaban á disputarle la posesion de aquel objeto querido. Las riberas del Tajo resonaban ya con los sonidos de los clarines de los que iban llegando

El mismo astro que presidió al nacimiento de Ahmed habia presidido el de la princesa, y hasta los diez y siete años habia estado encerrada sin ver á nadie. La fama de su hermosura habia volado por todas partes, y eran varios los pretendientes.

Ahmed seguia sumido en su tristeza maldiciendo la educacion que habia recibido, pues ignoraba el manejo de una lanza y un caballo.

El buho acudió á su socorro esclamando como buen musulman:

«Alá Akbar ¡Dios es grande! Los mayores secretos estan en su mano. Sabe ¡oh príncipe! que en este reino lleno de encantos existe una caverna, en la que hay una mesa de hierro, sobre la cual se encuentran unas armas encantadas, á cuyo lado se halla un caballo ricamente enjaezado igualmente encantado; todo ello está escondido en esa caverna hace muchos siglos. Segun una tradicion, pertenecen á un mágico que se refugió en la caverna á la toma de Toledo por los cristianos, y murió en ella dejando su caballo y armadura encantados bajo un hechizo que solo podrá deshacer un musulman, y aun este solamente desde el amanecer hasta el medio dia.

—Basta: busquemos esa caverna sin pérdida de tiempo,» esclamó el príncipe.

Ayuntamiento de Madrid

Guiado por su docto mentor, Ahmed encontró la caverna. Una lámpara sepulcral que nunca se apagaba alumbraba aquella cueva. Sobre una mesa estaba la citada armadura, y á su lado el caballo árabe enjaezado como para un combate, pero inmóvil como una estatua: cuando Ahmed puso la mano en su cuello, dió con su pie en el suelo y relinchó con tal gozo y estruendo, que la caverna retembló. Provisto de este modo de armas y caballo, el príncipe no tuvo recelo de entrar en la liza.

Llegó por fin el dia fatal. El palenque estaba dispuesto en la vega de Toledo. Algunda se presentó á presidirle, y su hermosura admiró á todos los circunstantes. Todos la aclamaron y aplaudieron; y los príncipes que la pretendian solo por la fama de su hermosura sintieron centuplicar su valor.

La princesa parecia estar agitada, y su vista recorria todo el palenque como buscando á alguno. Los clarines iban á dar la señal del primer encuentro, cuando un heraldo anunció la llegada de un caballero estrangero, y el príncipe Ahmed entró en la lid. Su armadura era preciosísima, toda construida en Fez. Su aire noble, su talle elegante llamaron la atencion; y cuando lo anunciaron con el nombre del *Peregrino de amor*, todas las damas se interesaron por él.

Sin embargo, cuando se presentó para entrar en la arena le cerraron la barrera. Era preciso ser un príncipe para ser admitido: declaró su nombre y su rango; de nada servia: era mahometano, y no podia pretender una princesa cristiana.

Los príncipes sus competidores le rodearon mirándole con aire altivo y amenazador; y uno de ellos, notable por su talla hercúlea y sus modales insolentes, procuraba ridiculizarle por su mote de Peregrino de amor. El príncipe furioso desafió á su rival: tomaron campo, y partieron uno contra otro; pero al primer choque de la lanza encañtada, el burlon, á pesar de su estatura gigantesca y su fuerza prodigiosa, cayó á tierra. Ahmed hubiera querido contenerse; pero se las habia con un caballo diabólico y armas encantadas: una vez puestas en accion, nadie podia sujetarlas. El caballo árabe se arrojó al grupo mas numeroso, y la lanza tiraba al suelo cuanto tocaba. El pacífico príncipe gemia interiormente de sus hazañas. El rey rabiaba al ver á sus huéspedes tan mal traidos. Mandó á sus guardias se apoderasen del que así le ultrajaba. Los guardias midieron tambien el suelo. El rey entonces tiró su manto, se vistió su armadura y bajó á liza para imponer respeto al estrangero con su magestad real. ¡Vana esperanza! la lanza y el caballo no conocian categorías. Con gran disgusto de Ahmed, fue llevado frente del rey, y dos segundos despues los talones reales iban por el aire y la corona rodaba en el polvo. En aquel momento el sol llegaba al meridiano; el encanto recobraba su poder; el caballo árabe echó á correr por la llanura, saltó la barrera, se arrojó al Tajo, pasóle á nado, y llevó al príncipe sin aliento y desesperado hasta la caverna. Ahmed se contempló feliz de salir sano y salvo de aquella aventura, y se sometió á los nuevos decretos del destino. Envió á sus dos amigos á adquirir noticias: el papagayo volvió diciendo que no se hablaba mas que de sus hazañas, y que le tenian por brujo. El buho contó lo que habia visto en estos términos:

«Volando por delante de una de las mas altas torres del palacio, ví á la bella princesa: estaba en su lecho rodeada de médicos y camaristas; pero se negaba á tomar los remedios que la ofrecian. Asi que salieron todos de su alcoba, sacó de su pecho una carta, y no hacia mas que leerla y besarla.»

Nuevos informes que tomó el príncipe confirmaron lo que habia dicho el buho. La princesa estaba encerrada en una torre y custodiada cuidadosamente. Una sombría melancolía se habia apoderado de ella, y nadie sabia la causa. Como los médicos no podian curar su enfermedad, el rey hizo proclamar por todo el reino que el que curase á la infanta recibiria en recompensa la joya mas preciosa de su tesoro.

Cuando el buho supo esta noticia esclamó:

«Alá Akbar, dichoso el que efectúe esta cura, si sabe solamente lo que debe escoger entre las alhajas de la corona.

Ayuntamiento de Madrid

—¿Cuál es tu pensamiento, venerable buho? preguntó el príncipe.

—Escuchadme ¡oh príncipe! y sabreis lo que he querido decir. Entre las alhajas del rey hay un cofre de zándalo, dentro del cual se conserva la alfombra de seda del trono del sabio Salomon, y que trajeron los judíos que se refugiaron en Toledo á la destruccion de Jerusalen.

—He oido hablar á mi ayo de las propiedades de ese talisman. Sin duda los cristianos ignoran su virtud: si consigo apoderarme de él, mi dicha es cierta.»

Al dia siguiente el príncipe se puso unos vestidos como un árabe del desierto; tiñó su cara y manos de color bronceado, y con un palo en la mano se marchó á Toledo, y presentándose á las puertas del palacio, se anunció como pretendiente á la recompensa ofrecida. Los guardias no querian recibirle. El rey oyó el tumulto, y mandó le presentasen aquel hombre.

«Poderoso rey, le dijo, soy un árabe beduino descendiente de una familia que tiene la virtud de deshacer los sortilejios, y por si tu hija está bajo la influencia de alguno, prometo por mi cabeza curarla.»

El rey, hombre de talento y que sabia los secretos de los árabes, le llevó al cuarto de la princesa. Las ventanas de esta habitacion daban sobre un terrado desde donde se descubria la ciudad de Toledo; pero estaban cerradas por órden de la princesa.

El príncipe se sentó en el terrado y tocó en su caramillo algunas sonatas árabes que habia aprendido de sus criados en el Generalife. La princesa estaba inmóvil, y los médicos que la asistian meneaban la cabeza y se sonreian con incredulidad y desprecio. Por fin el príncipe dejó su caramillo, y se puso á cantar los versos que habia enviado á la princesa.

La hermosa princesa reconoció los versos: una alegría repentina se apoderó de su corazon, levantó la cabeza, escuchó; sus ojos empezaron á llorar, y un vivo encarnado cubrió sus mejillas. De buena gana hubiera querido ver al cantor; pero el pudor se lo estorbaba. El rey comprendió lo que deseaba, y mandó entrar al cantor: los dos amantes fueron discretos: se contentaron con mirarse. El triunfo era completo: Aldegunda estaba curada.

Los médicos se miraban aturdidos. El rey miraba al beduino asombrado.

«Jóven maravilloso, quiero que seas mi primer médico; tu dulce melodía será mi remedio universal. Ahora recibe la recompensa debida: escoge la joya mas preciosa de mi tesoro.

—¡Oh rey! dijo Ahmed: el oro, la plata y las piedras preciosas no me llaman la atencion; pero posees una reliquia, un cofre de zándalo que contiene una alfombra de seda: dame ese cofre, y estoy contento.»

Todos se sorprendieron de la modestia de la eleccion, y mas aun cuando habiendo traido el cofre, se sacó la alfombra de seda. Era de seda verde, cubierta con caractéres hebreos y caldeos. Todos se miraban sonriendo de la simpleza del jóven que lo habia escogido.

«Esta alfombra, dijo el príncipe, ha cubierto el trono de Salomon, el mas sabio de todos los monarcas; es digna de ser colocada bajo los pies de la hermosura.»

Hablando asi, desplegaba la alfombra en el terrado debajo de un sillon que habian traido para la princesa, y sentándose á sus pies continuó:

«¿Quién puede oponerse á los decretos

Ayuntamiento de Madrid

del destino? Las predicciones de los astrólogos se han cumplido. ¡Oh rey! hace mucho tiempo que tu hija y yo nos amamos: en vuestra presencia está el Peregrino de amor.»

Apenas pronunció estas palabras, la alfombra se elevó por los aires llevando al príncipe y á la princesa. El rey y los médicos se quedaron estupefactos con la boca abierta y fijos los ojos en los fugitivos, que fueron desapareciendo en el espacio.

El rey furioso llamó á su tesorero.

«¿Cómo has permitido que un infiel se apoderara de un talisman tan precioso?

—Señor, no sabíamos ni su virtud, ni lo que decian los caractéres inscritos en su cubierta. Si en efecto es la alfombra del rey Salomon, tiene el poder mágico de trasportar á su poseedor por los aires á donde quiera.»

El rey reunió un ejército formidable, y marchó sobre Granada. Su marcha fue larga y dificultosa. Acampó delante de Granada en la vega, y envió un heraldo para reclamar á su hija. El rey de Granada salió en persona con toda su corte á saludar al monarca toledano. Ahmed acababa de subir al trono por muerte de su padre, y la bella Aldegunda era su sultana.

El rey cristiano consintió en la union de su hija con Ahmed, cuando supo que esta princesa podria conservar su religion, porque aunque no era devoto, este artículo es un negocio de orgullo muy importante entre los príncipes. En lugar de batallas sangrientas hubo fiestas y regocijos; el anciano rey volvió á Toledo, y los jóvenes continuaron su reinado tan sabia como felizmente en la Alhambra.

Para completar mi narracion debo decir que el buho y el papagayo siguieron al príncipe á pequeñas jornadas.

Ahmed recompensó dignamente los servicios que ambos le habian prestado en su peregrinacion. Nombró al buho primer ministro, y al papagayo maestro de ceremonias. Inútil es decir que no hubo nunca reino mejor administrado ni corte mas exacta en la observancia de las reglas de etiqueta.

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO XXI.

LA HERENCIA DEL MORO.

En el recinto de la fortaleza de la Alhambra, sobre la grande esplanada que hay enfrente del palacio que se llama el Patio de las Cisternas, por causa de los algibes árabes practicados bajo su mole, hay un pozo en la roca muy profundo. El agua de este pozo es como la nieve, y de una trasparencia y pureza admirables: su fama es tal, que todos los paseos que van de Granada al fuerte estan llenos desde que amanece hasta bien entrada la noche de aguadores que vienen á llenar sus cántaros. Unos los llevan atravesados en un palo á la espalda y otros en borricos.

Las cisternas y fuentes han sido en todo tiempo, aun en los mas remotos, como se lee en la *Biblia*, la cita de las comadres del lugar en los paises cálidos. El pozo en cuestion es una especie de club perpetuo, donde desde por la mañana á la noche los inválidos, las viejas y todos los desocupados de la fortaleza vienen á adquirir y dar noticias. Los parroquianos se sientan en los bancos de piedra, resguardados por un toldo que hay encima del pozo, y se dan parte mutuamente de los chismes de la fortaleza, interrogan á los aguadores á medida que van llegando sobre los de la ciudad, y hacen comentarios y conjeturas sobre todo lo que ven y oyen. A todas horas del dia hay siempre alguna comadre habladora, alguna criada que olvida sus quehaceres, y se detiene con el cántaro en la mano á escuchar los acentos sin fin de estos novelistas.

Entre los aguadores que acudian antiguamente á este pozo, habia un hombrecillo de anchas espaldas, de piernas torcidas, llamado Pedro Gil, y por abreviatura Peregil. Inútil es decir que era gallego, porque en su cualidad de aguador no podia ser de otra parte. Parece en efecto que la naturaleza ha formado ciertas razas de hombres, como ciertas razas de caballos, para tal ó cual empleo. En Francia los limpiabotas son saboyanos, los albañiles lemosinos, los aguadores auvernieses, y los porteros de las casas grandes antes de la revolucion eran suizos. Cuando se usaban tontillos y polvos en la cabeza, la silla de manos de un elegante en Inglaterra no podian llevarla mas que irlandeses, acostumbrados á andar en sus pantanos. Consiguiente á esto en España, los mozos de cordel y aguadores son

todos robustos gallegos. Nadie dice envíeme V. un mozo de carga, sino envíeme V. un gallego.

Ayuntamiento de Madrid

Volviendo á mi historia, Peregil el gallego habia empezado el oficio con un solo cántaro que llevaba á cuestas; pero habia ido prosperando, y pudo al fin comprar un ayuda en la clase de animales correspondiente á la suya entre los hombres: era un borrico gris, de pelo largo y muy vigoroso. Sobre las aguaderas llevaba sus cántaros cubiertos de hojas de parra para librarlos del calor del sol.

En toda Granada no habia aguador mas activo, mas laborioso, mas alegre que Peregil: su sonora voz resonaba en las calles con este grito de verano, que resuena en todos los pueblos de España. «*¿Quién quiere agua?—agua mas fria que la nieve.*» Cuando daba un vaso de esta agua cristalina le acompañaba siempre con alguna gracia que hacia sonreir al parroquiano; y si era una muger bonita, ó alguna traviesa jóven, la mirada tierna y maliciosa y el requiebro que la dirigia le valian siempre algo. Por lo mismo, Peregil el gallego, era conocido en toda la ciudad por el mas político, el mas jovial y el mas feliz de los mortales. Sin embargo, aquel que canta mas alto, y que rie mas á menudo, no tiene siempre el corazon mas satisfecho. A pesar de su aire alegre, nuestro gallego no estaba libre de penas y disgustos. Tenia que mantener una numerosa familia: sus hijos vestidos de andrajos y hambrientos le pedian pan á gritos cuando entraba por las noches en su casa. Tenia su muger, pero esta no le ayudaba en nada. Habia sido la belleza de su pueblo antes de su casamiento, y era citada por la gracia con que bailaba el bolero y tocaba las castañuelas. Fiel á sus primeros gustos, la muger del honrado aguador gastaba el fruto del sudor de su marido en zarandajas, y los domingos y dias feriados (que en España son mas numerosos que los dias de trabajo) montaba en el asno para ir á las fiestas de los pueblos comarcanos. Para aumento de males, era un poco descuidada, le gustaba estarse hasta tarde en la cama, y mas que todo ir medio vestida á charlar con sus vecinas.

Pero aquel que regula el viento para la oveja esquilada, alivia el yugo del matrimonio para quien le soporta con sumision. Peregil sufria sus tribulaciones domésticas con tanta paciencia como el asno sus cántaros; y aunque algunas veces en secreto reflexionaba, nunca se arriesgaba á poner en cuestion las virtudes caseras de su descuidada esposa.

Amaba á sus hijos, los amaba como el buho ama á sus polluelos, porque veia en ellos reproducida su imágen. El mayor placer del honrado Peregil, cuando se desocupaba un domingo entre diez, y tenia algunos cuartos ahorrados para gastar, era llevarse todos sus hijos, unos en brazos, otros cogidos de su vestido, y otros á su lado, y hacerlos jugar y divertirse en los huertos en la vega, en tanto que su muger bailaba con sus amigas en las angosturas del Darro.

Era una noche de verano, y por lo avanzado de la hora se habian retirado todos los aguadores: aquel dia habia hecho un calor insufrible. Peregil, calculando con solicitud paternal que la claridad de la luna y lo apacible de la noche animaria á los habitantes de Granada á aprovecharse del fresco, y que tal vez encontraria parroquianos en los paseos, se dijo á sí mismo: otro viaje al pozo y ganaré algunos cuartos para gastarlos con los chicos el domingo. Hablando asi, subia con paso firme la alameda de la Alhambra, cantando y dando de vez en cuando un palo á su borrico, bien para llevar el compás, bien para sostener el valor del animal, porque en España los palos sirven de cebada á las bestias de carga.

Llegado al pozo, lo encontró solitario y desierto; no se veia un alma, escepto un estrangero vestido de moro, sentado en un banco á la luna. Peregil se detuvo, le miró con sorpresa, y hasta con temor; pero el moro le hizo señas que se acercase y le dijo:

«Estoy muy débil y enfermo, ayudadme á volver á la ciudad, os daré el doble de lo que pudieseis ganar vendiendo vuestra carga.»

El sensible corazon del aguador se conmovió al aspecto del estrangero, que parecia sufrir, y le respondió:

«Dios no permita que acepte ninguna re-

Ayuntamiento de Madrid

compensa ni ninguna gratificacion por hacer un acto de humanidad.»

Ayudó al moro á subir en su burro, y le llevó poco á poco á Granada. El pobre musulman estaba tan débil, que Peregil se veia obligado á sostenerle en el borrico para impedirle que se cayese al suelo. Cuando llegaron á las puertas de la ciudad, el aguador preguntó al estrangero á dónde queria que lo llevase.

«¡Ay de mi! dijo el moro con voz apagada, no tengo casa ni abrigo para descansar mi cuerpo: permitidme pasar esta noche en la vuestra, y sereis recompensado espléndidamente por esta molestia.»

El honrado Peregil se encontró con grande espanto encargado de aquel huésped infiel; pero era demasiado humano para rehusar un asilo por una noche á un viajero estraviado, y en el estado deplorable en que se encontraba el pobre moro: le llevó, pues, á su casa. Sus hijos, que habian salido, como de costumbre, con la boca abierta en cuanto habian oido los pasos del asno, huyeron espantados al ver el hombre del turbante, y se escondieron detrás de su madre. Esta se adelantó atrevidamente como una llueca se coloca delante de sus polluelos al acercarse un perro.

«¿Con qué compañía vienes á estas horas? esclamó. ¿Tienes gana de que nos visite la ¡nquisicion?

—No te incomodes, muger, respondió el gallego. Es un pobre estrangero enfermo, sin amigos, sin asilo: ¿querrias tú dejarle perecer en la calle?»

La muger hubiera seguido en sus reconvenciones, porque aunque vivia en una choza, era muy delicada sobre lo que llamaba el honor de su casa; pero el aguador, mostrando por esta vez carácter, se negó á someterse al yugo. Ayudó á bajar al pobre musulman, tendió una estera y una zalea en el sitio mas fresco de la habitacion, y recostó á su huésped en esta cama, la única que su pobreza le permitia ofrecer.

Apenas el moro se acostó sobre aquel miserable lecho fue acometido de violentas convulsiones, á las que en vano procuró buscar remedio el bueno de Peregil: su ciencia y sus recursos se agotaron pronto, sin que se aliviase el enfermo. Sin embargo, se leia en sus ojos el mayor reconocimiento por los cuidados de su huésped, y en un intervalo de crísis le llamó á su lado, y hablándole en voz baja, le dijo:

«Conozco que se acerca mi muerte. Si efectivamente me muero, os lego esa caja como recompensa á vuestra caridad.»

Hablando así, entreabrió su albornoz, y le enseñó una cajita de zándalo pendiente de una correa.

«¡Dios quiera, amigo mio, dijo el gallego, que vivais muchos años para que goceis de vuestro tesoro, cualquiera que sea.»

El moro meneó la cabeza, cogió la cajita, y se preparaba á decir alguna cosa sobre este objeto; pero fue acometido de nuevas convulsiones, y á poco espiró.

La muger del aguador se desesperaba.

«Hé ahi, decia, el efecto de tu imbécil caridad, que nos espone siempre por servir á los demas. ¿Qué va á ser de nosotros con este cadáver en casa? Si se descubre, nos llevarán á la cárcel como asesinos, y si logramos salvar la vida, quedaremos arruinados para siempre por la justicia.»

El pobre Peregil no estaba menos inquieto, y casi se arrepentia de haber hecho aquella buena accion. Por fin tuvo un pensamiento.

«Aun no es de dia, se dijo: puedo llevar este cuerpo fuera de la ciudad y enterrarle en la arena á orillas del Genil. Nadie ha visto entrar al moro en mi casa, nadie sabrá su muerte.»

Dicho y hecho. La muger le ayudó á envolver el cuerpo del desgraciado musulman en la estera en que habia espirado: le colocaron atravesado en el asno, y Peregil se dirigió á orillas del rio.

La desgracia empero hizo que frente á casa del aguador viviese un barbero llamado Pedrillo Pedrugo, el mas curioso, el mas hablador y el mas chismoso de todos los barberos del mundo. Era un hombre alto y seco, nariz afilada, modales astutos é insinuantes. El famoso barbero de Sevilla no le escedia

Ayuntamiento de Madrid

en el conocimiento universal de los negocios agenos; y lo que entraba por sus oidos pasaba mas fácilmente por su boca que el agua por un cedazo. Los que le conocian decian que dormia con un ojo abierto y un oido descubierto, de modo que aun en su sueño podia ver y oir todo lo que pasaba en torno suyo. Lo cierto es que era la crónica escandalosa de Granada, y que los aficionados á saber aventuras frecuentaban su tienda, lo que le hacia tener mas parroquianos que sus compañeros.

Este maldito barbero oyó llegar á Peregil á una hora sospechosa, y las esclamaciones de la muger y de los hijos. Aplicó al instante

la vista á una rejilla por la cual miraba á todos los que llamaban á su puerta, y vió á Peregil ayudar á un hombre vestido de moro á entrar en su casa. Este acontecimiento le pareció tan estraño, que no durmió en toda la noche. Cada cinco minutos iba á acechar por la rendija, siguiendo los movimientos de la luz que veia brillar por las rendijas de la puerta de su vecino: por fin antes de amanecer vió salir á Peregil con su asno que llevaba una carga estraordinaria.

El barbero, agitado por la fiebre de la curiosidad, se vistió de prisa, y saliendo con silencio, siguió á lo lejos al aguador, le vió hacer un hoyo en la arena del Genil, y echar en él un bulto que parecia un cadáver.

El barbero volvió á su casa, y recorrió su tienda meneando todos los trastos impaciente porque amaneciese. Por fin, asi que los primeros rayos del sol tiñeron de púrpura el horizonte, se puso la vacía debajo del brazo, y se fue á casa del alcalde, su parroquiano diario.

El alcalde acababa de levantarse. Pedrillo Pedrugo le hizo sentar en una silla, le puso una tohalla debajo de la barba, colocó la vacía, y empezó á ablandar la barba con sus dedos y el agua caliente.

«¡Estrañas cosas! decia Pedrugo, que representaba á la vez el papel de barbero y el de novelista. ¡Cosa estraña! un robo, un asesinato, un entierro en la misma noche.

—¡Eh! cómo, ¿qué estais diciendo, Pedrillo? dijo el alcalde.

—Digo, continuó el barbero pasando el jabon por la cara del dignatario; digo que Peregil el gallego ha robado, ha asesinado á un moro mahometano y le ha enterrado esta bendita noche, ó mejor dicho, esta noche maldita.

—Pero ¿cómo sabeis todo eso?

—Paciencia, señor, todo lo sabreis, contestó el barbero cogiendo al alcalde por las narices y pasándole la navaja por la cara. Entonces le contó lo que habia visto, y continuando las dos operaciones á la vez, afeitaba la barba, lavaba la cara de su paciente y la enjugaba con una tohalla no muy limpia, robando, asesinando y enterrando al mismo tiempo al moro.»

El alcalde era uno de los mas déspotas y al mismo tiempo el mas codicioso y mas corruptible magistrado de Granada. Con todo, no se le podia reconvenir de que no hacia caso de la justicia, puesto que la vendia á peso de oro. En un instante reflexionó que en una causa de robo y muerte debia haber ricos despojos, que seria conveniente asegurar en legítimas manos. Cogiendo al culpable solo daba pasto pará la horca, en lugar que cogiendo el botin se enriquecia el juez, y segun él, este era el principal objeto de la justicia. Con esta idea mandó venir á su fiel alguacil, gran bribon, delgado como un palo, y vestido, segun su clase, con el trage á la

Ayuntamiento de Madrid

tigua española, con el sombrero de tres picos, la chorrera bien planchada, la capita negra y todo el vestido raido del mismo color. Llevaba en la mano la varita blanca, insignia temible de su destino. Tal era el lebrel legal de raza vieja española que el alcalde soltó contra el desgraciado gallego; y tal era su actividad y olfato, que ya habia cogido á Peregil antes que este volviese á su casa con su asno, y le presentó á su juez.

El alcalde, lanzando una mirada terrible sobre el pobre, le dijo con una voz de trueno que hizo encorvar sus rodillas.

«Es inútil que niegues tu crímen: lo sé todo. La horca deberia ser el castigo de un delito como el tuyo; pero soy compasivo, y estoy dispuesto á oirte hablar en razon El hombre que has asesinado en tu casa era un moro, un infiel, un enemigo de nuestra religion. Sin duda le has quitado la vida en un acceso de celo religioso: por lo tanto seré indulgente; devuelve lo que le has robado, y no se llevará la causa adelante.»

El pobre aguador clamaba á todos los santos para que diesen testimonio de su inocencia. Desgraciadamente ninguno se apareció, y aun cuando lo hubiesen hecho, el alcalde hubiera recusado todo el calendario. El gallego refirió la historia del moro con toda la inocencia de su corazon, y sus palabras tenian el colorido de la verdad. Pero de nada servia esto.

«¿Te atreves á sostener que este musulman no tenia oro ni alhajas que hayan podido tentar tu codicia? le preguntó el juez.

—Es tan cierto, como que espero salvarme, contestó Peregil: aquel hombre no tenia mas que una cajita de zándalo que me dió en pago de mi asistencia.

—¡Una cajita de zándalo! dijo el juez con los ojos brillantes de gozo á la idea de las joyas preciosas que podria contener. ¿Dónde está esa cajita? ¿Dónde la has escondido?

—No se incomode vuesa merced, está en las aguaderas de mi burro, y está á la disposicion de vuesa merced.»

Apenas dijo esto, el alguacil salió como una flecha y volvió al instante con la misteriosa cajita. El alcalde la abrió con una mano trémula: todos le rodearon deseosos de contemplar los tesoros que se iban á descubrir; pero con gran sorpresa de todos, solo contenia un rollo de pergaminos escritos con caractéres arábigos y un cabo de bujía.

Cuando no hay nada que ganar en la conviccion de un culpable, la justicia, aun en España, es imparcial. El alcalde, despues de haber vuelto de su sorpresa, viendo que la causa no ofrecia ninguna clase de interés, escuchó sin prevencion las esplicaciones del aguador, que fueron confirmadas por el testimonio de su muger. Convencido de la inocencia del pobre hombre, el juez le absolvió de la acusacion, y le permitió ademas llevar la cajita y su contenido que el moro le habia dado como justa recompensa á su caridad; pero se quedó con el asno para gastos de justicia.

El desgraciado gallego se vió reducido á tener que llevar él mismo el cántaro del agua como al principio de su comercio.

Un dia que subia la colina jadeando por la fuerza del sol, le abandonó su buen humor acostumbrado.

«¡Maldito alcalde! esclamó: ¿cómo has tenido valor de privar á un pobre de su único medio de subsistencia, del mejor amigo que tenia en el mundo?»

Al llegar aqui, su sensible corazon se enterneció al recuerdo del compañero de sus trabajos.

«¡Ah burro de mis entrañas! dijo descansando su cántaro sobre una piedra y enjugando el sudor que bañaba su frente. ¡Ah burro de mi alma! Estoy seguro que te acuerdas de tu antiguo amo; estoy seguro que echas de menos tus cántaros. ¡Pobre animal!»

Para aumentar su afliccion, su muger le recibia siempre que volvia á su casa con reconvenciones y burlas; usaba ampliamente de la ventaja que le daba sobre él la circunstancia de haberle aconsejado todo lo que habia podido para estorbar el acto de hospitalidad que habia atraido sobre ellos tantas desgracias; y como muger hábil, no dejaba pasar ocasion de hacerle sentir la superioridad de su juicio. Si sus hijos carecian de algo, le decia con aire burlon:

Ayuntamiento de Madrid

«Acudid á vuestro padre, es heredero del rey Chico de la Alhambra; decidle que os socorra con el oro que ha sacado de la cajita del moro.»

Nunca ha sido castigado mas severamente un pobre mortal por haber hecho una buena accion. El desgraciado Peregil sufria en cuerpo y alma: sin embargo llevaba con paciencia los sarcasmos de su muger. Una noche de un dia en que habia trabajado muchísimo, como su muger le dirigiese las acostumbradas quejas, perdió la paciencia: con todo, no se atrevió á contestarla; pero viendo sobre una mesilla la cajita de zándalo con la tapa levantada, como si se estuviese burlando de él, la cogió y la tiró al suelo con rabia diciendo:

«¡Maldito sea el dia en que te ví por primera vez! ¡maldito el dia en que admití á tu amo en mi casa!»

Cuando la caja cayó al suelo se abrió del todo, y salió el rollo de pergaminos. Peregil lo miró en silencio: por fin, coordinando sus ideas, se dijo á sí mismo:

«¿Quién sabe si este escrito tendrá alguna importancia? Bien podria ser cuando el moro lo guardaba con tanto cuidado.»

Lo recogió del suelo, y al dia siguiente, al pasar pregonando su agua por las calles delante de la tienda de un moro de Tanger que vendia perfumes, entró en ella y le suplicó le esplicase lo que allí decia.

El moro leyó con atencion, se cogió la barba, y se sonrió.

«Este manuscrito, le dijo, es una fórmula de encanto para descubrir tesoros encantados y colocados bajo la proteccion de algun hechizo. Tiene tanto poder, que los mas fuertes cerrojos, las rejas mas dobles y hasta una roca de diamantes no podrian resistirle.

—¡Bah! dijo el gallego: ¿qué me importa eso? Ni soy brujo, ni sé dónde hay tesoros escondidos.»

Hablando asi se cargó su cántaro, dejó el pergamino en poder del moro, y se marchó á su comercio.

Sin embargo, la tarde de aquel mismo dia, mientras descansaba un rato cerca del pozo de la Alhambra, un corrillo de comadres conversaban contra su costumbre de aquella hora de cuentos y tradiciones antiguas y maravillosas. Todas estas mugeres, á cual mas pobre, se divertian en hablar de los tesoros que los moros habian dejado encantados en diversos sitios de la Alhambra; y todas ellas estaban conformes en creer que bajo la torre de los siete pisos habia enterrados cuantiosos tesoros.

Estos cuentos hicieron una impresion inusitada en la imaginacion del honrado Peregil, y cuando volvió á levantarse y se marchó, iba sumido en profundas reflexiones.

«¿Y por qué no puede haber tesoros enterrados bajo esa torre? ¿Y si el rollo de pergamino que he dejado en poder del moro pudiese facilitarme medios para encontrarlos?»

En el éstasis que le produjo esta idea por poco no se le cae el cántaro.

Toda la noche no hizo mas que dar vueltas en su cama sin poder dormir un instante, gozando en las risueñas ilusiones que afluian á su cerebro. Muy temprano se marchó á la tienda del moro, y le dijo lo que habia pensado.

«Vos podeis leer el árabe, continuó, vamos juntos á la torre, y probaremos la fuerza del encanto: si no sacamos nada, nos quedaremos como antes; si por el contrario, logramos algo, dividiremos entre los dos los tesoros que podamos descubrir.

—Poco á poco, dijo el musulman, este escrito no es suficiente por sí solo á producir el efecto deseado. Hay que leerlo á media noche, á la luz de una bujía, singularmente compuesta y preparada, cuyos ingredientes no puedo proporcionar. Sin esa bujía, el pergamino no sirve de nada.

—No paseis adelante, dijo el aguador: tengo en mi casa esa bujía; voy á traerla al instante.»

Corrió á su casa, y volvió con la bujía que habia hallado en la cajita de zándalo.

El moro la tocaba y la olia con atencion. Al fin dijo:

«Estos perfumes son raros y dispendiosos. Esta es justamente la especie de bujía especificada en el manuscrito. Mientras luzca, se abrirán las murallas mas fuertes, las mas

Ayuntamiento de Madrid

secretas cavernas. Pero ¡desgraciado del que se quedase un solo instante despues que se hubiera apagado, se quedaria encantado con el tesoro!»

Convinieron en probar el encanto aquella misma noche. Cerca de media noche, cuando todo estaba tranquilo, escepto los buhos y los murciélagos, subieron la colina de la Alhambra y se acercaron á aquella maciza torre rodeada de árboles, y que tan espantosa es por sus tradiciones formidables. A la luz de una linterna se introdujeron por entre las zarzas y las piedras que habian caido del edificio hasta la puerta de una cueva embovedada debajo de la torre. Con paso furtivo y trémulo bajaron los escalones cortados á pico en la roca. Estos escalones conducian á un cuarto húmedo y oscuro, de donde se iba por una segunda escalera á otra cueva mas profunda. De este modo bajaron cuatro pisos pertenecientes á otras tantas cuevas colocadas unas debajo de otras. Pero el suelo de la cuarta no ofrecia ninguna salida, y aunque segun la tradicion hubiese tres mas, las otras cuevas estaban cerradas por un poderoso encanto. El aire de esta última cueva era frio y húmedo, y olia fuertemente á tierra mojada: la luz apenas bastaba á disipar la oscuridad. Los dos se detuvieron un momento en inquieta espectativa. Al fin oyeron el reloj de la torre dar las doce: entonces encendieron la bujía que esparció un perfume de mirra, incienso y estoraque.

El moro leyó de prisa el manuscrito. Apenas habia concluido su lectura, cuando oyeron un ruido semejante á un trueno subterráneo. La tierra se conmovió, y abriéndose el suelo, les descubrió una escalera que bajaron temblando, y vieron á la luz de su linterna que estaban en una cueva, cuyas paredes se hallaban cubiertas de inscripciones árabes. En medio de la pieza habia un gran cofre guarnecido con siete fajas de acero y á cada esquina un moro encantado, armado de punta en blanco, inmóvil como una estatua. Delante del cofre habia varios jarrones llenos de oro, plata y piedras preciosas. Metieron en ellos sus brazos hasta el codo, y sacaron muchas monedas de oro, brazaletes y adornos del mismo metal, con alguno que otro collar de perlas de Oriente. Con todo temblaban y respiraban pavorosamente, llenando sus bolsillos de aquel rico botin, y de cuando en cuando miraban con recelo á los guerreros encantados que estaban sin movimiento, pero que los miraban con ojos fijos y amenazadores. De pronto como heridos de un terror pánico corrieron á la escalera, tropezaron uno con otro por subir mas de prisa, y con el susto tiraron y apagaron la bujía, en cuyo instante se cerró el suelo con un ruido espantoso.

Llenos de terror, no se detuvieron un instante hasta estar fuera de la torre y ver brillar sobre sus cabezas las estrellas. Entonces se sentaron sobre la yerba y partieron los despojos, contentándose por el presente con haber espumado los jarrones, pero prometiéndose volver otra noche para verles el fondo. Para asegurarse de su buena fe mutua, dividieron tambien el talisman: el uno guardó el pergamino, el otro la bujía; y los dos, con el corazon ligero y los bolsillos pesados, volvieron á Granada.

Al bajar la colina, el moro creyó dar un consejo al simple y buen aguador.

«Amigo Peregil, le dijo: este negocio debe quedar en el mas profundo secreto hasta que hayamos sacado todo el tesoro y le tengamos seguro. Si el alcalde sabe la mas mínima cosa somos perdidos.

—¡Y qué verdad es! contestó el gallego: lo he conocido á mi costa; pero contad con mi discrecion.

—Amigo Peregil, continuó el moro: sois un hombre discreto, y no dudo que sepais guardar un secreto; pero teneis muger.

—No sabrá nada de esto, dijo el aguador con tono resuelto.

—Basta; cuento con tu promesa.»

Nunca promesa fue mas positiva ni dada de mejor fe; ¿pero quién puede guardar un secreto á su muger? Seguramente no seria Peregil el aguador, el mas blando y mas tratable de los maridos. Al volver á su casa encontró á su muger enfadada.

«¡Vaya una conducta! esclamó desde que entró. Al fin vuelves despues de haber

Ayuntamiento de Madrid

andado hasta estas horas sabe Dios dónde. Me estraña que no vengas con algun otro moro.» Dicho esto, se echó á llorar y golpeándose el pecho decia: «¡Desgraciada de mí, vaya una suerte! Mi casa arruinada, saqueada por los alguaciles; mi marido, que ya no piensa en ganar el sustento de su familia, y anda dia y noche con moros infieles. ¡Oh, hijos mios, hijos mios, qué será de nosotros! Pediremos limosna por las calles.»

El honrado Peregil se turbó tanto con el dolor de su muger que se echó á llorar tambien. Su corazon, tan cargado como sus bolsillos, necesitaba aligerarse. Sacó de estos últimos tres ó cuatro piezas de oro y las echó en el regazo de su muger. La pobre muger admirada no comprendia lo que significaba aquella lluvia de oro. Pero antes que volviese de su sorpresa, el gallego le enseñó una cadena de oro que hizo brillar á sus ojos: á esta vista dió un salto de gozo y esclamó: «¡Santísima Vírgen, protegednos! ¿Qué has hecho, Peregil? ¿Habrás robado, asesinado?»

Apenas la pobre muger concibió esta sospecha, se convirtió en certidumbre. Su imaginacion le representó la cárcel y la horca en la que pereceria su marido, y el horror de este espectáculo la hizo caer sumergida en convulsiones.

¿Qué podia hacer el pobre? El solo medio de apaciguar á su muger y conjurar las fantasmas de su imaginacion era referirle la historia de su buena aventura. Con todo no lo hizo hasta haberle exigido el juramento solemne de guardar el mas profundo secreto sobre todo aquello.

Pintar el gozo que sintió seria imposible; abrazó á su marido, y por poco lo ahoga á fuerza de caricias.

«Ahora, muger, ¿qué dices de la herencia del moro? En adelante no me reconvendrás por haber ayudado á un semejante mio en la necesidad, pues ademas de que tenemos una obligacion de hacer lo que podamos para dulcificar las desgracias que aquejen á nuestros semejantes, es una obra de caridad que el Señor nos compensará, dándonos en premio un asilo en la morada de los buenos, segun nos lo manifiesta él mismo en los trabajos infinitamente mayores que padeció por nuestra redencion: asi lo espero.»

El buen gallego se acostó y durmió pacíficamente; pero no lo hizo asi su muger: vació los bolsillos sobre la estera, y pasó la noche contando las monedas de oro, probándose los collares, los pendientes y representándose la figura que haria el dia que le seria permitido gozar de todas aquellas riquezas.

Al siguiente dia el aguador tomó una joya de oro y la llevó á un platero del Zacatin, á quien propuso se la comprase, diciendo que la habia encontrado en las ruinas de la Alhambra. El platero bien conoció que la moneda era árabe y de oro muy fino; pero ofreció la tercera parte de su valor. El aguador quedó contento, y se dió prisa en comprar vestidos nuevos para todos los chicos, juguetes y provisiones para hacer una buena comida. Volvió á su casa, enseñó lo que llevaba, é hizo bailar á sus hijos en torno suyo, mientras él mismo hacia cabriolas en medio de ellos, estasiado en una felicidad paternal mas fácil de imaginar que de describir.

La muger del aguador guardó su secreto dia y medio. Todo este tiempo no hizo mas que ir de casa en casa con aire misterioso, con el corazon hinchado y pronto á reventar; pero al fin se calló. Es verdad que no pudo abstenerse de cierto aire orgulloso, de hacer comentarios sobre sus vestidos rotos, de hablar de comprar una basquiña nueva guarnecida con galones de oro, y una mantilla de encaje; hizo comprender ademas que su marido tenia intencion de abandonar su oficio, que no convenia á su salud; añadiendo que tenian pensado ir á pasar el verano en el campo para que sus hijos respirasen el aire puro de los montes, porque ciertamente no se podia vivir en la ciudad en aquella estacion abrasadora.

Las vecinas se miraban unas á otras al oir estas palabras, y creian que la pobre muger se habia vuelto loca. En cuanto se marchaba, todas se quedaban riendo.

Con todo, si se habia contenido fuera, en

Ayuntamiento de Madrid

su casa se desquitaba poniéndose y quitando todos los collares y pendientes, adornando su cabeza con una diadema de diamantes y paseándose por su cuarto, parándose de

cuando en cuando delante de un espejo roto para mirarse. En fin, llevada por su vanidad, no pudo resistir al deseo de asomarse á la ventana para gozar del efecto de sus adornos sobre los que pasasen.

La desgracia quiso que Pedrillo Pedrugo, el barbero chismoso, no tuviese nada que hacer, y estuviese sentado en su tienda. Hirió su vista inquisitorial el brillo de los diamantes, corrió á su rejilla, y reconoció á la muger del aguador con sus andrajos, adornada de alhajas como una princesa de Oriente el dia de su boda. No bien hizo un exacto inventario de todos estos adornos, corrió á casa del alcalde. En un momento fue comisionado el alguacil, y el desgraciado Peregil se halló segunda vez en presencia del juez.

«Miserable, le dijo el alcalde furioso, ¿cómo te has atrevido á negar que el infiel que murió en tu casa no habia dejado mas que esta caja, mientras que tu muger está adornada con diamantes y perlas? ¡Infame, prepárate á devolver los despojos de tu desgraciada víctima, y á morir en la horca, que te reclama hace mucho tiempo!»

El aguador, completamente aterrado, cayó á los pies del magistrado, y le hizo una exacta relacion del modo maravilloso con que habia ganado su fortuna. El alguacil fue despachado para traer al moro que habia ayudado á Peregil á hacer el conjuro. El musulman llegó medio muerto de miedo de encontrarse entre las garras de las arpías legales. Al ver al aguador con la cabeza inclinada, el aire consternado y triste, no pudo dejar de apostrofarle en voz baja al pasar por su lado:

«Bruto, animal, ¿no te habia encargado que no hablases con tu muger?»

La declaracion del moro coincidia perfectamente con la de su asociado; pero sin embargo, el alcalde afectó no creerlo, y los amenazó con la cárcel y con averiguaciones rigurosas.

«Despacio, señor alcalde, dijo el musulman, que habia vuelto á cobrar su sangre fria: no dejemos escapar la fortuna cuando está en nuestras manos. Nadie mas que los que estamos aquí sabe este secreto; guardémosle mutuamente. La cueva contiene tesoros bastante preciosos para enriquecernos todos: consentid en partirlos como hermanos, y se descubrirán; rehusadlo, y la bóveda seguirá cerrada como siempre.»

El alcalde consultó algunos minutos con el alguacil aparte; y este sagaz y viejo zorro le dijo:

«Prometedlo todo hasta que tengais el tesoro en vuestras manos: entonces no dais parte de él, y si el gallego ó su cómplice se atreviesen á murmurar, los amenazais con la hoguera como brujos é infieles.»

El alcalde aprobó el consejo, se acercó al moro y con tono afable le dijo:

«Acabas de referir una historia estraordinaria: será verdadera; pero quiero y debo asegurarme por mí mismo. Esta misma noche repetirás el conjuro en mi presencia. Si en efecto existen esos tesoros, los dividiremos como amigos, y el secreto se quedará entre nosotros. Si me habeis engañado, no espereis perdon.»

El moro y el aguador aceptaron estas condiciones sin titubear, seguros como estaban que el resultado probaria la verdad de sus palabras.

Ayuntamiento de Madrid

A media noche salió sin hacer ruido el alcalde, acompañado del alguacil y del barbero, bien armados los tres. Llevaban al moro y al gallego como presos, y se habian provisto del asno del último para traer los tesoros que esperaban encontrar. Llegaron á la torre sin haber sido descubiertos, ataron el burro á una higuera, y bajaron hasta la cuarta cueva.

Sacaron el rollo de pergamino, y encendieron la bujía. El moro leyó la fórmula del conjuro: la tierra tembló como la vez primera, y se abrió, produciendo el ruido de un trueno, descubriendo la estrecha escalera. El alcalde, el alguacil y el barbero tuvieron miedo y no se atrevieron á bajar. El moro y el aguador bajaron á la cueva y encontraron los dos guerreros sentados, inmóviles y silenciosos como ya los habian visto. Cogieron dos grandes jarrones llenos de monedas de oro y alhajas, y el gallego los subió uno tras otro; y aunque era robusto y acostumbrado á cargar, se bamboleaba al peso, y declaró que cargando uno á cada lado de las aguaderas del burro seria lo que el animal podria llevar.

«Contentémonos con esto por ahora, dijo el moro. Tenemos en esos dos jarrones todas las riquezas que podemos llevar sin ser descubiertos, y que son suficientes para hacernos tan opulentos como podemos desearlo.

—¿Habeis dejado algunos tesoros en la cueva? preguntó el alcalde.

—Sí, contestó el moro, y el tesoro mas precioso es un cofre grande guarnecido de franjas de acero, lleno de perlas y piedras preciosas.

—Es preciso subir ese cofre sin remedio, dijo el avaro magistrado.

—Yo no vuelvo á bajar mas, dijo el moro enfadado. Un hombre juicioso debe contentarse con tener bastante; tener de mas es cosa superflua ó dañosa.

—Y yo, dijo el aguador, no añadiré un grano mas á la carga de mi burro.»

El alcalde, viendo que sus órdenes, sus amenazas, sus súplicas eran igualmente infructuosas, se volvió á sus dos acompañantes y les dijo:

«Ayudadme á subir ese cofre, y partiremos entre los tres su contenido.»

Hablando asi, bajaba los escalones, y el alguacil y el barbero le acompañaban, aunque con gran repugnancia.

No bien los vió el moro abajo, apagó la bujía encantada. La tierra se cerró con el mismo ruido y las mismas sacudidas, y los tres dignos personajes quedaron enterrados en su seno.

Entonces el musulman se dió prisa á subir las diferentes escaleras, y se detuvo cuando se halló al aire libre; el aguador le seguia.

«¿Qué has hecho, amigo? le dijo cuando hubo descansado. El alcalde y los otros se han quedado encerrados en la cueva.

—Así lo ha dispuesto Alá, contestó devotamente el moro.

—¿Y no tratarás de libertarlos?

—Alá me preserve, replicó el moro pasándose la mano por la barba. Está escrito en el libro del destino que estarán encantados hasta que algun aventurero futuro venga á librarlos deshaciendo su encanto. ¡Hágase la voluntad de Alá!»

Diciendo estas palabras, arrojó la bujía en lo mas espeso de los matorrales.

El mal no tenia remedio y el aguador no pensó mas que en volverse con el moro llevando su burro y su preciosa carga. El bueno de Peregil no pudo dejar por todo el camino de acariciar á su antiguo amigo, que se escapaba contra lo que habia esperado de las garras de la justicia. Dificil seria saber qué le causaba mas alegría, si el tesoro ó el borrico hallado.

Los dos asociados repartieron su botin amistosa y lo mas equitativamente, escepto que el moro, á quien su profesion le daba el gusto de las alhajas, procuró poner en su parte las perlas, diamantes y piedras preciosas, dando por ellas al aguador adornos de oro macizo cinco ó seis veces mas grandes, y con los que este se contentaba mucho. Sin embargo, cuidaron de ponerse ellos y sus fortunas al abrigo de cualquiera accidente, y marchar á pais estrangero. El moro volvió á Africa, á su ciudad natal,

Ayuntamiento de Madrid

Tetuan. El gallego, su muger, sus hijos y su asno tomaron el camino de Portugal. Allí, con los consejos y bajo la direccion de su cara y digna mitad, el aguador se hizo un

personaje de importancia, pues siguiendo las advertencias de su muger, se vistió de caballero y cambió su nombre familiar de Peregil por el mas sonoro de D. Pedro Gil. Su progenitura creció, prosperó y produjo una generacion de hombres de bien, francos y alegres, pero bajitos y zambos. En cuanto á la señora de Gil, adornada con galones, bordados y encajes desde los pies á la cabeza, fue el modelo de la elegancia vulgar.

El alcalde y sus ayudantes quedaron encerrados bajo la grande torre de los siete pisos, y aun estarán allí probablemente. Si por casualidad llegasen á faltar en España barberos curiosos y chismosos, alguaciles bribones y avaros, ó alcaldes corruptibles, se podria ir á buscarlos; pero si esperan una coyuntura semejante para su libertad, se esponen seguramente á estar encantados hasta el dia del juicio.

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO XXII.

LA ROSA DE LA ALHAMBRA

ó

EL PAGE Y EL HALCON.

Despues de la conquista de Granada por los Reyes Católicos, esta ciudad deliciosa fue por algun tiempo su residencia favorita; pero los terremotos sucesivos que destruyeron varias casas y conmovieron las viejas torres árabes hasta los cimientos la hicieron abandonar.

Muchos años se pasaron sin que Granada tuviese el honor de tener un huésped real. Los palacios de la nobleza estaban cerrados y silenciosos, y la Alhambra, lo mismo que una belleza que va pasando, estaba triste y desierta en medio de sus jardines solitarios. La Torre de las Infantas, antigua residencia de las tres bellas princesas moras, participaba del abandono general: las arañas cubrian las paredes con sus telas, los murciélagos se anidaban en los artesonados dorados de aquellos salones que habian sido hermoseados con la presencia de Zaida, Zoraida y Zulima. Con todo, esta torre habia sido abandonada por motivos diferentes y anteriores á aquellos que impedian habitar el resto del edificio. Algunas ideas supersticiosas se habian esparcido por la vecindad. Se decia que el alma de la jóven Zulima, que habia perecido en la torre, se aparecia alguna vez á la luz de la luna sentada al lado de la fuente, ó gimiendo entre las almenas y que algunos al pasar cerca del arroyo habian oido á media noche los sonidos de su laud de plata.

Por fin la ciudad de Granada recibió todavía soberanos en sus muros. Todos saben que Felipe V fue el primer príncipe de la casa de Borbon que reinó en la Península, y que se casó de segundas nupcias con la hermosa Isabel de Parma: todos saben tambien por qué reunion de circunstancias un rey francés y una reina italiana ocuparon el trono de España. Se compuso y adornó la Alhambra con toda la posible diligencia para recibir estos soberanos ilustres. La llegada de la corte cambió totalmente el aspecto de aquel palacio por tanto tiempo solitario. El sonido de las trompetas y tambores, el ruido de los caballos en los patios y avenidas, las armas y banderas que se veian brillar en las almenas, recordaban el antiguo esplendor guerrero de la fortaleza. Una magnificencia de un género mas amable reinaba

Ayuntamiento de Madrid

en el interior de las habitaciones reales. Se oia en las vastas antecámaras el ruido de la seda de los vestidos, el paso ligero y circunspecto, el acento delicado y modulado de las damas y los cortesanos. Gran número de pa-

ges y camaristas paseaba por los jardines, y los sonidos de la música italiana salian por todas las ventanas.

Entre los que formaban el séquito de los soberanos, se distinguia un jóven caballero, llamado Ruiz Alarcon. Con decir que era uno de los pages favoritos de la reina, está hecho el elogio de sus prendas personales, porque la orgullosa Isabel no admitia en su servicio mas que aquellos que eran notables por las gracias, la belleza ó la elegancia en los modales. Este page tenia diez y ocho años, y su talle esbelto recordaba las formas del jóven Antinóo. Cuando se hallaba en presencia de la reina, era reservado y juicioso; pero en el fondo era un calavera, mimado por todas las damas, y su conocimiento del corazon femenino era superior á su edad.

Una mañana corria este page los bosques del Generalife, que dominan la Alhambra: para divertirse en su paseo habia cogido un halcon favorito de la reina, y viendo un pájaro posado en un árbol, soltó su halcon. El pájaro se elevó en los aires, se arrojó sobre su presa; pero se le escapó, y continuó su vuelo por encima de los bosquecillos, sin cuidarse del page que lo llamaba. Este último siguió con la vista al fugitivo en su vuelo caprichoso, y le vió bajar sobre las almenas de una torre esterior de la Alhambra, construida á la orilla de un riachuelo que separaba esta fortaleza del territorio del Generalife. Era la Torre de las Infantas.

El page bajó al arroyo y se acercó á la torre; pero no tenia entrada por aquella parte, y su altura prodigiosa hacia imposible su escalo: buscando, pues, una puerta, hizo un largo rodeo para llegar al lado de la torre que corresponde al interior de las murallas.

Delante de la torre habia un jardinito cercado de una empalizada cubierta de mirto: abrió la reja, y pasando por medio de los cuadros de rosales, se acercó á la puerta: estaba cerrada. Sin embargo, un agujero que habia en la pared le facilitó ver el interior. Vió una salita de arquitectura árabe, cuyas paredes estaban adornadas de esculturas y arabescos, y que en medio de las columnas esbeltas que habia en ella corria una fuente rodeada de rosales. En el centro de la sala habia una jaula suspendida que encerraba un pájaro; debajo de la jaula dormia un hermoso gato sobre un sillon, próximo á una mesa, en la que habia objetos pertenecientes á labores femeninas; cerca de la fuente habia un laud adornado de cintas.

Ruiz de Alarcon quedó altamente sorprendido al ver en una torre que creia deshabitada estos vestigios de elegancia femenina. Se acordó de los cuentos que circulaban sobre la Alhambra, y pensó que el gato dormido podria ser una princesa.

Llamó quedito á la puerta: un rostro hermoso como el de un ángel se asomó á una ventanita superior; pero inmediatamente se retiró. Aguardó esperando siempre que abririan la puerta; pero aguardó en vano. No se escuchaba el mas leve ruido en las habitaciones; todo estaba silencioso: ¿sus ojos le habian engañado? ¿ó bien esta hermosa aparicion era una hada que habitaba la torre? Llamó de nuevo y con mas fuerza. Un instante despues volvió á aparecer el hermoso rostro: era una jóven de quince años mas fresca que la rosa.

Ayuntamiento de Madrid

El page se quitó inmediatamente su sombrero con plumas, saludando con gracia, y pidió en los términos mas políticos se le permitiese subir á la torre para buscar su halcon estraviado.

«No me atrevo, señor, contestó la jóven ruborizándose: mi tia me lo ha prohibido.

—Os lo pido encarecidamente, hermosa jóven: ese pájaro es el favorito de la reina; no puedo volver al palacio si no me lo llevo.

—¿Sois, pues, un caballero de la corte?

—Sí, hermosa niña: perderia el favor de la reina y mi destino si no volviese con el halcon.

—¡Santa María! Justamente á los malos caballeros de esa corte es á quienes mi tia me ha encargado especialmente que cierre la puerta.

—Está muy bien hecho el cerrarla á los malos caballeros sin duda; pero yo no soy de esos: soy solo un pobre page, muy inocente, que se verá perdido, arruinado, si le negais lo que pide.»

El corazon de la jóven se conmovió de la afliccion del page: lástima era por cierto que causase su ruina por una falta tan ligera de complacencia. Ademas podia no ser del número de aquellos seres peligrosos que su tia le habia pintado como especie de caníbales, dispuestos á devorar las jóvenes imprudentes: ¡este era amable, modesto; tenia un aire tan cortés, tan respetuoso, con su sombrero en la mano! ¡su rostro era tan hermoso!

El astuto page conoció que la guarnicion pensaba capitular, y redobló sus ruegos en términos tan urgentes, que era superior á las fuerzas de una muger el resistirse. Asi, pues, la jóven guarda de la torre bajó y abrió la puerta con mano trémula.

Si el page se habia admirado á la simple vista de las hermosas facciones de la jóven, se quedó estático cuando todas estas bellezas se ofrecieron á su vista.

Su corpiño andaluz y su elegante basquiña dibujaban sus delicados contornos con una proporcion perfecta, manifestando no habian aun llegado á su total desarrollo. Sus negros y brillantes cabellos estaban divididos sobre su frente con escrupulosa exactitud. Una fresca rosa, segun la costumbre del pais, era todo el adorno de su peinado. El ardor del sol en aquel clima abrasador habia tostado ligeramente su tez; pero esto hacia resaltar mas el vivo sonrosado de sus mejillas y el brillo de sus hermosos y apacibles ojos.

Ruiz de Alarcon reparó en todo esto con una mirada, porque no habia que perder tiempo. Pronunció algunas palabras de agradecimiento, y subió corriendo la escalera de la torre, recogió el halcon, y volvió á bajar con él en el puño.

En esto la jóven se habia sentado al lado de la fuente, y procuraba devanar una madeja de seda; pero con su turbacion dejó caer el ovillo. El page le levantó al punto, y doblando una rodilla con galantería, lo presentó á la jóven: al alargar esta la mano para tomarle, imprimió en aquella hermosa

mano un beso mas ardiente que ninguno de los que habia impreso en la real mano de su soberana.

«¡Ave María, señor! esclamó la jóven ruborizándose de sorpresa y confusion, porque nunca habia recibido una galantería semejante.»

El modesto page pidió mil perdones, y le aseguró que era la costumbre de la corte para esplicar asi el mas profundo respeto.

La cólera de la jóven, si es que la habia tenido, se tranquilizó luego; pero siguió con su turbacion y agitada, y con los ojos bajos, ruborizándose cada vez mas y enredando la madeja que queria devanar.

El page conoció la confusion que reinaba en el campo enemigo: de buena gana se hubiera aprovechado; pero cuantas palabras iba á pronunciar espiraban en sus labios.

Ayuntamiento de Madrid

Sorprendido estaba al verse intimidado ante una inocente jóven de quince años, despues de haber figurado con tanta gracia y descoco en las tertulias de las damas mas esperimentadas de la corte.

La inocente jóven tenia en efecto en su pudor y en su inocencia defensores mas seguros que las puertas y cerrojos de su tia. Pero ¿qué corazon femenino resiste á las primeras emociones del amor? La inocente niña, con toda su inocencia, comprendió lo que los trémulos labios del page querian en vano esplicar; y su pecho palpitó cuando vió por primera vez un amante á sus pies.

Sin embargo, la timidez del page, aunque sincera, fue de corta duracion; y ya iba recobrando su confianza y serenidad acostumbradas, cuando se oyó una voz agria.

«¡Mi tia vuelve de misa! esclamó la jóven asustada. ¡Por Dios, señor, idos!

—No me voy si antes no me concedeis como una memoria vuestra esa rosa que adorna vuestros cabellos.»

Se apresuró á sacar la flor de entre sus negras trenzas, y dijo avergonzándose:

«Tomadla; pero marchaos, os lo suplico.»

El page tomó la rosa, la llenó de besos, como igualmente la hermosa mano que la daba, se puso el sombrero, y llevando en el puño el halcon, salvó en dos ó tres saltos el jardinito, llevándose consigo el corazon de Jacinta.

Cuando entró la buena de la tia en la torre, notó en la agitacion de su sobrina el desórden que reinaba en la habitacion: una palabra fue suficiente para esplicarla todo: un halcon habia perseguido á su presa hasta la sala.

«¡Dios nos ayude! un halcon volar hasta el interior de la torre. ¡Vióse nunca atrevimiento semejante! ¡Pues que el pájaro en la jaula no estará ya seguro!»

La vigilante Fredegunda era una dueña anciana y esperimentada. El terror y la desconfianza que le habia siempre inspirado lo que llamaba el sexo enemigo, se habian aumentado gradualmente por un largo celibato. Esto no nacia de que hubiese sufrido con los artificios de los hombres: la naturaleza la habia provisto de una defensa suficiente con la fealdad de su rostro; pero es sabido que las mugeres que menos tienen que temer estan mas dispuestas á velar sobre las vecinas, que estan mas espuestas á la seduccion.

Su sobrina era hija huérfana de un militar, se habia criado en un convento, y hacia poco habia venido á estar bajo la tutela de su tia. Semejante á una rosa que florece oculta en un matorral, vejetaba en el asilo solitario donde la guardaban los vigilantes cuidados de su tia: no hemos empleado esta comparacion por ornato, porque la temprana belleza de esta jóven habia llamado la atencion aun en su soledad, y todos los vecinos de aquellas cercanías, con el talento poético particular de los andaluces, la habian apellidado *la Rosa de la Alhambra*.

La tia redobló su vigilancia mientras estuvo la corte para librar á su sobrina de las uñas de los halcones, título que regalaba á todos los cortesanos, á causa de la prevencion que la animaba contra ellos, y quien ademas estaba íntimamente convencida de que con gran dificultad podria hallarse entre ellos otra cosa que seducciones para pervertir á las jóvenes, y se felicitaba del buen resultado de sus medidas. Por las noches solian oirse canciones acompañadas con la guitarra en los bosquecillos que circundan la torre, y esto causaba alguna inquietud á la buena tia; pero en estas ocasiones aconsejaba á su pupila que no diese oidos á estas músicas pérfidas, asegurándola que este era uno de los medios empleados por el sexo enemigo para engañar y perder á las jóvenes imprudentes; pero ¿qué puede hacer un sermon frio contra una serenata dada á la luz de la luna?

Por fin Felipe V, abreviando la jornada que debia pasar en Granada, partió con todo su séquito. La vigilante Fredegunda fue á ver salir la brillante comitiva por la puerta de la Justicia. Asi que perdió de vista el último estandarte, se volvió triunfante á la torre, satisfecha de verse libre en adelante de la vigilancia continua á que se habia visto con-

Ayuntamiento de Madrid

denada por la presencia de la corte. Sorprendida quedó al ver un hermoso caballo árabe atado á la puerta del jardin. Vió horrorizada por entre los rosales á un jóven ri-

camente vestido arrodillado á los pies de su sobrina. Al ruido que hizo se levantó este, pronunció un tierno á Dios, salvó ligeramente la distancia, saltó en su caballo, y se perdió de vista en un instante.

La sensible Jacinta, en su mortal afliccion, olvidó todo temor de desagradar á su tia, y echándola al cuello sus brazos prorumpió á llorar.

«¡Desgraciada de mí! decia sollozando, se ha marchado; no le veré mas.

—¡Se ha marchado! Pero ¿de quién hablas? ¿Quién es ese jóven que he visto á tus pies?

—Un page de la reina, querida tia, que ha venido á despedirse de mí.

—¡Un page de la reina, hija mia! dijo la vigilante Fredegunda con voz alterada. ¿Y cuándo y cómo has conocido á ese page?

—El dia que el halcon vino á la torre; era el alcon de la reina, y el page vino en su busca.

—¡Ah hija imprudente! sabe que los halcones mas peligrosos son estos pages libertinos, y precisamente hacen su presa en pájaros inocentes como tú.»

La tia al principio se irritó al saber que á despecho de la vigilancia que tanto habia encomiado, los jóvenes amantes habian seguido una tierna correspondencia á su misma vista; pero cuando conoció que la sencilla jóven, aunque espuesta, sin rejas ni cerrojos para protegerla á todos los artificios del sexo enemigo, habia salido pura de esta lucha terrible, se consoló creyendo que esta dicha era debida á las máximas prudentes y virtuosas que la habia inculcado.

Mientras que la tia hacia estas reflexiones como calmante á su orgullo ofendido, la sobrina recordaba para grabarlos en su corazon los juramentos y protestas de fidelidad tantas veces repetidos por el page. Pero ¿qué es el amor de un hombre errante? Un arroyo vagamundo que acaricia las flores de sus orillas, pasa y las deja bañadas de lágrimas.....

Los dias, las semanas, los meses, se pasaban sin que se recibiesen noticias del page. Las granadas maduraron, la vid dió su fruto, las lluvias de otoño bajaron convertidas en torrentes de los montes, la Sierra Nevada se cubrió con su capa blanca, y los vientos helados del invierno zumbaron en las desiertas salas de la Alhambra; no vino. La hermosa primavera volvió con sus cantos, con sus flores y su atmósfera embalsamada; las nieves se derritieron, y desaparecieron gradualmente, escepto en la cima de la sierra: no se volvió á oir hablar del page inconstante.

Entre tanto la infeliz Jacinta iba cada dia quedándose mas pálida y melancólica. Sus antiguas faenas, sus distracciones la fastidiaban; sus madejas de seda estaban embrolladas, su guitarra destemplada, abandonadas sus flores: ya no escuchaba los gorgeos de su pajarito; y sus ojos, antes tan brillantes y serenos, estaban cubiertos de lágrimas. Si hay algun retiro solitario propio para alimentar los tiernos pesares de una hermosa abandonada, es sin disputa la Alhambra, donde cada objeto parece hecho para inspirar amorosas ilusiones. Para dos amantes es un paraiso; pero ¡cuán triste es para una bella sola, y no solamente sola, pero abandonada!

Ayuntamiento de Madrid

«Desgraciada hija mia, decia la prudente, la inmaculada Fredegunda cuando veia á su sobrina en uno de sus accesos de tristeza: ¿no te habia advertido que te guardases de las astucias de esos hombres malos? Ademas ¿qué podias esperar de una familia orgullosa y ambiciosa, tú, pobre huérfana, descendiente de una casa pobre y abatida? Ten por seguro que aun cuando tu amante hubiese sido fiel, su padre, uno de los nobles mas orgullosos de la corte, se hubiera siempre opuesto á su enlace con una jóven oscura y sin fortuna como tú. Resígnate á tu suerte, y aparta de tu imaginacion semejante idea.»

Los consejos de la inmaculada Fredegunda no servian mas que para irritar los pesares de su sobrina; pero procuró ocultarlos á su tia. Una noche calurosa de estío se habia quedado hasta muy tarde, despues de retirarse su tia, en la sala de las fuentes, y sentada cerca de ella traia á la memoria sus amores: allí el page inconstante arrodillado á sus pies habia besado por primera vez su mano; allí le habia jurado repetidas veces serle fiel. El corazon de la pobre niña se hallaba oprimido de tristes y tiernos recuerdos, sus lágrimas corrian abundantemente y aumentaban el raudal de la fuente: de pronto el agua cristalina se agitó por grados, y empezó á hervir; á pocos instantes se elevó de entre sus ondas una hermosa figura de muger, vestida ricamente á lo moro.

Jacinta se sorprendió y atemorizó tanto, que salió de la sala y no se atrevió á volver á entrar. Al dia siguiente refirió á su tia lo que habia visto; pero la buena señora le dijo que eran visiones de su calenturienta imaginacion, ó tal vez que se habria quedado dormida al lado de la fuente y habria soñado.

«Te habrás acordado de la historia de las tres princesas moras que han habitado esta torre, y su recuerdo se ha confundido en tus sueños.

—¿Qué historia, tia mia? Jamás he oido hablar de ella.

—Por fuerza habrás oido hablar de las tres princesas Zaida, Zoraida y Zulima que el rey su padre tenia encerradas en esta torre y que consintieron en huir con tres caballeros cristianos. Las dos mayores ejecutaron su proyecto; pero la tercera no tuvo valor para efectuarlo, y dicen que murió en esta torre.

—Ahora me acuerdo de todo eso, dijo Jacinta. Me acuerdo haber llorado muchas veces pensando en la suerte de la amable Zulima.

—Y no sin motivo llorabas, porque su amante fue uno de tus abuelos. Por mucho tiempo estuvo inconsolable de la pérdida de su princesa mora; pero el tiempo mitigó su dolor, y se casó con una dama española, de cuya union desciendes.»

Jacinta reflexionó profundamente en estas palabras:

«Estoy segura, se decia á sí misma, que lo que he visto no es una vision de mi imaginacion. Si en efecto es el alma de Zoraida la que he visto vagar en la torre, ¿qué puedo temer de ella? Esta noche velaré al lado de la fuente: tal vez repita su visita.»

A la media noche, cuando todo estuvo tranquilo, vino á sentarse en la sala. A la primera campanada del reloj de la Alhambra la fuente se agitó como la víspera, empezó á hervir, y de sus ondas salió la dama mora. Era jóven y hermosa, sus vestidos brillaban con el oro y pedrería de que estaban cubiertos, y llevaba en su mano un laud de plata. Jacinta temblaba, y estaba próxima á desmayarse; pero la tranquilizó la voz dulce, al par que doliente, de la fantasma, y la espresion cariñosa de su rostro pálido y melancólico.

«Hija de los hombres, dijo, ¿qué causa produce tu afliccion? ¿Por qué turbas mi fuente con tus lágrimas? ¿Por qué interrumpes el silencio de la noche con tus suspiros y quejas?

—Lloro la perfidia de los hombres; me quejo de mi soledad y abandono.

—Ten ánimo; tus penas pueden concluir. En mí ves una princesa mora, que lo mismo que tú fue desgraciada en sus amores. Un caballero cristiano antepasado tuyo conquistó mi corazon, y debia llevarme á su patria y al seno de la iglesia cuya fe profesaba. Yo me habia convertido de corazon á esta fe; pero en el momento de huir no tu-

Ayuntamiento de Madrid

ve valor, estuve algun tiempo indecisa. Para castigarme de esta culpa, Dios ha permitido á los espíritus malos ejerzan su poder sobre mí; y estoy encantada en esta torre y lo estaré hasta el momento en que una mano cristiana quiera romper el encanto. ¿Quieres acometer esta empresa?

—Si quiero, contestó la jóven trémula.

—Ven, pues, y nada temas. Mete la mano en la fuente, echa agua sobre mi cabeza y pronuncia las palabras del bautismo cristiano: asi se destruirá el encanto, y mi alma en pena encontrará descanso.»

La jóven se adelantó con paso trémulo; metió su mano en la fuente, sacó en su hueco agua y la echó sobre el pálido rostro de la fantasma.

Esta se sonrió con inefable benignidad, dejó caer su laud á los pies de Jacinta, cruzó sus blancas manos sobre su pecho, y se desvaneció en el aire como la lluvia formada por el caño de la fuente.

Jacinta salió de la sala llena de terror y espanto. No pudo dormir en toda la noche, y cuando al amanecer se despertó, despues de un sueño corto y agitado, creyó que aquella escena singular era un sueño que habia tenido. Al entrar en la sala vió la prueba de la verdad de aquella aventura en el laud de plata que brillaba á los rayos del sol naciente.

Corrió á ver á su tia y la contó lo que le habia sucedido. Como esta dudase, la obligó á que fuese á ver el laud como testimonio de la verdad de su historia. Si la buena señora conservaba aun alguna duda, se disipó cuando Jacinta tocó este instrumento, porque sacó sonidos tan dulces y armoniosos, que el corazon de la inmaculada Fredegunda, region perpetua de un invierno glacial, sintió una tierna conmocion. Solo una melodía sobrenatural podia producir tal efecto.

El poder estraordinario del laud se hizo cada dia mas evidente. Cualquiera que pasase cerca de la torre quedaba detenido como por un encanto, y estaba inmóvil en dulce éxtasis, sin atreverse apenas á respirar. Los pájaros de los jardines circunvecinos paraban sus gorgeos para escuchar aquella deliciosa melodía.

Pronto cundió la fama de aquel suceso. Los habitantes de Granada iban en gran número á la Alhambra para escuchar algunas notas de la música divina que se oia en las cercanías de la Torre de las Infantas.

Al fin la amable música salió de su retiro. Los ricos, los poderosos de la tierra trataban á porfia de festejarla y recibirla del modo mas honorífico, ó por mejor decir, disputaban entre sí quién poseeria los encantos del laud para atraer á su casa el enjambre de desocupados que eran de moda. La vigilante tia la acompañaba á todas partes, velando como un dragon á su lado, y teniendo á raya á los numerosos y apasionados admiradores que su melodía y belleza volvia locos. La fama de su armonía voló de ciudad en ciudad. Málaga, Sevilla, Córdoba esperimentaron á su vez la fuerza de este encanto: en toda Andalucía no se hablaba mas que de la hermosa música de la Alhambra. No es estraordinario produjese un efecto semejante en un pueblo tan sensible á la música y tan galante, cuando era tan hermosa y tañia un instrumento dotado de un poder mágico.

Mientras dominaba este furor musical en Andalucía, reinaban en la corte tristes manías. Sabido es que Felipe V fue un desgraciado hipocondriaco, sujeto á las mayores

rarezas. Ya se quedaba en la cama semanas enteras quejándose de males imaginarios;

Ayuntamiento de Madrid

ya queria absolutamente abdicar con gran disgusto de la reina, que no podia soportar la idea de descender del trono, y que sabia tener el cetro de su imbécil esposo con mano hábil y firme.

Para disipar los accesos de la hipocondría del rey, no se encontraba remedio mas eficaz que la música: por eso cuidaba la reina de tener en su corte los primeros talentos de este arte, y el célebre cantante Farinelli podia llamarse el primer médico de su magestad.

En la época de que hablamos, una manía mas estravagante que las demas se habia apoderado de la imaginacion del infeliz rey. Despues de un largo retiro por una enfermedad imaginaria, contra la cual se habian estrellado todos los esfuerzos músicos de Farinelli y los conciertos de la escogida orquesta de la corte, el monarca se figuró un dia que daba el último suspiro, y desde aquel momento se consideró como realmente muerto.

Esta manía hubiese sido muy inocente, y aun muy cómoda para la reina y los cortesanos, si el imaginario difunto hubiese querido permanecer en el reposo que conviene á un muerto; pero con gran sentimiento de todos, el rey insistia en que se celebrasen las ceremonias fúnebres convenientes en aquel caso: se enfadaba mucho de ver que no le enterraban, y reconvino vivamente á sus cortesanos por esta culpable é irreverente negligencia para con él. Embarazosa era la posicion. Desobedecer las órdenes formales del soberano era una cosa monstruosa, inaudita en aquella corte obsequiosa y ceremoniosa; por otra parte, obedecerle enterrándole vivo era un verdadero regicidio.

Estando afligidos con este suceso, oyó casualmente la reina hablar del menestral femenino que encantaba á los andaluces con su melodía, y se apresuró á mandarla venir á San Ildefonso, donde á la sazon se hallaba la corte.

Pocos dias despues, en el momento que su magestad se paseaba con sus damas en sus magníficos jardines, donde se habia procurado rivalizar con las bellezas magestuosas de Versalles, la célebre tocadora del laud le fue presentada. Isabel contempló algunos instantes la juventud, el aire sencillo y modesto de aquella criatura, con la que todos enloquecian. Vestia el trage pintoresco de su provincia, y llevaba en la mano su laud: de pie delante de la reina, estaba con los ojos bajos; pero la frescura de sus colores y su sencilla hermosura mostraban era la Rosa de la Alhambra.

Su tia, la vigilante Fredegunda, la acompañaba, y refirió su genealogía á la reina, que deseó saber todo lo que concernia á la interesante jóven. Si el solo aspecto de Jacinta habia prevenido en su favor á la orgullosa Isabel, la benevolencia de esta princesa se aumentó cuando supo que descendia de una familia noble, pero pobre, y que su padre habia muerto combatiendo lealmente por su rey.

«Si el poder de tu música iguala á lo que cuentan, dijo la reina, si consigues desterrar el humor sombrío que se ha apoderado de tu soberano, me encargo de tu fortuna, te colmaré de riquezas y honores.»

Impaciente por hacer la prueba, la reina llevó inmediatamente á la jóven á la cámara del maniático monarca.

Jacinta la siguió con los ojos bajos por entre los guardias, cortesanos y damas. Llegaron á un cuarto entapizado de negro. Las ventanas estaban herméticamente cerradas para que no penetrara la luz del dia: infinidad de velas de cera amarilla, encendidas y colocadas en candelabros de plata, esparcian una claridad lúgubre que permitia distinguir vagamente las figuras mudas é inmóviles de los asistentes al duelo, y á los cortesanos que andaban por la sala á pasos mesurados, y que procuraban arreglar sus rostros con el color de sus vestidos. Sobre un catafalco, en un féretro descubierto, yacia el muerto voluntario, las manos cruzadas sobre el pecho, y enseñando solo la punta de las narices.

La reina se adelantó en silencio, indicó á Jacinta un taburete en un rincon oscuro, y la hizo señas que se sentase y empezase.

Al principio tocó el laud con mano trémula; pero tranquilizándose gradualmente,

Ayuntamiento de Madrid

hizo oir sonidos de una melodía tan dulce, que todos los que los oian no podian creer procediesen de una simple mortal. El monarca, que ya se creia en el mundo de los espíritus, creyó era una música celestial. Varió sus temas, y uniendo al fin su voz al instrumento, cantó uno de los antiguos romances que pintan la gloria de la Alhambra y las hazañas de los árabes. Su alma entera se comunicó á su canto, porque los recuerdos de la Alhambra la traian á la memoria sus amores, sus desgracias. La estancia funeraria resonó con sus acentos vivificantes, penetraron hasta el entristecido corazon de Felipe: levantó la cabeza, miró en torno suyo; se sentó, sus ojos se reanimaron, y de pronto saltando del lecho mortuorio, pidió su espada y broquel.

El triunfo de la música, ó mas bien el del laud encantado, era completo. El diablo de la melancolía huyó, y se vió, por decirlo asi, resucitar un muerto. Se abrieron las ventanas; el brillante esplendor del sol español disipó las tinieblas de la sala mortuoria; todas las miradas buscaban á la amable encantadora: el laud se habia caido de sus manos, y ella misma hubiera caido desmayada á los pies de la reina si no la hubiese recibido en sus brazos y estrechado en su seno Ruiz de Alarcon.

La boda de esta dichosa parcja se celebró con gran magnificencia.

Pero detengámonos un instante: mis lectores me preguntarán cómo justificó Ruiz de Alarcon su largo olvido. La oposicion de un padre anciano, avaro y fanático en su nobleza, habia causado todo el mal: ademas los jóvenes que se aman sinceramente no estan mucho tiempo renidos, y la alegría de volverse á ver les hace olvidar pronto sus mutuas faltas.

¿Pero cómo su anciano padre, avaro y fanático en su nobleza, pudo consentir en su union?

Sus escrúpulos fueron fácilmente disipados con dos ó tres palabras de la reina, sobre todo cuando vió los favores de que colmaba á su hermosa favorita. Por otra parte, sabido es que el laud de Jacinta tenia un poder mágico, capaz de triunfar del corazon mas duro y del carácter mas obstinado.

¿Y qué se hizo del laud encantado?

¡Oh! eso es lo mas curioso de la historia y lo que prueba evidentemente su realidad. Este laud lo poseyó la familia de Alarcon; pero segun se asegura, Farinelli le robó por celos de artista. A la muerte de este cantante, cayó en poder de personas que ignorando su poder fundieron la plata, y emplearon sus cuerdas en encordar un violin viejo de Cremona. Estas cuerdas conservaron una parte de la virtud del instrumento, y la comunicaron á aquel en donde fueron puestas.

Dos palabras al oido, amigo lector; pero que se quede entre los dos. Este violin encanta aun á todo el mundo: ¡es el violin de Paganini! que por muerte de este ha pasado á manos de su discípulo Robbio.

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO XXIII.

EL VETERANO.

Entre las amistades originales que hice en mis escursiones en el recinto de la fortaleza, fue una de ellas un antiguo y valiente coronel de inválidos, que habitaba, anidado como un halcon, en lo alto de una de las torres árabes. Su historia, que le gusta referir, es un tejido de esas aventuras y desgracias que hacen la vida de la mayor parte de los españoles de marca, tan variada y singular como la de Gil Blas.

Pasó á América á la edad de catorce años, y cuenta, entre los acontecimientos mas notables y felices de su vida, sus entrevistas con el general Washington. Desde aquella época ha tomado parte en todas las guerras de su patria: puede dar una noticia exacta de todas las cárceles y calabozos de la Península; ha perdido una pierna, y está estropeado de todos sus dedos: en fin, se le puede mirar como un monumento vivo de las turbulencias de la España, pues que lleva sobre su persona las cicatrices de todas sus batallas y de todas sus revueltas, del mismo modo que estaba señalado por una cuchillada cada año el árbol de Robinson. La desgracia de este digno caballero es de haber mandado en Málaga en un tiempo de peligros y confusion, y haber sido nombrado general por los habitantes para protejerlos contra la invasion francesa. Esta circunstancia le ha dado tan justos derechos á reclamar la atencion y la justicia del gobierno, que me temo termine sus dias en la triste ocupacion de escribir ó hacer imprimir sus memorias. Para componerlas y darlas á luz, fatiga su cabeza, agota su bolsa y atormenta á sus amigos, que no pueden visitarle sin oir leer algunos de estos mortales documentos, de los cuales siempre tiene en el bolsillo una docena. Como este personaje hay una infinidad en España, y apenas se puede dar un paso sin encontrar algun mérito olvidado, maldiciendo en un rincon injusticias, reales ó imaginarias. Cuando un español tiene un pleito ó alguna reclamacion sobre perjuicios que cree le ha irrogado el gobierno, puede considerarse como empleado para el resto de sus dias.

Iba á menudo á visitarle á su habitacion, en la *Torre del Vino*. Su cuartito, arreglado con disciplina militar, dominaba sobre la vega: tres carabinas y un par de pistolas brillantes como el sol estaban colgadas en la pared, con un sable y un baston, y encima

Ayuntamiento de Madrid

de las armas habia dos sombreros de tres picos, uno para la parada y otro para diario. Una mesita, en la que habia media docena de libros, formaba su biblioteca, entre la cual se hallaba un tomito de máximas filosóficas, su lectura favorita: todos los dias le ojeaba y le meditaba, aplicándose cada máxima, por poco que tuviese alguna ligera idea de amargura é hiciese relacion á las injusticias del mundo.

Tal como le he pintado, tenia buen corazon y muy buena sociedad; y cuando olvidaba sus agravios y filosofía, tenia una conversacion agradable.

Me gustan estos antiguos militares, que han estado espuestos á tantos peligros y aventuras, que han tenido una vida tan trabajada; la relacion de sus anécdotas de campaña me ha interesado siempre.

En una de las visitas que le hice me contó algunos hechos curiosos relativos á un antiguo comandante del palacio que parece haber tenido con él conexiones singulares de carácter y fortuna. Estos hechos han sido corregidos y aumentados por las noticias que he adquirido, informándome de los inquilinos mas antiguos de la Alhambra, y sobre todo del padre de Mateo Jimenez, cuyo héroe favorito es el personaje que voy á presentar á mis lectores en las siguientes historietas.

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO XXIV.

EL GOBERNADOR Y EL SECRETARIO.

Hace muchos años que el gobierno de la Alhambra fue confiado una vez á un anciano caballero, que habiendo perdido un brazo en la guerra, era conocido generalmente con el nombre del *Gobernador manco*. Este veterano se gloriaba de su larga carrera militar: llevaba bigotes que le subian hasta los ojos, botas de montar y una espada toledana tan larga como una pica, y en cuya taza guardaba su pañuelo

Lo que mas le distinguia era su delicadeza sobre los puntos de etiqueta, y su firmeza en conservar sus privilegios y dignidades. Bajo su gobierno las prerogativas de la Alhambra, como sitio real, fueron severamente observadas. Solo á pocas personas y de cierto rango les permitia entrar en la fortaleza con armas de fuego ó con espada; y los que se presentaban á caballo se veian obligados á bajar de él delante de la puerta principal y llevarlo de la brida. Como la colina de la Alhambra se eleva en el centro de la ciudad de Granada, de la cual parece ser una escrescencia, debia ser en todo tiempo un motivo de disgusto para el capitan general que manda en todo aquel reino el tener asi á la vista un pequeño puesto independiente de su autoridad y en medio de su jurisdiccion. En la ocasion presente este disgusto se hacia notar de un modo mas desagradable por efecto del carácter rígido y celosa suspicacia del anciano gobernador, que tomaba el cielo con las manos á la menor cuestion de autoridad ó jurisdiccion; y el modo de vivir de la gente sin conciencia que se habia poco á poco refugiado en el recinto del fuerte como á un sagrado, daba ocasion muchas veces á semejantes contestaciones.

En este estado de cosas, el capitan general y el gobernador estaban siempre de punta y en hostilidad; pero sobre todo el último, que se reconocia el mas inferior, se encontraba mas irritado y mas obstinado cuando se trataba de defender su dignidad, como el mas débil de dos reyes vecinos es siempre mas exigente sobre el punto de honor. El palacio del capitan general está situado en la Plaza Nueva, cercano á la colina de la Alhambra, y siempre está lleno de tropas, criados, funcionarios públicos, en fin, toda clase de personas atraidas por sus negocios, ó por hacer la corte á la primera autoridad del reino. Un bastion de la fortaleza domina la plaza, y el palacio está enfrente de este úl-

Ayuntamiento de Madrid

timo: sobre este bastion el gobernador acostumbraba pasearse vestido de gran uniforme, ceñida su espada toledana, y acechando á su rival como un halcon desde un árbol seco espía la presa que ansía devorar.

Siempre que iba á la ciudad iba de gran parada, á caballo, rodeado de sus guardias, ó bien en su coche de ceremonia, antiguo y pesado edificio español, de madera esculpida y cuero dorado, tirado por ocho mulas, y al rededor del cual marchaban criados y lacayos, mientras le precedian batidores. En estas ocasiones el digno gobernador se lisonjeaba escitar en todos aquellos que le contemplaban la admiracion y veneracion que creia eran debidas á un virey. Los burlones de la ciudad, sobre todo los que visitaban al capitan general, se reian de esta pompa en miniatura, y haciendo alusion al carácter de los súbditos de este potentado, le llamaban el rey de los pobres.

Uno de los motivos que mas disputas ocasionaba entre estos dos rivales era el derecho que reclamaba el gobernador de hacer pasar por la ciudad sin pagar derechos, ni sufrir registro, todas las cosas necesarias para su uso ó el de su guarnicion. Gradualmente este privilegio habia dado lugar á un contrabando escandaloso. Infinidad de contrabandistas habitaban las cabañas de la fortaleza y las cuevas de sus cercanías, y sus negocios prosperaban por medio de connivencia con los soldados de la guarnicion.

Estos abusos llamaron finalmente la atencion del capitan general. Consultó á su consejero legal, á su *fac totum*, un astuto escribano, que se alegraba con toda su alma siempre que podia molestar al viejo potentado de la Alhambra, y envolverlo en algun negocio litigioso.

Aconsejó al capitan general insistiese en el derecho de registrar cuantos géneros entrasen en la ciudad, y redactó una larga carta en la que establecia este derecho.

El Gobernador manco, soldado viejo que no sabia mas que marchar adelante, y cortar y romper las dificultades, aborrecia á los curiales mas que al demonio, y á este escribano mas que á todos juntos.

«¿Cómo, dijo, rizándose fieramente su bigote, el capitan general me lanza este hombre de pluma para embarazarme y confundirme con sus sutilezas? Pues bien: yo le haré ver que un soldado viejo no se deja llevar por los curiales.»

Tomó la pluma y escribió con mano torpe una carta muy breve, en la cual apoyaba simplemente su derecho de libre tránsito, y amenazaba á cualquier dependiente del resguardo que fuese osado á poner su profana mano sobre géneros protegidos por el pabellon sagrado de la Alhambra. Mientras esta cuestion se agitaba entre las dos autoridades, acontenció que una mula cargada de provisiones para la fortaleza se presentó á la puerta del Genil, por la cual era preciso pasar para atravesar la ciudad, y de alli subir á la colina. Este convoy era escoltado por cierto viejo, cabo de escuadra, gruñon, al par que valiente, que habia servido mucho tiempo á las órdenes del gobernador, y á quien este estimaba mucho por parecérsele y ser tan duro, tan inflexible como su hoja de Toledo. Al acercarse á la puerta de la ciudad, el cabo colocó el pabellon de la Alhambra sobre la albarda de la mula, y tomando él mismo una posicion perfectamente perpendicular, marchó adelante con la cabeza erguida, pero mirando á todos lados como un perro que pasa cerca de un enemigo y se prepara á recibirle.

«¿Quién va allá? dijo el centinela.

—Soldado de la Alhambra, contestó el cabo sin volver la cabeza.

—¿Qué llevais ahí?

—Víveres para la guarnicion.

—Adelante.»

El cabo continuó su camino seguido del convoy; mas apenas habia dado algunos pasos, una partida del resguardo se echó sobre él.

«Alto, gritó el gefe: para, arriero, y ábrenos tus fardos.»

El cabo se volvió, se puso en órden de batalla y les dijo:

«Respetad el pabellon de la Alhambra: estos objetos son para el gobernador.

—Nosotros nos burlamos completamente

Ayuntamiento de Madrid

del gobernador y de su pabellon. Arriero, párate he dicho.

—Entonces detened el convoy á vuestra

cuenta y riesgo, dijo, preparando su fusil: arriero, anda.»

El arriero dió un fuerte latigazo á la mula; el dependiente echó mano á la brida, y el cabo apuntándole disparó y lo dejó muerto.

Al instante se alborotó toda la calle. Prendieron al agresor, y despues de haber sufrido los puntapies y puñadas que el populacho español administra generalmente como rigores de la ley, fue cargado de cadenas y llevado á la cárcel pública. A sus compañeros se les permitió continuar su camino con el convoy despues de haberle registrado á su sabor.

El anciano gobernador dió un salto hasta el techo cuando supo el insulto hecho á su pabellon y cabo. Por algun tiempo desfogó su rabia paseándose por los salones de la Alhambra, y la evaporó en las almenas lanzando miradas furiosas sobre el palacio del capitan general. Cuando se calmó el primer ímpetu de su cólera, envió un mensajero pidiendo la entrega del cabo, pues como gobernador de aquel sitio le pertenecia de derecho el juzgar á aquellos á quienes mandaba. El capitan general auxiliado del escribano contestó una larga carta en la cual argüia á su favor diciendo que el delito se habia cometido en la ciudad y contra uno de sus oficiales civiles, lo que ponia al delincuente bajo su jurisdiccion. El gobernador respondió repitiendo simplemente su demanda, á la cual le contestó su rival por un alegato mas estenso y mas lleno de frases de derecho. El gobernador se acaloró y fue mas perentorio en sus exigencias, y el otro mas calmoso y prolijo en sus respuestas: al fin el viejo soldado rugia como un leon al verse enredado en las revueltas de este laberinto curial.

El escribano no perdia el tiempo en tanto, y mientras se divertia con el irascible gobernador, seguia con actividad la causa del cabo que estaba en un calabozo con grillos, y que no podia hablar con sus amigos mas que por una ventanilla enrejada.

Se presentaron contra el pobre infinidad de testigos y pruebas, cuyas declaraciones, segun los procedimientos españoles, manejadas por el diestro escribano, terminaron por confundir al pobre infeliz. Fue convencido de asesinato, y sentenciado á morir ahorcado.

En vano protestó desde la Alhambra el gobernador: sus quejas, sus amenazas fueron inútiles. El dia fatal se aproximó, y el cabo fue puesto en capilla.

Cuando el anciano gobernador vió las cosas en este estado, se decidió á tomar una parte activa en ellas: para este efecto pidió su coche de ceremonia, y bajó á la ciudad con toda su escolta y servidumbre: paró á la puerta de la casa del escribano, é hizo que le llamasen.

Sus ojos se inflamaron cuando vió acercarse á la portilla al astuto legista, cuya fisonomía descubria el triunfo interior.

«¿Qué es lo que acabo de saber? dijo el gobernador: me han dicho que ibais á ajusticiar á uno de mis soldados.

—Todo se ha hecho con arreglo á la ley y con sujecion á las mas estrictas fórmulas de la justicia, dijo el escribano con aire de suficiencia y frotándose las manos; puedo enseñar á V. E. las declaraciones escritas de

Ayuntamiento de Madrid

los testigos que han servido de base para la causa.

—Quiero verlas,» dijo el gobernador.

El escribano corrió á su despacho, encantado de tener una ocasion de hacer parada de su talento á costa del obstinado veterano.

Volvió cargado con un enorme legajo de

papeles, y empezó á leer una larga deposicion con la volubilidad ordinaria de los de su oficio. Al mismo tiempo un gran número de espectadores atraidos por la curiosidad se habian reunido en derredor, y escuchaban con la boca abierta.

«Amigo mio, dijo el gobernador al escribano, subid al coche y salid de entre ese gentío que me impide oiros.»

El escribano subió al coche: inmediatamente se cerró la portilla, el cochero sacudió el látigo, y mulas, coche, guardias, todo desapareció como un relámpago, dejando á todos estupefactos y atónitos.

El gobernador no se detuvo hasta que tuvo á su presa en uno de los mas profundos y seguros calabozos de la Alhambra.

Al momento envió un parlamentario proponiendo un cange de prisioneros, el cabo por el escribano. El orgullo del capitan general estaba herido: contestó con una negativa insultante, y mandó construir una horca de una altura prodigiosa en la Plaza Nueva para la ejecucion del cabo.

«¡Oh, oh! dijo el gobernador; lleva adelante el juego: veremos quién pierde.»

Inmediatamente mandó levantar una horca sobre la muralla que da enfrente de la plaza.

«Ahora, le decia en un mensaje al capitan general, cangead mi soldado cuando gusteis; pero estad seguro que en cuanto le vea colgado en la plaza, veis á vuestro escribano bailar en el aire.»

El capitan general fue inflexible. Las tropas se formaron, y el reo empezó á caminar al cadalso. Gran número de espectadores se habian reunido para presenciar la ejecucion. El gobernador en tanto se paseaba de gran uniforme sobre la muralla, y hacia sonar la campana en la torre para anunciar la muerte del escribano.

La esposa de este, atravesando el gentío, rodeada de sus hijos, fue á echarse á los pies del capitan general suplicándole no sacrificase la vida de su marido, el apoyo y amparo de sus numerosos hijos y de ella misma á un punto de orgullo.

«Bien conoceis al anciano Gobernador manco para dudar que cumplirá su amenaza si ahorcais al soldado.»

El capitan general se conmovió de los sollozos y súplicas de la muger é hijos. Envió al cabo á la Alhambra, escoltado de soldados y con su trage de reo, con el que llevaba erguida la cabeza. Se pidió al escribano, segun el convenio propuesto por el gobernador. Le sacaron del calabozo, y el que antes era tan orgulloso y arrogante, apareció mas muerto que vivo; su presuncion vana habia desaparecido: sus cabellos, segun cuentan, habian encanecido, y marchaba con la vista estraviada, la cabeza abatida como si hubiese sentido en su cuello el contacto de la cuerda fatal. El gobernador cruzó el único brazo que tenia, le miró un instante con fiera sonrisa, y le dijo:

«De hoy en adelante moderad vuestro celo por enviar gente á la horca, y no os creais seguro siempre porque tengais de vuestra parte la ley; pero sobre todo no os burleis otra vez de un soldado viejo.»

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO XXV.

EL GOBERNADOR MANCO Y EL SOLDADO.

En el tiempo que este gobernador de que hemos hablado tenia la Alhambra sobre un pie militar, se cansó un dia de las quejas que le dirigian continuamente sobre los habitantes de la fortaleza, que se habia efectivamente convertido en una guarida de vagamundos y contrabandistas, y mandó hacer una batida, no solamente en el fuerte, sino en todas las cuevas adyacentes, y purgó aquellos sitios de gente vagamunda, y cuyo modo de vivir era problemático. Hizo rondar ademas las avenidas

y senderos por patrullas, que tenian órden de arrestar á todas las personas sospechosas.

Una hermosa mañana de verano, una patrulla compuesta del antiguo cabo ya citado en el negocio del escribano, de un trompeta y dos soldados, descansaban á la sombra á los pies de la muralla del Generalife, en el camino del Monte del Sol: no hacia mucho tiempo que estaban allí, cuando oyeron los pasos de un caballo, y en seguida una voz varonil que entonaba un cántico antiguo de guerra.

No tardaron en ver á un hombre vigoroso, de tez tostada por el sol, y con un uniforme usado de infantería, conduciendo por la brida un soberbio caballo árabe enjaezado á la antigua usanza mora.

Sorprendidos al ver un soldado, á quien no conocian como compañero, bajar de aquel monte solitario con un caballo tan arrogante, se adelantó el cabo y le gritó:

«¿Quién vive?

—Amigo.

—¿Quién sois?

—Un pobre soldado que vuelve del ejército, trayendo por toda recompensa de sus servicios la cabeza rota y la bolsa vacía.»

Diciendo estas palabras se les habia acercado, y pudieron examinar su persona con cuidado: vieron que efectivamente tenia un vendaje en la cabeza, y que su barba, que empezaba á encanecer, junto con un movimiento de ojos bastante picaresco, le daba un aire de fiereza.

Ayuntamiento de Madrid

Despues de haber contestado á las preguntas de la patrulla, el soldado creyó tener derecho de preguntar á su vez:

«¿Me será permitido preguntaros qué ciudad es esa que veo al pie del monte?

—Buena pregunta, dijo el trompeta: ¿os burlais de nosotros? ¿Un hombre que anda por el Monte del Sol nos pregunta el nombre de la ciudad de Granada?

—¡Granada! ¡Santa Madre de Dios! ¿Es posible?

—Y muy posible, contestó el trompeta: y aquellas torres son las de la Alhambra.

—Hijo de un trompeta, no me burlo, dijo el soldado; pero si en efecto es la Alhambra la que veo, tengo cosas estraordinarias que revelar á su gobernador.

—Por eso no os apureis, dijo el cabo, porque en este momento os vamos á llevar á su presencia.»

Al mismo tiempo el trompeta echó mano á la brida del caballo, los dos soldados le cogieron cada uno por un brazo, y el cabo á la cabeza, dijo:

«De frente, marchen.»

Y se encaminaron á la Alhambra.

La vista del soldado andrajoso, y el hermoso caballo árabe conducido por la patrulla, atrajo la atencion de todos los desocupados de la fortaleza y de las comadres que se reunen al rededor de los pozos y fuentes todos los dias. El cabo que iba subiendo del pozo quedó suspendido, y la criada que lo subia se quedó con la boca abierta viendo pasar al cabo con su preso. Numeroso acompañamiento seguia á la patrulla á medida que se adelantaba.

Por todas partes se hacian señas, se miraban, se comunicaban las conjeturas, las suposiciones. Uno decia: «Es un desertor;» otros «un contrabandista, un bandolero.» En fin, hubo quien aseguró que era un capitan de ladrones que habia sido preso por el valiente cabo y su tropa.

«Bueno, bueno, decian las viejas: capitan ó no, que se libre si puede de la garra de nuestro gobernador: no tiene mas que una, pero buena.»

El Gobernador manco en tanto, sentado en una de las salas interiores de la Alhambra, tomaba su chocolate con su confesor, fraile francisco, de colorados mofletes. Una jóven de ojos negros, modestamente inclinados al suelo, hija de su ama de gobierno, les servia. La maledicencia afirmaba que esta jóven bonita, á pesar de su aire modesto, era una solemne bribona, que habia encontrado el lado débil del corazon de hierro del viejo gobernador, y le manejaba á su antojo; pero esto no pertenece á la historia: los negocios domésticos de estos grandes personajes no deben examinarse muy de cerca.

Cuando se dió parte al gobernador que un hombre sospechoso habia sido arrestado en el momento de rondar la fortaleza, y se encontraba en el patio esterior bajo la custodia del cabo esperando las órdenes de S. E., el corazon de este digno hombre se llenó de gozo y orgullo. Devolvió su jícara á la modesta jóven, pidió su espada de cazoleta y se la ciñó, se arregló los bigotes, se sentó en un sillon de respaldo, tomó un aire formidable, y mandó que compareciese el prisionero. El soldado compareció cogido y acompañado

del cabo. Conservaba siempre cierto aire de resolucion y firmeza, y correspondió á la mirada penetrante y escudriñadora del gobernador con un rostro burlon, que no agradó mucho al viejo y cosquilloso gefe.

«Acusado, le dijo despues de haberle considerado un momento en silencio: ¿qué teneis que decir en defensa vuestra? ¿quién sois?

—Un soldado que vuelve de la guerra y no trae de ella mas que heridas y contusiones.

Ayuntamiento de Madrid

—¡Un soldado!.... ya.... ¿y segun vuestro uniforme pareceis de infantería? Pero me han dicho que teneis un hermoso caballo árabe. ¿Sin duda le traeis del ejército, ademas de vuestras heridas y contusiones?

—Con permiso de V. E. tengo que decir cosas estraordinarias con respecto á ese caballo, cosas maravillosas, y que ademas interesan á la seguridad de la fortaleza, de la ciudad de Granada y aun del reino. Pero solo puedo confiarlas á V. E. en persona, ó en presencia de aquellos de su mayor confianza.»

El gobernador reflexionó un rato; despues mandó al cabo y á los soldados se retirasen á la parte esterior de la puerta, prontos á entrar á la menor señal.

«Este reverendo fraile, añadió, es mi confesor, no debeis tener dificultad en hablar; y esta jóven, y la designó con la cabeza, esta jóven tiene mucha prudencia y discrecion, y se le pueden confiar los mayores secretos.»

El soldado lanzó una mirada entre burlesca y galante á la jóven, y dijo:

«Consiento en hablar delante de ella.»

Cuando quedaron los cuatro solos, el soldado, con un estilo que parecia superior á su condicion, empezó como sigue:

«Obedeciendo á las órdenes de V. E., le diré que soy, como ya he declarado, un pobre soldado que me he encontrado en algunas famosas batallas; pero habiendo cumplido me licenciaron en Valladolid, y de alli marché á pie para venir á mi pueblo, que está en Andalucía. Ayer á puestas de sol por una vasta llanura de Castilla la Vieja....

—Alto ahí, dijo el gobernador: ¡cuidado con lo que decís! Castilla la Vieja está cien leguas de aqui.

—Ya lo sé, contestó el soldado sin desconcertarse; pero ya he prevenido á V. E. que tenia cosas estraordinarias que contarle; mas son tan verdaderas como estrañas, como lo verá si se digna escucharme con paciencia.

—Proseguid, acusado, dijo rizándose el bigote.

—Como decia, á puestas de sol, miré á todas partes para encontrar donde pasar la noche; pero hasta donde alcanzaba la vista no se veia ninguna habitacion. Me resigné á pasar la noche sobre el suelo con mi morral por cabecera; pero V. E. es soldado viejo y sabe que para el que ha hecho la guerra una noche toledana no es gran cosa.»

El gobernador bajó la cabeza afirmativamente, sacando el pañuelo de la cazoleta de su espada para espantar una mosca que volaba cerca de su cara.

«Para abreviar, continuó el soldado, anduve un poco mas, y llegué á un puentecillo sobre un riachuelo medio seco por los calores del estío; una torre mora que habia en una estremidad del puentecillo estaba medio arruinada por su parte superior; pero su bóveda inferior estaba bien conservada. «Hé aqui, me dije, una escelente habita-

cion:» bajé al arroyo, y apagué mi sed en su cristalina corriente. Entonces sacando una cebolla y algunos mendrugos que componian mis provisiones, me senté sobre una piedra y empecé á cenar, proponiéndome establecer mi cuartel en la bóveda, que para un soldado que vuelve de la guerra no es muy malo: V. E. mismo como soldado viejo será de mi opinion.

—Peor que eso he estado yo en mi tiempo, dijo el gobernador volviendo á poner el pañuelo en la cazoleta de su espada.

—Mientras que comia mis mendrugos tranquilamente, oí ruido en la bóveda: escuché atentamente; eran los pasos de un caballo. Al mismo instante salió un hombre por

Ayuntamiento de Madrid

una puerta practicada en la torre y cerca del arroyo. Llevaba de la brida un soberbio caballo: con dificultad distinguia sus facciones á la claridad de las estrellas; pero un hombre vagando entre las ruinas de una torre, en aquel lugar salvaje y solitario, debia infundir sospechas: podia ser tal vez un viajero como yo; pero podia ser un contrabandista ó bandolero: poco me importaba á la verdad. Gracias á Dios y á la pobreza, no tenia nada que perder: me quedé pues sentado comiendo tranquilamente.

«El hombre llevó el caballo al arroyo, y entonces le examiné á mi gusto. Con gran sorpresa mia ví que era un moro con coraza de acero bruñido: el caballo estaba enjaezado á la moruna con anchos estribos. Este animal llegó al arroyo conducido por su amo, como acabo de decir; metió la cabeza en el agua, y la tuvo tanto tiempo que creí iba á reventar.

«Camarada, dije al estrangero, vuestro caballo bebe bien. Es buena señal cuando un caballo mete la cabeza en el agua.

—Bien puede beber, dijo el estrangero, hablando en español con acento árabe; ha pasado un año justo desde que bebió la última vez.

—¡Por Santiago! esclamé yo, eso escede á los camellos que he visto en África. Pero teneis aire de militar: sentaos aqui y tomad parte en la cena de un soldado. A decir verdad no me pesaba encontrar un compañero en aquel desierto: asi es que no sentí repugnancia en asociarme momentáneamente con un infiel: ademas, como V. E. sabe muy bien, los soldados no somos muy escrupulosos sobre la religion de aquellos con quienes nos asociamos, y los militares de todos los paises son camaradas cuando se encuentran en tiempo de paz.»

El gobernador inclinó de nuevo la cabeza en señal de asentimiento.

«Como decia, pues, le invité á partir mi cena tal cual era, porque la hospitalidad mas comun no exigiria menos.

—No tengo tiempo para detenerme en comer ó beber, me dijo; tengo mucho que andar hasta que amanezca.

—¿Y á dónde bueno? le dije.

—A Andalucía.

—Ese es mi camino tambien; y puesto que no quereis deteneros para cenar conmigo, si me permitieseis montar á la grupa lo estimaria. Vuestro caballo me parece sufrirá ancas.

—Soy gustoso, dijo el moro.»

Ciertamente un hombre político, un militar no podia contestar de otro modo, sobre todo despues de haberle ofrecido la mitad de mi cena. Montó á caballo y me coloqué detrás de él.

«Teneos firme, me dijo; mi caballo va como el viento.

—No tengais cuidado por mí.»

Y hé aqui que empezamos á andar. El caballo iba á buen paso: á poco tomó el trote largo, siguió el galope, y despues emprendió la carrera á toda brida; parecia que lo llevaba el diablo. Los montes, los árboles, las casas, huian á nuestra vista.

«¿Qué ciudad es aquella? pregunté á mi compañero.

—Segovia, me dijo;» y apenas acababa de pronunciar esta palabra, ya las torres de Segovia habian desaparecido á nuestra vista. Subimos los caminos escarpados de los puertos de Guadarrama, y bajamos por el lado del Escorial. Pasamos por delante de las puertas de Madrid, y atravesamos las llanuras de la Mancha, siempre con la misma rapidez. De este modo corrimos por valles, colinas, y pasamos por delante de castillos y ciudades, donde todo descansaba en el mas profundo sueño.

«Por fin, para abreviar mi historia, y no abusar de la paciencia de V. E., el moro detuvo de pronto á su caballo en la cima de una colina.

«Ya hemos llegado al término de nuestro viaje.»

Miré á todas partes, y no ví rastro de habitacion; solo la entrada de una caverna. Mientras que examinaba aquel sitio, llegó una multitud de hombres vestidos de moros, unos á caballo, otros á pie, y todas parecian los traia el viento: todos se precipitaron á la entrada de la caverna, como abejas en una

Ayuntamiento de Madrid

colmena. Antes que hubiese podido hacer una pregunta, mi compañero picó espuela á su caballo y se confundió con los demas. Caminamos por un paso estrecho y tortuoso que bajaba hasta el fondo de la montaña. Todo el tiempo que duró nuestra marcha brilló una luz que cada vez se hacia mayor, como si fuesen los primeros rayos del sol; pero no podia distinguir lo que era. Por último llegó á ser tan brillante, que me permitió ver los objetos que me rodeaban. Ví á derecha é izquierda del camino grandes cuevas, que parecian á las salas de un arsenal. En unas habia broqueles, sables, lanzas, cascos, corazas; en otras máquinas de guerra de todas clases.

¡Cuán agradable vista hubiera sido para un viejo soldado como V. E. aquellas salas con tantas armas. Ademas en otras salas habia una multitud de caballos con sus ginetes formados en escuadrones, armados de punta en blanco, la lanza en ristre y las banderas desplegadas como si fueran á entrar en batalla; pero estaban inmóviles como estatuas. En otras salas habia grupos de guerreros dormidos al lado de sus caballos, y pelotones de infantería prontos á entrar en filas, todos vestidos á la antigua usanza mora.

Por fin, para terminar mi historia y no fastidiar á V. E., entramos en una inmensa caverna, ó mas bien un palacio cuyas paredes estaban incrustadas de oro y plata, záfiros, diamantes y toda clase de piedras preciosas. Un rey moro estaba sentado en el fondo sobre un trono de oro rodeado de caballeros y de una guardia de negros africanos sable en mano.

Todos los que llegaban, que se podian contar á miles, pasaban por delante del trono haciendo señal de homenaje. Unos estaban magníficamente vestidos con trages de una blancura brillante y cubiertos de diamantes, otros llevaban armaduras riquísimas, y otros tambien llevaban vestidos rotos y sucios, ó cubiertos de armaduras tomadas de orin.

Hasta entonces habia guardado un profundo silencio, porque V. E. sabe muy bien que un soldado no debe hacer preguntas indiscretas; pero ya no me pude contener mas tiempo.

—Camarada, hazme el favor de esplicarme todo esto, le dije.

—Es un misterio grande y terrible, me contestó. Sabe ¡oh cristiano! que aqui estás viendo á Boabdil, el último rey de Granada, con su corte y su ejército.

—¿Qué estás diciendo? Boadil y su corte han sido arrojados de este pais hace algunos siglos, y todos han muerto en África.

—Eso es lo que dicen vuestras crónicas, que mienten. Pero sabe que Boabdil y los guerreros que combatieron hasta lo último por la defensa de Granada fueron encerrados en el seno de esta montaña, que la domina, por un poderoso encanto. En cuanto al rey y al ejército que salió de la ciudad entregándola al enemigo, no eran mas que fantasmas ó demonios que Alá permitió tomasen aquella forma para engañar á los Reyes Católicos. Aun te diré mas: toda la España está encantada; no existe en toda ella una cueva en los montes, una atalaya aislada en los llanos, un castillo arruinado en las colinas, que no sea la habitacion de algun guerrero que duerme bajo la tierra, ó bajo sus bóvedas, hasta que hayan expiado los pecados por los que Alá ha permitido que este imperio pasase á poder de los infieles. Una vez al año, la víspera de san Juan, todos se libran de la fuerza del encanto desde puestas del sol hasta que sale, y pueden ofrecer á su soberano su homenaje. Esta multitud que has visto entrar en la caverna se compone de guerreros musulmanes que vienen de donde estan encantados por toda España. Ya has visto esta tarde la torre del puente en Castilla la Vieja, donde he pasado los siglos que van trascurridos, y en la cual deberé encontrarme al alba. Los batallones y escuadrones que has visto armados de punta en blanco pertenecen á la guarnicion de Granada. Está escrito en el libro del destino que asi que el encanto se destruya, Boabdil bajará de la montaña á la cabeza de su ejército y conquistará su trono en la Alhambra y su dominio sobre Granada; despues, reuniendo en torno

Ayuntamiento de Madrid

suyo los guerreros encantados de toda España, someterá la Península entera, y la pondrá bajo el yugo musulman.

—¿Y cuándo sucederá eso? le dije.

—Alá lo sabe. Habiamos creido que estaba ya cerca el dia de nuestra libertad; pero un vigilante é intrépido soldado, muy conocido bajo el nombre del Gobernador *manco*, manda al presente en la Alhambra; y mientras este viejo guerrero vigile los puestos avanzados, y esté pronto á rechazar la primera irrupcion de los montes, mucho me temo que Boabdil y sus tropas se vean obligados á descansar tranquilamente sobre sus armas.»

Al oir esto el gobernador se revolvió en su silla, requirió su espada y rizó su bigote.

Para concluir mi historia y no fatigar á V. E., le diré que el moro, despues de haberme dado estas esplicaciones, bajó del caballo.

«Quédate aqui un rato, me dijo, y guarda mi caballo mientras voy á saludar al rey Boabdil.»

Hablando asi, se perdió en el gentío que se agolpaba al rededor del trono.

«¿Qué hago? me pregunté á mí mismo: ¿debo esperar la vuelta de este infiel para que me lleve en su caballo fantástico sabe Dios dónde? ¿me debo aprovechar de su ausencia para tocar retirada y salir de la compañía de estos aparecidos? Un soldado pronto toma su resolucion, como lo sabe muy bien V. E. El caballo pertenecia á un enemigo de la fe y de la patria, y segun las leyes de la guerra, era de buena presa. Asi, pues, pasando de la grupa á la silla, hice volver el caballo, clavé los anchos estribos moros en los hijares del mismo, y subí mas que á paso la cuesta que habiamos bajado: todo esto acaeció con la velocidad del rayo, y ni el pensamiento pudo pararse en hacer otras esquisitas observaciones sobre mil objetos que se presentaron á mi vista en la rápida carrera.

Al pasar por delante de las cuevas, en las cuales estaban todos aquellos moros inmóviles, me pareció oir un sordo murmullo de voces y ruido de armas. Apliqué á mi caballo segunda vez las espuelas, y echó á correr. Entonces oí á mis espaldas ruido como

de caballos desbocados, y al instante me alcanzaron y me pasaron en tropel confuso; arrastrado en medio de aquella turba, fuí llevado hasta la salida de la caverna, donde ví millones de sombras desaparecer á mi vista en todas direcciones.

Con el tumulto y la confusion de aquella escena, caí al suelo privado de sentido; y cuando volví en mí, me encontré sobre la cima de una colina y el caballo árabe á mi lado, porque al caer mi brazo se habia enredado en las bridas, lo que, á mi parecer, impidió al animal ir á encontrar á su amo á Castilla la Vieja.

V. E. puede fácilmente juzgar de mi sorpresa, cuando mirando en torno mio, descubrí aloes, naranjos y otros atributos de las provincias meridionales, y al pie de la colina una gran ciudad con sus torres, palacios y una hermosa catedral.

Bajé de la colina con precaucion, llevando por la brida á mi caballo, porque no me atrevia á montarlo de miedo que me jugase alguna mala pasada. Cuando ya iba bajando me encontró vuestra patrulla, por la cual supe que estaba á las puertas de Granada y en la jurisdiccion de la Alhambra, la fortaleza del temible Gobernador *manco*, el terror de todos los moros encantados. Cuando me informaron de todo esto, me determiné á presentarme á V. E. para referirle todo

Ayuntamiento de Madrid

cuanto habia visto, y los peligros que le amenazaban. Instruido ya V. E., puede tomar las medidas que juzgue convenientes para salvar la fortaleza y el reino de este ejército intestino que acecha el momento de atacar desde el centro de la tierra.

—Y decidme, amigo, le dijo el gobernador, vos que os habeis encontrado en mas de una campaña, ¿qué me aconsejariais que hiciese?

—No está bien que un pobre soldado como yo, que nunca ha salido de sus filas, diga su opinion, y menos la proponga á un militar como V. E., dijo con un aire modesto el soldado; pero puesto que me manda diga mi pensamiento, me parece que haria tapiar escrupulosamente todas las bocas del monte, pero con solidez, á fin de cerrar todas las salidas á Boabdil y á su ejército, que se quedarian asi bloqueados en sus subterráneos. Ademas, si este buen padre, continuó, saludando al fraile y santiguándose devotamente; si este buen padre quisiera consagrar las tapias con su bendicion, colocando la imágen de la cruz y algunas reliquias ó imágenes de santos, creo que se podria desafiar el poder de todos los encantos de estos infieles.

—Eso seria de mucho efecto, sin duda, dijo el fraile.»

El gobernador cogió con su brazo único el puño de su buena espada de Toledo, y mirando fijamente al soldado, meneando la cabeza con aire de incredulidad, le dijo:

«Amigo, ¿creeis engañarme con vuestro cuento del monte y del moro encantado? Cuidado con vuestro pellejo, acusado, ni una palabra mas sobre todo esto. Podeis ser un soldado viejo; pero os las habeis con un soldado tan instruido como vos en las estratagemas de la guerra, y á quien es dificil engañar. ¡Hola! guardias, que se pongan á este hombre grillos y esposas.»

La modesta jóven hubiera de buena gana intercedido en favor del prisionero; pero el gobernador la impuso silencio con una mirada.

Mientras que los guardias se apoderaban del soldado para cumplir las órdenes del gobernador, uno de ellos tocó una cosa dura y pesada en un bolsillo de su uniforme; lo sacó, y vió que era una gran bolsa de cuero que parecia bien provista. Cogiéndola por el fondo, vació su contenido sobre la mesa del gobernador, y nunca mochila de filibustero arrojó cosas tan espléndidas: collares, sortijas de gran valor, rosarios de perlas, cruces de brillantes y una profusion de monedas antiguas de oro, todo salió mezclado resonando sobre la mesa, y aun algunas cayeron rodando por la sala. Por un momento quedaron todos suspensos, cada uno se apresuró en seguida á recoger los brillantes fugitivos. El gobernador solo, poseido de toda su gravedad española, conservó su dignidad, aunque sus ojos no se separaron de aquella escena hasta que la última moneda y alhaja fueron colocados en la bolsa.

El franciscano no tenia tan tranquilo su rostro, estaba como la grana, y sus ojos brillaban como relámpagos á la vista de las cruces y rosarios.

«¡Miserable sacrílego! esclamó: ¿de qué iglesia ó convento has robado esas alhajas? ¿A qué santuarios has robado esas reliquias?

—Yo no he robado ninguna iglesia ó convento, padre: esos efectos, sacrílegos ó no, han debido ser robados en tiempos antiguos por el moro de que os he hablado. Os lo iba á decir cuando he sido interrumpido; cuando tomé posesion del caballo de aquel encantado, desaté del arzon de la silla una bolsa que contenia probablemente lo que el infiel habria robado en sus espediciones cuando los moros saqueaban nuestro pais.

—Está bien, dijo el gobernador: ahora arreglaos como mejor os parezca para tomar alojamiento en la Torre bermeja, que no está bajo el poder de ningun encanto mágico, pero en la cual estareis tan bien guardado, como vuestros moros encantados en sus cuevas.

—V. E. hará lo que tenga por conveniente, dijo con frialdad el prisionero: de todos modos estaré agradecido por alojarme en la fortaleza. Un soldado que ha hecho la guerra como V. E. lo sabe muy bien, no se incomoda por su alojamiento, y con cualquier co-

Ayuntamiento de Madrid

sa se contenta. Con tal que sea un cuartito y mis ranchos estoy contento. Solamente suplico á V. E. vele sobre su fortaleza con tanto cuidado como sobre su pobre prisionero y servidor, y no eche en olvido el aviso que me he atrevido á darle sobre tapiar las salidas de las cavernas.»

Asi se terminó aquella escena. El prisionero fue conducido á la Torre bermeja, el caballo árabe á las caballerizas de S. E., y la bolsa depositada en su arca. Sobre este último artículo el franciscano opuso algunas objeciones, manifestando que las reliquias y cruces eran evidentemente despojos sacrílegos, y debian ser entregados á la iglesia. Sin embargo, como el gobernador no quiso admitir estas pretensiones, y que era soberano absoluto en la Alhambra, el fraile no agrió mas la discusion; pero resolvió en secreto informar del caso á los dignatarios diocesanos.

Para esplicar estas prontas y rígidas medidas del Gobernador manco, es preciso saber que por aquel tiempo las Alpujarras estaban infestadas de ladrones, capitaneados por un gefe intrépido llamado Manuel Borasco. Este bandolero saqueaba las cercanías y entraba en Granada disfrazado, y se instruia de la salida de algun convoy de géneros ó viajeros, que luego robaba en los sitios á propósito del camino. Estas hazañas reiteradas llamaron por fin la atencion del gobierno, y los comandantes militares de todos los puestos recibieron la órden de examinar á todos los pasajeros sospechosos que caminasen por aquellos lugares. El Gobernador manco ejecutó con un celo eficaz esta órden, con el objeto de borrar la mala fama que tenia su fortaleza, que pasaba en lo general por el refugio de todo aquel que era perseguido por la justicia: en esta ocasion creyó estaba en sus manos el terrible capitan de la partida de bandoleros.

No tardó en divulgarse la aventura en la Alhambra y fuera de ella, y fue el pasto de todas las conversaciones. Se contaba que el famoso ladron Manuel Borasco habia caido en poder del Gobernador manco, quien le habia encerrado en un calabozo de la Torre bermeja. Todos los que habian sido robados por este bandido vinieron á reconocerlo. Sabido es que las Torres bermejas estan en una colina paralela á la en que está la Alhambra, pero fuera de su recinto. Ninguna muralla esterior impide el acercarse:

por lo tanto se colocó una centinela delante de la torre donde estaba el preso, y cuya ventana, guarnecida de gruesas barras de hierro, caia sobre una pequeña esplanada. Alli iban los habitantes de Granada á contemplarle, como hubieran contemplado á una hiena feroz rugiendo en su jaula. Sin embargo, nadie reconocia en él á Manuel Borasco: este bandido formidable era notable por la fiereza de su fisonomía, y no tenia el rostro burlon del soldado. No solamente los de Granada, sino de todo el reino, acudieron á verlo, y ninguno le reconoció. Entonces hubo dudas sobre la veracidad de la historia que habia contado. Varios viejos habian oido contar á sus padres que Boabdil y su ejército estaban encantados en aquel monte: un gran número de personas fue al Monte del Sol, ó mejor dicho de Santa Elena, para encontrar la caverna descrita por el soldado. Vieron aquel pozo oscuro que hay en el monte, cuya profundidad se ignora, y que en aquel tiempo, lo mismo que en el dia, se cree es la entrada del palacio de Boabdil.

Ayuntamiento de Madrid

Insensiblemente el soldado se fue ganando la voluntad del pueblo. El bandolero montaraz no es mirado con desprecio en España como en otros paises; es un personaje caballeresco á los ojos del pueblo. Ademas existe en este mismo pueblo cierta disposicion á vituperar los actos de la autoridad, especialmente las medidas rigorosas: de esto resultó que no tardaron en murmurar del Gobernador manco, y en considerar al cautivo de la torre como un mártir.

El soldado ademas era un hombre de buen humor, tenia una chanzoneta para cada hombre que iba á verle, y un requiebro para cada muchacha. Se habia procurado una guitarra, y cantaba acompañándose con ella romances antiguos, sentado á la ventana, lo que agradaba infinito á las vecinas que se reunian de noche en la esplanada para bailar al son de su guitarra. Como se habia quitado su barba encrespada, su rostro tostado del sol no causaba horror á las jóvenes; y la modesta doncella del gobernador confesó tambien que su mirada maligna era irresistible. Esta sensible jóven habia manifestado desde su primera entrevista una tierna simpatía por sus desgracias, y despues de haber vanamente tratado de mitigar el rigor del gobernador, se habia ocupado en suavizar los efectos. Todos los dias llevaba al preso algun plato de la comida del gobernador ó alguna botella de rico Valdepeñas ó escelente Málaga.

Mientras esta traicion inocente ocurria en la ciudadela, el mismo viejo gobernador estaba amenazado de otra mas seria por sus enemigos esteriores. Las circunstancias de la bolsa llena de oro y alhajas, encontrada sobre el cuerpo de un supuesto ladron, habia sido referida en Granada muy exageradamente. Al punto el capitan general, el antiguo rival del gobernador, formuló una demanda de jurisdiccion territorial. Pretendia, que habiendo sido preso el reo fuera del recinto de la Alhambra, de derecho le pertenecia á él. En su consecuencia reclamó su persona y los despojos ópimos hallados sobre él. Al mismo tiempo el fraile habia informado á la inquisicion de las cruces, rosarios y reliquias contenidas en la bolsa, y esta reclamó por su parte al acusado, como culpable de sacrilegio, y sostenia que los objetos que habia robado pertenecian de derecho á la iglesia y su cuerpo á la hoguera. Las contestaciones se acaloraron entre estos grandes personajes, y el Gobernador manco, rabioso, juró que antes de entregar su cautivo le haria ahorcar de una torre de la Alhambra como espia cogido en su término.

El capitan general amenazó enviar un destacamento á sacar al preso de la Torre bermeja y traerlo á Granada: la inquisicion tambien queria enviar los familiares del santo oficio para el mismo objeto. El gobernador sospechó algo, y decia:

«Que vengan, los espero á pie firme, encontrarán lo que buscan. Mucho necesita madrugar el que quiera sorprender á un soldado viejo.»

Dió sus órdenes en consecuencia de esto para que el preso al rayar el dia fuese trasladado á la cárcel interior de la Alhambra.

«Hija mia, dijo á su modesta doncella: despiértame mañana antes que canten los gallos para que pueda en persona presenciar la ejecucion de mis órdenes.»

Amaneció: los gallos cantaron; pero nadie vino á despertar al gobernador. El sol doraba ya la cima de los montes, é ilumina-ba las almenas cuando el soldado viejo fue despertado de sus sueños matutinos por su fiel cabo de escuadra, que se acercó á su cama con el terror retratado en su semblante.

«Se ha marchado, se ha escapado, decia el veterano casi sin aliento.

—¿Quién se ha escapado?

—El soldado, el bandido, el diablo tal vez, porque su calabozo está vacío, pero la puerta está muy bien cerrada, y nadie sabe cómo ha podido escaparse.

—¿Quién es el último que le vió anoche?

—Vuestra doncella, que le llevó la cena.

—Que venga al momento.»

Pero hé aqui otro motivo de consternacion: el cuarto de la modesta doncella de los ojos bajos estaba vacío, y se conocia en su cama que no se habia acostado.

Ayuntamiento de Madrid

Era evidente que se habia escapado con el preso, porque se recordó que hacia algunos dias tenian largas conversaciones.

Este último golpe hirió al gobernador en el lugar mas sensible de su corazon; pero apenas tuvo tiempo de reflexionar en aquella desgracia: otra mayor vino á distraer su atencion. Al entrar en su gabinete vió que su caja habia sido abierta, y que habia desaparecido la bolsa del soldado en compañía de dos sacos de doblones.

Dificil era acertar hácia dónde se habrian escapado los fugitivos, ni el camino que habrian seguido. Al fin un viejo que vivia en una choza en el camino de la sierra declaró que un poco antes de amanecer habia oido el ruido del galope de un caballo que subia el monte; habia mirado por la ventana, y habia distinguido un hombre montado llevando á las ancas una muger.

«Que vean en las caballerizas si falta un caballo,» dijo el gobernador.

Fueron á verlo, y solo faltaba el árabe; en su lugar habia un cayado grueso atado al pesebre, y con este letrero:

«Regalo de un soldado viejo al Gobernador manco.»

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO XXVI.

LAS DOS ESTATUAS.

En una de las habitaciones de la Alhambra vivia antiguamente un hombrecillo muy alegre llamado Lope Sanchez que trabajaba en los jardines, y cantaba todo el dia como una cigarra. Era la vida, el alma de la fortaleza. Concluida su tarea, se sentaba en uno de los bancos de piedra de la esplanada, tocaba la guitarra y cantaba los largos romances del Cid, Bernardo del Carpio, Hernando del Pulgar y otros héroes españoles para divertir á los inválidos; otras veces tocaba el bolero y fandango para que bailasen las muchachas.

Como la mayor parte de los hombres bajos, Lope Sanchez se habia casado con una muger alta y robusta que hubiera podido llevarle en el bolsillo; pero en contradiccion con los pobres, en lugar de tener una docena de chiquillos, no tenia mas que una niña. Sanchica, asi se llamaba, tenia doce años y unos hermosos ojos negros. Era tan alegre como su padre, cuya delicia era, jugaba á su lado cuando trabajaba en los jardines, bailaba cuando este tocaba la guitarra á la sombra, y corria como un cervatillo por los bosquecillos, avenidas y salones desiertos de la Alhambra.

Era la víspera de san Juan, y por la noche todos los habitantes de la Alhambra, hombres, mugeres y niños, subieron al Monte del Sol que domina el Generalife para pasar la velada sobre su cima terraplenada. La luna clara y brillante comunicaba á los montes una luz plateada; la ciudad con sus torres y campanarios yacia en la sombra, y la vega parecia el reino de las brujas por la infinidad de luces que se veian brillar por entre sus bosquecillos. En la cima de la colina mas alta se habia encendido una gran hoguera segun una antigua costumbre que viene de los moros.

La noche se pasaba con alegría bailando al son de la guitarra de Lope Sanchez, que nunca estaba mas contento que cuando asistia á alguna fiesta. Mientras duró el baile, Sanchica y sus compañeras se divertian en jugar en las ruinas de una torre mora que hay en el monte. Cogiendo piedrecillas en un hoyo, encontró una manecita, preciosamente esculpida de azabache, con los dedos cerrados y el pulgar pegado á ellos. Regocijada con su encuentro, la niña corrió á enseñarlo á su madre. Al instante se formaron mil conjeturas, mil suposiciones sobre este objeto, que varios miraban con cierta desconfianza supersticiosa. «Tirad eso, decia uno; eso viene de los moros, y podeis estar segura que hay algun encanto, algun maleficio oculto.—¡Qué disparate! decia otro: mejor es llevárselo á los joyeros del Zacatin, que darán algo por ello.» En medio de la discusion un inválido que habia servido en África, y cuyo rostro estaba tan tostado como el de un árabe, se aproximó; examinó

Ayuntamiento de Madrid

la mano con aire inteligente y dijo: «He visto juguetes como este entre los berberiscos, tienen gran virtud para librar del mal de ojo y de toda clase de sortilegios y encantamientos. Amigo Sanchez, os doy la enhorabuena: es un signo de felicidad para vuestra hija.»

A estas palabras, la muger de Lope Sanchez ató la manecita de azabache á una cinta y la colocó en el cuello de su hija.

La vista de este talisman recordó todas las tradiciones maravillosas sobre los moros, cosa que agrada sobremanera en España. Abandonaron el baile, y se sentaron en el suelo formando corros para escuchar los cuentos que los mas ancianos referian. Algunos de estos cuentos versaban sobre las maravillas de este mismo monte sobre el cual se encontraban. Efectivamente es el mas famoso de todos por las fantasmas y los fenómenos sobrenaturales. Una vieja que parecia gitana describió detenidamente el palacio subterráneo donde Boabdil y su corte estan encantados en medio del monte.

«Entre estas ruinas que veis, dijo enseñando los restos de murallas y montones de piedra en un sitio algo distante, entre estas ruinas hay un pozo profundo y oscuro que llega hasta el centro del monte. Aunque me dieran todo el dinero que hay en Granada no quisiera mirar el fondo del pozo. Un pobre pastor de la Alhambra, que guardaba sus cabras en estos sitios, bajó una vez para sacar un cabritillo que se habia caido; salió pálido y asustado, y hablaba de las cosas estraordinarias que habia visto, de modo que todos le tomaban por loco. No hizo mas que delirar por muchos dias con las fantasmas moras que le habian perseguido por aquellas cavernas, y nadie podia persuadirle á que llevase las cabras á pastar al monte. En fin, un dia fue, y el pobre pastor no volvió. Sus vecinos encontraron las cabras paciendo entre las ruinas, y su capa y sombrero al lado del pozo, y ya nadie volvió á saber de él.»

Sanchica escuchaba esta conseja con tal atencion, que no se atrevia á respirar para no perder ni una palabra. Curiosa por naturaleza, deseó vivamente ver este pozo peligroso, y para conseguirlo se separó de sus compañeras. Buscó las ruinas, y despues de haber vagado algun tiempo, llegó á una especie de estanque cerca de la cima de una colina por la parte escarpada que limita el valle del Darro. Sanchica se animó á atrepar á la barandilla de este estanque, y dirigió su vista al fondo. Vió que estaba negro, lo que daba idea de su profundidad. A esta vista se sobrecogió, se retiró asustada, volvió segunda vez á mirarle, y se retiró, repitió tercera vez esta operacion: el mismo horror que sentia, cada vez la causaba un placer delicioso. En fin, cogió una piedra y la arrojó al estanque. Al principio no produjo el menor ruido: de repente chocó sobre la punta de una roca, y rebotó en seguida entre las piedras con un ruido semejante al trueno; luego parecia que caia en el agua, pero á una gran distancia; despues no se oyó nada.

Sin embargo, este silencio fue de corta duracion. Parecia que se escuchaba un ligero ruido en el fondo de este abismo parecido al zumbido de las abejas: este ruido fue aumentándose por grados, y se convirtió en voces confusas mezcladas con ruido de armas, sonido de trompetas y clarines como de un ejército que se preparase á entrar en batalla, en el centro del monte.

Atemorizada de este estruendo, huyó despavorida á buscar á sus padres y compañeras. Todo habia desaparecido. Las hogueras apagadas lanzaban sus últimos resplandores. Las que habian estado encendidas en las colinas cercanas y en la llanura se habian estinguido: la naturaleza entera estaba sumida en un profundo sueño. Sanchica llamó á sus padres y á algunas de sus amigas por su nombre; pero nadie la contestó.

Bajó rápidamente la colina siguiendo las murallas del Generalife, y llegó á la avenida de la Alhambra. Allí descansó sobre un banco para tomar alimento. El reloj de la torre de la fortaleza daba las doce. Todo en torno suyo permanecia mudo; solo se oia el murmullo de un arroyo que corria bajo los árboles. La dulzura de la atmósfera la convidaba al sueño; pero pronto llamó su atencion

Ayuntamiento de Madrid

una luz que brillaba á alguna distancia: ¿cuál seria su sorpresa al ver bajar del monte una gran cabalgata de guerreros moros, unos armados de lanzas y escudos, otros de cimitarras y hachas, y los rayos de la luna se reflejaban sobre sus corazas bruñidas? Los caballos caracoleaban con orgullo, y tascaban los frenos llenos de espuma; pero el ruido de sus pies no se oia, como si los tuviesen forrados de fieltro, y sus ginetes estaban pálidos como la muerte. En medio de ellos se venia una hermosa dama con una corona en la cabeza y las trenzas rubias de sus cabellos tejidas de perlas. La mantilla de su palafren era de terciopelo carmesí, recamado de oro, y caia hasta la tierra. Sin embargo parecia que la hermosa dama se hallaba afligida, porque llevaba los ojos inclinados al suelo.

Detrás de ella llevaba un numeroso séquito de cortesanos, vestidos magníficamente con trages y turbantes de diferentes colores: traian en su centro al rey Boabdil el Chico, montado sobre un caballo que llevaba un manto real cubierto de diamantes y su corona resplandeciente de brillantes. Sanchica le reconoció por su barba rubia, y por su semejanza con el retrato de este príncipe que habia visto muchas veces en la galería del Generalife.

Contemplaba pasmada y admirada esta pompa real á medida que pasaba por entre los árboles; y aunque persuadida de que estos príncipes, esta corte y aquel ejército eran seres sobrenaturales, presa de encantadores, los miraba sin temor por el efecto del talisman que pendia de su cuello, y cuyo poder ignoraba.

Asi que todos hubieron pasado se levantó y los siguió, y observó que se encaminaban á la gran puerta de la Justicia, que se encontraba abierta. Los viejos inválidos, de centinela en aquel puesto, estaban tendidos en los bancos, sumergidos en un sueño profundo, y al parecer mágico; la cabalgata fantasmagórica atravesó la puerta sin ruido, banderas desplegadas, y como en triunfo. Ya se preparaba á seguirlos, cuando vió una abertura practicada en el pavimento del atrio, que parecia conducir hasta los cimientos de la torre; entró en ella, y se atrevió á bajar hasta el fondo, viendo unos escalones cortados á pico en la roca, y de trecho en trecho un pasadizo embovedado, iluminado con una lámpara de plata que despedia un olor agradable: arriesgóse á bajar toda la escalera, y se encontró en un gran salon, practicado en el centro de la tierra, ricamente amueblado al estilo moro, y alumbrado por lámparas de plata y cristal de roca. En medio del salon, un anciano de

larga barba blanca y tez morena, recostado en un sillon, estaba durmiendo, y el báculo que tenia entre sus manos parecia que á cada instante iba á escapársele de ellas. A corta distancia se veia una hermosa dama vestida á la antigua española, con una corona de pedrería en la cabeza, y tocando una lira de plata con dulce melodía. Al ver esto, Sanchica se acordó de la princesa goda encantada en aquel monte por un viejo mágico árabe, á quien adormecia por el poder mágico de su música.

La dama manifestó gran sorpresa al verla en aquella sala encantada, y la dijo:

«Estamos en la víspera de san Juan.

—Sí, contestó Sanchica.

—Entonces puede suspenderse el hechizo por esta noche. Ven, hija mia, nada temas. Soy cristiana como tú, aunque esté detenida aqui por la fuerza de un encanto. Toca mis cadenas con el talisman que veo pen-

Ayuntamiento de Madrid

diente de tu cuello, y por algunas horas me quedaré libre.»

Hablando asi, abria su túnica y enseñaba á Sanchica una ancha faja de oro que sujetaba su talle, y una cadena del mismo metal, con la cual estaba sujeta al pavimento.

La niña, sin vacilar, aplicó la manecita de azabache á la faja de oro, y la cadena cayó inmediatamente al suelo. Al ruido que hizo se despertó el anciano, y ya se restregaba los ojos cuando la dama recorrió con sus ligeros dedos las cuerdas de la lira, y volvió á caer en su profundo letargo, meneando la cabeza á un lado y otro.

«Ahora, dijo la dama, toca ese báculo con la mano de azabache.»

La niña obedeció: el báculo se escapó de las manos del anciano, y volvió á aletargarse en su sillon. La dama acercó la lira á la cabeza del mágico, y haciendo vibrar sus cuerdas al oido del anciano, esclamó:

«¡Oh poderoso espíritu de la armonía! ten encadenados sus sentidos hasta la aurora. Ahora, sígueme, hija mia, y verás la Alhambra tal cual estaba en sus dias de gloria, porque posees un talisman que domina todos los encantos.»

Sanchica siguió á la dama en silencio. Pasaron de la sala subterránea á la puerta de la Justicia, y desde alli al patio de las Cisternas. Esta grande esplanada estaba cubierta de soldados moros de caballería é infantería, formados en batalla y banderas desplegadas. Las guardias del rey estaban á la puerta, y dos filas de negros etíopes se hallaban con la cimitarra desenvainada. Ninguno pronunciaba la mas mínima palabra, y Sanchica pasó por delante de ellos sin recelo alguno con su guia. Cuando entraron en el palacio, en el cual se habia criado, se aumentó su sorpresa. La luna esparcia sobre las salas una luz casi tan brillante como la del dia, y los objetos presentaban otro aspecto diferente del que ofrecian ordinariamente. En lugar de las telarañas que cubrian las paredes, se veian las colgaduras de damasco; los dorados y arabescos habian recobrado su brillantez y frescura. Sillones y otros muebles cuajados de perlas adornaban los salones, tanto tiempo abandonados, y todas las fuentes corrian.

Por efecto del mismo encanto, en las cocinas reinaba la misma actividad: cocineros

fantásticos preparaban sombras de manjares, condimentaban fantasmas de pollos y perdices. Los criados iban y venian llevando platos de plata cubiertos de esquisitas viandas. El patio de los Leones estaba lleno de soldados, cortesanos y alfaquis, como en los dias felices de los árabes. En la sala del Juicio estaba Boabdil sentado sobre su trono, y tenia por una noche la sombra de un cetro. A pesar del movimiento continuo de esta multitud, no se oia el sonido de una voz, ni el ruido de un paso. Nada interrumpia el silencio de la noche, escepto la caida de las aguas en las fuentes. Sanchica seguia los pasos de su guia sin esperimentar el menor temor, pero muda de admiracion: por fin, despues de haber recorrido todo el palacio, llegaron á una puerta que daba á una bóveda debajo de la Torre de Comares. A cada lado de la puerta se veia una estatua de alabastro figurando una ninfa. Las cabezas de las dos estatuas estaban de lado, y parecia miraban un mismo punto en el interior de la bóveda. La dama encantada se detuvo, y haciendo señas á la niña que se acercase, la dijo:

«En este sitio hay un tesoro escondido que quiero descubrirte para premiar tu confianza y tu valor. Estas discretas estatuas velan sobre este tesoro que un rey moro puso en tiempos antiguos bajo su custodia.

Ayuntamiento de Madrid

Dí á tu padre que cave la tierra en el sitio á donde se dirige la vista de estas estatuas, y encontrará lo que le hará mas rico que ningun habitante de Granada. Sin embargo, solo tus inocentes manos podrán con la ayuda del talisman sacar el tesoro. Encarga á tu padre que use de él con prudencia, y que destine una parte á hacer decir misas para que me vea pronto libre de este profano encantamiento.»

Asi que hubo concluido de hablar, llevó á la niña al jardin de Lindaraja, contiguo á la bóveda de las estatuas. Los rayos de la luna reflejaban en las aguas de la fuente solitaria, y esparcian una luz suave sobre los limoneros y naranjos. La hermosa dama cogió una rama de mirto, é hizo una guirnalda, que colocó sobre la cabeza de la niña.

«Esto te recordará, dijo, el secreto que te he descubierto, y servirá al mismo tiempo para probar la verdad de mi revelacion. Mi hora ha llegado: es preciso que vuelva al salon encantado. No me sigas, podria sucederte alguna desgracia. A Dios: acuérdate de lo que te he dicho, y no olvides las misas para mi libertad.»

Hablando asi, la dama entraba por un corredor oscuro que va á parar al pie de la Torre de Comares y desapareció.

Un gallo cantó en una cabaña de las próximas á la Alhambra; una claridad pálida asomó por encima de los montes hácia el Oriente: un ligero vientecillo sopló; un sonido semejante al de las hojas secas en otoño se oyó en los patios y corredores, y las puertas se cerraron unas tras otras con estrépito.

Sanchica volvió á las salas que habia dejado hacia pocos instantes llenas de aquella multitud de sombras; pero Boabdil y su séquito fantástico, todo habia desaparecido. La luna seguia iluminando aquellos salones desiertos y despojados de su esplendor efímero. Las hendeduras, las telas de arañas habian vuelto á aparecer sobre las paredes; los murciélagos revoloteaban á la ambigua luz de la noche que se acababa, y las ranas cantaban en los estanques.

Sanchica se apresuró á subir la escalera de la humilde habitacion de su familia. La puerta estaba abierta como de costumbre, porque Lope Sanchez era demasiado pobre para necesitar cerrojos ó barras. La niña sin hacer ruido se metió en su cama, y poniendo la guirnalda de mirto debajo de la almohada, se durmió profundamente.

Cuando la familia se despertó, Sanchica refirió á su padre lo que le habia sucedido. Lope Sanchez la trató de visionaria, y la dijo que habia soñado, y se burló de su credulidad. Se marchó á trabajar; pero á poco que estaba en los jardines, vió llegar á su hija corriendo y esclamando:

«¡Padre, padre, ved la guirnalda de mirto que la dama encantada me puso en la cabeza!»

Lope Sanchez miró y quedó atónito, porque el tronco del mirto era de oro puro y cada hoja era una hermosa esmeralda. Como entendia poco de piedras preciosas, ignoraba el valor de la guirnalda; pero sabia bastante para estar seguro que era de gran precio y de materiales mas positivos que aquellos de que se componen los sueños. Su primer cuidado fue encargar á su hija el secreto mas absoluto sobre todo aquello: por este lado sin embargo podia estar tranquilo, porque tenia una discrecion superior á su edad y sexo.

Se apresuró á ir á la bóveda en la cual estaban las dos ninfas de alabastro. Vió que sus cabezas estaban vueltas efectivamente hácia el interior del vestíbulo y su vista fija en un mismo punto. Lope Sanchez admiró mucho esta invencion para guardar un secreto. Tiró una línea desde los ojos de las estatuas al punto de la muralla á donde miraban y se retiró.

Sin embargo, todo el dia Lope Sanchez estuvo distraido y caviloso. No podia estar mucho tiempo sin ir á ver á lo menos desde lejos las estatuas, y temia que se descubriese el secreto. Cada paso que escuchaba acercarse á aquel sitio le hacia temblar. Hubiera dado lo que le hubieran pedido porque las ninfas volviesen la cabeza en otra direccion, olvidando que hacia muchos siglos que asi la tenian, sin que nadie hubiese adivinado que miraban un tesoro.

Ayuntamiento de Madrid

«¡Que el cielo las confunda, van á descubrirlo todo! decia: vaya un medio de que se han valido para guardar un secreto.» Así que escuchaba acercarse á alguno, se escapaba receloso de despertar algunas sospechas rondando al rededor de aquel sitio misterioso: pasado algun rato volvia poco á poco á examinar de lejos si cada cosa estaba en su sitio; pero la vista de las estatuas escitaba de nuevo su indignacion.

«Siempre mirando, siempre mirando á donde no deberian mirar. ¡Malditas estatuas! no desmentirán su sexo: no teniendo lenguas para hablar, se sirven de sus ojos para el mismo efecto.»

Por fin, con gran placer, vió terminar aquel dia eterno. El ruido de los pasos no se escuchaba en las salas de la Alhambra; el último visitante acababa de atravesar el umbral de la puerta principal, cuyos cerrojos se habian corrido, y el murciélago, el buho y la rana empezaban sus tareas nocturnas en aquel palacio desierto.

Lope Sanchez con todo esperó entrase mas la noche antes de aventurarse á ir con su tierna hija á la sala de las dos ninfas. Las encontró mirando misteriosamente como siempre el depósito.

«Con vuestro permiso, hermosas damas, dijo Lope Sanchez poniéndose en medio de ellas, voy á libertaros del secreto de que sois depositarias dos ó tres siglos.»

Se puso á trabajar en el sitio señalado en la pared, y pronto descubrió un hueco en el cual habia dos jarrones de porcelana. En vano procuró sacarlos de su escondite, estaban inmóviles: entonces la niña se acercó y los tocó con sus manos inocentes; al instante el jardinero los estrajo de su nicho, y encontró con gran alegría que estaban llenos de oro, de alhajas y piedras preciosas. Antes que amaneciera los llevaron al cuarto de Lope, que dejó las estatuas que los custodiaban con la vista fija en el hueco vacío.

Ya tenemos al honrado Sanchez hecho un hombre rico; pero las riquezas, como sucede siempre, trajeron consigo los disgustos que hasta entonces habia ignorado. ¿Cómo se gobernaria para tener segura su fortuna? ¿Cómo podria solamente gozar de ella sin escitar sospechas? Por la primera vez en su vida conoció el miedo á los ladrones. Entonces reparó cuán poco segura era su habitacion, y se puso á componer puertas y ventanas: sin embargo, á pesar de estas precauciones, le fue imposible dormir tranquilo. Su alegría le abandonó del todo; se acabaron las gracias, las canciones; sus vecinos no le conocian, y se convirtió en el ser mas triste y mas desgraciado de la Alhambra. Todos notaron este cambio repentino, y le compadecieron; pero se alejaron de él suponiendo que estaba á punto de caer en la mas profunda miseria, y podria encontrarse en el caso de pedir algun socorro.

La muger de Lope Sanchez participaba de su congoja; pero tenia consuelos espirituales. Nos hemos olvidado de decir que el honrado jardinero, siendo un hombrecillo bastante inconsiderado, su prudente esposa acostumbraba consultar en todos los negocios graves á su confesor Fr. Simon, del convento de padres franciscos de la Alhambra. Fr. Simon era un fraile robusto, de anchas espaldas, de cabeza redonda, que confesaba á la mitad de las matronas de la vecindad, sin contar que era muy venerado en varios monasterios de religiosas, donde sus consuelos espirituales eran pagados con escelentes dulces, con delicados bizcochos, fabricados por sus hijas de confesion, que los acompañaban con los mas esquisitos vinos y licores, reconocidos como estomacales para despues de los ayunos y vigilias.

Fr. Simon no ejercia sin fatiga sus diversas funciones. Su grasiento cutis brillaba al sol de medio dia cuando subia la colina de la Alhambra. Sin embargo, por mas que se achicharraba, como suele decirse, bajo los hábitos, la austeridad de su órden le impedia desatar el cordon que ceñia su túnica de lana. Los hombres saludaban con respeto este espejo de piedad, y hasta los perros que olfateaban de lejos el olor de santidad que esparcian sus hábitos, le saludaban al pasar con sus ladridos.

Tal era Fr. Simon, el consejero espiri-

Ayuntamiento de Madrid

tual de la jardinera; y como el confesor de una muger de su clase es por lo general su confidente, este supo bien pronto por su penitente el secreto del tesoro.

El franciscano abrió ojos y boca al escuchar esta relacion, y se santiguó lo menos doce veces. Despues de algunos momentos de reflexion esclamó:

«Hija de mi alma, sabe que tu marido ha cometido un doble pecado contra el rey y contra la iglesia. El tesoro, del que se ha apoderado, habiendo sido hallado en los dominios reales, pertenecia al rey; pero como se compone de objetos que provienen de infieles, y que ha sido, por decirlo asi, sustraido de las garras de Satanás, debe ser consagrado á la iglesia. Con todo, las cosas podrán arreglarse: tráeme la guirnalda de mirto.»

Cuando el buen padre la vió, brillaron sus ojos mas que de costumbre al observar el tamaño y la belleza de las esmeraldas.

«Como esta guirnalda, dijo, es el primer fruto del descubrimiento, es conveniente que se emplee en objetos piadosos. Será

ofrecida como un ex-voto á san Francisco, y suspendida delante de su imágen en nuestro convento, y pediré esta noche misma á este gran santo conceda á vuestro marido la pacífica posesion de su fortuna.»

La muger quedó satisfecha de hacer la paz con el cielo bajo condiciones tan razonables, y el fraile, escondiendo la guirnalda debajo de sus hábitos, se encaminó con paso lento y mesurado á su convento.

Cuando volvió Lope Sanchez á su casa, su muger le contó lo que acababa de pasar. Se enfadó seriamente, tanto mas, cuanto que la devocion de su muger le parecia ya hacia mucho tiempo escesiva, y que las visitas frecuentes del fraile no le gustaban mucho.

«¡Muger! ¿qué has hecho? tu indiscrecion puede perdernos.

—¡Pues qué! ¿querrias impedirme descargar mi conciencia en el seno de mi confesor?

—No, muger, confiesa tus pecados siempre que quieras; pero por lo que toca á ese tesoro, si es un pecado, yo le he cometido, y te juro que mi conciencia está tranquila.»

Las quejas y reconvenciones eran inútiles; el secreto estaba descubierto, y era tan imposible recogerlo, como las gotas de agua derramadas en la arena. La sola esperanza estaba cifrada en la discrecion del fraile.

Al siguiente dia Lope Sanchez estaba en el jardin, cuando llamaron quedito á la puerta, y Fr. Simon entró con aire humilde y modesto, diciendo:

«Hija mia, he rogado á san Francisco con ardor, y ha escuchado mis oraciones: á media noche este santo se me ha aparecido en sueños; pero tenia el rostro irritado.

—¿Cómo te atreves á pedirme que disponga del tesoro de los gentiles, me dijo, cuando ves la pobreza de mi capilla? Ve á casa de Lope Sanchez, pide en mi nombre una parte del oro árabe para proveer mi altar con dos hermosos candeleros, y que goce en paz del resto.»

Al oir al fraile referir su vision, la buena muger se santiguó con terror; y cuando acabó de hablar, corrió al sitio secreto donde Lope habia guardado su tesoro, llenó de monedas de oro una gran bolsa de cuero, y se la dió al fraile: el agradecido padre le dió en cambio tantas bendiciones á ella y á su posteridad capaces de enriquecerla, si el cielo las confirmaba; despues, guardando la bolsa en su manga, cruzó las manos sobre su pecho, y salió con aire compungido.

Asi que Lope Sanchez hubo sabido este segundo donativo á la iglesia, le faltó poco para volverse loco.

Ayuntamiento de Madrid

«¡Desgraciado de mí! esclamó: ¿qué va á ser de nosotros? Seré robado, arruinado, reducido en fin á la mendicidad.»

Con mucha dificultad pudo apaciguarle su muger recordándole las inmensas riquezas que le quedaban, y cuán moderado se habia manifestado san Francisco contentándose con tan poca cosa.

Desgraciadamente el padre Simon tenia una parentela dilatada que socorrer, sin contar una media docena de niños huérfanos de cuya educacion se habia encargado. Reiteró, pues, sus visitas, y pidió en cada una de ellas para santo Domingo, san Andrés y Santiago. Desesperado Lope Sanchez, conoció que si no huia del santo fraile, no se veria libre de sus ofrendas á todos los santos del Calendario, y determinó marcharse la noche siguiente con el resto del tesoro á otra parte del reino.

Compró para este efecto una mula arrogante, y la escondió en una cueva oscura debajo de la torre de los siete pisos, precisamente en el sitio de donde el Velludo ó la fantasma del caballo sin cabeza sale á media noche para correr las calles de Granada, perseguido por la trahilla de perros. Lope Sanchez tenia poca fe en aquella historia; pero se aprovechó del terror que inspiraba para ocultar su fuga, sabiendo muy bien que nadie se acercaria á lo que se llamaba la caballeriza del espectro. Por el dia envió á su muger é hija á un pueblo distante de la vega con órden de que le esperasen en el: asi que anocheció llevó su tesoro á la cueva, le cargó sobre la mula, la cogió de la brida, y bajó de la colina con precaucion en medio de la oscuridad.

El honrado Lope habia tomado sus medidas con el mayor secreto, y no se habia confiado á nadie, escepto á su cara mitad: sin embargo, sea por alguna revelacion milagrosa, sea por otra causa, Fr. Simon lo supo. El fraile, al ver que se escapaba su querido tesoro, resolvió sacar aun algo, ó quedarse con todo, si era posible, en beneficio de la iglesia y de san Francisco. Con esta intencion, asi que las campanas tocaron las ánimas, y que todo quedó tranquilo en la Alhambra, salió de su convento sin hacer ruido, y bajando por la puerta de la Justicia, se ocultó en uno de los bosquecillos de rosales y laureles que adornan la alameda. Alli estuvo contando cada cuarto de hora que daba el reloj del palacio, y aplicando el oido á los gritos lúgubres de los buhos y á los ladridos lejanos de los perros de los gitanos que habitan en las cuevas.

Al fin oyó los pasos de un caballo, y distinguió al través de la oscuridad profunda, producida por la sombra de los árboles, un caballo que bajaba por la alameda. El robusto fraile se gozaba de antemano de la broma que iba á jugar al honrado Lope. Se habia encogido como un gato que acecha un raton, remangó sus hábitos, y se apretó el cordon; y saliendo de pronto del bosquecillo, echó una mano al cuello de la bestia, la otra en la grupa, dió un salto que hubiera hecho honor al mejor picador, y se encontró montado.

«¡Ah! ¡ah! dijo el reverendo: veremos quién lleva el gato al agua.»

Apenas habia dicho estas palabras, cuando la pretendida mula empezó á tirar coces, á encabritarse, y partió á gran galope. En vano se esforzaba el padre en detenerla. Saltaba de peña en peña, de bosque en bosque; los hábitos del franciscano estaban hechos pedazos, y volaban por el aire; su rapada cabeza recibió mas de un golpe en las ramas de los árboles, y su rostro mas de un arañazo de los espinos y zarzales: para colmo de terror, vió que una trahilla de seis perros le seguia ahullando, y conoció, aunque tarde, que estaba montado sobre el Velludo.

Corrieron una posta endiablada por la alameda, la Plaza Nueva, el Zacatin y Vivarrambla. Nunca cazadores ni lebreles hicieron una corrida tan desesperada, un ruido tan infernal. Vanamente el fraile invocó todos los santos del paraiso, y hasta la santísima Vírgen: cada nombre sagrado que pronunciaba hacia el efecto de un espolazo sobre el Velludo, y le hacia saltar á la altura de los tejados: toda la noche anduvo el desdichado Fr. Simon, á pesar de sus es-

Ayuntamiento de Madrid

fuerzos, corriendo por toda Granada, magullado horriblemente y destrozado todo su cuerpo, que da lastima referirlo. Por último se oyó el canto matutino de un gallo, y á aquel sonido el espectro volvió pies atrás y tomó el camino de la torre. Atravesó otra vez la Plaza de Vivarrambla, el Zacatin, la Plaza Nueva, y la alameda de las Fuentes, los seis perros no cesaban de ladrar, de ahullar y morder los talones del aterrado fraile. Los primeros rayos de la aurora asomaban ya cuando llegaron á la torre. Llegados alli, la fantasma dió un bote que arrojó al fraile á una distancia prodigiosa, se metió en la cueva oscura con la trahilla infernal, y el mas profundo silencio sucedió á sus horribles clamores.

Un labrador que iba al rayar el alba á su trabajo, encontró al padre Simon tendido en el suelo, bajo una higuera, al pie de la torre, pero tan maltratado y aporreado, que ni podia moverse ni hablar. Fue llevado á su celda con todo el cuidado imaginable, y corrieron voces que habia sido atacado é insultado por unos ladrones. Pasaron muchos dias antes que pudiese recobrar el uso de sus miembros: sin embargo se consolaba pensando que si la mula cargada del tesoro se le habia escapado, habia sacado á lo menos una parte muy regular de los despojos de los infieles. Su primer cuidado en cuanto se levantó fue buscar debajo de los colchones donde lo habia escondido la guirnalda de mirto y la bolsa de cuero. ¿Cuál seria su dolor al ver que la guirnalda se habia convertido en una rama de mirto seco, y que la bolsa de cuero solo contenia arena y piedras?

Fr. Simon, á pesar de su disgusto, tuvo valor para callarse por no esponerse á la burla de todos y al castigo que le hubiera impuesto su superior si hubiese penetrado el secreto de su aventura. Solo muchos años despues y en su lecho de muerte fue cuando reveló á su confesor la carrera nocturna que habia dado sobre el Velludo.

Por mucho tiempo no se supo nada de Lope Sanchez, despues de su desaparicion de la Alhambra. Su memoria era apreciada como la de un compañero de broma, y todos temian que la tristeza que habia manifestado antes de su marcha misteriosa no la causase la miseria. Pasados algunos años, un inválido amigo suyo, que se encontraba en Málaga, fue atropellado, y faltó poco para ser reventado por un coche tirado por cuatro caballos. El carruaje se detuvo: un caballero anciano, lujosamente vestido, bajó de él para socorrer en persona al pobre soldado. ¿Cuál seria la admiracion de este cuando reconoció en aquel caballero tan elegante á su antiguo amigo de la Alhambra, á Lope Sanchez, que en aquel mismo momento iba á celebrar el casamiento de su hija Sanchica con uno de los grandes del reino?

Toda la familia estaba reunida en la carroza. Alli estaba la señora de Sanchez, que habia engordado monstruosamente, con la

cabeza llena de plumas, el cuello, los brazos y todos los dedos llenos de alhajas de gran precio; sus adornos recordaban los de la reina de Saba. Sanchica, hecha ya una muger, hubiera podido pasar por una duquesa, y aun por una princesa, por sus gracias y belleza. El futuro estaba á su lado: era un hombrecillo flaco á la verdad; pero esto era una prueba de la nobleza de su sangre: un legítimo grande de España no tiene generalmente mas que cuatro pies y medio de alto. Esta boda habia sido arreglada por la madre.

Las riquezas no habian corrompido el corazon del bueno de Sanchez: cuidó á su antiguo camarada en su casa por espacio de

Ayuntamiento de Madrid

muchos dias; le festejó como un rey, le llevó al teatro y á los toros en cuanto pudo salir, y le mandó llevar á su depósito, dándole un gran bolsillo lleno de oro para él y otro para que lo distribuyese entre sus amigos pobres de la Alhambra.

Lope dijo siempre que un hermano muy rico que habia muerto en América le habia dejado una mina de cobre; pero las comadres de la Alhambra afirmaban que todas sus riquezas le provenian de haber descubierto el secreto guardado por las ninfas de alabastro. Se ha notado que estas dos estatuas tan discretas han seguido mirando hasta el dia el mismo sitio de la pared, y siempre con el mismo aire misterioso; lo que hace suponer á muchos que aun queda algun tesoro escondido digno de la curiosidad de los emprendedores. Sin embargo, otros muchos, y en particular las mugeres, consideran á estas figuras con una estrema veneracion, como testimonios de que las mugeres pueden guardar un secreto.

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO XXVII.

MAHOMET ABOU ALAHMAR.

Despues de haber entretenido al lector con las maravillosas leyendas de la Alhambra, me creo obligado á presentarle algunos hechos de su historia, ó mas bien la de los dos príncipes á los que el mundo debe este monumento de la magnificencia oriental. Para recoger estos hechos he descendido de la region de la imaginacion, donde cada objeto toma una tinta poética, y he llevado mis pesquisas en medio de los empolvados libros de la antigua biblioteca de los jesuitas en la universidad. Este tesoro de erudicion, antiguamente tan célebre, no es mas que su sombra: los franceses cuando ocuparon á Granada lo saquearon á su sabor, llevándose los manuscritos mas raros y preciosos. No obstante, aun se encuentran entre los voluminosos escritos de polémica jesuítica varias obras de literatura española muy curiosas, pero sobre todo un gran número de esas antiguas crónicas encuadernadas en pergamino, á las cuales profeso una veneracion particular.

He pasado horas deliciosas en esta vieja biblioteca, seguro de que nadie vendria á interrumpirme; y escudriñando en los armarios, cuyas llaves me daban por una rara complacencia, porque estos santuarios de la ciencia encierran objetos capaces de tentar al estudiante ansioso de poseer conocimientos incógnitos al vulgo. En estas visitas he anotado algunas particularidades sobre los personajes que acabo de citar.

Los moros de Granada han mirado siempre la Alhambra como una obra maravillosa, y creian segun sus tradiciones que el rey su fundador habia sido muy sabio en la magia, ó al menos en la alquimia, por cuyo medio reunió las sumas inmensas necesarias para la construccion de este edificio. Una relacion compendiada del reinado de este príncipe esplicará los secretos de su opulencia.

El nombre de este monarca, segun se ve escrito en las paredes de algunas salas de la Alhambra, era Abou Abdallah, es decir, el padre de Abdallah; pero en las historias árabes de Granada siempre es llamado Mahomet Abou Alahmar; es decir, Mahomet hijo de Alahmar, y muchas veces por abreviatura Abou Alahmar.

Nació en Arjona (Jaen) el año 591 de la egira y 1192 de la era cristiana, de la noble familia de los Ben Nasar, ó hijos de Nasar. Sus padres no escasearon ni gastos ni cuidados para hacerle digno del rango á que sus riquezas y la nobleza de su familia le

Ayuntamiento de Madrid

permitian aspirar. Los sarracenos de España estaban muy adelantados en la civilizacion, y en todas las ciudades principales se podia encontrar instituciones capaces de educar á los jóvenes llamados por su nacimiento á obtener los empleos públicos. Cuando Abou Alahmar llegó á edad competente, fue nombrado gobernador de Jaen, en cuyo destino se hizo amar del pueblo por su justicia y bondad. Algunos años despues el imperio musulman en España se dividió en bandos, y varias ciudades aclamaron por rey á Mahomet Alahmar. Emprendedor y ambicioso, se aprovechó de esta ocasion para desplegar sus talentos con gloria; recorrió los pueblos sublevados y fue recibido en todos con aclamaciones de júbilo. El año 1238 entró en Granada en medio de los aplausos entusiastas del pueblo; fue proclamado rey, y llegó á ser pronto el gefe de los mahometanos en España, y fue el primero de la ilustre familia de los Ben Nasar que haya ceñido corona. Su reinado fue una larga serie de felicidades para sus súbditos. Dió el gobierno de las ciudades á los hombres mas distinguidos por su prudencia y valor, y que eran mas estimados del pueblo. Organizó una policía vigilante, estableció reglas severas para la administracion de las leyes. El pobre, el oprimido eran admitidos en audiencia, y él mismo velaba para que la proteccion de la ley á que eran acreedores les fuese concedida. Fundó hospitales para enfermos, ciegos y ancianos, y los visitaba con frecuencia, no con pompa, sino de improviso; de modo que se informaba por sí mismo si los administradores de estos establecimientos cumplian sus órdenes benéficas. Instituyó escuelas que inspeccionaba del mismo modo. Mandó construir carnicerías y panaderías públicas, donde el pueblo encontraba los comestibles de primera necesidad á precios arreglados, y no podia ser engañado acerca de su calidad. Trajo abundantes cañerías de agua á la ciudad, y construyó baños, fuentes, como asimismo acueductos y canales para regar la vega. De este modo la prosperidad reinó en la ciudad, los comerciantes traian á sus almacenes los géneros de todos los paises.

Mientras que Mahomet gobernaba su hermoso reino con tanta sabiduría como felicidad, fue de pronto amenazado por los horrores de la guerra. En aquel tiempo los cristianos, aprovechándose de las discordias y divisiones del imperio mahometano, conquistaban rápidamente sus antiguos dominios. Jaime el Conquistador habia tomado á Valencia, y Fernando el Santo llevaba sus armas victoriosas sobre la Andalucía. Sitió la ciudad de Jaen, y juró no levantar el campo hasta tomar posesion de aquella plaza. Mahomet Abou Alahmar conoció la impotencia de sus medios de resistencia contra un rey de Castilla. Tomando una resolucion pronta, se fue secretamente al campo de los cristianos, y se presentó al rey Fernando.

«Ved aqui, le dijo á Mahomet, rey de Granada. Me entrego á vuestra lealtad, é imploro vuestra proteccion. Aceptad cuanto poseo, y recibidme como vasallo de vuestra corona.»

Hablando asi, dobló una rodilla y besó la mano del rey en señal de homenaje.

El rey Fernando, conmovido de esta prueba de confianza, no quiso ser vencido en generosidad. Levantó á su rival, le abrazó como un amigo, rehusó sus tesoros, pero le aceptó como vasallo, y le dejó la soberanía de sus estados, bajo las condiciones de pagarle un tributo anual, de asistir á las Cortes como uno de los nobles de Castilla, y de acompañarle en la guerra con un número determinado de caballeros cuando fuese requerido.

Mahomet no tardó mucho tiempo en ser llamado á cumplir la última y mas dura de estas condiciones, y ayudó á Fernando en su famoso sitio de Sevilla. El rey moro salió de Granada con 500 caballeros, que no tenian igual en el mundo en la destreza de manejar la lanza y guiar un caballo. ¡Qué humillacion para estos guerreros tener que batir á sus hermanos! Pero la promesa de su soberano era sagrada y debia cumplirse.

Mahomet tuvo la deplorable ventaja de contribuir con su valor personal á esta conquista tan importante para los cristianos; pero tuvo el honor mas apreciable de ob-

Ayuntamiento de Madrid

tener de Fernando un trato mas humano para los vencidos que lo que permitian las costumbres de aquella época en la guerra. Despues que la célebre Sevilla se rindió el año 1248 al rey de Castilla, Mahomet volvió lleno de tristeza é inquietud á sus estados. Veia á las claras los males que amenazaban á los musulmanes, y muchas veces repetia en momentos angustiosos: «*¡Qué angosta y miserable seria nuestra vida si no fuera tan dilatada y espaciosa nuestra esperanza!*»

Cuando el triste vencedor se acercó á Granada, el pueblo salió con deseos impacientes de verle, porque le amaba como á su bienhechor. Habian levantado arcos triunfales por la carrera en honor de sus hazañas, y por donde pasaba le saludaban con el nombre de el Ghalid, el victorioso. Mahomet esclamó cuando oyó esta aclamacion: *Wa la ghalib ila Aláh*. Dios solo es victorioso. Desde entonces adoptó esta sentencia por divisa, la hizo grabar en su blason en banda trasversal, y sus descendientes la conservaron siempre.

Mahomet habia comprado la paz sometiéndose al yugo cristiano; pero sabia que elementos heterogéneos no podian estar mucho tiempo unidos, y que los motivos de hostilidad entre los musulmanes y los antiguos poseedores de la Península eran muy grandes y muy inveterados para poder esperar una larga tregua. Obrando, pues, con arreglo al antiguo adagio. «Armate aun en tiempo de paz; arrópate aun en verano, se aprovechó del intervalo de tranquilidad de que disfrutaba para fortificar sus ciudades, llenar sus parques de armas y máquinas; protegió todas las artes útiles que dan á las naciones riquezas y poder efectivo. Concedió privilegios y recompensas á los mejores artistas, se ocupó en mejorar la cria de caballos y otros animales domésticos, favoreció la agricultura, y aumentó la fertilidad natural del terreno por canales de riego, que hacian florecer sus hermosos valles como si fueran jardines. Fundó tambien manufacturas de seda y animó los progresos de ellas; y los tejidos de Granada sobrepujaron bien pronto á los de Siria por la belleza y finura. Hizo esplotar minas de oro y plata descubiertas en las altas montañas del reino, y fue el primer rey de Granada que hizo acuñar moneda de oro y plata con su busto, cuyos cuños estaban grabados por hábiles artistas.

Hácia mediados del siglo XIII, y poco tiempo despues de su vuelta de Sevilla, emprendió Mahomet Alahmar la construccion del soberbio palacio de la Alhambra, inspeccionando los trabajos en persona, y confundiéndose con los artistas y peones de las obras.

Este príncipe tan grande, tan magnífico en sus empresas y monumentos, era simple y modesto en su vida privada. Sus vestidos eran estremadamente sencillos, y en nada se diferenciaban de los de sus vasallos. En su harem habia un pequeño número de bellezas, y las visitaba rara vez; pero las rodeaba con todas las seducciones de la opulencia y la grandeza. Sus mugeres pertenecian á las primeras familias del reino; las trataba como amigas, como compañeras amables, y lo que es mas estraño, consiguió hacerlas vivir como amigas unas con otras. Pasaba la mayor parte del dia en sus jardines, especialmente en los de la Alhambra, que habia enriquecido con plantas raras y bellísimas flores; alli se divertia en leer ó hacer que le leyeran historias, y en estos momentos de descanso instruia á sus hijos, cuya educacion habia confiado á hombres ilustrados y sabios.

Como se habia sometido leal y voluntariamente á reconocer á Fernando por su señor y soberano, y á pagarle un tributo, fue fiel á su compromiso, y dió repetidas pruebas de su afecto y lealtad al rey de Castilla en diferentes ocasiones. Cuando Fernando murió en Sevilla el año 1254, Mahomet, para dar una prueba inequívoca de lo mucho que habia apreciado á este príncipe, y el gran sentimiento que le causara la infausta noticia de la muerte de dicho soberano, envió algunos embajadores á su sucesor Alfonso X con un séquito compuesto de cien caballeros moros de casas ilustres que

Ayuntamiento de Madrid

debian custodiar el féretro del rey durante las ceremonias fúnebres. Esta manifestacion de respeto fue repetida mientras vivió el rey moro á cada aniversario de la muerte de san Fernando, y se veia en aquella época llegar á Sevilla cien nobles caballeros que ocupaban su puesto con sus cirios encendidos en la suntuosa catedral al rededor del catafalco del ilustre difunto.

Mahomet Abou Alahmar conservó sus facultades intelectuales hasta una edad avanzada. A los setenta y nueve años se puso á la cabeza de su ejército para rechazar una invasion. Al salir de Granada, uno de los adalides ó gefe rompió accidentalmente su lanza contra el arco de la puerta. Los consejeros del rey, alarmados con esta circunstancia, que consideraban de mal agüero, suplicaron al monarca volviese á palacio: sus ruegos fueron vanos: insistió, y segun las crónicas, el presagio fatal se cumplió antes del medio dia. Mahomet, atacado de una enfermedad repentina, estuvo á punto de caer de su caballo. Se le colocó en una litera; pero los accidentes se agravaron tanto, que fue preciso levantar una tienda en la vega, á donde fue llevado. Sus médicos estaban consternados, y no sabian qué remedios administrarle. Al cabo de algunas horas murió vomitando sangre en medio de horribles convulsiones. El infante D. Felipe, hermano de Alfonso X, estaba á su lado cuando espiró. Su cuerpo embalsamado fue puesto en un féretro de plata y enterrado en un soberbio

mausoleo de marmol construido en la Alhambra, en medio de los sollozos y lamentos de sus súbditos, que le lloraban como á un padre.

Tal fue el príncipe ilustre y patriota que fundó la Alhambra, y cuyo nombre se encuentra en sus adornos mas preciosos. La memoria de este rey despierta en la imaginacion de aquellos que pisan los salones de aquel palacio, antiguamente testigo de su gloria, las ideas mas elevadas. Se dice que á pesar de la grandeza de sus empresas, y los enormes gastos que exigian, sus arcas siempre estaban llenas; y esta contradiccion aparente dió márgen para suponer que estaba versado en la magia y poseia el secreto de cambiar en oro los mas viles metales. Pero si se observa su política, se adivinará fácilmente por qué magia simple y natural llenaba su tesoro.

Ayuntamiento de Madrid

CAPITULO XXVIII.

YUSEF ABUL HAGIG.

Debajo de la habitacion del gobernador de la Alhambra está la mezquita donde los reyes moros cumplian sus devociones, y aunque al presente esté consagrada como capilla católica, se ven aun señales de su orígen musulman, tal como columnas árabes con capiteles dorados, una galería con celosías que servia para las mugeres del harem, y las armas de los reyes mahometanos de Granada mezcladas por todas partes con las de los reyes de Castilla.

En este lugar consagrado murió el ilustre Yusef Abul Hagig, el gran príncipe que concluyó la Alhambra, y que mereció por sus virtudes y talentos una fama casi igual á la del magnánimo fundador de este palacio. Con placer indecible sacó de la oscuridad el nombre de este soberano de esta nacion perdida y casi olvidada, que dominó en el Mediodia de la España con tanta gloria, y llegó á un grado tan superior de civilizacion, mientras que el resto de la Europa estaba aun sumida en la barbarie.

Yusef Abul Hagig, ó como se escribe comunmente Haxis, subió al trono de Granada el año 1333. Sus cualidades morales y físicas ofrecian la perspectiva de un reino próspero y glorioso. Unia á una belleza notable una fuerza prodigiosa. Segun las crónicas árabes, tenia la barba de un color muy claro, por cuya causa la teñia de negro, dejándola crecer hasta una longitud magestuosa para aumentar la dignidad de su aspecto. Su memoria prodigiosa le habia facilitado el adquirir toda clase de conocimientos: era tenido por el mejor poeta de su siglo, y sus modales eran corteses y afables. Yusef tenia el valor propio de las almas elevadas; pero su talento cultivado y la dulzura de su carácter le hacian mas propio para brillar en la paz que en los combates, en los que siempre fue desgraciado. Cuando se veia obligado á tomar las armas, su bondad natural encontraba ocasiones de manifestarse aun en medio de los horrores de la guerra. Prohibia toda crueldad inútil, recomendaba la clemencia para con los vencidos, protegia á las mugeres, á los niños y á los sacerdotes. Una de sus empresas mas desgraciadas fue su liga con el rey de Marruecos contra los reyes de Castilla y Portugal. Yusef fue derrotado con su aliado en la memorable batalla del Salado, que dió un golpe mortal al poder musulman.

Despues de este revés, Yusef obtuvo una larga tregua, y se consagró durante este in-

Ayuntamiento de Madrid

tervalo de reposo á instruir á su pueblo y perfeccionar sus costumbres. Para este fin estableció en cada pueblo una escuela dirigida por un sistema de educacion simple y uniforme. Mandó que toda aldea que contase doce casas tuviese una mezquita, é hizo cesar los abusos que se habian introducido en las ceremonias religiosas, en las fiestas públicas y diversiones populares. Llamó su atencion la policía de las ciudades, en las que estableció rondas por las noches; pero lo que mas escitó su celo fue el terminar los edificios principiados en tiempo de sus antecesores y mandar elevar otros. La Alhambra, fundada por el escelente Abou Alhamar, se concluyó entonces. Yusef hizo edificar la hermosa puerta de la Justicia, que sirve de entrada á la fortaleza, y adornar varias salas y patios del palacio, como lo prueban las inscripciones en que se encuentra el nombre de este príncipe. El alcázar ó ciudadela de Málaga, que en la actualidad solo es un monton de ruinas, y cuya arquitectura interior desplegaba sin duda tanta elegancia y riqueza como en la Alhambra, se le debe á él tambien.

El carácter de un soberano se refleja siempre en sus contemporáneos. Los nobles de Granada, á imitacion de su rey Yusef, adornaron á esta ciudad con magníficos palacios, cuyos palos, adornados con pavimentos de mosaicos, estaban llenos de esculturas delicadas, pinturas brillantes y ricos dorados. Aun se encuentran vestigios de estos adornos, y sus colores vivos tienen su primera frescura. La mayor parte de las casas tenian fuentes con juegos de agua y elegantes torrecillas de madera ó piedra, curiosamente adornadas y cubiertas de chapas de metal que brillaban al sol. Tal era el gusto refinado que dominaba entonces en aquel pueblo, y que dió márgen á esta bella comparacion de un autor árabe: «Granada en tiempo de Yusef (dice este escritor) era un vaso de plata lleno de esmeraldas y jacintos.»

Una anécdota sola dará á conocer la generosidad de este príncipe escelente. La larga tregua que habia seguido á la batalla del Salado habia terminado, y Yusef hizo cuanto pudo para prolongarla; pero en vano. Su enemigo mortal Alfonso XI, rey de Castilla, empezó la guerra con fuerzas imponentes y puso sitio á Gibraltar. Yusef empuñó las armas con repugnancia, y acababa de enviar tropas á los sitiadores, cuando, en medio de su angustia, supo que el rey Alfonso habia muerto atacado de la peste. En lugar de abandonarse en esta ocasion á la alegría, Yusef se acordó de las grandes cualidades del difunto, y se llenó de una noble y profunda tristeza:

«¡Ah! dijo: el mundo ha perdido uno de sus mejores príncipes, un soberano que sabia apreciar el mérito en sus amigos y enemigos.»

Las crónicas españolas afirman este testimonio de su magnanimidad: segun ellas, los caballeros moros, participando de los sentimientos de su rey, llevaron luto por la muerte del rey Alfonso. Los mismos moros de Gibraltar, á quienes sitiaba, cuando supieron que el monarca enemigo habia muerto en su campo, convinieron entre sí en no hacer ninguna salida contra los cristianos. El dia en que estos levantaron el campo, y marchó el ejército llevándose los restos de Alfonso, los moros salieron en gran número de Gibraltar, y vieron pasar esta pompa fúnebre con el mas profundo y silencioso respeto. La misma deferencia fue observada para con el difunto por todos los gefes moros de las fronteras, que permitieron á la comitiva fúnebre pasar con toda seguridad desde Gibraltar á Sevilla (1).

Yusef no sobrevivió mucho tiempo al enemigo, cuya pérdida habia sentido tan generosamente. El año 1354, mientras oraba en la mezquita real de la Alhambra, vino un loco y le atacó de improviso, clavándole un

(1) «Y los moros que estaban en la villa y castillo de Gibraltar, despues que supieron que el rey D. Alonso era muerto, ordenaron entre sí que ninguno non fuese osado de facer ningun movimiento contra los Christianos, ni mover pelear contra ellos; esto vieron todos quedos, y decian entre ellos que aquel dia muriera un noble rey y gran príncipe del mundo.»

Ayuntamiento de Madrid

puñal en un costado. A los gritos del rey acudieron sus guardias y cortesanos, y le encontraron bañado en su sangre y con las convulsiones de la muerte. Fue llevado á su cuarto, donde espiró á pocos minutos. El asesino fue descuartizado, y sus restos quemados públicamente para satisfacer el furor del pueblo, que presenció este horroroso espectáculo con una tranquilidad y satisfaccion increibles; tal era el cariño que al difunto monarca profesaban y el encono que habia despertado en todos los ánimos la alevosía de aquel mal vasallo que habia teñido sus manos con la sangre noble de un monarca tan benéfico.

El cuerpo de este príncipe fue puesto en un soberbio mausoleo de marmol blanco, sobre el cual un largo epitafio escrito en letras de oro sobre un fondo azul presentaba esta enumeracion enfática de sus bellas cualidades.

«AQUI YACE UN REY, UN MÁRTIR, DE SANGRE ILUSTRE, AFABLE, SABIO, VIRTUOSO, FAMOSO POR SUS PRENDAS FÍSICAS Y MORALES, CUYA CLEMENCIA, PIEDAD Y BENEFICENCIA ERAN ALABADAS EN TODO EL REINO DE GRANADA. FUE UN GRAN PRÍNCIPE, UN GUERRERO CÉLEBRE, UNA TAJANTE CIMITARRA DE LOS MUSULMANES, UN VALIENTE PORTAESTANDARTE ENTRE LOS MAS PODEROSOS MONARCAS, ETC.»

La mezquita en que resonaron los últimos gritos de Yusef existe aun; pero el monumento que recordaba sus virtudes ha desaparecido hace mucho tiempo. Su nombre solo queda inscrito en los adornos de la Alhambra, y su memoria se conservará mientras dure el célebre edificio que se glorió en hermosear.

Fin

Ayuntamiento de Madrid

RASSELAS.

Ayuntamiento de Madrid

RASSEGNA.

Ayuntamiento de Madrid

RASSELAS,

NOVELA FILOSOFICA

ESCRITA EN INGLÉS

POR EL DOCTOR JOHNSON,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR J. H. C.

MADRID:

Imprenta y Casa de la Union Comercial.

—

1844.

Ayuntamiento de Madrid

RASSELAS,

HOWELA HISTORIOTIDA

ESCRITA EN INGLES

POR EL DOCTOR JOHNSON,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR D. B. B.

MADRID:

Imprenta y Casa de la Union Comercial.

—

1844.

Ayuntamiento de Madrid

AL LECTOR.

Tan incorrecto como salió por primera vez de las manos del traductor, sale á campear por esos mundos el Rasselas, *del Dr. Johnson.* Detenerse en ponderar su mérito es ageno de una simple advertencia; ademas de que para poder formar un juicio exacto es necesario leerlo, y esto cuesta poco atendido su corto volúmen.

Diré, pues, solamente que en nada he alterado el texto, pues hubiera creido hacer una injuria á los manes del célebre inglés refundiendo, ó mejor dicho, desfigurando algunos trozos de su obra.

Su lectura no puede ser sino muy útil á toda clase de individuos, aunque solo las personas instruidas podrán utilizarse debidamente de sus preceptos.

Si logro siquiera escitar la emulacion de los trabajos literarios en mis jóvenes conciudadanos, quedarán completamente satisfechos mi objeto y deseos.

Ayuntamiento de Madrid

ADVERTENCIA.

En un rincon de una de las Antillas españolas traduje hace algunos años la obra que ahora presento al público. Varias razones que seria prolijo enumerar aqui impidieron en aquella época su publicacion; pero como mi principal objeto al emprender este trabajo fue contribuir segun mis débiles fuerzas me lo permitiesen á dar algun impulso á la civilizacion naciente de aquella isla, he creido conveniente conservar las dos palabras *Al lector* que puse entonces al frente de la obra, pues á pesar de la distancia en que ahora se publica, creo llegarán á aquellas playas algunos ejemplares; y ademas es una especie de recuerdo que debo á un pais, que aunque no es el mio, ofreció á mi familia un asilo cuando la emigracion ocasionada por las disidencias políticas de la América española, y á una sociedad en que cuento no pocos amigos y simpatías.

He creido necesaria esta aclaracion, porque mi lenguaje tan natural, dirigiéndome á la juventud de un pais naciente, pareceria impropio y chocante dirigido á la culta juventud madrileña.

Ayuntamiento de Madrid.

RASSELAS.

CAPÍTULO I.

Descripcion de un palacio en un valle.

Vosotros que escuchais con demasiada credulidad los destellos de la fantasía, y perseguís ansiosos todos los fantasmas de la esperanza; que confiais que el tiempo realice los sueños de la juventud, y que las faltas del dia de hoy puedan ser remediadas el de mañana, oid la historia de Rasselas, príncipe de Abysinia.

Rasselas era el cuarto hijo del poderoso emperador en cuyos dominios comienza su curso el padre de las aguas, que benéfico esparce á torrentes la abundancia y derrama sobre medio mundo las cosechas del Egipto.

Segun la costumbre que trae su orígen de las mas remotas edades entre los monarcas de la zona tórrida, Rasselas fue confinado con los otros hijos é hijas de la soberanía Abysinia en un secreto palacio hasta que el órden de sucesion le llamase al trono.

El lugar que la sabiduría ó la política antigua habia destinado para la residencia de estos príncipes era un espacioso valle en el reino de Amhara, rodeado por altísimas montañas, cuyas cimas sobresalian en contorno. El solo punto por donde podia penetrarse en esta mansion era una caverna que pasaba por debajo de la roca, y que por largo tiempo se habia disputado si seria obra de la naturaleza ó de la industria humana. Ocultaba su salida un espeso bosque, y la abertura que daba al valle estaba cerrada con fuertes puertas de hierro forjadas por artífices de los antiguos tiempos, y tan macizas, que ningun nombre sin ayuda de máquinas podia abrirlas ó cerrarlas por mucha fuerza que tuviese.

De la cima de las montañas descendian en todas direcciones hermosos riachuelos, que esparciendo en el valle la verdura y fertilidad, formaban en el medio un lago habitado por peces de toda especie, y frecuentado por todas las aves á quienes la naturaleza ha enseñado á humedecer sus alas en el agua.

Este lago descargaba sus superfluidades en un arroyo que entraba por una estrecha hendidura de la montaña septentrional, y caia con pavoroso ruido de precipicio en precipicio hasta que el oido dejaba de percibirlo.

Las montañas estaban cubiertas de frondosos árboles, las orillas de los arroyuelos matizadas con mil diversas flores, cada soplo de aire hacia caer especias de las rocas, y todos los meses veian gatear las frutas sobre la tierra. Todos los animales herbívoros ó que se alimentan de arbustos, ya domésticos, ya silvestres, vagaban en este vasto circuito, abrigados de las fieras de toda especie por las montañas que las confinaban. Veíanse por una parte numerosos rebaños paciendo

Ayuntamiento de Madrid

en los verdes llanos, por otra todos los ani-

males domésticos saltando en las praderas: el alegre cabrito retozando sobre las rocas, el astuto mono traveseando en los árboles, y el magestuoso elefante reposando á la sombra. Todas las diversidades del universo habian sido traidas á aquel valle feliz, todas las bendiciones de la naturaleza se encontraban allí reunidas y todos los males totalmente escluidos.

El valle, tan vasto como fértil, abastecia á sus habitantes de todo lo necesario á la vida, y todas sus superfluidades y deleites se aumentaban con la visita anual que hacia el emperador á sus hijos cuando la puerta de hierro se abria al sonido de la música, y durante ocho dias todos eran requeridos para proponer cualquiera cosa que hiciera mas agradable la reclusion y que contribuyera á llenar los intervalos de las vacaciones y minorar el tedio del tiempo. Todos los deseos eran inmediatamente satisfechos; los artífices del placer eran llamados para adornar la festividad, los músicos ejercitaban el poder de la armonía, y los bailarines mostraban su ligereza ante los príncipes, deseando pasar su vida en aquella bienaventurada cautividad, á la que solo se admitia los que por su habilidad eran reputados capaces de añadir alguna novedad al placer. Era tal la apariencia de seguridad y deleite que presentaba aquel retiro, que aquellos para quienes era nuevo deseaban que pudiese ser perpetuo; y como los que una vez habian entrado no se les consentia jamás volver al mundo, el efecto de una larga esperiencia no podia ser conocido. De este modo cada año producia nuevos proyectos de recreo y nuevos pretendientes á la prision.

El palacio estaba situado en una eminencia que se elevaba cerca de treinta pies sobre la superficie del lago. Dividíase en cuadros ó habitaciones edificadas con mas ó menos magnificencia, segun el rango de las personas que las habitaban. Los tejados descansaban sobre arcos de maciza piedra unida con cierta materia que se endurecia cada vez mas, y la fábrica pasaba de centuria en centuria arrostrando las lluvias del solsticio y los huracanes equinocciales sin necesidad de reparo alguno.

Este edificio era demasiado grande para ser perfectamente conocido de ninguno de sus habitantes, escepto algunos antiguos oficiales que heredaban sucesivamente los secretos del lugar. Estaba construido como si la misma desconfianza hubiera trazado el plan. Para cada cuarto habia abierta una salida secreta; cada habitacion se comunicaba con las demas por galerías privadas desde los pisos altos, y por pasadizos subterráneos desde los bajos. Muchas de las columnas tenian ignoradas cavidades en que una larga serie de monarcas habia depositado sus tesoros, cerrando despues la abertura con mármol, que no habia sido removido ni en las mayores urgencias del reino, y recordaban sus acumulaciones en un libro, tambien oculto en una torre, en la que solo el emperador podia penetrar.

CAPÍTULO II.

Disgusto de Rasselas en el Valle feliz.

En este deliciosísimo valle vivian, pues, los infantes de la Abysinia, conociendo solamente las blandas vicisitudes del placer y reposo, servidos solo por los que eran prácticos en el deleite, y satisfechos con todo lo que pueden gozar los sentidos. Se paseaban en fragantes jardines y vivian en fortalezas seguras. Todos los medios se ponian en práctica para hacerles mas placentera su condicion. Los sabios que les ins-

Ayuntamiento de Madrid

truian solo les hablaban de las miserias de la vida pública, y describian todo lo que estaba mas allá de las montañas como regiones de calamidad, donde reinaba siempre la discordia, y donde los hombres se destrozaban mutuamente. Para realzar la opinion de su felicidad, todos los dias los entretenian con cantos, cuyo objeto ó asunto era siempre el Valle feliz. Escitaban sus apetitos con la frecuente enumeracion de los diferentes goces, y la disipacion y alegría era el solo empleo de todas sus horas desde el rayar del alba hasta el anochecer.

Generalmente habia salido bien este método; pocos de los príncipes habian deseado nunca estender los límites de su vida, pues la pasaban en la plena conviccion de que tenian bajo su poder todo lo que pueden producir la naturaleza y el arte, y compadecian á aquellos á quienes el destino habia escluido de aquel sitio de tranquilidad, como á juguetes del acaso y esclavos de la miseria.

De este modo se levantaban por la mañana y se acostaban por la noche, contentos con todos y consigo mismos; todos, escepto Rasselas, que en el vigésimosesto año de su edad comenzó á retraerse de sus asambleas y pasatiempos, y á deleitarse en paseos solitarios y silenciosas meditaciones. Sentábase á menudo delante de mesas cubiertas de los mas delicados manjares, y se olvidaba de probarlos. Se levantaba bruscamente en medio del canto, retirándose con precipitacion lejos del sonido de la música, manifestando en todos estos saraos, en que todos se deleitaban, y los cuales daban tanto recreo al palacio del Valle feliz, la mayor displicencia y el mas completo disgusto. Sus criados observaron el cambio que se habia operado en él, y se esforzaron en renovar su aficion al placer; pero lejos de prestarse á sus intentos, desatendia las oficiosidades, repelia sus invitaciones, y pasaba los dias á las orillas de los riachuelos cubiertos de árboles, escuchando unas veces los pajarillos que cantaban en sus ramas, observando otras los peces que jugueteaban en las aguas, y dirigia sus miradas á los pastos y montañas hablando de animales, que unos pacian alegremente, mientras que otros reposaban entre los arbustos. Este humor tan singular hizo que le observasen de cerca. Uno de los sabios en cuya conversacion se habia deleitado anteriormente le siguió con cautela esperando descubrir la causa de su inquietud. Rasselas, ignorando que habia una persona tan cerca de él, despues de fijar por algun tiempo sus ojos sobre las cabras que pastaban entre las rocas, comenzó á comparar la condicion de aquellos animales con la suya.

«¿Cuál es, dijo, la diferencia que existe entre el hombre y todo el resto de la creacion animal? Todas las criaturas que vagan al rededor mio tienen las mismas necesidades corporales que yo; estan hambrientos y comen, tienen sed y la satisfacen en los arroyos, y su sed y su hambre desaparecen; satisfechos entonces duermen, vuelven á levantarse; tienen hambre, comen de nuevo, y hélos otra vez felices. Yo tengo hambre y sed como ellos; pero cuando he satisfecho estas necesidades aun no soy feliz. Cuando me aquejaban sufria de un modo análogo; pero despues no he quedado plenamente satisfecho. Las horas que me quedan son tristes y fastidiosas, y necesito esperar mucho para que el hambre vuelva á llamar mi atencion. Los pajarillos picotean las flores y los granos, y vuelan á las arboledas, sobre cuyas ramas en aparente felicidad pasan su vida cantando una invariable serie de sonidos. Yo puedo tambien llamar los músicos y los cantores; pero los sonidos que ayer me agradaban hoy me fastidian, y mañana me fastidiarán aun mas. No poseo ningun sentido que no esté harto

Ayuntamiento de Madrid

de placeres, y no me siento por ello advertido. El hombre tiene seguramente algunos otros ocultos, para quienes este lugar no puede ofrecer placeres, ó algunos deseos distintos de los sentidos que deben ser satisfechos para que pueda ser feliz.»

Despues de esto alzó la cabeza, y viendo que salia la luna, se encaminó hacia el palacio. Al atravesar los campos vió los animales que le rodeaban:

«¡Vosotros, dijo, sois felices, y no teneis nada que envidiar! no yo, que vivo agobiado bajo el peso de mi existencia; pero no envidio vuestra felicidad, dichosos seres, que no es la felicidad del hombre. Sufro algunos males de que vosotros estais libres; temo al dolor cuando no lo siento, me horrorizo al recuerdo de los pasados males, y algunas veces me sobresaltan los venideros. Seguramente la equidad de la Providencia ha equilibrado los goces y los sufrimientos de cada especie.»

Con semejantes observaciones se divertia el príncipe en su paseo, pronunciándolas con plañidera voz; pero se descubria en sus miradas que complacia con su perspicacia, y que recibia algun consuelo en las miserias de la vida, por la conciencia del modo delicado con que las sentia y la elocuencia con que las lamentaba. Se mezcló alegremente en las diversiones de la tarde, regocijado de sentir algun alivio en su corazon.

CAPÍTULO III.

Necesidades de quien nada necesita.

Al siguiente dia, imaginando su antiguo maestro que ya sabia la causa de su tristeza, y deseando curarle con sus consejos, buscó una ocasion oportuna para entrar en conferencia. El príncipe trataba de evitarla, porque le creia persona de escaso entendimiento.

«¿Por qué me persigue este hombre? decia: ¿querrá que repita aquellas lecturas que solo me agradaban porque me eran nuevas, y que para volver á parecérmelo deben ser olvidadas?»

Entonces penetró en el bosque y se entregó á sus acostumbradas meditaciones; pero antes que sus pensamientos tomasen ningun rumbo cierto, vió que se le acercaba su perseguidor, y estaba tentado en su impaciencia de retirarse precipitadamente; mas temiendo ofender á un hombre que habia venerado en otro tiempo, y que amaba todavía, le invitó á sentarse con él en el banco.

Animado el anciano con este proceder, empezó lamentándose del cambio que se habia observado últimamente en el príncipe, y en seguida le preguntó por qué se retiraba tan á menudo de los placeres del palacio para entregarse al silencio y á la soledad.

«Huyo del placer, contestó este, porque ha cesado de agradarme: gusto de estar solo porque soy desgraciado, y no quiero turbar con mi presencia la felicidad de los otros.

—Vos, señor, sois el primero que se ha quejado de desgracia en el Valle feliz, y yo deseo convenceros de que vuestras quejas no tienen causa real. Vos estais aqui en plena posesion de todo lo que el emperador de Abysinia puede dar; no teneis trabajos que sufrir ni peligros que temer, y sin embargo gozais de todo lo que el trabajo y peligro pueden proporcionar ó adquirir. Mirad al rededor vuestro, y decidme cuál de vuestras necesidades no está satisfecha; y si nada necesitais, cómo sois infeliz.

—El no necesitar nada, ó mas bien el ignorar lo que necesito, es la causa de mi queja: si tuviera una necesidad desconocida, tendria deseos: estos deseos escitarian los esfuerzos para satisfacerla, y entonces no me consumiria al ver el sol moverse tan lentamente hácia la montaña occidental, ni me lamentaria cuando al romper el dia se niega el sueño á ocultarme de mí mismo. Cuando veo los corderos y cabritillos correr unos tras otros, creo que yo tambien seria feliz si tuviese algo que seguir; pero poseyendo todo lo que necesito, encuentro cada dia y cada hora exactamente como las otras, con la sola diferencia de ser las últimas infinitamente mas tediosas que las anteriores. Enséñeme vuestra esperien-

Ayuntamiento de Madrid

cia de qué modo podria parecerme ahora el dia tan corto como en mi infancia, cuando mi naturaleza era naciente, y cada momento me mostraba cosas que nunca habia observado antes. Mucho he gozado sin duda; dadme algo que desear.»

Sorprendido escuchaba el viejo esta nueva especie de afliccion, y no sabia en verdad qué responder; pero no queriendo permanecer en silencio:

«Señor, le dijo, si hubieseis visto la miseria del mundo, conoceriais lo que vale vuestro estado presente.

—Ahora me habeis dado algo que desear; yo debo ver las miserias del mundo, pues que su vista es necesaria á la felicidad.»

CAPÍTULO IV.

Continúa el príncipe en enriquecerse y meditar.

A este tiempo les advirtió la música que era hora de comer, y se terminó la conversacion. El anciano se fue bastante descontento al ver que sus razonamientos habian producido la sola conclusion que siempre estaban cuidadosos en prevenir; pero en la declinacion de la edad duran poco la vergüenza y el pesar, sea que sobrellevemos mas fácilmente lo que estamos acostumbrados á sufrir, ó bien que miremos con menosprecio aquellas aflicciones á que sabemos está cerca de poner fin la mano de la muerte.

El príncipe, cuyas miras se estendian á mas vasto espacio, no pudo tan fácilmente calmar sus emociones. Antes le aterraba la larga vida que parecia prometerle la naturaleza, porque consideraba que en tanto tiempo debia sufrirse mucho, y ahora se regocijaba de su juventud por lo mucho que podia hacer. Este primer rayo de esperanza, que nunca habia sentido su imaginacion, volvió á encender el color de sus mejillas y redobló el brillo de sus ojos. El deseo de ejecutar algunas cosas grandes lo trasportaba, aunque no conocia el fin ni los medios. Ya no estaba ni triste ni insocial; pero considerándose como señor de un secreto tesoro de felicidad, de que solo podia gozar ocultándolo, afectaba ocuparse como anteriormente en todos los proyectos de diversion, y se esforzaba en hacer que los otros estuvieran contentos en la situacion en que él estaba tan fastidiado; pero los placeres nunca pueden ser tan multiplicados y continuos que no dejen mucho tiempo vacante, y por consiguiente tenia muchas horas del dia y de la noche que podia emplear sin escitar sospechas en sus solitarios pensamientos. El peso de la existencia le era mucho mas llevadero: acudia ansiosamente á las asambleas, porque suponia su presencia en ellas como necesaria al éxito de sus proyectos, y se retiraba alegremente á la soledad porque tenia un asunto en que pensar. Su principal diversion era pintarse aquel mundo que no conocia: colocándose en varias condiciones, enredábase en mil dificultades y se empeñaba en raras aventuras; pero su benevolencia natural hacia que siempre terminasen sus proyectos en el alivio de los desgraciados, en el odio al fraude, en la abolicion del despotismo y la difusion de la felicidad.

Asi pasaron veinte meses de su vida, y tan intensamente se ocupaba en ilusorias empresas, que olvidaba su real aislamiento: asi que, en medio de sus continuas preparaciones para los varios incidentes de los negocios humanos, descuidaba el discurrir por qué medios se mezclaria con sus semejantes.

Estando un dia sentado en un peñasco, se figuró que una vírgen huérfana, á quien un traidor amante habia robado su pequeña dote, imploraba de él su restitucion y desagravio. Tan fuertemente se imprimió esta imágen en su fantasía, que se lanzó en defensa de la doncella, y corrió tras el robador con toda el ansia de un real perseguimiento. El

Ayuntamiento de Madrid

temor acelera la carrera de los culpables, y Rasselas, á pesar de sus esfuerzos, no pudo alcanzar al fugitivo; pero resolviendo fatigar con su perseverancia al que no podia igualar en ligereza, prosiguió su carrera hasta que el pie de la montaña le detuvo. Aquí volvió en sí mismo, y se sonrió de su no acostumbrada impetuosidad. Entonces, dirigiendo sus ojos á la montaña:

«Este es, esclamó, el fatal obstáculo que me impide el goce de los placeres y el ejercicio de las virtudes. ¡Cuánto tiempo há que mis esperanzas y deseos han pasado mas allá de este fatal límite de mi vida, que nunca he intentado traspasar!»

Herido con esta reflexion, se sentó á meditar, y recordó que desde que habia resuelto por primera vez escapar de su encierro habia pasado el sol dos veces sobre su cabeza en su carrera anual. Esta idea le hizo sentir un grado de pesar que nunca habia esperimentado. Consideraba lo mucho que podia haber hecho en el tiempo trascurrido, y comparando aquellos veinte meses con la vida del hombre, decia:

«No debe contarse como vida la ignorancia de los primeros años ni la imbecilidad de la vejez; nosotros necesitamos mucho tiempo para saber pensar, y muy pronto perdemos el poder de obrar. El verdadero período de la existencia humana puede estimarse razonablemente en cuarenta años, de los cuales yo he pasado veinte y cuatro en inútiles meditaciones. Lo que he perdido era cierto porque lo he poseido; pero ¿quién podrá asegurarme del porvenir?»

El convencimiento de su propia locura le conmovió con tanta fuerza, que hubo menester de mucho tiempo para reconciliarse consigo mismo.

«El resto de mi tiempo, pensaba, ha sido malgastado por las ridículas creencias de mis antepasados y las absurdas instituciones de mi pais: me acuerdo de ello con disgusto, pero sin remordimiento; mas los meses que han trascurrido desde que una nueva luz reflejó en mi alma, desde que formé un plan de razonable felicidad, han sido disipados por mi culpa. He visto salir y ponerse el sol por el espacio de veinte meses como un ocioso contemplador del firmamento: en este tiempo las aves han dejado los nidos de sus padres y entregádose por sí mismas á los bosques y á los aires; el cabrito ha olvidado la teta y aprendido por grados á trepar á las rocas en busca de una subsistencia independiente. Yo solo no he hecho adelantos, y me veo aun desvalido é ignorante. La luna por mas de veinte revoluciones me enseñaba el curso de la vida; el arroyuelo que corria á mis pies me echaba en cara mi inactividad, y yo entre tanto me divertia con fantasmas intelectuales, descuidando á la par los ejemplos de la tierra y las instrucciones de los planetas. Veinte meses he perdido: ¿quién me los volverá?»

Estas tristes reflexiones tomaban cuerpo en su imaginacion; pasó aun cuatro meses resolviendo no perder mas tiempo en ociosas resoluciones, y se despertó en él el mas vigoroso esfuerzo por haber oido observar á una doncella que habia roto una copa de porcelana, que lo que no podia repararse no debia ser sentido. Esto era obvio, y Rasselas se reprochaba el no haberlo descubierto antes, por no haber conocido cuántas ideas útiles se obtienen por casualidad, y cuántas veces el entendimiento atropellado por su mismo ardor á distantes miras descuida las verdades que yacen patentes delante de él. Por algunas horas lamentó su anterior sentimiento, y desde aquella época dirigió toda su atencion á los medios de escapar del Valle de la felicidad.

CAPITULO V.

El príncipe medita su fuga.

No se ocultaba, sin embargo, al príncipe lo difícil que era efectuar lo que tan en su imaginacion llevara á cabo con tanta facilidad. Cuando miraba al rededor suyo se veia confinado por las barreras de la naturaleza que nunca habian sido traspasadas, y por aquella puerta cuyo tránsito era imposible. Estaba tan impaciente como un águila en su jaula, y pasaba dias y semanas registrando las montañas por ver si encontraba algun

Ayuntamiento de Madrid

paso oculto entre los arbustos, pues creia todas las cimas inaccesibles por su altura. No tenia esperanza de poder abrir la puerta de hierro, porque ademas de estar asegurada con todos los recursos del arte, la custodiaban continuamente sucesivos centinelas, estando tambien espuesta por su posicion á las miradas de todos los habitantes.

Entonces examinó la caverna por donde descargaba el lago las aguas, y mirando hácia el interior al tiempo que el sol lucia con todo su esplendor en la abertura, descubrió que estaba llena de rocas desmoronadas, que si bien permitian paso á las aguas por algunos estrechos carriles, detendrian cualquier cuerpo sólido. Volvió de su escursion desanimado y abatido; pero habiendo conocido ya las dulzuras de la esperanza, resolvió no desmayar nunca.

Diez meses empleó en estas inútiles pesquisas. El tiempo empero pasaba alegremente: por la mañana se levantaba con nuevas esperanzas; por la tarde se aplaudia de sus diligencias, y dormia rendido de fatiga por la noche. Encontraba mil distracciones que le hacian mas llevadero el trabajo, y variaban de objeto sus pensamientos: discernia los varios instintos de los animales y las propiedades de las plantas, hallando que el lugar estaba lleno de maravillas, con cuya contemplacion se prometia distraer si no podia verificar su fuga; regocijándose de que sus esfuerzos, aunque inútiles, le habian proporcionado un manantial inagotable de descubrimientos.

Pero su original curiosidad aun no estaba abatida, y resolvió obtener algun conocimiento de los recursos de los hombres. Sus deseos continuaban, aunque su esperanza iba á menos. Cesó de reconocer por mas tiempo el recinto de su prision, y de buscar con tantos trabajos lo que era imposible encontrar; empero se decidió á tener siempre á la vista su designio, y estar pronto á aprovechar la primera ocasion que se le presentase.

CAPITULO VI.

Disertacion sobre el arte de volar.

Entre los artistas mas hábiles que habian sido introducidos en el Valle feliz para contribuir al placer ó comodidad de sus habitantes, se distinguia uno que era eminente en el conocimiento de las fuerzas mecánicas, y que habia inventado diversas máquinas de utilidad ó recreo. Por medio de una rueda á que daba movimiento el arroyo hacia subir el agua á una torre, desde donde la distribuia á todas las habitaciones del palacio; habia erigido en el jardin un pabellon, al rededor del cual mantenia siempre el aire fresco por medio de lluvias artificiales. Una de las alamedas destinadas á las mugeres estaba constantemente ventilada por abanicos, á quienes daba movimiento el riachuelo que la atravesaba; y habia ideado varios instrumentos melodiosos colocados de distancia en distancia, muchos de los cuales los hacia resonar el viento y los demas la fuerza de las aguas.

Este artista era visitado algunas veces por Rasselas, á quien agradaban todos los géneros de talento, imaginando que vendria un tiempo en que todas sus adquisiciones le serian útiles en el mundo. Uno de los dias que fue el príncipe á verle segun su costumbre, le encontró ocupado en fabricar un carruaje de velas; vió que el designio era practicable sobre una superficie plana, y con espresiones de grande aprecio solicitó su complemento. Complacido el artista al verse tan obsequiado por el príncipe, trató de obtener mas altos honores.

«Señor, le dijo, vos no habeis visto sino una pequeñísima parte de lo que pueden ejecutar las fuerzas mecánicas bien combinadas. Hace mucho tiempo que opino, que en lugar de la tardía conduccion de los buques y carruajes, el hombre podia usar de la mucho mas veloz de las alas; que las regiones del aire estan cubiertas para el talento, y que solo la ignorancia y ociosidad necesitan arrastrarse sobre la tierra.»

Ayuntamiento de Madrid

Esta indicacion enardeció el deseo que tenia el príncipe de pasar las montañas; habia visto lo que podia ejecutar la mecánica, y deseaba pudiese hacer aun mucho mas: sin embargo, resolvió examinar mas á fondo el asunto antes de dar entrada á la esperanza y sufrir despues un chasco.

«Yo temo, contestó al artista, que vuestra imaginacion prevalezca sobre vuestro saber, y que ahora me digais mas bien lo que deseais que lo que podeis ejecutar. Cada animal tiene asignado el elemento que le es mas propio; las aves tienen el aire, el hombre y los cuadrúpedos la tierra.....

—Del mismo modo, señor, tienen los peces el agua, en la que sin embargo nadan los animales por instinto, y el hombre por arte. El que puede nadar no debe desesperar de poder volar tambien; nadar es volar en un flúido espeso, y volar es nadar en uno sutíl. Nosotros solo necesitamos proporcionar nuestro poder de resistencia á la diferente densidad de la materia que atravesamos, y es forzoso que os sostengais en el aire si renovais cualquiera impulso sobre él antes que pueda retroceder de la presion.

—Pero el ejercicio de nadar es muy laborioso, los mas fuertes miembros se fatigan pronto, y temo que el de volar sea aun mas violento; en este caso las alas no podrán sernos de grande utilidad, á menos que no podamos volar mas fácilmente que nadar.

—El levantarse de la tierra será muy difícil, como lo veremos en las aves domésticas; pero elevados ya, la atraccion de esta y la gravedad de los cuerpos disminuirá gradualmente, hasta llegar á una region en donde el hombre pueda flotar sin ninguna tendencia á caer. Entonces no será necesario sino moverse hácia adelante, lo que se efectuaria con el mas leve impulso; y vos, señor, cuya curiosidad es tan estensa, concebireis fácilmente con cuánto placer un filósofo equipado con alas y flotando á sus anchas en la atmósfera veria la tierra y todos sus habitantes rodando á sus pies, y presentándole sucesivamente en su movimiento diario todos los paises situados en el mismo paralelo. ¡Cuánto se divertiria el espectador mecido en los aires al ver la movible escena de la tierra y el Océano, las ciudades y los desiertos; reconocer con igual seguridad los mercados del comercio y los campos de batalla; las montañas infestadas de bárbaros, y las fértiles regiones dichosas con la abundancia y adormecidas con la paz! ¡Cuán fácilmente podriamos trazar entonces el curso del Nilo en toda su estension, pasar sobre las mas distantes regiones, y examinar la faz de la naturaleza desde una estremidad á la otra de la tierra!

—Todo esto es muy apetecible; pero temo que ningun hombre pueda respirar en aquellas regiones de contemplacion y tranquilidad: me han dicho que la respiracion es difícil sobre las altas montañas; y sin embargo, desde esas cumbres, aunque bastante altas para producir tal sutileza en el aire, es muy fácil caer. Por esta razon sospecho que desde cualquiera altura donde pueda sostenerse la vida, debe temerse un descenso demasiado rápido.

—Nada se intentaria jamás si todas las objeciones posibles debieran desvanerse desde luego. Si vos quereis favorecer mi proyecto, yo me esforzaré en volar el primero á mi cuenta y riesgo. He considerado detenidamente la estructura de todos los animales volátiles, y creo que las prolongadas alas del murciélago son las mas á propósito para adaptarlas á la forma humana. Sobre este modelo empezaré mañana mi tarea, y en un año espero poder elevarme en los aires mas allá de la malicia y persecucion de los hombres; pero trabajaré solo bajo la condicion de que mi arte no será divulgado, y que no me pedireis en ningun tiempo que fabrique alas sino para nosotros dos.

—¿Pero por qué privar á los demas de tan gran ventaja? Toda habilidad debe ser ejercida para el bien universal; todo hombre es deudor de mucho á los otros, y debe pagar conforme esté á su alcance los beneficios que ha recibido de ellos.

—Si los hombres, señor, fueran todos virtuosos, les enseñaria con el mayor gusto á volar; ¿pero cuál seria la seguridad de los buenos si los malvados pudiesen á su anto-

Ayuntamiento de Madrid

jo arrojarse sobre ellos desde la atmósfera? Contra un ejército alado, ni las murallas, ni los montes, ni los mares, ofrecerian garantías suficientes. Una bandada de los salvajes del norte giraria por los vientos, y quizá se arrojaria sobre la capital de alguna fértil region que viesen á sus pies. Aun este valle, retiro de los príncipes y mansion de la felicidad, seria violado por la súbita llegada de alguna de las hordas salvajes que hormiguean en los mares del Mediodía.»

El príncipe prometió secreto, y aguardaba la ejecucion del proyecto, aunque no plenamente esperanzado de su buen éxito. De cuando en cuando visitaba la obra, y observando sus progresos, admiraba mil ingeniosas invenciones para facilitar el movimiento y reunir la fortaleza con la ligereza. El artista estaba cada vez mas cierto que podria dejar atrás los buitres y las águilas, y el contagio de su confianza se estendió hasta el príncipe.

En un año estuvieron concluidas las alas, y en la mañana señalada apareció su autor sobre un pequeño promontorio, ya preparado para su vuelo: movió por algun tiempo sus alas para coger viento, y saltando luego de su posicion', cayó en un momento en el lago. Las alas, que le habian servido de tan poco en el aire, le sostuvieron en el agua, y el príncipe le sacó á tierra medio muerto de terror y disgusto.

CAPITULO VII.

Encuentra el príncipe un hombre de talento.

No habia afligido en gran manera este desastre al príncipe, porque solo habia deseado un feliz éxito por no tener á mano otros medios de fugarse. Sin embargo, persistió en su designio de dejar el Valle feliz á la primera oportunidad.

Su imaginacion no tenia campo entonces donde esplanarse; ya no tenia esperanzas de entrar en el mundo, y á pesar de todos sus esfuerzos para consolarse, empezó el descontento á apoderarse de él gradualmente; y estaba próxima ya la tristeza á enseñorearse de sus ideas, cuando la estacion lluviosa, que es periódica en aquellos climas, le imposibilitó sus paseos en los bosques. Las lluvias continuaron por mas tiempo y con mas violencia que nunca, las nubes se rasgaban en las vecinas montañas, y los torrentes corrian por todas partes en la llanura, hasta llegar á ser demasiado estrecha la caverna para descargar el agua. El lago salió de madre, y todo el nivel del valle se sumergió con la inundacion, quedando solo descubierta la eminencia sobre que estaba situado el palacio y algunos otros pedazos de tierra elevada. Las manadas y los rebaños dejaron los pastos, y tanto los animales silvestres como los domésticos se retiraron á las montañas.

Esta innundacion confinó á todos los príncipes á las diversiones caseras, y la atencion de Rasselas fue mas particularmente atraida por un poema que recitaba Imlac, uno de los sabios del valle, sobre las varias condiciones de la humanidad. Orden ó al poeta que pasase á su cuarto, donde le hizo recitar sus versos por segunda vez; y entrando luego en conversacion, se felicitó de haber encontrado un hombre que, conocia tan bien el mundo y que podia pintar tan sabiamente las diversas escenas de la vida. Le hizo mil preguntas sobre cosas que aunque tan comunes á los otros mortales, no estaban á su alcance por el confinamiento en que hasta entonces habia vivido; y el poeta, compadecido de su ignorancia á la par que complacido de su curiosidad, le entretuvo muchos dias con novedades instructivas, hasta que el príncipe

Ayuntamiento de Madrid

sentia la necesidad de entregarse al sueño, y aplazaba para la siguiente mañana la renovacion de su placer.

Un dia que estaban sentados el uno al lado del otro, mandó el príncipe á Imlac que contara su historia y le dijera qué accidentes le habian forzado ó qué motivos le habian inducido á encerrarse para siempre en el Valle feliz. Cuando iba á empezar su narracion llamaron á Rasselas para un concierto y lo obligaron á moderar su curiosidad hasta la tarde.

CAPITULO VIII.

Historia de Imlac.

La hora en que generalmente se entregan á las diversiones y entretenimientos en la zona tórrida es el anochecer; de modo que era media noche antes que cesara la música y se retirasen las princesas. Rasselas llamó entonces á su compañero y le pidió empezase la historia de su vida.

«Mi historia, señor, dijo el sabio, no será larga. La vida que se consagra al saber pasa silenciosamente, y es muy poco variada por los acontecimientos; hablar en público y pensar en la soledad, leer y oir, preguntar y responder á las preguntas, son las ocupaciones de un estudiante. Viaja por el mundo sin pompa ni temor, y no es conocido ni apreciado sino por los hombres como él.

»Nací en el reino de Gorina, á poca distancia del nacimiento del Nilo. Mi padre era un mercader muy rico que comerciaba con los paises interiores del África y los puertos del Mar Rojo. Era honrado, activo y frugal, pero de poco entendimiento y estrecha comprension. Solo deseaba ser rico, y ocultar sus riquezas temiendo ser despojado por los gobernadores de la provincia.

—Seguramente mi padre es negligente en el ejercicio de su empleo si hay en sus dominios quien se atreva á tomar lo que pertenece á otro. ¿Por ventura no sabe que los reyes son tan responsables de la injusticia que permitan como de la que cometan? Si yo fuera emperador, ni el mas pequeño de mis súbditos seria oprimido impunemente. Mi sangre hierve al oir que un mercader no se atreve á gozar de sus lícitas ganancias por temor de perderlas por la rapacidad del gobierno. Nombradme á ese gobernador que despojaba al pueblo para que yo pueda declarar sus crímenes á mi padre.

—Vuestro ardor, gran príncipe, es el efecto natural de la virtud animada por la juventud. Tiempo vendrá en que absolvereis á vuestro padre, y quizá oireis hablar del gobernador con menos impaciencia. La opresion no es tolerada ni frecuente en los dominios de Abysinia; pero hasta ahora no se ha descubierto ninguna forma de gobierno por la que pueda ser enteramente prevenida la crueldad. La subordinacion supone poder en una parte y sumision en otra; y si el poder está en manos de hombres, algunas veces abusarán de él. La vigilancia del magistrado supremo puede hacer mucho sin duda; pero quedará por hacer aun mucho mas. Imposible es que pueda saber nunca todos los crímenes que se cometan, y rara vez podrá castigar todos los que sepa.

—Amigo, yo no entiendo esas sutilezas, y ademas quiero mejor oirte que disfrutar. Continúa tu narracion.

—Mi padre intentó desde el principio no darme otra educacion sino la necesaria para el comercio; y descubriendo en mí una memoria feliz y ligereza de comprension, solia manifestar á menudo su esperanza de que dentro de algunos años seria yo el hombre mas rico de Abysinia.

—¿Por qué deseaba tu padre aumentar sus riquezas si ya era mas rico de lo que se atrevia á gozar? Yo no quiero dudar de tu veracidad; pero estas contradicciones no pueden existir.

—Las opiniones contradictorias no pueden á la vez ser rectas; pero imputadas al hombre, pueden ser verdaderas. Ademas de que la diversidad no es contradiccion, y mi padre podia esperar un tiempo mas seguro. Es menester tambien algun deseo para mantener la vida en actividad, y aquel cuyas necesidades reales estan satisfechas, debe creárselas imaginarias.

—Esto lo comprendo en cierto modo; pero advierto que te interrumpo.

Ayuntamiento de Madrid

—Con tales esperanzas me envió á la escuela; pero desde que hube saboreado el deleite del saber, y conocido el placer de la inteligencia y el orgullo de la invencion, empecé silenciosamente á despreciar las riquezas, determinando burlar las intenciones de mi padre, cuya rudeza compadecia. Tenia veinte años antes que su terneza le permitiese esponerme á las fatigas de los viajes, y en este tiempo me habian instruido diversos maestros en toda la literatura de mi pais nativo. Como á cada instante aprendia algo nuevo, vivia en una continua serie de satisfacciones; pero conforme me adelantaba hácia la virilidad, iba perdiendo mucho de aquella reverencia con que me habian acostumbrado á mirar mis preceptores, porque al acabarse la leccion no los encontraba ni mas sabios ni mejores que el comun de los hombres. Por último resolvió mi padre iniciarme en el comercio, y abriendo uno de sus tesoros subterráneos contó diez mil piezas de oro.—Jóven, me dijo, poniéndomelas delante, este es el capital con que debes negociar para labrar tu fortuna.—Yo empecé con menos de la quinta parte, y ya veis cuánto lo han acrecentado la diligencia y economía.—Esta es tu propiedad, la que aumentarás ó disiparás. Si la malgastas por negligencia ó por capricho, tendrás que esperar mi muerte para ser rico; sí, por el contrario, doblas tu capital en cuatro años, cesará la subordinacion entre nosotros, y viviremos juntos como amigos y socios, porque el que me iguale en el arte de hacerse rico será considerado por mí como mi igual.—

Pusimos nuestro dinero sobre camellos, le ocultamos con fardos de hermosas mercancías, y viajamos hácia la costa del Mar Rojo. Cuando dirigí por primera vez mi vista sobre la estension de las aguas, mi corazon palpitó como el de un prisionero que logra fugarse. Sentí encenderse en mi mente una curiosidad inestinguible, y resolví aprovechar aquella oportunidad para ver las costumbres de las otras naciones y aprender las ciencias desconocidas en Abysinia.

»Tenia presente que mi padre no me habia obligado al adelantarme un capital con ninguna promesa que temiera violar, sino con un castigo, en el que era libre de incurrir; por cuya razon me decidí á satisfacer mi deseo predominante, y no bebiendo en las fuentes del saber, estinguir la sed de mi curiosidad.

»Como pensaba negociar sin conexion con mi padre, me era fácil hacerme conocido de algun patron de navío y procurarme pasaje para cualquier otro pais. No tenia motivos de eleccion para regular mi viaje, pues sabia que donde quiera que fuese veria paises que me eran desconocidos, por cuya razon entré en un navío destinado á Surate, habiendo dejado una carta para mi padre en que le declaraba mi intencion.

CAPITULO IX.

Continuacion de la historia de Imlac.

Cuando entré por primera vez en el mar y perdí al momento la tierra de vista, miré al rededor mio con agradable sorpresa, y creyendo mi alma engrandecida con aquella ilimitada perspectiva, imaginé que nunca me saciaria de contemplarla; pero pronto me fastidié de aquella estéril uniformidad donde solo podia ver otra vez lo que ya habia visto. Bajé entonces al interior del buque, y empecé á sospechar que todos mis placeres puros acabarian, como aquel, en disgusto y fastidio. «Pero seguramente, decia entre mí, el Océano y la tierra son muy diferentes: la única variedad del agua es el movimiento y reposo, mientras que la tierra tie-

Ayuntamiento de Madrid

ne montañas y valles, ciudades y desiertos, está habitada por hombres de costumbres diferentes y diversas opiniones, y racionalmente puedo creer que encontraré variedad en la vida, ya que no en la naturaleza.

»Con tales pensamientos aquieté mi imaginacion, y durante el viaje me divertí, ya aprendiendo de los marineros el arte de la navegacion que nunca habia practicado, ya formando planes para mi conducta futura en las diversas situaciones á que iban á esponerme los acontecimientos: sin embargo, ya me comenzaban á fastidiar los entretenimientos navales, cuando desembarcamos felizmente en Surate. Aseguré mi dinero, y comprando por mera curiosidad algunos géneros, me reuní á una caravana que partia para el interior de aquel pais. Mis compañeros, que por ciertas razones me creian rico, y que conocian por mi admiracion y preguntas mi ignorancia, me consideraron como un necio á quien tenian derecho de engañar, y que debia aprender, segun costumbre, á sus espensas, el arte del fraude. Me espusieron á la sisa de los criados y á las exacciones de los empleados, viéndome con satisfaccion robado bajo falsos pretestos, sin que les resultase otra ventaja que la mezquina satisfaccion que les causaba la superioridad de su esperiencia.

—Detente un momento, amigo mio: ¿es posible que haya tal depravacion en los hombres que se complazcan en perjudicar á otro aun sin beneficio propio? Yo puedo fácilmente concebir que cada cual se aplauda de su superioridad; pero como tu ignorancia no era por tu culpa ni por tu locura, sino puramente accidental, no podia ofrecerles ocasion de envanecerse, y podian haber mostrado efectivamente los conocimientos de que tú carecias, guiándote con los consejos de su esperiencia, en lugar de hacerte traicion con tal villanía.

—El orgullo, gran príncipe, es muy raras veces delicado; se complace con las mas pequeñas ventajas, y la envidia no conoce su felicidad sino cuando la compara con la miseria de los otros. Eran mis enemigos porque les afligia el creerme rico, y mis ofensores porque se deleitaban en hallarme débil.

—Sigue, amigo: no dudo de los hechos que narras; pero creo los imputas á equivocados motivos.

—En esta compañía llegué á Agra, capital del Indostan, y Comim, residencia del gran Mogol. Me apliqué á la lengua del pais, y en pocos meses pude conversar con los hombres doctos, algunos de entre los cuales encontré morosos y reservados y otros francos y comunicativos; aquellos no querian enseñar á sus semejantes lo que habian aprendido con tanta dificultad, mientras que estos demostraban que el fin de sus estudios era llegar á merecer la dignidad de preceptores.

»Yo me supe recomendar tan fuertemente al ayo de la princesa heredera, que

logré me presentara al emperador como un hombre de rara sabiduría. El monarca me hizo mil observaciones acerca de mi pais y viajes, y aunque ahora no me acuerdo de todo lo que dijo mas notable de lo que podia un hombre comun, sé que me despidió dejándome admirado de su saber y enamorado de su bondad.

»Mi crédito habia subido tanto, que los mercaderes en cuya compañía habia venido me suplicaron los presentase á las damas de la corte. Me sorprendió el descaro de su solicitud, y entonces les reproché sus pro-

Ayuntamiento de Madrid

cederes en el viaje; pero ellos me oyeron con fria indiferencia, y sin dar muestras de vergüenza ni arrepentimiento esforzaron su peticion con la oferta de un presente; pero lo que no habia hecho por bondad, no lo hice tampoco por dinero, y les despedí, no porque me hubiesen injuriado, sino por no ponerlos en posicion de hacer daño á los demas, convencido como lo estaba de que habrian hecho uso de mi crédito para engañar á los que les comprasen sus mercancías.

»Habiendo residido en Agra hasta que ya no tenia que aprender, viajé hácia la Persia, donde ví muchos restos de antigua magnificencia, y observé una multitud de comodidades de la vida que me eran desconocidas.

»Los persas son una nacion eminentemente social, y sus asambleas me presentaban diariamente oportunidades de marcar caractéres y modales, y de observar la naturaleza humana en todas sus variaciones.

»Desde Persia me fuí á Arabia, donde ví una nacion á la vez pastoril y guerrera que vive sin ningun domicilio fijo, cuya única riqueza son sus manadas y rebaños, y que sostiene desde los tiempos mas remotos una guerra hereditaria con todo el género humano sin codiciar ni envidiar sus posesiones.

CAPITULO X.

Continúa la historia de Imlac.— Disertacion sobre la poesía.

Donde quiera que me presentaba veia considerada la poesía como el mas sublime talento, y mirada con una veneracion algo semejante á la que tributa el hombre á la naturaleza de los ángeles. Sin embargo, me causa admiracion el ver que en casi todos los paises son considerados los poetas mas antiguos como los mejores, ya porque cualquiera otro talento se alcance gradualmente y la poesía sea un don conferido desde luego, ó bien porque la primera obra poética de cada nacion sorprendiese por su novedad y retuviese por costumbre el crédito que obtuvo por casualidad al nacer; ó sea finalmente que, como el terreno de la poesía es la naturaleza y las pasiones, que son siempre las mismas, los primeros escritores se posesionaron de los objetos mas interesantes para la parte descriptiva, y de las ocurrencias mas probables para la ficcion, y no dejaron á los que les siguieron sino el poder trascribir los mismos acontecimientos y combinar de otra manera las mismas imagénes. En fin, sea cual fuere la razon, se observa comunmente que los primeros poetas poseen la naturaleza y sus sucesores el arte: que aquellos sobresalen en fuerza y en invencion, y estos en elocuencia y refinamiento.

»Yo tenia los mas vivos deseos de agregar mi nombre á aquella ilustre comunidad. Leí todos los poetas de la Persia y de la Arabia, y era capaz de repetir de memoria los volúmenes que estan suspendidos en la mezquita de la Meca; pero pronto conocí que ningun hombre fue jamás grande por la imitacion. Mi deseo de sobresalir me hizo trasferir mi estudio de la naturaleza á la vida. La naturaleza iba á ser mi asunto y los hombres mis oyentes, y yo no podia describir lo que no conocia, ni esperar conmover con el deleite ó terror á aquellos cuyos intereses y opiniones no entendia.

»Habiendo pues resuelto ser poeta, veia cada cosa con un designio nuevo: la esfera de mi atencion se estendió súbitamente, y ningun género de conocimiento fue despreciado. Acomodaba las montañas y los desiertos para imágenes y símiles, y pintaba en mi entendimiento los árboles de las florestas y las flores de los valles, observando con igual cuidado las cimas de las rocas y los pináculos de los palacios. Algunas veces vagaba en los laberintos de los riachuelos, y otras observaba las vicisitudes de las nubes del estío. Nada es inútil para un poeta. Todo lo hermoso y temible debe ser familiar á su imaginacion: al poeta debe serle muy conocido todo lo que es estremadamente vasto ó elegantemente pequeño en la naturaleza. Las plantas de los jardines, las fieras de los bosques, los minerales de la

Ayuntamiento de Madrid

tierra y los meteoros de la atmósfera, deben todos concurrir á abastecer su entendimiento de inagotable variedad, porque todas las ideas son útiles para adornar ó dar impulso á la verdad moral ó religiosa, y á aquel que sepa mas debe serle mas fácil diversificar sus escenas y deleitar á sus lectores con remotas alusiones ó inesperada instruccion.

»Por esta razon estudiaba cuidadosamente la naturaleza en todas sus fases, y todos los paises que habia recorrido contribuian por su parte á enriquecer mis tesoros poéticos.

—En tan vasto reconocimiento debes seguramente haber dejado mucho sin observar. Yo he vivido hasta ahora dentro del recinto de estas montañas, y sin embargo no puedo salir á paseo sin que vea alguna cosa que antes no habia considerado.

—El empleo de un poeta, señor, es examinar las especies y no los individuos, señalar las propiedades generales y las grandes perspectivas. No debe contar los colores del tulipan, ni describir las diferentes sombras en la verdura de las florestas. Debe, sí, en sus pinturas de la naturaleza presentar aquellos rasgos mas considerables y sorprendentes para representar el original á todos los entendimientos, y descuidar las pequeñas distinciones, de las cuales solo algunas serian notadas, y el resto desatendido por aquellos rasgos característicos que, son igualmente inherentes á la vigilancia y al descuido.

»Pero el conocimiento de la naturaleza es solo la mitad de la tarea de un poeta; deben tambien serle familiares todas las escenas de la vida. Su carácter requiere que sepa apreciar la felicidad y la miseria de todas las condiciones, observar el poder de las pasiones en sus diversos períodos, y trazar las mudanzas del espíritu humano segun estan modificadas por las diferentes instituciones, y las influencias accidentales del clima y de las costumbres, desde la vivacidad de la infancia hasta la suspicacia de la decrepitud Debe ademas desnudarse de las preocupaciones de su siglo y pais, considerar lo verdadero y lo falso en su estado abstracto é invariable, y desatendiendo las presentes leyes y opiniones, elevarse á aquellas trascendentales y grandes verdades que siempre serán las mismas: por esta razon debe contentarse con el tardío progreso de su nombre, despreciar los aplausos de su siglo, y someter sus pretensiones á la justicia de la posteridad. Debe escribir como intérprete de la naturaleza y legislador del género humano, considerando que va á presidir en todos los pensamientos y costumbres de las futuras generaciones como un ser superior á los tiempos y lugares.

»Todo esto aun no es suficiente: debe saber muchas lenguas y muchas ciencias; y para que su estilo sea digno de sus ideas, debe por medio de una prática incesante familiarizarse con todas las bellezas del lenguaje y las gracias de la armonía.»

CAPÍTULO XI.

Continúa la narracion de Imlac.—Queda sobre la peregrinacion.

Lleno Imlac de entusiasmo, iba á proseguir engrandeciendo su profesion, cuando el príncipe esclamó:

«¡Basta! tú me has convencido de que nadie puede ser poeta. Sigue tu narracion.

—Ser poeta, señor, es en verdad muy dificil.....

—Tan dificil, repuso el otro, que no quiero oir por ahora nada mas acerca de sus trabajos. Dime hácia dónde fuiste luego que visitaste la Persia.

—Desde Persia viajé hácia la Siria, y residí tres años en la Palestina, donde conversé con un gran número de los habitantes del Norte y del Occidente de Europa; naciones que estan en posesion de todo el poder y todos los conocimientos, cuyos ejércitos son irresistibles y cuyas flotas dominan en las mas remotas partes del globo. Cuando yo comparaba aquellos hombres con los naturales de otro pais y de los reinos circunvecinos, me parecian casi otro órden de seres. En aquellos paises es muy dificil

Ayuntamiento de Madrid

desear una cosa que no pueda ser obtenida: mil artes de que no tenemos la mas pequeña noticia estan continuamente trabajando para su conveniencia y placer, y todo lo que les niega su clima lo obtienen con el

comercio.

—¿Por qué razon son los europeos tan poderosos, ó mas bien, por qué desde que visitan tan fácilmente el Asia y el África para comerciar ó hacer la guerra no pueden los asiáticos y los africanos invadir sus costas, plantar colonias en sus puertos y dar leyes á sus príncipes? El mismo viento que los conduce á su pais nos llevaria á nosotros allá.

—Son mas poderosos que nosotros, señor, porque son mas sabios, y la sabiduría predominará siempre sobre la ignorancia como el hombre sobre los otros animales; pero no sé qué razon pueda darse sobre la superioridad de su talento comparado con el nuestro sino la inescrutable voluntad del Ser supremo.

—¿Cuándo, dijo el príncipe dando un suspiro, podré mezclarme á esa poderosa confluencia de naciones? Hasta que llegue tan feliz momento déjame que emplee el tiempo con las ideas que tú puedes darme. No ignoro el motivo que reune tantas gentes en aquel lugar, y no puedo menos de considerarlo como el centro de la sabiduría y de la piedad, al que se encaminan continuamente los hombres mas sabios y mejores de todos los paises.

—Hay empero algunas naciones que envian pocos viajeros á Palestina, porque varias sectas de Europa, mas numerosas é ilustradas, concuerdan en censurar la peregrinacion como supersticiosa, ó se burlan de ella como ridícula.

—Tú, amigo, conoces cuán poco he podido saber en mi vida de estas opiniones tan diversas: seria demasiado largo oir los argumentos de ambas partes; pero tú, que los has oido, puedes decirme su resultado.

—La peregrinacion, como otros muchos actos de piedad, puede ser razonable ó supersticiosa, segun los actos que muevan á ejecutarla. Los largos viajes en busca de la verdad no son de precepto. La verdad necesaria para el arreglo de la vida se encuentra siempre que se busque con buena fe. El cambio de lugar no es la causa natural del acrecentamiento de la piedad, porque produce inevitablemente disipacion en los pensamientos. Sin embargo, puesto que vemos diariamente á los hombres ir á ver los lugares en que se han ejecutado las grandes acciones, y volver poseidos de mayor entusiasmo por ellas, una curiosidad del mismo género puede disponernos naturalmente á visitar aquellos sitios en que tuvo principio nuestra religion, y yo creo que ningun hombre pueda examinar aquellas imponentes escenas sin confirmarse en algun tanto en sus santas resoluciones. Que el Ser supremo sea mas propicio en un lugar que en los demas, es el sueño de la ociosa supersticion; pero que algunos lugares obren mas fuertemente sobre nuestro espíritu, es una verdad confirmada todos los dias por la esperiencia. El que supone que en Palestina podrá combatir sus vicios con mejor éxito, se equivocará quizá, pero puede ir allá sin locura; mas el que piensa ser mas fácilmente perdonado alli que en otra parte, deshonra á la vez su religion y su razon.

—Estas son distinciones europeas que consideraré despues. Dime ahora: ¿cuál es el efecto que produce el saber? ¿Son aquellas naciones mas felices que nosotros?

—Hay en el mundo, señor, tanta infelicidad, que escasamente tiene el hombre lugar en su desgracia para apreciar por comparacion la felicidad de los otros. El saber es sin duda uno de los medios de ser felices, como lo prueba el deseo que tienen todas

Ayuntamiento de Madrid

las criaturas de acrecentar sus ideas. La ignorancia es una mera privacion que nada puede producir; es un vacío donde yace el alma inerte y adormecida por falta de atraccion, y sin saber por qué nos regocijamos cuando aprendemos, y tenemos sentimiento cuando olvidamos. Por todas estas razones me siento inclinado á deducir, que si nada contrariase las naturales consecuencias del saber, seriamos mas felices á proporcion que nuestros entendimientos se colocasen en un rango mas elevado.

»Si numeramos los consuelos particulares de la vida, hallaremos muchas ventajas del lado de los europeos. Curan heridas y enfermedades, con las que nosotros decaemos y morimos. Nosotros sufrimos las inclemencias del tiempo, y ellos las pueden evitar-tienen infinitas máquinas para la fabricacion de mil cosas laboriosas, que nosotros tene; mos que ejecutar con la industria manual. Hay tan fáciles comunicaciones entre los paises mas distantes, que dificilmente puede uno decir que está ausente de otro: su policía remueve todos los inconvenientes públicos, tienen caminos cortados por medio de sus montañas y puentes construidos sobre sus rios; y si descendemos á la vida privada, sus habitaciones son mas cómodas y sus posesiones mas seguras.

—Seguramente son felices, pues tienen todas esas conveniencias; pero ninguna envidio tanto como la facilidad de trocar sus pensamientos los amigos que estan separados.

—Los europeos, señor, son menos infelices que nosotros; pero no son felices. La vida humana es en todas partes un estado en que se sufre mucho para gozar muy poco.

CAPITULO XII.

Continúa la historia de Imlac.

Yo no puedo suponer, dijo el príncipe, que la felicidad de que me hablas sea tan escasamente distribuida á los mortales, ni menos dejar de creer que si fuera libre en elegir el género de vida que me acomodase, me seria fácil hacer felices todos mis dias. No injuriaria á nadie ni provocaria ningun resentimiento, y aliviando todos los desgraciados que estuvieran á mi alcance, gozaria de las bendiciones de la gratitud. Elegiria mis amigos entre los sabios, y mis mugeres entre las virtuosas, por cuya razon no temeria ni la traicion ni el desafecto. Mis hijos serian por mis desvelos instruidos y piadosos, y en mi vejez me recompensarian de lo que habian recibido de mí en su infancia. ¿Quién osaria agraviar á aquel que en todas partes podria invocar á millares de los que habia enriquecido con su bondad ó protegido con su poder? ¿Y por qué no habia de pasar mi vida en la blanda reciprocidad de la proteccion y del agradecimiento? Todo esto puede hacerse sin necesidad de los refinamientos europeos, que aparecen por sus efectos mas especiosos que útiles. Dejémoslos, pues, y continuemos nuestro viaje.

—Desde Palestina viajé por muchas regiones del Asia; en las mas civilizadas como negociante, y como peregrino en las mas bárbaras. Por último empecé á suspirar por mi pais nativo para descansar de mis viajes y fatigas en aquellos lugares en que habia pasado mis primeros años, y divertir mis antiguos compañeros con la narracion de mis aventuras. A menudo me representaba los partícipes de mis juegos infantiles, sentados al rededor mio en la vejez, maravillándose con mis narraciones y atendiendo á mis consejos.

—Desde que se suscitó esta idea en mi mente, consideraba cada instante que no me acercase á Abysinia como malgastado. Me apresuré á atravesar el Egipto, donde á pesar de mi impaciencia me detuve diez meses en la contemplacion de su antiguo esplendor, y en varias pesquisas sobre los restos que aun quedan de la sabiduría de los antiguos tiempos. En el Cairo encontré una mezcla de todas las naciones; algunos atraidos por el deseo de saber, otros por la esperanza del lucro, y muchos por el deseo de vivir á su modo sin ser observados, y de permanecer encubiertos en la oscuridad de las multitudes; porque en una ciudad populosa como

Ayuntamiento de Madrid

el Cairo es posible poseer á la vez los goces sociales y el secreto de la soledad.

» Del Cairo pasé á Suez, y me embarqué en el Mar Rojo, navegando á lo largo de la costa hasta que llegué al mismo punto de que habia partido veinte años antes. Allí me reuní á una caravana, y volví á entrar en mi pais nativo, donde esperaba encontrar las caricias de mis parientes y las felicitaciones de mis amigos, teniendo aun esperanza que mi padre, á pesar de su amor por las riquezas, veria con orgullo un hijo capaz de contribuir á la felicidad y al honor de su patria. Pero pronto me convencí de que mis pensamientos eran vanos: mi padre habia muerto hacia catorce años, habiendo dividido sus caudales entre mis hermanos, los cuales se habian establecido en distantes provincias.

» El que está acostumbrado á las vicisitudes no se desanima con facilidad: por consiguiente olvidé pronto mi desgracia, y procuré recomendarme á los nobles del reino; me admitieron á sus mesas, oyeron mis historias y me despidieron. Abrí una escuela, y me fue prohibido enseñar. Entonces resolví retirarme á la quietud de la vida doméstica, y me dirigí á una señora que amaba mi con-

versacion; pero rechazó mi propuesta á causa de que mi padre habia sido negociante.

»Cansado por último de solicitaciones y repulsas, resolví ocultarme para siempre del mundo, y no depender por mas tiempo de la opinion ó capricho de los otros. Esperé el dia en que se abriese la puerta del Valle feliz para despedirme de la esperanza y del temor; llegó el momento, fue favorecido mi intento, y me resigné con alegría á un encierro perpetuo.

—¿Has encontrado aquí por fin la felicidad? Dímelo sin reserva: ¿estás contento con tu situacion, ó bien deseas poder otra vez viajar y aprender? Todos los habitantes de este valle celebran su suerte, y en la visita anual del emperador invitan á los otros á participar de su felicidad.

—Gran príncipe, os diré francamente la verdad: no conozco uno siquiera de vuestros criados que no maldiga la hora en que entró en este retiro. Yo soy menos infeliz que los demas, porque tengo mi fantasía llena de imágenes que puedo variar y combinar á mi modo. Me es tambien fácil divertir mi salud renovando los conocimientos que empiezan á desaparecer de mi memoria, y recordando los incidentes de mi vida pasada; pero todo esto acaba con la triste consideracion de que todas mis adquisiciones me son ahora inútiles, y que ya no volveré á gozar ninguno de los placeres de la libertad. Los demas, cuyas almas no viven sino en lo presente, estan corroidos por pasiones malignas, ó yacen estúpidamente sumergidos en una perpetua inaccion.

—¿Qué pasiones pueden agitar á los que no tienen rivales? Estamos en un lugar en donde la impotencia reprime la malignidad, y en donde la comunidad de goces hace imposible la envidia.

—Puede haber comunidad de goces materiales, señor; pero nunca puede haberla de amor ó estimacion. Sucede, por ejemplo, que uno agrada mas que otro: el que se ve despreciado, debe naturalmente estar envidioso; y mucho mas envidioso y malévolo si se le condena á vivir en presencia de los que le desprecian. Las invitaciones con que atraen á los otros á un estado que saben es infeliz, proceden de la natural malignidad de la miseria sin esperanza. Estan fastidia-

Ayuntamiento de Madrid

dos de sí mismos y de los otros, y esperan hallar algun alivio en los nuevos compañeros; ademas envidian la felicidad que perdieron por su locura, y verian con la mayor alegría á todo el género humano aprisionado como ellos.

—Gracias al cielo, yo estoy totalmente libre de este crímen, y ninguno puede decir que es infeliz por mi persuasion. Veo con lástima las multitudes que anualmente solicitan ser admitidas á la cautividad, y mil veces he deseado que me fuera permitido advertirles de su peligro.

—Mi querido Imlac, quiero á mi vez abrirte mi corazon. Hace tiempo que medito escaparme del Valle feliz; he examinado por todas partes las montañas, y las creo insuperables. Enséñame, pues, el medio de romper mis cadenas; tú serás el compañero de mi fuga, el guia de mis peregrinaciones, el partícipe de mi fortuna y mi solo director en la eleccion de vida.

—Señor, vuestra huida será dificil, y quizá os arrepintais pronto de vuestra curiosidad. Ese mundo que os figurais apacible y tranquilo como el lago del valle, encontrareis que es un mar proceloso que hierve en tempestades. Unas veces os vereis abatido por las olas de la violencia, y otras estrellado contra las rocas de la traicion. En medio del fraude y de las injurias, de las angustias y contiendas, suspirareis mil veces por estos sitios de quietud, y renunciareis de buen grado á la esperanza para estar libre del temor.

—No intentes desviarme de mi propósito: estoy impaciente de ver las cosas que tú has visto; y pues tú mismo estás cansado del valle, es evidente que tu anterior estado era mejor que este. Cualesquiera que sean las consecuencias de mi proyecto, he resuelto juzgar con mis propios ojos de las varias condiciones de los hombres, y deliberar entonces sobre la que debo elegir.

—Temo, señor, que os detengan mas fuertes impedimentos que mis persuasiones. No obstante, si vuestra resolucion es inmutable, os aconsejo que no desespereis.»

CAPITULO XIII.

Rasselas descubre medios de escaparse.

El príncipe despidió su favorito para entregarse al descanso; pero la narracion de tantas maravillas y novedades habia de tal modo perturbado su mente, que le fue imposible conciliar el sueño. Comentaba de mil modos las cosas que habia oido, y preparaba innumerables cuestiones para la mañana.

Mucha parte de su inquietud se habia disipado; tenia un amigo á quien comunicar sus pensamientos, y cuya esperiencia podia ayudarle en sus designios. En adelante no se veria condenado su corazon á agitarse en silencioso padecer. Pensaba que con tal compañero soportaria aun la vida del valle, y que si le fuese posible recorrer el mundo unido á él no tendria mas que desear.

En pocos dias desapareció el agua y quedó la tierra enjuta. Entonces salieron el príncipe é Imlac á paseo para poder conversar á solas. El primero, cuyos pensamientos se exaltaban cada vez que pasaba por delante de la puerta, dijo con semblante triste:

«¿Por qué eres tú tan fuerte y el hombre tan débil?

—El hombre no es débil, señor; el saber es mas que equivalente á la fuerza, y un

Ayuntamiento de Madrid

mecánico se rie de ella. Yo puedo quemar la puerta; pero no puedo hacerlo secretamente, por lo que probaremos algun otro medio.»

Al pasar por la falda de las montañas observaron que los conejos que la lluvia habia arrojado de sus madrigueras se habian guarecido entre las malezas, formando cuevas que ascendian oblicuamente.

«Los antiguos, observó Imlac, opinaban que la razon humana aprendia muchas artes del instinto de los animales: no nos creamos, pues, degradados por aprender del conejo. Nosotros podemos escaparnos atravesando la montaña en la misma direccion. Empezaremos por donde la cima es menos escarpada, y trabajaremos hácia arriba hasta que salgamos á lo alto mas allá de la prominencia.»

Al oir estas palabras brillaron de alegría los ojos del príncipe; la ejecucion era fácil y el éxito cierto. No perdieron tiempo, y por la mañana muy temprano se apresuraron á elegir un lugar á propósito para su mina. Treparon con gran fatiga entre zarzas y despeñaderos, y tuvieron que volverse sin haber descubierto nada que favoreciese su designio. El segundo y tercero dia se pasaron del mismo modo y con el mismo resultado; pero el cuarto hallaron una pequeña caverna oculta por los arbustos, donde resolvieron hacer sus tentativas.

Imlac se procuró instrumentos propios para cortar la piedra y remover la tierra, y se ocuparon en su obra con mas ansia que vigor. Muy pronto se fatigaron con sus esfuerzos, y se sentaron jadeando sobre la yerba: el príncipe pareció desanimarse por un momento:

«Señor, le dijo su compañero, la práctica nos hará capaces de continuar nuestro trabajo por mas largo tiempo; reparad en lo que hemos adelantado, y conocereis que nuestra obra tendrá fin algun dia. Las grandes cosas se ejecutan, no con la fuerza, sino con la perseverancia: ved allí el palacio que fue levantado con piedras sencillas, y sin embargo es alto y espacioso. El que pueda andar con vigor tres horas al dia, recorrerá en siete años un espacio igual á la circunferencia del globo.»

Volvieron, pues, á su obra un dia tras otro, y en poco tiempo hallaron una grieta en la roca que les facilitaba el continuarla con poquísima dificultad. Esto lo consideró Rasselas como de buen agüero.

«No perturbeis vuestra imaginacion, dijo Imlac, con otras esperanzas ó temores que los que la razon pueda sugerir: si os alegrais con los pronósticos del bien, tambien os aterrareis con las señales del mal, y vuestra vida toda será presa de la supersticion. Cualquiera cosa que facilite nuestra empresa es mas que un agüero, es una garantía de su buen éxito; una de aquellas agradables sorpresas que acontecen á menudo en las grandes resoluciones. Muchas cosas que parecen difíciles al pensarlas, salen fáciles en su ejecucion.»

CAPITULO XIV.

Rasselas é Imlac reciben una visita inesperada.

Ya habian trabajado la mitad de su camino, y solazaban su tarea con el plácido pensamiento de su próxima libertad, cuando habiendo salido el príncipe á tomar el aire encontró á su hermana Nekayah en pie delante de la boca de la cavidad. Turbóse á esta vista; pero pronto se serenó, y algunos momentos de reflexion le determinaron á confiar en su reserva y asegurarse del secreto por medio de una franca declaracion.

«No imagineis, dijo la princesa, que yo vengo aquí como espía: he observado hace tiempo desde mis ventanas que vos é Imlac dirigiais todos los dias vuestro paseo hácia el mismo punto; pero no supuse que tuvieseis otra razon que alguna sombra mas fresca ó alguna mas fragante ribera; ni os seguí con otro designio que el de participar de vuestra conversacion. Mas ya que la curiosidad y no la sospecha os ha descubierto, permitidme no pierda la ventaja de mi descubrimiento. Estoy tan cansada como vos de este encierro, y no menos deseosa de ver lo que se hace y se sufre en el mundo. Dejadme huir con vosotros de esta insípida

Ayuntamiento de Madrid

tranquilidad, que se me hará aun mas aborrecible con vuestra ausencia: podeis negarme que os acompañe; pero no me impedireis que os siga.»

El príncipe, que amaba á Nekayah sobre sus demas hermanas, no quiso negarse á su ruego, y le pesó haber perdido la oportunidad de mostrarle su confianza por una comunicacion voluntaria. Convinieron en consecuencia que dejarian juntos el valle, y que entretanto velaria la princesa, temiendo que cualquiera otro ocioso pudiera por acaso ó curiosidad seguirlos á la montaña.

Por último terminaron su obra; vieron la luz mas allá de la prominencia, y saliendo

á la cima de la montaña, distinguieron el Nilo como un estrecho arroyo que corria á sus pies. Miró el príncipe con éxtasis en torno suyo, y se anticipaba todos los placeres del viaje, trasportándose en idea mas allá de los dominios de su padre. Imlac, aunque muy alegre de poder escaparse, esperaba menos placeres en un mundo que antes habia conocido, y en el cual se habia fastidiado.

Rasselas se encontraba tan bien en un horizonte mas vasto, que no fue fácil persuadirle el que volviese al valle. Informó á su hermana que el camino estaba ya espedito, y que solo faltaba prepararse para la partida.

CAPÍTULO XV.

Dejan nuestros viajeros el valle, y ven muchas maravillas.

Los príncipes tenian joyas suficientes para hacerse ricos en cualquiera punto de comercio donde fueran, las que ocultaron en sus vestidos por consejo de Imlac, y en la noche de la siguiente luna llena dejaron todos el valle. La princesa se hizo acompañar de una sola favorita, la cual no sabia á dónde se dirigian.

Pasaron á gatas la cavidad, y empezaron á dirigirse hácia el lado opuesto. La princesa y su doncella volvian sus ojos á todas partes, y no viendo nada que limitase su perspectiva, se consideraron en peligro de perderse en una espantosa cavidad. Entonces se detuvieron y temblaron.

«¡Casi estoy espantada, dijo Nekayah, al empezar un viaje cuyo fin no puedo percibir, y aventurarme en esa inmensa llanura, donde puedo verme cercada por todas partes por hombres que me serán totalmente desconocidos!»

El príncipe sintió la misma emocion con corta diferencia; pero creyó mas prudente ocultarla.

Imlac se sonrió de sus temores, y les animó á proseguir su viaje; pero la princesa continuó irresoluta, hasta que imperceptiblemente se adelantó demasiado para retroceder. Por la mañana encontraron en el campo algunos pastores que les ofrecieron leche y frutas. La princesa se maravilló de no encontrar un palacio pronto para recibirla, y una mesa cubierta de manjares delicados; pero como estaba hambrienta y desfallecida, bebió de la leche y comió de las frutas, hallando ambas cosas muy superiores á las que producia el valle.

Viajaban á cortas jornadas, porque no estaban acostumbrados á las fatigas y dificultades, y porque sabian que aunque los echaran de menos no serian perseguidos. En pocos dias llegaron á una region mas poblada, donde se divirtió Imlac con la admiracion que espresaban sus compañeros al ver la diversidad de costumbres, de oficios y de empleos. Su vestido era tal, que no podia atraerles las sospechas de que tenian algo que ocultar; pero el príncipe esperaba ser obedecido en todas partes, y la princesa se admiraba de que no se postrasen ante ella los que eran admitidos á su presencia. Imlac se vió obligado á observarles con gran

Ayuntamiento de Madrid

vigilancia, temiendo descubrieran su rango, por su raro proceder, y les detuvo varias semanas en la primera aldea que encontraron para acostumbrarlos al roce de los mortales comunes.

Gradualmente aprendieron los reales viajeros, que por algun tiempo habian abdicado su dignidad, y que solo podian reclamar de los demas aquella consideracion que pueden procurar la liberalidad y la cortesía. Habiéndoles instruido el sabio con sus consejos, y preparádolos á sufrir los tumultos de un puerto y la rudeza de los traficantes, los llevó á la costa del mar.

El príncipe y su hermana, para quienes era nuevo, estaban igualmente contentos en todas partes; por cuya razon permanecieron algunas meses en aquel punto sin deseos de pasar adelante. A Imlac le complacia esta detencion, pues no creia seguro esponerlos sin esperiencia de mundo á los eventos de un pais estrangero. Por último empezó á temer que les descubrieran, y propuso fijar un dia para la partida; pero como ellos no tenian pretensiones á juzgar por sí mismos, se refirieron en un todo á su director. En consecuencia, ajustó su pasaje en un buque que salia para Suez, y cuando llegó el dia tuvieron todas las dificultades imaginables para persuadir á la princesa que entrase en el bajel. El viaje fue corto y feliz, y desde Suez se encaminaron por tierra al Cairo.

CAPÍTULO XVI.

Entran en el Cairo, y encuentran todos los hombres felices.

Al aproximarse á aquella ciudad, que llena á todos los viajeros de admiracion, dijo Imlac al príncipe:

«En este lugar se reunen todos los viajeros y negociantes de la tierra; aqui hallareis hombres de todos los oficios y caractéres. El comercio, que en otras partes se menosprecia, es aqui honrado: yo me presentaré como mercader, y vosotros vivireis como estrangeros que solo viajan por curiosidad; pronto se notará que somos ricos, y nuestra reputacion nos procurará entrada á todo lo que querais conocer. Vereis todas las condiciones de la humanidad, y os hareis capaces de elegir con detencion lo que mas os acomode.»

Al acabar estas palabras, entraron en la ciudad aturdidos con el ruido y embarazados con las multitudes. Aun no habia prevalecido tanto la instruccion sobre el hábito, que dejasen los príncipes de maravillarse al ver que pasaban ignorados á lo largo de la calle, y que el pueblo mas bajo les encontraba, no solo sin reverencia, pero aun sin reparar en ellos. La princesa no pudo de pronto soportar la idea de verse nivelada con el vulgo, y por algunos dias se confinó en su aposento, donde era servida por su favorita Peskuah como en el palacio del valle.

Imlac, que entendia el comercio, vendió

parte de las joyas al siguiente dia, y en seguida alquiló una casa, adornándola con tal magnificencia, que inmediatamente fue considerado como un mercader de grandes riquezas. Su política atrajo muchos conocimientos, y su generosidad hizo que le cortejasen infinitos pretendientes. Su mesa estaba constantemente llena de hombres de todas las naciones, que admiraban su sabiduría y solicitaban su favor. No pudiendo sus compañeros mezclarse en la conversacion, no demostraban su sorpresa ó ignorancia, y se iniciaron gradualmente en el

Ayuntamiento de Madrid

mundo conforme iban familiarizándose con el lenguaje.

El príncipe habia aprendido por frecuentes lecturas el uso y naturaleza de la moneda; pero las señoras no pudieron comprender en mucho tiempo qué hacian los mercaderes con aquellas piececitas de oro y plata, y cómo unas cosas de tan poco uso eran miradas como equivalentes de todas las necesidades de la vida. Por espacio de dos años estudiaron el lenguaje del pais, en cuyo tiempo se preparó Imlac á presentarles los varios rangos y condiciones del género humano. Se introdujo con todos aquellos que tenian alguna cosa poco comun en su fortuna ó conducta. Frecuentaba los voluptuosos y los frugales, los ociosos y los ocupados, los mercaderes y los hombres de talento.

Siendo ya capaz el príncipe de hablar con fluidez, y habiendo aprendido la cautela que era necesario observar en su comercio con los estraños, empezó á acompañar á Imlac á los lugares de reunion, y á entrar en todas las asambleas, para poder hacer su eleccion de vida. Por algun tiempo creyó superflua la eleccion, porque todos le parecian igualmente felices. Donde quiera que iba encontraba la alegría y bondad, y oia los cánticos del placer ó la risa del descuido é indiferencia, lo que le hizo empezar á creer que el mundo rebosaba en universal abundancia, y que nada era negado á la pobreza ó al mérito; que todas las manos derramaban liberalidad, y todos los corazones ardian en benevolencia.

«De este modo, pensaba, ¿quién puede ser infeliz?»

Imlac permitió esta agradable ilusion, y no quiso destruir la esperanza de la juventud, hasta que un dia, habiéndose sentado al lado suyo, despues de algunos momentos de silencio:

«Yo no sé, dijo el príncipe, cuál puede ser la razon de que yo sea mas infeliz que cualquiera de vuestros amigos. Yo les veo perpetua é inalterablemente alegres, y siento mi imaginacion desvelada é inquieta. En aquellos placeres que parece busco con ansia estoy descontento; vivo en esas festivas catervas, no tanto para gozar de su compañía, como para huir de mí mismo, y solo estoy ruidoso y alegre para mejor ocultar mi tristeza.

—Todo hombre, señor, puede conjeturar lo que pasa en el interior de los otros examinando el suyo: cuando sentís que vuestra alegría es fingida, podeis justamente sospechar que la de vuestros compañeros no es sincera. Por lo regular la envidia es recíproca; y es menester mucho tiempo para convencernos que la felicidad no se encuentra nunca, pues cada cual cree que los otros la poseen para mantener la esperanza de obtenerla algun dia. En la asamblea en que pasasteis la última noche reinaba tal aire de contento, tal viveza de volubilidad de fantasía, que pudiera haber convenido á seres de un órden mas alto, acostumbrados á habitar en regiones mas serenas, é inaccesibles á los cuidados y al dolor; pero creedme, príncipe, no habia un individuo siquiera que no temiese el momento en que la soledad lo entregase á la tiranía de la reflexion.

—Esto puede sin duda ser verdadero en los otros, puesto que lo es en mí; pero cualquiera que sea la miseria humana, unas condiciones son mas felices que otras, y seguramente la sabiduría nos dirigirá para tomar lo menos malo en la *eleccion de vida*.

—Las causas del bien y del mal son tan varias é inciertas, tan á menudo enredadas unas con otras, ó diversificadas con las mutuas relaciones, y tan sujetas á accidentes imprevistos, que el que quiera fijar su conducta sobre razones incontestables de preferencia, vivirá y morirá inquiriendo y deliberando.

—Pero seguramente los sabios, á quienes escuchamos con reverencia y admiracion, escogerán para sí mismos aquel modo de vivir que les parezca mas á propósito para hacerlos felices.

—Muy pocos viven por eleccion, señor. Todos los hombres estan colocados en su estado presente por causas que no supieron prever, y á las cuales no siempre coopera-

Ayuntamiento de Madrid

rian voluntariamente ; por cuyo motivo rara vez encontrareis ninguno que no crea la suerte de su vecino mejor que la suya.

—Me complazco en pensar que mi nacimiento me ha dado á lo menos una ventaja sobre el comun del género humano, autorizándome á determinar por mí mismo. Tengo el mundo aqui á mi vista, y quiero examinarlo con detencion. La felicidad debe hallarse seguramente en alguna parte.»

CAPÍTULO XVII.

El príncipe se asocia con jóvenes alegres y vivaces.

Rasselas se levantó al siguiente dia resuelto á empezar sus esperimentos sobre la vida.

«La juventud, esclamó, es el tiempo de la alegría: quiero reunirme á los jóvenes cuya sola ocupacion es satisfacer sus deseos, y cuyo tiempo se desliza en una sucesion continua de goces.»

Prontamente fue admitido en aquellas sociedades ; pero á los pocos dias se retiró fastidiado y lleno de disgusto. La alegría que gozaban carecia de objeto, y su risa era sin motivo; sus placeres groseros y sensuales, en que no tenia parte el entendimiento, y su conducta era á la vez desenfrenada y vil: burlábanse del órden de las leyes ; pero el ceño del poder los abatia , y las miradas de la sabiduría los avergonzaba. Pronto reconoció el príncipe que jamás podria ser feliz en un método de vida que le sonrojaba; pensó que era indigno de un ser racional obrar sin un plan determinado, y estar alegre ó triste solo por acaso.

«La felicidad, dijo, debe ser alguna cosa sólida y permanente , libre de temor é incertidumbre.»

Pero sus jóvenes compañeros se habian hecho tanto lugar en su estimacion por su franqueza y cortesía , que no pudo dejarlos sin darles algunos consejos y amonestaciones.

«Amigos, les dijo, yo he considerado seriamente nuestras costumbres y proyectos, y encuentro que hemos equivocado nuestro verdadero interés. Los primeros años del hombre deben servir para hacer provision para los últimos. El que no piensa no puede ser nunca sabio, y la perpetua ligereza debe terminar en ignorancia. Consideremos que la juventud es de corta duracion, y que en la edad madura , cuando cesen los encantos de la fantasía , y que ya no nos rodeen las ilusiones del deleite , no tendremos mas consuelo sino la estimacion de los hombres sabios y los medios de practicar el bien. Detengámonos , pues, mientras nos es dado detenernos: vivamos como hombres que deben ser viejos algun dia, y para quienes debe ser el mas terrible de los males contar sus pasados años por las locuras que en ellos cometieron, y recordar su anterior salud solo por las enfermedades que produce el desenfreno.»

Por un momento permanecieron silenciosos y mirándose unos á otros ; y por último le contestaron con un coro general de interminables risotadas. El convencimiento de que sus intenciones eran buenas y sus ideas rectas , fue apenas suficiente para sostenerle contra él la vergüenza de las burlas; pero al fin recobró su serenidad y prosiguió en su intento.

CAPITULO XVIII.

Halla el príncipe un hombre sabio y feliz.

Un dia entre otros de los muchos que se paseaba por las calles sin objeto determinado , vió un vasto edificio cuyas puertas abiertas convidaban á entrar todos los transeuntes. Siguió el ejemplo de los demas , y vió que era un salon ó escuela de declamacion, donde varios profesores hacian lecturas diversas á su auditorio. El que mas atrajo su atencion fue uno sobresaliente entre los demas que discurria con estraordinario vigor sobre el modo de domar las pasiones. Su semblante era venerable , su accion llena de dignidad , su pronunciacion clara , y elegantes sus palabras. Demostró con gran fuerza de sentimiento y variedad de ilustracion que la naturaleza humana se degradaba y abatia

Ayuntamiento de Madrid

cuando las bajas cualidades predominaban sobre las elevadas; que cuando la imaginacion, verdadera madre de las pasiones, usurpa el dominio del entendimiento, se siguen necesariamente los naturales efectos de un gobierno ilegal, que son la inquietud y confusion, entrega las fortalezas del entendimiento á los rebeldes, y escita sus hijos al motin contra la razon, su legal soberana. Comparó esta última al sol, cuya luz es constante, uniforme y duradera; y la fantasía á un meteoro de claro pero transitorio brillo, irregular en su movimiento y engañoso en su direccion.

Despues enumeró los varios preceptos dados en diferentes épocas para la conquista de las pasiones, y describió la felicidad de aquellos que habian obtenido tan importante victoria, despues de la cual ya no es el hombre esclavo del temor ni juguete de la esperanza; ni se ve estenuado por la envidia, ni inflamado por la cólera, ni afeminado por la molicie, ni abatido por el pesar, sino que se encamina con calma al través de los tumultos de la vida pública, ó la oscuridad de la privada, como el sol prosigue su carrera igualmente por medio de la serena ó de la tempestuosa atmósfera. Trajo en seguida á la memoria mil ejemplos de héroes insensibles á la pena y al placer, que miraban con la mas completa indiferencia aquellos modos ó accidentes á que da el vulgo el nombre de bien y de mal. Exhortó luego á sus oyentes á dejar á un lado sus preocupaciones, y á armarse contra los dardos de la maldad ó del infortunio con una paciencia invulnerable; concluyendo que solo asi se podia ser feliz, y que esta felicidad estaba al alcance de todos.

Rasselas le escuchó con la veneracion debida á las instrucciones de un ser superior; y habiéndole esperado á la puerta, imploró humildemente el permiso de poder visitar tan gran maestro de la verdadera sabiduría. El lector dudó un momento, cuando nuestro viajero le presentó una bolsa llena de oro, que recibió con una mezcla de asombro y de alegría.

A su vuelta dijo el príncipe á Imlac:

«He encontrado un hombre que puede enseñar todo lo que es necesario saber, que desde el firme trono de la racional fortaleza considera indiferente las escenas de la vida que pasan á sus pies. Habla, y la atencion pende de sus labios; raciocina, y la conviccion está encerrada en sus períodos. Este hombre será mi futuro guia: quiero aprender sus doctrinas é imitar su vida.

—No seais tan ligero en creer ó admirar esos preceptores de moralidad, contestó Imlac; ellos discurren como ángeles, pero viven como hombres.»

Rasselas, que no podia concebir que un hombre raciocinase con tanta energía sin sentir la fuerza de sus propios argumentos, hizo su visita á los pocos dias, y se le negó la entrada. Ya conocia el poder del dinero, y con una pieza de oro se abrió paso á las habitaciones interiores, donde encontró al filósofo en un cuarto medio oscuro, con los ojos tristes y pálido el semblante recostado en su sillon.

«Señor, dijo este, vos habeis venido en un tiempo en que me es inútil toda la amistad humana; nada puede aliviar la que yo sufro, porque la que he perdido no puede ser recuperada. Mi hija, mi única hija, de cuya ternura esperaba todos los consuelos de mi vejez, murió la noche anterior de una calentura. Mis miras, mis proyectos, mis esperanzas, todo ha acabado con ella, y ahora solo soy un ser solitario separado de la sociedad.

—Señor, contestó el príncipe, la inmortalidad es un acontecimiento que no puede jamás sorprender á los sabios: sabemos que

Ayuntamiento de Madrid

la muerte está siempre cerca, por cuya razon debe siempre esperarse.

—Jóven, vos hablais como uno que no ha sentido nunca las angustias de la separacion.

—¿Luego habeis ya olvidado vuestros propios preceptos? ¿No tiene fuerza la sabiduría para armar el corazon contra la calamidad? Considerad que las cosas esternas son siempre variables; pero la verdad y la razon son constantemente las mismas.

—¿Qué consuelo, decid, pueden ofrecerme la verdad y la razon? ¿Qué efecto hacen ellas ahora, sino decirme que mi hija no me puede ser restituida.»

El príncipe, cuya humanidad no le permitia insultar la miseria con la reconvencion, salió convencido de la vaciedad de los argumentos retóricos, y de la ineficacia de los períodos pulidos y de las cláusulas estudiadas.

CAPITULO XIX.

Ojeada sobre la vida pastoril.

Aun estaba el príncipe ansioso de proseguir la misma pesquisa, y habiendo oido hablar de un ermitaño que vivia cerca de la catarata mas baja del Nilo, y llenaba todo el pais con la fama de su santidad, resolvió visitar su retiro é inquirir si la felicidad que no ofrecia la vida pública podia hallarse en la soledad, y si aquel hombre, cuya edad y virtudes le hacian tan venerable, podia enseñar algun arte particular para evitar los males ó para sufrirlos.

Imlac y la princesa convinieron en acompañarle, y despues de los necesarios preparativos emprendieron su viaje. El camino era por medio de los campos, donde diversos pastores guardaban sus rebaños, y nuestros viajeros se detuvieron viendo como triscaban los corderos en los pastos.

«Esta es la vida que ha sido mas celebrada por su inocencia y quietud, dijo el poeta; pasemos el calor del dia bajo las tiendas de los pastores, y sepamos de una vez si nuestras pesquisas deben terminar en la simplicidad pastoril.»

La proposicion agradó estraordinariamente á los príncipes, é indujeron á los pastores por medio de pequeños presentes y cuestiones familiares á decir su opinion con respecto á su estado: eran tan rudos é ignorantes, tan poco capaces de apreciar los inconvenientes y las ventajas de su ocupacion, y tan confusas sus pinturas y descripciones, que se podia aprender muy poco de ellos. Pero era evidente que sus corazones estaban corroidos de disgusto, que se consideraban como condenados al trabajo para el lujo de los ricos, y miraban con estúpida malevolencia todos aquellos que estaban colocados en un rango superior al suyo.

La princesa esclamó con vehemencia que jamás sufriria por compañeros aquellos envidiosos salvajes, y que tardaria mucho en desear ver mas cuadros de felicidad rústica; pero que no podia creer que todas las pinturas de los placeres primitivos fueran fabulosas, y que estaba aun en duda si habia en la vida nada que pudiera ser justamente preferido á los plácidos goces de los campos y bosques. Deseaba que llegara el dia en que con pocos compañeros instruidos y virtuosos pudiera coger las flores plantadas por su mano, acariciar los corderos de sus ovejas, y entre los arroyos y los céfiros oir libre de cuidados una de sus doncellas leyendo á la sombra.

CAPITULO XX.

Peligro de la prosperidad.

El dia siguiente continuaron su viaje hasta que el escesivo calor les obligó á buscar un asilo. A muy corta distancia vieron un espeso bosque donde tan pronto como entraron percibieron que se iban acercando á las habitaciones de los hombres. Los arbustos estaban primorosamente cortados para formar paseos donde las sombras eran mas densas; las ramas de los opuestos árboles cuidadosamente entretejidas; asientos de florido césped se elevaban en los espacios vacíos, y un riachuelo que jugueteaba á lo largo de la tortuosa senda, ya abria sus orillas en lindos receptáculos, ya era obstruido en su cur-

Ayuntamiento de Madrid

so por pequeños diques de piedras amontonadas que acrecentaban su murmullo.

Nuestros viajeros atravesaron lentamente el bosque, deleitados con tan inesperados encantos, y entreteniéndose mutuamente en conjeturas cómo ó quién seria el que en aquellas rústicas y no frecuentadas regiones tenia espacio y arte para tan inocente lujo. Un poco mas adelante oyeron una música deliciosa, y vieron varios jóvenes y vírgenes que bailaban á la sombra de los árboles, y

adelantándose mas descubrieron un hermoso palacio edificado sobre una colina rodeada de espesos bosques. Las leyes de la hospitalidad del Oriente les permitian entrar, y el dueño les dió la bienvenida como hombre liberal y opulento.

Era el castellano bastante práctico en las apariencias para discernir muy luego que sus huéspedes eran personas distinguidas, y cubrió su mesa con magnificencia. La elocuencia de Imlac cautivó su atencion, y la elevada cortesanía de la princesa escitó su respeto. Cuando hablaron de partir, les suplicó lo difiriesen, y al siguiente dia estaba aun menos dispuesto á despedirlos que antes. Fácilmente les persuadió á detenerse, y la civilidad aumentó por grados la libertad y confianza.

El príncipe veia todos los criados alegres y toda la faz de la naturaleza sonreir al rededor de aquel lugar, y no podia desechar la esperanza de que alli hallaria lo que andaba buscando; pero al dar á su huésped el parabien por sus posesiones, le respondió este con un suspiro:

«Mi condicion tiene verdaderamente la apariencia de felicidad; pero las apariencias son engañosas: mi prosperidad pone mi vida en peligro, y el bajá de Egipto es mi enemigo, exasperado solo por mi riqueza y popularidad. Hasta ahora he sido protegido contra él por los príncipes del pais; pero como el favor de los grandes es incierto, temo que mis defensores se resuelvan pronto á dividir mis despojos con el bajá. He enviado mis tesoros á un pais distante, y á la primera alarma estoy preparado á seguirlos. Entonces se apoderarán mis enemigos de mi casa, y se solazarán en los jardines que he plantado para mi recreo.»

Todos se unieron para lamentar su peligro y compadecerse de su destierro; y la princesa se perturbó tanto con el pesar é indignacion, que tuvo que retirarse á su cuarto. Permanecieron aun por algunos dias con su bondadoso huésped, y luego continuaron su viaje hácia la gruta del ermitaño.

Para el que vive bien, contestó el anacoreta, todas las clases de vida son buenas, ni puedo dar ninguna otra regla de eleccion que la de alejarse de todo mal aparente.

—Aquel que se consagre á la soledad que habeis recomendado con vuestro ejemplo, se alejará mas ciertamente del mal, dijo el príncipe.

—Es cierto que yo he vivido quince años en la soledad; pero no deseo que mi ejemplo tenga imitadores. En mi juventud seguí la carrera de las armas, y ascendí por grados á los mas elevados puestos militares: he atravesado vastos paises á la cabeza de mis tropas, y he visto muchos sitios y batallas. Por último, habiéndome disgustado la promocion de uno de mis compañeros mas jóven, y conociendo que mi vigor empezaba á decaer, resolví acabar mi vida en paz, habiendo hallado el mundo lleno de lazos, discordia y miseria. Al abrigo de esta caverna habia escapado una vez del enemigo que me perseguia, y por esto la escogí para mi última residencia. Empleé varios artífices para dividirla en habitaciones, y la abastecí con todo lo que era probable que yo necesitase.

»Durante algun tiempo despues de mi retiro me regocijaba como el marinero azotado por la tempestad en su entrada al puerto, deleitándome en el súbito cambio del ruido y tumulto de la guerra al silencio y reposo.

Ayuntamiento de Madrid

Cuando hubo pasado el placer de la novedad, empleaba mis horas en examinar las plantas que crecian en el valle y los minerales que recogia en las rocas; pero aquel recreo me es ahora insípido y enfadoso. He estado por algun tiempo vacilante y distraido; mi mente está inquieta con mil dudas y perplejidades que á cada instante prevalecen sobre mí, porque no tengo oportunidad de divertirme ó variar de ocupacion. Algunas veces me avergüenzo de pensar que solo me he precavido de los vicios retirándome del ejercicio de la virtud, y empiezo á sospechar que yo fuí mas bien impelido del resentimiento que conducido por la devocion á la soledad. Mi fantasía delira con mil escenas de locura, y vivo lamentando lo mucho que he perdido para ganar tan poco. Si mi aislamiento me libra de los consejos de los malos, tambien me hace carecer del ejemplo y conversacion de los buenos. He comparado con detencion los inconvenientes y las ventajas de la sociedad, y resuelvo volver al mundo mañana. La vida de un solitario será ciertamente miserable, pero no ciertamente devota.»

Sorprendidos oyeron nuestros viajeros tan inesperada resolucion; pero despues de una corta pausa, ofrecieron acompañarle al Cairo. El ermitaño sacó un tesoro que tenia enterrado entre las rocas, y los acompañó á la ciudad, cuyo aspecto contempló con éxtasis al acercarse.

CAPÍTULO XXI.

Felicidad de la vida siguiendo las prescripciones de la naturaleza.

Rasselas iba á menudo á una sociedad de sabios que se reunian en dias señalados para comunicarse sus ideas y comparar sus opiniones. Sus modales eran algun tanto toscos, pero su conversacion era instructiva, y sus disputas agudas, aunque á veces demasiado violentas, y frecuentemente continuadas hasta que ninguno de los controvertistas se acordaba sobre qué cuestion habian empezado. Algunas faltas eran casi generales entre ellos: cada cual deseaba dirigir á los demas, y todos se complacian en ver despreciados el talento y saber de los otros.

En esta reunion, pues, estaba nuestro héroe contando su entrevista con el solitario, y la admiracion con que le habia oido censurar un género de vida que habia escogido despues de maduras reflexiones y seguido con tanta constancia. Los pareceres de los oyentes fueron varios: algunos opinaron que la locura de su eleccion hubiera sido justamente castigada con condenarlo á perpetua perseverancia, y uno de los mas jóvenes esclamó con gran vehemencia que el solitario era un hipócrita. Unos hablaron del derecho de la sociedad al trabajo de sus miembros, y consideraron el retiro como una criminal desercion de sus deberes; y otros añadieron que habia un tiempo en que estas deudas para con la sociedad debian haber quedado satisfechas, y en que un hombre podia con justicia retirarse á revisar su vida y purificar su corazon.

Uno que parecia mas afectado que los demas con la narracion, opinó que dentro de pocos años era probable que el ermitaño volviese á su retiro, y que quizá si la muerte no se lo estorbaba, ó la vergüenza no lo retenia, volveria otra vez al mundo desde su soledad.

«Porque la esperanza de ser felices, añadió, está impresa tan frecuentemente en nosotros, que la mas larga esperiencia no basta á borrarla. Cualquiera que sea nuestro estado presente, sentimos y nos vemos obligados á confesar que es miserable; pero cuando el mismo estado está á cierta distancia de nosotros, nuestra imaginacion nos le pinta como apetecible. Pero vendrá seguramente un tiempo en que los deseos no serán nuestro tormento, y en que ningun hombre será infeliz sino por su culpa.

—Esta es la actual condicion de los sabios, dijo un filósofo que le habia escuchado con señales de grande impaciencia. El tiempo ha llegado ya, y ninguno es infeliz sino por su propia falta. Nada es mas inútil que correr tras la felicidad habiéndola colocado el Criador á nuestro alcance. El verdadero camino de la felicidad es vivir segun

Ayuntamiento de Madrid

la naturaleza, obedeciendo aquella ley universal é inalterable que está impresa generalmente en todos los corazones, que no ha sido escrita por los preceptos, sino grabada por el destino, ni insinuada por la educacion, sino infundida en nosotros á nuestro nacimiento. El que vive segun la naturaleza no sufrirá nada con las ilusiones de la esperanza ni las importunidades del deseo: recibirá ó rechazará con igualdad de ánimo, y obrará ó sufrirá segun lo prescriban alternativamente la índole de las cosas. Los otros hombres se divierten con sutiles definiciones ó intrincados raciocinios, mientras podian aprender á ser sabios por mas fáciles medios. Que observen la cierva de los bosques y el pardillo de las arboledas, que consideren la vida de los animales, cuyos movimientos son regulados por el instinto. Ellos obedecen á su guia, y son felices. Cesemos, pues, de disputar y de aprender á vivir; desechemos los encumbrados preceptos no entendidos, ni aun por los que los pronuncian con tanto orgullo y pompa, y tengamos siempre presente esta simple é inteligible máxima: *que el desviarse de la naturaleza es desviarse de la felicidad.*»

Cuando acabó de hablar, miró al rededor suyo con aire apacible, y gozó con el convencimiento de su propia ilustracion.

«Señor, le dijo el príncipe con gran modestia, como yo al instar de todo el género humano deseo ser feliz, he puesto toda la atencion posible en vuestro discurso. No dudo de la verdad de una supersticion que ha sentado con tal confianza un hombre tan sabio; mas decidme solamente cómo se vive segun la naturaleza.

—Cuando hallo jóvenes tan dóciles y humildes, contestó el filósofo, no puedo negarles las instrucciones que me han facilitado mis estudios. Vivir segun la naturaleza, es obrar siempre con el debido respeto á la propiedad, que nace de las relaciones y cualidades de los efectos y de las causas; concurrir al grande é inmutable plan de felicidad universal, y cooperar á la general disposicion y tendencia del presente sistema de las cosas.»

El príncipe conoció al momento que este era uno de aquellos sabios á quien entenderia menos mientras mas le oyese; por cuya

razon le hizo una silenciosa reverencia, y el filósofo, creyéndolo satisfecho, y á los demas vencidos, se levantó y salió con el aire de un hombre que habia cooperado al bien de la humanidad.

CAPÍTULO XXII.

El príncipe y su hermana dividen entre sí la tarea de observadores.

Rasselas volvió á su casa lleno de reflexiones y de dudas en el modo de dirigir sus pasos en lo futuro. Habia hallado á los sabios y á los rudos igualmente ignorantes del camino de la felicidad; pero como era aun jóven, se lisonjeaba con la idea de que tenia tiempo para hacer mas esperimentos y ulteriores pesquisas. Comunicó á Imlac sus observaciones y sus dudas; pero aquel le respondió con nuevas dudas y reflexiones que no le consolaron. Por esta razon discurrió mas á menudo y mas libremente con su hermana, que tenia aun las mismas esperanzas que él, y siempre le ayudaba en buscar alguna razon por la que, aunque hasta entonces habia sido chasqueado, triunfase al fin.

«Hasta ahora, le decia, hemos conocido

Ayuntamiento de Madrid

muy poco el mundo; nunca hemos sido ni grandes ni pequeños, porque en nuestro pais, aunque éramos de sangre real, no teniamos poder, y en este aun no hemos visto los retiros privados de la paz doméstica. Imlac no ayuda nuestra investigacion temiendo que conozcamos con el tiempo que se ha equivocado. Dividiremos la tarea entre los dos: vos vereis lo que se puede encontrar en el esplendor de las cortes, y yo examinaré los cuadros de la vida humilde. Quizá la autoridad y el mando sean las bendiciones supremas, porque presentan mas oportunidades de hacer bien; ó quizá todo lo que pueda ofrecer este mundo puede hallarse en las modestas habitaciones de una fortuna mediana; demasiado humilde para las grandes empresas, y demasiado alta para a penuria y necesidad.

CAPÍTULO XXIII.

El príncipe examina la felicidad de las altas clases.

Rasselas aplaudió el designio, y apareció el siguiente dia con un séquito espléndido en la corte del bajá. Pronto fue distinguido por su magnificencia, y admitido á la intimidad de los grandes oficiales como un príncipe cuya curiosidad le habia traido de distantes regiones, y muy luego hasta el mismo bajá le admitió á su íntimo trato.

Al principio creyó que el hombre á quien todos se acercan con reverencia y oyen con sumision, y que tiene el poder de estender sus edictos á todo un reino, debia estar contento con su suerte.

«No puede haber placer igual, decia, al de sentir á la vez la alegría de millones de individuos hechos felices por una sabia administracion. Pero ya que por el estado presente de la sociedad este sublime deleite no puede ser en un pais sino patrimonio de uno solo, seguramente es racional pensar que hay una dicha mas popular y accesible, y que es muy absurdo el que millones de hombres esten sujetos á la voluntad de uno solo sin otro objeto que llenar su corazon de incomunicable contento.»

Estos pensamientos agitaban á menudo su mente, y por mas que se esforzaba no podia hallar la solucion de aquel problema; pero cuando sus presentes y finura le grangearon mas familiaridad, conoció que casi todos los que estaban en altos destinos aborrecian á los demas, siendo en cambio perseguidos por ellos, y que sus vidas eran una continua sucesion de tramas y averiguaciones, estratagemas y ardides, perfidias y traiciones. Muchos de los que rodeaban al bajá estan destinados solamente para velar y dar cuenta de su conducta; todas las lenguas murmuraban censuras, y todos los ojos se ocupaban en espiar la menor falta.

Por último llegaron las cartas de revocacion; el bajá fue conducido á Constantinopla entre cadenas, y no se mencionó mas su nombre.

«¿Qué pensaremos ahora de las prerogativas del poder? dijo Rasselas á su hermana. ¿No será nada eficaz para el bien? ¿ó solo serán peligrosos los grados subalternos, y el supremo salvo y glorioso? ¿Será el sultan el solo ser feliz en sus dominios? ¿ó está tambien sujeto á los tormentos de la sospecha y al temor de sus enemigos?»

En muy corto tiempo fue depuesto el segundo bajá. El sultan que le habia protegido fue asesinado por los genízaros, y su sucesor tenia otras miras y diferentes favoritos.

CAPITULO XXIV.

La princesa prosigue su averiguacion con mas diligencia que suceso.

Al mismo tiempo se insinuaba la princesa en muchas familias, porque hay pocas puertas que no nos abra la liberalidad y un genio amable. En muchas casas hallaba jóvenes vivaces y alegres; pero Nekayah estaba demasiado acostumbrada á la conversacion de Imlac y su hermano para complacerse con la ligereza infantil y con una charla que carecia de sentido. Encontraba sus pensamientos limitados, bajos sus deseos, y su alegría las mas veces artificial; sus pla-

Ayuntamiento de Madrid

ceres, aunque tan pequeños, no se consideraban puros, sino que estaban mezclados de pequeñas competencias é indigna emulacion. Siempre se mostraban celosas de la belleza de las demas, de una cualidad á la que nada puede añadir el elogio ni quitar la detraccion. Muchas estaban galanteadas de ne-

cios como ellas, y no pocas creian estarlo, cuando en realidad solo estaban ociosas. No fundaban sus afectos ni en el juicio ni en la virtud, por cuya razon rara vez acababan bien; empero su pesar era transitorio como su alegría, y todas las cosas fluctuaban en su imaginacion sin órden ni conexion con lo pasado ó lo futuro, porque un deseo hace olvidar al otro, del mismo modo que una segunda piedra arrojada al agua borra y confunde los círculos trazados por la primera.

Pero el designio de la princesa era examinar las cosas mas á fondo, y como tan afable, no le era difícil persuadir unos corazones destrozados por la tristeza ó depositar sus secretos en su seno; y aquellos á quienes lisonjeaba la esperanza ó deleitaba la prosperidad, la rodeaban alegremente para participar de sus placeres.

Comunmente se reunian los príncipes por las tardes en una casa de campo situada á las orillas del Nilo, y se comunicaban mutuamente las ocurrencias del dia. Una tarde que estaban allí sentados, segun su costumbre, vilvió la princesa sus ojos al rio que corria á corta distancia:

«Responde, dijo, gran padre de las aguas, tú cuyas ondas bañan ochenta naciones, responde á las preguntas de la hija de tu soberano natural. Dime si en todo tu curso no riegas ni siquiera una habitacion en que no oigas el murmullo de las quejas.»

Entonces esclamó el príncipe:

«No habeis sido mas dichosa en la vida privada que yo en las cortes.

—Desde el último esperimento que hicimos, contestó Nekayah, he logrado introducirme en muchas familias, donde era mas hermosa la perspectiva de prosperidad y paz, y no conozco ni una tan solo que no esté rodeada por alguna pena que destruye su quietud.

—No he buscado la felicidad entre los indigentes porque creia no hallarla, á pesar de que muchos de los que suponia en la abundancia los he encontrado pobres. La pobreza tiene apariencias muy diversas en las grandes capitales: á menudo se oculta con el esplendor, y no pocas veces con la estravagancia. El cuidado de una gran parte del género humano es ocultar al resto su miseria; se sostienen con espedientes, y cada dia pierden el tiempo en invenciones para el siguiente.

»Este era un mal sin embargo, que aunque frecuente, lo veia con menos pesar porque podia aliviarlo, y eso que no pocos rehusaron mis bondades; les ofendia mas mi solicitud en descubrir sus males que mi presteza en socorrerlos; y otros, cuyas exigencias les obligaban á admitir mis favores, nunca perdonaban á su bienhechora. Empero muchos han sido sinceramente agradecidos, sin hacer ostentacion de su reconocimiento ni tener esperanza de otros beneficios.

CAPÍTULO XXV.

Continúa la princesa sus reflexiones sobre la vida privada.

Percibiendo Nekayah que su hermano la escuchaba con atencion, prosiguió así:

«La discordia se alberga comunmente entre las familias, haya ó no pobreza. Si un reino es, como nos lo ha dicho Imlac, una gran familia, del mismo modo una familia

Ayuntamiento de Madrid

es un pequeño reino inclinado á las facciones y espuesto á disturbios y motines. Un observador inesperto espera que el amor de los padres sea constantemente igual; pero esta predisposicion amante rara vez se estiende mas allá de los dias de la infancia: en breve tiempo se hacen los hijos rivales de sus padres, y los beneficios estan ligados con las reconvenciones, como la gratitud envilecida con la envidia.

»Los padres y los hijos muy rara vez obran de concierto: cada hijo se esfuerza en apropiarse la estimacion ó la ternura de los padres, y estos aun con menos motivo se hacen mutuamente traicion para con sus hijos. De este modo, unos ponen su confianza en el padre, otros en la madre, y por gra-

dos se llena la casa de artificios y riñas.

»Las opiniones de los hijos y de los padres, de los jóvenes y de los ancianos, son naturalmente opuestas por los contrarios efectos de la esperanza y de la suspicacia, de la espectativa y de la esperiencia, sin que haya crímen ó locura por ningun lado. Los colores de la vida aparecen tan diferentes en la juventud y la vejez, como la faz de la naturaleza en primavera é invierno. ¿Y cómo podrán creer los hijos los asertos de sus padres si sus propios ojos les demuestran que son falsos?

»Muy pocos padres obran de tal modo que su vida sea conforme á las máximas que preconizan. El anciano confia enteramente en lentas invenciones y en la progresion gradual: el jóven espera lograr sus designios por el genio, vigor y precipitacion. El viejo acata la riqueza, y el jóven reverencia la virtud. El primero obra siempre con prudencia, y el jóven se entrega á la magnanimidad y al acaso. El jóven, no conociendo el mal, cree que nadie lo conoce, y por esta razon obra con franqueza y candor; pero su padre, habiendo sufrido las injurias del fraude, se ve impelido á sospecharlo, y aun á menudo inclinado á ponerlo en práctica. La vejez mira con cólera la temeridad de la juventud, y esta contempla con desprecio la escrupulosidad de la vejez. Asi viven sin amor entre sí la mayor parte de los padres y los hijos; y si aquellos á quienes la naturaleza ha unido tan estrechamente son su mutuo tormento, ¿dónde buscaremos consuelo y ternura?»

—Seguramente vos habeis sido desgraciada en vuestra eleccion: yo no puedo creer que la mas tierna de todas las relaciones sea asi impedida en sus efectos por una necesidad inevitable.

»La discordia doméstica no es inevitable y fatalmente necesaria; pero tampoco es fácil libertarse de ella: rara vez vemos que toda una familia sea virtuosa: los buenos y los malos no pueden avenirse bien, y los malos pueden aun menos avenirse entre sí; hasta los virtuosos caen á veces en desavenencias cuando sus virtudes son de diferente género y tienden á los estremos. En general son mas reverenciados aquellos padres que mas lo merecen, porque el que vive bien no puede ser despreciado.

»Otros muchos males infestan la vida privada. Algunos son esclavos de los sirvientes á quienes han confiado sus negocios; otros yacen en continua ansiedad por el capricho de parientes ricos á quienes no pueden agradar ni se atreven á ofender. Muchos maridos son imperiosos, y no pocas mugeres perversas; y como siempre es mas fácil hacer mal que no bien, aunque la sabiduría ó virtud de un individuo pueda muy rara vez hacer muchos felices, la locura ó vicios de cualquiera hace frecuentemente á muchos miserables.

Ayuntamiento de Madrid

—Si tal es el efecto general del matrimonio, de aquí en adelante creeré que es peligroso unir mi interés con el de otro por miedo de ser infeliz por culpa de mi compañero.

—He encontrado muchos que viven solteros por esta razon; pero no creo envidiable su prudencia. Pasan su vida sin amistad y sin ternura, y para libertarse del tiempo que no saben cómo emplear se ven impelidos á

entregarse á diversiones pueriles y á viciosos deleites. Siempre obran como seres que estan bajo el constante sentido de alguna conocida inferioridad que llena sus corazones de rencor y sus lenguas de censura. Son impertinentes en su casa y malévolos fuera de ella, y como bandoleros de la especie humana, hacen consistir sus proezas y placer en perturbar aquella sociedad que les escluye de sus privilegios. Vivir sin sentir ni escitar simpatías, ser afortunado sin haber contribuido á la felicidad de otros, ó afligido sin gustar el bálsamo de la compasion, es un estado mil veces mas tétrico que la soledad; no es un retiro, es una esclusion del género humano. El matrimonio tiene muchas penas; pero el celibato carece de placeres.

—Luego ¿qué se ha de hacer? Mientras mas inquirimos, menos podemos resolver. Seguramente el que no tenga otro objeto que considerar sino el de su felicidad, debe mas probablemente conseguirlo.»

CAPÍTULO XXVI.

Discusion sobre la grandeza.

La conversacion tuvo una pequeña pausa.

Habiendo considerado el príncipe las observaciones de su hermana, le dijo que ella habia examinado la vida con preocupacion, y supuesto miseria donde no la habia.

«Tu narracion, añadió, arroja una niebla aun mas densa sobre la perspectiva del porvenir: las predicciones de Imlac no eran sino lánguidos bosquejos de los males pintados por Nekayah. Poco há me he convencido de que la quietud no es compañera de la opulencia ni del poder: que su dulzura no puede comprarse con las riquezas ni aumentarse con las conquistas. Es evidente que mientras mas vasto sea el círculo en que obre el hombre, debe estar mas espuesto á la oposicion de la enemistad y á los caprichos de la fortuna. Quien quiera que tenga muchos que complacer ó gobernar, debe hacer uso del ministerio de muchos agentes, algunos de los cuales serán perversos y otros ignorantes; por algunos será estraviado, y engañado por otros. Si satisface un individuo, ofenderá casi siempre á otro; los que no sean favorecidos se creerán injuriados, y como los favores no pueden conferirse sino á pocos, el mayor número estará siempre descontento.

—Yo espero, hermano mio, tener siempre bastante valor para despreciar este descontento tan irracional, y que vos tendreis suficiente poder para reprimirlo.

—El descontento no será siempre injusto, aun bajo la mas recta y vigilante administracion de los negocios públicos. Ninguno, por mas atento que sea, puede siempre descubrir aquel mérito que oscurecen la indigencia ó las intrigas; ni menos, aunque sea muy poderoso, podrá siempre recompensarlo. Ademas, el que ve un mérito inferior colocado sobre el suyo, imputará naturalmente aquella preferencia á parcialidad ó capricho; y en verdad, dificilmente puede exigirse de ningun hombre, por mas magnánima que sea su naturaleza ó exaltados sus sentimientos, que persista constantemente en la fija é inexorable justicia distributiva. A veces satisfará sus propias inclinaciones y otras las de sus favoritos; sufrirá que algunos que nunca puedan servirle le complazcan; descubrirá en aquellos que ama cualidades que en realidad no poseen, y se esforzará en dar placeres á aquellos de quienes los ha recibido. Asi prevale-

Ayuntamiento de Madrid

cerán muchas veces las recomendaciones compradas con dinero ó con el cohecho, aun mas pernicioso, de la adulacion á servilidad.

»El que tiene mucho que hacer, hará algo mal y debe sufrir sus consecuencias; y dado que fuese posible obrar siempre con rectitud, como son tantos los que juzgan de su conducta, los perversos le censurarán y calumniarán por malevolencia, y algunas veces los buenos por equivocacion. Por todos estos motivos no puede esperarse que los altos destinos sean la morada de la dicha, y hé aquí por lo que he huido voluntariamente de los tronos y palacios hácia sitios de humilde retiro y plácida oscuridad; porque ¿qué puede impedir la satisfaccion ó burlar las esperanzas de aquel cuyos talentos son adecuados á su destino, que ve con sus propios ojos todo el círculo de su influencia, que escoge por su propio conocimiento todos aquellos en quienes confia, y á quien nadie desea engañar por esperanza ó temor? Seguramente no tiene que hacer sino amar y ser amado, ser virtuoso y feliz.

—Este mundo, hermano mio, no presentará jamás una oportunidad de decidir si la perfecta felicidad puede procurarse por la bondad perfecta; pero al menos puede asegurarse que no siempre hallamos la dicha en proporcion de la virtud. Los buenos y los malos estan igualmente sujetos á todos los males naturales, y casi todos los políticos estan confundidos ante la miseria del hambre, y no muy distintos en el furor de una faccion, se hunden unidos en la tempestad, y juntos son arrojados de su pais por los invasores. Todo lo que la virtud puede proporcionar tranquilidad de conciencia, y una firme perspectiva de un estado mas feliz, esto puede hacernos soportar la calamidad con paciencia; pero acordaos que la paciencia supone sufrimiento.»

CAPÍTULO XXVII.

Rasselas y Nekayah continúan su conversacion.

«Querida princesa, dijo Rasselas, tú caes en el comun error de exagerada declamacion, produciendo en un cuadro particular ejemplos de calamidades nacionales y escenas de estensiva miseria, cuyos fundamentos se encuentran en los libros mas bien que en el mundo, y que son tan horrorosas como raras. Dejémonos, pues, de imaginar males que no debemos sufrir, y no injuriemos la vida con falsas relaciones. No puedo transigir de ningun modo con aquella querellosa elocuencia que amenazara cada ciudad con un sitio como el de Jerusalen, que anuncia el hambre tras la mas pequeña nube de langosta, y suspende la peste en el ala de cada soplo de aire que viene del Mediodía.

»Toda discusion es vana sobre los males necesarios é inevitables que abruman los reinos: cuando acaecen deben ser sufridos. Pero es evidente que esta miseria universal es mas temida que esperimentada; millares y millones de individuos florecen en la juventud y se marchitan en la vejez, sin conocer otros males que los domésticos, y participan de los mismos placeres y pesares, sean crueles ó indulgentes sus reyes; ora persigan los enemigos los ejércitos de su pais, ora se retiren delante de ellos. Mientras las cortes estan llenas de disturbios con intestinas disputas, y los embajadores intrigan en los paises estrangeros, el herrero ocupa su yunque, y el labrador dirige con firme mano

su arado. Las cosas necesarias á la vida se buscan y se obtienen, y el curso sucesivo de las estaciones continúa sus revoluciones acostumbradas. Cesemos, pues, hermana mia, de considerar lo que quizá no suceda nunca, y si llega á acontecer, se burlará de la humana especulacion. No nos esforcemos en modificar los movimientos de los elementos, ni en fijar el destino de los reinos, puesto que nuestra mision es solo ver lo que pueden ejecutar unos seres como nosotros trabajan-

Ayuntamiento de Madrid

do en su propia felicidad, y promoviendo dentro de su círculo, por mas estrecho que sea, la de los otros.

»El matrimonio es evidentemente dictado por la naturaleza; los hombres y mugeres estan formados para ser compañeros unos de otros; por cuya razon no puedo persuadirme sino que el matrimonio es uno de los medios de ser feliz.

—Yo no sé ¡oh príncipe! si el matrimonio es otra cosa que uno de los innumerables accidentes de la miseria humana. Cuando veo y calculo las varias formas de la infelicidad conyugal; las inesperadas causas de una discordia continua; los diversos caractéres, las opiniones opuestas, las violentas colisiones de contrarios deseos, cuando estan por ambas partes escitados por impulsos terribles, y las obstinadas contiendas de virtudes desagradables, cuando la sostiene en ambos consortes la conciencia de su buena intencion; considerando todas estas cosas, estoy muchas veces inclinada á pensar con los mas severos casuistas de la mayor parte de las naciones, que el matrimonio es mas bien tolerado que aprobado, y que nadie, á no ser por las instigaciones de una pasion demasiado indómita, se enreda á sí mismo con pactos tan indisolubles (1).

—Tú olvidas, hermana, que hasta ahora has representado el celibato como menos feliz que el matrimonio. Ambas condiciones pueden ser malas, pero no pésimas. Así sucede, que cuando se alimentan opiniones erróneas, se destruyen mutuamente y dejan el entendimiento abierto á la verdad.

—No esperaba yo que imputaseis á falsedad lo que solo es consecuencia de la fragilidad humana. Al entendimiento, como á la vista, le es difícil comparar con exactitud objetos vastos en su estension y varios en sus partes. Donde vemos ó concebimos todo á la vez, prontamente notamos las distinciones y decidimos la preferencia; pero de dos sistemas, ninguno de los cuales puede ser examinado por ningun ser humano en su completo círculo de magnitud y multiplicidad de sus complicaciones, ¿qué maravilla, que juzgando del todo por sus partes, me afecten alternativamente uno y otro, segun vuelvan á mi memoria ó se presenten á mi fantasía? Nosotros variamos en nuestra opinion, del mismo modo que diferimos de la de los otros, cuando vemos solo un lado de la cuestion, como en las diversas relaciones de la política y de la moral; pero cuando desde luego percibimos el todo, al modo que en las computaciones númericas todo se aviene á un juicio, y nadie varía entonces su opinion.

—No añadamos á los otros males de la vida la mordacidad de la controversia, ni nos esforcemos en competir con cualquiera otro en las sutilezas de la argumentacion. Estamos empleados en una pesquisa, con cuyo buen éxito gozaremos ambos igualmente, como padeceremos en caso de conducirla al error; por lo cual conviene que nos ayudemos mutuamente. Es preciso que tú hayas decidido con demasiada precipitacion contra el matrimonio por su infelicidad: ¿la miseria de la vida no probaria igualmente que esta no puede ser un don del cielo? El mundo debe ser poblado, ya por el matrimonio, ya sin él.

—El que se pueble ó no el mundo, no me importa, ni á vos tampoco. Yo no veo peligro en que la presente generacion omita el dejar sucesores que la reemplacen: nosotros no inquirimos nada para el mundo, sino para nosotros mismos.»

CAPÍTULO XXVIII.

Continúa el debate sobre el matrimonio.

«Lo bueno del todo, replicó Rasselas, es lo mismo que lo bueno de todas las partes. Si el matrimonio es lo mejor para el género

(1) Aquí debo recordar á mis lectores, ó mas bien á mis lectoras, que este lenguaje es muy propio de aquellos paises en que estando autorizada la poligamia, se desconocen por lo comun las dulzuras de la union conyugal, viéndose cada individuo en cierto modo obligado por la costumbre á tener en su harem unas cuantas mugeres, que si tienen algunos sentimientos, detestan sus cadenas; permaneciendo las demas en la apática indiferencia de unos seres envilecidos.

(Nota del traductor.)

Ayuntamiento de Madrid

humano, debe ser evidentemente lo mismo para cada individuo, ó una permanente y obligatoria necesidad será la causa del mal, y algunos deben ser necesariamente sacrificados á la conveniencia de los demas. En el parangon que has hecho de los dos estados, aparece que las incomodidades del celibato son en gran manera necesarias y ciertas, mientras que las del estado conyugal son accidentales y evitables.

»Yo no puedo menos de creer que la prudencia y amabilidad harán feliz el matrimonio, y que la general locura del género humano es la causa de su descontento. ¿Qué puede esperarse sino chasco y arrepentimiento de una eleccion hecha en la inesperiencia de la juventud, en el ardor del deseo, sin prevision, sin examinar la conformidad de opiniones, semejanza de modales, rectitud de juicio y pureza de sentimientos?

»Este es el proceso general del matrimonio: un jóven y una doncella que se encuentran por casualidad, y á quienes reune el artificio, se miran, se hacen recíprocas cortesías, van á su casa y sueñan el uno con el otro. Teniendo poco en que ocupar su atencion ó variar sus pensamientos, se hallan inquietos cuando estan separados, y por esto creen ser felices estando juntos. Se casan, y entonces descubren cosas que no les habia ocultado sino una ceguedad voluntaria: pasan su vida en altercados y disgustos, y llaman injustamente cruel á la naturaleza.

»Del mismo modo procede de estos matrimonios prematuros la rivalidad de los padres y los hijos: el hijo está ansioso de gozar del mundo antes que el padre quiera abandonarlo, y dificilmente pueden vivir avenidas dos generaciones. La hija empieza á florecer antes que la madre pueda sobrellevar el marchitarse, y nada puede entonces evitar el que deseen estar separadas; pero todos estos males pueden sin duda evitarse con aquella precaucion y demora que prescribe la prudencia en una leccion irrevocable. En lo vario y festivo de los placereres juveniles, la vida puede soportarse sin la ayuda de un partícipe. Mientras mas tiempo pase, mas esperiencia se adquirirá, y siendo mas vastas las miras, ofrecerán mejores oportunidades de inquirir y escoger: una ventaja al menos será segura, y es que los padres serán visiblemente mas viejos que sus hijos.

»Lo que la razon no puede inferir, y lo que aun no ha enseñado la esperiencia, puede solamente ser conocido por la voz de los otros. He oido decir que los matrimonios tardíos no son eminentemente felices: esta es una cuestion demasiado importante para ser descuidada, y la he propuesto á menudo á aquellos cuyo talento y perspicacia hacian sus opiniones dignas de consideracion. Me han contestado generalmente que es muy peligroso tanto al hombre como á la muger someter su destino á la voluntad de otro en un tiempo en que ya estan fijas las opiniones y las costumbres establecidas; cuando se han contraido amistades por ambas partes, cuando se tiene ya trazado un método de vida, y el entendimiento ha gozado por largo tiempo en la contemplacion de sus propias perspectivas.

»Difícilmente es posible que dos que viajan por el mundo guiados por el acaso se hayan ambos dirigido por la misma senda, y no sucederá sino muy rara vez que alguien deje voluntariamente aquellas huellas á que una larga costumbre ha comunicado algo de agradable Cuando la desenvuelta ligereza de la juventud se ha cambiado en arreglo y tranquilidad, pronto le sucede un orgullo que se

Ayuntamiento de Madrid

avergüenza de ceder, ó una obstinacion que se deleita en disputar; y aunque la mutua estimacion produce el deseo recíproco de agradar, el tiempo mismo, al paso que modifica de una manera invariable el semblante esterior, asi determina irrevocablemente la direccion de las pasiones y da una inflexible rigidez á los modales. Las costumbres antiguas no pueden romperse fácilmente: el que intenta variar el curso de su propia vida, muy á menudo trabaja en vano; ¿y cómo podremos hacer por los otros lo que tan raras veces podemos hacer por nosotros mismos?

—Pero seguramente tú supones, olvidado ó descuidado, el principal motivo de eleccion. Cuando yo busque una muger, mi primera cuestion será si se dejará conducir voluntariamente por la razon.

—Asi es como se engañan los filósofos. Hay mil cuestiones familiares que la razon no puede decidir; disputas que eluden el raciocinio y hacen ridícula la lógica; casos, en fin, en que debe hacerse algo y decirse muy poco. Considerad el estado del género humano, é inquirid cuán pocos puede suponerse que obran en cualquiera ocasion, sea grande ó pequeño, con toda aquella racionalidad de accion presente á sus entendimientos. Infeliz hasta el estremo será el matrimonio que esté sentenciado á ajustar todas las mañanas á la razon el menudo detalle de un dia doméstico.

»Los que se casen en una edad avanzada, escaparán probablemente á las usurpaciones de sus hijos; pero en cambio de esta ventaja tendrán que dejarlos ignorantes y desamparados á la merced de un tutor, y si esto no sucede, deben por lo menos partir de este mundo antes de ver ni grandes ni instruidos aquellos á quienes mas aman. Si tienen menos que temer de sus hijos, tienen tambien menos que esperar, y pierden sin compensacion los goces de un amor temprano, y la conveniencia de unirse con una persona cuyas costumbres sean dóciles, y susceptible su entendimiento de nuevas impresiones que con el tiempo pueden hacer desaparecer las desemejanzas, del mismo modo que los cuerpos blandos amoldan su superficie á la del otro con el continuo contacto.

»Yo creo cierto que los que se casen tarde estarán mas contentos con sus hijos; pero los que lo hagan temprano lo estarán con sus compañeros.

—La union de estos dos afectos debe producir todo lo que pueda desearse. Quizá hay un tiempo en que el matrimonio debe enlazarlos, y que no sea ni demasiado temprano para el padre, ni demasiado tarde para el marido.

—Cada vez me confirmo mas en la verdad de la proposicion tan á menudo sentada por Imlac: *Que la naturaleza reparte sus dones á derecha é izquierda.* Aquellas condiciones que lisonjean la esperanza y escitan los deseos estan constituidas de tal modo, que cuando nos acercamos á una nos alejamos de otra. Hay bienes tan opuestos entre sí, que no nos es posible alcanzarlos á la vez; pero por medio de la mayor prudencia podemos pasar por entre ellos á tal distancia que nos sea dado alcanzar cualquiera. Este es á menudo el resultado de una madura deliberacion: el que se esfuerza en hacer mas que lo que está marcado por la humanidad, no hace nada. No os lisonjeeis con las contrariedades del placer; elegid entre las ventajas que se os presentan, y vivireis contento. Ningun hombre puede gustar de los sazonados frutos del otoño mientras que deleita su olfato con las flores de la primavera; nadie puede á la vez llenar su copa en el manantial y en la embocadura del Nilo.»

CAPÍTULO XXIX.

Entra Imlac, y muda la conversacion.

En este momento entró Imlac y los interrumpió.

»Imlac, dijo Rasselas, por la prindesa he sabido la triste historia de la vida privada, y casi estoy desanimado de cualquiera otra pesquisa ulterior.

—Me parece, contestó el sabio, que mien-

Ayuntamiento de Madrid

tras estais haciendo vuestra eleccion de vida, descuidais el vivir. Vagais al rededor de una ciudad, que aunque vasta y diversificada, puede presentaros ya pocas novedades; y olvidais que estamos en un pais famoso entre las primeras monarquías por el poder y sabiduría de sus habitantes, donde han tenido su nacimiento las primeras ciencias que iluminaron el mundo, y sin las cuales no pueden ser trazadas las artes de la sociedad civil y de la vida doméstica.

»Los antiguos egipcios han dejado detrás de sí monumentos de grandeza y poder, ante los cuales desaparece la magnificencia europea. Las ruinas de su arquitectura son la escuela de los edificadores modernos, y por las maravillas que ha perdonado el tiempo podemos conjeturar, aunque inciertamente, las que ha destruido.

—Mi curiosidad, dijo Rasselas, no me induce muy fuertemente á examinar montones de piedra ó masas de tierra. Mi ocupacion es con los hombres: yo no vine aqui á medir fragmentos de templos, ni á trazar acueductos obstruidos, sino para examinar las varias escenas del mundo presente.

—Ademas, añadió la princesa, las cosas que tenemos á la vista requieren nuestra atencion, y la merecen. ¿Qué tengo yo que hacer con los héroes ó con los monumentos de los antiguos tiempos? Épocas que jamás se reproducirán, y héroes cuya forma de vida fue muy diferente de lo que la actual condicion del género humano requiere ó permite.

—Para conocer cualquiera cosa debemos conocer sus efectos; para estudiar los hombres debemos ver sus obras, á fin de alcanzar qué razon las dictó, ó que causa las incitó, y hallar cuáles son los mas poderosos motivos de accion. Para juzgar con exactitud de lo presente debemos compararlo con lo pasado, porque todo juicio es comparativo, y nada puede ser conocido de lo futuro. La verdad es que ningun entendimiento se ocupa mucho en lo presente: los recuerdos de lo pasado, y la anticipacion del porvenir, llenan casi todos sus momentos. Nuestras pasiones son alegría y pesar, amor y odio, esperanza y temor; lo pasado es el objeto de la alegría y del pesar, y lo futuro del temor y la esperanza; aun el amor y el odio respetan lo pasado, porque la causa debe haber sido antes del efecto.

»El estado presente de las cosas es consecuencia del anterior, y es natural investigar cuál era el orígen del bien que gozamos ó del mal que sufrimos. Si obramos solo para nosotros mismos, no es prudente descuidar el estudio de la historia: si se nos ha confiado el cuidado de los otros, no es justo. La ignorancia, cuando es voluntaria, es criminal; y bien se le puede justamente echar la culpa del mal al que rehusa aprender los medios de evitarlo.

»No hay ninguna parte de la historia tan generalmente útil como aquella que refiere los progresos del entendimiento humano, la mejora gradual de la razon, los adelantos sucesivos de la ciencia, las vicisitudes de la sabiduría y de la ignorancia, que son la luz y la oscuridad de los seres pensadores; la estincion y restauracion de las artes, y las revoluciones del mundo intelectual. Si las pinturas de batallas é invasiones son el empleo peculiar de los príncipes, las artes útiles y agradables no deben ser descuidadas. Los que tienen reinos que gobernar, tienen entendimientos que cultivar tambien.

»El ejemplo es siempre mas eficaz que el precepto. Un soldado se forma en la guerra, y un pintor copiando diseños. En este último tiene la ventaja la vida contemplativa: las grandes acciones se ven rara vez; pero los trabajos del arte estan siempre á la mano para aquellos que desean saber qué arte serán capaces de ejecutar.

»Cuando la vista ó la imaginacion son heridas por cualquiera obra poco comun, lo primero que el entendimiento desea averiguar es por qué medio fue ejecutada. Aqui empieza el verdadero uso de la contemplacion: estendemos nuestra comprension con numerosas ideas, y quizá recobramos algun arte perdido para el género humano, ó aprendemos lo que es menos perfectamente conocido en nuestro pais. La menor ventaja que podemos sacar es com-

Ayuntamiento de Madrid

parar nuestros tiempos con los anteriores; y ya nos regocijemos de nuestros adelantos ó descubramos nuestros defectos, este es un gran paso hácia el bien.

—Yo quiero, dijo el príncipe, ver todo lo que merezca mi exámen.

—Y yo, añadió la princesa, me alegraré de aprender algo de las costumbres de la antigüedad.

—El monumento mas pomposo de la grandeza egipcia, y una de las obras mas voluminosas de la industria manual, son las pirámides; fábricas que fueron levantadas antes de los primitivos tiempos de la historia, y cuyas primeras noticias nos han llegado por medio de tradiciones inciertas. La mas grande de ellas aun existe casi exenta de las injurias del tiempo.

—Visitémoslas mañana, dijo Nekayah; he oido á menudo hablar de las pirámides, y no descansaré hasta haberlas visto por dentro y por fuera con mis propios ojos.»

CAPÍTUTO XXX.

Visitan nuestros viajeros las pirámides.

Adoptada esta resolucion partieron el siguiente dia, y llevando las tiendas sobre sus camellos, pues estaban resueltos á permanecer alli hasta dejar satisfecha plenamente su curiosidad. Viajaron poco á poco, examinando todo lo reparable, y se detuvieron de cuando en cuando para conversar con los habitantes, observando al mismo tiempo las varias apariencias de las ciudades desiertas y de las habitadas, de la cultivada y de la salvaje naturaleza.

Al llegar á la gran pirámide, se asombraron de la estension de su base y de la elevacion de su cúspide. Imlac les esplicó los principios por qué fue escogida la forma piramidal para una fábrica que intentaban durase tanto como el mundo. Demostró que su diminucion gradual le daba tal estabilidad que frustaba todos los ataques comunes de los elementos, y que dificilmente podian ser destruidas por los mismos terremotos, la mas irresistible de las violencias naturales. Una concusion que derribase la pirámide, amenazaria la disolucion del continente.

Midieron todas sus dimensiones, y plantaron las tiendas á sus pies. El dia siguiente se prepararon á penetrar en las piezas interiores, tomaron los guias acostumbrados, y ya habian subido al primer pasadizo, cuando la favorita de la princesa retrocedió temblando.

«Pekuah, le dijo esta, ¿de qué tiemblas?

—De tan estrecha entrada, respondió la jóven, y de esa temible oscuridad. Yo no me atrevo á entrar en un sitio que debe estar seguramente habitado por almas inquietas. Los primitivos poseedores de esas bóvedas tenebrosas se levantarán ante nosotros, y quizá nos encierren para siempre.»

Al decir estas palabras enlazó sus brazos al rededor del cuello de su ama.

«Si todo vuestro temor, dijo el príncipe, son las apariciones, os prometo que saldreis salva: no hay ningun peligro con los muertos, porque el que una vez es sepultado no vuelve á ser visto jamás.

—Yo no sostendré, dijo Imlac, que los muertos no aparezcan alguna vez contra el unánime é invariable testimonio de todos los siglos y naciones. No hay pueblo rudo ó ilustrado en que no se cuenten y sean creidas las relaciones de los muertos. Esta opinion, tan estensa quizá como la naturaleza humana, solo se ha hecho tan universal por su verdad. Aquellos que nunca la oyeron de otros, no habrian convenido en un cuento que solo la esperiencia hace creible. El que sea puesto en duda por algunos caviladores, puede debilitar muy poco la evidencia general; y algunos que lo niegan con sus palabras lo confiesan con sus temores (1).

»Pero no es mi ánimo añadir nuevos terrores á los que ya se han apoderado de Pe-

(1) Parece ridícula esta opinion en boca de un hombre tan instruido como supone el autor á Imlac; pero debe atenderse al pais á que pertenece; y ademas, hasta hace muy poco, era una creencia generalmente admitida por las gentes poco ilustradas. En el dia mismo la he oido sostener á los indios de América; y en los campos de Alemania, Suiza y hasta de Francia, no es nada raro verla acreditada *(Nota del traductor)*.

Ayuntamiento de Madrid

kuah. No puede haber ninguna razon para que frecuenten los espectros las pirámides mas que cualquiera otro lugar, ni tampoco la hay para que tengan la voluntad ó el poder de dañar á la pureza é inocencia. Nuestra entrada no es una violacion de sus privilegios; y como no podemos tomar nada de ellos, es imposible que podamos ofenderlos.

—Mi querida Pekuah, añadió la princesa, yo iré siempre delante de tí, é Imlac te seguirá.

—Si la princesa se complace en que muera su criada, ordene una muerte menos horrorosa que el encierro en esa hórrida caverna. Vos conoceis que yo no me atreveré á desobedeceros: iré si me lo mandais; pero si entro, conozco que no volveré á salir.»

La princesa vió que su temor era demasiado fuerte para entrar en debates y reconvenciones; por lo que, dándole un abrazo, le dijo que podia quedarse en la tienda hasta su vuelta. Pekuah no estaba aun satisfecha, y empezó á persuadir á la princesa que no prosiguiese en el tremendo proyecto de penetrar en el interior de la pirámide.

«Aunque yo no pueda comunicarte mi valor, le dijo Nekayah, no debo imitar tu cobardía, ni dejar por hacer aquello que me ha traido principalmente á este sitio.»

CAPÍTULO XXXI.

Entran en la pirámide.

PEKUAH bajó á las tiendas, y los demas entraron en la pirámide: atravesaron las galerías, examinaron las bóvedas de mármol, y vieron la caja en que se supone está depositado el cuerpo del fundador. Luego se sentaron en una de las piezas mas espaciosas para descansar un buen rato antes de intentar volverse.

«Ahora, dijo Imlac, hemos satisfecho nuestros entendimientos con una vista exacta de la obra mas grande de los hombres despues de la muralla de la China. Es muy fácil adivinar el motivo que hizo erigir esta última. Ella aseguraba una nacion rica y tímida de las incursiones de unos bárbaros, cuya ignorancia en las artes hacia que les fuese mas fácil suplir á sus necesidades por la rapiña que por la industria, por lo que de tiempo en tiempo arremetian á las habitaciones de pacífico comercio, como caen los buitres sobre las aves domésticas. Su fiereza y velocidad hacian necesaria la muralla, y su ignorancia la hizo eficaz.

—Pero hasta el presente no se ha dado ninguna razon adecuada del coste y trabajo de las pirámides. La estrechez de sus habitaciones prueba que no pueden ofrecer un asilo contra los enemigos, y los tesoros podian haber sido depositados con igual seguridad y con mucho menos gasto. Parece, pues, que han sido erigidas solamente para satisfacer aquella fiebre de la imaginacion que devora incesantemente la vida, y debe aplacarse siempre con alguna distraccion. Aquellos que ya tienen todo lo que pueden gozar, deben ampliar sus deseos: el que ha edificado ya para su uso, debe empezar á edificar por vanidad, y estiende su plan á todo lo que pueda ejecutar el poder humano, para no verse pronto reducido á formar otro deseo.

»Yo considero esta poderosa estructura como un monumento de la insuficencia de los goces humanos. Un rey, cuyo poder es ilimitado, y cuyos tesoros esceden todas sus necesidades reales é imaginarias, está inclinado á solazar con la ereccion de una pirámide la saciedad del dominio, y la insipidez de los placeres, y divertir el tedio de la edad con el espectáculo de millones de hombres trabajando sin fin, y poniendo una piedra sobre otra sin ningun proyecto. Quien quiera que seas ¡oh tú! que no contento con una moderada condicion, imajinas la felicidad en la magnificencia real, y sueñas que el man-

Ayuntamiento de Madrid

do ó las riquezas puedan alimentar el apetito de la novedad con perpetuos goces, examina las pirámides y confiesa tu locura!!!»

CAPÍTULO XXXII.

Encuéntrase la princesa con un infortunio inesperado.

Entonces se levantaron y salieron del edificio atravesando la cavidad por donde habian penetrado. La princesa preparaba á su favorita una larga narracion de los oscuros laberintos, de las costosas habitaciones y de las distintas impresiones que habian hecho en ella las variedades del camino; pero cuando se reunieron á su séquito encontraron á todos los que lo componian silenciosos y abatidos: los hombres tenian impresos en sus semblantes la vergüenza y el temor, y las mugeres lloraban en las tiendas.

No trataron de hacer conjeturas sobre lo que habia acaecido, sino que lo preguntaron inmediatamente.

«Apenas habiais entrado en la pirámide, contestó uno de los criados, cuando una horda de árabes cayó sobre nosotros: éramos muy pocos para resistirles, y demasiado tardíos para escapar. Ya casi llegaban á las tiendas y á apoderarse de nosotros y nuestros camellos para llevarnos consigo, cuando la aproximacion de algunos caballos turcos los puso en huida; pero se llevaron á la señora Pekuah y sus dos doncellas. Los turcos han ido á nuestro ruego en seguimiento suyo; pero tememos que no los puedan alcanzar.»

La princesa quedó casi anonadada con la sorpresa y el dolor que le causó tal noticia; y Rasselas en el primer arranque de su resentimiento ordenó á sus criados que le siguiesen, y se preparó á perseguir sable en mano á los ladrones.

«Señor, le dijo Imlac, ¿qué podeis esperar de la violencia ó del valor? Los árabes montan caballos amaestrados en las batallas y retiradas, y nosotros tenemos solamente bestias de carga. Abandonando nuestra posicion podemos perder la princesa, pero no libertar á Pekuah.»

En corto tiempo volvieron los turcos sin haber podido alcanzar al enemigo. La princesa prorumpió en nuevas lamentaciones, y Rasselas tuvo que contenerse mucho para no echarle en cara su cobardía; pero Imlac observó que la fuga de los árabes no era un aumento de su desgracia, pues quizá hubieran muerto á sus prisioneros antes que entregarlos.

CAPÍTULO XXXIII.

Vuelven al Cairo sin Pekuah.

Nada habia que esperar de mas larga estancia en las pirámides. En consecuencia volvieron al Cairo, arrepintiéndose de su curiosidad, censurando la negligencia del gobierno, lamentando su precipitacion, que les habia hecho descuidar el procurarse una escolta, é imaginando muchos espedientes por los que hubiese podido prevenirse la pérdida de Pekuah. Todos resolvieron hacer los mayores esfuerzos por la libertad de la favorita, aunque ninguno de ellos hallaba nada á propósito que hacer para conseguir se objeto.

Nekayah se retiró á su habitacion, donde sus criadas intentaron consolarla diciéndole que todos tenian sus aflicciones, que la señora habia gozado mucha felicidad en este mundo por largo tiempo, y racionalmente debia esperar una mudanza en su suerte. Por lo demas, ellas esperaban que le iria bien donde quiera que fuese, y que su ama podia hallar otra amiga que supliese su falta. La princesa, como es de suponer, no les contestó, y ellas continuaron consolándola, no sintiendo mucho en realidad que hubiese desaparecido la favorita.

El dia siguiente presentó el príncipe un memorial al bajá esponiéndole la ofensa que habia recibido, y pidiéndole el justo desagravio. El bajá amenazó castigar los ladrones; pero no intentó alcanzarlos, ni pudo en verdad dársele ninguna descripcion ó señal exacta por la que pudiera dirigir sus pesquisas.

Pronto se convencieron de que nada podia conseguirse por medio de la autoridad. Estando los gobernadores á oir mas crímenes que los que pueden castigar, y mas ofensas

Ayuntamiento de Madrid

que las que está en su mano deshacer, adoptan muy luego una indistinta negligencia, y olvidan la súplica en cuanto pierden de vista el suplicante.

Imlac se esforzó entonces en adquirir alguna inteligencia por medio de agentes secretos. Encontró muchos que pretendian tener un exacto conocimiento de todas las guaridas de los árabes y una correspondencia seguida con sus gefes, los que emprendieron prontamente el recobro de Pekuah. A muchos suministró dinero para el viaje y no volvieron mas: á otros pagó liberalmente por relaciones que en pocos dias fueron desmentidas. Empezaba el poeta á desanimarse; pero la princesa queria que se probasen todos los medios por mas improbables que apareciesen, pues mientras se estaba haciendo alguna cosa tenia viva su esperanza. Cuando fallaba un espediente, era otro sugerido; y cuando volvia sin éxito un mensajero, se despachaba otro por distinto punto.

Habian pasado ya dos meses, y aun nada se sabia de Pekuah: las esperanzas que se habian creado mutuamente nuestros viajeros desfallecian, y la princesa cuando vió agotados todos sus recursos se sumergió en una melancolía sin esperanza. Mil veces se reprochó la fácil condescendencia con que habia permitido á su favorita quedarse detrás de ella.

«Si mi ternura, decia, no hubiera disminuido mi autoridad, Pekuah no se habria atrevido á hablar de sus terrores, pues me hubiera temido mas que á los espectros. Una mirada severa la habria confundido, y un mandato terminante la hubiera obligado á obedecerme. ¿Por qué prevaleció sobre mí tan loca indulgencia? ¿Por qué no hablé y rehusé oirla?

—Gran princesa, le dijo Imlac, no os reprocheis vuestra virtud, ni la considereis vituperable por haber causado accidentalmente el mal. Vuestra ternura por la timidez de Pekuah fue generosa y buena. Cuando obramos segun nuestro deber, debemos someter el resultado á aquel por cuyas leyes son gobernadas nuestras acciones, y que no castigará á nadie por su obediencia; mas si con la esperanza de algun bien de cualquiera clase que sea, vemos las leyes que se nos han prescrito, nos emancipamos de la direccion de una sabiduría superior, y tomamos sobre nosotros todas las consecuencias. El hombre no puede conocer de tan lejos la concesion de las causas y de los efectos para aventurarse á hacer el mal esperando que resulte algun bien. Cuando nos encaminamos á nuestro objeto con medios legales, podemos consolarnos de no haber acertado con la esperanza de una recompensa futura; pero si solo consultamos nuestro propio saber, é intentamos hallar un camino mas corto hácia el bien salvando los límites establecidos de lo verdadero y de lo falso, no podemos ser felices aunque corone el éxito nuestros esfuerzos, porque nos es imposible escapar de la conciencia de nuestra falta; si al contrario, nos equivocamos, nuestro error nos hace irremediablemente desgraciados. ¡Qué inconsolable debe ser la tristeza del que sienta á la vez las punzantes llagas del delito y el pesar de la calamidad que este le ha atraido!!

»Considerad ¡oh princesa! cuál hubiera sido vuestro dolor si la señora Pekuah os hubiese suplicado que la permitieseis acompañaros, y habiéndola vos obligado á permanecer en las tiendas hubiera sido robada ó ¡cómo habriais sobrellevado vuestro sentimiento si la hubieseis forzado á entrar en la pirámide, y hubiera muerto á vuestra vista en las agonías del terror!

—Cualquiera de ambas cosas que hubiese sucedido, dijo Nekayah, yo no hubiera podido soportar la vida hasta ahora: habria enloquecido con el recuerdo de tal crueldad, ó me iria consumiendo aborrecida de mí misma.

—Al menos, añadió el filósofo, vos teneis la recompensa de una conducta virtuosa, y es que ninguna consecuencia desgraciada puede racionalmente haceros arrepentir de ella.»

CAPÍTULO XXXIV.

La princesa desvanece por la falta de Pekuah.

Habiéndose reconciliado de este modo Nekayah consigo mismo, se convenció de

Ayuntamiento de Madrid

que ningun mal es insoportable sino el que está acompañado con la conciencia del delito. Desde aquel momento se vió libre de su dolor tempestuoso, y cayó en silenciosa melancolía y tenebrosa tranquilidad. Pasaba los dias enteros acordándose de todo lo que habia dicho ó hecho su amiga, guardando como un tesoro cualquiera bagatela que momentáneamente habia apreciado la favorita, y que podia recordarle cualquier incidente ó conversacion. Los sentimientos de aquella á quien no esperaba volver á ver estaban atesorados en su memoria como reglas de vida, sin otro objeto que conjeturar en cualquiera ocasion cuál habria sido el parecer ó consejo de Pekuah.

Las mugeres que la servian no sabian nada de su nacimiento real, por cuyo motivo no podia hablar con ellas sino con precaucion y reserva. Comenzó á aflojar en su curiosidad, no poniendo gran cuidado en reunir nociones que no podia comunicar. Rasselas trató primero de consolarla y despues de divertirla; buscó muchos á quienes parecia escuchar, pero en realidad no los oia, y le proporcionó maestros para instruirla en varias artes, cuyas lecturas debian ser repetidas cuando volvian á visitarla, á fin de que las recordase. Habia perdido su gusto por el placer y su ambicion por la sabiduría, y su entendimiento, aunque forzado á hacer cortas escursiones, venia á parar siempre á la imágen de su amiga.

Todas las mañanas instaba á Imlac que renovase sus pesquisas, y todas las noches le preguntaba lo que habia sabido de Pekuah, hasta que no pudiendo darle la respuesta que deseaba, fue retirándose poco á poco de su presencia. La princesa notó este comportamiento, y le ordenó que la acompañase como de costumbre.

«No confundais, le dijo, la impaciencia con el resentimiento, ni supongais que os creo negligente porque me consuma con el poco éxito de vuestras pesquisas. No me maravillo de vuestra ausencia, pues conozco que los desgraciados no son nunca agradables, y que todos evitan naturalmente el contagio de la miseria. Oir lástimas es tan fastidioso á los infelices como á los dichosos; porque ¿quién querrá anublar con pesares agenos los rápidos momentos de alegría que nos presenta la vida? ¿ó quién luchando con sus propios males querrá añadirles las miserias de otro?

»Ya ha llegado el tiempo en que nadie se molestará mas con los suspiros de Nekayah: mis investigaciones para ser feliz se acabaron. Estoy resuelta á retirarme del mundo, que solo presenta lisonjas y engaños, y voy á ocultarme á la soledad, donde solo cuidaré de arreglar mis pensamientos y mis horas por una constante sucesion de ocupaciones inocentes, hasta que con un entendimiento purificado de todos los deseos terrenos, entre en aquel estado al cual todo me acerca, y en que espero gozar otra vez de la amistad de Pekuah.

—No ligueis, señora, vuestra razon con determinaciones irrevocables, ni acrecenteis la carga de la vida con una voluntaria acumulacion de miseria: el tedio del retiro continuará ó se aumentará cuando se olvide la pérdida de Pekuah; y el que hayais sido privada de un placer no es una buena razon para despreciar todos los demas.

—Desde que me fue arrebatada mi amiga, no tengo placeres que despreciar. La que no tiene á quien amar ó en quien poner su confianza, tiene muy poco que esperar, porque carece del principio radical de la felicidad. La dicha que ofrece este mundo nace de la reunion de las riquezas, talento y bondad: la riqueza no es nada sino cuando se puede dar, y el talento de nada sirve si no puede ser comunicado: deben pues, repartirse con los otros; ¿y con quién los dividiré yo? Solo la bondad presenta consuelos que pueden gozarse sin partícipe, y esta virtud puede practicarse en la soledad.

—Yo no disputaré en este momento hasta qué punto admite el retiro el ejercicio de la beneficencia; pero es conveniente recordaros la confesion del piadoso cenobita. Vos desearéis volver al mundo luego que la imágen de vuestra favorita se haya desvanecido de vuestros pensamientos.

—Ese tiempo no vendrá nunca, contestó

Ayuntamiento de Madrid

la princesa. La fiel reserva, la modesta obsequiosidad y la generosa franqueza de mi querida Pekuah, siempre las echaré de menos, porque mientras mas viva, veré mas vicios y locuras.

—El estado de un entendimiento oprimido con una súbita calamidad, es semejante al de los fabulosos habitantes de la tierra recien creada, que cuando vino sobre ellos la primera noche, supusieron que el dia no volveria mas. Cuando las nubes de la tristeza se condensan sobre nosotros, no vemos nada mas allá de ellas, ni podemos imaginar cuándo se disiparán; empero un nuevo dia sucede á la noche, y la tristeza no dura nunca tanto, que debamos racionalmente desesperar de ver lucir la aurora de la tranquilidad. Mas los que se resisten á recibir consuelos, hacen lo que hubieran hecho los salvajes si se hubiesen sacado los ojos cuando estaba oscuro. Nuestros entendimientos, como nuestros cuerpos, estan en continuo flujo; cada hora perdemos algo y algo adquirimos. Perder mucho á la vez, le es inconveniente á cualquiera; pero mientras nos queda la vida, la naturaleza hallará los medios de repararlo. La distancia produce el mismo efecto en el entendimiento como en la vista, y mientras nos movemos suavemente á lo largo del arroyo del tiempo, cualquiera cosa que dejemos detrás de nosotros, se va siempre minorando, y aquellas á que nos acercamos crecen proporcionalmente en magnitud. No permitais que se estanque vuestra vida, pues la falta de movimiento aumentará la tristeza. Entregaos de nuevo al torbellino del mundo; la imágen de Pekuah se desvanecerá por grados, y quizá encontrareis en vuestra marcha alguna otra favorita, ó aprendereis á difundir vuestras ideas en la conversacion general.

—Al menos, añadió el príncipe, no desespereis hasta que se hayan probado todos los recursos. La pesquisa sobre la desgraciada señora continúa todavía, y aun se proseguirá con mayor diligencia, bajo condicion de que esperarás un año el resultado sin tomar ninguna resolucion decisiva.»

Nekayah creyó razonable esta proposicion, é hizo la promesa á su hermano que habia sido aconsejado por Imlac para requerirla. Este último no tenia en verdad mucha esperanza de recobrar á Pekuah; pero suponia que si podia asegurar el intervalo de un año, no correria entonces la princesa el peligro de enclaustrarse.

CAPÍTULO XXXV.

Pekuah aun es recordada.—Progresos de la tristeza.

Viendo Nekayah que nada se omitia para recobrar su favorita, y habiendo por su promesa diferido hasta cierta época su intencion de retirarse, comenzó imperceptiblemente á volver á los comunes placeres y cuidados. Sin apercibirlo se regocijaba de la suspension de sus pesares, y algunas veces se sorprendió con indignacion en el acto de desviar su entendimiento del recuerdo de aquella que aun estaba resuelta á no olvidar jamás.

Despues señaló cierta hora del dia para meditar en los méritos y ternura de Pekuah, y por algunas semanas se retiró constantemente al término fijado, y volvia con los ojos hinchados y anublado el semblante. Poco á poco se hizo menos escrupulosa, y permitia que cualquiera importante y ejecutiva ocupacion difiriese su diario tributo de lágrimas. Luego admitia hasta las menores ocasiones; algunas veces olvidaba lo que en verdad le horrorizaba recordar, y por último se descargó totalmente del deber de su periódica afliccion.

Sin embargo, su real amor por Pekuah aun no se habia disminuido. Mil ocurrencias se la traian á la memoria, y mil necesidades que solo la confianza de la amistad puede aliviar se la hacian echar de menos con frecuencia. Por esta razon instaba á Imlac que no desistiese de su pesquisa, y que no dejase de probar ningun arte ó diligencia, á fin de tener el consuelo de pensar que su amiga no sufria por descuido ó apatía.

«¿Qué puede esperarse, añadia, de nuestra pesquisa sobre la dicha cuando vemos que es tal la condicion de la vida, que la

Ayuntamiento de Madrid

dicha misma es causa de la miseria? ¿Por qué nos esforzaremos en obtener una cosa cuya posesion no puede asegurarse? En adelante temeré entregar mi corazon á la sabiduría ó á la ternura, de miedo de perder otra vez lo que he perdido en Pekuah.»

CAPÍTULO XXXVI.

Adquiere la princesa noticias de Pekuah.

Uno de los mensajeros que habian sido despachados despues del dia en que se le

arrancó á Nekayah la promesa, volvió fatigado al cabo de siete meses, despues de mil escursiones inútiles, de los confines de la Nubia, con la noticia de que Pekuah estaba en poder de un gefe árabe que poseia un castillo en la estremidad de Egipto. El árabe, cuyas riquezas consistian en el robo, convenia en entregarla voluntariamente con sus dos criadas por doscientas onzas de oro.

No se disputó por el precio. La princesa se estasió al oir que aun vivia su favorita, y que podia rescatarse á tan poca costa. No podia diferir ni un momento la felicidad de Pekuah, y rogó á su hermano que devolviese al mensajero con la suma requerida; pero habiendo consultado á Imlac sobre el particular, respondió que no confiaba mucho en la veracidad del relator, y aun dudaba mas de la del árabe, que podia, si se confiaba demasiado liberalmente en él, detener á la vez el dinero y las cautivas. Que creia ademas peligroso el ponerse en poder del árabe yendo á su jurisdiccion, y que le parecia imposible que el bandido se espusiera viniendo al pais bajo, donde podia ser alcanzado por las fuerzas del bajá.

Muy dificil es negociar donde hay mutua desconfianza; pero Imlac, despues de deliberar algunos dias, dirigió al mensajero con la proposicion de que Pekuah fuese conducida por diez caballos al monasterio de san Antonio que está situado en los desiertos del alto Egipto, donde la irian á encontrar con igual número de soldados, y pagarian su rescate.

Como esperaban que no se rehusase la propuesta, emprendieron inmediatamente su viaje hácia el monasterio; y luego que llegaron, Imlac se adelantó con el anterior mensajero hasta la fortaleza del árabe. Rasselas deseaba ir con ellos; pero ni su hermana ni Imlac lo consintieron. El árabe, segun la costumbre de su nacion, observó con gran exactitud las leyes de la hospitalidad con los que se habian puesto bajo su poder, y en pocos dias trajo á Pekuah y sus doncellas en cómodas jornadas al lugar señalado, donde habiendo recibido el precio que exigió, la restituyó con gran respeto á la libertad y á sus amigos, tomando á su cargo el acompañarlos hasta el Cairo para libertarles de todo peligro de robo ó violencia.

La princesa y su favorita se abrazaron con un trasporte demasiado violento para ser espresado, y se retiraron unidas á derramar lágrimas de ternura y á hacerse nuevas protestas de afecto y gratitud. Despues de algunas horas volvieron al refectorio del convento, donde en presencia del prior y sus hermanos pidió el príncipe á Pekuah que narrase la historia de sus aventuras.

CAPÍTULO XXXVII.

Aventuras de la señora Pekuah.

«A qué tiempo y de qué modo fuí robada, dijo Pekuah, ya os lo habrán dicho vuestros criados. Lo súbito del acontecimiento me sorprendió de tal modo, que por algun tiempo fuí insensible á la tristeza ó al temor. Mi confusion se aumentaba por lo rápido y tumultuoso de nuestra fuga, mientras fuimos

Ayuntamiento de Madrid

perseguidos por los turcos, que á lo que pareció desesperaron muy pronto de alcanzarnos, ó temieron á los que aparentaban amenazar.

»Cuando los árabes se vieron fuera de peligro, aflojaron en su carrera, y como me molestaba menos la violencia esterior, empecé á sentir mas inquietud en mi ánimo. Al cabo de algun tiempo nos detuvimos cerca de una fuente sombreada con árboles en una risueña pradería, donde nos hicieron sentar sobre la yerba, y nos ofrecieron refrescos semejantes á los que estaban tomando nuestros señores. Se me permitió sentarme con mis doncellas aparte de los demas, y ninguno intentó insultarnos ni consolarnos. Aqui fue donde empecé á sentir todo el peso de mi miseria. Las doncellas lloraban en silencio, y de cuando en cuando me miraban como para pedirme consuelos. Yo no sabia á qué condicion estábamos sentenciadas, ni podia conjeturar cuál seria el lugar de nuestro cautiverio, ó de dónde sacar alguna esperanza de libertad. Estaba en poder de ladrones y salvajes; y no tenia en verdad razon alguna para suponer que su piedad fuese mayor que su justicia, ó que fueran capaces de abstenerse del ardor del deseo ó del capricho de la crueldad. Sin embargo acaricié mis doncellas, y procuré tranquilizarlas con la reflexion de que todavía éramos tratadas con decencia, y que como ya estábamos fuera de la persecucion de los turcos, no habia que temer por nuestras vidas.

»Cuando nos iban á poner de nuevo sobre los caballos, me rodearon mis doncellas, y rehusaron separarse de mí; pero yo les ordené que no irritasen á los que nos tenian bajo su poder. Viajamos lo restante del dia por medio de un pais solitario, y con la luz de la luna llegamos á una colina donde estaba apostado el resto de la tropa. Tenian plantadas sus tiendas y encendidos sus fuegos, y nuestro gefe fue recibido como un hombre muy amado de sus súbditos.

»Nos recibieron en una gran tienda, donde encontramos muchas mugeres que esperaban sus maridos en la espedicion. Pusiéronnos delante la cena que habian preparado, y yo tomé algo, mas por animar mis doncellas que por satisfacer un apetito que no tenia. Luego que retiraron los manjares, estendieron las alfombras para el reposo. Yo estaba cansada, y esperaba hallar en el sueño una suspension á mis penas, que rara vez niega la naturaleza. Por esta razon ordené á mis doncellas que me desnudasen, y observé que las mugeres me miraban con mucho ahinco, no esperando, á lo que parece, verme servida con tanta sumision. Luego que me quitaron el vestido esterior, les dió mucho golpe su brillo, y una de ellas puso temerosamente la mano sobre el bordado. Entonces salieron, volviendo á poco tiempo acompañadas de otra muger que parecia ser de mas alto rango y autoridad. Á su entrada hizo el acostumbrado acatamiento, y tomándome por la mano me condujo á una tienda mas pequeña, cubierta con alfombras mas finas, donde pasé tranquilamente la noche con mis doncellas.

»Estando por la mañana sentada sobre la yerba, vino hácia mí el gefe de la tropa. Me levanté para recibirlo, y él me hizo una cortesía con gran respeto.

«Ilustre señora, me dijo, mi fortuna es mejor de lo que yo esperaba: he sabido por mis mugeres que tengo una princesa en mi campo.

—Señor, le respondí, vuestras mugeres se han engañado á sí mismas, y os han engañado á vos: yo no soy princesa, sino una infeliz estrangera que intentaba dejar pronto este pais, en el que me veo ahora aprisionada para siempre.

—Quien quiera ó de donde quiera que seais, replicó el árabe, vuestro vestido y el de vuestras criadas muestran que es alto vuestro rango, y grande vuestra riqueza. ¿Por qué pues os creis en peligro de perpetuo cautiverio, cuando podeis tan fácilmente procuraros vuestro rescate? El objeto de mis incursiones es aumentar mis riquezas, ó mas propiamente, imponer un tributo. Los hijos de Ismael son los naturales y hereditarios señores de esta parte del continente, que ha sido usurpada por los últi-

Ayuntamiento de Madrid

mós invasores y mal nacidos tiranos, de los cuales nos vemos obligados á tomar con la espada lo que se niega á la justicia; y como la violencia de la guerra no admite distincion, la lanza que está levantada contra el delito y poder, suele caer algunas veces sobre la nobleza é inocencia.

—¡Cuán poco esperaba yo ayer, le dije, que pudiese caer sobre mí!

—Los infortunios, señora, deben esperarse siempre. Si el ojo de la hostilidad fuese capaz de lástima ó reverencia, estariais indudablemente exenta de injuria; pero

los ángeles de la afliccion esparcen igualmente las penas sobre los virtuosos y los malvados, sobre los poderosos y miserables. Por lo tanto no os desconsoleis: yo no soy uno de esos crueles y bárbaros ladrones del desierto; conozco las reglas de la vida civil, fijaré vuestro rescate, daré un pasaporte á vuestro mensajero, y ejecutaré mi estipulacion con delicada puntualidad.»

»Fácilmente concibireis lo complacida que quedé con su cortesía; y conociendo que su pasion dominante era el amor del dinero, comencé á creer que era menor mi peligro, porque sabia que ninguna suma seria demasiado grande en vuestro concepto para la libertad de Pekuah. En consecuencia, le dije que no se quejaria de mi ingratitud si se me trataba con bondad, y que cualquiera rescate que pudiera exigirse por una doncella de la clase comun, le seria prontamente pagado, pero que no debia persistir en tasarme como una princesa. Me contestó que pensaria en lo que debia pedir, é inclinándose en seguida con semblante risueño se despidió.

»Poco despues se me presentaron las mugeres, esforzándose cada una en ser mas oficiosa que las demas, y hasta mis doncellas fueron servidas con reverencia. Viajamos de este modo hácia adelante á cortas jornadas, y al cuarto dia me dijo el gefe que mi rescate debian ser doscientas onzas de oro, las que no solo le prometí, sino que le dije que añadiria cincuenta mas si yo y mis doncellas éramos tratadas honoríficamente.

»Antes no habia conocido nunca el poder del dinero. Desde aquel dia fuí el gefe de la banda; la marcha de cada dia era mas ó menos larga segun mi disposicion, y las tiendas se plantaban en el lugar que yo escogia para descansar. Tuvimos camellos y otras mil comodidades para nuestro viaje: mis doncellas ya no se separaban de mí, y yo me divertia observando las costumbres de las naciones errantes, y examinando restos de antiguos edificios con los que parecian haber sido dignamente embellecidos aquellos desiertos paises en las mas remotas edades.

»Muy lejos estaba de ser rústico nuestro caudillo. Era capaz de viajar por la direccion de las estrellas ó el compas, y habia señalado en sus errantes espediciones los lugares mas dignos de la atencion de los viajeros. Me hizo observar que los edificios se conservan mas en los lugares poco frecuentados ó de acceso dificil; porque cuando un pais declina de su primitivo esplendor, mientras mas habitantes lo dejen, mas pronto se arruina. Las paredes proporcionan las piedras, que las canteras, los palacios y los templos serán demolidos para hacer establos de granito y cabañas de pórfido.»

CAPITULO XXXVIII.

Continuacion de las aventuras de Pekuah.

«De este modo viajamos en contorno por algunas semanas, ya para divertirme como pretendia nuestro gefe, ó como yo mas bien creia, por su propia conveniencia. Yo me esforzaba en parecer contenta, pues el ceño y mal humor no me hubieran servido

Ayuntamiento de Madrid

de nada, y estos esfuerzos contribuyeron mucho á la calma de mi entendimiento; pero mi corazon estaba siempre ocupado con la imágen de Nekayah, y las agitaciones de la noche sobrepujaban con mucho á las diversiones del dia. Mis criadas, que consagraban todos sus cuidados á su señora, se consideraban felices al verme tratada con agasajo y respeto, y prescindian de los alivios accidentales de nuestra fatiga, sin solicitud ni tristeza. Yo me complacia con su alegría, y su confianza me animaba. Mi estado habia perdido mucho de su terror desde que me convencí que el árabe cernia el pais puramente para buscar riquezas, porque la avaricia es un vicio uniforme y tratable: otras enfermedades intelectuales varían segun las diferentes constituciones del entendimiento: lo que lisonjea el orgullo de uno puede ofender al de otro; pero para lograr el favor de los codiciosos hay un camino fácil: «llevad dinero, y nada se os negará.»

»Por último llegamos á la morada de nuestro gefe, que es una fuerte y espaciosa casa de piedra, situada en una isla del Nilo, que está, segun me dijeron, bajo el trópico.

«Señora, me dijo entonces el árabe; vos descansareis de vuestro viaje algunas semanas en este lugar, donde debeis consideraros como soberana. Mi ocupacion es la guerra, por cuya razon he escogido esta oscura residencia, desde donde puedo lanzarme repentinamente sobre el enemigo, y retirarme tambien sin ser perseguido por él. Podeis descansar segura y tranquila: aqui hay pocos placeres, pero no hay ningun peligro.»

»Entonces me condujo á las habitaciones interiores, y haciéndome sentar en la mas rica silla, se inclinó hasta el suelo. Sus mugeres, que me consideraban como una rival, me miraban con malignidad; pero habiéndose pronto convencido de que yo era una gran señora, detenida solo por su rescate, comenzaron á competir mutuamente en obsequio y cortesía.

»Estando otra vez consolada con nuevas seguridades de una pronta libertad, me divertí por algunos dias con la novedad del lugar. Las torrecillas dominaban á una considerable distancia, y presentaban la vista de muchas revueltas del rio. Por el dia vagaba de un lugar á otro. Cuando el curso del sol variaba el esplendor de la perspectiva, observaba muchas cosas que me eran totalmente desconocidas. Los cocodrilos é hipopótamos son muy comunes en aquella despoblada region, y á menudo los miraba con temor, aunque sabia que no podian dañarme. Por algun tiempo esperé ver sirenas y tritones, que segun el dicho de Imlac, habian colocado en el Nilo los viajeros europeos; pero nunca se dejaron ver tales seres, y el árabe cuando le cuestioné sobre ellos se rió de mi credulidad.

»Por la noche me conducia siempre el árabe á una torre destinada para las observaciones celestes, donde se esforzaba en enseñarme los nombres y el curso de los planetas. Yo no tenia gran inclinacion por este estudio; pero era necesaria una apariencia de atencion para complacer á mi maestro, que tenia en mucho su saber; y ademas muy pronto conocí que necesitaba una ocupacion para engañar el tedio del tiempo que debia pasar siempre entre los mismos objetos. Me fastidiaba al ver por la mañana cosas que ya me habian cansado la tarde anterior; y por esta razon preferí observar las estrellas á estarme sin hacer nada; pero no siempre podia coordinar mis pensamientos, y muy á menudo estaba pensando en Nekayah, cuando los otros me creian contemplando el firmamento. Poco despues salió el árabe para otra espedicion, y entonces mi

solo placer era hablar con mis doncella;

Ayuntamiento de Madrid

acerca del accidente porque fuimos robadas, y la felicidad de que todas gozariamos al fin de nuestro cautiverio.

—En la fortaleza de vuestro árabe, observó la princesa, habia mugeres; ¿por qué no las hicisteis vuestras compañeras para disfrutar de su conversacion y participar de sus diversiones? En un lugar en que ellas encontraban ocupacion y placeres, ¿por qué vos sola estabais corroida en ociosa melancolía? ó bien ¿cómo no podiais sobrellevar por pocos meses aquella condicion á que estaban ellas condenadas por toda su vida?

—Los placeres de aquellas mugeres eran solo juegos de niños en que no podia ocuparse un entendimiento acostumbrado á mas fuertes operaciones. Yo podia hacer todo lo que las deleitaba con poderes meramente sensitivos, mientras que mis facultades intelectuales volaban hácia el Cairo. Corrian de habitacion en habitacion, al modo que salta un pajarillo en su jaula de alambre en alambre, y bailaban por la necesidad de moverse, como saltan los corderos en una pradera. Algunas veces pretendia una haberse hecho mal para alarmar á las otras, ó se escondia para que la buscasen. Empleaban parte de su tiempo en observar los progresos de los cuerpos ligeros que flotaban en el rio, y lo restante señalando las varias formas en que se dividian las nubes en la atmósfera.

»Se ocupaban únicamente en obras de aguja, en que yo y mis doncellas las ayudábamos algunas veces; pero vos sabeis que el entendimiento puede fácilmente vagar sin los dedos, y concebireis tambien que la esclavitud y la separacion de Nekayah eran penas demasiado reales para poder aliviarse con flores de seda.

»Ni podia esperarse mucho placer de su conversacion; porque efectivamente, ¿de qué podian hablar? Habiendo vivido en aquel estrecho lugar desde su mas temprana juventud, no habian visto nada; y como no sabian leer, era imposible que tuviesen ningunas nociones de las cosas que no conocian. No tenian por consiguiente idea sino de las cosas que veian, y dificilmente podian dar nombre á las que no fuesen concernientes á su vestido y alimento. Como yo representaba entre ellas un carácter superior, era llamada con mucha frecuencia á terminar sus disputas y querellas, que decidia siempre del modo mas justo posible. Si hubiera podido divertirme el oir las quejas que tenian unas de otras, á menudo me hubieran detenido con largas historias; pero los motivos de su animosidad eran tan pequeños, que no los podia oir nunca sin interrumpir el cuento.

—¿Cómo podia el árabe, á quien representais como hombre de prendas mas que comunes, dijo Rasselas, gustar de ningun placer en su serrallo estando lleno de mugeres como esas? ¿Eran esquisitamente hermosas?

—No carecian por cierto de aquella hermosura innoble y sin afectos, que puede existir sin viveza ni sublimidad, sin la energia de los pensamientos ni la dignidad de la virtud. Pero para un hombre como el árabe tal belleza era solo una flor arrancada por casualidad y que se arroja con indiferencia. Cualesquiera placeres que gozase entre ellas, no eran seguramente los que proporciona el amor ó la sociedad. Cuando estaban jugando al rededor suyo, las miraba con descortés superioridad, y cuando se disputaban alguna mirada suya, se salia algunas veces disgustado. Como carecian de conocimientos, su conversacion no podia minorar el tedio de la vida; y como no podian elegir á su arbitrio, su ternura verdadera ó aparente, no escitaba en él ni orgullo ni gratitud. No se encontraba elevado en su propia estimacion por las ronrisas de una muger que no le preferia á otro hombre, ni se creia favorecido por aquellas miradas en que nunca podia encontrar sinceridad, y que al contrario podia fácilmente percibir que se le dirigian, no tanto por complacerlo como por mortificar una rival. De este modo lo que él daba, y ellas recibian como amor, era solo una negligente distribucion del tiempo superfluo, aquel cariño que puede el hombre poner en lo que no aprecia, que no tiene esperanza ni temores, ni tristeza ni alegría,

Ayuntamiento de Madrid

—Debeis creeros muy feliz, observó Imlac, por haber sido tan fácilmente despedida. ¿Cómo pudo un hombre sediento de conocimientos, perder voluntariamente en una hambre intelectual, un banquete como la conversacion de Pekuah?

—Mil cosas me inclinan á creer que por algun tiempo estuvo suspenso; porque á pesar de su promesa, siempre que yo hablaba de despachar un mensajero al Cairo, hallaba alguna escusa para diferirlo. Mientras estuve detenida en su casa, hizo muchas escursiones en los paises inmediatos, y quizá hubiera rehusado el darme libertad si sus robos hubieran sido iguales á su codicia. Siempre volvia amable y cortesano; contaba sus aventuras, se deleitaba oyendo mis observaciones, y hacia esfuerzos estraordinarios para adelantar mi conocimiento con las estrellas. Cuando le importunaba para que enviase mis cartas, me calmaba con protestas de honor y sinceridad; y si ya no podia rehusármelo decentemente, ponia de nuevo su tropa en movimiento y me dejaba gobernando en su ausencia. Esta estudiada dilacion me afligia sobremanera; temia que me olvidaseis, que dejarais el Cairo, y que tuviera que acabar mis dias en una isla del Nilo.

»Abatida y sin esperanzas, cuidé por último tan poco de sus conversaciones, que por algun tiempo se dedicó enteramente á mis doncellas. El que se enamorase de ellas ó de mí nos era igualmente fatal, y me espantaba ver aumentarse su afecto; pero mi ansiedad no fue larga, porque luego que recobré alguna alegría, volvió á mí, y no pude menos de despreciar mi anterior inquietud.

»Sin embargo, aun diferia el enviar por mi rescate, y quizá nunca se hubiera determinado á ello si vuestro agente no hubiese hallado el modo de penetrar hasta él.

»El oro que no queria ir á buscar, no pudo despreciarlo cuando le fue ofrecido, y se apresuró á disponer nuestro viaje para este punto, como un hombre libertado de un conflicto interior. Hice mis á dioses á mis compañeras de prision, que me despidieron con fria indiferencia.

Habiendo finalizado asi la favorita su relacion, se levantó la princesa y la abrazó estrechamente. Rasselas la dió cien onzas de oro para que las presentase al árabe en lugar de las cincuenta prometidas.

CAPITULO XXXIX.

Historia de un hombre de talento.

Nuestros viajeros volvieron en seguida al Cairo, y se encontraban tan bien estando juntos, que ninguno de ellos salia mucho fuera. El príncipe comenzó á amar la sabiduría, y un dia declaró á Imlac, que intentaba dedicarse á las ciencias, y pasar el resto de sus dias en soledad literaria.

«Antes de hacer vuestra eleccion final, contestó el filósofo, debeis examinar sus peligros y conversar con algunos de aquellos que han envejecido en compañía de sí mismos. Acabo de dejar el observatorio de uno de los mas sabios astrónomos del mundo, que ha pasado cuarenta años en una atencion no interrumpida á los movimientos y apariencias de los cuerpos celestes, y há

sumergido su alma en cálculos infinitos. Admite algunos amigos una vez al mes á oir sus deducciones y gozar de sus descubrimientos, y yo le fuí presentado como un hombre de conocimientos dignos de su atencion. Los hombres de ideas varias, y que se producen con afluencia, son comunmente bien acogidos por aquellos cuyos pensamientos han estado fijos por largo tiempo sobre un mismo objeto, y que empiezan á olvidar las imágenes de las demas cosas. Yo le distraje con mis reflexiones, se sonrió oyendo la narracion de mis viajes, y olvidaba alegre

Ayuntamiento de Madrid

las contestaciones descendiendo por un momento á un mundo mas pequeño.

»El siguiente dia de vacacion renové mi visita, y tuve la fortuna de agradarle otra vez. Desde aquel tiempo relajó en mi obsequio la severidad de su regla, y me permitió visitarle cuando quisiera. Siempre le hallaba ocupado, y siempre suspendia alegremente sus ocupaciones; y como cada uno de nosotros sabia bien lo que el otro deseaba aprender, trocábamos nuestras nociones con gran deleite. Me era fácil percibir que cada dia ganaba mas en su confianza, y siempre hallaba nuevos motivos de admiracion en la profundidad de su entendimiento. Su comprension es vasta, su memoria capaz y retentiva, sus discursos metódicos y clara su espresion.

»Su integridad y benevolencia son iguales á su sabiduría. Interrumpe voluntariamente sus mas profundas investigaciones y sus estudios mas favoritos, como se presente una ocasion de hacer bien con sus consejos ó riquezas. Todos los que necesitan de su asistencia son admitidos hasta su mas secreto gabinete aun en sus momentos mas ocupados; porque aunque yo haya desterrado la ociosidad y los placeres, dice, nunca cerraré mis puertas á la caridad. Al hombre le es permitido observar los cielos, pero le está mandada la práctica de la virtud.

—Seguramente es feliz ese hombre, dijo Nekayah.

—Seguí visitándole con mas frecuencia, y cada vez me enamoraba mas de su conversacion: su trato era sublime sin altivez, cortés sin seriedad y comunicativo sin ligereza. Al principio fuí de vuestra misma opinion, gran princesa; creíale el ser mas feliz del género humano, y á menudo le daba el parabien por las bendiciones que gozaba. Por su parte él parecia no oir con indiferencia sino las alabanzas de su estado, á las que daba siempre una respuesta general, dirigiendo en seguida la conversacion á cualquiera otro asunto.

»A pesar de su amabilidad y sus esfuerzos por complacer, pronto tuve razones para sospechar que algun sentimiento doloroso le agitaba. Miraba con frecuencia ardientemente hácia el sol, y su voz se detenia en medio de su discurso; solia á veces cuando estábamos solos mirarme en silencio, con el aire de un hombre que difiere comunicar aquello que aun está resuelto á contener. Otras veces enviaba por mí con vehementes órdenes de aceleramiento, aunque cuando llegaba á su habitacion no tenia nada de estraordinario que decirme, y frecuentemente cuando yo iba á dejarlo me volvia á llamar, se detenia pensativo algunos momentos, y luego me despedia.»

CAPITULO XL.

El astrónomo descubre la causa de su inquietud.

«Por fin llegó el tiempo en que el secreto rompió su reserva. La noche pasada estábamos juntos sentados en la torrecilla de su casa observando la emersion de un satélite de Júpiter, cuando una súbita tempestad cubriendo de nubes el cielo trastornó nuestra observacion. Nos sentamos silenciosos por algun tiempo en la oscuridad, y luego me dirigió las siguientes palabras:

—Imlac, hace largo tiempo que considero tu amistad como el mas grande beneficio de mi vida. La integridad sin el saber es débil é inútil, y los talentos sin integridad son peligrosos y temibles. He encontrado en tí todas las cualidades necesarias á la confianza; esperiencia, fortaleza y benevolencia: he desempeñado por largo tiempo un cargo que debo dejar pronto al reclamo de la naturaleza, y me regocijaré en la hora de la imbecilidad y el dolor si lo resigno en tus manos.

»Este testimonio de confianza me lisonjeó en sumo grado, y le protesté que cualquiera cosa que pudiera conducir á su felicidad, contribuiria del mismo modo á la mia.

—Oye pues, añadió, lo que no podrás creer sin dificultad. Yo he poseido por cinco años el arreglo del tiempo y la distribucion de las estaciones. El sol ha oido con deferencia mis mandatos y pasado de trópico en trópico por mi direccion; las nubes han ar-

Ayuntamiento de Madrid

rojado sus aguas á mi llamamiento, y el Nilo ha salido de madre á mis órdenes; he contenido la rabia de la estrella del Perro (1) y mitigado los ardores del cangrejo (2). De todos los poderes elementales, solo los vientos han rehusado hasta ahora obedecer mi autoridad, y multitudes han perecido por tempestades equinocciales que no puedo prohibir ó contener. He administrado este gran destino con exacta justicia y hecho un imparcial dividendo de la lluvia y del sol á las diferentes naciones de la tierra. ¿Cuál hubiera sido la miseria de la mitad del globo si yo hubiese limitado las nubes á particulares regiones, ó confinado el sol á cualquiera lado del ecuador?

CAPITULO XLI.

El astrónomo esplica y justifica su opinion.

«Yo supongo que él descubrió en mí, á pesar de la oscuridad del cuarto, algunas señales de duda y asombro, porque despues de una pequeña pausa prosiguió así:

«El no ser fácilmente creido, ni me ofende, ni me causa sorpresa, porque probablemente yo soy el primero de todos los seres humanos á quien ha sido confiado este gran encargo. Ni sé yo si juzgue esta distincion como una recompensa ó como un castigo; desde que la poseo he sido infinitamente menos feliz que antes, y nada sino el convencimiento de mi buena intencion me hubiera podido hacer capaz de soportar el cansancio de una vigilancia continua.

—¿Cuánto tiempo hace, le dije, que poseeis este gran empleo?

—Hace cerca de diez años, replicó, que mis diarias observaciones de las mudanzas de la atmósfera me indujeron á considerar que si yo tuviera el poder de las estaciones podria esparcir una mas grande abundancia sobre los habitantes de la tierra.» Esta contemplacion se gravó en mi entendimiento, y pasaba los dias y las noches en imaginario dominio, derramando ya sobre este, ya sobre aquel pais las lluvias de la fertilidad, y secundando cada dia de ellas como una debida proporcion de solana. Empero aun no tenia sino la voluntad de hacer bien, y no imaginaba que pudiese tener nunca el poder de ejecutarlo.

»Como estuviese un dia observando los campos marchitos por el calor, sentí en mi mente un deseo súbito de poder enviar lluvias á las montañas del Sud, y levantar el Nilo á una inundacion. En el primer ímpetu de mi deseo ordené á la lluvia que cayese, y comparando el tiempo de la inundacion con el de mi mandato, conocí que las nubes habian obedecido mis preceptos.

—¿Y no pudo alguna otra causa producir esta coincidencia? ¿No crece siempre el Nilo en el mismo dia?

—No creais, respondió con impaciencia, que tales objeciones pudieran escapárseme: al contrario, raciociné largo tiempo contra mi propia conviccion, y trabajé obstinadamente contra la verdad. Algunas veces me tenia por loco, y no me habria atrevido á comunicar este secreto sino á un hombre como vos, capaz de distinguir lo maravilloso de lo imposible y lo increible de lo falso.

—¿Porqué creis, pues, imposible lo que sabeis es verdadero?

—Porque no puedo probarlo con ninguna evidencia esterior, y yo conozco demasiado las leyes de la demostracion, para creer que mi convencimiento deba influir en otro que no pueda como yo conocer su fuerza. Por esta razon no intentaré acreditarla por la disputa. Es suficiente que yo sienta este poder que he poseido por largo tiempo, y ejercitádolo todos los dias. Pero la vida del hombre es corta: las enfermedades de la vejez se acumulan sobre mí, y pronto llegará el dia en que el regulador del año deba mezclarse con el polvo. El cuidado de señalar mi sucesor me ha inquietado por mucho tiempo; pasaba los dias y las noches comparando los diversos caractéres que habian venido á mi conocimiento, y no he encontrado ninguno tan digno como tú.»

(1) Lo mismo que canicular.
(2) Lo mismo que cáncer.

Ayuntamiento de Madrid

CAPÍTULO XLII.

Deja el astrónomo sus direcciones á Imlac.

»Oye pues, continuó, lo que te diga con la atencion que requiere la felicidad de un mundo. Si la tarea de un rey que tiene solamente á su cuidado algunos millones de hombres es considerada como dificil, ¡cuál debe ser la angustia de aquel de quien depende la accion de los elementos y los grandes dones de la luz y el calor! Oyeme pues con atencion:

»He considerado diligentemente la posicion de la tierra y del sol, y formado innumerables planes, variando mas ó menos su situacion. Algunas veces he vuelto á un lado el eje de la tierra, y no pocas he variado la eclíptica del sol; pero he hallado que es imposible hacer una disposicion por la cual tuviera el mundo mas ventajas: lo que gana una region lo pierde otra por una alteracion imaginable, aun sin considerar las partes distantes del sistema solar de que no tenemos conocimiento. No lisonjees tu orgullo con alguna innovacion en tu reparto del año, ni te alucines pensando que el trastornar las estaciones te hará famoso en las futuras edades.

»Yo le prometí que cuando poseyese aquel poder usaria de él con inflexible integridad; y entonces me despidió estrechándome la mano.

«Mi corazon, dijo, estará ahora en reposo, y mi filantropía no destruirá en adelante mi quietud. He hallado por fin un hombre de saber y honradez al que puedo dejar alegremente la herencia del sol.»

El príncipe oyó esta relacion con muy serias miradas; pero la princesa se sonrió, y

Pekuah se rió hasta el estremo de caer convulsa.

«Señoras, esclamó Imlac, el burlarse de la mas grave de las aflicciones humanas se opone á la vez á la caridad y á la sabiduría. Pocos llegan al saber de este hombre, y poquísimos practican sus virtudes; pero todos pueden padecer su calamidad. De las incertidumbres de nuestro estado presente, la mas temible y alarmante es la incierta continuacion de la razon.»

La princesa se contuvo, y la favorita se avergonzó de su proceder. Rasselas, mas profundamente afectado, preguntó á Imlac si aquellas enfermedades de la imaginacion eran frecuentes y cómo se contraian.

CAPÍTULO XLIII.

Peligro del predominio de la imaginacion.

«Los desórdenes intelectuales, contestó el poeta, suceden mucho mas á menudo que lo que creen los observadores superficiales; y si hablamos con rigorosa exactitud, quizá ningun entendimiento esté en su estado recto. No hay ningun hombre cuya imaginacion no predomine algunas veces sobre su entendimiento, que pueda regular totalmente su atencion por su voluntad, y cuyas ideas vayan y vengan á su mandato. No se hallará uno solo cuyo espíritu no tiranicen algunas veces nociones aéreas que les fuercen á esperar ó temer mucho mas allá de los límites de una moderada probabilidad. Todo poder de la fantasía sobre la razon es un grado de insensatez; pero mientras que este poder es tal que podamos contenerlo ó reprimirlo, no es visible á los otros, ni considerado como una depravacion total de las fuerzas mentales: no es una locura pronunciada, mientras no se hace ingobernable é influye aparentemente en el habla ó accion.

»Favorecer el poder de la ficcion y vagar en laberintos ideales, es á menudo el recreo de los que se deleitan demasiado en solitarias especulaciones. Cuando estamos solos, no siempre podemos estar ocupados; el trabajo de la invencion es demasiado violento

Ayuntamiento de Madrid

para poder durar mucho, y el ardor de las pesquisas da muchas veces lugar á la ociosidad ó saciedad. El que no tiene nada esterno que lo pueda divertir, debe hallar placer en sus propios pensamientos, y debe concebir que no es nada; porque ¿quién se complace con lo que es? Entonces se espacia en el ilimitado porvenir, escoge de todas las condiciones imaginables aquella que por el momento desea mas, divierte sus deseos con goces imposibles, y confiere á su orgullo un dominio aun mas absurdo. El entendimiento vaga de escena en escena, une todos los placeres en todas las combinaciones, y nada en deleites que la naturaleza y la fortuna con toda su bondad no pueden proporcionar.

»Andando el tiempo, alguna serie particular de ideas fija la atencion; todos los otros goces intelectuales se desprecian: el entendimiento, cansado ó en reposo, recurre constantemente á su concepcion favorita, y se complace en el error cada vez que lo aflige la amargura de la verdad. El imperio de la fantasía se afirma gradualmente; desde luego se hace imperioso, y en seguida despótico. Luego las ficciones empiezan á obrar como realidades, las opiniones falsas se afirman en el entendimiento, y la vida pasa en sueños de júbilo ó angustia.

»Este es, señor, uno de los peligros de la soledad, que segun la confesion del eremita, ofrece raras veces la dicha, y la miseria del astrónomo ha probado que no siempre es propicia á la sabiduría.

—Ya no me imaginaré mas, dijo la favorita, que soy reina de Abysinia. Frecuentemente he empleado las horas que la princesa dejaba á mi disposicion en crear ceremonias y arreglar la corte; he reprimido el orgullo de los poderosos, y favorecido las peticiones de los pobres; he hecho edificar nuevos palacios en mas bellas situaciones, plantar alamedas sobre la cúspide de las montañas, y me he arrobado de tal modo en la beneficencia real, que al entrar la princesa casi he olvidado hacerle la acostumbrada reverencia.

—Y yo, añadió la princesa, no volveré á creerme pastora en mis sueños. He lisonjeado á menudo mis pensamientos con la quietud é inocencia de las obligaciones pastoriles, hasta el punto de oir en mi habitacion el silbido de los vientos y el balar de las ovejas. Muchas veces he libertado al corderillo enredado en la floresta, y no pocas he ido con mi cayado al encuentro del lobo. Tengo un vestido semejante al de las doncellas de la aldea, que me pongo para ayudar mi imaginacion, y un caramillo que toco blandamente, y me supongo seguida de mis rebaños.

—Yo confesaré, dijo á su vez el príncipe, un deleite fantástico que me he permitido mucho mas peligroso que los vuestros. Con frecuencia me he esforzado en imaginar la posibilidad de un gobierno perfecto por medio del cual se contuvieran todos los crímenes, los vicios se reformaran, y todos los vasallos viviesen tranquilos é inocentes. Este pensamiento producia innumerables planes de reforma, y dictaba una multitud de arreglos útiles y saludables edictos. Hé aquí el recreo y á veces el trabajo de mi soledad; y me horrorizo cuando pienso con qué poco dolor suponia la muerte de mi padre y hermanos.

—Tales son, observó Imlac, los efectos de las perspectivas visionarias: cuando las formamos por primera vez, conocemos su absurdidad; pero por grados nos familiarizamos con ellas, y con el tiempo perdemos de vista su locura.

CAPÍTULO XLIV.

Discurren nuestros viajeros con un anciano.

Ya hacia largo rato que habia anochecido, y se levantaron para volver á casa. Caminaban á lo largo de las orillas del Nilo, divertidos con los rayos de la luna que temblaban en las aguas, cuando vieron á corta distancia un anciano á quien el príncipe habia oido á menudo en la asamblea de los sabios.

«Alli adelante, dijo, está uno cuyos años han calmado sus pasiones, pero no han oscurecido su razon. Terminemos las discu-

Ayuntamiento de Madrid

siones de esta noche, inquiriendo cuáles son sus sentimientos con respecto á su estado, para que sepamos si la juventud es solamente para luchar con los pesares, y si queda alguna esperanza mejor para la última parte de la vida.»

En este momento se acercó el sabio y les

saludó. Ellos le invitaron á reunirse en su paseo, y charlaron algun tiempo como conocidos que se habian encontrado inesperadamente. El anciano era alegre y gárrulo, y el camino les pareció corto en su compañía. Complacido al verse tratado con atencion, les acompañó á su casa, y á ruego del príncipe entró con ellos. Le colocaron en el sitio de honor, y le brindaron con vino y conservas.

«Señor, le dijo la princesa, un paseo por la tarde debe ofrecer á un sabio como vos placeres que la ignorancia ó la juventud pueden dificilmente concebir. Vos conoceis las cualidades y las causas de todo lo que se presenta á vuestra vista; las leyes por que el rio corre, y los períodos en que ejecutan los planetas sus revoluciones. Cada cosa debe suministraros objetos de contemplacion, y renovaros la conciencia de vuestra propia dignidad.

—Señora, respondió el anciano, que esperen placer de sus escursiones los alegres y los vigorosos: á la vejez le es suficiente encontrar quietud. Para mí ha perdido el mundo su novedad; miro al rededor mio, y me acuerdo de lo que he visto en mas felices dias: descanso apoyado en un árbol, y considero que bajo la misma sombra disputé una vez sobre la inundacion anual del Nilo con un amigo que ahora reposa en el silencio de la tumba. Dirijo mis ojos al cielo, los fijo en la mudable luna, y pienso con dolor en las vicisitudes de la vida. He cesado de hallar placer en la verdad física; porque ¿qué tengo que hacer yo con unas cosas que tan pronto debo dejar?

—Al menos, señor, dijo Imlac, podeis recrearos con los recuerdos de una vida honrosa y útil, y gozar de las alabanzas que se os darán unánimemente.

—La alabanza, amigo mio, es para los viejos un vano sonido. Yo no tengo ni madre que se deleite con la reputacion de su hijo, ni una esposa que participe de los honores de su marido. He sobrevivido á mis amigos y rivales, y nada me es ya de mucha importancia, porque no puedo estender mi interés mas allá de mí mismo. La juventud se deleita con el aplauso, porque este está considerado como la señal de algun bien futuro, y porque entonces la perspectiva de la vida se estiende hácia lo lejos; pero para mí, que camino á la decrepitud, hay muy poco que temer de la malevolencia de los hombres, y mucho menos que esperar de su afecto y estimacion. Aun me pueden quitar algo, pero no darme nada, pues las riquezas me son inútiles y penosos los altos empleos. La reflexion de mi vida me trae á la memoria muchas ocasiones de hacer bien descuidadas, mucho tiempo gastado en bagatelas, y mucho mas aun perdido en la ociosidad é inaccion. Dejo sin intentar una multitud de designios grandes, y muchas grandes empresas sin darles fin. Mi mente no está cargada con el peso del crímen, por lo que estoy tranquilo; me esfuerzo en abstraer mis pensamientos de las esperanzas y temores, que aun cuando la razon conoce que son vanos, tratan aun de conservar su antiguo dominio en mi corazon. Espero con serena humildad aquella hora que no puede diferir por mucho tiempo la naturaleza, y tengo esperanzas de poseer en un estado mejor aquella felicidad que no puedo hallar aqui, y aquella virtud que no he podido alcanzar.»

Al acabar estas palabras se levantó, y se fue dejando á su auditorio no muy engreido con la esperanza de una larga vida. El príncipe se consoló observando que no era racional desanimarse por aquella relacion, pues-

Ayuntamiento de Madrid

to que la vejéz no ha sido nunca considerada como la estacion de la felicidad; y que si era posible estar tranquilo en aquella edad, lo era tambien que los dias de vigor y alegría fueran felices: que si el medio dia de la vida era brillante, la tarde seria tranquila.

La princesa opinaba que la vejez es querellosa y maligna, y se complace en reprimir las esperanzas de los que empiezan á vivir. Añadia que habia visto los poseedores de los estados mirar con envidia á sus herederos, y conocido muchos que no gozaban del placer desde que no lo podian confinar en sí mismos.

Pekuah conjeturó que el hombre era mas viejo de lo que parecia. Imputaba sus quejas á una melancolía delirante, ó bién suponia que habria sido desgraciado, y que por esta razon estaba descontento; porque segun ella, nada era mas comun que llamar uno su propia condicion la condicion de la vida.

Imlac se sonrió al oir los consuelos que tan prontamente se procuraban, y trajo á la memoria que en aquella edad confiaba del mismo modo en la dicha y era igualmente fecundo en espedientes consolatorios. Con todo se abstuvo de comunicarles un desagradable desengaño, que por otra parte el tiempo por sí mismo les haria conocer demasiado pronto. La princesa y su doncella se retiraron, la locura del astrónomo ocupaba su imaginacion, y deseaban que Imlac tomase posesion de su oficio y retardase la siguiente mañana la salida del sol.

CAPÍTUTO XLV.

Visitan al astrónomo la princesa y Pekuah.

Habiendo la princesa y su favorita discurrido entre sí sobre el astrónomo de Imlac, encontraron su carácter tan estraño y amable á la vez, que no podian satisfacerse sin un conocimiento mas inmediato. En consecuencia rogaron á Imlac que tentase todos los medios posibles para llevarlas allá.

Esto era algo difícil, pues aquel sabio nunca habia recibido visita de muger alguna, á pesar de vivir en una ciudad que encerraba muchos europeos, que seguian las costumbres de sus respectivos paises, y muchos de otras partes del mundo que vivian alli con europea libertad. Las señoras no querian pasar por el desaire de no ser admitidas, y diversos planes fueron propuestos para facilitar el cumplimiento de su designio. El primero de ellos fue introducirlas como estrangeras desgraciadas, para quienes el sabio era siempre accesible; pero despues de alguna deliberacion convinieron que por medio de este artificio no podia formarse ningun conocimiento, porque su conversacion debia ser corta, y no podian decentemente importunarle á menudo.

—Esto es cierto, dijo Rasselas; pero aun tengo una objecion mas fuerte contra el disfraz de vuestro estado. Siempre he considerado como una traicion contra la gran república de la naturaleza humana el sacar partido de las virtudes de cualquiera hombre para engañarle, ya sea en las pequeñas, ya en las grandes ocasiones. Toda impostura debilita la confianza y entibia la benevolencia. Cuando el sabio conozca que no sois lo que pareceis, sentirá aquel resentimiento natural en un hombre que, poseedor de grandes talentos, descubre que ha sido engañado por entendimientos mucho mas pequeños que el suyo, y quizá la desconfianza, que nunca podrá enteramente desechar, puede detener la voz del consejo y cerrar la mano de la caridad; ¿y cómo podreis entonces indemnizar al énero humano de sus beneficios y devolver al sabio su paz anterior?»

Nadie replicó á tan concluyentes razones, Imlac empezó á esperar que su curiosidad cederia; pero el dia siguiente le dijo Pekuah que habia encontrado un pretesto plausible para visitar al astrónomo, porque solicitaria permiso para continuar bajo su direccion los estudios en que habia sido iniciada por el árabe, y que la princesa iria con ella, bien como compañera en el estudio, ó ya porque una muger no podia ir sola decentemente.

«Temo, dijo Imlac, que se canse pronto de vuestra compañía: los hombres muy adelantados en los conocimientos no gustan de repetir los elementos de su arte, y no estoy

Ayuntamiento de Madrid

seguro de que seais una oyente capaz ni aun de ellos, si os lo presenta mezclados con indiferencias y reflexiones.

—Esto es de mi incumbencia, contestó Pekuah; yo solamente os pido que me lleveis allá. Mis conocimientos son quizá mas grandes que lo que imaginais; y asintiendo siempre á sus opiniones, haré que él las crea mas estensas de lo que son en realidad.»

En cumplimiento de esta resolucion, se le dijo al astrónomo que una señora estrangera que viajaba en busca de la sabiduría habiendo oido su reputacion deseaba ser su discípula. Lo poco comun de tal proposicion escitó á la vez su sorpresa y su curiosidad; y cuando despues de una corta duda consintió en admitirla, no pudo esperar sin impaciencia al siguiente dia.

Las señoras se ataviaron magníficamente, y fueron conducidas por Imlac á casa del astrónomo, que se complació en estremo al verse saludado con respeto por personas de tan espléndida apariencia. En el cambio de los primeros cumplimientos estuvo como temeroso y avergonzado; pero luego que se

generalizó la conversacion, reasumió sus poderes, y justificó la alta idea que les habia hecho concebir Imlac. Preguntando en seguida á Pekuah qué causas la habian podido inclinar á la astronomía, recibió de ella una historia de su aventura en la pirámide, y del tiempo que habia pasado en la isla del árabe. Hizo su relacion con facilidad y elegancia, y su afluencia le captó el cariño de nuestro filósofo. El discurso giró entonces sobre la astronomía: Pekuah desplegó todos sus conocimientos, y el astrónomo, mirándola como un prodigio de talento, la instó á que no desistiese de un estudio empezado tan felizmente.

Volvieron repetidas veces, y cada dia eran mejor recibidos que el anterior, esforzándose el sabio en divertirlos para que prolongasen sus visitas, porque sus pensamientos eran mas brillantes en su compañía. Las nubes de la soledad se desvanecian por grados cuando se esforzaba en entretenerlos, y se sumergia de nuevo en la tristeza cuando la partida de sus amigos lo reducia á su antiguo empleo de regular las estaciones.

La princesa y su favorita habian puesto atencion á sus palabras durante varios meses, y no habian oido ni una sola por donde pudieran juzgar si persistia ó no en la creencia de su comision preternatural. Muy á menudo ponian en práctica mil invenciones para atraerle á una franca declaracion; pero él eludia fácilmente todos sus ataques, y por cualquier lado que le estrechasen, se les escapaba hácia otro asunto cualquiera.

Como iba creciendo su mutua confianza, le invitaban frecuentemente á la casa de Imlac, donde le distinguian con un respeto es-

Ayuntamiento de Madrid

traordinario. De este modo empezó gradualmente á deleitarse en placeres sublunarios; venia temprano y se retiraba lo mas tarde posible; se esforzaba en parecer amable con su asiduidad y rendimiento; escitaba su curiósidad tras nuevas artes para que necesitaran de su asistencia; y cuando hacian alguna escursion de placer ó de cualquiera otro género, se empeñaba en acompañarlos.

El príncipe y su hermana estaban plenamente convencidos por la larga esperiencia que tenian de su saber é integridad que podian confiar en él sin peligro; y teniendo por otra parte que alimentarse algunas esperanzas falsas por las civilidades que recibia, le descubrieron su clase y los motivos de su viaje, pidiéndole sus consejos sobre *la eleccion de vida*.

«Yo no puedo indicaros, respondió, la condicion que debeis preferir de tantas como os presenta el mundo; y solo os puedo decir que yo he escogido mal. He pasado mi vida estudiando sin esperiencia para obtener el conocimiento de unas ciencias, que por la mayor parte no pueden sino muy remotamente ser útiles al género humano. He adquirido, es verdad, alguna sabiduría, pero á costa de los consuelos mas comunes de la vida: he carecido de la tierna amistad de una muger, y del feliz comercio de la ternura doméstica. Si he obtenido algunas prerogativas sobre otros estudiantes, han sido acompañadas con temor, inquietud y escrúpulos; pero cualesquiera que puedan ser estas prerogativas, he empezado á dudar de su realidad desde que han sido diversificados mis pensamientos por alguna comunicacion con el mundo. Cuando me entrego por pocos dias á alguna disipacion agradable, estoy siempre inclinado á creer que mis pesquisas me han conducido al error, y que todos mi sacrificios y sufrimientos han sido vanos.»

Imlac se complacia en ver que el entendimiento de su amigo iba rompiendo la espesa niebla que le circundaba, y resolvió impedirle observar los planetas hasta que olvidase la tarea de arreglarlos y recobrase la razon su original influencia.

Desde este tiempo fue recibido el astrónomo en amistad familiar, y participó de todos sus proyectos y placeres. Su respeto le hacia estar siempre atento, y la actividad de Rasselas no dejaba mucho tiempo desocupado. Siempre habia algo que hacer: el dia se empleaba en observaciones que suministraban conversacion para la noche, y esta se terminaba con algun proyecto para la siguiente mañana.

El sabio confesó á Imlac que desde que se habia mezclado en los alegres tumultos de la vida, y dividido sus horas por una sucesion de distracciones, conocia que iba desapareciendo gradualmente de su imaginacion el convencimiento de su autoridad sobre el firmamento; y empezaba á confiar menos en una opinion que no podia probar á los otros y que conocia ademas estar sujeta á variaciones en que no tenia parte la razon. «Si accidentalmente me quedo solo por algunas horas, añadia, mi inveterada persuasion se eleva en mi alma, y mis pensamientos estan como encadenados por una violencia irresistible; pero con la conversacion del príncipe se desenredan muy pronto, y al aparecer Pekuah quedan instantáneamente libres. Yo soy como un hombre habitualmente temeroso de los espectros, que se encuentra á sus anchuras con una lámpara, y se maravilla del temor que le perseguia en la oscuridad; pero si la lámpara se apaga, siente otra vez aquellos terrores que sabe que teniendo luz no le molestarán. Pero algunas veces me amedrenta la idea de que favorezco mi quietud por una negligencia criminal, y el olvido voluntario del gran cargo que se me ha confiado. Si persisto en un error conocido, ó determino como mas convenga á mi felicidad esta dudosa cuestion de tanta importancia, ¡cuán temible es mi crímen!

—Ninguna enfermedad de la imaginacion, replicó Imlac, es tan dificil de curar como la que está complicada con el temor del delito· la fantasía y la conciencia obran entonces alternativamente sobre nosotros, y truecan tan á menudo sus lugares, que las ilusiones de la una no se distinguen de los dictados de la otra. Si la fantasía no presenta imá-

Ayuntamiento de Madrid

genes morales ó religiosas, el entendimiento las destierra cuando le causan pena; pero cuando las nociones melancólicas toman la forma del deber, se apoderan sin oposicion de todas sus facultades, porque tememos escluirlas ó desterrarlas. Por esta razon los supersticiosos son á menudo melancólicos, y los melancólicos casi siempre supersticiosos.

—Pero no permitais que sobrepujen sobre vuestra razon las sugestiones de la timidez: el peligro del descuido no puede ser sino como la probabilidad de la obligacion, y cuando considerais esta con libertad, veis que es muy pequeña, y que se hace aun mas insignificante cada dia. Abrid pues vuestro corazon á la influencia de la luz que de cuando en cuando refleja en él: cuando os importunen aquellos escrúpulos que conoceis son vanos en vuestros lucidos intervalos, no os detengais, volad á alguna ocupacion ó hácia Pekuah, y tened siempre presente que solo sois un átomo de la gran masa de la humanidad, y que no teneis ni tales virtudes ni tales vicios que os merezcan ser señalados con favores ó aflicciones sobrenaturales.»

CAPITULO XLVI.

Entra el príncipe y trae un nuevo asunto.

«Con frecuencia he meditado en todo esto, amigo mio, contestó el astrónomo; pero mi razon ha estado tan largo tiempo subyugada por una idea incontrastable y dominante, que no me atrevia á confiar en sus propias decisiones. Ahora veo cuán fatalmente destruí mi quietud permitiendo que se apoderasen de mí estas quimeras; pero la melancolía huye de la comunicacion, y ademas nunca encontraba un hombre á quien pudiera participar mis cuitas, aunque hubiese estado cierto de su alivio. Me regocijo al ver mis propios sentimientos confirmados por los vuestros, que no pueden ser engañados fácilmente, ni pueden tener motivo ni proyecto de engañar. Yo espero que el tiempo y la variedad disiparán la niebla que me ha rodeado por tanto tiempo, y que la última parte de mi vida pasará en paz.

—Vuestro talento y virtudes, señor, pueden justamente infundiros esperanzas de ello.»

En este momento entró Rasselas con la princesa y Pekuah, y les preguntó si habian ya discurrido alguna nueva diversion para el dia inmediato. «Tal es, dijo Nekayah, la condicion de la vida, que ninguno es feliz sino con la anticipacion de la mudanza: la variedad en sí misma es nada, y cuando hemos variado, el primer deseo es variar otra vez. El mundo no está aun agotado; y asi os ruego me enseñeis mañana alguna cosa que me sea desconocida.

—La variedad es tan necesaria al contento, añadió el príncipe, que el mismo Valle feliz me disgustó con la repeticion de sus bellezas: sin embargo, no pude prescindir de reprochármelo con impaciencia cuando ví los monges de san Antonio soportar sin quejas una vida, no de uniforme deleite, sino de una continua penalidad.

—Aquellos hombres, replicó Imlac, son menos infelices en su silencioso convento que los príncipes abisinios en su prision de placeres. Cualquiera cosa que hagan los monges la incita algun motivo adecuado y racional. Su trabajo les proporciona las cosas necesarias á la vida, por cuya razon no pueden omitirlo, y reciben una recompensa cierta. Su devocion les prepara para otro estado, recordándoles su proximidad mientras que les acostumbra á él. Su tiempo está distribuido con regularidad, un deber sucede al otro, y asi es que nunca queda abierto á la distraccion de una eleccion sin guia, ni perdido á la sombra de una indiferente inactividad. Hay cierta tarea señalada que

debe desempeñarse á una hora conveniente;

Ayuntamiento de Madrid

y sus faenas son alegres, porque las consideran como actos de piedad, por los cuales siempre van adelantando hácia una felicidad interminable.

—¿Pensais acaso, esclamó la princesa, que la regla monástica sea un estado mas santo y menos imperfecto que cualquiera otro? ¿No puede igualmente esperar la felicidad futura quien comunique abiertamente con el género humano, quien socorra los desgraciados con su caridad, instruya con su sabiduría los ignorantes, y contribuya con su industria al general sistema de la vida, aunque omita alguna de las mortificaciones que se practican en el claustro, y se permita aquellos deleites sencillos que tenga á su alcance por su posicion?

—Esta es una cuestion, gran princesa, que ha dividido por largo tiempo á los sabios, y tenido á los buenos en continua perplejidad: por consiguiente temo decidirla. El que vive bien en el mundo, es mejor que el que vive bien en un monasterio; pero quizá nadie es capaz de resistir á las tentaciones de la vida pública, y si no se puede vencer, al menos puede uno prudentemente retirarse. Algunos tienen poco poder para hacer bien, y del mismo modo poca fuerza para resistir al mal. Muchos estan fatigados de sus combates con la adversidad, y desean arrojar de sí aquellas pasiones que los han ocupado en vano por largo tiempo; y otros estan dispensados por la edad y las enfermedades de los mas laboriosos deberes de la sociedad. En el monasterio encuentran un abrigo los débiles y tímidos; los cansados pueden reposar y los penitentes entregarse á la meditacion. Aquellos retiros de contemplacion y plegarias tienen algo tan congenial con el entendimiento de los hombres, que quizá no hay uno que no haya proyectado alguna vez encerrarse en piadosa abstraccion con algunos compañeros que se le asemejasen.

—Tal ha sido no pocas veces mi deseo, dijo Pekuah, y he oido declarar á la princesa que no moriria contenta en el bullicio del mundo.

—La libertad de usar de los placeres sencillos, prosiguió Imlac, no puede ser disputada; pero aun nos queda que examinar cuáles son estos placeres. El mal de cualquiera placer que pueda imaginar Nekayah, no está en el acto mismo, sino en sus consecuencias. El placer sencillo en sí mismo puede hacerse perjudicial, encareciéndonos un estado que sabemos es transitorio, y alejando nuestros pensamientos de aquel á cuyo principio nos acercamos incesantemente, y á cuyo fin no llegaremos nunca por mas tiempo que trascurra. La mortificacion no es virtuosa en sí misma, ni sirve sino para desenredarnos de los halagos de los sentidos. En el estado de futura perfeccion á que todos aspiramos, habrá placeres sin peligro y seguridad sin sujecion.»

La princesa estaba silenciosa, y Rasselas, volviéndose al astrónomo, le preguntó si no podia retardar su partida enseñándole alguna cosa nueva.

«Vuestra curiosidad, señor, ha sido tan general y vuestras pesquisas tan vigorosas, que en la actualidad no es muy fácil hallar novedades; pero lo que ya no podeis procuraros de los vivos, puede que os lo den los muertos. Entre las maravillas de este pais, estan las catacumbas ó antiguos repositorios en que descansan los cuerpos de las primeras generaciones, permaneciendo aun incorruptos por la virtud de las gomas con que fueron embalsamados.

—Yo no comprendo, dijo el príncipe, qué placer puede ofrecer la vista de las catacumbas; pero como no se presenta otra cosa, estoy resuelto á visitarlas, y agregaré esta á las muchas cosas que he hecho, porque tenia necesidad de hacer algo.»

Tomaron en consecuencia una guardia de soldados de á caballo, y el siguiente dia se dirigieron á las catacumbas. Cuando iban ya á descender á las cavidades subterráneas, dijo la princesa á Pekuah:

«Ahora invadimos por segunda vez las habitaciones de los muertos, y ya veo que no quieres pasar adelante: ¡ojalá te halle salva cuando vuelva!

—De ningun modo me quedaré, respondió la favorita; bajaré, sí, entre vos y el príncipe.»

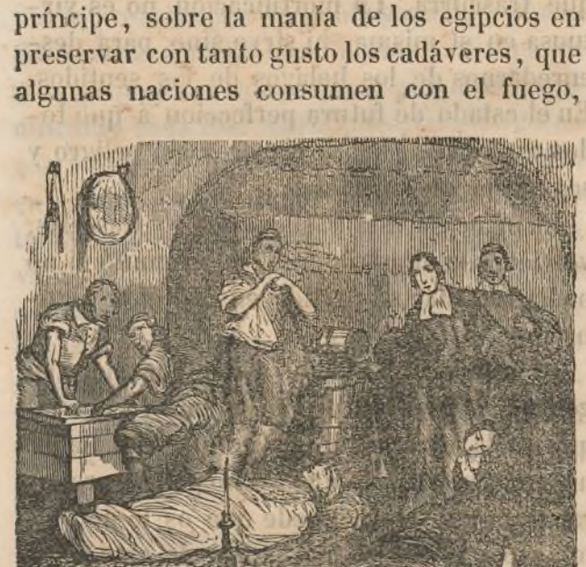
Ayuntamiento de Madrid

Entonces bajaron todos, y vagaron con asombro por medio de los laberintos de pasajes subterráneos, en los cuales estan los cadáveres colocados en hileras en todas direcciones.

CAPÍTULO XLVII.

Discurre Imlac sobre la naturaleza del alma.

«¿Qué esplicacion puede darse, dijo el príncipe, sobre la manía de los egipcios en preservar con tanto gusto los cadáveres, que algunas naciones consumen con el fuego,



otras los deponen en la tierra, y todos convienen en quitarlos de su vista tan pronto como son ejecutadas las convenientes ceremonias?

—El orígen de las costumbres antiguas, contestó Imlac, es comunmente desconocido, porque á menudo continúa la práctica, cuando ya ha cesado la causa que la movió; y por lo que hace á las ceremonias supersticiosas, es inútil conjeturar, porque lo que la razon no ha dictado, no lo puede esplicar la misma. Yo he creido por mucho tiempo que la costumbre de embalsamar nacia solo de la ternura de los parientes y amigos; y estoy tanto mas inclinado á esta opinion, cuanto parece imposible que este cuidado haya sido general. Si todos los muertos hubieran sido embalsamados, sus repositorios habrian sido con el tiempo mucho mas espaciosos que las moradas de los vivos; por lo que supongo que solo las personas ricas y distinguidas eran libertadas de la corrupcion y el resto seguia el curso de la naturaleza.

—Pero se supone comunmente que los egipcios tenian la creencia de que el alma vivia tanto como permanecia el cuerpo sin disolverse, por cuya razon empleaban este método para eludir en algun modo la muerte.

—¿Pero cómo podian los sabios egipcios, dijo Nekayah, pensar tan groseramente del alma? Si esta sobrevivia en el principio de su separacion, ¿qué podia despues sufrir ó recibir del cuerpo?

—Los egipcios, observó el astrónomo, pensaban sin duda erróneamente en la oscuridad del gentilismo y en el primer albor de la filosofia. La naturaleza del alma aun es disputada en medio de nuestras mas sabias reuniones; y todavía sostienen algunos que puede ser material á pesar de que la creen inmortal.

—Efectivamente, contestó Imlac, algunos han dicho que el alma es material; pero apenas puedo creer que ningun hombre lo haya pensado, por poco que conociera el arte del raciocinio, porque todas las conclusiones de la razon corroboran la inmaterialidad del entendimiento, y todas las noticias de los sentidos é investigaciones de la ciencia concurren á probar de un modo evidente que la materia no es pensadora.

—Nunca se ha supuesto que el pensamiento es inherente á la materia, ó que cada partícula sea un ser pensador. Ademas, si cualquiera parte de la materia está destituida de ideas, ¿cuál de ellas podemos suponer que piense? La materia solo puede diferir de otra materia en forma, densidad, bulto, movimiento y direccion de movimiento: ¿á cuál de estas cosas ya discordes, ya combinadas, puede estar anejo el pensamiento? Ser redondo ó cuadrado; sólido ó flúido, grande ó pequeño; moverse lenta ó rápidamente hácia un lado ó á otro, son modos de mera existencia material, todos igualmente agenos de la naturaleza del pensamiento. Si la materia no pensaba al principio, solo se pudo hacerla pensar por alguna nueva modificacion; pero todas las modificaciones que

Ayuntamiento de Madrid

puede admitir son igualmente inconexas con los poderes pensadores.

—Pero los materialistas, dijo el astrónomo, observan que la materia puede tener cualidades que no conocemos.

—El que determina contra lo que conoce, porque puede haber algo que no conozca; el que establezca la hipotética posibilidad contra la certeza conocida, no debe ser admitido entre los seres racionales. Todo lo que conocemos de la materia es que es inerte, insensible é inanimada; y si esta conviccion no puede combatirse sino refiriéndonos á cosas que nos son absolutamente desconocidas, tenemos toda la evidencia de que es capaz el entendimiento humano. Mas si lo conocido puede ser dominado por lo desconocido, ningun ser, ningun sabio podrá llegar jamás á lo cierto (1).

—Pero no limitemos con tanta arrogancia el poder del Criador, dijo el astrónomo.

—El suponer que una cosa no es consistente con otra; que la misma proposicion no puede ser á la vez verdadera y falsa; que el mismo número no puede ser par é impar, y que el pensamiento no puede ser conferido á aquello que ha sido creado incapaz de pensamiento, no creo que sea limitar la omnipotencia.

—Yo no sé, dijo Nekayah, qué uso hacer de esta cuestion. Decidme pues: esa inmaterialidad, que en mi concepto habeis probado suficientemente, ¿incluye tambien la duracion eterna?

—Nuestras ideas son negativas en las cosas inmateriales, y por consiguiente oscuras. La inmaterialidad parece implicar un poder natural de perpetua duracion, como una consecuencia de la exencion de toda causa de decadencia: todo lo que perece es destruido por la disolucion de sus órganos y la separacion de sus partes; por cuya razon no podemos concebir que sea naturalmente corrupto ó deshecho lo que carece de partes, y por consiguiente no admite disolucion.

—Yo no sé cómo concebir ninguna cosa sin estension, esclamó el príncipe; lo que es estenso debe tener partes, y vos confesareis que cualquiera cosa que tenga partes puede ser destruida.

—Considerad, gran príncipe, vuestras propias concepciones, y la dificultad será menor, pues no dudo hallareis sustancia sin estension. Una forma ideal es no menos verdadera que el bulto material, aunque aquella no tenga estension. Cuando pensais en una pirámide, es no menos cierto que vuestro entendimiento posee aquella idea que el que la pirámide misma exista en él. Ahora decidme: ¿qué espacio mas ocupa la idea de tan vasto edificio que la de un grano de trigo? ó bien ¿cómo podrá sufrir detrimento cualquiera idea? Como es el efecto, así es la causa; como el pensamiento, así es la faculad que piensa; un poder insuperable y exento de la operacion de las causas esternas.

—¿Pero aquel ser que temo nombrar,

(1) Todas estas opiniones sobre la insustancialidad del alma y su inmortalidad que pone el autor en boca de Imlac, han sido generalmente admitidas por los mas célebres filósofos modernos. M. de la Romiguiére en sus *Leçons de philosophie*, dice exactamente lo mismo; y M. A. Delavigne, licenciado en artes por la Academia de Paris, en su obra titulada *Memento de l'étudiant*, destinada á los jóvenes que aspiran al bachillerato, ha adoptado las mismas ideas. *(Nota del traductor).*

Ayuntamiento de Madrid

dijo Nekayah, aquel ser que hizo el alma, puede destruirla?

—Seguramente puede destruirla, porque aunque eterna, recibe de una naturaleza superior su poder de duracion. El que no perecerá por ninguna causa de decadencia ó principio de corrupcion puede demostrarse filósoficamente; pero la filosofía no puede decir nada mas. Que sea ó no aniquilada por quien la hizo, debemos aprenderlo humildemente de una autoridad mas elevada.»

Toda la asamblea estuvo por algun tiempo silenciosa y meditabunda.

«Salgamos de esta escena de mortalidad, dijo Rasselas. ¡Cuán tenebrosas serán estas mansiones de los muertos para el que crea no morirse nunca! Aquel que ahora obra y se afana entre las multitudes, vendrá aqui á terminar sus acciones; y el que al presente piensa y goza de los placeres humanos, pronto descansará en el silencio de la tumba. Estos que yacen tendidos á nuestra vista, los sabios y los poderosos de los antiguos tiempos, nos recuerdan lo corto que es nuestro estado presente: quizá fueron arrebatados por la muerte mientras estaban ocupados como nosotros en *la eleccion de vida*.

—Para mí, dijo su hermana, se ha hecho menos importante la eleccion de vida; en adelante espero pensar solamente en la *eleccion de la eternidad*.»

Entonces se apresuraron á salir de la caverna, y bajo la proteccion de su guardia volvieron al Cairo.

CAPÍTULO XLVIII.

Conclusion en la que nada se concluye.

Tocaban ya á la época de la inundacion anual del Nilo: de modo que pocos dias despues de su visita á las catacumbas empezó el rio á crecer.

Se vieron, pues, confinados á su casa. Estando todo el pais debajo del agua, no les invitaba á escursion alguna, y como estaban bien provistos de materiales de conversacion, se divertian comparando las diferentes formas de vida que habian observado con los varios planes de felicidad que habia formado cada uno de ellos.

Ningun lugar habia agradado tanto á Pekuah como el convento de san Antonio, donde el árabe la restituyó á la princesa; y solo deseaba llenarlo de piadosas doncellas y que la hicieran abadesa de la órden: estaba fastidiada de las esperanzas y disgustos, y alegremente se habria fijado en algun estado invariable.

La princesa creia que de todas las cosas terrenas, la sabiduría era la mejor. Por tanto deseaba aprender, primero todas las ciencias, y luego fundar un colegio de mugeres sabias, en el que presidiese, para que, conferenciando con las viejas y educando las jóvenes, pudiera dividir su tiempo en la adquisicion y comunicacion del saber, y crear para la inmediata generacion modelos de prudencia y ejemplos de piedad.

El príncipe suspiraba por un pequeño reino en el que pudiera administrar justicia en persona, y ver todas las partes del gobierno con sus propios ojos; pero nunca podia fijar los límites de sus dominios, y estaba siempre añadiendo al número de sus vasallos.

Imlac y el astrónomo se contentaban con ser impelidos á lo largo del arroyo de la vida, sin dirigir su carrera á ningun objeto particular.

Bien conocian que no podia obtenerse ninguno de los deseos que habian formado. Deliberaron por algun tiempo sobre lo que harian, y por último resolvieron volverse á Abysinia tan luego como cesase la inundacion.

Ayuntamiento de Madrid

UNA HISTORIA VERDADERA.

I.

El mundo real ofrece á veces dramas tan interesantes como las concepciones mas sorprendentes del mundo imaginario. Sin duda alguna los acontecimientos no se suceden con aquella regularidad, aquella simetría, aquel órden que los grandes maestros de la escena y el verso pueden poner en sus obras. La casualidad no hace siempre perfectamente el oficio de autor; la fatalidad es una señora algo caprichuda, y las pasiones reales son menos metódicas que las pasiones ficticias; pero la realidad tiene tambien su prestigio, y como los jardines ingleses, los sentimientos verdaderos no ofrecen perspectivas menos atractivas para ser alineados con la severa regularidad de los plantíos de Lenotre. Les falta la simetría, pero en cambio tienen la casualidad.

Hemos sido, no actor, á Dios gracias, pero sí simple espectador el año pasado de uno de esos dramas completos, cuyo teatro era una de las mas bellas habitaciones de las cercanías de París. Este drama, obra del acaso, dió entonces lugar á muchos cuchicheos, y sin las poderosas intervenciones que evitaron el escándalo, hubiera podido tener quizá su desenlace en los tribunales. Ahora que no es de temer este resultado pedimos á nuestros lectores permiso para participárselo, como haríamos con una pieza de teatro á cuya representacion hubiéramos asistido. No nos tomaremos la libertad de añadir de nuestra invencion ni de cambiar nada sino el lugar de la escena y el nombre de los actores, descansando en la realidad de los hechos, que no podemos certificar del cuidado de suplir la insuficiencia del historiador.

En el fondo de uno de esos frescos valles que surcan las inmediaciones de París se elevan dos castillos poco distantes uno de otro. El primero se remonta á los tiempos de Francisco I, como lo prueban sus techos exagerados y sus lienzos de ladrillos y mampostería. El segundo es de construccion moderna, el *confortable* ha presidido á su distribucion, asi como á la de sus dependencias. Situados los dos en medio de magníficos parques, ofrecen á las miradas del viajero dos moradas deliciosas, misteriosas y llenas de sombra y de frescura.

La primera habitacion pertenece al señor conde de Rembert, cuyos amigos vienen á gozar alli durante la estacion de las flores una hospitalidad franca y cordial. Atraia alli tambien otra cosa á los viajeros: Mlle. Rembert era entonces una niña encantadora, morena de ojos azules, tan patética como hermosa, y tan amable como patética.

El castillo de Rembert conservaba pues en todo el estío un aspecto de animacion y de fiesta. Preciso es sin embargo esceptuar el dia en que comienza esta historia. Pardas nubes recorrian rápidamente la atmósfera empujadas por un viento de sud-oeste, y la

Ayuntamiento de Madrid

lluvia se estrellaba con fuerza en los cristales. Era un dia de otoño en medio del estío. Todos los habitantes de Rembert ociosos y mal humorados estaban reunidos en el salon.

Al lado del señor, de la señora de la casa y de su hija Susana, veíase desde luego á la marquesa de Bauval, cuya sonrisa que dejaba escapar con coquetería de sus labios, tenia para sus numerosos adoradores todo el precio de una gracia particular. La sola persona con quien ella se mostraba avara de esta lisonja era naturalmente el marqués de Bauval, su marido. El marqués era una de esas naturalezas desgraciadas y tristes que ven todas las cosas bajo el aspecto mas sombrío. Su pasion dominante despues de su muger era la caza; pasion no menos desgracia-

da, porque desde los diez y seis años (entonces tenia treinta y cinco) que se entregaba á ella, su genio habia hecho de él el tirador mas torpe de París, lo que no es poco decir. Todos los dias partia al salir el sol é iba á espantar la caza de M. Rembert. Las liebres se habian acostumbrado ya á su vana porfía, y se las veia juguetear sin cuidado á treinta pasos de su poco diestro enemigo. A este ligero ridículo M. de Bauval unia desgraciadamente un vicio notable; los celos, no los del corazon, sino los del amor propio. Su muger padecia muchas veces cruelmente, y si el miedo no bastaba á corregirla de su coquetería, al menos iban muy mezclados de zozobra los triunfos de su vanidad.

Un tercer personaje completaba por el momento con otros dos jóvenes, de los cuales no hablamos sino para memoria, el círculo de los habitantes de Rembert. Honoré Martial, baron de Laverdac, era el primo de Susana, y poseia toda la amistad de su tio, que habia siempre rehusado tener un hijo. Aunque Honoré Martial hubiera puesto fuego al castillo, el castellano hubiera aplaudido esta diversion. Laverdac era sin embargo orgulloso y brutal como todo necio egoista. Estas bellas cualidades habian crecido con el tiempo: asi que, escepto su tio, todo el mundo desconfiaba de él porque ya iba á cumplir treinta años. En cuanto á su interior, era uno de esos seres rechonchos, de una robustez que sobrepuja á la edad, y cuya fisonomía insulta naturalmente á primera vista.

Hacia dos años que se habia atado al carro de Mme. Bauval, como se decia entonces. Mejor diriamos que le habia atado ella misma. Esta era una conquista que le habia aconsejado su vanidad con el objeto de conocer los efectos del amor en un hombre de tal carácter. Solo una coquetería administrada á fuertes dosis puede mover el corazon del idiota. Pero Mme. Bauval se asustó entonces de su obra, porque el baron propuso desde luego una fuga, y amenazó ejecutarla en seguida á viva fuerza. Fue preciso todo el talento de la marquesa para calmar un poco aquella tontería exaltada. Nada hay tan peligroso como la tontería exaltada. Regla general: no se debe jugar á ningun juego con los imbéciles.

Mme. de Bauval, despues de haber sido la jóven mas graciosa de París, habia llegado á ser la reina de todas despues de su casamiento. No viviendo sino de ilusiones, sin afeccion ninguna á su marido, ni á nadie quizá, tuvo bien pronto una corte numerosa y rendida. Su reputacion sin embargo permanecia intacta. Se comprende muy bien que la marquesa debia prestar poca atencion á los homenajes de Laverdac. Se burlaba de él, y le hacia esclavo de sus caprichos. En el campo se necesitan distracciones, y no siempre se puede elegir la víctima.

Ayuntamiento de Madrid

En el salon, pues, al cabo de una hora reinaba como dueño absoluto el fastidio, á quien los antiguos, superiores á nosotros en genealogía moral, han hecho hijo de la ociosidad. Por todos estilos habian ya renegado del mal tiempo, que atribuian á las estaciones y al desarreglo cada vez mas sensible de la máquina celeste. Las mugeres regañaban á los hombres por su poca imaginacion, y los hombres á su vez regañaban á las mugeres por sus muchas exigencias. Laverdac muy cerca de la ventana miraba al vacío; M. de Bauval, solo en un rincon, sentado á una mesa de juego, se devanaba los sesos en imaginar cómo pasar el tiempo y buscar salidas que ninguno rehusase; Susana, sentada al piano, preludiaba un aria que variaban descuidadamente las yemas de sus hermosos dedos; Mme. Bauval, siempre coqueta, aun en su fastidio, habia apoyado el codo en uno de los ángulos del piano en una postura sabiamente estudiada, y seguia con los ojos los dedos de Susana. Las demas personas escuchaban el ruido del viento y la lluvia.

«En verdad, dijo la marquesa ahogando un bostezo con su blanca mano, hé aquí un tiempo á propósito naturalmente para graves meditaciones, si hemos de creer el aspecto taciturno y un tanto lúgubre de estos señores. Nada dicen; pero yo quiero creer que no piensan menos. Les aconsejo que guarden para ellos solos sus interesantes meditaciones. El egoismo no está permitido en un tiempo como este.

—¡Rey, caballo, sota! esclamó de repente el marqués; ¡rey, caballo, sota. ¡Vaya, bueno! no sé lo que me hago. No es de uno que tiene sentido comun el hacer semejantes esclamaciones. Si no os divertís, señora, ¡por favor no impidais á los demas que se diviertan! ¡Rey, caballo! Esto es insufrible..... Rey..... caballo. Vamos, mejor quiero empezar.

—¡Dios mio! caballero, cuando uno quiere divertirse solo no se desvaría en sociedad. Yo he tomado mi partido; voy al parque: M. Laverdac, cuento con vuestro brazo.

—Señora, dijo el baron volviendo vivamente la cabeza, estoy á vuestras órdenes; pero una pregunta antes: ¿sabeis nadar? En cuanto á mí, no sé nadar sino por uno; no es imposible comprometerme á llevaros por el agua que cae.

—Parece, baron, que vuestra abnegacion caballeresca no llega hasta desafiar la lluvia. ¡Bien! Pero convenido en que vuestra imaginacion no es mayor que vuestra bravura. Sois cinco caballeros franceses, y no habeis podido encontrar todavía entre los cinco un pequeño medio para distraer el humor un poco serio de vuestra compañía.

—Es que somos cinco que tenemos el alma como cuatro, dijo Laverdac.

—Siempre exagerais, mi querido primo, dijo Susana.

—No, mi querida niña, añadió la marquesa; yo, al contrario, los encuentro á todos muy modestos. Hoy deben haber hecho una gran economía.

—Señores, replicó Laverdac, bien veis que será preciso llamar al serpenton y al dómine de la aldea, dos hombres de imaginacion y de chispa, que podrán quizá distraer á estas señoras. ¡Tened poesía en el corazon! ¡Entristeceos con la naturaleza, llorad con las nubes, y oireis decir que sois fastidiosos como muchas tragedias! De hecho voy á buscar al dómine y al serpenton.

—Si siempre hubierais tenido tan buenos deseos, primo mio, quizá seriamos mas amables, dijo Mlle. Rembert.

—Voy donde querais venir, prima mia; soy muy delicado, y esto me daña.

—No hableis tan alto, Laverdac, interrumpió el marqués, que me incomodais. Rey, caballo, sota. Me parece que estaba con el cinco de oros. ¡Vaya, bien! esto es lo que haceis, ¡obligarme á volver á empezar!

—¡Muy delicado! replicó Mme. Bauval: por eso sin duda temeis tanto á la lluvia.

—Dejadme que me esplique, replicó el baron: mi delicadeza es esta; pero no, no necesito hablaros de ella, que es bastante conocida. Mas ahora me acuerdo; sí, en vez del serpenton y del dómine os voy á traer al rey de los Aulnes, el dueño del castillo cercano, ese misterioso personaje que atormenta tanto vuestra imaginacion, señoras.

Ayuntamiento de Madrid

—No lo penseis, interrumpió la marquesa; no habeis de ser mas dichoso esta vez que las anteriores. Reasumamos. Va á hacer dos años que el castillo de Aulnes varió de dueño; el nuevo propietario, contra toda usanza, no hizo ninguna visita á sus vecinos, y cerró su puerta á los que tuvieron la política de dar los primeros pasos. M. de Rembert le dirigió á ruegos de todos tres invitaciones, que quedaron sin respuesta. Habia pues una firme resolucion de parte del castellano de Aulnes de vivir solo y aislado. Se sintieron los pasos que se habian dado, y se olvidó todo. Se olvidó, porque entonces todavía se creia en vos, señores, en vuestra abnegacion, en vuestra amabilidad. Triste es decirlo; pero tenemos motivo para sentir nuestra confianza. ¿Y pretenderiais triunfar hoy de ese eremita, traerle aqui, satisfacer nuestra curiosidad á su vista? Os seria imposible. Algunas de estas damas, vuestra tia y vuestra prima entre otras, habian manifestado deseos de conocer al menos la existencia de ese vecino misterioso, ya que no su persona. ¡Y bien! ha pasado un año y no habeis sabido procurarnos ni el menor detalle. No habeis sabido decirnos ni aun su figura, y sin embargo ¿cuántas veces no ha atravesado su caballo el parque de Rembert?

—Exagerais algo, interrumpió Susana sonriendo; yo por mí no soy tan curiosa como me haceis. Y, querida marquesa, confesad una cosa, y es que no deseais ver entre nosotros al señor de Aulnes sino para contar un esclavo mas. Y yo sé de buena tinta que es un hombre horroroso, y cuya conquista os haria muy poco honor.

—Tiene sesenta años, esclamó uno de los jóvenes. Yo lo sé muy bien.

—¡Sesenta años! ¡vamos! Si me han dicho á mí que es un estudiante que apenas ha salido de la escuela, replicó M. Bauval; el hijo de algun advenedizo sin duda, que vergonzoso de su fortuna no se atreve á visitar á sus vecinos porque tiene miedo. Rey, sota, caballo; otra vez me he confundido. Es rubio.

—¡Rubio! dijo Susana continuando en su maliciosa sonrisa. Cano direis. ¿Por qué convertir en jóven á este digno anciano?

—Lo que hay de positivo es que monta á caballo y es cazador; ¿pero qué hace ademas? Se ignora.

—¿Cazador? replicó el marqués. Esto me predispone en su favor; esto me hace creer que es noble en sus placeres. Rey, caballo, sota, as; pero no, es caballo, sota. ¡Vaya! tendré que empezar de nuevo.

—Pero, señores, dijo diestramente Susana, todo lo que decís no tiene pizca de verosimilitud. Josefina, mi camarera, es la que está mejor enterada en este asunto. El vecino es viejo y feo; gasta peluca: caza, es verdad, señor marqués, pero mata muchas liebres, lo cual es un motivo para que no le mireis con buenos ojos; ademas come poco, y duerme menos; no habla nunca, y fuma siempre. Hé aquí al amable y gracioso doncel que Mme. Bauval queria ver entre nosotros. En cuanto á mí, prefiero á mi buen primo Martial, ¡tan bueno, tan complaciente cuando está de buen humor! ¿No es asi, Martial?»

La conversacion continuó por el mismo estilo, llena de contradicciones sobre el misterioso vecino, que aumentaron vivamente la curiosidad. Ninguno de los habitantes de Rembert se atrevia á confesar todos los pasos que habia dado secretamente para conocerle, porque todos habian sido infructuosos. Al cabo de dos años de vecindad no estaba mas instruido que el primer dia. La marquesa redobló los ataques contra Laverdac, le declaró políticamente que si no satisfacia pronto su curiosidad, la cual no trataba de ocultar, le destituiria públicamente del título de caballero que le habia otorgado. Despues añadió bajo:

«¡No me amais!»

Laverdac se engrió de repente, y recalcando sus palabras dijo:

«¿Quién quiere apostar conmigo á que mañana he visto, hablado ¡y quién sabe! quizá traido al fabuloso personaje que habita los Aulnes? ¿Os reís, señores? No se trata de reir, sino de hacer: ¿quién quiere hacer la apuesta? ¿Nadie? ¡Y bien! ¡entonces

Ayuntamiento de Madrid

trabajaré por la gloria! Mañana al volver de la caza el esfinge me habrá revelado el secreto de su enigma. A propósito: ¿cómo estamos de caza, marqués?

—No muy bien, porque vos cazareis en llano y yo no gusto sino de lo reservado. Lo sabeis: mi especialidad es sobre todo el conejo; estos diablos de conejos me han quitado el tino. Rey, caballo: sí, esto es. ¡Ay no! ¡por vida de!.. es sota... ¡vaya, muy bien! Hé aquí que tengo que volver á empezar; ¡esto es cosa de chuparse los dedos!»

Una dulce mirada de Mme. Bauval vino á animar la temeraria promesa del baron. Susana seguia sonriendo misteriosamente. ¿Era de incredulidad ó de esperanza?

La noche era tempestuosa para Laverdac. Formalmente se habia comprometido, sin haberse formado un plan, sin saber qué medios emplearia para conseguir su fin. El reproche de la marquesa habia herido su corazon. Ajado en su amor, ajado en su vanidad, se habia lanzado á cuerpo descubierto á una empresa desconocida. Ya lo hemos dicho: M. Honoré Martial no brillaba por su imaginacion.

Al siguiente dia se levantó al salir el sol. Provisto del trage de cazador mas completo y mas burdo, y armado hasta los dientes, se dirigió pronto hácia el dominio de Aulnes haciendo fuego por todos lados á una caza problemática, alentando sin cesar á perros invisibles; en una palabra, haciendo el ruido que podia para llamar la atencion. Llegado al foso que servia de línea de demarcacion entre Rembert y los Aulnes, lo atravesó presuroso y sin vacilar. Despues de un cuarto de hora que metido en el terreno enemigo hacia tanto ruido, no habia visto todavía ni una persona que quisiese hacerle el gusto de detenerle para conducirle á la presencia del dueño de la quinta. Al fin salió un hombre del castillo; este era un guarda: no quedaba duda alguna al ver su fusil, su bandolera y su placa.

¡Maldicion! el guarda se adelantaba con humildad llevando en la mano su gorro.

«Perdon, caballero, le dijo: desde lejos os tomé por M. Lemonnier; pero me he engañado segun parece. ¿Podria saber si puedo serviros en algo?»

Laverdac se quedó estupefacto al ver tanta política. El proyecto formado con tantas cavilaciones nocturnas iba á abortar de un momento á otro.

«Eso no os importa, respondió bruscamente: os hallo muy insolente en atreveros á preguntarme asi.

—Perdon, caballero, replicó el guarda: voy á permitirme haceros *la observacion* de que cazais en este momento en las tierras de mi amo el señor vizconde de Surgis, y como veo que segun parece lo ignorais, por eso os lo advierto, caballero.

—Yo no recibo observaciones de nadie.

—Eso es muy posible, caballero: yo soy muy bien criado para contradeciros, caballero; pero sin duda alguna querreis evitarme los reproches que el señor vizconde podria dirigirme al retirarse á su territorio.

—¡Gandul! ¿te atreves á echarme?»

Y al decir estas palabras amenazó al guarda con el látigo de la trahilla que habia sacado de su morral.

A esta accion, el interlocutor del baron, pasando de la paciencia estremada al furor mas grande, se lanzó á él; pero en lugar de detenerle lisa y llanamente como deseaba M. Martial, le administró una buena dosis de palos. Laverdac tuvo la humillacion de verse obligado á pedir cuartel.

«¡Hola, hola, no tan fuerte! ¡Detente, pedazo de ganso!»

Y el guarda seguia pegándole.

«Llévame á la presencia de tu amo.»

Y habiendo cesado el combate, Laverdac quiso arrastrar á su vencedor hácia el castillo.

«¡Por ahí no, gritó este; volved las espaldas, tio pelele, y mas pronto que la vista! No, si no quiero que hableis á mi señor. Os he cogido en la falta, y tengo derecho para llevaros al alguacil de la aldea. Ved mi placa, yo soy una autoridad constituida. Vamos pues, y pronto, ó sino vuelvo á la carga.»

A estas palabras, que le quitaban toda esperanza, el baron hubiera voluntariamente

Ayuntamiento de Madrid

vuelto á empezar la batalla; pero se habia hecho amigo de la paz á toda costa, y por prudencia se contuvo, llamó á su perro y tomó pasito á paso el camino de Rembert avergonzado y confuso.

Otra desgracia le esperaba á su llegada. M. de Bauval se habia levantado temprano, desvelado por su desgraciada pasion por la caza. Las pasiones desgraciadas son las mas fuertes. Recordó entonces la proposicion que Laverdac le habia hecho la víspera; toda la noche habia soñado, no ya conejos, sino liebres. Estaba muy tentado á renunciar por aquel dia á su predileccion á los conejos. Mientras que lo pensaba, los tiros del baron llamaron su atencion, y desde su ventana le vió entreteniéndose en el territorio de Aulnes. Este hecho, contado por M. Bauval á la sociedad, escitó vivamente la curiosidad de las damas. Nunca se esperó una vuelta tan impacientemente como la del baron, á no ser la de Ulises. Al fin nuestro héroe llegó.

«¿Le habeis visto? ¿qué ha dicho? esclamaron: ¿vendrá? ¿es jóven? ¿es bello? ¿es feo? ¿sabe hablar?

—¿No es cierto que lleva peluca?» dijo maliciosamente Susana.

Laverdac quiso disimular.

«¡Pero qué! ¿de qué quereis hablar?

—Del vecino, de aquel de cuya casa venís, replicó la marquesa; este querido baron, ¡qué abnegacion!

—¡Yo, de casa del vecino! ¡vamos! si vengo de cazar. ¡Ese tiempo tengo yo para pensar en el vecino!

—¿Por qué tardar? dijo de Bauval; ¿por qué no satisfacer incontinenti la curiosidad de estas damas? ¡Pero Dios mio! ¿qué teneis en el ojo izquierdo? está muy morado, y tambien la mejilla.

—¡Bien sé lo que es! dijo.

—¿Os habriais batido? añadió Mlle. de Rembert con un interés exagerado. ¡Pobre primo!

—Esto se parece mucho á un ataque de carbunclo, dijo graciosamente uno de los jóvenes. ¡Diablo! no hay que reirse de esto.»

A pesar del interés que al parecer se tomaban por el recien venido, veíase sin embargo en todos los labios una sonrisa burlona. El desgraciado baron quiso reir tambien, pero no llegó á hacer sino una mueca feísima. Entre tanto el momento era decisivo; era preciso dar parte. Ignorando que llevaba señales irrecusables del combate, Laverdac no habia pensado un instante en fingir la esplicacion de un hecho que creia ignorado de todos.

«¡Bah! el carbunclo no es de un azul tan agradable como el que adorna el ojo de nuestro amigo, esclamó Mme. Bauval. Es un matiz perfecto, un verdadero azul celeste.

—Eso es muy posible, señora; pero el que hubiera estado en mi lugar, y hubiera dado una caida como la que me hace padecer en este momento, no se reiria como vos.»

Estas palabras fueron dichas con la suficiente seriedad para que el accidente pareciese posible. Casi sintieron ya haberse reido.

«Pero al menos, ¿al señor de Aulnes le habeis visto, ya que venís de allí?

—Me he presentado al castillo, se ha... marchado... á París, y no volverá hasta dentro de un mes. Se llama de Surgis, y es vizconde.»

Laverdac mentia así con la esperanza de encontrar la parte débil de la plaza, y llegar hasta el invisible personaje.

Pero apenas pronunció estas palabras, cuando entró un criado y anunció en voz alta:

«El señor vizconde de Surgis acaba de llegar con otro caballero, y quiere tener el alto honor de hablar con el señor conde.

—¡Que entre!» respondió el conde estupefacto.

Estas palabras produjeron una sensacion inesplicable de sorpresa, de alegría y de curiosidad. La hermosa Susana cesó de sonreir: tan pronto se ponia pálida como encendida bajo el poder de un tropel de emociones distintas. En cuanto al baron, al oir este mentís, tan pronto, tan imprevisto, dado por el acaso á su ingeniosa esplicacion, hubiera querido sentirse todavía bajo el ...do puño del guardabosque.

Ayuntamiento de Madrid

II.

La puerta del salon se abrió, y la sorpresa llegó á su colmo cuando vieron comparecer á un hombre de veinte y ocho á treinta

años, de cabellos rubios, talla elevada y un aire lleno de gracia y de nobleza. Llevaba, como todos los jóvenes que estan al corriente de las modas, toda la barba. Vestia uno de esos fracs que por su elipsis un poco pronunciada llaman *de caballo*, y cuyo corte precioso deja conocer la tijera de Humann.

Iba acompañado de un hombre cuyo trage no era menos elegante que el suyo. Este segundo personaje tenia las maneras de una desenvoltura encantadora, y la espresion de su fisonomía era una mezcla seductora de malicia y dignidad.

El vizconde de Surgis, el primero de los dos jóvenes, se adelantó hácia el conde de Rembert, saludando respetuosamente á las damas, y le dijo con una política de buen tono:

«Señor conde, dignaos perdonar mi atrevimiento. Os debo mil escusas por lo pasado, y todavía mas por lo que ha sucedido esta mañana. La cólera que hoy he tenido atestigua al menos mi sentimiento sincero. El guarda ha recibido ya su licencia; mañana habrá dejado á Aulnes.

—Mil perdones, señor conde, respondió sonriendo M. de Rembert. Dignaos tomar asiento, y despues esplicarme un poco mas claro lo que acabais de decirme. Me temo haberos comprendido mal.

—Vengo, señor, á manifestaros mi sentimiento por la escena de violencia que ha tenido lugar esta mañana cerca de mi habitacion. Uno de mis guardas ha tenido la osadía de poner la mano á uno de vuestros huéspedes; ya me veis desesperado. Creed, caballero, que las órdenes domésticas que rigen en mis haciendas para nada intervienen en esto. Aunque hubieseis ido con veinte personas á mis tierras, mi guarda tenia órden de dejaros cazar; pero os lo repito: este hombre ha sido despedido. Ademas vengo á implorar otro perdon para mí mismo. Tres veces me habeis hecho el honor de convidarme á vuestras fiestas; pero viviendo aislado, no diré misántropo, pero quizá verdadero egoista, tengo la falta de sacrificarlo todo á este amor á la soledad. Por otra parte, he creido que no seria conveniente traer mi rostro triste en medio de nuestras fiestas. Perdonadme, señor conde, mi barbarie por mi buena intencion; y permitidme que os presente á mi mejor amigo, M. Alfredo Lemonnier, que ha deseado presentaros sus respetos.»

Se saludaron, y el conde respondió:

«M. Lemonnier, seais bien venido; y vos, señor conde, creed que estais completamente disimulado: nosotros somos los que hemos hecho mal en querer turbar vuestro retiro por una fruslería. ¿Pero dónde está Laverdac? Aproximaos, querido. ¡Y qué! socarron, ¿esa es la famosa caida que has tenido?»

Este dia era decididamente funesto para Laverdac. Para responder al llamamiento de su tio se adelantó cabizbajo, colorado como un pavo, y escuchó sin oir las escusas que le dirigia políticamente de Surgis. Sin

Ayuntamiento de Madrid

embargo acabó por recobrar un poco su sangre fria, y creyó que el negarlo era el único partido que le quedaba que tomar en el interés de su amor propio.

«Señor vizconde, dijo, creo se emplearia mucha severidad en despedir á vuestro guarda: este hombre no ha cometido sino una falta leve, y es exagerarla hasta el estremo de hacer de una discusion, un poco viva, es verdad, y acompañada de gestos animados, un combate, una escaramuza, ¿qué sé yo? que no está ni en mi gusto ni en mis... opiniones.

—¡Dios mio! ¡Caballero, habré yo cometido un error feliz, y mi guarda habrá efectivamente mentido!

—Perdonad, amigo mio, perdonad, señor baron, interrumpió el compañero del vizconde: ese guarda es verdaderamente un miserable, porque á pesar de vuestra generosidad, es de mi deber declarar que habeis sido maltratado, muy maltratado.

—Pero, caballero, replicó Laverdac con un despecho mal comprimido, yo soy quien le he dado, segun creo, un puñetazo.

—No, caballero, no, replicó Lemonnier con una sonrisa ligeramente irónica: este guarda no puede quedar en Aulnes; él os ha maltratado: yo estaba en mi habitacion, he visto el combate, y ya volaba en vuestro auxilio cuando habeis tomado el camino de Rembert.

—Pero, caballero, esto no es exacto. Si lo habeis visto, lo habeis visto mal. Ese guarda es un hombre lleno de celo: hé aqui todo. Por su fisonomía y su acento he creido reconocer en él un hombre del Mediodía, y estas gentes hablan siempre mas con las manos que con la boca.

—Vamos, vamos, caballero, vuestra clemencia os hace mucho honor sin duda; pero mi amigo no podria aceptar de ninguna manera vuestra generosa intervencion. Ese hombre está acostumbrado á hacerlo. Él maltrata á su muger, á sus hijos, á sus amigos y á cuantos se le presentan. Si al menos os hubiera tratado con mas consideracion, se le podria perdonar accediendo á vuestros ruegos. Pero declaro con dolor que es necesario tener una constitucion tan robusta como la vuestra para estar todavía levantado despues de la odiosa violencia que se ha cometido contra vos. Yo, francamente, estaria en cama.

—Por Dios, caballero, vos no habeis podido verlo tan bien como yo. Desde lejos la perspectiva os engañó.

—No, caballero, no: aquel bárbaro os ha maltratado indignamente.

—Os aseguro que no.

—Os doy mi palabra de honor que sí.»

Alfredo Lemonnier hubiera continuado por el mismo estilo si su compañero no le hubiera tocado disimuladamente en el codo. El amigo de Surgis era un burlon incorregible, cuyo buen humor necesitaba algunas veces moderarse. Al momento habia conocido el carácter de Laverdac, y se gozaba en aumentar la turbacion que le habia producido esta escena.

El baron por su parte tomó un odio profundo á los dos jóvenes.

M. de Rembert presentó á los recien venidos á su señora, y la condesa les dió amables quejas por las pocas simpatías que parecia tener con sus vecinos.

Desde la llegada del vizconde de Surgis y de su compañero, dos personas sobre todo observaban con curiosidad. La marquesa de Bauval cuando vió cara á cara al castellano de Aulnes palideció, y pudo con dificultad contener la emocion que la agitaba.

La hermosa Susana, al contrario, habia enrojecido, y la espresion brillante de sus ojos permitia creer que era de alegría.

Surgis, á su vez, acababa tambien de palidecer, porque sus ojos se habian encontrado con los de Mme. Bauval.

Ayuntamiento de Madrid

«Señora marquesa, dijo inclinándose ante ella con una turbacion mal disfrazada.

—Señor vizconde de Lussan, respondió ella devolviéndole el saludo, ó mas bien M. de Surgis; pero yo no os conocia por este nombre.

—¡Ah! señora, es el de mi pobre tio, que al morir me lo ha legado con su fortuna.»

Estas palabras fueron pronunciadas por el vizconde con un tono severo, donde se dejaba ver, no el orgullo, sino el despecho. Ya no hubo desde entonces en el salon otra figura risueña que la de Lemonnier y las del señor y la señora de la casa. La marquesa y Susana estaban singularmente distraidas. El vizconde se habia puesto sombrío: Laverdac estaba encarnado de cólera y de humillacion. Y en fin el marqués de Bauval disimulaba poco el mal humor que le causaba la escena que acababa de tener lugar entre su muger y tan gracioso caballero.

A su vez se encontraron los ojos de Mlle. Rembert y los de Surgis, y un rayo iluminó el semblante de ambos jóvenes.

Esto necesita esplicacion.

Susana tenia la costumbre de ir todos los dias á pasearse con sus dulces ilusiones de niña en el fondo del parque para gozar algunos instantes de calma y de soledad. Se sentaba en un kiosko situado no lejos de una puerta que daba salida en la direccion de Aulnes. Un dia su capricho, su gusto por lo desconocido la habian llevado fuera del parque, y se habia adelantado un poco en el campo. Asustada de su escapatoria, como Colon debió de estarlo cuando descubrió el Nuevo Mundo, se disponia ya á volverse, cuando un caballero, á escape en su corcel, se dejó ver al fin del sendero por donde marchaba. Ganar la puerta era imposible, y el caballero se aproximaba. Asustada por el galope del caballo, quiso atravesar un pequeño cercado; pero paralizando el miedo sus fuerzas, cayó en tierra. Antes que tuviese tiempo para levantarse, el caballero se hallaba á su lado, informándose con solicitud de la gravedad del accidente que él habia causado. Susana se habia rozado ligeramente el pie; necesitaba pues el socorro de un brazo. El brazo le fue ofrecido con prontitud, y ella le aceptó, poniéndose colorada. Ya habian entrado cómodamente en el parque. Detrás del kiosko habia un banco donde se sentaron. Despues de media hora de descanso, Susana sabia que el jóven caballero era el señor del castillo de Aulnes, y este último no ignoraba tampoco que hablaba á Mlle. Rembert.

Al siguiente dia la jóven, siempre guiada de sus dulces ilusiones, volvió por casualidad á la puerta del parque.

Por su parte el vecino la esperaba hacia mucho tiempo, no menos por casualidad, inquieto y deseoso de tener noticias del suceso. Volvieron al kiosko y á sentarse en el banco, y hablaron por el espacio de dos horas sin saberlo. Los filósofos tienen mucha razon en decir que el tiempo pasa pronto.

En suma, la misma casualidad reunia casi todos los dias hácia el medio dia á los dos jóvenes. Llegó un dia en que Susana no pudo ir al kiosko sino por la tarde. Su sorpresa fue grande; un ramillete de las flores que mas la gustaban le esperaba en el banco: no quedaba duda, era la targeta de visita del vecino. El ramillete adornó su cintura toda la noche. No se podia hacer menos en pago de una fineza. Ademas el castellano de Aulnes no estaba alli, y debia ignorarlo siempre.

El otoño venia á pasos agigantados, y el misterio existia desde los primeros dias de la primavera. Los dos habladores se amaban profundamente; pero todavía no habian pensado en decírselo. La casual regularidad de sus entrevistas, de sus encuentros, de las ilusiones que les seguian, todo, todo dejaba entrever un amor sincero; pero esta palabra no habia sido pronunciada todavía. En todo asustan las palabras mas que los hechos.

«Señor de Surgis, decia muchas veces Susana, ¿no quereis venir al castillo? Vuestra presencia seria sin embargo muy necesaria para distraernos un poco: estos señores gastan muy mal humor.

—¡Dios mio! Señorita, ¿cómo? no puedo

Ayuntamiento de Madrid

ya presentarme sin mas ni mas despues de haber rehusado el año pasado tres convites de vuestro padre.

—Pero ¿por qué los rehusasteis?

—¡Ah! ese es un secreto, y ademas entonces no tenia el honor de conoceros.»

Se comprende ahora qué dulce encanto y qué alegrías secretas debian tener para su alma las discusiones interminables que se suscitaban todos los dias en Rembert, y de las cuales era objeto el *rey de los Aulnes*. Susana era una de las mas vivas en el ataque, porque su fin era interesado, sin que pudiese confesarlo á sí misma. Todos los dias aguijoneaba sin cesar á su primo Martial con la esperanza de inducirle á hacer alguna tontería que pudiese abrir las puertas de Rembert á M. de Surgis.

Entre tanto la conversacion se habia generalizado en el salon. Poco á poco se desvanecieron los temores, latieron con menos violencia los corazones, las emociones se calmaron, los recien venidos parecieron á todos lo que eran en efecto, dos jóvenes de buen tono, cuyas maneras, lo cual es muy raro, no contribuian sino á hacer mas apreciables las cualidades del corazon y del alma. En la mayor parte de los jóvenes de mundo, los buenos modales no encieran sino el vacío.

La visita se habia prolongado mas de lo acostumbrado, y los jóvenes se disponian á partir; pero no era esta la cuenta de los fastidiados huéspedes de Rembert. Se les hizo quedar casi á la fuerza á comer. Aquella noche habia baile en el castillo: se esperaba á toda la vecindad; el consejo municipal del pueblo inmediato debia tambien asistir en masa. Lemonnier habló de los adornos que era preciso poner; pero no quisieron oir nada: un baile en el campo no tiene las mismas exigencias suntuosas que en la ciudad. El descuido no carece en él de gracia, y no hay que emplear ningun cuidado sino en dos cosas: las botas limpias y los guantes caña, el calzado de pies y el calzado de manos.

De Surgis bailó naturalmente con Susana. Se habia prometido mucho de esta primera contradanza, porque ahora, que era huésped de Rembert, entreveia la ventura en el porvenir, y creia en fin poder declarar su amor á Susana, lo que jamás se hubiera atrevido á hacer sin esta circunstancia. Pero cada vez que se disponia á hablar la emocion ahogaba su voz. Susana por su parte bajaba los ojos, enrojecia frecuentemente, y osaba apenas responder á las preguntas insignificantes que él llegaba á hacerla despues de repetidos esfuerzos. ¡Bizarría del corazon! en el parque estaban cerca el uno del otro sin temor alguno, y sin embargo sus entrevistas eran ilícitas. En el salon todos los respetos se guardaban, todo les protegia; temblaban los dos, y temian hablarse y aun mirarse.

La política imponia al vizconde la obligacion de solicitar de la marquesa de Bauval despues de su reconocimiento el honor de bailar una contradanza con ella. A pesar de todos sus esfuerzos, tenia el aspecto de un hombre que va á llenar un deber de política. La marquesa aceptó con una prisa mal disfrazada. Cuando estuvieron en su lugar, permanecieron un momento silenciosos. De Surgis no encontró para dirigir á su compañera ni aun las frases livianas de una política ordinaria. La marquesa fue quien empezó, pero en voz tan baja como podia.

«Max, dijo, ¿lo conoceis en mi mano? yo tiemblo; ¿me veis ya sin cólera?

—¿Cólera, señora? y ¿por qué?

—¿Por qué?..... ¡Dios mio!..... Max, ¡sois muy cruel en este momento!»

De Surgis no respondió, y durante el resto de la contradanza permanecieron silenciosos el uno al lado del otro.

Max no bailó mas; el cotillon empezó: se escusó so pretesto de indisposicion, y apeló á una conversacion en que olvidó, absorto en la contemplacion de Susana, el disgusto que le causaba verdaderamente la presencia de la marquesa.

Lemonnier dirigia naturalmente el cotillon á fuer de entrometido. Gracias á la alegría espansiva de su carácter, este conocido de un dia era ya el camarada de todo el mundo, y habia tomado por asalto la plaza de maestro de ceremonias.

Ayuntamiento de Madrid

De repente en una vuelta de wals un camelia blanco, que formaba el único adorno de Mlle. Rembert, se deslizó de sus hermosos cabellos, y vino á caer á los pies de Max. Él le recogió al instante con intencion de devolvérselo; pero todas las parejas fueron reemplazándola sucesivamente, y se encontró separado de la jóven por un torbellino de walseadores. Nadie debia haber notado la caida de flor. Este pensamiento hizo vacilar su probidad; y por una de esas ternezas naturales á los enamorados, imprimió en la flor sus labios so pretesto de olerla; despues la ocultó presuroso en su pecho.

Esta conquista pareció despertarle de su estupor; su corazon latia al contacto de la querida flor, y como arrastrado por una fuerza magnética, fue á sentarse en un sillon desocupado que habia al lado de Susana. Es sabido que durante el cotillon, los que bailan se sientan á intervalos. Lemonnier, que bailaba con Mlle. Rembert, muy ocupado en dirigir las figuras, la dejó cara á cara con él. Max recogió todo su valor, y dijo á la jóven:

«Señorita, necesito toda vuestra indulgencia; tengo un pecado que confesar, un robo que expiar, un perdon que obtener.

—¿De veras, caballero? replicó Susana riendo; ¿sois muy culpable?

—¡Oh! sí, señorita, muy culpable, si la falta se mide por el premio del objeto que la ha motivado.

—Me asustais, caballero: ¿cúal es pues vuestro crímen?

—Antes de todo: ¿no habeis perdido nada?

—No, caballero, nada que yo sepa, respondió Susana con admiracion.

—Entonces hagamos un trato, dijo Max, que habia encontrado al fin un poco de seguridad. Habeis perdido un objeto que no tiene ningan valor para vos, pero que para mí vale mas que una fortuna, porque es ya la felicidad. Sin tratar de saberlo dádmelo, aunque no sea sino para tranquilizar mi conciencia.

—Veamos, caballero, ese tesoro; no se puede dar nada sin saber primero lo que se da. La generosidad no debe tener vendados los ojos; solo los necios son ciegos.»

Max metió su mano debajo de su chaleco, la colocó despues en sus rodillas, y entreabriendo un poco los dedos, dejó ver el camelia todo ajado.

La niña llevó vivamente la mano á su frente, y no encontrando la flor, se sonrió y dijo enrojeciendo:

«¡Qué locura poner tal precio á una flor ya marchita!

—Esta flor os ha pertenecido, esta flor ha tocado vuestros cabellos, esta flor.....»

Max se detuvo temblando de pies á cabeza. Un instante de silencio sucedió á estas palabras, y al fin recobrando su valor:

«Susana, dijo, ¡yo os amo!»

La jóven á estas palabras se cubrió vivamente el rostro con su pañuelo.

Lemonnier, que parecia no escucharlo, lo habia sin embargo oido todo, todo lo habia visto. Con su tacto ordinario juzgó necesaria su intervencion, ordenó un wals general, y dio asi á Susana tiempo para vencer una emocion que iba á manifestarse en su rostro. Terminado el wals, la llevó á su asiento.

Max y Susana permanecieron silenciosos el uno al lado del otro con los ojos bajos.

«Dadme esa flor, dijo al fin Mlle. Rembert esforzándose á reir.»

Ayuntamiento de Madrid

Los enamorados comprenden tan mal el lenguaje del amor, que esta peticion, inevitable en un caso semejante, y en el que á una jóven se la desesperaria si no se la obedeciese, hizo pasar á Max de la esperanza á la desesperacion. Max alargó tristemente la flor despues de haber impreso en ella segunda vez sus labios.

«Héla aquí, señorita, dijo con una voz sofocada.

—¡Oh! no, no, guardadla, caballero, guardadla, me chanceaba, dijo vivamente Susana desconsolada al ver brillar una lágrima en los ojos del jóven. Toda restitucion, añadió esforzándose aun por sonreir, merece una recompensa. ¡Guardadla, caballero!»

Como Lemonnier, la marquesa de Bauval lo habia visto todo desde lejos, y sin oirlo casi lo habia adivinado. Por muy inconprensible que la pareciese esta escena, que suponia cierta intimidad, y aunque á su parecer Susana no conociese á Max sino desde aquel dia, su instinto de muger habia adivinado una rival. Ella se agitaba en su asiento buscando una postura indiferente. Realmente sufria. La figura radiante de los dos jóvenes le hacia mal en los ojos, su alegría le atravesaba el corazon.

Aprovechándose de los privilegios de uno de los géneros de baile que se ejecutaban, la marquesa se dirigió al vizconde, y presentándole la mano le arrastró para formar una figura.

«Es preciso que os hable, absolutamente preciso, le dijo por lo bajo.

—Estoy á vuestras órdenes, señora.»

Terminada la figura, siguió á la marquesa, y por cortesía tomó asiento á su lado.

«No quiero hablaros de los tiempos pasados, esto seria acusarme á mí misma, Max. ¡Ah! si me habeis perdonado, ya no me queda mas que una cosa que pediros.

—¿Qué es pues, señora?

—¿Conservais mis cartas?

—¿Vuestras cartas? No, señora.

—Max, habeis vacilado, las conservais.

—¡Y bien! lo confieso.

—¡Volvédmelas en nombre del cielo! esas cartas hacen el testamento de mi vida. Fio en vuestra caballerosidad. ¡Dios mio! teneis un corazon noble; pero ¿quién puede conocer el porvenir? M. de Bauval me hace la mas infeliz de las mugeres, sus celos son horrorosos. Estas cartas, Max, os lo suplico, me son necesarias. Mi tranquilidad puede depender un dia de ellas.

—Las tendreis, señora, dijo friamente Surgis; pero ¿dónde y cómo podré entregároslas?

—En el fondo del parque, en la direccion de Aulnes, hay una puerta que da al campo. Mañana por la mañana á las siete estaré allí. Vendreis, Max, ¿no es verdad?

—Obedeceré, señora, replicó el vizconde, y se alejó de la marquesa.

—¡Obedecerá! repitió ella con tristeza, ¡obedecerá! como á una órden de verme. ¡Oh! la esperanza de mi presencia le inspiraba en otro tiempo mas dulces palabras!»

Detrás del sillon de Mme. Bauval, Laverdac, verde de celos, se decia á sí mismo:

«¡A la puerta del parque!..... Yo estaré allí. ¡Y qué! ¡se conocen! ¡Ella le llama Max! ¡Y yo soy el que le ha traido aquí! ¡oh! ¡venganza, venganza! ¡y yo tambien estaré allí! ¡y no estaré solo! ¡Desgraciados de ellos si mis sospechas no son vanas!»

III.

El baile se prolongó hasta ya muy avanzada la noche; pero al fin llegó la hora de la separacion.

La condesa de Rembert rogó á los dos nuevos huéspedes que usasen de la misma franqueza en adelante que si fuesen antiguos amigos. Rembert estaba abierto para ellos á todas horas; sobre todo no debian olvidar que habia un atraso de dos años que pagar. Lemonnier prometió abusar de tan amable invitacion: en cuanto á su amigo, él respondia.

«Nos parece muy útil, ya que ha sucedido lo que ha sucedido, dijo alegremente Max á M. de Rembert, firmar antes de seperarnos un tratado de alianza, ó si quereis una promesa de amistad cordial entre la caza de Aulnes y la de vuestros dominios.

Ayuntamiento de Madrid

—Con mucho gusto, caballero, replicó el castellano. Digamos, como el gran rey:—Ya no hay Pirineos para nuestros conejos.—M. de Bauval, esto debe de regocijaros; el parque de M. de Surgis abunda en conejos: ¡gran carnicería vais á hacer!

—Me veis loco de contento, señor vizconde, con esta disposicion; pero ¿por qué siempre con ironías? Yo me hago la justicia de creer que no soy de los mejores tiradores del pais; pero he hecho mis pruebas. ¿Qué

quereis? vuestros conejos no se parecen á los demas; estos animalitos tienen conmigo una confianza, mas una familiaridad que me conmueve. Tiro, es verdad, pero es á un lado, porque estan tan cerca de mí, que esto no seria matarlos, sino asesinarlos. De este modo me divierto, y mi conciencia está tranquila.

—¿M. de Laverdac será bastante amable para acompañaros? no pudo menos de decir irónicamente Lemonnier. ¡Oh! venid sin temor, caballero. El guarda que ha osado maltrataros no está ya en Aulnes. No se maltrata asi impunemente á un caballero; porque por mas que digais, ese miserable os ha maltratado, señor baron: la magnanimidad de vuestro carácter os impediria pedirnos una satisfaccion en este caso.

—Pero, caballero, respondió Laverdac con visible mal humor, no puedo dejaros partir en esa conviccion. Yo no he sido maltratado. Si el señor vizconde quiere darme gusto, no se empleará ningun rigor con ese pobre diablo. Mas bien yo soy quien le ha sacudido el polvo.

—¡Ah! caballero, esta es verdaderamente la grandeza de alma de los antiguos, continuó sonriendo Lemonnier. Esto me llega al corazon. Pero lo que admiro yo no menos que vuestra clemencia es la robustez de vuestra constitucion. Despues de un choque semejante estar todavía de pie á las dos de la mañana, ¡esto es fabuloso!

—¡Pero, caballero, por la centésima vez, si no ha habido combate!

—¡No por Dios! no ha habido combate. Sois vos muy superior á semejante individuo, hablando moralmente, para cotejaros físicamente con él. Las gentes de buen tono se dejan aporrear de tales bárbaros: esto no es degradarse; pero luchar con ellos, ¡necedad!

—Habeis sido batido, os renuevo mi palabra de honor; pero no os habeis batido, esto es una justicia que me complazco en haceros. Por lo demas, descansad en un amigo que os vengará dignamente. ¡Adios, señores!»

Y se separaron con esta promesa, que puso el colmo al furor concentrado de Laverdac.

Los dos amigos emprendieron el camino de Aulnes. Una vez en el campo, Max dijo á Alfredo:

«¡Mira que tendrás que hacer con ese Laverdac! te lo prevengo.

—¡Bah! replicó Lemonnier, un hombre que tiene tan dura la cabeza (bien lo sabe tu guardabosque) debe comprender dificilmente que se mofen de él. Y ademas, ya ves, su figura me carga; debe ser un placer muy grande apalear á semejante Hibrio. ¡Juan ha debido distraerse muy bien!

—Sí; pero por Dios, respeta en él al sobrino de M. Rembert.

—¡Y al primo de Mlle. Susana! dijo irónicamente Alfredo. ¡Pero tú eres un solemne socarron! Lo he visto todo, todo lo he oido: ¿y no me das las gracias por aquel wals general que he ordenado tan oportunamente en aquella crísis?

—¡Calla, calla! y Max volvió la cabeza como un hombre que teme que le oigan.

—¡No, no me callaré, desgraciado! Has perdido singularmente á mis ojos desde nuestra visita al castillo de Rembert. Yo te creia un sabio. ¿De quién fiarse en adelante? ¡Y qué! teneis por amigo un hombre virtuoso en grado superlativo, su vida arreglada os

Ayuntamiento de Madrid

hace creer en el justo de Horacio; le mirais como un hombre que es superior á vos; llegais hasta venerarle y respetarle á punto de no atreveros á hablarle de los estravíos de vuestra juventud, porque un dia este amigo os ha esplicado magníficas teorías sobre las mugeres asegurando que han venido del infierno; os ha probado que no tienen corazon, que sus lágrimas no son sino humedad, y que un hombre falta á su dignidad y á su mision en la tierra ocupándose de ellas. Despues en un dia bueno arrancais á este amigo de la soledad, le llevais á la fuerza á un salon, y allí en pocas horas, este amigo, este justo, este bienaventurado seduce á una jóven y desconsuela á una gran señora. ¿Qué quiere decir esto, señor mio? ¡Y luego hablan de los hípocritas! ¡y luego dicen de los jesuitas!

—¡Hombre, quieres callarte!.. ¡Si nos escuchasen, podrias comprometer á un ángel, la realizacion del mas bello ensueño de mi vida!

—¡Diablo, es cosa seria!

—¡Seria! ¡va en ella mi ventura!

—Muy bien. Esto es sin duda por Mlle. Susana; pero no podrás impedirme encontrar un poco estraño un amor que germina, crece, florece y fructifica en tres horas.

—Vas á saberlo todo.

—No pido mas, porque nunca me han gustado los enigmas; es un género de literatura que estoy muy lejos de envidiar á los antiguos oráculos. Una pregunta mas. ¿Qué significa la turbacion, el azoramiento, la palidez de la marquesa de Bauval cuando se ha reconocido absolutamente como en un melodrama? Esto ha estado perfectamente representado. No se hace mejor en el ambigú.

—¡Maldito charlatan! escúchame. Todo esto es muy serio. Quizá necesito de un consejo.

—En ese caso, déjame empezar el fuego. El cigarro inspira.»

Lemonnier escudriñó su bolsillo, sacó un cigarro que encendió en el de Max y se colgó de su brazo.

«Alfredo, dijo entonces de Surgis, bien pronto hará seis años que estamos unidos por la amistad mas estrecha; tú nunca me has preguntado por mi vida pasada. Alguna cosa sin embargo debe parecerte estraña en mi conducta. Yo he atribuido este silencio á una delicadeza que debia ser un título mas á mi amistad.

—Vamos, dijo Lemonnier, de esta lucha me hago candidato al premio Monthyon. Si tú tienes teorías sobre las mugeres, yo las tengo sobre la discrecion, que no pasa de ser una de sus numerosas virtudes. Parecia que querias guardar tu secreto, y yo he creido de mi deber no preguntártelo. Yo jamás interpelo á los mudos; este es mi modo de comprender la discrecion.

— Sin un encuentro que tuve al principio de la primavera, repuso Max, sin la jornada que acabamos de hacer, quizá nunca te hubiera hecho esta confianza, porque se trataba de un secreto que me pertenecia á mí solo; pero se me han aumentado nuevos deberes, veo obstáculos, y necesito un amigo: vas á saberlo todo.»

Lemonnier lanzó hácia la luna una espesa bocanada de humo, é hizo un movimiento de cabeza.

«Alfredo, continuó Surgis con un tono que tenia quizá un poco de ese énfasis ligeramente ridículo propio de una fuerte emocion secreta; Alfredo, nunca se ha llegado á saber cuánto es el dolor que puede encerrar el corazon humano. ¿Cuál es la direccion de la mano que nos guia? ¿Nuestra mision en la tierra es una mision de expiacion? Somos verdaderamente ángeles desterrados de un mundo mejor.»

Aqui Lemonnier desasió dulcemente su brazo del de su amigo, atravesó silenciosamente el camino, fue á sentarse sobre un monton de piedras, cruzó las piernas, y miró piadosamente al cielo.

«¿Pero qué haces? le dijo de Surgis estupefacto.

—¡Que qué hago! nada, nada. ¡Hazme solamente el favor de decirme si vas á continuar mucho tiempo en ese tono!

—¿Por qué?

—Porque me veré obligado á dejarte continuar tu camino solo. Me gustan mucho los

Ayuntamiento de Madrid

lloriqueos, pero desde lejos. ¡Qué diablo! cuando se tiene que echar algun sermon largo se advierte á la gente, y no se les pilla desprevenidos.

—¡Eres un loco incorregible! He empezado por declararte que se trata de la felicidad de toda mi vida, y hé aquí que te entregas á tus estravagancias acostumbradas.»

Alfredo volvió á tomar el brazo de su amigo y le prometió toda su atencion.

«Como sabes muy bien, repuso Max, el nombre de Surgis no era en otro tiempo el mio: yo me llamaba Lussan; mi familia es de Lorena; yo me quedé huérfano aun muy jóven; mi tutor, que era tambien tio mio, me llamó á su lado á París. Bajo su proteccion, enteramente paternal, terminé mi educacion, é hice mi entrada en el gran mundo. En uno de esos salones que en el lenguaje de la alta sociedad se llaman *salones neutros*, porque son el punto de reunion de las sociedades que mas difieren en opiniones, encontré una jóven de una belleza regular y magestuosa. La invité á bailar conmigo y aceptó.

»Este acto tan sencillo de parte de uno y otro produjo evidentemente una gran sensacion á mi alrededor. Mi pareja estaba radiante; pero los ojos de todas las personas de la sociedad á que pertenecia me lanzaban miradas centelleantes. Concluida la contradanza, no tardó en darse la esplicacion de este hecho; acababa sencillamente de cometer un crímen de lesa nobleza; acababa de comprometer al noble arrabal, como dicen; acababa de bailar con Mlle. Luisa Legros, hija de un ex-armador para la pesca de la merluza del puerto de Recamp, y entonces diputado del centro.

—¡Muerte y sangre! interrumpió burlescamente Lemonnier con un tono de un actor de los *Boulevards*.

—Yo me escusaba como mejor podia, replicó Max; pero todo fue en vano, y desde entonces fuí mirado como un jacobino, un terrorista, un hombre sediento de sangre, una verdadera serpiente que abrigaban en su seno. Me pronuncié contra semejante tiranía. Tomé mi resolucion; me habian hecho una proposicion, la acepté, y me impuse el deber de defenderla. Fuí uno de los concurrentes mas asiduos al salon donde me habia comprometido tan inocentemente; y no bailé menos con Mlle. Legros, que me trataba del señor vizconde tres veces con la misma frase.

—Hé aquí una cosa particular, interrumpió Lemonnier; Pamela no hubiera hecho otro tanto conmigo.

—¿Qué Pamela? replicó de Surgis.

—¡Pamela, hombre, Pamela! ¡Qué curioso eres! Yo tambien tengo mis secretos.

—En una palabra, llegué á ser el *cavalier servente* de Mlle. Luisa. Realmente era ella encantadora, rubia, ardiente, magestuosa como una reina.

—Sí, como una reina de teatro, absolutamente como Pamela.

—Dejéme naturalmente arrastrar por la pendiente en que me arrojaban el despecho y el amor naciente.

»M. Legros daba tambien *hermosos soirées:* recibí un convite, que acepté sin vacilar, y cuyo orígen conocí. Luisa era una niña mimada, que á los diez y siete años imponia todos sus gustos á su familia.

—En todo como Pamela.

—M. Legros era millonario. Yo lo ignoraba; puedes creerme. Llegó la primavera. Mi tio partia para sus haciendas de la Turena; yo debia acompañarle: fuí á despedirme de la familia de Luisa, y conocí enton-

Ayuntamiento de Madrid

ces cuánto la amaba. Encontréla sola. Cuando la anuncié mi marcha, sus ojos se arrasaron de lágrimas, que en vano trató de ocultarme. La declaré mi amor, y confesóme que era correspondido.

—Siempre progresando como Pamela.

—Llegado el otoño, corrí á París. Luisa, como yo, habia sufrido cruelmente por nuestra separacion. Luisa me pareció que poseia en alto grado aquella delicadeza del corazon que hace que se manifieste el amor en la mas pequeña accion, que une una intencion lisonjera, una distincion encantadora á los actos mas sencillos de la vida.

—Absolutamente como..... es decir, no; esto no es ya del todo como Pamela.

—Solo temia una cosa: no amarla nunca lo suficiente para recompensar la felicidad que ella me prometia. Lo único que no me gustó en ella fue el que siempre tuviera en la boca mi título de vizconde. Era entonces de creer que mi título le gustase mas que mi persona. El corazon de los enamorados es tan susceptible, que á cada momento me afectaba esto dolorosamente.

—¡Oh, lo que es eso es doloroso! ¡vaya! Pamela, la segunda edicion de Pamela; ¡esto es cosa de tomar lo uno por lo otro! esclamó Lemonnier.

—En fin, naturalmente aquello pasó á cuestion de matrimonio, continuó Max. Se lo confesé todo á mi tio, quien me hizo algunas observaciones, pero que, bien convencido de mi amor á Luisa, y despues de haber leido las cartas llenas de gracia y de candor que ella me escribia, se dirigió á su padre. M. Legros consintió contentísimo. Se resolvió que Luisa fijaria por sí misma la época del enlace, y la fijó á mi vuelta de un viaje que el cuidado de los intereses de mi tio me obligaba á hacer y que debia durar dos meses

»Cuando volví, Luisa se casó en efecto, ¿pero con quién?..... con el marqués de Bauval. Luisa hacia un año que jugaba una partida doble de amor; de una parte habia un vizconde y de la otra un marqués. El marqués debia llevársela segun las preferencias de aquella alma orgullosa.

—¡Ah! ¡siempre como Pamela!

—¿Comprendes ahora lo que ha pasado esta noche en Rembert? El resto de mi historia lo sabes. Este enlace me habia desesperado. Mi tio me aconsejó el gran remedio para semejantes casos: los viajes. Lo que los médicos mandan para desembarazarse de los enfermos incurables, cuya muerte comprometeria su reputacion. He viajado muchos años. En Siria te encontré, y nos ligamos con la mas estrecha amistad. Entonces fuí llamado á Francia por la muerte de mi tio, que me legaba toda su fortuna.

—¡Escelente hombre!

—Compré el castillo de Aulnes para vivir lejos del mundo á quien odiaba, sin alejarme sin embargo mucho de ese París á quien tú amas tanto. Tu presencia es la sola alegría que gozo en mi retiro. En él he tratado de olvidar un recuerdo que dificilmente se borrará de mi corazon. Sombrío, triste, huyendo de toda sociedad, hasta de la de mis vecinos, que se mostraron sin embargo muy amables conmigo, desesperaba ya de mi curacion, cuando esta primavera un encuentro, que bendeciré toda mi vida, ha venido á devolverme la esperanza de la felicidad.

—¡Oh! respiro, dijo entonces Lemonnier. ¡Me habias hecho tener un miedo horroroso al comenzar! Yo me esperaba alguna catástrofe: recibe mis sinceras felicitaciones.

—¡Verdaderamente! esclamó Max con aquella sencillez propia de los enamorados. ¿Crees tú que ella me ama? ¿Qué puedo esperar?

—¡Oh Pamela! ¿por qué no te pareces á Mlle. Rembert? repuso Alfredo en tono burlesco.

—¡Pamela, Pamela! ¡Ya hace una hora que me repites ese nombre con todas las modulaciones posibles!

—Mi querido Max, confianza por confianza. Ves tambien en mí una de las innumerables víctimas del amor. ¡Ay! yo tambien he encontrado durante mi borrascosa existencia mi Luisa Legros, mi marquesa de Bauval. El camino de la vida está sembrado de mugeres como estas. Desgraciada-

Ayuntamiento de Madrid

mente el desenlace de mi historia no es tan consolador como el tuyo. Bien sabes que soy uno de los mas asiduos holgazanes de la ópera. Me gusta la conversacion, y detesto la música; tengo pues derecho á un abono en la Academia real. Tengo mis entradas á la escena, y me aprovecho de ellas. Dicen en el mundo que los bastidores son un lugar de los mas peligrosos, que desaparece uno alli por escotillon, que las ciudades le andan á uno sobre la cabeza, y que corre peligro de ser estrujado por las montañas cuando se encuentran alli. Todo esto es cierto, pero de ningun modo molesto. El peligro está alli muy distintamente personificado; el peligro se pasea alli con los hombros desnudos y con vestidos de gasa. Pero sea de esto lo que quiera, en medio del ligero tropel de bailarines se ocultaba para hacerse ver mejor una sílfide, adorable divinidad desdeñosa, á quien tuve la desgracia de amar. Digo desgracia, porque verdaderamente fuí el rigor de las desdichas; mi consumo de cigarros se duplicó. Otra divinidad, celosa de mi ventura, vino á mi socorro, y me dijo en el estilo pintoresco del Olimpo: —Te apuesto la fonda que mañana Pamela (este era el nombre de la cruel) te adorará si yo quiero.—Yo hubiera apostado doble y triple. A la mañana siguiente Pamela me adoraba en efecto. El talisman de que se habia servido mi generosa protectora era esta sencilla frase:—Es un príncipe polaco que oculta su incógnito con el nombre de Lemonnier.—¿Cuál es la bailarina de la ópera que no se ha casado en sus sueños con un príncipe ruso ó polaco? Pamela me llamaba Lemonnier en voz alta; pero bajito me decia:—Mi querido príncipe, ¡ah! todo pasa en este mundo;—máxima que no es ni nueva ni consoladora. Yo quise dejar á Pamela, que tenia un apetito feroz; todo el dia estaba almorzando. Ella misma me confesó que se habia levantado una noche para comer melon. ¡Esto era ruinoso!

—¡Eres un loco!

—¡Paciencia! El hombre propone, y la muger dispone. Pamela, que no podia quererme cuando solo era á sus ojos un simple mortal, no quiso soltarme desde que me creyó un príncipe de las nebulosas orillas del Vístula. Como tú ves, es la misma vanidad que tenia Mlle. Legros. En una palabra, Pamela me perseguia ya como mi sombra, queria casarse con un príncipe polaco á toda costa; esto llegó á ser en ella una manomanía tan real y verdadera, que me ví obligado á desertarme de París. Hé aqui lo que te ha procurado esta vez la ventaja de tenerme tanto tiempo á tu lado.»

Esta locura de Lemonnier habia devuelto á Max toda su alegría, y le habia hecho reir mas de una vez con toda su alma.

«Hablemos formalmente ahora, dijo, cuando Alfredo hubo acabado su relato. ¿Qué te parece de la peticion de la marquesa!

—¿Qué me parece? muy sencillo: devuélvela sus cartas, y en adelante no aprecies sino las autógrafas de tu adorable Susana.

—Sí; iré decididamente al parque mañana por la mañana,» dijo Max.

Y al decir estas palabras entraban en el castillo de Aulnes.

IV.

Una hora despues el castillo de Rembert estaba sumergido en el mas profundo silencio, y sin embargo en la masa negra que

Ayuntamiento de Madrid

formaba el edificio se descubrian dos ventanas todavía llenas de luz. Se hubiera dicho que eran dos ojos abiertos que miraban á la inmensidad.

Dos escenas muy diferentes pasaban en su interior.

En una cámara, fresca y coqueta, sobre una mullida otomana de seda, una graciosa niña, apoyada su linda cabeza entre las manos, parecia perderse en dulces meditaciones. Estaba vestida de una simple bata de cachemira blanca, que flotaba en su cintura; sus pies desnudos ocultábanse á medias en pequeñas chinelas de terciopelo negro, finamente bordado de oro. Susana, pues era ella, parecia absorta en hermosas ilusiones, y miraba, sin verle, un ramillete de flores secas que tenia en la mano.

En aquel momento veia con los ojos de la imaginacion, en esa brillante linterna mágica que llevamos con nosotros mismos, y que llaman memoria, todos los acontecimientos del dia que acababa de pasar; dia tan lleno de emociones y de alegría. La imágen de Max no se borraba ni un instante de su memoria. Veia su mirada triste y suplicante cuando iba á devolverla el camelia, y se acordaba de haber visto lágrimas en sus ojos. Su corazon latia violentamente á este recuerdo; despues decia en voz baja: «Le amo, le amo; soy feliz en amarle.»

Entretanto en otra habitacion del castillo, Martial de Laverdac se paseaba á grandes pasos. Un cigarro casi consumido, que deshacia entre sus dientes, indicaba una desazon grande. Efectivamente la tenia. Todas las pasiones mezquinas de que estaba dotado se agitaban en aquel momento en su corazon. El orgullo ultrajado y los celos le mortificaban. Buscaba una esplicacion razonable á las palabras que habia sorprendido en el baile entre la marquesa y Max; parecíale que el vizconde era un rival dichoso. Si asi era, la marquesa se habia burlado de él indignamente, de él, de Martial. La coqueta habia quizá llevado su perfidia hasta servirse de él como de un instrumento para introducir á Surgis en Rembert. Esta doble conviccion, habérsele tratado como á un tonto, y ver preferido á Max, le producia vértigos. Ya no aspiraba sino á una venganza cualquiera, siempre que fuese ruidosa y terrible.

Esta vez no le faltó su imaginacion; su naturaleza depravada estaba en su elemento. La naturaleza no ha sido tan avara con el género humano como estaria uno tentado á creer al ver ciertas imbecilidades. Cada hombre posee de seguro una especialidad cualquiera, que no espera sino la ocasion favorable para manifestarse. Enrique Martial de Laverdac meditaba simplemente una infamia, y tal era su carácter mal intencionado, que lo que una vez hubiera concebido era muy capaz de ejecutarlo. Determinado ya su proyecto, quedaba solamente una cuestion de forma. ¿Atacaria á su enemigo franca y brutalmente, ó bien á imitacion de la felonía que atribuia á la marquesa, se serviria de la sombra de un instrumento para herir mejor y sin peligro? La entrevista que al amanecer iba á pedir al marqués debia cortar las dificultades.

A las seis en efecto resonaron pasos en el corredor; Laverdac se detuvo para escuchar. Una mano tocó el picaporte de la puerta; el marqués consentia en aquella entrevista tan de mañana porque él tampoco habia podido dormir. Los celos son de todas las pasiones, la que mas se inclina al insomnio. Entró envuelto en una espléndida bata llena de ramos.

«¡Ah! ¿estais ya levantado? dijo; me habeis asustado. Cuando vuestro camarero vino á avisarme temí que estuvieseis enfermo de las consecuencias de vuestro encuentro de ayer con el feroz cerbero de Aulnes.»

Estas palabras, tan bondadosas en boca de un hombre que con toda su estupidez creia un tanto, y que venia sin saberlo á añadir un agravio mas á los que tenia ya contra de Surgis, estas palabras hubieran quitado todo escrúpulo al baron si hubiera tenido alguno.

«¡Ah! marqués, ¿tambien vos creeis que ese guarda me ha batido? Es admirable que á fuerza de repetirlo acabe el error por parecerse á la verdad.

Ayuntamiento de Madrid

—Pero hombre, el aire de conviccion de M. Lemonnier.....

—Lemonnier, dijo Laverdac, y acá para *inter nos*, no le creo tampoco muy fuerte. Es uno de esos necios que, como el oso de la fábula, matan al hombre para aplastar la mosca. ¿Habeis visto cómo insistia maliciosamente? El pobre tonto no veia que sus acaloradas escusas eran mas impolíticas que el acto del guarda mismo.»

De Bauval se sonrió, porque si es verdad que un necio habla muchas veces, otro mas necio que le admire no lo es menos, que un necio halla muchas veces otro mas necio que se mofe de él.

«Sí, sí; pero ¿por qué diablos me habeis mandado á llamar tan de mañana?

—En primer lugar, sentaos, mi querido amigo: hé aqui por qué os he llamado, porque no podia presentarme á estas horas á la señora marquesa. El caso del guarda es el que me inquieta..... Bauval, vos no sois celoso, amigo mio; acabais de encogeros de hombros cuando os he hablado de presentarme á vuestra esposa, y os felicito por ello. Pero decia que ese guarda es el que me inquieta. Importa á mi dignidad que quede en Aulnes. Sabeis ya que M. de Surgis se cree obligado á emplear la severidad: es una manera amable de inaugurar su llegada entre nosotros; pero yo no entiendo de esto. Si el guarda es despedido, queda demostrado para la mas remota posteridad que yo he sido batido por ese bribon. Esto será en adelante evidente, como la derrota de Marco Antonio, como la retirada de Moscow. Se nos ha invitado á ir á cazar á Aulnes: vamos pues esta mañana, y tendremos asi una ocasion muy natural para intervenir en favor de ese miserable.

—¡Por Dios! no me atrevia á proponéroslo despues de vuestra bat..... vuestra caida de ayer.

—Confieso tambien, repuso Laverdac, que empiezan á gustarme los conejos, y no dudo que en poco tiempo llegarán á ser mi especialidad como la vuestra. ¿Las liebres? ¡valiente cosa! corren todo derecho y casi siempre á cielo descubierto. ¿Los faisanes? ¡bah! pueden matarse á bastonazos. El verdadero mérito está en el conejo; el conejo es el que saca á los tiradores de línea. Robin de Bois nunca cazaba mas que conejos, Nemrod ¡lo mismo! Hipólito ¡lo mismo!

—¡Ah! por fin os habeis convencido, dijo Bauval loco de contento. Bien sabia yo que al fin y al cabo seriais de mi opinion. Yo he estudiado las costumbres del conejo, yo, y puedo daros buenos consejos. El conejo es aturdido, inocente, lleno de confianza. Supuesto esto, seguid mis razones; el conejo, siempre cándido, juega aturdidamente delante del cazador que le apunta; seguid mis razones: el cazador cree tenerle ya en su morral, ¡tira! ¡pum! el conejo que veia á su derecha está ahora á su izquierda. Esta petulancia, este mismo aturdimiento es el que le ha salvado. Seguid bien mis razones.

—¡Diablo! Larochefoucauld no ha estudiado mejor que vos el corazon humano, marqués.

—Y sin embargo ved cómo nos calumnian, la demas gente del gran mundo; creen que no nos paramos en nada porque á primera vista parezca así muchas veces. Y ¡bien! todo lo contrario. Yo, por ejemplo, observo sin cesar, y sé como esto, para las ocasiones, una multitud de cosas sin vacilar en ninguna. Por eso seguid bien mi razonamiento.....

—¡A quién decís! Pero la filosofía nos conduciria muy lejos por el momento. ¿A qué hora vamos de caza? A las siete, hora militar: ¿os parece bien?

—¿Pero aquellos señores estarán levantados en Aulnes?

—Sin duda que no; pero yo tengo mi proyecto: antes de ir á Aulnes cazaremos, haciendo camino, en el fondo del parque, al rededor del kiosko.

—¡Ah! ¡famosa idea! Pero, Dios mio, si no hay un raton siquiera en la maleza que rodea al kiosko. Conozco el parque como los bolsillos de mi chaleco; y ademas el conejo, mirad, seguid bien mis razones, mi querido Laverdac, el conejo siempre se halla en las avenidas de los bosques, donde gusta de jugar y ejecutar sus locuras.

Ayuntamiento de Madrid

—Dejadme á mí, replicó instándole el baron; os preparo una sorpresa: yo os respondo que encontraremos allí alguna cosa interesante; he estudiado el terreno, y he hecho un descubrimiento.

—¿Cuál? alguna gazapera.

—¡Puede ser! ya vereis.

—Si llevásemos los hurones, ¿qué decís? preguntó el marqués, convencido ya por la afirmacion de su interlocutor y loco de alegría.

—Es inútil, fácilmente hallaremos la caza en cuestion.

—Pues cuanto antes, Laverdac; á las siete, hora militar, como vos decís. Voy á vestirme. Soy con vos al instante.»

Las seis acababan de dar cuando Max y Alfredo á su vez dejaron á Aulnes. Aunque su objeto era ir á Rembert, tomaron una direccion opuesta, dieron la vuelta al parque de Aulnes, y retrocedieron otra vez para quitar toda curiosidad. Un bosque hácia el sud unia los dos dominios; le atravesaron despacio. Como la víspera, Susana era el objeto principal de su conversacion, siempre interrumpida por la memoria de Pamela.

«Ya ves, decia Alfredo, que te he venido á acompañar. Esto destruirá toda suposicion maliciosa, porque nunca se ha visto una cita entre tres. Aunque es verdad que Pamela, porque esta muger está destinada á destruir el órden de cosas mejor establecido, aunque es verdad que Pamela acudia á nuestras entrevistas acompañada la mayor parte de las veces de una amiga, yo la hacia almorzar. ¡Jesus! ¡qué hambres! ¡Y hay todavía gentes que querrian que la muger no se alimentase sino de nectar, de ambrosía, de perfumes, de miasmas! ¿qué sé yo? Pero en los bastidores de la ópera hay un modo mas positivo de comprender la poesía gastronómica.

—No te puedes figurar, replicó Max, cuánta es la repugnancia que siento en ir á hablar con la marquesa de Bauval, justamente en el mismo lugar en que ví por la primera vez á la señorita de Rembert.

—¡Hé aquí que te haces supersticioso! Psit, yo tambien comienzo á creer en la fatalidad. Todos los sitios en que vuelvo á encontrar á Pamela en París me horrorizan cuando los veo luego. Vaya, ¡pero acá para inter nos! todavía no hemos hablado del marqués. ¿Qué te parece de ese aristócrata?

—¿A mí? muy bien.

—¡Muy bien! tú te burlas. Es evidente para mí, que para sacrificarse á semejante marqués Mlle. Legros, esa segunda hija del plebeyo caballero, no leyó antes de su matrimonio el *grand Poquelin de Moliere*. El grande hombre habia adivinado á M. Bauval. En esto, ves tú, Pamela muestra al menos mas juicio. Los príncipes polacos estan todayía intactos, todavía no han encontrado su Moliere.»

Los dos jóvenes habian llegado al foso que separaba al parque de Rembert del de Aulnes.

«Vamos, despáchate, continuó Lemonnier; yo aquí me quedo sentado: voy á esperarte fumando el cigarro décimosexto, y procurando no pensar en Pamela para alegrarme algo. Sé digno como todo amante sacrificado debe serlo, sobre todo cuando está de buen humor. ¡Poca conversacion! cuanto se discute con las mugeres es perdido. Lo mas que te concedo es un cigarro de tiempo; total, cuatro sueldos de conversacion.»

Max se alejó rápidamente. A los veinte pasos encontró la verja, y entró en el parque de Rembert.

Ayuntamiento de Madrid

Dos largas calles de árboles se estendian hasta perderse de vista delante de él. Sus ojos no descubrieron á nadie; pero á algunos pasos de la puerta que le habia dado entrada, sobre un banco junto al kiosko, vió sentada una muger en la mas perfecta inmovilidad, oculta su cabeza entre las manos y apoyados los codos en sus rodillas. Se la hubiera creido dormida.

De Surgis reconoció á la marquesa de Bauval.

Era ella en efecto; pero desde la víspera se habia efectuado un gran cambio en toda su persona, ahora abatida, y sobre todo en la espresion de su fisonomía pálida y dolorosa. Los celos son para las otras pasiones lo que el ácido prúsico para las pasiones del cuerpo.

La hora del castigo habia llegado ya para Luisa Legros. Amargos pesares desgarraban su corazon. Habia vuelto á ver á Max; la solitaria existencia del jóven, inesplicable para todos, la habia dicho á ella los sufrimientos á que habia condenado á quien tanto la habia amado, á quien ella misma habia amado verdaderamente, y al que no habia sacrificado sino á un sentimiento pasajero de orgullo. Luisa en aquel momento sufria mas que el vizconde habia sufrido nunca. Aquel amor, ahogado por la vanidad, acababa de renacer; ella le amaba con toda la fuerza de la desesperacion, con toda la fuerza de los celos.

Max empujó ligeramente la puerta del enverjado, y se adelantó á paso lento hácia la marquesa. La inmovilidad de la jóven continuó: Max la contempló un instante, despues se acercó á ella con frio respeto.

Lemonnier, cuando Max se separó de él, se apoyó de espaldas contra un árbol y se miró algunos momentos en el lustre de sus botas. Pero era uno de aquellos hombres que no les gusta meditar de pié, pues lo hallan muy fatigoso para las piernas, si no para la cabeza. Se sentó pues en el borde del foso con las piernas estiradas y la cabeza apoyada en una mano, y pensó en variar sus placeres; hizo entonces con el humo de su cigarro anillos, estrellas, espirales, arrojó mil chinitas al charco de agua que habia á su lado para hacer oleadas, y cantó todos los motivos de *Guillermo Tell*, tan pron de bajo, tan pronto de tenor, de baritono ó soprano, imitando tambien algunas veces los acompañamientos de fagot, de trompon y de figle.

Esta última distraccion le recordó desgraciadamente á Pamela, recordándole la Academia real de música. De repente un ruido confuso que venia del interior del parque interrumpió sus recuerdos correográficos. Se inclinó para escuchar, pero fue en vano, nada percibia su oido distintamente; era como un ruido de las hojas, acompañado de palabras ininteligibles. La inquietud empezaba á apoderarse de él con motivo de la entrevista de Max y de la marquesa; pero lo que le tranquilizó fue que el ruido venia del lado opuesto al que Max se habia dirigido. Sin embargo continuó en observacion.

Aquel ruido era producido por el marqués y Laverdac que hablaban de los conejos; habian salido de caza á la hora convenida, y hacia media hora que recorrian el parque dirigiéndose lentamente hácia el kiosko, hácia aquella region de la caza, segun el dicho de Laverdac, que tantos triunfos sangrientos prometia al marqués.

«Cuando yo os lo decia, Laverdac, esclamaba Bauval con visible mal humor, y llevando pacíficamente su escopeta en el hombro con la culata en el aire; ¡cuando yo os lo decia que no encontraríamos ni siquiera un raton por aqui! Me parece que es preciso colocarlos en la clase de los animales fabulosos, con los esfinges y los centauros; pero estais empeñado como un diablo: ignorais hasta las primeras nociones relativas á las costumbres del tímido y gracioso animal que cazamos, ó mas bien que hemos salido á cazar... seguid bien mis razones, mirad este terreno seco y sin verdor: ¿qué diablo quereis que venga á hacer un conejo á estos lugares?

—Todavía un poco de paciencia, respondió Laverdac; ¿deben desanimarse asi los grandes caractéres? En la adversidad es donde se conocen los grandes cazadores, como

Ayuntamiento de Madrid

los grandes capitanes. Os repito que estoy seguro del éxito de mi proyecto, yo sé donde está la caza; echando por aqui, y avanzando pasito, pasito, no podemos menos de verla.

—Pero al menos decidme de qué animal se trata, porque en cuanto al conejo, me parece que podeis despediros. ¿Es pluma ó pelo? Hablad. A ningun hombre se le hace perder el tiempo en tal incertidumbre.

—¡Silencio, silencio! si haceis ruido espantareis la caza.»

Hablando asi en voz baja continuaban adelantándose.

«¡Toma, toma, toma! ¡M. Lemonnier! esclamó de repente M. de Bauval. ¿Pero qué es lo que haceis aqui?»

Acababa de descubrir á Alfredo, que siempre con el cuello tendido hácia adelante, trataba de descubrir la causa del ruido que se sentia cada vez mas próximo al lugar donde estaba sentado.

Lemonnier, á la vista del marqués, bramó de cólera por el peligro que podian correr su amigo y la marquesa si llegaban á ser descubiertos cara á cara por aquel celoso. Toda su presencia de espíritu estuvo á punto de faltarle. Sin embargo se repuso, y disimuló muy bien su turbacion. Lo mejor que para esto puede hacerse es devolver al interlocutor su misma pregunta.

«¡Toma, toma, toma! señor de Bauval, esclamó él á su vez, ¿qué haceis por aqui armado hasta los dientes como un fuerte destacado?

—¿Yo? cazo, por supuesto con este querido baron. ¡Eh! Laverdac, aproximaos, mirad á M. Lemonnier.»

A este llamamiento el corazon del baron brincó de alegría. La presencia de Alfredo en aquel sitio le indicaba que Surgis no debia estar muy lejos. A su alegría sucedió bien pronto un nuevo acceso de furor concentrado. Todavía hubiera querido poder creer que se habia engañado, que habia oido mal en el baile, y que Mme. Bauval no se habia burlado de él. Pero ya no podia dudarlo, tenia en Max un rival preferido. Componiendo sin embargo su figura, llegó al borde del foso para saludar al huésped de Aulnes. El plan de Lemonnier estaba ya combinado en su cabeza.

«Verdaderamente soy feliz en encontraros, señores, dijo; me veis ejercer mis nuevas funciones; soy guardabosque interino. El oficio no es de los mas divertidos; pero en fin es preciso ganar su subsistencia.

—¿Cómo guardabosque? preguntó el marqués.

—Eh, sí. Ha sido preciso despedir á ese miserable que ayer se ha permitido batir al señor baron; porque, no me cansaré de repetirlo, desgraciadamente no es sino muy cierto que el señor baron ha sido batido.

—Esto es contradictorio, repuso M. de Bauval; nos disponiamos M. de Laverdac y yo á ir esta misma mañana á Aulnes á solicitar de M. de Surgis el perdon para ese hombre.

—¡Qué! esto no os impide venir, señores: al contrario, despues de la partida de ese miserable que osaba maltratar á los caballeros, la morada de Aulnes ofrece mas seguridad y mas distracciones. El foso no está largo: vamos, señores, echad á andar, yo os serviré de guia hasta Aulnes.

—Desgraciadamente es imposible, dijo Laverdac, he prometido al marqués una sorpresa de cazador en los alrededores del kiosko. Esperadnos aqui; pronto volveremos.»

Estas palabras dieron á conocer á Alfredo todo el peligro de la traicion que el baron meditaba. Si no hubiera escuchado mas que su indignacion, le hubiera ahogado inmediatamente. Se contuvo sin embargo, porque su objeto era alargar la conversacion. Una hora lo menos habia pasado ya desde que Max le habia dejado. No debia pues tardar en volver; los cuatro sueldos de conversacion debian haber pasado ya.

Pero fue el mismo marqués el que deshizo su estratagema.

«¡Y bien! M. Lemonnier, aguardadnos aqui cinco minutos, al cabo de los cuales volveremos, dijo. Este diablo de Laverdac me ha fatigado con dos horas que hace ya que insiste en llevarme á un lugar donde teóri-

Ayuntamiento de Madrid

camente no puede haber ni un conejo. Se ha empeñado conmigo, y quiero probar á este testarudo que no sabe la menor costumbre de este interesante cuadrúpedo.»

A estas palabras los dos cazadores se alejaron en la direccion del fatal kiosko.

La situacion era de las mas críticas. Lemonnier, bramando de temor y de cólera, esperó con impaciencia que el marqués y su compañero hubiesen desaparecido. Despues

echó á correr por el bosque.

Iba hácia la gruta, dando un rodeo para no ser visto, esperando llegar al kiosko á tiempo de advertir y salvar á Max y á la marquesa, ó al menos para tomar una venganza ruidosa de Laverdac si llegaba muy tarde.

V.

Hemos dejado al marqués conducido traidoramente por Laverdac dirigirse al kiosko so pretesto de los conejos, y á Lemonnier, que asustado por el peligro posible de la entrevista de la marquesa y Bauval en caso de sorpresa, apresuraba su marcha, con la esperanza de llegar á donde estaban ellos á tiempo para avisarles que se separasen. Durante este tiempo Surgis se habia adelantado, como hemos dicho, hasta sentarse al lado de la que le esperaba, la cual no le habia visto absorta en su dolor.

Max fue el primero que rompió el silencio.

«Héme aqui á vuestras órdenes, señora,» dijo con un frio respeto.

Por toda respuesta, y conservando su actitud, ella le tendia una mano sin dejar de cubrir su rostro con la otra.

Max no aceptó aquella mano.

«Señora, continuó, me habeis pedido esta entrevista, en la cual esponeis vuestra reputacion. Yo he hecho la locura de asistir á ella. Hé aqui vuestras cartas, señora; permitidme que me retire.»

La jóven esposa permaneció silenciosa como á la primera pregunta. Su mano permanecia tendida hácia Max. Esta plegaria muda calmó la cólera que hasta entonces habia animado el corazon del jóven.

«Luisa, dijo, no vengo á daros quejas.

—Max, ¿me habeis perdonado? respondió ella.

—Señora, nada tengo que perdonaros. El tiempo pasado está ya borrado de mi memoria; he olvidado á la jóven, y no conozco á la marquesa de Bauval.

—Max, no me abrumeis con vuestro desprecio. ¡Oh, bien vengado estais! No destruyais mi única, mi mas dulce esperanza. Sin duda alguna que ya no tengo derecho á vuestro amor, y que he tenido la debilidad de dar á otro todos vuestros derechos al mio; pero al menos permitidme creer que esta Luisa, que en otro tiempo os era tan querida, no ha venido á ser para vos un objeto de odio y de desprecio. El orgullo me ha perdido. Yo os he partido el corazon; pero en cambio vos me habeis partido tambien el mio. Max, os amo ahora mas que nunca, os amo, y sin que pueda tener esperanza. Si este amor es una falta, es tambien un tormento mas. ¡Plegue á Dios que la confesion de esta falta que os hago aqui sin ser solicitada, y solo para mi castigo, pueda ser para vos una expiacion suficiente!

—Tranquilizaos, Luisa, replicó friamente de Surgis, que permanecia de pie delante de la marquesa. Yo no os detesto, yo no os desprecio. Me habeis pedido mis cartas; aqui estan: he venido á traeros el sagrado depósito para asegurar en cuanto dependa de mí vuestra tranquilidad presente. Vivid dichosa

Ayuntamiento de Madrid

con la existencia que habeis elegido, y dejadme volver á la mia. No os tengo ni odio, ni cólera; solamente indiferencia. Quizá pudiera yo aun daros las gracias por haberme devuelto una felicidad que hará verdaderamente mi ventura.

—Max, sois cruel. Sin duda no lo seriais menos si supieseis lo que sufro, lo que he sufrido. M. de Bauval me ha hecho desgraciada; celoso, suspicaz, egoista, violento, aparentando indiferencia y hombría de bien, me hace pagar cruelmente el nombre que me ha dado, ó mas bien que me ha vendido por el precio de la inmensa fortuna que le he traido. ¡Oh! no habeis tardado en ser vengado. Vuestra marcha precipitada ha sido el primero de mis remordimientos; vuestra vuelta será quizá el último. ¡Oh! Max, antes de separarnos decidme al menos que me perdonais, y que si alguna vez os viene á la memoria el recuerdo de vuestra pobre Luisa, no será para maldecirla.»

Al decir estas palabras Mme. Bauval inundaba con sus lágrimas las manos de Max, que tenia agarradas desesperadamente entre las suyas. El jóven no pudo menos de concebir un sentimiento de piedad al ver el dolor verdadero ó falso de aquella muger, que en otro tiempo se habia burlado de él, pero á quien encontraba desgraciada y llorando lo pasado. La dirigió algunas palabras consoladoras y casi afectuosas; pero el corazon de Mme. de Bauval no se dejó engañar. Conoció bien que el de Max estaba perdido para ella sin remedio.

De repente la marquesa tembló; creyó haber visto mal, y su rostro se cubrió de una palidez mortal. Retiró vivamente sus manos de las del vizconde y las pasó por sus ojos. Una segunda mirada la convenció que no se habia engañado.

«¡Mi marido! esclamó Luisa saltando asustada de su asiento; ¡estoy perdida!

Y temblorosa, despavorida, se precipitó á la puerta del kiosko que se abria al lado opuesto al lugar en que habia pasado esta escena, y desapareció á los ojos de Max, pero sin haber olvidado las cartas que le habia restituido el jóven. Las mugeres conservan su presencia de espíritu aun en sus mas grandes emociones.

Max no tuvo ni la idea ni el tiempo de detener á la marquesa ni de ayudarla á alejarse. ¿Habia ella hecho mal en huir de la vista de su marido? ¿Habria hecho bien en quedarse? La respuesta á esta doble pregunta dependia únicamente de esta. ¿El marqués habia visto y conocido á su esposa? Era evidente que en el caso de afirmativa, la fuga de la marquesa era susceptible de la peor interpretacion de parte de su marido. Max comprendió toda la gravedad de la situacion, y esta idea le devolvió toda su sangre fria. Se sentó sobre el banco en el lugar que acababa de dejar Luisa, é inclinándose hácia adelante, llevó la mano al tobillo y principió á apretárselo como uno que trata de calmar un dolor.

M. de Bauval habia reconocido perfectamente á la marquesa, á pesar de los cien pasos de distancia que le separaban del kiosko y de la sombra oscura que proyectaban los árboles del parque sobre el lugar de la escena.

En cuanto á Laverdac, tan pronto como se cercioró de que el marqués habia descubierto lo que su perfidia meditaba mostrarle, le dejó bajando la cabeza y haciendo que buscaba entre la maleza alguna pieza de caza que habia al fin descubierto; despues, cuando vió al marqués adelantarse hácia Max, se volvió, y adelantándose él mismo muy pa-

Ayuntamiento de Madrid

sito en la misma direccion, pero á través del follaje, vino á colocarse detrás de la calle de árboles que rodeaba el kiosko, de manera que pudiese oirlo y verlo todo sin ser él visto.

Si el marqués hubiese seguido su primer impulso, de seguro se hubiera precipitado sobre Max y su esposa sin pedir esplicaciones, y los hubiera muerto á los dos con la escopeta de dos cañones de que iba armado; pero tenia una de esas cóleras que no dejan de ser muy terribles porque sepan contenerse.

Cuando llegó cerca de Max se sentó á su lado, apoyó en tierra la culata de su escopeta y le dijo con un tono friamente irónico:

«¿Qué haceis aqui, mi querido caballero?

—¡Ah! ¿sois vos, señor marqués? dijo tranquilamente Max levantando la cabeza. Temo haberme torcido el pie; acabo de hacer una locura.

—¿Una locura? A vuestra edad..... esto me admiraria..... ¿Pero se puede saber cuál?

—Venia de Rembert. El camino ordinario me ha parecido muy largo: he querido tomar uno mas corto, he atravesado el foso, y me he torcido el pie.

—Sí, comprendo..... una torcedura del género de la de Rossini en el *Barbero de Sevilla*. ¿Diablo? esto es cosa seria, y llevais razon en decir que habeis hecho una locura. Es preciso estar loco, ó bien enamorado, para esponerse asi. Pero en fin, á lo hecho pecho. Es preciso curaros..... haceis mal en quedaros aqui. Vamos, un pequeño esfuerzo, dejadme llevaros al interior de este kiosko; alli estareis mejor, al menos podreis estender la pierna en el divan.

—Sois muy bondadoso; pero en cinco minutos esto se me habrá quitado.

—No, no, venid.»

Y hablando asi, el marqués se dirigia hácia la puerta del kiosko. Era ya evidente para Max que el marqués lo habia visto todo, y que creia que su esposa se habria refugiado en el kiosko. De Surgis no podia dejar que esta duda pasase á certeza, y resolvió salvar á toda costa á la marquesa. De un salto se colocó entre Bauval y la puerta del kiosko.

—¡Ah, ah! dijo el marqués con una ironía amarga; me parece que estais muy listo, señor vizconde, para haber recibido una torcedura. ¡Pero bien! entrad el primero, yo entraré detrás.»

Max, como se concibe muy bien, nada tenia ya que responder, porque no podia ya dar el cambio al marqués. Guardó silencio, y determinó permanecer inmóvil delante de la puerta con los brazos cruzados y resuelto á todo por impedir la entrada. El marqués entonces no pudo contener su cólera.

«¡Alguno hay aqui! esclamó con rabia: abrid esa puerta, caballero, ó no respondo ya de mí.

—No os comprendo, señor marqués, replicó Max con calma; aqui no hay nadie.

—¡Nadie! os lo digo yo que aqui hay una muger y que quiero verla.

—Eso es lo que yo no sé, caballero; pero si por casualidad fuese verdad lo que decís, me creeria feliz en defenderla contra una curiosidad que nada puede justificar.

—Por la penúltima vez, ¿quereis dejarme paso?

—No.

—Por la última vez, ¡dejadme paso ú os mato!» gritó con una voz atronadora el marido de Luisa.

En aquel momento se oyeron algunos pasos en el interior del kiosko, despues un ruido sordo como el que hubiera producido la caida de un cuerpo sobre el pavimento.

Al oir este ruido el furor del marqués acabó de estraviarle completamente la razon.

«Caballero, esclamó, vos lo habeis querido.»

Y retrocediendo un paso, apuntó á Max y soltó el gatillo.

El tiro salió; un grito le respondió á veinte pasos entre los árboles.

El marqués en su dichosa torpeza, ó mas bien por efecto de su misma cólera, habia tirado á Max á boca de jarro.

De Surgis, mas asustado por el grito que acababa de oir que por el peligro que acababa de correr él mismo, se habia precipitado

Ayuntamiento de Madrid

en direccion al lugar de donde habia salido el grito de dolor.

Cuando llegó encontró á Laverdac por tierra, sangriento é inanimado.

El marqués por su parte se habia lanzado bramando de furor hácia la puerta del kiosko, que habia cedido á sus golpes. Un segundo despues volvió á aparecer pálido, vacilante, lívido, esclamando:

«¡Dios mio! ¿qué he hecho? ¡no era ella!

Alfredo Lemonnier solamente se dejó ver entonces en el lugar de la escena, y no viendo mas que al marqués, se precipitó en el pabellon.

Mlle. Rembert yacia desmayada sobre el pavimento.

¿Cómo se hallaba Susana en el kiosko? ¿por dónde se habia escapado la marquesa?

La marquesa, en el espanto que le habia causado la vista de su marido, se habia efectivamente precipitado hácia la puerta del pabellon; pero la habia encontrado cerrada. No sabiendo ya qué hacer, se habia arrojado perdida á través de la maleza y habia ganado prontamente el castillo.

En cuanto á Susana, habia permanecido toda la noche en la otomana en que la dejamos. El sol, mostrándose radiante en el horizonte, habia hecho abandonar su habitacion; el fresco verdor de la mañana, y el dulce canto de las aves, la habian atraido al jardin. Despues de haber vagado mucho tiempo de sendero en sendero, sus dulces ilusiones de niña la habian dirigido al fin al kiosko. Visitar los lugares donde habia visto á Max por la primera vez, la parecia hoy una peregrinacion santa.

Al acercarse al kiosko, fue grande su asombro al ver el banco ocupado ya por Mme. Bauval. Vivamente contrariada por su presencia, casi llorando al ver asi profanado aquel santuario, se habia detenido indecisa si se aproximaria ó retrocederia.

Mientras que vacilaba asi, Max se habia acercado á la marquesa; el candor de la niña no le permitió soponer ni temer una traicion. Sin embargo, una curiosidad ardiente se habia apoderado de ella.

La arena del sendero le quemaba los pies. Se deslizó ligeramente en el kiosko, cerró sin ruido la puerta y escuchó. Max no amaba á Luisa, Susana era feliz en saberlo; pero Mme. Bauval le amaba quizá tanto como ella misma. Este descubrimiento la desgarraba el corazon. Aquel derecho de amor creia tenerlo ella sola.

La inesperada venida y las amenazas de muerte del marqués la habian llenado de terror; entonces la habia faltado poco para perder la cabeza. Sin embargo, lo que ella sabia de la escena precedente, la habia dado á conocer que solo con su presencia podia salvar á Surgis. Con este objeto se habia adelantado hácia la puerta; pero abandonando sus fuerzas á su voluntad, habia caido desmayada. Nuestros lectores saben lo demas.

VI.

Algunos meses despues, al principio de la primavera, despues de un invierno rigoroso, durante el cual Rembert se habia quedado triste y desierto, el castillo habia recobrado su aire de fiesta, sus habitantes eran aun mas numerosos que de costumbre.

No lejos de allí, el castillo de Aulnes presentaba una animacion igual. Numerosos criados circulaban por los salones. Las ventanas abiertas de los diferentes pisos del edificio, y que habian estado cerradas hasta aquel dia, daban á aquella morada un aspecto desacostumbrado de alegría.

Ayuntamiento de Madrid

En el fondo del parque de Rembert, y por la puerta situada cerca del kiosko, acababan de entrar dos personas: eran un jóven y una niña bella y graciosa. Marchaban lentamente con los brazos y las manos enlazadas, silenciosos, y deteniéndose de vez en cuando el jóven para contemplar el rostro de la niña y ella para sonreirle.

«Max, dijo esta de repente, si seguimos caminando así, nunca llegaremos al desayuno, y bien sabes que á mi padre no le gusta esperar.

—Susana, niña fea, ¡no pensais sino en comer!

—Vos teneis la culpa, señor mio: ¿por qué habeis prometido ayer por la tarde que vendríamos á desayunarnos aquí, como si no estuviésemos mejor en Aulnes? Todos estos fastidiosos de Rembert me molestan ahora. Ademas su camarada Lemonnier debe llegar de un momento á otro. Max, no pasemos por aquí, este horroroso kiosko me hace mal, añadió la jóven agarrándose fuertemente á su marido.

—Pues á mí, al contrario, me gusta ver su espesura; en ella se ha labrado mi ventura, niña mia.»

En aquel momento un tercer interlocutor corria á mas no poder llamando al vizconde desde lejos.

«Max, Max, decia, esperadme. ¡Ah! sí, sí, los enamorados no tienen oidos. ¡Max!.. Al fin, al fin... ¡esto es muy bueno! Soy yo, mi caro amigo; toma un abrazo. Señora vizcondesa, os presento mis respetos... mejor queria sin embargo un apreton de manos á la inglesa; ya introduciremos esta moda en Francia. Pero al fin estoy aqui, como me veis. En Aulnes me han dicho que acababais de salir, y he echado á correr. Bien sabia yo lo que me hacia, seguro estaba de encontraros. ¡Soy tan feliz al veros, feliz, mi querido Max! por tu ventura y por la mia.....

—¿Por la tuya? ¿seria que te casases?

—¿Yo? vaya, vaya..... al contrario..... Pamela..... ¡Ah! mil perdones, señora: el matrimonio es la verdadera felicidad; solamente que me parece que esto depende de las circunstancias.

—¿Pamela? ¿qué es eso? preguntó Susana sonriendo malignamente.

—Pamela..... es..... es una señorita..... una señorita del gran mundo..... Mlle. Pamela acaba de hacer un matrimonio soberbio, se casa con un príncipe polaco, uno de mis amigos; yo le he ayudado un poco en sus negociaciones matrimoniales. La familia de Pamela temia que fuese un mal casamiento. Mlle. Pamela está para partir al palatinado de su marido. Toda vez que se haya marchado, espero que podré al fin vivir tranquilo y sin pensar en ella. Esto me quitará el fastidio.»

El marqués y la marquesa de Bauval viajan ahora por Italia. No es necesario decir que no han vuelto á Rembert.

Honoré Martial, baron de Laverdac, está en los baños para curarse la herida que felizmente era leve. M. Rembert, que es el único que sabe los detalles de la catástrofe del kiosko, le ha cerrado su puerta.

ALFREDO DE MENCIAUX.

FIN.

Ayuntamiento de Madrid

LA CASA DE LA CALLE DEL INFIERNO.

El sol habia desaparecido del horizonte, la luz pálida y trémula del crepúsculo alumbraba débilmente el taller. Federico cubrió la piedra litográfica en que trabajaba, y se fue á la ventana con Enrique Leblanc, que se divertia en echar pan á los gorriones del Luxemburgo.

«Y bien, mi Rafael, ¿has concluido? preguntó este dando una palmadita en el hombro del jóven pintor.

—No, no he tenido tiempo, y sin embargo el editor debe mandar por la piedra mañana.

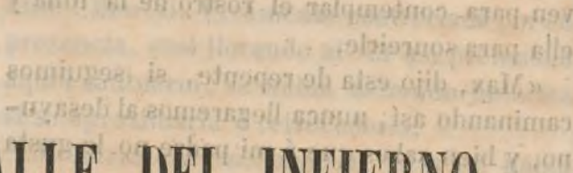
—¿Con que es decir que tienes que entregar tu trabajo á hora fija?

—Poco mas ó menos.»

Leblanc se encogió de hombros.

«¡Hé aqui á qué punto hemos llegado! esclamó; ¡los artistas son ahora los esclavos de esos bribones de chalanes! Tú has equivocado la época al venir á este mundo, mi buen Federico; debieras haber nacido cuando todavía habia creencias, cuando se comprendia el arte, y entonces en lugar de encontrarte aqui con una blusa de tela, en una sala de diez pies, trabajando como un negro para esos empresarios, estarias con tu jubon de seda y tu escarcela recamada, pintando alguna vírgen en una gran catedral, ó retratando alguna combleza de rey en un palacio.

—Mas vale ser un pobre jornalero libre



que un lacayo opulento.

—¿Con que es decir que estás contento con tu suerte?

—No; ¿pero quién me asegura que lo hubiera estado mas hace cinco siglos?

—Por mi vida que no te comprendo; nadie diria que eras artista: nunca te quejas. Yo por mí soy médico, y por consiguiente desinteresado en la cuestion; pero odio nuestro siglo de especieros. ¡No puedo ver un talento despreciado sin tener una neuralgia! y no hay otra cosa en el dia. Ayer mismo he conocido á un jóven empleado en *Assurances*, que es el autor de un poema admirable sobre el *Monte Carmelo*.

—¿Te le ha leido?

—No; pero basta ver su cabeza para conocer que es un gran poeta. Tiene la protuberancia de la *idealidad* lo mas desarrollado que he visto en mi vida. ¡Y bien! nadie le conoce; asi es que está decidido á asfixiarse á fines del año si no ha encon-

Ayuntamiento de Madrid

trado un editor: ya ha compuesto la mitad de la pieza de verso, que dejará en el bolsillo de su gaban, para que la publiquen los periódicos.»

Federico Garnier sonrió tristemente sin responder. Conocia muy bien á Enrique para tratar de contradecirle. Ya hacia tiempo que este habia adoptado el papel de procurador del rey contra la época: este era su tema, y sus compañeros le citaban, si no como el mas hábil, al menos como el mas artista de todos los médicos de reputacion de París.

Leblanc tenia ademas esa vanidad tan comun que nos hace convertir á cuantos conocemos en grandes hombres para dorarnos con los rayos de su gloria. Buscando sin cesar genios ignorados, cada dia tenia algunos nuevos en su cartera. Desgraciadamente la esperiencia le habia prevenido ya contra sus fáciles entusiasmos, y con la mayor parte su aprobacion era mas perjudicial que provechosa.

Federico estaba muy lejos de participar de las opiniones de su amigo; pero queriendo evitar una discusion inútil, mudó la conversacion, y le habló de su nueva habitacion.

«Mira, le dijo, los árboles vienen hasta mi ventana, me despiertan los colorines que cantan en los tilos. Tengo una puerta que da á los paseos, me bajo por las mañanas cuando todo está solitario, y en dos horas puedo creer que el Luxemburgo es mio. Ademas todos los inquilinos estan en el campo, yo estoy solo en medio de este gran palacio, y tranquilo como en el fondo de un convento.

—¿Estás decidido á pasar aqui todo el verano?

—Todo el verano.

—¿Has renunciado á tu proyectado viaje á Italia?

—Enteramente.

—Has hecho mal.

—Puede ser.»

La conversacion se hizo lánguida, y á poco rato Leblanc salió para ir al teatro del Odeon, del cual era médico hacia algunos meses. Cuando se hubo marchado, Garnier

se quedó con el codo apoyado en la ventana, la cabeza inclinada, y el corazon profundamente contristado.

Enrique no habia echado de ver al hablarle de su viaje que tocaba una esperanza muerta hacia poco, y que el jóven pintor habia llorado amargamente. Animado por algunos buenos sucesos (los primeros, siempre fáciles, porque á nadie dan sombra), Garnier habia tenido este sueño hacia un año, y como sucede siempre cuando uno es jóven, se lo habia dicho á todos sus amigos, presentando, sin saberlo él mismo, una esperanza como un proyecto. Pero bien pronto vinieron los desengaños, y al primer entusiasmo de sus protectores sucedió la indiferencia. Federico comprendió que habian hecho con él lo que con los reclutas, á quienes ayudan todos el primer dia, cargándoles, una vez en marcha, con todas las armas y todos los peligros del camino. Sus trabajos disminuyeron, se los pagaron á menos precio; en fin fue preciso tocar á *aquella parte de esperanza* sacada de sus primeras ganancias, y lejos de guardar para el porvenir, vivia con los ahorros de lo pasado. Hubo en esta ruina de sus mas dulces ilusiones gran número de suspensiones y crísis; pero las exigencias de cada dia devoraron poco á poco su tesoro. ¡Oh! ¡cuántas veces durante esta lucha se indignó de ver el triunfo de la materia sobre el espíritu y de la necesidad sobre el deseo! ¡Cuántas veces se irritó contra las dispendiosas necesidades de la vida condenándose al retiro,

Ayuntamiento de Madrid

reformando sus costumbres elegantes y sufriendo el hambre! Pero á pesar de todo, llegó un momento en que fue preciso conocer la imposibilidad de realizar su esperanza, y renunciar al viaje que habia mirado durante dos años como una recompensa y como un término. Hacia ocho dias apenas que se habia hecho á sí mismo esta confesion, y las palabras de Enrique vinieron en mal hora á rematar su dolor.

Permaneció mucho tiempo en la ventana completamente abismado en sus ideas, y solo volvió en sí al sonido del reloj que daba las diez. Entonces advirtió que todo estaba silencioso en el Luxemburgo. La brisa que se habia levantado le llevaba el suave olor de los naranjos, y sus ojos divisaban las blancas estatuas del jardin á través de los árboles, que se movian como un ejército de mudos fantasmas.

Federico contempló un instante aquella noche llena de estrellas y de perfumes; despues se quitó de la ventana exhalando un suspiro, y dió algunos pasos por el aposento. Pero el tránsito repentino del cielo luminoso que acababa de contemplar á la oscuridad de su taller, le causó una emocion penosa: parecióle que le faltaba aire y espacio; su cuarto le hizo el efecto de una tumba..... Se sentó, y miró en derredor.

Algunos bustos de yeso, colgados de las paredes, proyectaban sus sombras, y un maniquí bizarramente vestido delineaba confusamente en un ángulo una figura humana. Federico se sintió oprimido; á su tristeza habia sucedido una especie de vago terror, que no era mas que una segunda espresion del abatimiento de su alma. Su soledad, que habia traido de repente lágrimas á sus párpados, le daba miedo ahora. Sentia una repugnancia temerosa en levantarse, su oido estaba atento, sus ojos errantes en derredor, parecian esperar alguna estraña vision.

De repente un paso ligero resonó por defuera, la puerta se abrió bruscamente, y una muger se detuvo en el dintel. Federico se habia levantado pálido y turbado, la muger pareció un instante buscar á alguno en la oscuridad; despues, divisando al jóven á la claridad de las estrellas que se deslizaba sobre la pared, se dirigió derecha á él.

«M. Federico Garnier, dijo jadeando.

—Yo soy, señora.

—¿Teneis una puerta que da al jardin del Luxemburgo?

—Sí señora.

—En nombre del cielo abrídmela.»

Federico hizo un movimiento de sorpresa.

«¡Oh! ¡por Dios, caballero, continuó ella, no me negueis un favor por el cual os deberé mas que la vida!»

Todo esto era pronunciado con un acento estrangero que Garnier no habia oido jamás, pero con una voz tan desgarradora, que no pudo menos de enternecerse. Por un movimiento rápido é instintivo corrió á la puerta que le suplicaban que abriese; estaba cerrada.

«Perdonad, señora, dijo registrando á tientas su mesa de trabajo, busco la llave.

—Gracias, caballero, ¡oh! ¡gracias!.. ¡Y bien!.. ¿no la encontrais?..

—Sin luz no puedo...

—¡Encendedla!»

Federico corrió al aposento vecino, y volvió bien pronto con una palmatoria en la mano. Su primer mirada fue á la estrangera: al verla permaneció inmóvil y como fascinado por su belleza.

«¡La llave, caballero, la llave!» repitió esta con una espresion de súplica irresistible.

La encontró al fin entre sus papeles, y corrió á la puerta para abrirla; en aquel momento sonó un tiro en el Luxemburgo. La

Ayuntamiento de Madrid

jóven dió un grito y se apoyó en el muro.

«¿Qué es eso, señora? preguntó Federico asustado...

—¡La puerta, caballero, la puerta!»

El artista abrió, y ella se precipitó en el jardin.

La vió atravesar los paseos, correr derecha á la estatua mas lejana, inclinarse sobre una sombra y despues caer. Entonces se lanzó tras ella y la encontró de rodillas, teniendo entre sus manos las de un jóven tendido sin movimiento.

«En nombre del cielo, ¿qué ha sucedido, señora?..

—¡Socorro, caballero, socorro!»

Federico se inclinó para ayudarla á poner de pié el cuerpo inmóvil: ella quiso levantarle la cabeza; pero apenas la tocó dió un grito horrible..... acababa de sentir aquella cabeza herida mortalmente caerse de sus manos.

«¿Qué teneis? preguntó Garnier sobresaltado.

—¡Muerto!» murmuró la jóven.

Y abriendo los brazos volvió á dejarse caer sobre el cadáver. Todo esto habia pasado en algunos segundos. Federico estaba fuera de sí. La vista de aquella sangre y de aquella muger loca de desesperacion le asustaba: miraba por todas partes con espanto sin saber qué hacer, cuando oyó á lo lejos unos pasos mesurados: volvió la cabeza, y vió á la claridad de la luna dos guardas que se dirigian por aquel lado. La idea de ser sorprendido al lado de aquel cadáver, de verse mezclado en aquel crímen, le heló de espanto: su primer movimiento fue huir; pero tuvo vergüenza de abandonar á una muger cuyo protector le hacia la casualidad. La levantó en sus brazos medio desmayada, y quiso atravesar el paseo; pero apenas tuvo tiempo de colocarse detrás del zócalo de la estatua: los guardas estaban á algunos pasos. Hubo entonces para él un momento horroroso de angustia: los dos veteranos conversaban tranquilamente: el mas jóven se detuvo para alcanzar los ramos de lilas, y Federico sintió su frente acariciada por el follaje agitado.

«Hé aquí un ramillete para Luisa, dijo el

soldado, respirando el perfume de las flores que acababa de coger.

—¡Qué noche tan bella! añadió su compañero: es una delicia vivir aquí.»

En aquel momento dieron la vuelta al zócalo de mármol, y sus pies tropezaron con el cadáver.

«¿Qué es esto, Pedro?»

Pedro se bajó.

«¡Dios me perdone! es un hombre asesinado.

—¡Quiá!

—Míralo.

—¡Ah! pues esto era el pistoletazo que hemos oido antes.

—Sin duda.

—Ve corriendo á dar parte, yo me quedaré aquí; despacha.»

Uno de los guardas se alejó corriendo.

Garnier no se atrevia á respirar, no pudiendo ya huir; sentia haberse escondido, y conocia sin embargo que era ya muy tarde para mostrarse. Bien pronto oyó, por la parte del palacio voces y un ruido de pasos; el guarda, que estaba bien seguro que el cadáver no tenia ya ningun resto de vida, se adelantó hácia los que venian; Federico conoció que no tenia mas que un momento y un medio de salvacion. Cogiendo en sus brazos á la jóven, abandonó el pedestal, cuya sombra le habia ocultado hasta entonces, atravesó el paseo, llegó á la puerta de su taller y se precipitó en él. Su primer cuidado, despues de haber colocado á la estran-

Ayuntamiento de Madrid

gera sobre el divan, fue correr á la ventana para asegurarse que no habia sido visto ni seguido; pero todo estaba tranquilo en el jardin. Solamente distinguió á través de los árboles, y por la parte de la estatua, algunas luces que se agitaban. Entonces volvió al momento al lado de la jóven, que empezaba á recobrar sus sentidos.

El embarazo de Garnier era grande: habia en todo lo que acababa de pasar un misterio muy incomprensible para permitirle aventurar ninguna palabra. Permaneció pues de pié, al lado de la desconocida, guardando silencio y aparentando esperar sus órdenes. Sin embargo, como ella continuase mirando en derredor con ojos asustados, la dijo con dulzura:

«Estais en seguridad, señora.»

La jóven fijó en él sus ojos, guardó algunos instantes de silencio, y despues se puso á murmurar en voz muy baja palabras sin ilacion. Bien pronto elevó la voz, y se levantó con aire desatinado, llamando á Franntz á gritos. Federico, asustado, quiso en vano calmarla: su delirio fue en aumento, hasta que quebrantada por tantas emociones violentas, se dejó caer sin fuerza y casi desmayada. El jóven pintor cogió sus manos, estaban heladas: tocó su frente, y la encontró abrasando. Algunas gotas de sangre corrian entre los dientes apretados de la jóven, y todo su cuerpo estaba agitado por una convulsion de agonía.

Un profundo terror se apoderó de Garnier: todo lo que acababa de pasar le habia quitado su presencia de espíritu habitual. Arrojado de pronto en medio de aquella rara aventura, su imaginacion se habia exaltado, y hacia algunos momentos que todo lo creia posible, menos una cosa ordinaria. La idea de que aquella muger iba á morir en su casa, y á dejarle con todo el peso de un misterio de que no podria dar cuenta, fue la primera que le hirió. Podian salvarla prontos auxilios; ¿pero dónde encontrarlos? ¡No tenia vecinos, el portero estaba tambien ausente, y no habia dejado en el cuarto sino á su padre, anciano débil é idiota!.. De repente se acordó de Leblanc, el Odeon no estaba distante sino algunos pasos, y estaba seguro de encontrarle allí. No habia que vacilar un momento: dirigió todavía una mirada á la estrangera, que permanecia en el mismo estado, y corrió al teatro. Felizmente conocia el lugar donde Enrique tenia la costumbre de sentarse: llegó hasta él por cima de los asientos de la orquesta, en medio de las injurias de los músicos, le cogió por el brazo y le obligó á seguirle.

«¿Para qué diablos me quieres? le preguntó Leblanc luego que hubieron salido.

—Ya lo sabrás, respondió Garnier, echando á andar sin soltarle el brazo: ven, ven corriendo.

—¿Pero á dónde me llevas?

—A mi casa.

—¿Ha sucedido alguna cosa?

—Sí.

—¿Una desgracia?

—Sí.

—¿Hay algun herido?

—Sí.»

Llegaron por fin, á todo correr, al número 18 de la Calle del Infierno. Federico llamó, la puerta se abrió, y se precipitó en su aposento: la estrangera no estaba ya... Corrió á la habitacion del portero:

«¿Ha salido alguien mientras yo he estado fuera?

—Nadie, caballero.»

Entonces, loco, perdido, sube la larga escalera hasta el último escalon; vuelve á bajar despues á su cuarto, abre los armarios, desordena los muebles, aparta las colgaduras; no hay nadie.

«Pero, con mil pares de diablos, ¿qué buscas?» grita Leblanc, que le habia seguido en todas sus escursiones sin comprenderlas.

Federico se deja caer sobre el divan sin responder; la desaparicion de la desconocida ha puesto el último sello á los misterios de aquella estraña noche.

Al dia siguiente á aquel en que Federico Garnier fue testigo de la escena que acabamos de contar, anunciaron los periódicos que se habia hallado en el Luxemburgo el cadáver de un jóven cuyo pais y nombre eran

Ayuntamiento de Madrid

desconocidos. El jóven pintor esperó en vano mas amplias esplicaciones. Aquel accidente fue bien pronto olvidado. Pero habia dejado en el alma del jóven un recuerdo profundo. Hasta entonces habia distinguido el mundo de los libros del mundo real, y no habia mirado como posibles sino los hechos vulgares que se repetian cada dia. Este suceso fue para él un nuevo aspecto de la existencia, una reaparicion de lo estraordinario en el mundo que él habia creido sometido á los solos cálculos de la necesidad ó de la costumbre. Una vez abierta ya esta puerta, todos los sueños de su imaginacion tomaron vuelo. Desde que pudo creer en lo novelesco, no quiso ya pensar en ninguna cosa ordinaria; convertido al culto de lo maravilloso, le dió toda la brillantez de un nuevo modelo, y trajo á su memoria todas las quimeras que le habian encantado en el colegio cuando pasaba las noches leyendo á la luz de una lámpara cuidadosamente escondida. Le pareció imposible que concluyese allí la aventura en la cual habia sido actor; aquello no era á sus ojos sino el principio de un libro que se puso á continuar en su imaginacion, edificando en el vacío de largos dramas, cuyo desenlace hacia feliz ó terrible, segun el humor que habia tenido aquel dia. Por lo demas, esta crísis poética reanimó su alma abatida; la esperanza volvia á su habitacion disfrazada de heroina de novela. Federico volvió á emprender con valor sus trabajos, seguro de que se preparaba algun cambio en su destino. Los acontecimientos no tardaron en justificar sus predicciones.

Una mañana que trabajaba con ardor en un cuadro, llegó Leblanc acompañado de un desconocido.

«No te incomodes, esclamó el médico al entrar; delante de su lienzo es donde se debe ver á un pintor. Te presento á M. Vertman, de Munich.»

Federico saludó embarazado.

«¡Un admirador entusiasta de tu talento!»

Federico saludó de nuevo aun mas embarazado.

«Un aficionado cuya galería habrás oido nombrar.»

Federico saludó tercera vez.

Durante todo este tiempo M. Vertman habia permanecido de pié apoyado en su baston, en la actitud de un caballete que espera un lienzo. Garnier le obligó á sentarse; pero el aleman miró en derredor, y se detuvo delante de dos paises que Federico miraba como sus dos mejores pinturas. Despues de haberlas examinado bastante tiempo, se volvió al jóven pintor, y:

«¿Están vendidos? preguntó.

—No, caballero.

—Yo ofrezco cien luises por ellos.»

Federico levantó bruscamente la cabeza.

«¿Podeis darlos en ese precio?

—Sin duda.»

Vertman sacó su cartera.

«Hoy mandaré por ellos,» dijo entregando á Garnier la suma convenida.

Este miró á Leblanc para saber si no era víctima de alguna mistificacion; pero Leblanc parecia estar tan admirado como él.

«Quisiera igualmente de vos, repuso el aleman, cuatro vistas de Roma, pero tomadas de los mismos lugares. ¿Habeis visto la Italia?

—La veré bien pronto, caballero.»

Vertman abrió de nuevo su cartera.

«Pagaré mil francos por cada cuadro,» dijo.

Y presentó á Garnier dos billetes de banco. Garnier quiso rehusarlos.

«Esto son las arras, dijo el aleman. Tengo siempre la costumbre de asegurarme así las obras que encargo.»

El jóven pintor se vió obligado á confor-

Ayuntamiento de Madrid

marse con este uso y aceptar el dinero. Despues firmó un recibo á M. Vertman, el cual se despidió de él á poco tiempo.

Apenas habia marchado, cuando Federico saltó al cuello de Leblanc.

«¡Iré á Italia, iré á Italia! esclamó; sí, ¡y podré ver las obras de Rafael y de Miguel-Angel..... Mira, soy rico; tengo en que fundar mis esperanzas; ¡tengo para llegar á ser pintor!.....»

Y agitaba sus billetes como castañuelas, y bailaba en derredor de su taller derribando los taburetes.

«¡Y decir, añadió de repente, que la ventura, la gloria, todo en fin puede depender de algunos pedazos de papel como estos! ¡Pensar que con 4,500 francos puede uno hacerse un grande hombre!..... ¡Oh, mis queridos billetes de banco, mis protectores, mis buenos genios, mis dioses! Y los abrazaba..... ¡Generoso M. Vertman!..... ¡Y yo, que no podia ver á los alemanes!..... ¡La primera nacion del mundo para comprar cuadros!..... ¡En adelante quiero hacer mis oraciones con los ojos vueltos hácia el Rhin como los verdaderos creyentes hácia la Meca, quiero aprender á fumar y que me guste la *Maucrout!* Pero Leblanc, ¿dónde diablos has ido á buscar á ese virtuoso aficionado?

«¡Voto á tal! ¡Una casualidad! le he encontrado en el Odeon; hemos hablado del arte, y te he citado; él ha visto tus pinturas en casa de los comerciantes, y quiere verte.

—Gracias; tú eres quien me has abierto la puerta para la buena suerte; ¡tú habrás sido mi Mercurio! Voy á pintarte con chaleco de franela, el caduceo en la mano y las alas pegadas á los tacones de tus botas.

—Tú te vuelves loco.

—De alegría, puede ser; ¡cuando uno no tiene la costumbre!..... A propósito, ¿te quedas conmigo? No quiero que este dia acabe como otro cualquiera; comeremos en casa de Very, y tomaré un asiento para la ópera.

—Mas valdria que te cuidases y que tomases una tisana de lechuga.

—¡Hombre, por Dios! déjame tiempo de concentrar mi alegría; ¿no conoces que yo jugaba mi porvenir con el diablo y que le he ganado la partida? Hoy, ya lo ves, tengo fe en mí, me siento fuerte, poderoso; el rey de Francia no me llega al hombro. Marchemos. Voy á comprar una maleta, un sombrero de paja y un pasaporte.»

Cinco dias despues Federido Garnier marchaba para Marsella, donde iba á embarcarse para Italia; su loca alegría se habia calmado; se habia posesionado de ella, y un sentimiento de tranquila felicidad la habia reemplazado. Próximo á ver las obras maestras, cuyo pensamiento habia ocupado tanto tiempo sus ilusiones de artista, esperimentaba una especie de temor inquieto comparable al de la jóven que marcha al altar donde la espera su prometido. Asi es que cuando le mostraron á Génova saliendo de entre las brumas de la mañana, no pudo contener un grito: ¡al fin tenia la Italia delante de sus ojos! .... Federico visitó sucesivamente á Florencia, Pisa, Nápoles, Venecia y Roma, encontrando por todas partes en los museos, en las iglesias, en los campos, en el aire las sublimes tradiciones del arte. Los primeros meses de su viaje fueron consagrados á la admiracion; pero bien pronto sintió la necesidad de imitar en medio de aquellas obras escogidas y de aquella naturaleza de lo selecto: se puso á pintar, y conoció la influencia que habia ejercido ya en él el aspecto de lo bello. Su ojo se habia hecho mas inteligente, su mano mas firme; no sé qué encarnacion de todo lo que le rodeaba habia penetrado en él; acabó en tres meses un cuadro mucho mejor que los que habia pintado hasta entonces, y

Ayuntamiento de Madrid

le mandó á Francia para la esposicion que iba á abrirse. Bien que sintiese mucho todo lo que le faltaba á su obra, esperaba sin embargo que seria notable y que le valdria algunos ánimos. Esperó pues con una impaciencia febril la apertura de aquella especie de concurso en que el público era llamado á juzgar. Al fin recibió de Leblanc esta carta:

«Hace ocho dias que estan abiertas las galerías; pero antes de escribirte he querido saber lo que el público decidiria de tu obra. Sé feliz, hermano; el público te ha comprendido, el genio ha obligado á la ignorancia misma á la admiracion. Hermano, bendita sea la madre que te ha dado el ser, porque la patria le deberá una de sus glorias, y su hijo será grande entre los hombres. Ya se eleva una voz unánime en tu tránsito; sube al Capitolio, triunfante, sin hacer caso de las injurias que algunos soldados ébrios cantan detrás de tu carroza. ¡A Dios, ya eres victorioso y omnipotente; pero no olvides, César, que yo soy el primero que he sabido descubrir la aureola en derredor de tu frente!»

Enrique Leblanc.

P. D. «No te se olvide enviarme por Livourne las cuerdas de violin y la pasta de macarrones que te he pedido.»

A escepcion del *post-scriptum*, que era muy claro, Federico no comprendió gran cosa de lo que le escribia su romántico amigo. Solamente conoció, en la estraña puntuacion de esta carta, dividida en versículos como una epístola á los Corinthios, que Leblanc acababa de leer el *Ultimo dia de un reo de muerte*, y daba por entonces en el Dityrambo. Felizmente algunas otras cartas de un estilo menos elevado, y los periódicos que recibió, le confirmaron el suceso metafóricamente anunciado por Enrique. Supo que su cuadro le habia colocado á la altura de los maestros mas ilustres, y habia bastado para popularizar su nombre. El precio elevado que le propusieron, y los pedidos que le llegaban, acabaron de persuadirle.

Federico no se sintió aturdido, sino fortificado por una fortuna tan rápida. Las almas grandes saben soportarlo todo, aun la prosperidad. Comprendió que su precoz celebridad no añadia nada á su talento, y le imponia nuevos deberes: por consiguiente se resolvió á mostrarse tanto mas severo consigo mismo, cuanto mas indulgente fuese el público, y hacer por merecer siempre mas de lo que se le concediese. Pero no le cegó el orgullo, confesó la justa confianza que tenia en sí mismo, y no dudó de sus fuerzas como hasta entonces.

Despues de haber acabado de estudiar la Italia, resolvió volver á Francia, donde le llamaban su nueva reputacion y trabajos importantes que habia aceptado. Subió, pues, hasta Milan, y entró en Suiza para tomar el Rhin hasta Bâle y dirigirse despues á París. ¡Esperaba sublimes espectáculos, poderosas y dulces emociones, esperaba encontrar en aquellos nidos de águilas verdaderos descendientes de Guillermo Tell! ¡y no vió sino pequeños pueblos sobre grandes montañas y la sublime opulencia de la creacion, avergonzando la ambiciosa pequeñez de los hombres! La Suiza que él esperaba no existia ya; la que recorrió era un panorama mágico donde todo se pagaba, desde el queso hasta los témpanos de las montañas, desde la buena presencia de la posadera hasta el punto de vista de la cascada. Por todas partes parecióle contemplar gigantescas decoraciones pintadas por algun Titan discípulo de Daguerre. Apenas pudo encontrar de trecho en trecho algun mar de hielo fuera del camino de los carruajes, algunos lagos cubiertos de armellas azuladas á cuyas márgenes pudiese sentarse, y pintar sin temor la llegada de algunos ingleses con blusa gris; porque hace

Ayuntamiento de Madrid

quince años que los ingleses han caido sobre la Suiza, como las langostas sobre las llanuras de los Faraones, con la diferencia sin embargo de que las langostas devoraban el Egipto, y es la Suiza quien devora á los ingleses. Desde Sion hasta Berne tropezais con ellos por todas partes. En donde veais á alguno que come, consultad un *Guia del Viajero;* podeis cantar el *God save, the queen*, seguro de ser comprendido.

Federico Garnier llegó á Bâle un mes despues de su partida de Milan, habiendo encontrado mas ingleses que montes de hielo; cansado ya de ver caras rubias y telas verdes, y dispuesto á cantar con M. Scribe:

«*Je suis français, mon pais avant tout* (1).»

A su llegada habia mucha gente en Bâle para las elecciones; concurrian los estrangeros de Alsacia y de Alemania, por lo cual todas las posadas estaban llenas. Federico pidió en vano á diez posaderos uno de esos catres de plumas, adornados de dos servilletas, á los cuales se les da en Suiza el nombre de cama; en todas partes le dijeron que no habia: ya no le quedaba mas que visitar los *Tres Reyes*, fonda afamada, donde tenia menos probabilidades que en las demas de encontrar un cuarto; asi es que no se tomó la pena de bajar de su carruaje, se contentó con preguntar á la puerta, y segun la costumbre de Suiza, acudió el posadero.

«¿Una cama? dijo Garnier.

—No tengo ninguna, caballero.

—¡Al diablo las posadas y las elecciones! Entonces, comeré y continuaré hasta San Luis.

—Vais á ser servido.»

Federico se preparó á bajar del carruaje; al levantar sus ojos vió á un viajero de pié al lado de la puerta de la posada, que hablaba con una muger velada. Era M. Vertman. Soltó una esclamacion de sorpresa, é hizo un gesto; pero en el mismo instante la muger velada se entró presurosa arrastrando á su interlocutor. Federico se ajustó de prisa, y corriendo con el cochero, entró en la sala de los viajeros para unirse á ellos. El salon estaba lleno de gente. Buscó algun tiempo inútilmente, y encontrando al fin al posadero le preguntó por M. Vertman.

«Ha marchado, caballero.

—¿Marchado?

—Apenas hace algunos minutos.

—¿Y á dónde?

—A Baden.

—¿Estaba aqui hacia mucho tiempo?

—Dos dias solamente. Yo no pensaba que se marcharia hoy.

—¿Entonces podeis disponer del cuarto que ocupaba?

—Acabo de darle; pero el de su sobrina está á vuestra disposicion, caballero.

—Le tomo.»

Despues de haber admirado el Rhin, visitado la catedral y la biblioteca, Federico fatigado mandó que le enseñasen su cuarto, y

subió á él guiado por una doncella de la fonda. Todavía le encontró en el desórden en que le habia dejado la que le ocupaba algunas horas antes; todo probaba allí la precipitacion de una marcha inesperada; multitud de papeles rasgados estaban esparcidos por el suelo, sobre un sofá habia un cinturon olvidado y un libro todavía abierto; la *Valerie* de Mme. de Krudner.

Despues de haber recorrido algunas páginas de esta peligrosa obra maestra, el jóven pintor volvió á la chimenea, donde habia visto brillar un medallon. Apenas le hubo

(1) Yo soy francés; mi pais ante todo.

Ayuntamiento de Madrid

mirado, dió un grito ligero. Acababa de reconocer las facciones de la desconocida del Luxemburgo. Entonces recordó vagamente á la muger que apenas habia visto hablando con M. Vertman, y no dudó que fuese ella. Sin duda le habia conocido, y su marcha repentina no habia tenido otro objeto que evitar el encontrarse con él. ¿Pero cómo era sobrina de aquel M. Vertman que habia proporcionado al jóven los medios de hacer su viaje á Italia? ¿Era ella quien le habia enviado? ¿El aleman no habia venido sino á instancias suyas, y la compra de los cuadros no habia sido mas que un diestro rodeo para obligar á Federico á aceptar un beneficio, ó mas bien un medio disfrazado de alejarle de Francia?....

Garnier se perdia en conjeturas; pero cualquiera que hubiese sido el motivo de la marcha de la estrangera, hubiera querido á todo precio sondear aquel misterio incomprensible: el encuentro casual que acababa de tener en Bâle habia despertado toda su curiosidad.

Muchas veces al leer la biografía de los maestros habia envidiado sus vidas aventureras. Parecióle que dependia de él dejar tambien á sus futuros biógrafos ocasion para alguna historia novelesca. Por otra parte se hallaba en una de aquellas venas de audacia que dan los malos sucesos; pensó que tocaba quizá al descubrimiento de aquel estraño secreto, recordó la belleza de la desconocida, creyó que podia todavía sin inconveniente retardar dos meses su vuelta á París, y resolvió en fin partir al dia siguiente para Baden en busca de M. Vertman y de su sobrina. Pero cuando llegó, ambos habian partido ya para Viena. Federico vaciló un instante en seguirles; pero la parte que acababa de ver de la Alemania le encantaba. Tenia tiempo y dinero; continuó pues su camino, siempre precedido del tio y la sobrina, cuyas huellas no perdió sino al entrar en la capital del Austria.

Viena es el París de la Alemania. La vida es allí fácil, el pueblo alegre y los placeres muchos. Garnier no estaba tan ocupado de su desconocida que olvidase todo lo demas; visitó los monumentos y los museos con la mayor escrupulosidad. Una noche al entrar en el teatro oyó hablar en francés, se volvió, y era Enrique Leblanc.

El médico y el artista se abrazaron como dos compatriotas que se encuentran en tierra estraña.

«Yo te creia en Roma, dijo Leblanc.

—Y yo á tí en París. ¿Qué diablos has venido á hacer aquí?

—Prepararme una clientela.

—¡Cómo! ¿Tú viajas por Alemania para hacerte una clientela en París?

—Eso no debe sorprenderte cuando sepas que se vuelve de Roma á Francia, pasando por Viena.

—Tú te burlas de mí.

—Nada de eso. Se habla mucho hace algun tiempo de un doctor aleman que ha hallado medio de curar las enfermedades, administrando los medicamentos á dósis infinitamente pequeñas.

—Comprendo: ¿has venido á estudiar su sistema?

—Tampoco: he venido á ver los museos de París, de Viena y de Berlin; pero á mi vuelta á París me hago médico homeopático. Sabrán que llego de Alemania; pensarán que he estudiado la doctrina en el mismo lugar de su orígen, y tengo hecha mi fortuna.

—Es decir que engañarás al pobre público.

Ayuntamiento de Madrid

—¡Especieros! murmuró Leblanc encogiéndose de hombros con profundo desden. Pero ¿á dónde vives? (Garnier le dió las señas de su habitacion). Iré á verte. Quiero presentarme en los salones que frecuento. Tenia cartas de visita para todo el mundo; me han recibido con los brazos abiertos, y hace quince dias que paso todas las noches comiendo lonchas de jamon en las mejores sociedades de Viena.»

Garnier aceptó la oferta de su amigo con la esperanza de obtener de las personas que visitase algunas luces sobre M. Vertman y su sobrina.

Para facilitar el objeto de sus deseos, pensó copiar en grande la miniatura que la casualidad habia puesto en sus manos, esperando dar á conocer mas fácilmente á la que buscaba. Acababa este trabajo cuando entró Leblanc.

«¡Hola, hola! dijo: ¿ya saben tu llegada?

—¿Por qué lo dices?

—¡Porque haces retratos!.... Conozco á esa dama.

—¡Tú! esclamó Federico.

—Yo mismo.

—¿Y sabes su nombre?

—Me lo han dicho; pero escuso de esos apodos bárbaros que es imposible retener en la memoria. La he visto muchas veces en casa de la duquesa de Remberg con su marido.

—¿Es casada?

—¡Sí! con un húngaro de mostachos, que se parece bastante á un tigre vestido de paja..... todo el mundo le tiene miedo, comprendiendo su muger, que segun dicen, se ha casado con él á la fuerza.

—¡Cómo, cómo!

—¡Oh! en esto hay una historia entera. Parece que esa señora era hija de un pobre pastor. El húngaro se enamoró de ella, y como estuviese prometida á otro, hizo condenar al amante por cazar en vedado, y despues se casó en su lugar.

—¡Y admiten á ese miserable!

—¡Que quieres!..... es un señor rico, y muy bien quisto en la corte..... Ha sido encargado de muchas misiones secretas.»

Federico no quiso preguntar mas por no despertar las sospechas de Enrique, cuya indiscrecion conocia. Se contentó con rogarle que le presentase en casa de la duquesa de Remberg. Pero aquella misma noche como se dirigiesen á ella juntos, al pasar por la calle de Leopoldstad, Leblanc le enseñó un carruaje que acababa de detenerse á la puerta de un suntuoso palacio.

«Mira, mira, le dijo, ese es el marido de tu bello modelo, que entra en su casa.»

Garnier volvió vivamente la cabeza, y vió á un hombre de talla elevada, que bajaba del coche, pero iba solo.

Al siguiente dia habitaba Garnier en la calle de Leopoldstad, y desde las ventanas de su elevado cuarto podia ver todo lo que pasaba en el palacio que Enrique le habia enseñado la víspera. Algunas preguntas hechas con destreza á su patrona le confirmaron lo que le habia dicho Leblanc, y resolvió no descuidar nada para saber si realmente habia vuelto á encontrar á su desconocida, y descubrir en fin la palabra de aquel enigma.

Entre las ventanas del palacio que daban á la calle, habia notado dos cuyas persianas estaban constantemente corridas. Pensó que debian pertenecer á la cámara de la jóven. Dos dias se pasaron sin que pudiese verificar su suposicion; pero al fin, el tercero se abrió una de las ventanas, y el señor húngaro se apoyó de codos en el balcon.

Los últimos rayos del sol poniente atravesaban los pabellones, y derramaban en el fondo del aposento una luz pálida y moribunda. Federico creyó distinguir una muger vestida de blanco, sentada sobre un canapé; pero estaba muy lejos, y la luz era muy poca, para poder conocerla. El húngaro permaneció bastante tiempo solo en el balcon; y ya empezaba á anochecer, cuando de repente se volvió, y por sus movimientos conoció Federico que hablaba. Entonces la sombra blanca y confusa que el jóven pintor habia distinguido en el fondo del aposento pareció agitarse, se levantó haciendo un grande esfuerzo y se adelantó lentamente hácia la ventana.

Ayuntamiento de Madrid

Federico habia levantado la cortina, detrás de la cual habia estado oculto hasta entonces; la cabeza sacada, la mirada fija, y deteniendo apenas la respiracion, esperaba que aquella forma se hiciese mas distinta. La jóven, que se habia adelantado con la frente baja, levantó de repente la cabeza, y sus ojos se encontraron con los de Garnier.....

El jóven quiso retirarse; pero antes de echarse atrás la vió estender las manos, y la oyó dar un grito. Permaneció entonces inmóvil algunos instantes sin atreverse á volver á levantar la cortina que habia dejado caer delante de sí; pero bien pronto resonó el ruido de una ventana que se cierra con violencia: sacó la cabeza; el húngaro y la desconocida habian desaparecido de improviso, y las persianas estaban corridas de nuevo.

Aquella misma noche su patrona le participó que habian venido á preguntar por él, y que se habian informado de su nombre, de su pais, de sus costumbres y del motivo de su permanencia en Viena. Federico adivinó fácilmente la causa de todas estas preguntas: ¡le habian conocido! Comprendió cuánto tenia que temer en un pais estraño donde se hallaba sin proteccion, y en posesion de un secreto, que ciertas gentes podrian querer ahogar á toda costa, y resolvió obrar con la mayor circunspeccion y reserva posibles.

Algunos dias se pasaron sin que sucediese nada de notable: las ventanas del palacio húngaro no se habian vuelto á abrir, y Garnier empezaba á temer que se hubiese marchado la desconocida. Una tarde Leblanc llegó con dos billetes para la ópera, y enseñándolos:

«Vamos pronto, le dijo: es una pieza nueva, y habrá mucha gente hoy.»

En efecto, con dificultad pudieron encontrar un asiento. Despues de esperar mucho tiempo, se levantó el telon. Federico reconoció desde las primeras escenas una ópera francesa, cuyas primeras representaciones habia visto á su partida de París: nada habian mudado en la obra: el mismo diálogo, los mismos cantos, la misma música; si los actores hubiesen cantado bien, y la orquesta hubiese tocado con compás, se hubiera creido en el teatro Favart de París. Ya se habian representado los dos primeros actos, é iba á levantarse el telon para el tercero, cuando Garnier sintió deslizarse un papel entre sus dedos; una mano furtiva desapareció en el mismo instante en el palco vecino, y antes de que hubiese pensado lo que debia hacer, oyó cerrarse la puerta de aquel palco. El billete no contenia mas que estas palabras trazadas con un lapiz:

«El jueves estareis en el baile de máscaras que da la duquesa de Remberg en trage de albanés; si os preguntan qué buscais, respondereis:—¿Qué sé yo?»

La letra era de una mano de muger: Federico no dudó un instante que viniese de su desconocida. Leblanc le habia presentado la víspera justamente á la duquesa de Remberg, y esta le habia convidado á la fiesta que daba: nada pues se oponia á que se encontrase en ella; resolvió ir al baile y probarlo todo por penetrar un misterio que tanto tiempo hacia le preocupaba.

Al dia siguiente se vistió el trage que le indicaban, y se presentó en casa de la duquesa. Su prisa le habia hecho adelantarse á la hora regular. Todavía habia poca gente en los salones.

Despues de haber examinado á todos los convidados que habian llegado ya, Federico se colocó al lado de la puerta para ver entrar á los que llegaban de nuevo, esperando que una casualidad podria hacerle conocer á la muger que aguardaba; pero la multitud le obligó bien pronto á dejar aquel puesto: empujado poco á poco al centro de los salones, renunció á una pesquisa imposible, y se decidió á esperar.

Entre tanto la noche avanzaba: los bailes se habian interrumpido ya y vuelto á empezar muchas veces: la orquesta acababa de dejar de tocar de nuevo, y los convidados se trasladaban á la sala del banquete que acababan de abrir. Cansado de la luz y del ruido, Garnier dejó pasar las oleadas risueñas de los bailarines: vió una puerta abier-

Ayuntamiento de Madrid

ta, la empujó suavemente, y se encontró en

una pequeña biblioteca apenas alumbrada. Se dejó caer sobre un canapé exhalando un suspiro de cansancio y de fastidio; pero apenas hacia un instante que se habia sentado, cuando resonó un paso ligero; volvióse, una muger en rico trage español estaba detrás de él.

«¿Qué buscais? le preguntó ella en voz baja.

—¿Qué sé yo?....»

La muger hizo un movimiento, y miró por todos lados.

«Mas bajo, caballero, murmuró despues.

—Estamos solos, señora.»

La muger se acercó mas.

«¿A qué habeis venido á Viena, caballero?

—A buscaros.»

La jóven retrocedió.

«¡A buscarme! ¿Por qué?

—Por la segunda vez os diré: «¿Qué sé yo, señora?» Vuestra aparicion ha sido un suceso estraordinario en mi vida, que al recobrar vuestras huellas se ha apoderado de mí una inquietud curiosa, y á toda costa he querido volver á veros.

—¿Qué teneis que preguntarme?

—Todo, señora, porque nada he adivinado del drama de que me habeis hecho testigo y casi actor. No sé lo que debo creer, y este secreto me pesa como un remordimiento. ¡Ah! teneis el alma muy firme, señora, para no comprender que mi impaciencia por conoceros no es una vana curiosidad. ¡Es no sé qué esperanza novelesca de ayudar á alguna gran reparacion, de seros útil!.... Es la necesidad de hablaros de lo que habeis hecho por mí; porque ahora lo sé, señora: aquel M. Vertman, que me hizo de pronto bastante rico para poder visitar la Italia, fue enviado por vos; lo que yo habia creido una casualidad feliz, no era sino un beneficio encubierto; pero este beneficio, señora, debo saber á qué título se me ha concedido, y qué obligacion me impone. ¿De qué era precio aquel dinero en vuestro pensamiento? ¿Pagaba mi silencio, ó un servicio hecho?

—Uno y otro, caballero.

Entonces lo desprecio, señora: yo no vendo, ni mis servicios, ni mi discrecion.

—Por favor, escuchadme, caballero..... Habeis venido aquí, decís, movido de una noble curiosidad: quereis servirme: ¡y bien! caballero, básteos saber que todo lo que ha pasado es irreparable: que la desgracia pesa sobre mí sola en adelante, y que vuestra presencia puede perderme. Soy una esclava arrastrada á la cueva de una fiera, que á la menor cólera me matará..... El secreto que me preguntais me costaria la vida, caballero, si se supiese..... ¡Oh! yo os lo ruego, dejad á Viena, volved á Francia..... No sabeis qué peligro tan grande correis aquí..... Habeis escitado ya los celos del conde. Os vigilan, os siguen. Me ha sido preciso aprovecharme de la casualidad y del tumulto de esta fiesta para poder hablaros. Quizá me anden buscando ya.

Al pronunciar estas palabras, la jóven miró en derredor con inquietud. De repente sus ojos se detuvieron en el fondo del gabinete, y retrocedió haciendo un gesto de espanto. Federico, que habia seguido todos sus movimientos, vió en un espejo la imágen de una cabeza que asomaba por la puerta entreabierta. Se levantó con una esclamacion de sorpresa, y dió un paso hácia ella; pero la puerta se abrió bruscamente, y un hombre en trage de armenio apareció de pie en el dintel.

«¿Os interrumpo? dijo con una voz sombría.

—¿Qué quereis, caballero? ¿Y quién os ha dado permiso para escucharnos?» preguntó Federico.

Ayuntamiento de Madrid

Sin responderle, el armenio quiso adelantarse hácia la jóven; pero Garnier le cerró el paso: los dos hombres se miraron entonces un instante en silencio en actitud de provocacion y de odio. Al fin el armenio se arrancó de repente su careta, y mostró al jóven la figura salvaje del señor húngaro.

«¿Me reconoceis? preguntó este con una voz terrible.

—No tengo el arte de leer los nombres en los semblantes, respondió Federico con frialdad.

—Vuestra compañera será mas hábil.

—¡Atrás, caballero!

—¡Abajo esa careta!

—Atrás os digo.»

El húngaro llevó la mano á su puñal, y Garnier á su yatagan. Pero en aquel momento sonó la música; los convidados acababan de entrar en los salones, y una mul-

titud de máscaras se precipitaron en la biblioteca riendo. Federico aprovechó aquel momento de tumulto para proporcionar á la condesa los medios de evadirse, y cuando volvió para buscar al armenio no le pudo ya encontrar.

Al dia siguiente estaba solo en su cuarto ocupado en arreglar en una maleta algunos efectos de viaje, cuando el señor húngaro entró bruscamente. A su vista Federico tembló; el estrangero se adelantó hácia él, y preguntó por M. Federico Garnier.

«Yo soy, caballero: leed.»

Garnier admirado tomó la carta que le presentaban, y reconoció al primer golpe de vista la letra del billete que habia recibido en la ópera; la abrió y leyó:

«Hemos escapado, como por milagro, del »conde; una segunda entrevista nos perde»ria. Si alguna vez os he inspirado interés, »partid sobre la marcha: quizá pueda res»ponder algun dia á las preguntas que me »habeis dirigido; pero para esto será preciso »tiempo y libertad. Partid pues sin esperar »nada, sin preguntarme nada; y tratad de »olvidar una noche cuyo recuerdo querria »borrar con toda mi sangre.

MARGARITA.»

«¿Habeis leido? preguntó el conde á Garnier.

—Sí, caballero.

—¿Cuáles son vuestras armas?

—No os comprendo, caballero.»

El húngaro levantó los ojos sobre Federico con una admiracion feroz.

«¿No habeis leido el sobre de esta carta, caballero?

—A mí está dirigida.

—¿Y quién la ha escrito?

—Lo ignoro.

—¡Vamos, caballero, inútil es fingir! gritó el conde pegando una patada en el suelo..... ¿Me creis ciego y sordo?.... Jamás he dejado impune un insulto: sabedlo, es preciso que uno de los dos muera. No espereis escaparos esta vez; ya no estamos en casa de Mme. de Remberg: cualquiera que sea el tiempo que necesiteis para recobrar vuestro valor esperaré, porque no quiero salir de aqui sino para recibir satisfaccion.»

A estas palabras sentóse el conde, como si hubiese querido atestiguar mejor su resolucion; pero al apoyarse sobre el marmol de la chimenea, su mano tocó el medallon que Federico habia encontrado en Bâle; le tomó distraido, le volvió, y reconoció el retrato de la condesa. Al verle se levantó dando un grito de rabia.

«Caballero, dijo á Garnier rechinando los dientes; yo voy á buscar armas; dentro de una hora estaré aquí; y si no aceptais el combate..... os mataré.»

Ayuntamiento de Madrid

Cuando Federico se quedó solo, sentóse pensativo. Los acontecimientos que se habian sucedido hacia algunos dias habian hecho suceder á su curiosidad primera una especie de arrepentimiento, tratando de descubrir el misterio que envolvia á la condesa; habia obedecido á la vez á un capricho poético, y á una vanidad novelesca de jóven. Habia soñado un drama entero, en el cual le habia sido preciso darse el papel mas bello, y cuyas peripecías estaban dispuestas de antemano en su favor; pero bien pronto vió que en su entusiasmo no habia previsto ni las dificultades ni las molestias, y empezó á conocer que las grandes aventuras eran mas divertidas en los libros que en la realidad. La escena que habia tenido lugar la víspera en casa de Mme. de Remberg, y en la cual se habian despertado los salvajes celos del húngaro, le habian hecho reflexionar ya, y estaba bien resuelto á obrar con prudencia, cuando la provocacion del conde vino á desconcertarlo todo. Podia sin duda alguna destruir el error que habia producido esta provocacion; pero para esto era preciso contarlo todo, vender un secreto del cual dependia el honor y la vida de una muger, y este medio de salvacion le repugnaba como una bajeza. Ademas, ¿qué prueba podia dar en apoyo de sus palabras? ¿El conde no podia negarse á creer y aun á escuchar? ¿Estaba él bien seguro que ignoraba la verdad, que sus celos no eran un pretesto, y que no trataba de sorprender un testigo bajo la apariencia de un rival?

Federico no sabia á cuál de estas suposiciones atenerse: sin embargo, á todo evento escribió á Leblanc una carta en la cual le contaba sucintamente lo que habia pasado, y le declaraba su última voluntad en caso que muriese. Cuando acabó volvió á leer despacio su carta, y se sintió profundamente contristado. Este á Dios á la vida, ¿por qué no le habia escrito un año antes cuando todavía era pobre y desconocido? Entonces nada le ligaba á la tierra: morir no hubiera sido para el mas que cerrar los ojos y acabar de padecer; pero no, la fortuna habia querido mostrarle todo lo que hay de dulce en la existencia; le habia hecho rico, feliz, admirado; y ahora en medio de la alegría de su triunfo, tendia la mano para herirle, como si la felicidad que le habia dado al principio no hubiera tenido otro objeto que hacerle sentir mejor la tristeza de la muerte. Esta idea hizo asomar una lágrima á los párpados del jóven; pero dominó su emocion, y dobló la carta. Cuando acababa entró el conde con dos pistolas en la mano.

«Estoy á vuestras órdenes,» dijo Federico.

El conde dejó sus armas sobre la chimenea. Garnier cerró la carta destinada á Leblanc, puso el sobre y se levantó. Antes de salir:

«Caballero, le dijo, una palabra no mas, será la última. Juro por mi honor que jamás he amado á la condesa, que no la he visto mas que dos veces; mas, que ignoro su nombre, y que ese retrato, en el cual habeis visto una prenda de amor, le encontré en Bâle, donde habia sido dejado por olvido.

—¡Mentira, mentira!..... ¿Y la carta?

—La carta..... solo la que la ha escrito tiene poder y derecho para esplicárosla.

—¡Y lo hará!» dijo una voz tranquila.

Federico y el húngaro se volvieron al mismo tiempo. La condesa estaba de pié en la puerta que acababa de abrirse.

«Margarita, gritó el conde, ¿qué habeis venido á hacer aqui?

—Impediros cometer un crímen.

—¡Salid, salid!

—No saldré sino con vos, señor conde.

—¡Ah! ¡temeis por vuestro amante!»

La jóven dirigió al húngaro una mirada de desprecio y de cólera.

«Mi amante, dijo con una voz temblorosa; bien sabeis que no, señor conde.....

—Pero esta carta..... ¡esta carta, señora!

—¿Habeis olvidado, señor conde, un jóven á quien estaba prometida, y que indignamente hicisteis cargar de cadenas para arrancarme á él?

—No se trata de Frantz, señora.

—Os engañais, porque yo le amaba antes de que me forzasen á ser vuestra esposa. Vos le hicisteis condenar como un cri-

Ayuntamiento de Madrid

minal antes de llevarme á Francia, y sin embargo él consiguió reunirse otra vez á mí.

—¡Él! ¡imposible!.....

—Estabais ausente, señor conde, ocupado en las intrigas políticas de Lóndres.»

El conde llevó la mano á sus pistolas.

«Todavía no, caballero, dijo la jóven con una sonrisa amarga..... es preciso que lo sepais todo..... Frantz estaba en París hacia dos meses, cuando me anunciasteis vuestra vuelta. Entonces me propuso la fuga..... Pero yo tenia virtud, amaba á mi hijo. Estaba segura ademas que no podriamos escapar á vuestra persecucion; que aquel rapto costaria la vida á Frantz..... ¡yo queria salvarle!..... me negué..... Entonces recibí una carta de Frantz concebida en estos términos:

«Esta tarde estaré debajo de vuestras ventanas para esperaros ó para morir.»

«Yo estaba en el campo, llegué á París perdida; acababan de cerrar el Luxemburgo. Corrí á la casa de este caballero, que caia encima de la nuestra; me abrió una puerta que daba al jardin, y cuando llegué.... Frantz estaba muerto, caballero.»

La jóven ocultó su rostro con las dos manos.

«¿Comprendeis ahora, repuso despues de un largo silencio, por qué la presencia de este caballero me turbó la primera vez que le ví, por qué he querido verle y escribirle para alejarle?»

El conde lo habia escuchado todo con una calma terrible y una pistola en cada mano, la mirada fija, y los labios contraidos. Al fin se adelantó hácia Garnier, que habia permanecido mudo de espanto.

«Mañana saldreis de Viena, caballero,» dijo con un acento grave.

El jóven hizo un movimiento; pero la condesa le dirigió una mirada suplicante.

«Partiré, caballero,» dijo con sequedad.

Entonces el conde asió del brazo á la jóven, que tembló á este apreton, y ambos desaparecieron.

Un mes despues Federico Garnier encontró en París á Leblanc que llegaba de Viena. Los dos amigos hablaron algunos momentos.

«A propósito, dijo de repente Enrique, sé el nombre de tu húngara, es la condesa Margarita de Cleswolter.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo he leido en las papeletas de su entierro.

—¿Qué dices? esclamó Federico espantado; la condesa.....

—Ha muerto al dia siguiente de tu marcha.»

EMILIO SOUVESTRE.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

AGALEA,

NOVELA

POR DOÑA MARIA DE LAS NIEVES ROBLEDO

Y ALVAREZ.

Ayuntamiento de Madrid

AGATHA,

NOVELA

POR DOÑA MARIA DE LAS NIEVES ROBLEDO

Y ALVAREZ.

Ayuntamiento de Madrid

PROLOGO.

Lo sé, para vosotros escribo yo, para vosotras. ¡Oh tú jóven, que has salido del colegio y aun continúas tus estudios, y tú, hermosa dama, que te entretienes con la lectura de las novelas, como para descansar de los cuidados domésticos, ó en tanto que duerme en tus brazos un hijo querido, leed esta corta novela que os ofrezco; en lo desatinado de sus páginas conocereis que no fue escrita á la luz de una lámpara en las horas silenciosas de la noche, ni en el recogimiento de un gabinete solitario que niega la entrada á las amigas mas queridas, y sí solo entre las faenas que en sí lleva el gobierno de una casa, no tan contrario á los trabajos literarios como se vocifera. El único objeto que en ella me propongo es prevenir á las madres, si es que aun hay algunas que quieran criar á sus hijas en la ignorancia de los escollos que hallarán en la senda de la vida, si hubo un tiempo feliz en que esta educacion pudiera convenir, hoy no; la corrupcion es mucha, la seduccion está á la órden del dia, como suele decirse, y es mejor que las jóvenes esten prevenidas y sepan distinguir al seductor del hombre de sanas intenciones, y no sea sorprendida su buena fe. ¡Ay amadas mias! un solo paso en el camino de la vida suele decidir la dicha ó la desgracia de toda ella, y alcanzar tambien á seres inocentes á quienes nos une el amor ó la naturaleza; ¡ah, qué poco basta para relajar las cadenas del cariño en el círculo doméstico! ¿Quién creyera alguna vez, cuando se ve desposar dos amantes, cuando á la muerte de los padres reina en los hijos el cariño mas estremado y la concordia mas feliz, quién creeria llegasen á desavenirse y á tratarse como los mas irreconciliables enemigos? ¡Ay cielos! ¿qué tormento puede esceder al de un corazon que confió en ser amado, cuando se desengaña cayendo de sus ojos la venda que le impedia ver la verdad, como el telon de un teatro mecánico que nos presenta lo que no existe en él? ¡Oh tú, jóven lector, no te apresures por saber en qué para la novela; lee despacio, y haz propósito de odiar la seduccion conociendo sus consecuencias.

He determinado tambien embellecerla con algunos rasgos históricos; pues de no arrimar las novelas á la historia, solo veo en ellas un cuento como los que se inventan para adormir á los niños, y como la historia de los paises es siempre verdadera, no he dudado en darle las formas de la fábula sobre la base de la verdad.

Ayuntamiento de Madrid

PRÓLOGO.

Lo sé, para vosotros escribo yo, para vosotras. ¡Oh tú jóven, que has salido del colegio y aun continúas tus estudios, y tú, hermosa dama, que te entretienes con la lectura de las novelas, como para descansar de los cuidados domésticos, ó en tanto que duermo en tus brazos un hijo querido, leed esta corta novela que os ofrezco; en lo desatinado de sus páginas conoceréis que no fue escrita á la luz de una lámpara en las horas silenciosas de la noche, ni en el recogimiento de un gabinete solitario que niega la entrada á las amigas mas queridas, y sí solo entre las faenas que en sí lleva el gobierno de una casa, no tan contrario á los trabajos literarios como se vocifera. El único objeto que en ella me propongo es prevenir á las madres, si es que aun hay algunas que quieran criar á sus hijas en la ignorancia de los escollos que hallarán en la senda de la vida, si bien en tiempo feliz en que esta educacion pudiera convenir, hoy no; la corrupcion es mucha, la seduccion está á la órden del dia, como suele decirse, y es mejor que las jóvenes estén prevenidas y sepan distinguir al seductor del hombre de sanas intenciones, y no sea sorprendida su buena fe. ¡Ay amadas-mias! un solo paso en el camino de la vida suele decidir la dicha ó la desgracia de toda ella, y alcanzar tambien á seres inocentes á quienes nos une el amor ó la naturaleza; ¡ah, qué poco basta para relajar las cadenas del cariño en el círculo doméstico! ¿Quién creyera alguna vez, cuando se ve desposar dos amantes, cuando á la muerte de los padres reina en los hijos el cariño mas estrechado y la concordia mas feliz, quién creeria llegasen á desavenirse y á tratarse como los mas irreconciliables enemigos? ¡Ay cielos! ¿qué tormento puede escender al de un corazon que cogió en ser amado, cuando se desengaña cayendo de sus ojos la venda que le impedia ver la verdad, como el telon de un teatro mecánico que nos presenta lo que no existe en él? ¡Oh tú, jóven lector, no te apresures por saber en qué para la novela; lee despacio, y hax propósito de odiar la seduccion conociendo sus consecuencias.

He determinado tambien embellecerla con algunos rasgos históricos; pues de no arrimar las novelas á la historia, solo veo en ellas un cuento como los que se inventan para adormir á los niños, y como la historia de los pueblos es siempre verdadera, no he dudado en darle las formas de la fábula sobre la base de la verdad.

Ayuntamiento de Madrid

AGALEA.

Bella como las rosas de Sevilla, robusta como las Aseivas indianas, crecia Agalea en el regazo de su madre, señora virtuosa en verdad, pero mas propia para rezar en el claustro que para llenar los deberes de madre en el mundo, espantada con la desmoralizacion que desgraciadamente se estendió en España desde fines del siglo pasado, y se aumentó con la tan gloriosa como funesta guerra del año de 1808 llamada de la independencia, criaba á su hija como si no estuviera destinada á este mundo de corrupcion, de engaño y falsedades que la aterraban: habitante por el empleo de su esposo de la gran capital de España, que aun conserva el humilde dictado de villa, y aterrada con los desórdenes de una corte que con tanta dignidad habia regido algunos años antes el augusto Cárlos III, colocó á la pequeña Agalea en un convento de religiosas ejemplares, en donde no viese mas que la práctica de la austera virtud, donde no oyese la palabra *amor*, ni pudiese adivinar sus consecuencias: asi consiguió que la niña llegase á la pubertad, creyendo que los niños eran depositados por los ángeles entre las flores, y traidos por las balijas de la casa de correos para los matrimonios que les encargaban; cuento inventado por la madre y sostenido por las religiosas.

Diez y seis años contaba ya la niña, y aun permanecia en el convento, á pesar del deseo de su padre de llevarla á su compañía.

«Quiero gozar de las caricias filiales, decia el padre.

—No haré yo el disparate de traerla á casa, decia la madre, en estos tiempos; es preciso mantener en la niñez á las jóvenes todo el tiempo que se pueda. ¿Quieres que se corrompa su corazon, y que ande de sarao en sarao, de diversion en diversion hecha una haragana, sin perdonar funcion, como estan las jóvenes del dia, que cuando no hay espectáculo en que perder el tiempo, obligan á las madres á que las lleven, por recurso, á esa noria que llaman el Salon del Prado, á esa algarabía que llaman París? Porque si bien el ilustre conde de Aranda, á quien debia levantársele una estatua en el Prado, le dió á Madrid uno de los mas bellos paseos de Europa, tambien es verdad que en él pierde la juventud el tiempo que debia emplear en formarse para ser buenas madres de familia, y buenos ciudadanos y útiles al estado los jóvenes. ¿Hay cosa mas fastidiosa que una niña habladora, departiendo con los muchados, murmurando sin piedad y metiendo su cucharada en las conversaciones hasta aquellas cuyo objeto debia ignorar? ¿No nos citan á todo la Francia y la Inglaterra? Pues en estos paises permanecen las niñas hasta los diez y ocho años en los colegios; á buen seguro que no sucederá lo que aqui: en habiendo muchachas en casa que agraden á los señoritos, ya empiezan á buscar modo de introducirse en ella, y lo hallan

Ayuntamiento de Madrid

al momento; en acompañando cuando se sale de una diversion, llegan á la puerta de la casa, fuera grosería no ofrecerla, el caballerito no desperdicia la ocasion; á pocos dias hace su visita, y á los ocho ó quince ya está autorizado para tomarse la libertad, frase de ordenanza, para presentar á un amigo, y al mismo espacio de tiempo este adquiere el mismo derecho, y asi van sucesivamente llenando la casa de petimetres desocupados que se cuelan en las casas á la hora que les viene bien, á quitar el tiempo que las niñas debian emplear en sus estudios y labores.

—¿Pero no ha de aprender Agalea los adornos propios de una señorita? decia él.

—La música se la enseña la organista: ya la oiste oficiar la misa antes de ayer; en verdad que lo hizo bien.

—Sí; pero no canta más que á lo divino.

—Pues qué, ¿piensas que Agalea se presente en los conciertos á cantar arias amorosas haciendo ojitos y contorsiones poco decentes? A cuántas madres conozco yo que no dejan representar á sus hijas y las dejan cantar.

—Es verdad que no es mucha la diferencia de uno á otro; pero nuestra hija debia aprender á dibujar, porque no pase los trabajos que otras cuando quieren un bonito dibujo para bordar; y á mas en el convento ¿quién la enseña una parte integrante de educacion?

—¡El baile, el baile, el baile! ¿Es posible, esposo mio, que tú desees eso? ¿Qué otra cosa es el baile mas que un retozo con música? ¡Líbreme Dios de ver á mi hija abrazada de un hombre girando veloz por una sala! Si la perniciosa costumbre no hubiera autorizado el baile ¿qué pensaria de las danzas el que las viese por primera vez? No hablemos de eso, amigo, no hablemos de eso. El santo rey David fue danzando delante del Arca. Pero no iria abrazado con una muger.

—Es verdad.»

Asi hablaba esta señora, como si no hubiese en todas las cosas el término medio que elegir: el esposo callaba, aunque hubiera podido convencer á su muger; pero es preciso decir que los hombres son por lo general estremosos, y se puede decir de ellos lo que fray Luis de Granada dice de las mugeres, que no tienen medio, pues por lo regular ó han de ser en lo doméstico algo tirantes ó demasiado laxos, sea dicho sin que se enfaden los casados, pues no hay regla sin escepcion. Callaba el amable D. Juan, porque doña Deogracias era terca y tan apegada á sus opiniones, que lo que ella queria era para ella la sola razon y la justicia; en desahuciando á un enfermo, era preciso que se muriera, ó se ponia inaguantable si las personas á quienes se lo habia dicho no fingian creer que ella habia dicho todo lo contrario acerca del doliente; este era el ser con quien tenia que luchar el desgraciado don Juan: doña Deogracias, que como todas las personas que tienen este detestable defecto, tan pernicioso para cuantos las rodean, siguen siempre en su obstinada carrera, semejantes á un caballo desbocado que atropella cuanto se le opone, acostumbradas á que sus maridos se dan siempre á todos sus deseos, les obligan luego á contentar hasta sus mas perniciosos caprichos, y como saben mantener el teson, siempre se salen con su tema, hasta en las cosas que llevan en sí malas consecuencias, bien podia el pobre marido cantar aquella antigua coplita,

Si se empeña tu muger
Te eches de un tejado abajo,
Ruégale á Dios que esté bajo,
Porque al fin ello ha de ser.

Ayuntamiento de Madrid

Esperaba D. Juan con disimulada impaciencia un momento favorable para sacar del convento á su querida hija, ya en edad de diez y siete años, á quien tenia proyecto de casar con el hijo de un amigo suyo que le debia algunos favores: el jóven era de talento, buenas costumbres y educacion, y mas que todo rico, que es una de las principales cualidades que debe tener un marido para hacer mas amable el matrimonio: en cuanto á la muchacha, se ignoraba si tendria voluntad; pero esto no importaba; su padre la tenia por ella. Se habia reservado para sí este proyecto, porque su muger no gustaba de aprobar los proyectos agenos, pues cuando no eran suyos los rechazaba, ó cuando menos los resistia con obstinacion, mucho mas que el jóven seguia la carrera militar, y doña Deogracias detestaba esta benemérita clase del Estado.

Perdonarán los militares; pero no puedo menos de referir, como fiel narradora, lo que esta señora decia de ellos en diferentes ocasiones.

«No, Juan, no quiero militar en casa; en toda mi familia no ha habido un solo sable, ni en la tuya.

—Es una honrosa carrera, contestaba don Juan.

—Sí; pero es una honra muy pobre, y á mas de eso sin domicilio fijo, la muger de un militar puede contarse entre el ganado trashumante, y es vivir en pecado continuo, deseando siempre la destruccion del género humano; la guerra les es casi necesaria; te digo que es la carga mas gravosa al Estado; ¿pues y á las casas? no lo son menos, sacan siempre de ellas y jamás las alivian de gastos y tienen unos deseos de judíos; yo les he oido decir alguna vez:—Que no se acabe la guerra hasta que yo tenga este grado ú el otro;—esto es inhumano, es escandaloso hasta el estremo; no hablemos de militares, amigo mio, no.

—Pues yo creo, contestaba D. Juan, que en la situacion en que desgraciadamente nos hallamos, de los que sirven al Estado, ha de ser á los militares á los que menos les falte, mi querida Deogracias; es una viña para las mugeres casarse con unos hombres tan necesarios al Estado, que por fuerza los ha de tener contentos: ¿no sabes lo que decia muchas veces Jovellanos?—El ojo derecho de los reyes es la hacienda y el izquierdo el ejército.»

—Sí, tambien te he oido decir muchas veces que los ejércitos y los criados son un mal necesario.»

Y seguia con otra porcion de argucias y sofismas que los tercos apegados á sus opiniones quieren hacer creer á los demas que son razones incontestables, y hay que fingir que se está convencido, porque de lo contrario sale peor la cuenta con las disputas y peloteras que se promueven. Asi pensaba D. Juan, que siempre callaba; con lo cual, quedando su muger dueña del campo, se hacia mas exigente é intolerable. De esta manera iban las cosas, cuando una noche se sintió enferma doña Deogracias. Inútil es pintar aqui la enfermedad y adyacentes: quiero ser fiel narradora; pero huyo de la pesadez en las narraciones, y porque es cosa muy sabida por lo mucho que hemos encontrado escrito los vivientes del siglo XIX que cuando á un autor le estorba un personaje de que se ha servido, lo mata, que como nada pasa de la tumba, queda libre de él, doña Deogracias acabó sus dias á la fuerza de una pulmonía fulminante de las tan comunes en Madrid, Agalea fue traida al lecho de su madre para recibir su bendicion con el último beso. Escusado es decir que fue llorada por la tierna Agalea y por su esposo, á quien servian de gran consuelo los cuidados y caricias de su hija, que aunque sin práctica de mundo, habia penetrado en el corazon de su padre y visto el deseo que tenia de sacarla del convento, y como ella tambien lo deseaba, se lo agradecia y pagaba con usura, procurando divertir á su padre, y si no lo conseguia derramaba lágrimas; mas como en este mundo todo tiene fin, el dolor de estas personas se mitigó, y á los seis ú ocho meses se vió D. Juan obligado á llevar á su hija á los espectáculos; todo le divertia y todo le asombraba á la inocente niña, y su buen padre gozaba viéndola di-

Ayuntamiento de Madrid

chosa, y para librarla de enamorarse, le hablaba de un novio buen mozo que la amaba, y á la chica no le desagradaba la conversacion del papá; mas en verdad que lo mismo le sucedia con la de los jóvenes que la rodeaban llamándola hermosa, y entre los cuales deseaba ella fijar alguno para ser amada, porque las almas nuevas son arrastradas con facilidad á los encantos del amor, y las niñas cándidas todo lo creen de buena fe; porque, generalmente hablando, la edad en que estaba Agalea es la de las virtudes, en la juventud que ha recibido buena educacion.

Dario permanecia en Barcelona, á donde estaba el batallon de la Guardia, en que ocupaba una plaza de teniente. D. Juan habia hablado ya varias veces á su padre D. Ramon para que solicitase una licencia y viniese el teniente á la corte con cualquiera pretesto para que pudiese conocer á Agalea y se fuesen tratando los que toda la vida la debian pasar juntos; mas el D. Ramon, que como la mayor parte de los padres no tienen tanta prisa en llevar á su casa una nuera pobre como un yerno rico, iba dando largas bajo varios pretestos, y previno á su amigo que nada habia dicho á su hijo Dario, porque queria que la eleccion de esposa fuese espontánea, que él hiciese lo mismo con Agalea para que la prevencion no les hiciese creer á los muchachos que se enamoraban uno de otro. Aunque la licencia no llegó á pedirse, el tiempo, que pasa con mas rapidez de la que nosotros quisiéramos, pues verdaderamente aflige el corazon fijar la vis-

ta en un reloj y ver que ni un medio instante del que alli se marca dejamos de seguir por la senda que nos lleva á la tumba, el tiempo trajo sobre sus alas la fecha en que se dió la órden para que el batallon viniese á dar la guardia al palacio de los reyes. ¡Cuántas alegres risas escitó en la capital de Castilla la Nueva tan deseado decreto! ¡Con cuántas amargas lágrimas se recibió en la capital del Principado! Sonó el tambor destrozando el pecho de las bellas, y el batallon de la Guardia marchó con la frente hácia Madrid, causando susto á los habitantes ancianos de los pueblos, alegría á las muchachas y terror á sus novios, pues sabido es que el pueblo por donde pasa la tropa queda por algunos dias cual el mar ajitado por la tempestad, que aunque esta pasa, deja siempre la marejada sorda. Aunque llegó felizmente Dario, su padre no lo quiso presentar en casa de la presunta novia; pues como este mundo no es otra cosa que una gran casa de locos, en donde cada uno tiene su manía, y lo único que podemos es rogar á Dios que no sean de malas consecuencias las de los que nos rodean, y sobrellevarlas lo mejor que se pueda, cuando estas salen de la órbita de lo regular, el D. Ramon queria que la vista de los dos jóvenes fuese como casual, y favoreciendo sus proyectos lo pronto que Dario debia montar la guardia, se esperó este momento. Era la penúltima tarde del mes de mayo; el hermoso cielo que cubre á Madrid estaba despejado y su tinta celeste lucia sin una sola nube que resaltase en él; la gran plaza de la Parada, que como la de Oriente, ocupa el ala izquierda del palacio, y llevan entrambas el humilde dictado de plazuelas, ¿será porque los españoles no encontramos en el pais nada que merezca el renombre de grande? ¿O es la mala costumbre que tenemos de vilipendiarlo todo, alabando siempre lo estrangero? Ocupaban la hermosa plaza las armas colocadas en pavellones, centinelas y soldados dispersos, vestidos de gala, como que se celebraban los dias del Sétimo Fernando y el tránsito del Tercero, esperaban la salida de la real familia, en aquella plaza se vió la jóven Agalea pasar bajo el arco, base del salon de la Armería, precioso depósito de la memoria de tantos siglos y recuerdo de tantas glorias. Las doradas puertas del alcázar

Ayuntamiento de Madrid

se abren, y una porcion de labios pronuncian: «¡El rey, el rey!» palabra que llega en alas del ambiente hasta la Guardia; suena el tambor, toca la música la acompasada marcha real; los oficiales desenvainan sus espadas, los soldados toman el fusil, y presentándolo

á la voz de sus gefes lo muestran al monarca como para decirle que estan prontos para defenderle: una escolta de caballería esperaba montados, y desenvainando la espada preceden á la carroza que marcha entre las filas brillantes de soldados; las armas y galones de los gefes, los albos penachos flotando sobre la frente, todo resaltaba con los últimos rayos del sol espirante: cada soldado parecia un capitan, cada capitan un general. Desaparecen los carruajes, la bandera del leon de Castilla volvió á plegarse y esperar la llegada de los reyes para estenderse otra vez en el ambiente: las armas se colocaron como antes, la gente giró por la plaza y los oficiales volvieron á ocupar su pavellon; ¡cómo latia el corazon de Agalea! en tanto que esto pasaba, se iban á encontrar sus ojos con los del hombre á quien se habia propuesto amar por mandato de su padre. D. Ramon se adelanta para recibir á su hijo y presentarle á sus amigos: «Dario, le dijo, aqui tienes á uno de mis mayores amigos, á quien debo muchos favores y á su señora hija; espero que los apreciarás como merecen y como hago yo.» Dario contestó con toda la gracia que le adornaba, y el serio cumplido de su padre no impidió que se colorease el rostro de Agalea, españolamente bello, sus negros ojos, sus rizos negros, besando sus mejillas bastante blancas, tersa y sonrosada tez, labios de clavel y hermosa dentadura, talle, mano y pie, todo le agradó á Dario.

Conociólo la niña, porque por mas sencillas que sean las mugeres, no se les oculta nunca cuándo agradan, y cuándo se las ve con indiferencia; ¡pobre Agalea! pagaba su corazon el tributo de la naturaleza, y rendia parias al amor, cuyas emociones la hicieron temblar de tal manera que tuvo que apoyarse con mas fuerza en el robusto brazo de su padre, que como hombre del siglo pasado era mas fuerte en la vejez que lo son los jóvenes del dia. No escapó esta recíproca impresion á la penetracion de los dos padres, y mirando D. Ramon á D. Juan con aire de inteligencia pareció decirle: «Cumplidos estan vuestros deseos.» A lo que contestó D. Juan con otra mirada: «Gracias.» La visita duró poco, como lo exigia el decoro; pues á la verdad, aunque decorado con la inmediacion del real Palacio, aquello no era mas que un mero cuerpo de guardia. La noche la pasaron los dos amantes recordando su entrevista; Dario, para quien las emociones del corazon no eran nuevas, no sintió en él las palpitaciones que Agalea: esta alma nueva, que no sabia lo que era amar, se creia fuertemente apasionada, estuvo tan contenta, alborotando, cantando, bailando y repasando su leccion de piano; mas sin atencion ninguna, su padre la veia, la contemplaba y concluyó por sonreirse, conociendo de dónde provenia el gozo de su hija que lo acariciaba sin cesar. Sus bellos ojos fueron cerrados por el sueño, y las imágenes ficticias sucedieron á las verdaderas. Soñó con el Palacio real, con la guardia y con Dario. Cuantas veces despertó sintió que un latido del corazon esclamaba: «¡Dario!» Al ver el primer rayo del sol penetrar por la hendidura de la mal ajustada ventana que cerraba mal, como las de todas las casas de Madrid, pen-

Ayuntamiento de Madrid

só en su amante, regocijóse creyéndose amada, y corrió su imaginacion mas veloz que el delfin á flor de agua, la escala de la felicidad de amantes, esposa y madre, y vió pintado el himeneo con las dulces formas que tiene bajo el imperio del amor; pero ¡ay! como cuando nos embelesa la vista fija en la luna clara, pasa por su faz una nubecilla que la envela por un instante, asi pasa por la imaginacion una idea menos alegre, que arranca un suspiro; ¡ocho dias de guardia! era mucho término para dejar de ver á un amante á quien se quiere observar. En la juventud cuando se desea, se hace siempre largo el tiempo que nos separa de la hora feliz; no asi cuando los años nos van acercando á la tumba, el tiempo pasa entonces con la mayor rapidez. Agalea viendo que ella no debia volver, insinuó á su padre que fuese á ver al oficial en compañía de D. Ramon; el papá no se hizo de rogar, y como por via de paseo se dirigió al Palacio; fue muy bien recibido por Dario, que siéndole penoso no ver á su amada, buscó un pretesto y le halló proponiendo á D. Juan que pediria licencia al gefe de Palacio para si gustaba Agalea ver la morada de SS. MM., aquella morada en que dijo Napoleon despues de haberla recorrido: *¡El rey de España está mejor alojado que yo!* Lástima es que los reyes Cárlos I y Felipe II no lo hubieran fabricado en Lisboa; ¡ay! desgraciadamente un genio maléfico parece haber influido en los gobernantes de esta desdichada nacion; pues siempre se ha hecho todo lo contrario de lo que le conviene, y aunque ha mudado varias veces de forma de gobierno, la marcha del último ha hecho suspirar á los españoles por su antecesor; ¡cuántas veces he oido decir á muchos: «*Mas valia la Inquisicion que esto.*» Es un absurdo á que contesto yo. La Inquisicion era mala, y esto es peor; esto es malo y la Inquisicion era detestable.

A las cuarenta y ocho horas de esta conversacion tomaba Dario la mano de Agalea y la conducia por la hermosa escalera del alcázar á los magníficos salones testigos mudos de distintas escenas. ¡Ah! Si hablasen... La tarde se pasó agradablemente, y despues de haber tomado un refresco en el pavellon, volvieron á casa los dos padres y la señorita. D. Ramon, que daba el brazo á su futura nuera, la entregó á D. Juan á la puerta de su casa. Acabó al fin la semana, llegó la hora y la repetidora muestra del alcázar real dió con la pausa que siempre las diez de la mañana, la impaciente tropa marchó bajo el arco, y los ecos de los belicosos instrumentos fueron á herir el oido del monarca. Pronto tomó el militar el hábito sencillo de paisano y se dirigió á casa de D. Juan para hacer la visita de cumplido entre doce y dos de la tarde, porque todavía en el año de 1822 no se habia introducido en Madrid el desórden de cómodas que se practica en estos tiempos en que ni la hora de comer lleva el órden por compañero, pues hasta este acto de la vida, tan respetable siempre, se resiente del desórden y de la anarquía en que vivimos. Y es ciertamente uno de los mayores la imprudencia con que se encajan las gentes en las casas á las tres y las cuatro de la tarde, porque comen ellos á las cinco, á incomodar al retrógrado, como llaman á los que lo hacen mas temprano. El amor naciente llevó á Dario antes de la una á la presencia de Agalea, que esperaba atisbando por entre la persiana, muy bien puesta con el mejor trage casero ó negliche, como se dice en estos tiempos de ilustracion: la visita fue agradable, y mientras hablaban los papás avanzó Dario la línea para ir estrechando poco á poco el sitio de la plaza con alguna metralla de lisonjas, diciendo á la jóven lo hermosa que estaba y que él no podia decidir cuándo le habia parecido mas bella, si con la graciosa mantilla, ó en trage de casa. Agalea contestaba sonrosándose y sonriendo al mismo tiempo.

Sonaron las dos y se despidió D. Ramon, para quien el tiempo, aunque pasado en la siempre grata conversacion de un amigo, no habia corrido tan veloz como el que ocupó la plática de los amantes.

Inútil es decir que Dario volvió á la noche; la visita de velada es como de real órden en los amores. La calorosa estacion no

Ayuntamiento de Madrid

hacia gratas las visitas del medio dia, y Darío no las hacia, aunque las deseaba.

Dulces ratos pasaban los dos amantes colocados al balcon, no lejos de sus padres, á quienes la claridad de la luna permitia ver á sus hijos departiendo agradablemente... ¡Oh si se prolongase por siempre aquella grata ilusion, aquellas plácidas encantadoras sonrisas del amor inocente, del amor puro, que apenas se declara con halagüeñas frases! ¡Cuánto goza el corazon sencillo de una jóven que solo ve ante sí una senda de rosas sin espinas! ¡Cuánto goza el que la escucha! Porque los discursos de la jóven inocente son como el canto del ruiseñor, siempre agradables. ¡Cuán embellecida estaba la existencia de nuestros dos jóvenes!

Dario habia declarado á su amada con la noble franqueza de un soldado castellano que la amaba, y Agalea le habia dejado entrever que no le era indiferente su amor: ellos se dormian por la noche siempre recordando sus conversaciones; cuando despertaban, su primer pensamiento era su amante, el nombre suyo era la primera palabra que decian sus labios; y creyendo uno y otro en su presencia, se hablaban, se reian, se contestaban á sí mismos, y proponian decirse esta ó la otra palabra en viéndose.

Dichosos eran en verdad: se amaban sin remordimiento, y esta sola es la felicidad en el amor; cuando hay en él de que avergonzarse, el amor es siempre una desdicha: por eso los matrimonios que se aman son venturosos.

El sol entró en el signo Cáncer, sus rayos abrasadores hacian sentir el estío, las noches se deseaban para respirar un aire menos ardoroso, y los amantes precedian á sus padres en el paseo nocturno en el espacioso y bello salon del Prado; alli sentados en las antiguas sillas, conversaban las dos distintas parejas de muy distintas materias. D. Ramon veia á su hijo contento, y le bastaba. D. Juan estaba en el colmo de la dicha, porque no hallaba un yerno que le agradase tanto. Agalea, envanecida con tener un novio en quien todos reconocian el relevante mérito de valiente, fino y de una conducta irreprensible, creyéndose ciegamente enamorada, no veia entre la concurrencia que pasaba mas que á su amante, como jóven y sin mundo; no advertia el ojo malicioso del transeunte, que se burlaba de ella particularmente las damas que se burlaban de ella, porque la envidia ni olvida ni perdona jamás la preferencia, y mas cuando Dario era buen mozo, circunstancia la mas apreciable para las damas.

El enamorado oficial no se cuidaba de ocultar su limpio amor; sus intenciones eran puras, y esperaba que un dia la sociedad sancionara su enlace; en verdad que aunque su amor no hubiera sido puro, no dejaria el lado de su amada, pues por desgracia los hombres estan empeñados en hacer creer que á ellos les es lícito todo desliz en esta materia.

Dario seguia su amorosa plática, como he dicho, eran dichosos; pero ¡ay! la felicidad se burla siempre del mortal; aparece á la vista como bella vision aérea, como un foco luminoso en las tinieblas, para apagarse y hacer la oscuridad mas triste.

Un confuso rumor circulaba ya misteriosamente por la villa, como el retumbo subterráneo, predecesor del terremoto.

Al llegar la ardiente noche del 29 de junio Dario tiraba del cordon de la campana

de la puerta de su amada; al separarse cuan-

Ayuntamiento de Madrid

do dieron las once pareció oprimirse el corazon de la jóven al despedirse de su amado, y cuando le perdió de vista desde el balcon, levantó los ojos al cielo, y mirando que una nube cubrió momentáneamente la luna, se afligió participando de la preocupacion de Corina: ¡infeliz criatura! Van á salir ya de tus ojos las lágrimas del infortunio!

Amaneció el dia 30, señalado para cerrar las Córtes. El calor y el no hallarse Dario en la formacion por tocarle de servicio en el cuartel, y cierta desconfianza que se habia apoderado de los habitantes de la corte con respecto á los acontecimientos políticos, hija de la esperiencia que se tenia ya de las turbulencias que hacian temer por el reposo público, retrajo á la jóven Agalea de ir á la Plaza de Doña María de Aragon aquella mañana, y se dirigió acompañada de su aya á visitar á sus amigas las monjas, á quienes profesaba un verdadero cariño, á pesar que aquellas rejas la hacian estremecer, y no comprendia cómo podian las mugeres sujetarse á una vida tan austera y retirada, en la que ni aun disfrutan de las diversiones mas lícitas: desde que habia gozado de la dulce libertad, tan cara, tan amable para todos los seres, la horrorizaba la vista de los muros de un convento. De aquel asilo silencioso del dolor y de la inocencia salia Agalea, y al volver la esquina vió el espectáculo, por desgracia tan repetido hoy, las puertas eran cerradas con estrépito, la Milicia tomaba las armas y el transeunte corria despavorido buscando un asilo donde refugiarse, las madres tomaban en brazos á sus hijos para llegar mas pronto á su morada. Agalea llegó á la suya, pálida y temblando: D. Juan la recibió en su seno y procuró tranquilizarla. «¡Dario!» fue la única palabra que pronunció su labio, y soltó los diques á sus ojos. Su padre, tan desanimado como ella misma, y tan temeroso por la suerte de Dario, apenas podia consolarla.

Algunas horas se pasaron en la mayor ansiedad: la triste niña lloraba, se ponia al balcon, preguntaba al aguador, á la vecina de enfrente, á la que vivia en la boardilla, y y sus contestaciones la llenaban de terror, porque en estos casos siempre se abultan las cosas, y á cada cien pasos se oyen cincuenta mentiras.

La verdad fue que al retirarse el rey á Palacio despues de cerrar las Córtes, esa hidra horrible que llaman anarquía, que tantos años hace está impidiendo la consolidacion del gobierno monárquico moderado, que parece ser el mejor, ó el mas á propósito para conservar el equilibrio entre dos formidables poderes; esta anarquía, que no es otra cosa que el brazo airado de los que, no teniendo riquezas ni distinciones, desean adquirirlas, ó de los que, poseyendo algunas, ambicionan mas, fue la que atacó á pedradas á los soldados de la Guardia Real, formados para la ceremonia, los que correspondieron á la bayoneta y con algunos tiros; esto fue lo que alarmó la poblacion, lo que produjo el terror de los transeuntes y lo que sorprendió á la pobre Agalea, que permaneció inquieta hasta que el asistente de Dario llegó con recado, que la consoló algun tanto, aunque Dario debia permanecer en el cuartel toda la noche: tristísima fue esta para Agalea, de ansiedad para los buenos y de esperanza para los malos.

Tres son por desgracia, generalmente hablando, las pasiones que aparecen tener mas imperio en esta nacion, que con razon la llaman Cervantes, mas desgraciada que prudente. Tres son las pasiones mas crudas, las que disecan el corazon y de peores consecuencias: la envidia, el rencor y la venganza. La envidia, enemiga de todo progreso. Yo me acuerdo haber oido contar de una caricatura que apareció en París; era una columna á manera de una cucaña, en cuya cúspide habia una corona de laurel: tres subian á cogerla, un inglés, á quien ayudaban con el mayor ahinco sus compatriotas; seguia á este un francés, que era tambien ayudado por los suyos, aunque no con tanto afan; seguíale un español, no menos deseoso de obtener el premio; pero sus compatriotas, lejos de ayudarle, le tiraban de los pies para que no lo consiguiese. ¡Bien conocia nuestra desgracia el autor de la caricatura! El rencor. Ya hemos visto cuán ar-

Ayuntamiento de Madrid

raigado está en los corazones. Ni el brazo de hierro del tiempo que pesa sobre todo ha podido destruirlo. Antiguos son los partidos que nos dividen, y en donde hay partidos nada medra, nada se consolida: todos ellos, aunque aparecen distintos, los asemeja un mismo fin; los hombres todos desean adquirir, y cuando no lo pueden conseguir por la buena senda se echan al mal camino, y se hacen la guerra unos á los otros á la sombra del patriotismo ó de la lealtad, segun el gobierno que rige: la esperiencia nos lo ha hecho ver ya en estos desgraciados tiempos. Diez años hace cuando se dió la amnistía: ¿quién pensara que la esperiencia y la escuela de los trabajos no hubiesen morigerado en los espatriados estas negras pasiones? ¿Quién hubiera imaginado siquiera que no viniesen á consolidar el gobierno representativo, que muchos de ellos coadyuvaron á perder por su poca precaucion? ¿Quién creyera que no viniesen á enmendar sus yerros, á ayudar al gobierno en sus tareas para desarrollar la industria y la riqueza? ¡Ah! lejos de esto, apenas llegaron á la madre patria que los compadecia ya empezaron á trabajar para apoderarse de los destinos, como si la adversidad que habian provocado fuese un gran mérito. El eco lúgubre de la venganza sonó en los ángulos de la monarquía, el pueblo bajo, acaso instigado, no solo, como algunos dicen, por los de allende el Pirineo, mas tambien por los de allende del Canal de la Mancha, persiguió á los llamados realistas, y los otros presentaron guerra á los mismos compañeros de su desgracia con mucha mas vehemencia. Imprudentes algunos gefes militares, entregaron las armas al pueblo prematuramente. ¡Desgraciados! ellos han sido víctimas de su inconsideracion, porque desdichadamente hemos palpado de algun tiempo á esta parte que entre nosotros el hombre es víctima de su propia creacion; y asi fue que el código fundamental dado por la reina Gobernadora se juró, no solo entre la desolacion de una peste que habia servido de pretesto á los anarquistas para desarrollar sus infames proyectos y saciar su venganza con la sangre de ciento diez víctimas indefensas bárbaramente asesinadas el triste dia 17 de julio de 1834, mas bajo los desdichados auspicios del cañon y la bayoneta. ¡Qué ley podria sostenerse con tantos elementos desorganizadores!

Apenas se sentaron algunos de los procuradores del reino en el escaño purpúreo ambicionaron sentarse en el negro, y para conseguirlo rechazaron con teson todos los proyectos del gobierno; la palabra fusion, pronunciada por un hombre tan célebre como desgraciado, fue repelida con despecho, y sirvió para fomento de la discordia que sembraron algunos hombres ambiciosos; estos algun tiempo despues ocuparon el puesto elevado por el cual habian causado tanto daño á la nacion; mas alli los persiguió el puñal de los que habian seguido su pernicioso ejemplo. Alli sufrieron un triste desengaño, porque en aquel puesto se necesita el órden y la legalidad; ellos le amaron, y los suyos los aborrecieron.

Perdon, amados lectores, si os he causado fastidio al probar mi argumento.

Amaneció el dia 1.º de julio, y su luz reanimó las esperanzas de los partidos: los realistas, que esperaban medrar con el gobierno del rey absoluto, seguian la errada máxima de que el desórden trae el órden, y trabajaban para desacreditar la Constitucion y el gobierno representativo; aun habia pe-

riódicos que hablaban contra el rey, y hacian burla de la real familia solo con este objeto, medio perniciosísimo de conseguir sus fines, degradando con sarcasmos al gefe del Estado: estos azuzaban á los guardias para que vengasen lo que ellos llamaban su

Ayuntamiento de Madrid

afrenta, diciéndoles que los iban á desarmar; la sociedad masónica, la confederacion comunera, ciertas manos ocultas agentes del estrangero y otros malvados apoyaban el dicho del desarme, y no trabajaban menos para apoderarse del mando y conseguir sus fines haciendo víctima á la Guardia Real. De este modo, echándola de patriotas, proclamando la libertad y las doctrinas que acaso menos se acordaban con sus intenciones, todos trabajaban para coger fruto, engañándose unos á los otros dándose las manos y clavándose el puñal.

Dario despues de haber espuesto su vida en el cuartel por persuadir á los soldados que el rey no estaba fuera de Madrid como les habian hecho creer, y habiéndole disparado algunos tiros por las ventanas, se retiró á su casa lleno de sentimiento por las consecuencias que previa debia acarrear la resolucion de aquellos furiosos, empeñados en salir de la corte.

La mañana del 2 fue á ver á su amada, recibiéndole ella con muestras de gozo, y teniéndolo él al verse amado, pues el rostro de Agalea daba indicios de lo que habia padecido en su ausencia; él se lo manifestó, y diciendo lo agradecido que estaba, refirió lo ocurrido en el cuartel la noche pasada y como apenas pudo escapar y refugiarse en su casa despues de los tiros que le dirigieron.

De política departian los padres mientras que sus hijos tenian una agradable conversacion sobre el amor sincero. ¡Qué dulces palabras, qué plácidas encantadoras sonrisas salian de aquellos labios! ¡Qué protestas de amor, qué planes para entenderse en medio de la confusion que reinaba en la corte!

Dario no pertenecia á las tenebrosas sociedades secretas; era solo un buen patricio, un soldado valiente, en suma, un hombre de bien. Habia quedado sin cuerpo á que pertenecer, pues su batallon estaba ya en el Pardo; á aquel sitio real se habian retirado los insurreccionados.

Mucho se hablaba entonces de este acontecimiento: estos echaban la culpa á unos, aquellos á los otros, y lo cierto es que todos la tenian. Los oficiales que no siguieron al Pardo, se agregaron los mas á la Milicia nacional; de este número fue Dario, que eligió el batallon que llamaban Sagrado.

Aun se pasaron cuatro dias en la mayor ansiedad, esperando todos un funesto desenlace de aquel horrible drama. Madrid era todo una plaza de armas; por los ángulos de la capital se veian los instrumentos de muerte; las gentes giraban aceleradas por las calles preguntándose las conocidas: «¿Qué será de nosotros, qué de nuestras esposos, qué de nuestros hijos?» Las puertas de la corte estaban cerradas y guardadas por pi-

quetes de soldados; el imponente cañon mostraba su negra boca entre las calles, la mecha humeaba y los artilleros se paseaban silenciosos por uno y otro lado; el transeunte caminaba receloso mirando siempre hácia atrás.

Cuando el sol hacia levantar al artesano, y se veian las gentes, su primera palabra era: «Esta noche entran los guardias,» y cuando el sol recogia sus luces, dejaba á los habitantes haciendo sus provisiones para no salir de casa al dia siguiente: llegaba la hora de acostarse y todos se dormian, pensando cada uno en lo que mas le interesaba. Cada anarquista soñaba una república, donde él ocuparia la silla, y deseaban el trastorno porque lo creian el medio á propósito para conseguirlo. Los realistas soñaban el triunfo del absolutismo, en el que pensaban medrar: los furiosos y desesperados, deseando balazos y esterminio; los liberales soñaban el abatimiento y la espatriacion y se despertaban suspirando; los verdaderos patriotas, los que saben amar la gloria de la nacion donde cayó el agua sobre su cabeza y el óleo sobre su frente, los que se intere-

Ayuntamiento de Madrid

san por el género humano, que es el mas corto, lloraban por lo que preveian. ¿Y los padres, las hijas y los amantes? ¿Dónde estan las amantes? Sobre el lecho cubiertas con el lino suave, se despiertan sobresaltadas, creen oir un tambor, se incorporan, apartan los rizos de su frente porque les estorban para escuchar; es el coche de un gobernante que rueda á lo lejos, vuelven á caer sobre su lecho, se tranquilizan y duermen: el sueño es uno de los bienes mas grandes que Dios ha concedido al hombre. En tanto se duerme, cesa todo dolor y toda pena. Agalea, la triste Agalea solo pesadillas tenia en su sueño: ya veia trabado un combate indeciso, ya á su amante pasado de una bala y conducido en brazos de los soldados al hospital de sangre, ya exánime so-

bre los ardientes pedernales de la villa, y dando un grito se despierta, gira sus ojos en derredor y reconoce su colgadura.

La luz del sesto dia de dolor é inquietud penetra en su alcoba, y los pajarillos cantaban destrozando los claveles de su balcon: se viste apresurada, abre las vidrieras, respira el aire fresco de la mañana, y mira á uno y otro lado; examina los semblantes de los pocos transeuntes, y vuelve á su alcoba conjeturando que nada nuevo pasa; principia luego el tráfico diario de la casa, entran y salen sirvientes, y Agalea deja su asiento cada vez que suena la campanilla, y vuelve á él enfadada porque el que entra no es Dario; al fin llega el momento deseado: le ve, y los futuros esposos y los consuegros futuros comen juntos aquel dia. Agalea prepara los manjares, creyéndose dichosa en poder obsequiar á su dueño y servir ella misma á los dos ancianos la copa grata sobre la sustanciosa sopa y el vaso de agua fresca y cristalina de la mas rica del mundo, de la fuente de la Cibeles, sobre el indispensable cocido, que aquel dia se le habian aplicado todas las leyes de Castilla, porque á aquella mesa retrógrada no habia llegado el progreso, ni se servia en ella el vistek ni el rosbiff.

La tarde aunque calorosa era bella, y los señores salieron á dar un paseo, buscando en el Prado á sus conocidos para hablar de la horrorosa crísis en que se hallaban las instituciones.

Agalea quedó en casa, y Dario fue al café, Puerta del Sol y otros puntos para adquirir noticias, diligencia que por el espacio de una semana habia sido la ocupacion de los habitantes de la heroica villa. La noche llevó la muchedumbre á sus hogares y Dario á los pies de Agalea: eran ya las once cuando regresó á su casa, y dejando en ella á su padre, se dirigió á su nuevo cuartel.

Las calles estaban desiertas, apenas se percibia el paso acompasado del centinela ó el ruido de las armas del soldado que giraba á caballo con órdenes ó partes.

Ayuntamiento de Madrid

La una habia sonado ya en el reloj del Buen Suceso, y los soldados que llegaron del sitio bebian agua de la fuente de Mariblanca, fuente que estuvo en la Puerta del Sol. Habian penetrado por el portillo que llaman del Conde-Duque, única puerta de todas las de la capital que habia quedado sin escolta.

Muchos fueron los comentarios que se hicieron sobre este descuido; pero Dios sabe la verdad, porque esto, como todo lo que pertenece á esta sangrienta escena, está cubierto de un espeso velo que á mí no me es dado levantar.

¡Triste horror de las guerras civiles! Como los enemigos no se distinguen ni en el trage ni en el idioma, los guardias españolas apagaban su sed en aquella fuente donde pocos dias antes bebian tranquilos, aquellos mismos soldados á quienes se les habia encomendado el buen órden y la tranquilidad de la poblacion; ellos bebian en la fuente y los que debian medir con ellos sus armas dormian á pocos pasos.

Apercibiéronse al fin los centinelas de la presencia de los guardias: en medio de las tinieblas reconocieron su uniforme azul galoneado de seda, y dieron el grito de alarma. Los que dormitaban sobre el duro camastron de la guardia de Correos se levantan, toman sus armas, los tambores se baten. ¡Qué horrible detonacion! ¡Es la convocatoria de la muerte! ¿Qué alma sensible pudo oirla sin conmoverse? Algun otro oficial, algun otro soldado ciudadano que por algun motivo aun estaba en su casa, se levantan sobresaltados, se arman de prisa; uno se acerca á la cuna donde ve á su hijo, le da un beso, una lágrima cae sobre la frente del niño; entreabre sus ojos, conoce entre sueños á su padre, saca los brazos y los echa á su cuello; el padre lo estrecha contra su corazon, y viéndole dormido lo vuelve á dejar sobre la almohada, y se aleja con un pañuelo sobre sus ojos. Otro en tanto que coloca la espada bajo su diestra ve á su esposa que pálida y desconsolada lo estrecha en sus brazos, pudiendo apenas articular entre sollozos: «¡No me dejes, no me dejes!» Él la repele suavemente, echa al hombro el fusil, y las lágrimas que empañan su vista apenas le permiten ver la senda por donde debe ir; desde la calle vuelve los ojos á la ventana, y ve á la amada de su corazon con las manos sobre el pecho suplicando al cielo guarde la vida del esposo que adora; oye sus gemidos y el triste á Dios que le da: suspira con fuerza, y el temblor que esta angustia dolorosa le causa le deja apenas fuerza para sostener el arma mortífera. Cerca de la estancia de estos esposos yacen en el lecho dos ancianos, cuyo sueño fatigoso cesa al ruido del tambor. «¡Llamada!» se dicen el uno al otro; se incorporan. «¡Mi hijo!» dice la madre. «¡Dios mio!» esclama el padre. Toca la campanilla, nadie viene; se arroja de la cama, toma una lámpara, llega temblando al lecho de su hijo: el jóven imberbe duerme profundamente con el sueño propio de su edad y del cansancio del dia anterior; el triste anciano lo ve, lo contempla un instante y esclama: «¡Este sueño de salud y de vida podrá dentro de algunas horas convertirse en el del desfallecimiento y de la muerte!» Se retira y no se atreve á despertarle. Mas ¡el honor! ¿dónde está el honor? Él impera en el pecho ibero; el profundo gemido que lanza el anciano despierta al jóven.

«¿Quién sois, qué quereis? dice. Padre mio, ¿sois vos? ¿Oís, oís? tocan generala.

Ayuntamiento de Madrid

—Sí, hijo mio,» dice el padre conmovido hasta el estremo.

Salta el militar al pavimento y toma el uniforme: al ceñir el sable ve á su anciana madre que pálida y temblorosa se apoya en un sillon, corren en abundancia sus lágrimas y abrazando á su hijo le dice:

«¡Hijo mio, hijo mio de mi alma, soy anciana y no sobreviviré al golpe que me prive de tí!»

Una aguda lanza traspasa el corazon del jóven, y por un momento olvida todos sus deberes, y casi determina quedarse: abraza á su madre prolongando esta caricia; pero el sonido del tambor le llama: cree haber oido un tiro, se acuerda del hábito que viste; su codo pega en el puño del sable, y soltando aquella adorada cintura, corre hácia la puerta, ajusta el morrion á la barba y baja la escalera, marcando el ruido del sable en los escalones su precipitada marcha, en

tanto que ajusta los guantes á la mano y desea al mismo tiempo besar la de su padre, vuelve á querer subir, y los ve que descienden tras él, la madre gritando: «¡A Dios, á Dios!» y el padre conteniéndola: «¡Dejadme abrazarle y que marche!» dice la madre. «¡Le quitas el valor!» esclama el padre. El jóven alza los ojos al cielo como pidiendo auxilio, y mordiéndose los labios da con la carabina un golpe en el último escalon: la madre lo abraza; pero aunque temblando le deja partir, porque las españolas saben apreciar el valor, y son espartanas cuando se trata de demostrarlo que se creian deshonradas si los suyos fueran cobardes, prefiriendo verlos muertos antes que saber han vuelto la espalda al enemigo. El redoble del tambor habia sido llevado por el viento al lecho de la enamorada heroina: se despierta, sacude la cabeza y aparta sus cabellos de la frente; escucha, suena la herrada planta sobre los pedernales de la villa formada sobre fuego, y al paso despide chispas que lucen en la oscuridad.

Agalea corre al balcon, sus pies desnudos no perciben el frio de la suave estera, y apenas cubierta con un lienzo abre la ventana; una detonacion mas triste llega á su oido. ¡una descarga de fusiles! Echa las manos sobre la cabeza y corre á la cámara de su padre, el que sale á recibirla; la toma en sus brazos, la cubre con la ropa de su cama y la coloca sobre un sofá; nada se dicen, porque uno y otro saben lo mismo. ¡Dario está en peligro! Otra descarga se oye y luego la mas fúnebre detonacion; el cañon retumba con triplicados ecos en la angostura de las calles. Agalea estrecha en su seno al anciano. «¡Acaso ya no existe!» y se desmaya. ¡Triste noche! en cada casa se representaba una escena del sangriento drama.

«¡Firmes y á Palacio!» fue la voz de la Real Guardia, sorprendidos acaso por un recibimiento tan inesperado. Muchos queda-

Ayuntamiento de Madrid

ron cadáveres en las calles: la de la Amargura ¡qué bien le venia este nombre! hoy del Triunfo, se regó de sangre, como la gran Plaza de la Constitucion y otras. ¿Y por qué se mataban sin piedad los que hablaban el mismo idioma, los que profesaban la misma religion y los que ocho dias antes bebieron en una misma copa? ¿Por qué? Esto es cabalmente lo que yo no debo decir; si hablase acaso me equivocaria, ó me espongo á echar abajo ciertos principios: quede pues todo cubierto bajo un velo.

El dia amaneció y el sol alumbró una de las escenas mas horrorosas que puede presentar la historia de las revoluciones: el dia se pasó conduciendo á los heridos á los hospitales. ¡Este dia fue horrible para muchos, de ansiedad para los mas y tristísimo para todos!

Los guardias se replegaron al real Palacio, y allí nadie los hostilizó, porque los españoles respetaron siempre la morada del monarca; y se restituyó la calma, sí, ¡la calma lúgubre de las tumbas! y Madrid quedó cual un mar que se aquieta despues de la tempestad, que produjo el naufragio, las aplacadas olas mecen blandamente los despojos del bajel y arrojan sobre la arena los cadáveres de los desventurados que sumergieron en su seno sin permitirles llegar á la playa donde yacen.

La desventurada Agalea pasó un dia horrible, con tanta ansiedad, con tanta inquietud; iba y venia al balcon como desesperada; giraba por la casa como una insensata, y caia luego anonadada sobre un sillon; llorando sin cesar rogaba á su padre que enviase á saber noticias de Dario. El buen D. Juan le hacia ver con dulzura el peligro á que se esponia la persona que atravesara la poblacion; pero hubo un momento entre las horas, que descuidada Agalea, ó demasiado cuidadosa con sus penas, dejó de acudir al toque de la campanilla para ver quién entraba en su casa, y D. Juan recibió un recado de D. Ramon en que le participó que Dario estaba gravemente herido de una bala de fusil que le pasó el muslo.

Afligióse D. Juan, y su pena se hacia mas grave con la dura necesidad del disimulo. ¡Ah! las personas que saben amar á los suyos saben disminuir sus pesadumbres, saben ocultar los disgustos para que reciban mas tarde que ellos el golpe fatal; pero es la situacion mas penosa, mas violenta de la vida, demasiado lo sé.

Aun faltaba el segundo acto de la horrible tragedia. Por la tarde se verificó. Los batallones que debian ser desarmados salieron de Madrid y fueron perseguidos. Esto impidió á los habitantes salir de su casa.

«¿Cómo es, papá, decia Agalea, que no tenemos noticias de Dario siendo ya las nueve de la noche?

—Hija mia, contestaba D. Juan, Dario debe estar demasiado sujeto en el cumplimiento de sus obligaciones; un militar cuando está en ellas no tiene amores, el deber es primero.

—Pero un criado que traiga noticias para tranquilizarme ¿está prohibido tambien, padre mio?»

Estas y otras eran las espresiones de Agalea, las cuales apenas podia rebatirlas el honrado castellano, nada acostumbrado al dolo y ficcion, por lo cual determinó que se acostasen temprano, y para meditar despacio cómo le daria á su hija la fatal noticia.

La desconsolada jóven, que amaba ya con vehemencia, pasó la noche inquieta; sus sueños fueron tristes, y se levantó antes que los primeros rayos del sol hiriesen la cúpula que cubria la estancia.

D. Juan, no menos inquieto que su hija, tambien estaba desvelado, y dejó pronto el lecho, porque cuando no se tiene aquella tristeza profunda deprimente que reduce el alma á una especie de paralisis ó quietismo que abruma, la cama es un sitio intolerable, el dolor cuando está entre el temor y la esperanza es inquieto, es loco, y no permite que estemos quietos.

Saludáronse el padre y la hija, mas tristes, mas desconsolados; aquel buscando el modo de hacer menos dolorosa su relacion, esta desenvolviendo un proyecto que habia formado.

Los habitantes de la villa, unos estaban

Ayuntamiento de Madrid

alegres, otros fingian estarlo, y todos se dirigian á la Plaza Mayor un dia, y en aquel de la Constitucion. Con el tiempo volvió á tomar su antiguo nombre, y hoy tiene por tercera vez el de la Constitucion. Es uno de los afanes de los que viven en época de revueltas mudar hasta los nombres de las calles, cosa que causa muchos trastornos, creyendo que asi se afirman las instituciones nuevas; hoy no se conoce ya Madrid, porque las muchas variaciones de nombres que han puesto á sus calles, y sea dicho de paso, por dar vertiente á unas les han levantado un promontorio, que parece quieren decir que en época de reformas hasta las calles estan jorobadas.

Agalea se empeñó en que habia de ir á la plaza, y aunque su padre lo repugnaba, hubo de ceder como le sucedia ya en todo lo que deseaba su hija, pues habia ejecutado con ella un gran contraste.

Como la madre la habia contrariado tanto, el padre con no menos imprudencia se propuso indemnizarla, y fue tan indiscreto en ello, que la niña se hizo tan exigente, que no sufria la menor contradiccion; en haciéndole alguna reflexion contra lo que indicaba montaba en cólera, pateaba, y su débil padre, que se habia sujetado á sus caprichos, no solo la obedecia impasible, mas tenia la ridiculez de exigir de todos tan servil condescendencia.

Para nada es tan necesaria la prudencia y tino como para educar la juventud, porque ni se debe criar á las jóvenes con un respeto ridículo que las prive de la confianza franca y amistosa que deben tener con los padres, ni menos tener estos á la vez una sujecion servil á los gustos de la inesperta juventud, generalmente inconsiderada y petulante: aquellas casas donde hablan los jóvenes y callan los viejos, todo va trocado, todo mal, y no son pocas las ocasiones en que este trueque tan lejano de la razon acarrea funestas consecuencias.

Curiosa Agalea, y unido el deseo de saber de Dario, se hizo conducir por D. Juan á la plaza: ¿y qué vió en ella, qué en sus calles? ¡Triste horror de la guerra! charcos de sangre que las gentes hollaban sin piedad, estragos causados por las balas; mas lo que no pudieron sufrir sus ojos fueron las preces de la iglesia, el *Te-Deum*, cantado por un obispo en medio de la plaza bajo una indecente casucha de viejas alfombras: al oir la piadosa jóven la profanacion de los sagrados cantos tan repetida ya hoy:

«Huyamos, padre mio, dijo, huyamos. ¿Cómo puede ser agradable á Dios que se le den las gracias por la destruccion de los propios hermanos, hacer fiesta por una escena de sangre y de horror, por un acontecimiento que debia olvidarse si posible fuese?»

Y volvieron á su casa, donde D. Juan le dió la triste noticia. La infeliz casi se desmayó. Llorosa y desolada, pidió á su padre la llevase á casa de D. Ramon, y el pobre hombre hubo de darla gusto.

El médico habia prohibido se hablase al enfermo; mas Agalea se contentaba con prepararle las medicinas y alimentos los primeros dias; pero luego ya entraba alguna vez,

y quedó asistiéndole hasta que estuvo bastante restablecido. Entonces le contó Dario como habiéndole tocado al batallon hacer la defensa en el alto que domina la plazuela de Oriente, recibió el balazo en el muslo.

Muchos meses padeció, y entre tanto las circunstancias políticas empeoraban para los liberales.

Tres meses se habian pasado ya, y Dario sufria una calentura lenta que le consumia; por lo que, viendo su padre que el otoño

Ayuntamiento de Madrid

iba á concluirse, determinó convocar una junta de médicos, que opinaron fuese el enfermo á invernar á la Serranía de Ronda, pues de lo contrario no respondian de su vida. Mucha fue la resistencia que hallaron; pero D. Ramon tocó el resorte que iba derecho al corazon de su hijo, habló con Agalea: le dijo la opinion de los médicos, y exigió su palabra de que cuando no le instase para que se fuese, no opusiese razon ninguna para que se quedase. Ella se lo prometió, y fue aun mas fuerte: rogó á Dario que abandonase la corte, añadiendo que si se empeoraba, ella no podria sobrevivir. Esta fineza, y el amor natural á la vida que tanto se aumenta cuando se goza en ella, hicieron á Dario se prestase á marchar. ¿Qué pluma pudo nunca pintar con exactitud la triste despedida de dos que se aman verdaderamente? Ninguna. ¿Pues cómo podré yo acometer esta empresa? Amor y esperanza rebosaba la correspondencia de los amantes: miraban por el dia los rayos del sol cuando entraba en el zenit y la luna ó los planetas á una misma hora, no hay que estrañarlo, todas estas frioleras que parecen despreciables son consuelos suaves para los que saben amarse; contaban los dias, esperando aquel en que los campos volviesen á tomar su herboso esplendor: la primavera era la estacion que habia prefijado el médico de cabecera de Dario para su vuelta, y D. Ramon no se apartaba de sus preceptos, por los conocimientos que habia manifestado en la enfermedad del hijo.

Dario se robusteció; los campos béticos se llenaron de flores, y la doble melena de leon de las Castillas comenzaba á deshacerse: ya Agalea veia llegar la hermosa tarde en que del brazo de su esposo oiria el canto del ruiseñor, posado en las ramas espesas del Jardin Botánico, cuando ¡ay! las circunstancias políticas son como la lluvia, que coge á todos.

Las tropas francesas, mandadas por el duque de Angulema, se acercaron á la frontera, el rey fue llevado á Sevilla, y los hombres que supieron prever se pusieron en guarda: D. Ramon comunicó á Dario la triste nueva; y la imposibilidad de volver tierra adentro estando él tan comprometido por sus opiniones y ciertas cantidades que habia dado en préstamo al gobierno, cosa que no le seria perdonada caso que volviese el rey á llamarse absoluto, y reflexionando no era prudente separarse de los puertos que tenian inmediatos caso que fuese necesario emigrar al estrangero. Mucho sentimiento causó á Dario la funesta nueva; pero supo sobreponerse á todo y embarcarse con su padre para Francia en los primeros dias del mes de octubre de 1823, en que la persecucion á los liberales les obligó á refugiarse en el vecino reino.

Pintar el dolor de Agalea al saber la precipitada fuga de D. Ramon es imposible: solo diré que estuvo gravemente enferma, y que por mucho tiempo hizo temer por su vida; mas al fin su robusta complexion, su juventud, las cartas que aunque con trabajo recibia, llenas de espresiones cariñosas, de protestas y de esperanzas, y mas que todo el tiempo que lacera las heridas mas profundas, triunfó de las penalidades, y los sufrimientos fueron aminorando; á lo que se agregó la esperanza de que el rey diese una amnistía, porque ignoraba que su ministro Calomarde llevaba la máxima de hablar siempre de ella y no concederla nunca.

Dos años habian pasado ya de ausencia, cuando una noche llamó á la puerta de la casa de D. Juan un estrangero que dijo llegaba de Francia; fue recibido por este ca-

Ayuntamiento de Madrid

ballero, habiéndose retirado Agalea, que leia la *Gaceta* y el *Diario de Avisos*, únicos periódicos que entonces se permitian, porque España ha ofrecido en un corto período de años los contrastes mas raros é incompatibles.

En principios del siglo XIX era una vieja dormida al arrullo de las olas que traian la riqueza ultramarina, de que he visto que ni aun ha sabido aprovecharse. Convirtióse en el año de 1808 en fuerte guerrero que supo triunfar de todo un Napoleon Bonaparte. ¡Napoleon Bonaparte! ¡O rara condicion del mortal! ¡El hombre mas grande está sujeto á los errores mas crasos! Si este monarca hubiera batido antes á los habitadores de las islas británicas, acaso ni él hubiera sido presa de estos buitres del mundo, ni los españoles nos viésemos sujetos hoy á tanta calamidad. España convertida en guerrero produjo el entusiasmo, niño tierno que vivió seis años en todo su vigor, pues el golpe que recibió el año de 14 lo estropeó, y con los desengaños sucesivos las gentes han aprendido á desconfiar y no se manifiesta ya en todo su esplendor: asi ha ido esta desventurada nacion, ya á oscuras, ya con demasiada luz para lo que ella podia resistir, cayendo de uno en otro caos.

El personaje que presentó la carta á don Juan era hombre ya medio maduro, rayano entre los treinta y cinco y los cuarenta años, edad en que se dice de los hombres que son ya liebres corridas: era inglés educado en Francia y que habia corrido por España en distintas épocas con un carácter entre viajero y diplomático, pero en realidad como un espía, pues ya se sabe que estos pájaros no vienen á España á tomar aires. Era lo que se llama un buen mozo, disimulando perfectamente el atusado visoñé, porque en estos tiempos tiene el pelo de los hombres poca fuerza y desde la juventud amenaza ruina: la suma elegancia en el vestir, la finura, y cierta insolencia en presentarse, daban cierto aire grato á toda su figura y gracia á su fisonomía, salpicada con cierto perfume de anglo-galo-hispana pillería; es decir, que habia recibido en su alma lo peor de las tres naciones.

Luego que D. Juan leyó la carta llamó á su hija, la que hizo grande impresion en el corazon de mister Terbeg, por lo que estuvo tan amable como elocuente sobre la injusticia del gobierno de tener desterrados á los españoles por tanto tiempo lejos de sus familias, y los grandes perjuicios que de esto se originaba á todas. Se despidió, le ofrecieron la casa, y él dijo como por chanza, pero con aquel aplomo que hacen las cosas los hombres de mundo, que volveria á hacer la visita de etiqueta, le fue contestado lo que deseaba, y el padre y la hija hablaron de lo bien que les habia parecido el estrangero. Este repitió sus visitas, en las que siempre hablaba de las virtudes de Dario, del tiempo en que lo conoció, que habia sido en el café de la Fontana de Oro. Y era cierto que lo habia tratado antes de verlo en París, pues procuraba siempre relacionarse con personas distinguidas, y como los españoles, generalmente hablando, somos fáciles en creer á los estrangeros, el acceso á nosotros no siempre es dificil.

A pocos dias llegó su equipaje, donde

trajo las cartas confidenciales de Dario para los dos. Mucho le agradecieron este favor; él les ofreció mandar su correspondencia con toda seguridad, y asi se ejecutó.

Agalea no sabia qué hacer para obsequiar al hombre benéfico que le proporcionaba la dicha de saber de Dario con frecuencia: fue convidado á comer, y se hizo visita diaria, luego tertuliano, en seguida íntimo amigo, que es el término de las relaciones inocen-

Ayuntamiento de Madrid

tes; mas esta no lo era de parte de Terbeg, que estaba ya muy apasionado de Agalea, y esta pobre jóven le demostraba el mayor cariño, sin que pudiese pasar por su mente lo que sucedia en el alma negra de aquel infame. ¡Duerme el hombre tranquilo en brazos de la suerte mientras sus semejantes le preparan la ruina!

Algunos meses se pasaron yendo ya dos veces al dia Terbeg: los que lo sabian murmuraban; pero los interesados son siempre los últimos que saben las hablillas de sus conocidos, y aun de los que se llaman sus amigos.

Don Juan, hombre bondadoso, y la niña inesperta, no sabian juzgar mal de los demas, ni conocian que los demas juzgaban mal de ellos.

Agalea, alegre con oirle hablar de Dario y con recibir y escribir cartas, estaba tan reconocida que le recibia siempre con gusto. Terbeg, hombre muy aguerrido en materias de amor, conocia perfectamente todas las sendas por donde se llega al corazon de una muger, y aunque jamás le hablaba de su amor, ¡amor he dicho! no, el amor segun yo le comprendo es siempre puro, es querer á otra persona tanto como á sí mismo, es no anteponer sus deseos ni sus gustos al bienestar y al deshonor de la amada; lo contrario es quererse á sí mismo, es solo contentar el egoismo de los goces: por eso suelen aborrecerse, ó al menos verse con indiferencia, los que una vez creen que se han amado; es un engaño, cada uno busca los goces que en una persona le son mas gratos ó mas convenientes: yo solo puedo conceder que á las relaciones inicuas se les llame amor, porque es la palabra menos mal sonante; pero nunca degradaré lo que yo tengo por amor creyéndole existe donde no estan las condiciones que prescribo.

Agalea hacia comparaciones poniendo en paralelo las monadas de Terbeg aprendidas en Francia, y perfeccionadas en España con aquella especie de aspereza hija de la franqueza castellana que usaba Dario, y le parecia Terbeg mas tierno, mas rendido, observando con tristeza que no tenia su futuro aquella elegancia, aquel órden en sus trages y calzado, porque el guardia no era mas que aseado á la antigua española, sin llevar los guantes rebentando, la corbata con los pliegues estudiados por mas de media hora de espejo ó toalet, como ahora se dice, y los cabellos arreglados y puestos siempre como si lo estuviesen por real órden, y mas que todo, porque Agalea se habia ido haciendo terca con el mimo que le daba D. Juan. Dario habia combatido aunque con dulzura sus caprichos, porque cuando las mugeres se buscan para esposas no se las disimulan estos; mas cuando solo se las ve como un niño mira un juguete, se las permite todo, y Terbeg adulaba siempre las manías de Agalea, lo que á ella le agradaba mucho, y lo juzgaba mas amable y complaciente que á Dario. Terbeg estrechaba el cerco, sin que Agalea se apercibiese que él trabajaba para sí, aparentando la mas cordial amistad con Dario: este triste emigrado tambien era víctima de un hombre falaz.

La desgracia hizo que D. Juan cayese gravemente enfermo: todas las vecinas y amigos se ofrecieron á velarle, y alternaron todos, arreglándolo ellos mismos. ¡Cuánto se embellece el hombre cuando se priva de sus comodidades en socorro de la humanidad doliente! Algunas fueron las noches que tocó este servicio á Agalea en union con Terberg: una de ellas fue horrible; el viento hacia estremecer las ventanas, golpeaba las puertas y silbaba comprimido entre las tapias cual si fuese el bramido de un mar agitado, la nieve bajaba en copos de lo alto á endurecerse en el suelo.

Don Juan dormia un sueño soporífero, Terbeg removia las ascuas del brasero, y convidó á Agalea á que se calentase. «Estais helada,» la dijo tomándola la mano. Esta jóven abatida por el cansancio y el dolor, se dejó sacar de la alcoba al gabinete. Toda la habilidad, toda la astucia de Terbeg fue puesta en juego en aquella hora de infamia y de crímen. El buitre del Támesis manchó para siempre las plumas albas de la tórtola del Manzanares.

El viento rompiendo un cañon de la estu-

Ayuntamiento de Madrid

fa lo arrojó con estrépito sobre el balcon.

«¡Dario, Dario!» esclamó D. Juan con voz estertórea. Agalea se precipita á la puerta, y á la luz de una moribunda lámpara ve á su padre incorporado con el pecho descubierto, los ojos centelleantes y agitando los brazos repetia:

«Defiéndela, defiéndela; ella ha de ser tu esposa.»

Agalea se acerca, él la mira, y prosigue con pausa:

«¡Huye, huye, muger! ¿qué has hecho?.. ¡El infierno se abrió desde este momento para tragarte!»

Y haciendo un esfuerzo para saltar de la cama, cae anonadado sobre el lecho. Agalea da un grito y cae desmayada; Terbeg llama á las doncellas, les recomienda á su amo, y toma á la jóven en sus brazos para sacarla de la alcoba, y la lleva á la sala. El aire mas ralo en aquella pieza la vuelve al conocimiento. Ve á Terbeg; siente los brazos asidos á su cintura: las víboras que rodean el pecho de la Lauconte la hubieran causado menos horror. Le aparta, y huye diciendo con un grito de desperacion «¡Infame!» y vuelve á su padre. Este la mira y calla. Aparece recobrado ya; las criadas se retiran; la luz entra por las ventanas. Terbeg entra en la alcoba: D. Juan le alarga la mano y suplica vaya á descansar.

Terbeg miró á la jóven con amable sonrisa, pero al mismo tiempo con aquel descaro que da siempre el triunfo, que parece decir: «Os habeis puesto bajo mi planta.» Ella apenas pudo murmurar entre dientes la frase á que se habia acostumbrado: «Hasta luego.»

Don Juan se durmió profundamente despues de haber tomado un remedio. Su infeliz hija sentada sobre una alfombra, y con la mano en la frente y el codo apoyado en el lechó, se abismó de tal manera en sus tristes pensamientos, que por algun instante creyó que su padre estaba en la tumba y que ella le acompañaba en el sepulcro. «¡Dichosa la que baja á la huesa en la noche de la injuria, dichosa!» Agalea creia haber soñado.

El sol que derretia la nieve iba adelantando su carrera: el médico llegó y dijo ha-

llar mejor al enfermo; el mal habia hecho crísis, y fue poco á poco restableciéndose.

Terbeg iba diariamente á verlos. Agalea, despues de haber pasado tres noches de insomnio y tres dias de llanto, le dijo:

«Caballero, es preciso que seais mi esposo.

—Estoy pronto, Agalea,» dijo con desfachatez.

Ella calló y empezó á revolver en su imaginacion cómo se efectuaria el matrimonio.

Preguntó D. Juan por qué se le tenia con luz artificial, y la hija contestó: «El cañon de la estufa que cayó de arriba hizo pedazos las vidrieras, y estan en poder del hojalatero.»

De aqui tomó pié el enfermo para recordar su pesadilla ó delirio, y á la primera palabra alarmó á la desdichada Agalea. Aunque estaba persuadida de que su padre no podia estar apercibido de su falta aun temia, porque el crímen es como los olores fuertes, por mucho que se aplaquen siempre sobresalen, y miró á su padre tan desencajada y temblorosa, que D. Juan conoció la emocion.

«¡Pobre hija mia, le dijo, cuánto has padecido, qué susto te dí! Pero ya estoy mejor, y con el favor de Dios me pondré bueno: la Providencia me ha conservado para tu consuelo. ¡Ah! no tienes en el mundo mas que á tu padre! y la abrazaba. Consuélate, hija mia; pero debes haber sufrido mucho. ¡Qué delgada estás, qué pálida, pobre Agalea! Te contaré mi sueño, que aunque me horroriza.....

—Si os horroriza, padre mio, podeis omitir el relato.

Ayuntamiento de Madrid

—No, hija mia, aun espero que te reirás: hay en los sueños por funestos que sean tal incoherencia de ideas, que son como los efectos horrorosos de los elementos, que siempre hay en ellos algo que admirar, como las escenas que asustan á los moradores de las casas, que hallan luego que pasa el peligro siempre algo de que reir; pero ¡lo que son las visiones del sueño! el gran ruido que hizo la hojalata contra el hierro y la vidriera me despertaron; oye, Agalea.

—¿No quereis tomar un caldo?

—Cuando te haya contado el sueño lo tomaré. Soñaba yo que por ese balcon habian entrado ladrones, pero sin abrirlo, ¡qué disparate! que se dirigieron luego á la gabeta, y sacaron..... ¡ay Dios mio! sacaron la cajita donde tengo aquellas oncitas, que se gastarán en tu ropa de novia: ya ves cómo estaria yo entre tanto. Luego ví, ¡ay! aqui entra lo mas penoso, ví que uno te cogió en

sus brazos; pero ¡qué desatino! ¡si lo que uno sueña! y ¡cuando hay fiebre! yo entonces me abrasaba: ¡qué fatiga! Era una pesadilla.... hija, no te sobresaltes. Yo no podia defenderte ni moverme: entonces ví claramente el rostro de Terbeg. ¡Ah! buen amigo! ¿qué agravio te hice? Agalea temió entonces que su padre hablase con malicia y lo abrazó temblando. Era una pesadilla, hija mia, era un delirio. ¿Cómo podria yo creer que mi hija faltase á los mas sagrados deberes? ¡Nunca, nunca! Ella puso la frente sobre el hombro de D. Juan para ocultar el rostro, y el padre siguió. ¡Ah! yo lo sé; tienes mis propios sentimientos, Agalea! Nada ves detrás del honor, nada mas que la tumba: ¡sí, despues de Dios el honor! Agalea, no pudiendo sufrir mas, se arranca del seno de padre, y sale precipitada de la alcoba. Llora.... ¡pobrecita, cuánto la ha conmovido mi enfermedad. ¡Ya, ya tomaré mis providencias, la muerte no me cogerá descuidado! ¿Qué hubiera sido de ella si Dios me hubiese llamado esta vez? ¡Infeliz!»

Entre tanto la desgraciada Agalea sufria el mayor tormento. Envilecida á sus propios ojos, no se atrevia á levantarlos hasta los de su padre, viéndose en la triste precision de casarse con un hombre que no amaba, y con la dura necesidad de renunciar para siempre al objeto de su amor. ¡Ay! ¿cómo podria sufrir las miradas de Dario? Dario habia concluido para ella.

¡Ó dias de inocencia y de felicidad, dónde os fuisteis! ¡Qué poco basta para hacer la desgracia de una muger! ¡Con cuánta cautela debemos vivir todas!

Su inquietud se aumentaba, porque no recibia de Terbeg mas que recados diarios á saber de la salud de D. Juan y diciendo cuán sensible le era que las ocupaciones de que le habian cargado en la legacion inglesa no le permitiesen ir por sí mismo á cumplir con el deber sagrado de la amistad.

«¡Amable Terbeg, escelente amigo! decia el buen caballero. Y hablan mal de los ingleses; somos injustos los españoles: ¡que vengan á mi casa y verán lo que son! ¿No es verdad, Agalea?

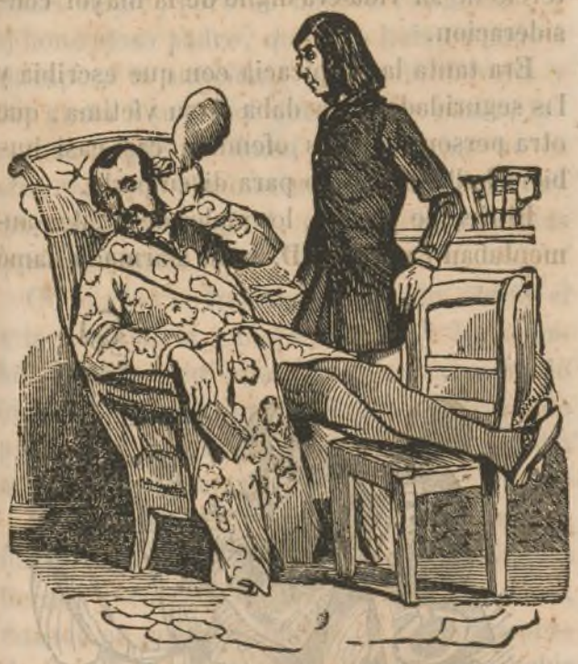
—Sí, papá.»

Mas ¡cuánto se violentaba para contestar la infeliz!

Pasados algunos dias, en que ya D. Juan recibia á sus amigos, una noche entró en el gabinete Terbeg. Al verlo Agalea se puso pálida, y sintió en el corazon como si le penetrase una daga; perdió el habla, y apenas pudo saludarle con la cabeza. El astuto diplomático procuró ocupar una silla que le ofreció otro caballero, la mas inmediata al sillon de D. Juan, y cuando ya se acercaba la hora en que se iban despidiendo los demas, aprovechó un momento de aquellos de confusion que suele haber en las casas montadas á lo Cárlos III á las diez de la noche.

Ayuntamiento de Madrid

en que unos se levantan á tomar el sombrero, otros á encender el cigarro de despedida y otros tienen algo que decir á la señora de la casa, en este instante se acercó Terbeg á D. Juan y le dijo:



«Con la mayor reserva participo á V. que parto á la madrugada á desempeñar cierta mision de mi gobierno en París, no habiendo sido posible venir antes á comunicarlo á V. por no haber podido separarme de la legacion ni un momento; pero puede V. remitir sus cartas á F., que él me las dirige con toda seguridad. Asi lo dirá V. á la señorita; yo no me atrevo á decírselo por no llamar la atencion.»

Y se despidió con todo el aplomo y sangre fria de su pais. Bien se deja ver qué pajarraco seria el tal hombre este cuando el gabinete de San James, como quien dice, el Vesubio de la política, le confiaba misiones de importancia. La necesidad de obrar como caballero sellaba los labios de D. Juan. ¡Ah! los pechos nobles son los mas espuestos á ser engañados; aunque en esta época en que escribo se han multiplicado ya tanto los engaños y falsedades, que ha de ser ya la esencia de la tontería el dejarse engañar: sin embargo, veo con dolor que hay gentes que nada han aprendido. Si se hubiera divulgado el viaje de Terbeg, ¡cuántas mentiras se habrian inventado! Porque en la época de lo que llaman hoy la década, los liberales esperaban de todos, de todo sacaban consecuencias á favor de su causa. Me acuerdo que les oí esperar en el infante D. Miguel, hoy ex-rey de Portugal; y hasta confiaron en el padre de la reina, príncipe Bávaro, gran partidario del chocolate y los garbanzos, y que iba siempre al jubileo. Alguna vez podria suceder que orase delante del mismo altar que habia servido de pesebre á su caballo, pues habia venido á España á las órdenes de Napoleon en el regimiento llamado de Belites; asi lo dijo el vulgo.

No encuentro nada con que comparar la sorpresa, la rabia y dolor de Agalea cuando su padre le participó la partida del falaz estrangero, no me es dado describirla, como lo hacen los románticos, trasegando el infierno y revolviendo el cielo; este escita tanto mi veneracion y respeto, que apenas puedo elevar mis ojos hácia arriba, y aquel lo hallo demasiado profundo para penetrar en él.

Agalea pasó una noche infeliz y desasosegada, como debian ser ya las sucesivas, porque habia perdido la inocencia y poseia su secreto un vil, porque todo seductor lo es. La tranquilidad es donde la virtud. ¡No hay en el crímen mas que dolor y desesperacion!

Agalea habia apagado la luz, las tinieblas se avienen mejor con la desesperacion; el sueño ¡dulce consuelo de los desgraciados! no llegó á mitigar sus penas; luchó de continuo con sus ropas, formó y deshizo proyectos; tan pronto queria escribir á Terbeg llenándole de improperios, tan pronto deseaba que amaneciera y referirlo todo á su padre para que despreciase al hombre infame; pero nada hizo.

Don Juan mejoraba visiblemente, y cuando debia marchar el correo, dijo á su hija que era preciso escribir á Dario; él lo hizo refiriéndole á D. Ramon lo malo que habia estado y la impresion que su enfermedad habia hecho en Agalea, la que aun observaba triste y hasta como enfermiza, pero esperando que el tiempo la hiciese olvidar el peligro en que él habia estado y volver á su

Ayuntamiento de Madrid

alegría. Pero la triste Agalea, con los ojos

fijos en el papel, el codo sobre la mesa y la frente sobre la mano, no habia escrito mas que la fecha. ¿Cómo empezar la carta? ¿Qué podria decir á Dario, aquel Dario, á quien ama ya mucho mas, aquel hombre honrado, con quien comparaba á Terbeg, y veia la distancia que hay del crímen á la virtud? ¡Cuántas veces se habia hallado sola con el castellano y jamás habia traspasado las leyes del decoro! ¿Podria ella deshacer su corazon en caricias y escribir aquellas frases encantadoras que le dictó su amor en los dias de felicidad? Muy desgraciada se juzgó por la ausencia de su amante; pero hoy, ¡hoy era cuando se hallaba verdaderamente desventurada!

Algun tiempo despues recibió una carta de Dario llena de espresiones cariñosas, que traspasaban su alma mas que si fuesen baldones, acompañada de otra de Terbeg en que le manifestaba el sentimiento que le causaba su poca salud: á esta contestó una carta muy fuerte comunicándole toda la estension de su desgracia. Él le contestó con todas las argucias que le eran familiares, echando la culpa al amor inspirado por su mucha belleza. «¿Quién puede resistir á tantos atractivos, hermosa Agalea?» y esta no era la espresion mas apasionada de que usaba, repitiendo que uniria su suerte á la suya si obstáculos insuperables no se lo estorbasen.

¿Cómo podria sobrevivir el honrado don Juan á la pérdida de un yerno que tanto estimaba? ¿Cómo un católico timorato suscribirse á casar una hija con un protestante? Esto le asesinaba, y D. Juan en el último tercio de su vida era digno de la mayor consideracion.

Era tanta la suspicacia con que escribia y las seguridades que daba á su víctima, que otra persona menos ofendida casi casi hubiera hallado motivo para disculparle.

El tiempo pasaba, los males de Agalea aumentaban cada dia; D. Juan alarmado llamó

á su médico; este era uno de los mas hábiles que tenia la corte, buscó el modo de hablar á solas con la jóven, le hizo que le confesara el mal que él ya tenia conocido, y se decidió que diria á su padre era preciso que saliese á tomar aires.

Tenia D. Juan una sobrina llamada Inés que se habia criado con Agalea, pero que estando casada vivia en un pueblo de Andalucía. Á este llevó D. Juan á su hija cuando se tuvo por conveniente. Allí fue madre la desventurada Agalea. Á la niña se la puso Godoleva, á la que besó y estrechó en su seno, olvidando á su infame padre, y acordándose solo que era madre y que su hija era inocente.

Cuando su padre fue por ella y volvió á Madrid, sintió un doble dolor del que tuvo cuando se separó de su padre pocos meses antes, vino solo hija y vuelve madre desgraciada.

Ayuntamiento de Madrid

Godoleva quedó muy recomendada á Inés y á su esposo, que como no tenian hijos la amaban como á tal. Agalea tenia con frecuencia noticias de Godoleva.

La desgraciada hija de D. Juan no estaba jamás alegre, pero se hallaba resignada; y el bondadoso padre, que solo habia amado á su esposa lo suficiente para sobrellevarla y dar gusto á su padre que lo hizo casar, ignoraba lo que se llama mundo, que no es otra cosa que el conocimiento de las picardías que pasan en él, aunque no sea mas que por teórica.

Ocho años se habian ya pasado desde el aciago dia de la emigracion, y D. Juan habia hablado á su hija varias veces sobre lo indispensable que era celebrar el matrimonio por poder, pues él estaba achacoso y podia morir de un momento á otro.

Pero Agalea, aunque su amor á Dario se habia aumentado, y parecia ser cada dia mas tierno, ¡condicion miserable del hombre, cuando no posee el objeto, ó está para perderlo, se apega mas á él! Agalea se habia propuesto no ser esposa de Dario. ¡Cuando se ama verdaderamente, siempre se evita el sufrimiento al objeto amado.

Como tenia bastante talento y suspicacia, sabia eludir la conversacion, ó diciendo á su padre que por qué queria afligirla hablando de su fin, y el padre enternecido callaba.

Una mañana fue Agalea despertada por los fuertes campanillazos que tiraba D. Juan: corre á su alcoba, y lo halla acometido de una asma que lo ahogaba. Fue llamado el

médico, y declaró ser grave la enfermedad: era preciso que se procurase no hacer sufrir al enfermo la menor emocion, porque estaba á riesgo de ahogarse. Agalea se sobrecogió tanto con esta noticia, que á pesar de ser D. Juan un sugeto de buen carácter, ella ni aun le instaba para que tomase alimentos si le repugnaban por miedo de que se alterase. D. Juan era timorato, y como su vida habia sido pura, no era de los que repugnan los auxilios de la religion; preguntó al médico si seria preciso disponerse, y este contestó con las frases de ordenanza: «No lo considero absolutamente preciso; pero si V. quiere tener ese consuelo.....» y otras que se usan en estos tristes casos.

Don Juan habló á su hija, procurando endulzar todo lo posible su resolucion, y suplicó hiciese llamar al cura de su parroquia, que era ademas uno de sus amigos: habló á solas con él, y dispusieron todo lo que siguió despues. Cuando salia le hizo Agalea aquella pregunta que las personas interesadas hacen á cuantos ven á sus amados dolientes.

«¿Qué le parece á V. de papá?

—Está bastante malo, hija mia; ya le he confesado, y quiere que le traiga los santos Sacramentos.»

Agalea echó á llorar y el cura se marchó.

Despues de oscurecido se veia en la calle una procesion de luces precedida de un coche, y el ruido acompasado de las ruedas se acompañaba con el toque lúgubre de la campanilla de mano, á cuyo sonido se descubrian los transeuntes, y doblaban la rodilla los habitantes: dos centinelas de los que entonces eran voluntarios realistas guardaban las portezuelas de la carroza, que desfilaba por un cuerpo de guardia alumbrada por los amigos de D. Juan; pueblo y mugeres la seguian orando; la guardia, á quien el centinela habia gritado «¡Dios!» punzaba el pavimento con el arma, y el tambor y pífano tocaban aquella marcha que en las tinieblas solo se toca para Dios. Llegan á la casa, el sacerdote sube rezando las preces, el acompañamiento le contesta. Agalea trémula y desfallecida se postra ante el Sacramento implorando la vida de su padre; el cura pár-

Ayuntamiento de Madrid

roco coloca el copon sobre el altar y se dirige al lecho.

«¿ Teneis algo que reconciliar, hermano? dice.

—Nada, contesta el paciente con una voz anhelosa; ya sabeis.....»

El sacristan llama á Agalea y la coloca al lado izquierdo de su padre; ella se deja conducir, entrega al cura el ritual, y este despues de haber rezado las preces le pregunta á Agalea:

«¿Recibís por esposo y compañero á Dario?»

Agalea se queda muda de sorpresa; su padre la mira con ojos desencajados y mas fatigado que nunca; ella aun calla. El sacerdote repite la pregunta; los testigos la miran; el enfermo le toma la mano y la sacude. Ella se acuerda de la sentencia del médico, y pronuncia un *sí* que apenas se percibe. El cura pregunta al padre: este pronuncia el *sí* como apoderado de Dario, y el sacerdote bendice la union. D. Juan se sonrie, besa la mano de su hija, el cura da al enfermo la santa forma, reza las preces designadas para ambos Sacramentos, y salen todos en la forma que entraron.

Agalea cae desmayada: la ocultan á su padre; pero este conociéndolo, esclama:

«Ha sufrido mucho: ¡cuidarla, cuidarla!» y cae en un parasismo.

Agalea volvió antes: la gran pena de ver á su padre acercarse á la tumba embotó las demas en su corazon, y el convencimiento de que ya no tenia remedio su boda, selló sus labios para no reconvenir á su padre. ¿Qué hubiera adelantado?

Á pocos dias espiró D. Juan en brazos de Agalea, que quedó sola y desgraciada.

Pasados algunos dias mas escribió la desgracia á Dario, y este la contestó en los términos mas tiernos.

El gran consuelo que Agalea recibió en su desamparo, fue llorar en los brazos de su prima Inés, cuyo marido habia logrado un destino en Madrid, á donde llegaron poco despues del fallecimiento de D. Juan. Agalea daba rienda suelta á su dolor, y desahogaba todas las penas bajo los auspicios del luto: como no salia mas que á las iglesias, á donde llevaba á la tierna Godoleva, que pasaba por hija de Inés, se complacia en enseñar á la niña las prácticas de devocion, y ver como ella correspondia con docilidad y aprendia cuanto la enseñaba. Al cabo de seis meses de esta vida oscura y tranquila, que Agalea no hubiera cambiado por otra mas cómoda, apareció un dia bañada en llanto en el convento á despedirse de sus queridas amigas, pues era preciso aprovechar la ocasion de un matrimonio que partia para Francia. A pesar de la repugnancia que Agalea tenia al hábito cenovita, hubiera cambiado su trasparente velo por aquella tela burda que cubria la frente de la novicia. Agalea conferenció con Inés, y decidieron las dos no decir nada á Dario, conociendo que era hacerle desgraciado. Llegó á París, le abrazó rubo-

rosa y temblando. D. Ramon se alegró al verla, y la recibió como á una hija. Dario, que habia pensado siempre en que tenia una compañera caprichosa, se admiró de hallarla tan dócil, y la creyó efecto de la edad; de una niña de diez y ocho años, á una muger de veinte y siete hay mucha diferencia, reflexionaba. La vergüenza, el dolor y la tristeza de Agalea eran superiores á toda imágen; ¡en vano, en vano intentaria describirlos! hay sentimientos en la vida que toda alma puede sentir, pero que á nadie es dado esplicar. Agalea sufria horriblemente, y sufria sin tener á quien quejarse; se habia acostumbrado á los consuelos de Inés, y ya

Ayuntamiento de Madrid

ni aun por escrito podia recibirlos: era preciso ya ser falaz con el hombre que adoraba; era preciso engañar, mentir, y la simulacion no es el camino de la tranquilidad: le era tambien necesario aparentar alegría, y tanta violencia la ponia á cada paso en un compromiso; pero Dario se creia muy dichoso, y del engaño solo dependia su felicidad; este era un consuelo con el cual tambien Agalea se engañaba. Pasado año y medio que Agalea habia visto todos los jardines, palacios, conventos y demas edificios que hermosean á París, se iba ya cansando; la amistad de Inés y las caricias de Godoleva la hacian falta, y esta pena con todas las que guardaba su corazon la abatieron de tal manera, que Dario se sobresaltaba, pero Agalea procuraba tranquilizarle. Un dia dichoso amaneció en París; los españoles se abrazaban por las calles, en las casas, en los cafés; todo era animacion, todo alegría; los franceses preguntaban cuál era el motivo de tal bulla, ¿cuál era? Era que la inmortal reina María Cristina, la madre de los españoles, augusta señora, para quien la felicidad de la nacion era su primer deber, y á cuyo elogio consagrarán los escritores algunas páginas de la historia para ejemplo de virtud y desprendimiento; ella es la que por no derramar la sangre de los súbditos, la que porque no llorasen las madres la pérdida de sus hijos, renunció la diadema real á la aureola de gloria que la circuia, y mas que esto á dos hijas de su corazon, mas apreciables todavía que la gloria y la diadema. Esta gran reina es la misma que abrió las puertas de sus casas á los espatriados españoles para que viniesen á vivir con sus hijos; es la misma que en el año de 1832 obtuvo del rey moribundo el decreto de la amnistía. La familia de D. Ramon entró en la heroica villa y corte, y Agalea gozó algunos instantes de felicidad abrazando objetos tan queridos: una sonrisa de alegría asomó á sus labios por algunos minutos viendo á Godoleva lo hermosa que estaba. Tranquila vivia Agalea, sostenida en el infortunio por una mano amiga. Inés era de aquellas personas que saben consolar en la desgracia, aunque dando esperanzas que estan muy lejos de ver realizadas, y porque los desventurados se parecen al que se ahoga, que se agarra hasta de un espino. Agalea se consolaba oyendo los sofismas de Inés. Asi vivia desgraciada, pero haciendo la felicidad de su esposo, y para indemnizarlo, lo servia y contemplaha con el mayor esmero, no haciendo otra cosa que su voluntad, por lo que era adorada de Dario, que la acariciaba de continuo; pero tal es la condicion de una falta: las caricias de su propio marido la servian de tormento, y hubo instantantes en que menos mal le hubiera hecho si la hubiese tratado con dureza. Ella le acariciaba, pero el remordimiento venia luego á emponzoñar los mas dulces halagos; ¡cuántas veces quiso desasirse de sus brazos diciendo: «Cesa, Dario, cesa de amarme, ídolo de mi corazon; maldíceme, no soy digna de tí.» Huir y perecer en el desierto.

En la bella tarde del 13 de junio de 1834 se veia en el Prado una numerosa concurrencia; las máscaras se paseaban embromando y riendo; los juegos del mayo, las carreras de caballos divertian á los de fuera de murallas, y todo era alegría, contento y órden. Se celebraba la aclamacion de la libertad emanada del trono mismo, la publicacion de la ley grata que hace partícipe al pueblo del poder del cetro; la daba la augusta regente, la que habia ya abierto los alcázares de Minerva, cerrados tres años antes. En medio de aquel pueblo gozoso pareció una carroza, era la deidad protectora, que venia á congratularse con los españoles,

Ayuntamiento de Madrid

á quienes deseaba hacer dichosos. ¡Cuántas esperanzas nacieron en aquel dia! ¡Pero qué punibles frases se escucharon! «Cojamos por ahora esto, que ya lo arreglaremos á nuestro gusto luego,» decian algunos. ¡Qué fatídicas señales se notaron, ¡ay! á los vivas y aclamaciones se unió el grito de dolor y de muerte; bien lo han justificado los acontecimientos. ¡Cielos! cuando vertais la luz á los que leerán la historia, nuestros sucesores, les oireis decir con asombro: «¿y cuando esto pasaba, podrian las gentes comer y dormir?» ¡Ah! si supieran que no solo comemos y dormimos, mas danzamos y reimos, porque de otra manera no es posible existir, porque un asesinato, un grito de sedicion, han sido en los siglos finados acontecimientos estraordinarios; pero nosotros estamos ya tan acostumbrados á ellos, que no pueden hacernos tanta impresion. Aquella misma noche del 13 de junio fue sepultada hasta con su lecho la primera víctima de ese veneno atmosférico que llaman el *cólera morbo*, enfermedad terrible que nadie sabe en qué consiste, cómo se propaga, y lo que es peor, ni el modo de curarle. La noche del 15 de julio ¡tristísima noche! una horrible tempestad despidió aguas fétidas, que desarrollando el gérmen del mal, se vió al siguiente dia caer las mugeres inanimadas sobre las flores que vendian á la puerta del templo del Cármen. Los habitantes de la capital ibera veian aterrados los progresos del mal, que en su desarrollo todos los casos fueron fulminantes; los médicos eran atajados en su marcha y llevados á las casas por fuerza; los curas párrocos giraban sin cesar auxiliando á los moribundos; los cadáveres eran conducidos en carros al cementerio; todo era confusion, todo horror y espanto. D. Ramon fue la primera víctima de la familia, á la que siguieron Inés y su esposo. Cuando Agalea la vió espirar, esclamó: «¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿por qué no quisiste que yo ocupase en la tumba el lugar de Inés? ¡Ella era tan feliz en la vida y yo soy tan desgraciada! ¡tan desgraciada!» y cayó con un accidente. Muchos fueron los dias que sufrió un ataque nervioso con todos los síntomas del cólera. Cuando estuvo en estado de comprender lo que pasaba, preguntó por Godoleva, y Dario, que no la habia abandonado ni un instante, la contestó con la mayor dulzura:

«Amiga mia, tranquilízate por su suerte, ella quiere verte, pero yo se lo he prohibido por el temor de que enferme; tú estás ya aliviada, pero has estado muy mala. ¡Ay! ¡cuánto he sufrido! he perdido á mi padre; nada me queda ya sobre la tierra mas que tú, amada mia,» y tomando la mano de su esposa le apretó contra su corazon: Agalea llevó á su vez la de Dario á sus labios y la regó con sus lágrimas sin poder hablar; él la abrazó tiernamente, y para hacer cesar tan fuertes emociones, llevó á su esposa un vaso de naranjada. Cuando ya se levantaba, se le permitió á Godoleva entrar en el cuarto; Dario la llevó del brazo, y presentándola á su muger la dijo: «Godoleva, abraza á tu nueva mamá.» Al oir esto Agalea se sobresaltó estraordinariamente; la descompostura de su semblante no pudo ocultarse á Dario, que mirándola fijamente esclamó: «Querida Agalea, yo creia complacerte adoptando á esta huerfanita.»—Sí, sí, contestó.» Y abrazó á la niña y á Dario; ¡cuán distantes estaban estas personas de sospechar que abrazaban á la verdadera madre de Godoleva! que dijo tambien: «¡Ay mi querida tia! ya no tengo á quien dar el dulce nombre de madre, sedlo por caridad; vuestro esposo me llama hija: ¿sereis vos menos amable tocándome mas de cerca?» Á lo que contestó: «Sí, sí, serás mi..... no pudo mas,» y se dejó caer sobre el sillon. Dario tomó de la mano á Godoleva y la sacó del aposento. «No está tu tia en estado de recordarle á tu mamá, Godoleva, y es preciso dejarla que se restablezca...

Mas de cuatro años habian pasado; Godoleva habia cumplido los catorce; estaba bellísima y llena de gracias. Agalea la adoraba y Dario la queria mucho, pues como no tenia hijos concedia á la de su esposa el cariño de un padre. Hablábase en aquellos dias de unos ingleses que habian llegado al cuartel de Cárlos V, y oyéndolo la triste Agalea se estremeció por el temor de que se hallase Terbeg entre estos seres fatídicos; pero ja-

Ayuntamiento de Madrid

más se atrevió á preguntar el nombre de los que decian venir solo por ver y por pasear, porque cuando se oculta un secreto terrible, de la menor insinuacion se teme su descubrimiento. A las orillas del magnífico estanque del Buen Retiro, se veian paseando los habitantes de Madrid; reclinados sobre la barandilla con infantil alegría, arrojaban los niños pan á las aguas que los peces y ánades se apresuraban á devorar; otros se dirigian á la casa de fieras á oir el rugido del leon, el bramido del oso, y ver girar tras las rejas el manchado tigre y la carnívora hiena; otros paseaban por el herboso y retirado campo de este sitio grandioso. Era ya la hora en que se oyen los cencerros de las mansas cabras, que levantando con hendida planta nubes de polvo entran á descansar en el redil y dar al hombre el dulce jugo de su seno, la misma en que recogen su labor las ancianas del pueblo y se sientan á merendar á su puerta.

Dario se paseaba solo admirando la belleza de las vistas aéreas que presentaba desde aquel punto el sol en su retirada; era una orla de oro salpicada de variadas nubes, entre la alba y la roja, salia la grata tinta de la bóveda; apiñándose otros se asemejaban á un volcan de nieve; los oblicuos rayos hiriendo las ramas, presentaban una cinta de oro y esmeraldas. Asi lo admiraba Dario, que suspiró diciendo: «¡Qué desgracia! ¿Es posible que bajo tan hermoso cielo y sobre un suelo feraz y humbrío, haya unos habitantes tan poco acordados en sus opiniones, que vayan de grito en grito, de revolucion en revolucion, desconociendo sus propios intereses?» Abismado asi en sus tristes meditaciones, se habia sentado cabe á la barandilla, sin advertir que un bulto se habia interpuesto entre él y los transeuntes. Cesa de pensar, levanta los ojos, mira con sorpresa por algunos instantes el rostro del que le mira, y reconoce en él, aunque ya avejentado el rostro blanco, la melena rubia y blanquecina, y el mirar audaz y hasta insolente de Terbeg. Dario le dice con la familiaridad de la amistad antigua:

«Terbeg, ¿tú por acá? ¿Cuándo has venido?

—Hace seis dias, amigo mio; pero como no sé dónde vives, no he podido verte.»

Nada ignoraba el bribon; pero como era el medio mejor de ser recibido por Agalea hacerse el encontradizo en el paseo, habia ya cuatro dias que iba al Prado y Retiro con este objeto.

«Ya sé, Dario, que tienes una hija muy linda.

—No es mi hija.»

Algo se sorprendió á pesar de su descaro; pero recordando el cordial abrazo que acababa de recibir, recobró su natural aplomo, y oyó la relacion que de los padres de Godoleva le fue hecha. Como ya anocheciera, bajaron al Prado y desde él se dirigieron al café, donde Dario con un sorbete y Terbeg con un ponche refrescaron cada uno á estilo de su pais, dirigiéndose en seguida á casa.

Estaban en su gabinete, Agalea reclinada en un sofá, entregada á sus tristes meditaciones, y Godoleva apoyada en el velador, donde tenia estendido un periódico en que leia el folletin. Dario que iba por la calle hablando á Terbeg de la agradable sorpresa que iba á proporcionar á su muger con la vista de un amigo que tanto habia favorecido su grata correspondencia, al entrar detuvo el criado á Dario con cierto recado interesante, y Terbeg, que iba delante no advirtió que el amo de la casa no le seguia y entró solo: Godoleva, que esperaba con impaciencia á Dario, porque deseaba referirle

Ayuntamiento de Madrid

que habia estado á verle su amigo Teodoro, vuelto del estrangero, á donde habia estado un año, y que las habia convidado para que pasasen un dia en su quinta del Arroyo, se levanta con ligereza infantil, y dice: «Papá;» pero al ver á un desconocido retrocede. Al mismo tiempo fija en él sus ojos Agalea, y mas sorprendida que si hubiera oido disparar un tiro á su lado, dió un fuerte grito «¡Terbeg!» y cayó desmayada: no fue menor la sorpresa de Dario al reflexionar, luego que hubo vuelto en sí Agalea, y que casi no sabia qué causa dar á su desmayo, que una emocion tan fuerte no puede producirla la simple vista de un amigo. ¡Ah! el aspid de los celos habia clavado el agudo diente en su corazon, y por mas que hacia no podia calmarse eludiendo el grito y el desmayo.

Terbeg continuó visitando la casa, y presentó en ella á mister Sinclac, tio suyo. Este señor habia heredado pingües rentas de su hermano mayor que las fundó; mas ya sea por el cielo triste que cubre á Londres, ya por el humo de carbon de piedra, ó ya por las densas nieblas del gran rio, se nota que los ingleses suelen ser tétricos y estravagantes. El difunto que al testar tenia, aunque pequeños, dos sobrinos, hijos de una hermana, dejó á su hermano heredero de sus bienes con la condicion de que si no se casaba, porque Sinclac odiaba el matrimonio, habia de pasar toda la herencia al sobrino que primero tuviese sucesion. Estos eran una muger que casó con un comerciante natural y establecido en Filadelfia, y el segundo era Terbeg. Mister Sinclac, como buen inglés, no era nada afecto á los habitantes de los Estados-Unidos, y no queria que una herencia adquirida por un inglés pasase á manos de un anglo-americano; esto le incomodaba mucho, y en una grave enfermedad que padeció confió el secreto al sobrino, el que le tranquilizó refiriéndole su escena de Madrid: desde que se vió mejor determinó venir á España á desarrollar el plan que habia concebido de conocer á la hija de su heredero, y prepararlo todo para trasportarla á Lóndres.

Entre tanto el ya infeliz Dario buscaba el modo de tranquilizar su corazon y disculpar á su esposa; pero aquel grito fatal resonaba constante en su oido, y asi iba tirando á ratos triste con sus sospechas, á veces mas consolado, cuando podia engañarse. ¡Es tan grato poderse engañar á sí mismo, si es que de ello nos resulta un bien! ¡Mas, ay! cuando la felicidad huyó del hogar doméstico! ¿qué queda para el hombre? Nada; ¡nada puede fabricarse sobre sus ruinas! El desabrimiento, la desconfianza y el dolor son el fruto de la desgracia. ¿Qué es la existencia cuando se ha perdido el cariño conyugal? Dígalo el desventurado que haya sufrido tanta pérdida. Terbeg no perdia el tiempo; habia logrado persuadir á Agalea que tuviese una cita con él, y una mañana salió, como

lo hacia muchas veces sola y se iba á misa ó paseo, porque de este modo, ya ante los altares, ya bajo los árboles, desahogaba su alma con el llanto y la oracion. Llegó al fin la hora fatal: Agalea, cubierta con un velo y con aquel sobresalto que acompaña siempre á las personas de probidad en las malas acciones, ya la esperaba Terbeg.

«¿Qué me quereis?» dijo Agalea con indignacion.

No estaba prevenido Terbeg para este tono; pero su audacia acostumbrada lo sacaba bien de todo. Habian entrado en el Jardin Botánico, y sentándose en un banco, donde eran vistos de los jardineros, que asi lo habia querido Agalea,

«Hablad pronto, dijo esta.

Ayuntamiento de Madrid

—¿Qué podré yo querer, hermosa Agalea.....?

—Dejad esas frases de adulacion; me habeis perdido con ellas y las detesto.

—¿Con que no volveré yo á ser feliz?»

Agalea le mira indignada y se levanta con precipitacion; él la detiene y la obliga á sentarse.

«Escuchad, escuchad un momento.»

Ella se sienta, temerosa de que alguien se aperciba de lo que pasa. El sigue:

«Puesto que ya no soy amado.....

—No podeis serlo,» esclamó ella, siempre indignada..... Era cierto; Agalea aborrecia con toda el alma á su vil seductor.

«Bien, Agalea, si no quereis que os hable de amor, guardaré mis sentimientos.

—Hareis bien,» dijo Agalea, que conocia demasiado por el desprecio que de ella habia hecho este hombre catorce años antes, que no era el amor quien le obligaba á esplicarse asi; y penetrando que era otro el motivo, se decidió á averiguar este.

Terbeg le refirió todo cuanto queda dicho con la intencion que tenia de llevar á Godoleva á Lóndres.

«Jamás, jamás me arrancareis mi hija; ¿qué derecho teneis? ¿No la habeis abandonado? Catorce años habeis estado sin dar alientos de cariño paternal, ¿y venís ahora á duplicar mis tormentos? ¿No eran bastantes ya mis padecimientos, la ignominia de que me habeis cubierto, y el haber emponzoñado mi existencia, es preciso privarme hasta del único consuelo que me resta sobre la tierra?

—La felicidad de Godoleva está en Lóndres, señora.

—Callad, callad, Terbeg, ó dejo el jardin antes que vos.

—¿Y qué hareis con dejarle, Agalea?

—¡No veros, no oiros!» dijo con la mayor angustia.

Terbeg que tenia la violencia como cuerpo de reserva, atacaba primero con medios suaves, no porque él tuviese ningun cariño á Agalea; no la habia amado nunca, solo habia sentido por ella la necesidad de ser dichoso, á la que por modestia dan el nombre de amor, y solo queria heredar, ser rico á toda costa, ocupar si podia puestos elevados, y que le sucediese lo que á otros que van con un tren magnífico por las calles de Lóndres, como que poseen tres ó cuatro mil duros de renta diarios, y mientras rueda veloz

su brillante carroza, un infeliz espira sobre el polvo de miseria y de hambre. Terbeg que era ambicioso, habia hallado el modo de satisfacer su codicia, y no lo abandonaba. Sabido es que en la constancia, los gatos son la imágen de los britanos: horas y horas se ve aquel cuadrúpedo cerca del agujero madriguera del raton, hasta que el reptil, acosado del hambre, cree salir sin ser visto, y entonces es presa de la carnívora doméstica bestezuela, y asi vemos en sus parlamentos promover reformas que han estado siglos sobre la mesa.

«¿Y qué hariais con iros, qué con dejar el jardin, si no pudisteis dejar de ser mia?»

Agalea se llena de ira y se levanta diciendo:

«¡Malvado!»

El la sigue.

«Escuchad, Agalea, es preciso que hagais que Godoleva se vaya á Lóndres.

—¡Jamás! ¡Jamás!

—¿Habeis olvidado que me escribisteis una carta en que confesabais que erais madre?

—¡Dios mio!»

Terbeg no tenia ya la carta; pero Agalea la habia escrito.

«Este documento hará que Dario me en-

Ayuntamiento de Madrid

tregue á mi hija, ¿comprendeis, Agalea? Si no le persuadís vos, le persuadiré yo.

—¡Bárbaro, bárbaro!» esclamó Agalea con la mayor desesperacion, y salieron del jardin.

«No me sigais,» dijo.

Llegó á su casa, Godoleva la recibió diciendo:

«¡Con cuánto cuidado me has tenido, amada tia!» pues Agalea la llamó siempre sobrina.

Dario la vió llorosa, encendida y distraida, y una sonrisa amarga fue su saludo. El sospechando, ella temiendo, pasaban los dias angustiosos de este infeliz matrimonio. Terbeg, aunque no fuese mas que con miradas, la recordaba su promesa: al fin la triste Agalea se decide y comienza:

«Pensaba yo, Dario, que para perfeccionar la educacion de mi sobrina seria bueno mandarla á un colegio de Lóndres.

—¡Cómo! dice Dario con asombro. ¿Tú quieres que Godoleva marche á Lóndres? ¿Tú que siempre has hablado mal de las personas que mandan á educar sus hijas al estrangero? ¡Y á Inglaterra! ¿Qué puede haber ocasionado esta mudanza? ¿Y con quién va la niña, con Terbeg?

—No, con una señora, dijo á media voz.

—Soy enemigo de que se hable de mí, señora, ¿lo entendeis?» y salió precipitado.

Por la noche el amigo Teodoro los convidó para el dia siguiente ir á pasarlo á su quinta: Agalea queria escusarse, pero Teodoro le dijo:

«Ya sé que V. no gusta de mucha gente; pero esta reunion no es mas que de cuatro amigos, como suele decirse; no van mas señoras que V. y la niña, y sea dicho de paso, á pesar de la edad de Teodoro no le disgustaba Godoleva. En cuanto á caballeros, solo van Terbeg y su tio.

Al dia siguiente entraban en un gran coche estas personas; la niña, muy alegre y divertida, saltaba de contento; Dario y Agalea con el corazon oprimido, Terbeg falaz y disimulado. Su anciano tio no pudo ser de la partida. Un almuerzo campestre los esperaba bajo un emparrado delicioso; la alegría reinaba en él, por Teodoro, que parecia rejuvenecerse. Terbeg sereno siempre y animando la conversacion. Dario fingiendo alegría, Agalea contenta á ratos por educacion; pero la inocente Godoleva reia y se alegraba por todos: bajo estos auspicios se sirvió la comida, en la que Terbeg ofrecia de continuo la copa á todos para poder alargarla á Godoleva, y cuando le reconvenia Agalea, decia chanceando:

«¿Hay cosa mas bonita que una muchacha achispada?»

El sol habia terminado su carrera por aquel dia; Terbeg habia recorrido el jardin observándole con cuidado. El coche estaba pronto ya para volver. Godoleva corrió tras las mariposas en direccion á la puerta de los carros, que estaba abierta; Terbeg la seguia. Dario y Agalea paseaban con Teodoro; llega á ellos un criado corriendo y dice:

«El caballero ha montado en el caballo que le esperaba; la niña va dando gritos; acudid pronto, señores.»

Agalea desolada levanta las manos al cielo con la mayor desesperacion, y mirando á Teodoro con aquel semblante propio solo del que sabe amar en el momento en que pierde el objeto de su cariño, le dice:

«Por lo mas sagrado que hay en el cielo, salvadla, salvadla, es mi hija, es mi hija, no desoigais los ruegos de la mas infeliz de las madres;» y cayó desmayada sobre el polvo.

Teodoro la toma en sus brazos y la coloca en la cama de la hortelana recomendándola á su cuidado, y metiéndose en el coche corre en direccion al camino de Madrid, siguiendo á Dario, que sin poner á un caballo mas que el freno habia tomado la misma ruta, indicándola los criados. Los mozos que labraban los campos, viendo correr á Terbeg con la jovencita que habian visto en el coche por la mañana, y que gritaba y hacia esfuerzos para desasirse de sus brazos, atajaron el caballo y le quitaron la niña: Terbeg desmontado los amenazaba y hacia promesas; pero le llamaban pillo estrangero, que solo venís á España á hacer picardías.

En esto llega Dario, y mostrando á Terbeg una pistola, le dice:

Ayuntamiento de Madrid

«¿Tienes armas?

—Las he descargado sin herir ni intimidar á estos infames labriegos.

—Las mias estan cargadas, toma una, y ya que me has robado el honor y la tranquilidad, arráncame tambien la vida que vale menos.

—¡Un duelo á muerte! no, jamás; Godoleva es mi hija.

—Lo sé, infame, lo sé, y sé que tú jamás supiste amar; si tuvieras una esposa, si supieras lo que vale la tranquilidad y los halagos domésticos, si supieras lo que es perderlos, ver acabada la única dicha, si es que la hay sobre la tierra; ¡ah! tú no la has gustado jamás, y no puedes comprender cuánto es el dolor de ver destruido hasta el amable engaño de creernos amados por aquellas personas que la eleccion ó la naturaleza nos han hecho tan queridas! ¡A mi edad ya no puede haber goces que me indemnicen de tanta pérdida, ya no hay esperanzas, ya no hay porvenir! no, no.

El partido era muy desigual; Terbeg amaba la vida porque esperaba goces, y no queria esponer sus dias tan llenos de esperanzas. Esto no es estraño; se ven casos en que los valientes, cuando llegan al grado que se propusieron, suelen portarse como los cobardes. Terbeg trataba de evadir el duelo; pero el honor castellano habia sido ultrajado, y los caballeros de Castilla llevan por lema en su escudo: «Despues de Dios el honor.» Dario le insultó llamándole cobarde y dándole con las bridas en el rostro. No son los ingleses los que sufren insultos, y Terbeg reconociendo la pistola que le alargó Dario, se apartó del grupo: los dos se alejan, se colocan en una hondonada y se oyen dos tiros á tiempo que Teodoro bajaba del coche; corre guiado del humo, ¡pero qué espectáculo causa su asombro! Terbeg tendido y pasado el corazon, y Dario arrojando el arma lejos de sí; Godoleva le seguia, y la triste escena la hizo perder el sentido. ¡Qué situacion! La noche desplegaba su manto en el ambiente; Teodoro se veia con dos damas desmayadas, un caballero muerto y el que lo habia asesinado. ¡Oh consecuencias del crímen! ¿Quién podrá saber hasta dónde llegan las del primer error, las de aquella falta que á los ojos de los hombres parece tan ligera? Teodoro colocó como pudo á Dario, que se dejó conducir, y á Godoleva en el coche, y mandó los volviesen á su casa, haciendo llevar tambien á ella el cadáver de Terbeg, que á los ojos de aquellas gentes pasaba solo por un raptor de la jóven.

Cuando llegaron Dario y Godoleva, á cual mas espantados y confundidos, Agalea daba señales de volver en su acuerdo. Teodoro la hizo llevar á su gabinete, y conferenciaron de esta manera:

Agalea viendo á su marido dió un grito

terrible.

«Razon tienes para espantarte, muger pérfida, habla: ¿Terbeg ha sido padre de Godoleva?

—Sí.

—¡Mi padre! ¿Era mi padre, tia?

—Sí. ¡Dios mio y le habeis matado, señor!»

Dario se estremeció.

«¿Y mi madre, señora, mi madre era Inés?

—Yo, yo. Y la abraza.

—¡Qué desgraciadas somos, madre mia! Y echó la frente sobre el pecho de Agalea.»

Teodoro, que era el mas sereno, dijo:

«Señores, es inútil perder el tiempo: el difunto es inglés, y la legacion reclamará cuando lo sepa. Dario debe ponerse en salvo. Ya mister Sinclac está avisado; pronto llegará aqui.»

Ayuntamiento de Madrid

Dario miró á su muger con aquella mirada de reconvencion amarga ¡amarga! que no puede resistirse. Ella bajó los ojos.

«Ya veis, señora, á qué estado me reduce vuestra ligereza; ¡soy infeliz, soy asesino, viviré espatriado, espatriado, sin hogar doméstico, sin tener ya á quien amar sobre la tierra! ¿Qué será ya para mí el universo? ¡Un campo de sal, una montaña de ceniza! Habia envainado mi espada por no esgrimirla contra el pecho de mis hermanos; habia renunciado á la gloria, vivia oscuro, señora, mi gloria y mi corona erais vos y para vos; ¿qué he sido yo?.....

—Basta, basta.

—Godoleva, soy castellano, no faltaré á mi palabra; ofrecí solemnemente á los que te adoptaron, en su hora postrera, ampararte, y no faltaré á mi palabra; ademas te soy deudor de un padre, de ello culpa solo á tu madre; yo te veré desde el punto mas distante; yo atenderé á tu subsistencia: vivid donde gusteis.

—Os agradezco, señor, vuestros favores; jamás olvidaré que habeis amparado mi niñez, y que aun quereis seguir favoreciéndome; pero habeis asesinado á mi padre, y aunque lo era por el crímen, no por eso tenia menos derecho á mi respeto; y ya que no me fue dado ni una sola vez besar su mano, no le agraviaré admitiendo vuestros favores; viviré siempre al lado de mi madre; es muy desgraciada, y ya que no puede hallar consuelo, al menos hallará una mano amiga que enjugue se llanto; mirad en el estado en que está, pálida, convulsa, ahogada de tal modo por el dolor, que ni aun puede hallar frases para defenderse: miradla, miradla.

—¡Infeliz!» dijo entre dientes. ¡A Dios! dijo del mismo modo. ¡A Dios,» repitió con mas energía, y salió precipitadamente por no enternecerse.

¡Ay! cuando se sabe amar no se olvida nunca el objeto amado, por agravios que se reciban.

Sinclac llegó: es inútil pintar su dolor, donde hay ya tal coleccion de penas; solo diré que puso en manos de Teodoro una gran suma para Godoleva, ofreciendo mas. Un año despues se oian en un convento de una ciudad de Francia repiques y música: una religiosa se veia postrada sobre una alfombra de flores; tenia la sien coronada, los músicos entonaban: «Llegad, esposa de Cristo.» Era Agalea que habia pronunciado los terribles votos. Godoleva asistia cubierta con un velo y retirada al tremendo sacrificio; tenia en su bolsillo una carta de Teodoro, en que le decia que Dario despues de haber viajado por Italia vivia en un convento situado en un desierto.

Ayuntamiento de Madrid

RECUERDOS DE VIAJE.

UN TESTIGO QUE NO VIO NADA.

En 1828 desembarqué en Nueva-Orleans, y hallé á la ciudad entera preocupada con un proceso criminal; los paseos estaban desiertos, apenas habian acudido tres compradores á una venta de negros que se hizo el mismo dia; los Estados-Unidos, el pais clásico de la libertad, encierra tambien muchos millones de esclavos, mal tratados, mal comidos, y obligados sin embargo á trabajar sin descanso.

Los periódicos de la Luisiana (de los cuales el menor tiene un tamaño doble que la *Gaceta)* no tenian bastante espacio para contar con todos sus pelos y señales las particularidades de este suceso; los habitantes de las márgenes del Missisipí no dormian, no comian, ni vivian ya; los de New-York y Boston asistian con la boca abierta á aquellos debates, propietarios sin rival de toda la atencion pública. Un periódico de Filadelfia organizó un servicio especial de barcos de vapor para poder dar cuenta á sus lectores de cada audiencia diez y siete minutos y trenta y seis segundos antes que sus cofrades.

Pero vamos al caso.

Ebenezer Knox era un solteron sexagenario de una fealdad notable: poseia algunos

bienes, y su avaricia le hacia opulento. Su genio atrabiliario le habia inducido á abrazar las doctrinas mas melancólicas de esas sectas que pululan en el suelo americano: primeramente se habia unido á los quáqueros, á quienes habia abandonado por los jumperos, y despues habia dejado á estos por los troteros, de cuyas filas habia desertado para alistarse en las de los metodistas.

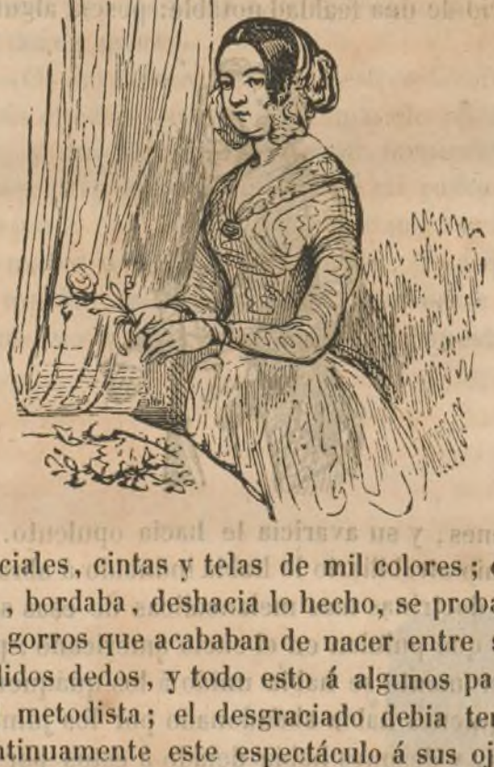
Knox vivia en Stamwort, ciudad de diez mil habitantes, situada á tres millas de la capital de la Luisiana; salia poco de casa, y casi siempre estaba encerrado en un aposen-

Ayuntamiento de Madrid

to alumbrado por una sola ventana que daba á un patio y tenia enfrente otras dos ventanas de la casa vecina.

Esta casa habia estado desalquilada mucho tiempo; el silencio profundo que reinaba en ella era del gusto de nuestro misántropo; pero su cólera fue terrible cuando un dia se animó esta soledad, cuando resonaron mil y mil carcajadas repetidas por el eco, y vió que era preciso tener por vecinos dos grandes ojos muy animados y mas negros que el ébano.

La propietaria de estos dos ojos se llamaba Lucy Herbert. Lucy era hija de un buhonero, que habia comprado aquella casa, tanto tiempo abandonada; Lucy ejercia la profesion de modista: se instaló frente á la ventana de Ebenezer, y cantaba como un canario desde que amanecia hasta que venia la noche; manejaba continuamente flores ar-



tificiales, cintas y telas de mil colores; cosia, bordaba, deshacia lo hecho, se probaba los gorros que acababan de nacer entre sus pulidos dedos, y todo esto á algunos pasos del metodista; el desgraciado debia tener continuamente este espectáculo á sus ojos; no perdia de vista el mas mínimo movimiento de su vecina, y cuando conoció que esta le habia quitado su reposo era ya tarde, el mal no tenia remedio.

Y á la verdad Lucy era encantadora: tenia unas mejillas rosadas, unos cabellos tan negros como blancos eran sus dientes, buen humor continuo, y una viveza estremada. Talento, ni poco ni mucho; instruccion ninguna; razon, lo bastante para tener siempre una alegría loca.

Tenia tambien mas de un defecto: coqueta, vana, egoista, se gozaba en reunir á su alrededor una turba de amartelados, los atormentaba y los encantaba á la vez, los desechaba y los llamaba, los desconsolaba y los halagaba.

Un mes despues Ebenezer vió que tenia dos vecinas en lugar de una; una hermana de Lucy, mayor que esta, pero mucho menos linda, habia venido: Sofía Herbert poseia un carácter pacífico y tranquilo, mucho juicio y una voluntad firme.

Lucy se divertia muchas veces en dirigir la palabra á Ebenezer, le pedia su parecer sobre el corte de un vestido, sobre la posicion de una flor; el metodista no respondia al principio á estos arrumacos sino con gemidos y gestos de repugnancia; pero poco á poco se fue dulcificando, y quiso hacerse galante para agradar á su vecina. Empero desgraciadamente sus esfuerzos por mostrarse amable no le salian bien, y solo conseguia parecer cien veces mas feo y ridículo: la bella jugaba con él como el gato juega con el raton que acaba de atrapar.

Una conversacion que Knox oyó entre las dos hermanas vino á destruir la esperanza que tenia de haber producido una impresion favorable en el corazon de la coqueta: tenia intencion de pedir su mano, y sentia no poder pasar algunos ratos en compañía de aquel demonio; pero su cólera y su dolor llegaron al colmo cuando su oido percibió sin perder una palabra las burlas picantes, los sarcasmos despiadados que la modista dejaba caer sobre él. Se hubiera hecho una accion caritativa metiéndole un puñal en el corazon en aquel momento.

Ademas aquel diálogo, cuya menor sílaba recogió á pesar de que las dos hermanas hablaban en voz muy baja, le hizo conocer que todas sus ilusiones tendrian un término próximo; era casi seguro que Lucy iba á tomar un esposo.

Ayuntamiento de Madrid

Este esposo presunto era un jóven establecido hacia poco tiempo en Stamwort, donde ejercia la profesion de sombrerero con bastante prosperidad: alto, bien formado y de un carácter amable, James Newsson era uno de esos partidos que no se rehusan jamás; tenia relaciones de familia con los Herbert, y frecuentaba bastante la casa. Al parecer Lucy habia hecho en él una impresion muy viva: sin embargo muchas veces parecia inclinarse á Sofía por reconocer en su carácter un no sé qué mas juicioso y razonable. Picada entonces por la preferencia que se daba á su hermana, Lucy redobló su coquetería; James perdió la cabeza y pidió la mano de la encantadora; el padre Herbert, deseoso de poner fin á la versatilidad de su hija, aceptó presuroso al jóven por yerno: en cuanto á Lucy, refunfuñó y se hizo de rogar; pero concluyó por no decir que no.

Esta noticia participada á Ebenezer le sumergió en la mas sombría desesperacion: pasó la noche entera paseándose por su habitacion, y al dia siguiente no pudo probar siquiera un bocado. Formó la resolucion inalterable de no acercarse á la ventana que le habia sido tan funesta, y solo con la oscuridad echó de ver que no se habia apartado de ella un solo minuto desde el amanecer.

Asi se pasaron algunos dias: Lucy riendo, loqueando, cantando, cada vez mas linda; Knox desolado y abandonado.

Bien pronto supo (esto era el 14 de mayo) que se habia resuelto el matrimonio y que tendria lugar tres semanas despues.

En la mañana de un lunes oyó á la coqueta y á su futuro hablar con calor; los dos amantes se querellaban agriamente: Lucy queria ir á la aldea de Dortwich á danzar en el baile campestre y á gozar toda clase de diversiones; James la decia que no le era posible acompañarla, porque tenia que ir en una direccion enteramente opuesta á visitar á una tia suya enferma de peligro, y suplicaba á Lucy que no fuese á la fiesta.

«Se me ha puesto asi en la chola, le respondió la niña mimada; y me acompañeis ó no, iré de todos modos.»

James se retiró de muy mal humor: una sonrisa de sombría satisfaccion agitó los labios del feroz Knox al ver el descontento de su rival.

Un momento despues se mostró Lucy ya pronta á ponerse en camino. En vano su hermana trató de disuadirla.

«No vayas, Lucy, la decia; tengo un presentimiento de que quizá te arrepentirás de no haber seguido mis consejos.

—¡Qué tonta! Mi prima Dorotea me ha encargado que no deje de ir hoy á verla, y me ha prometido que nos divertiríamos muchísimo.

—Pero enfadarás á James; mira que le das muchos disgustos.

—¡Oh! yo le haré bien pronto que me pida perdon. Ademas quiero hacer un poco mi voluntad. Para ser esclava antes y despues de la boda, pudiera casarme con ese perro metodista.»

Y partió riendo, saltando y dando algunos gritos de alegría.

Ebenezer permaneció muchas horas (muchos siglos diríamos mejor, porque asi le parecieron á él), con las manos cruzadas sobre las rodillas y los ojos fijos en la ventana; despues salió precipitadamente, ganó el campo atravesando una callejuela desierta y anduvo por él, errante todo el resto del dia, evitando encontrarse una casa, huyendo de todo ser humano, presa de los sentimientos mas funestos.

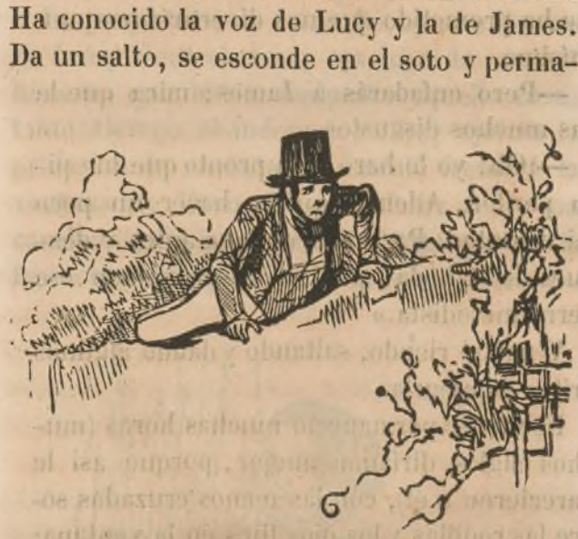
Ya se habia puesto el sol, cuando el metodista se encontró impensadamente en el camino que conduce de Stamwort á Dortvich. En aquel lugar el camino está costeado por el pequeño rio de Dart-crek, que murmura en el fondo de un precipicio escarpado. A un lado del camino se ven espesos matorrales y el torrente que cae de una altura considerable formando una cascada llamada la *Cascada de los Lobos*. Me parece que la estoy viendo todavía.

Knox se recostó sobre un árbol, en parte desgajado, cuyas ramas estaban bañadas continuamente de la espuma que formaba la cascada, y contempló con un sentimiento de satisfaccion el abismo cuya profundidad no

Ayuntamiento de Madrid

podia sondear su mirada. De repente ocurrió-sele la idea de precipitarse en él. Esta idea se fijó en su mente; trataba de desecharla y no podia; cada vez hallaba un placer mayor en inclinarse sobre aquel lugar terrible; parecíale ver en medio de aquellas ondas furiosas un negro y horroroso demonio que le hacia señas de que se acercase. En el momento que iba á obedecer á aquel ademan imperioso, se detiene.

Un ruido súbito acaba de herir su oido; este ruido detiene los latidos de su corazon. Ha conocido la voz de Lucy y la de James. Da un salto, se esconde en el soto y permanece alli como petrificado escuchando.



Una nueva querrella, continuacion de la de la tarde quizá, formaba tambien esta vez el objeto de su conversacion.

«Mucho mas juiciosa que vos, decia James, vuestra hermana no va nunca á tales reuniones; por nada en el mundo quisiera ella mezclarse con tan buena compañía.

—Si mi hermana os agrada mas que yo, ¿por qué no os casais con ella? ¡Seria una lástima que yo sirviese de obstáculo! No es esa mi intencion.

—Si no fuese ya muy tarde, podria tomar por lo serio vuestras chanzas.

—No es tarde todavía. Gracias á Dios, señor Newsson, aun no nos hemos casado, y me alegro tener esta ocasion de conoceros. Tendria un verdadero placer en que las cosas no pasasen adelante, con tanto mas motivo, cuanto que veo que tales serian vuestros deseos. Podemos fácilmente pasarnos el uno sin el otro; y el único favor que os pediré en mi vida es el que desde este momento me libreis de vuestra compañía.

—En este momento no puedo satisfaceros. No quiero á estas horas dejaros sola en un camino desierto.

—Pues yo os suplico que me dejeis sola. Vuestra compañía me desagrada mucho. No habeis venido á casa de mi prima sino para turbar nuestras diversiones, y habeis alejado á William Bensley que se habia ofrecido á acompañarme.

—¿Hubierais preferido en efecto su compañía á la mia?

—Seguramente que sí. Nadie hay en el mundo con quien menos quisiera estar que con vos. Si no me dejais al momento, mi partido está tomado; vuelvo al baile, de donde me habeis obligado á venirme, y en el que tanto me divertia.

—No, no seriais capaz de hacer semejante locura. Yo voy á acompañaros hasta la puerta de vuestra casa, y entonces..... entonces nos separaremos para siempre.»

Lucy contestó con tanto despego, que James exasperado la dejó, y tomando la delantera, marchó á pasos precipitados en direccion de Stamwort.

Agachado detrás de los chaparros, Knox no habia perdido ni una sola palabra de este diálogo. Cuando presumió que el jóven se hubiera alejado lo suficiente, sale de su escondite y se lanza tras las huellas de Lucy, que continuaba su camino cantando como siempre.

Al ruido de sus pasos se vuelve la jóven.

«Quizá, esclama él entonces, quizá no os esperabais tener por compañero esta noche al *perro metodista*.»

Lo repentino de esta aparicion, la voz ronca, los ojos centelleantes del desgraciado, todo hiela de espanto á Lucy; da un grito de horror, pero reprimiéndose le dice con voz muy dulce:

«Vuestra presencia me agrada siempre, señor Knox.

—Tú mientes, muger sin fe y sin corazon; tú te gozas en las torturas con que atormentas á aquel á quien has echado del rango de los elegidos de Israel.

Ayuntamiento de Madrid

—Muy lejos de eso, el aprecio que os tengo.....

—Calla, muger, replica el metodista cada vez mas colérico; te he amado mucho, te he colocado en el tabernáculo de mi corazon como el ídolo de los moabitas; te he ofrecido sacrificios que solo se deben al Dios de Jacob. Me he prosternado ante una estatua de barro, y el cielo ha castigado mi locura. Tú has venido á mí con la rabia del leon y con la perfidia de la serpiente, porque has turbado la serenidad de alma del que marchaba por la senda de la justicia y habia pisoteado á Baal.»

Medio enfadada y medio asustada, Lucy respondió aturdidamente:

«No me detengais mas, que ya es tarde. Jamás habeis podido suponer que yo consentiria en ser vuestra esposa, y lo que ahora decís no es ciertamente para hacerme cambiar de opinion.

—¡Mi esposa! Sí, hubo un tiempo en que esta era mi única idea; pero fuí bastante insensato para alimentar un escorpion en mi seno y me ha picado con su aguijon. Me he estraviado y he sido humillado. Pero tú que has sembrado el viento y el huracan, ¿piensas que recogerás la tempestad?»

Lucy tembló de pies á cabeza al ver á la claridad de la luna que se elevaba por cima de los árboles los ojos centelleantes y las facciones lívidas de Knox.

«¡Mi esposa! continuó con una carcajada infernal, ¡mi esposa! ¡Ah, ah, ah! No, Lucy Herbert; tú no serás ni mi esposa ni la de otro.

—¡Será pues preciso que me resigne á morir doncella! ¡Desgraciada!.... ¡Ah! ¡Perdon, perdon!.... ¡Socorro! ¡Al asesino!

La jóven se resistia en vano; estaba en poder de un gigante. El bárbaro aplica fuertemente con una mano un pañuelo á la boca de su víctima y con la otra la aprieta la garganta. Todo estó duró menos que yo tardo en escribirlo: Ebenezer soltó la cabeza de la infortunada; pero esta cabeza cayó como caeria la de un cadáver.

El asesino ni aun tiene tiempo de reflexionar lo que acaba de hacer: oye los pasos de un hombre que no le permite ver el ángulo formado en este lugar por el camino. Van á sorprenderle con el cuerpo de la jóven cuyos dias acaba de cortar en los brazos, y esta idea le da alguna presencia de espíritu: se aproxima al precipicio, que está separado del camino por una barrera de maderos; apoyado en uno de ellos, arroja el cuerpo á la cascada, y despues que le ha visto desaparecer, vuelve y se encuentra á algunos pasos de un hombre que se avanza con lentitud y precaucion conducido por un perro.

«¿Ha sobrevenido alguna desgracia? He oido caer una cosa.»

Una mirada tranquilizó á Knox: el hombre que aparecia tan intempestivamente era un ciego, un mendigo que volvia de la feria de Dortwich. Callarse era seguramente el mejor partido que pudo tomar Ebenezer; pero el culpable se descubre casi siempre por su apresuramiento en justificarse: el metodista creyó necesaria una esplicacion.

«Es una estaca vieja, en la cual me apoyaba, y que cediendo al peso de mi cuerpo, ha caido al agua.

—Preciso es que la hayais arrojado vos y con toda vuestra fuerza para que haya hecho tanto ruido. Juraria que era un cuerpo mucho mas pesado que una estaca de las que resguardan el camino.

—¿Cómo podeis saber su dimension si sois ciego? replicó Knox irritado.

—He pasado muchas veces por aqui antes de perder la vista, replicó el mendigo; y ademas ¿es necesario ver una cosa para juzgar de ella cuando es tan palpable?»

Y tentando la barrera con la punta de su baston, se puso á seguirla.

«Cuidado, desgraciado, esclamó Ebenezer, disgustado de esta maniobra, que vais á caer al rio.

—No hay peligro, todas las estacas estan muy seguras; aunque uno no vea, puede conocer quién dice verdad y quién miente.»

Por su parte el perro manifestaba por señales nada equívocas que habia pasado alguna cosa estraordinaria; se inclinaba sobre el precipicio, olfateando con inquietud y mi-

Ayuntamiento de Madrid

rando al metodista con los ojos llenos de toda la indignacion de que es susceptible la raza canina: ya no escuchaba la voz de su dueño que trataba de calmarle, y á no haber sido detenido por un resto de docilidad y por una buena cuerda se hubiera lanzado en busca de un objeto que no podia ver, pero que provocaba sin duda sus lastimeros ahullidos.

Knox no quiso esperar mas: echó á correr como un desesperado, y abandonando bien pronto el camino directo, atravesó los campos y entró en su casa á mas de media noche, sin haber tenido ningun otro encuentro.

El padre y la hermana de Lucy no se inquietaron mucho por su prolongada ausencia; pensaron que se la habria hecho ya muy tarde en casa de su prima para ponerse en camino, y que se habria quedado allí. Sin embargo, recordando que James habia vuelto de casa de su tia rebentando un caballo y que despues de haber venido á preguntar si Lucy habia partido efectivamente para Dortvvich, se habia dirigido al momento á aquel punto, Sofía conservaba alguna inquietud. Mil ensueños funestos la agitaron durante la noche, y apenas amaneció, se levantó y fue á casa de James á fin de obtener algunas noticias sobre lo que habia pasado.

No encontró en ella al jóven, supo que habia venido muy tarde, que parecia muy agitado y que habia salido de nuevo antes de salir el sol.

Asustada Sofía, se puso al momento en marcha para Dortwich, donde esperaba encontrar á su hermana. A la mitad del camino vió á James que seguia la misma direccion, llevaba la cabeza inclinada y su aspecto era pensativo. Tal era la rapidez con que andaba Sofía, que bien pronto alcanzó al que buscaba.

«¿Dónde está Lucy?

—No me la menteis, entre ella y yo todo ha concluido.

—¿Pero cuándo, dónde la habeis dejado?

—Ayer tarde cerca de la *Cascada de los Lobos*. Tuvo una viva reyerta conmigo, y me prohibió acompañarla mas, diciéndome que iba á volverse á casa de su prima. De tal modo me habia irritado, que la dejé sola en medio del camino; despues de haber vagado por el campo muchas horas, sin saber siquiera á donde ir, volví muy tarde á Stamwort, y esta mañana muy temprano he tomado el partido de volver á Dortwich, donde no dudo que habrá pasado la noche.

—Dentro de un momento la veremos y yo la regañaré tanto como merece,» respondió Sofía con un tono que se esforzaba por hacer tranquilo.

Continuaron asi su camino, presa uno y otro de punzantes inquietudes y guardando el mas profundo silencio. Llegados á Dortvvich, Sofía llama á la puerta de su prima Dorotea Herbert; pero su espanto llega al estremo, porque nadie habia visto á Lucy desde la víspera por la tarde cuando se puso en camino para Stamwort acompañada de James.

Todas sus preguntas fueron infructuosas; fue preciso volverse: Sofía marchó á su casa para preparar gradualmente á su padre á saber su desgracia, mientras que James se quedó detrás, prometiendo hacer las mas minuciosas pesquisas para descubrir algunos vestigios, algunas huellas que pudiesen dar luz sobre la suerte de la infortunada Lucy.

Esparcidas con rapidez estas noticias, escitaron en Stamwort el mas vivo rumor.

La vieja que cuidaba de la casa de Ebenezer participó esta rara catástrofe al metodista, á quien encontró con los cabellos erizados, sentado á una mesa, y los ojos fijos

sobre un libro que no leia; tembló de furor cuando supo que por todas partes buscaban á su víctima; todavía conservaba sin embargo alguna esperanza de que el cadáver no

Ayuntamiento de Madrid

seria descubierto; el remolino que forma la *Cascada de los Lobos* es profundo, insondable, guarda bien lo que se le confia.

El desgraciado pensaba decir á Sofía que habia visto á Lucy salir clandestinamente de la ciudad, acompañada de un estrangero de buena presencia; bien pronto, juzgando con razon esta idea detestable, le vino á la imaginacion que era mejor hacer llegar á las manos del padre Herbet una carta anónima, informándole que robada por un rico inglés, su hija se habia embarcado en Nueva-Orleans: calculaba el éxito de esta comunicacion, cuando un movimiento inusitado en las calles de Stamwort vino á sacarle de su incertidumbre.

Era el cuerpo de Lucy que traia la multitud; los paisanos le habian encontrado á alguna distancia de la cascada; la corriente le habia arrastrado contra un árbol caido y las ramas le habian detenido.

Knox cayó por tierra sin conocimiento.

Un momento despues volvió en sí; golpes violentos resonaban en su puerta. Creyó que iban á prenderle, y tentó algun medio de huir; pero no tenia por dónde. Esforzándose por aparecer tranquilo, abrió; era nombrado para formar parte de los doce jueces que, segun las leyes inglesas y americanas, entienden sobre la muerte debida á un crímen ó á un accidente, formalidad conocida con el nombre de *Coroner's inquest*.

Haciendo un esfuerzo terrible sobre sí mismo, Ebenezer desplegó, en su deseo de alejar toda sospecha, una energía de que no se hubiera creido capaz: su frente permaneció serena; ni el menor movimiento manifestó su turbacion.

Era evidente que la muerte de Lucy era producto de un crímen horroroso; las señales de estrangulacion no dejaban ninguna duda en este punto; por lo demas el crímen no podia atribuirse á un deseo de robo, porque no habian tocado ni á las sortijas ni á los pendientes de la desgraciada; aun se la habia encontrado una bolsa que contenia algunas monedas de poco valor.

Las sospechas recayeron sobre James Newsson.

Habia salido de la aldea con la pobre jóven, le habia obligado en algun modo á seguirle, y estaba al parecer muy encolerizado con ella. Un jóven con el cual habia bailado Lucy observó que no era muy prudente por su parte volver con un hombre tan irritado. Este jóven creia que se habria suscitado algun altercado entre los dos, y siendo asi, era permitido suponer que en un momento de escesiva cólera, en un trasporte de rabiosos celos, James habia ahogado á la coqueta que se gozaba en incitarle y exasperarle.

Una vez dirigida por este lado la opinion pública, marchó á pasos de gigante, las mugeres convinieron en que era preciso declarar á James convencido de asesinato, y arrastraron tras sí á los hombres.

Preso, encausado Newsson, no pudo justificar de una manera satisfactoria en qué habia empleado el tiempo desde que salió de Dortwich con Lucy, hasta la mañana siguiente en que Sofía le habia encontrado con direccion á este mismo punto. En esto no existia otro testimonio que el suyo. Un gran número de pequeños indicios, debidos al acaso, minuciosamente recogidos y discutidos, formaban en apariencia un proceso de cargos incontestables.

Ninguna sospecha recayó sobre el metodista. Su pasion por su vecina era un secreto para todo el mundo; nadie habia notado su ausencia de su casa el dia de la catástrofe; se le creia como de costumbre encerrado en su cuarto, en el que pasaba las veinte y cuatro horas del dia en una horrible soledad, sin ver á ningun ser viviente.

James compareció ante el tribunal; la suerte, mejor diremos, el dedo de la Providencia habia designado á Knox para presidir el jurado.

El metodista ahogó en el fondo de su corazon las emociones de que era presa; ninguna señal de angustia atrajo sobre él las miradas de la multitud; conocia cuán importante era resistir á aquella prueba terrible: silencioso, meditabundo, aparentó escuchar con atencion los cargos que se hacian á aquel, cuya inocencia conocia tan bien.

Ayuntamiento de Madrid

Fue bastante dueño de sí mismo para no palidecer cuando vió adelantarse para dar su declaracion al ciego que se habia acercado á él en el momento en que Lucy exhalaba el último suspiro. Este testigo fue favorable á James: «La voz del acusado, dijo, no es la del hombre con quien yo tuve una corta conversacion cerca de la *Cascada de los Lobos*. Aquel tenia un acento ronco y gutural que era imposible que no llamase la atencion. Antes de llegar á donde él estaba, me pareció oir una voz de muger que pedia socorro; casi al mismo tiempo percibí el ruido que hace la caida en el agua de un cuerpo pesado, y no dudé que fuese un cuerpo humano. Hace veinte años, no siendo yo ciego todavía, uno de mis íntimos amigos se cayó al rio desde lo alto de una roca. El desgraciado pereció sin que yo pudiese socorrerle; pero el ruido que produjo su cuerpo al chocar contra la superficie del agua resuena todavía en mis oidos; es un sonido que no se olvida cuando se ha oido una vez y que no puede confundirse con ningun otro.»

El abogado de Newsson tomó la palabra; su discurso obtuvo todos los sufragios; fue de una brevedad notable, duró cinco horas poco mas ó menos, y fue atestado de citas en griego y en latin, de las que no comprendieron una palabra, pero que sin embargo escitaron la admiracion al mas alto grado.

Todo se acaba en este mundo; los debates tuvieron tambien su término, y los jueces se retiraron á la sala de sus deliberaciones: la mayor parte de ellos no estaban de ninguna manera convencidos de la culpabilidad de James; pero sin comprometerse en nada, sin manifestar otro deseo que el de averiguar la verdad, ni otro anhelo que el de no dejar impune un crímen, Ebenezer supo apoderarse tan bien de la discusion, dirigirla á su grado é influir en los espíritus bastante pequeños, que resultó una declaracion de culpabilidad.

Vuelve entonces al tribunal con la cabeza erguida y la frente sudorosa, centelleando como si tuviese que hacer un esfuerzo desesperado sobre sí mismo. El *chief justice* le pregunta segun costumbre cuál es la decision del tribunal; Knox siente entonces que no puede hablar, y pronuncia apenas con voz bronca y sepulcral la palabra fatal: *Quitty* (culpable).

«¡El es, prendedle!» grita de repente el ciego; «entre cien mil no le desconoceria. Estoy muy cierto, ciertísimo; no, no me equivoco. Es la voz del hombre que encontré la tarde que se cometió el asesinato cerca de la *Cascada de los Lobos*. Es el asesino de Lucy Herbert.»

Al mismo tiempo el perro del mendigo, agachado hasta entonces entre las piernas de su amo, ahulla con furor y se precipita sobre el metodista para morderle.

Esta acusacion, lanzada como un rayo, produjo en todos los espectadores un tumulto imposible de describir.

Ebenezer habia caido por tierra. «La mano del Todopoderoso pesa sobre mí, esclama; me someto á sus decretos, confieso mi crímen, yo fuí quien dió muerte á Lucy Herbert.»

Entonces es reducido á prision entre las voces y los gritos de furor del populacho.

Se formó una nueva causa que duró poco tiempo; las declaraciones fueron muy esplícitas.

Ebenezer Knox fue ahorcado, y manifestó antes de morir el mas sincero arrepentimiento. Tal era el tropel que acudió á verle morir, que tres mugeres, dos niños, un negro, un mulato y un marinero de Hamburgo fueron ahogados, aplastados, pisoteados por la multitud. Al ver tantos muertos hubiera podido creerse un aniversario de un dia de barricadas en París.

Dos meses despues James y Sofia se casaron, dejaron á Stamwort, donde tantos recuerdos penosos tenian, y ahora viven tranquilos en una oscura ciudad de Kentuky.

Q. B.

Ayuntamiento de Madrid

DOLORES ALVAREZ.

POR LA CONDESA DE MERLIN.

En el verano de 1809 se veia á la entrada de Ocaña, cerca del camino de Andalucía, una casa que por el color de las piedras de que estaba construida se sacaba fácilmente su fábrica bastante antigua. Cuatro ventanas abiertas en su fachada, sin ninguna simetría, demostraban que las habitaciones á que correspondian guardaban la misma regularidad. El patio de ella, á donde se entraba despues de pasado el portal, comunicaba con una sala. Las parras y enredaderas de que estaban tapizados los costados de la puerta de esta, ocultaban con su verde ramaje dos grandes jaulas llenas de canarios y jilgueros. Una estera de junco cubria el pavimento de la sala en toda la parte visible desde afuera. En este espacio se veian á izquierda y derecha algunos taburetes y un banco de nogal; en medio descollaba un sillon de cuero de respetable antigüedad, pero guarnecido cuidadosamente de almohadones y rodeado de una porcion de menudencias de continuo uso, las cuales daban á conocer que se empleaba el mas delicado esmero en agradar á la persona que en él solia sentarse. A un lado del sillon habia una rueca, y un poco mas allá, en una mesa, algunas obras de costura, libros de devocion y un hermoso gato, que aprovechándose de la soledad en que le dejaban, mordia las hojas de los libros, jugaba con los ovillos y la rueca, saltando como una ardilla de la mesa al sillon y del suelo á la mesa.

«¡Mazarro!» esclamó una jóven que acababa de entrar, corriendo hácia la mesa para restablecer el órden, mientras que el animal, cogido *in fraganti*, huia derribando cuanto encontraba al paso: «estás hecho un diablillo hoy por la mañana; tú me lo pagarás..... ¡Dio mio! ¡La rueca por el suelo, el copo marañado!... ¡qué trabajo para mi pobre tia, con sus dedos tan doloridos! Pero todavía está rezando y mientras acaba voy á dejárselo todo arreglado.»

Y colocando cada objeto en su lugar con la misma presteza que el gato invirtió en enredarlo, poco tiempo gastó en dejar las cosas como estaban antes.

«¡Lola, Lola!» gritó una voz cascada desde lo interior de la casa. Acudió la jóven á donde la llamaban, y un instante despues apareció en el patio dando apoyo á una muger, cuya edad avanzada le impedia andar por sí sola; la instaló en el sillon y se sentó á trabajar cerca de ella.

«¿Don sinforiano no ha venido todavía? preguntó doña Norberta á su sobrina.

—No, tia; pero ha enviado la *Gaceta de Cádiz*, encargando mucho que no la demos á nadie y que yo se la lea á V. desde el principio al fin, porque contiene muy buenas noticias de los nuestros.

—¿Y por qué no ha venido él mismo á leérmelas? Yo prefiero escucharle, porque le da tal valor á las cosas, y me esplica lo que no entiendo con tanta claridad, que parece

Ayuntamiento de Madrid

lo estoy viendo. Estoy segura de que la *Gaceta* de hoy contiene el parte de alguna batalla que los franceses se habrán ya vanagloriado de ganar; eso es lo que hacen siempre: yo jamás doy crédito á las noticias que traen los diarios de Madrid. Las únicas noticias verdaderas son las de Cádiz; asi lo dice tambien D. Sinforiano... pero ¡ay! (aquí dió un suspiro doña Norberta). Lo cierto es, continuó despues de algun tiempo, que los franceses estan ya de camino para Andalucía, y Dios sabe si no llegarán hasta Sevilla.

—Don Sinforiano no ha venido esta mañana, tia mia, porque ha ido á hacer una sangría fuera del pueblo; pero vuelve á la tarde. Necesita ademas arreglar su casa para dar habitacion al coronel francés que le mandan alojado y que está aquí de guarnicion. Si V. quiere le esperaremos para leer la *Gaceta*.

—Bien, esperaremos.»

Un momento de silencio siguió á este diálogo, interrumpido solamente por el canto de los canarios y el acompasado ruido del huso y la rueca de doña Norberta. La jóven lo empezó de nuevo.

«¿Cree V., tia, que mi hermano volverá hoy? Hace quince dias que se fue, y desde entonces ni aun tengo gusto para cuidar de mi canariera. Y lo peor de todo seria que al fin le hiciesen marchar al ejército.

—¿Y cómo ha de ser, hija mia? respondió doña Norberta. Quizás nos veamos privadas aun de lo mas necesario dentro de muy poco tiempo; pero será preciso resignarse. Tu hermano tiene que servir á la patria y á su rey, y esta deuda se paga en ocasiones como esta.

—Pero, tia mia, ¿V. no sabe que si Francisco nos deja moriré de dolor? dijo la jóven vertiendo un torrente de lágrimas. ¡Él es todo lo que en el mundo me resta! ¡Sin padre ni madre, y V. en el estado en que se encuentra! La guerra está tan encarnizada que ni aun esperanza me queda.»

La costura en que se ocupaba la jóven se escapó de sus manos y cayó al suelo.

«Desecha esas tristes ideas, replicó la anciana; las bondades del marqués le han puesto en situacion de subvenir hasta ahora á su existencia y á la nuestra. Con tal proteccion espero un buen porvenir.»

Lola recogió su costura, y bajó la cabeza indicando con su silencio que no queria entristecer mas á su tia con sus temores. A este tiempo entró D. Sinforiano.

«Buenos dias, señoras, dijo al entrar; y tomando familiarmente su asiento acostumbrado, entre la tia y la sobrina, añadió bajando la voz y con aire de misterio, dirigiéndose á doña Norberta:

—¿Ha leido V. las noticias?

—No señor, esperaba que V. me las leyera.

—Voy á hacerlo al momento: V. verá si son buenas.» Y tomando la *Gaceta de Cádiz* leyó: «La partida mandada por Mina se ha apoderado en las inmediaciones de Roncal del gran convoy que entraba de Francia. Cuantos opusieron resistencia fueron pasados á cuchillo. Las mugeres y los niños quedan considerados como prisioneros de guerra para ser cangeados por los soldados del Pastor, á quien sorprendió el enemigo el mes de abril último á seis leguas de Aranda de Duero: entre tanto la vida de los prisioneros está confiada á la humanidad de los vecinos en cuyas casas sean depositados.»

«Esto sí que es justo, esclamó D. Sinforiano, interrumpiendo la lectura. Que se mate al enemigo en el campo de batalla, en los caminos ó en medio de las calles; que se le atraviese á balazos cuando se defiende ó duerme es cosa permitida, para echar de nuestro suelo á los enemigos del rey y de la

Ayuntamiento de Madrid

patria; pero bajo del techo de un español, el enemigo es un huésped, que la santa hospitalidad cubre con su manto.

—Todo eso va muy bien, vecino mio, dijo doña Norberta; asi es como debe entenderse la hospitalidad. Pero no soy del parecer de V. en el modo de entenderla, cuando es forzada, ni en eso de atravesar á balazos cuando duermen.

—Señora, la guerra no es cosa de mugeres... pero á propósito. Tengo alojado un coronel del regimiento que ha venido de guarnicion, por pocos dias sin duda. ¡Buen mozo por cierto! Lástima que sea francés; aunque esto no hace al caso, porque ni es culpa suya ni mia; como buen huésped le he cedido mi alcoba y la sala por ser las mejores piezas de la casa. Me ha pedido noticias de la vecindad, y sospecho que ya ha visto á Vds. esta mañana, porque me ha dicho que durante mi ausencia se ha entretenido en oir cantar á esos pájaros. Le gustan mucho, y como buen aficionado conoce todas las especies, sus enfermedades, el modo de cuidarlos, y me ha indicado que desearia ser presentado á V.

—No veo inconveniente en ello, si V. conoce que es un caballero, respondió doña Norberta; pero hágase V. cargo que en la humilde habitacion nuestra no está bien recibido un coronel.

—Fuera escrúpulos, doña Norberta; el corazon todo lo ennoblece cuando es como el de V. Por otra parte, le hareis un gran favor al pobre hombre con recibirle; el conocimiento de Vds. disipará su tristeza, pues me ha parecido un ánima en pena: desde que llegó no hace mas que dar paseos de arriba abajo: bien conoce V. que como buen huésped debo procurarle distraccion.»

Al otro dia por la mañana el coronel Saint-Aubin fue presentado en casa de doña Norberta. La tia y la sobrina le recibieron con aquella cordialidad sencilla, propia de personas decentes y honradas, entre las cuales la idea del mal no tiene cabida hasta que ya no hay remedio para él.

Lola tenia diez y seis años, ojos negros de admirable belleza, pie lindo y airoso talle; la forma delicada de su nariz estaba en perfecta armonía con los graciosos contornos de su pequeña boca, asilo de placeres dignos de ser ofrecidos á los ángeles, si los ángeles pudiesen desear alguna vez las mezquinas venturas de los hombres. Pero todas estas gracias naturales, que tantas ilusiones escitan, vivian oscuras en humilde retiro, protegidas por la pureza infantil de Lola, y por su inocente candor: cuando al bajar los ojos sus largas pestañas esparcian misteriosa sombra en sus mejillas de un ligero moreno rosado y trasparente, dificil hubiera sido no decir que era un querubin en vez de una niña encantadora.

Su padre, D. Luis de Alvarez, hidalgo de poca fortuna, pero en estremo pundonoroso, se hallaba en Oran á la edad de veinte y dos años sirviendo en un regimiento con el grado de alférez. Enamorado y correspondido de la hija de su coronel, y no atreviéndose á pedir su mano, se decidió á perder la vida en el campo de batalla. Era el primero al atacar la brecha y á dar el asalto: siempre solicitaba el servicio mas peligroso; pero sus temeridades solo le procuraban gloria, pudiendo decirse que la muerte huia de él. Tanto arrojo y valor llegó á interesar á los gefes, y obtuvo un ascento; mas Alvarez parecia indiferente á todo.

Tuvo un dia la fortuna de salvar la vida á su coronel.

«Venid á verme, teniente Alvarez, le dijo este; desde hoy mirad mi casa como vuestra.

—Gracias, mi coronel. En el campo siempre me encontrareis dispuesto á defender vuestra vida á costa de la mia; pero en cuanto entre en vuestra casa perderé todo mi valor.

—¿Y si como gefe os mandase que vinierais á ella?

—No, mi coronel, eso no puede ser; no me mandareis que sea un cobarde.

—No os entiendo.

—Consiste, mi coronel, en que...

—Vamos, esplicaos.

—Amo á vuestra hija; conozco que no la dareis á un simple teniente, y prefiero ha-

Ayuntamiento de Madrid

llarme al frente de una batería de veinte cañones, á verme precisado á arrostrar las miradas de Margarita.

—¿Y si yo os dijese, quiero que seais mi yerno?»

Alvarez miró á su gefe, y cayeron dos lágrimas de sus ojos.

«¿Y es esto porque os he salvado la vida, mi coronel? Entonces retirad la palabra, porque yo no pensaba en poseer á vuestra hija cuando batia á los infieles.

—No, teniente: os casareis con mi hija, porque vuestro noble corazon vale mas que la fortuna. Al daros el nombre de hijo, hago una eleccion; pero no os concedo una recompensa.»

La boda del teniente y Margarita se ve-

rificó al momento. Pero como el sitio de Oran se prolongaba, y tambien su permanencia en Africa, hubo tiempo suficiente para que Margarita diese á luz un niño. Nada le habria quedado que desear, y su dicha habria sido completa, si los riesgos á que continuamente estaba espuesto su marido no la hubiesen tenido sobresaltada siempre que se hallaba ausente. Exaltada su imaginacion por su propia dicha, aumentaba los peligros de la guerra. Muy á menudo sucedia que cuando mas embebida se hallaba en prodigar á su hijo las caricias maternales, brotaba de sus ojos un mar de lágrimas. Un miedo indefinible se apoderaba de ella, y entonces estrechando al reciennacido contra su seno:

«¡Dios mio! decia, ¿por qué esperimento esta inquietud continua? Soy dichosa, pero demasiado quizás, y el dolor no estará lejos. Pobres de nosotras, en cuanto gozamos del amor y de la maternidad, ¿qué nos queda que esperar en el mundo?»

Las dulzuras de la vida doméstica no habian debilitado el valor de Alvarez: atrevido y emprendedor, siempre se hallaba al frente de los peligros. Una noche que patrullaba

con un corto número de soldados, el enemigo hizo una salida, cayó sobre él, y Alvarez, en vez de buscar su salvacion en la retirada, favorecido por la oscuridad, hizo resistencia defendiéndose hasta el último trance. El número de los enemigos era crecido, y el teniente quedó en su puesto, cubierto de heridas, dejando en cinta á Margarita.

Entregada esta al mas amargo dolor, perdió la salud, hallándose tan débil al tiempo del parto, que murió de sus resultas. El padre no tardó en seguirla, y los dos huerfanitos fueron confiados á una tia de Alvarez, señora de un carácter sencillo, de buenas costumbres y muy piadosa. Su hermano, cura de un lugar, hombre ilustrado y virtuoso, la habia criado en el temor de Dios y amor del prógimo.

No habiendo sentido los goces ni los tormentos de pasion alguna, el corazon de doña Norberta solo conocia las dulzuras de una vida serena y metódica: sus deberes religiosos, la educacion de su nieta y los quehaceres domésticos ocuparon todo su tiempo. A pesar de la escasez de su fortuna, nunca faltaba á doña Norberta algun medio de favorecer á los pobres que recurrian á ella, y ademas tenia el don de darles buenos conse-

Ayuntamiento de Madrid

jos en sus apuros y consuelos en sus cuitas, afectuosa con sus vecinos, aprovechaba todas las ocasiones de prestarles algunos pequeños servicios.

Don Sinforiano, cirujano del pueblo, era su amigo mas antiguo: en el discurso de treinta años no faltó un solo dia en hacerle una visita á la misma hora: se sentaba á su lado, leia para que le escuchase, le daba noticias políticas, las cuales se reducian desde el principio de la guerra á los triunfos obtenidos sobre las tropas invasoras; ó bien, en los momentos de buen humor, le contaba lo que se decia en el pueblo; pero si las anécdotas chismográficas eran algo picantes ó mordaces, doña Norberta las combatia, escusaba á todos, y muchas veces no comprendia su malicia. Don Sinforiano era para ella un oráculo; nada se hacia en la casa sin pedirle su parecer: sin embargo jamás se interpuso el amor entre los dos, y el respeto que inspiraba doña Norberta era lo suficiente para que nadie hubiese hasta entonces murmurado de estas íntimas pero inocentes relaciones.

Despues de la muerte de su hermano, doña Norberta estuvo enferma de peligro: los

asiduos cuidados que le prodigó en sus últimos dias, y el dolor que su pérdida le causó, la agobiaron de continuo: desde entonces esperimentaba tal laxitud en sus miembros que le era imposible andar por sí sola; pero estaba bien compensada de las privaciones que de aquí nacian por la solicitud y ternura de su sobrina, cuyo carácter dulce y festivo colmaba de inefables placeres una vida limitada á tan estrecho círculo.

El marqués protector de esta familia habia servido con el teniente Alvarez, cuyo valor y decision caballeresca le habian inspirado gran amistad. A la muerte de la esposa de Alvarez, se encargó el marqués de la educacion de Francisco, y en cuanto tuvo edad para ello le hizo su secretario. Casi todo el sueldo de Alvarez se destinaba á su hermana, á quien amaba tiernamente, y siempre que sus ocupaciones se lo permitian iba á pasar algunas horas al lado de su hermana.

El marqués se habia decidido enérgicamente por la independencia de su patria: tenia relaciones con Sevilla, y enviaba muy á menudo á su protegido con comunicaciones secretas para los individuos de la junta de gobierno establecida en aquella ciudad. Desde la batalla de Almonacid la correspondencia era muy activa, y ya hacia quince dias que el jóven Alvarez faltaba de Ocaña. Habituada su hermana á verle con mas frecuencia, empezaba á inquietarse por su tardanza.

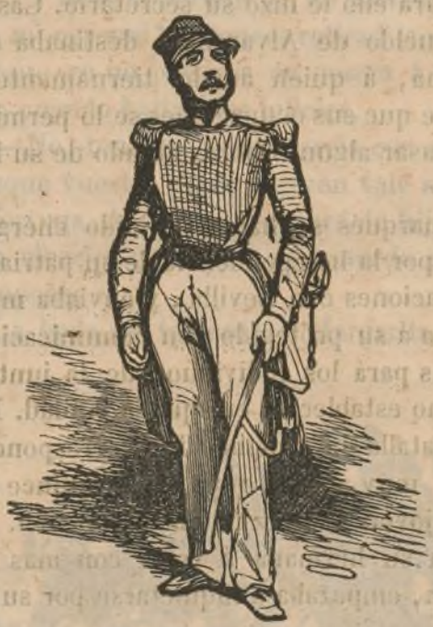
Iba á efectuarse, con todo el sigilo que las circunstancias exigian, una quinta en los pueblos ocupados por las tropas francesas: Francisco debia entrar en ella, y Lola, que no lo ignoraba, no tenia mas pensamiento que encontrar un medio de librar á su hermano de la suerte fatal que le esperaba. Su cariño hácia él era el alma de su vida: no habiendo conocido á sus padres, habia reconcentrado toda la ternura de su corazon desde la niñez en aquel hermano querido; era su alegría, su esperanza, y este afecto era tanto mas vivo, cuanto que reunia á la esperanza del apoyo y proteccion para el porvenir cifrado en él, el encanto puro y sin mancha del amor de un sexo á otro cuando aun no se ha esperimentado el amor propiamente dicho.

La costumbre de seguir los consejos de D. Sinforiano hizo que doña Norberta no opusiese resistencia para dar entrada en su casa al coronel francés; pero no tardó mucho en conocer que á su sobrino repugna-

Ayuntamiento de Madrid

rian las relaciones contraidas con uno de los opresores de su patria; mas ya no era tiempo de evitarle este disgusto. Don Sinforiano se encargó de preparar á Alvarez, y por otra parte estaba en lo posible que el regimiento de Saint-Aubin recibiese de un dia á otro la órden de marchar.

El coronel pertenecia á una noble familia



del Poitu; entró muy jóven en el ejército, y debia sus rápidos ascensos no solo á su valor, sino tambien á las repetidas y frecuentes vacantes causadas en las filas francesas por la guerra mas mortífera y desastrosa. Saint-Aubin vivia sin pensar mas, como suele decirse, que en salir del dia: ignorando el valor que en sí tienen las dulzuras de la vida íntima y de las costumbres bien regladas, todas las emociones de su corazon se habian limitado á las conquistas fáciles y á las intrigas pasajeras. Mirando con poco aprecio la vida y el porvenir, disfrutaba del placer alli donde la casualidad se lo presentaba, y con esa avidez hija de las privaciones que se esperan sufrir mañana. La seduccion de una jóven tenia para él la misma importancia que una partida en el juego, con la única diferencia que en el juego no haria fullerías de ninguna especie, y en materia de amor ninguna perdonaria para conseguir su objeto. Quisquilloso hasta el esceso en puntos de honor, cuando hablaba con sus camaradas hacia alarde con la mayor sangre fria de tomar por pasatiempo las intrigas en que la dicha y el honor de las mugeres entran por todo; tan indiscreto como enamorado, no sabia lo que mas interesaba á su corazon, si el placer del triunfo, ó el de darle publicidad. Por lo demas, su buen humor y su aturdimiento le hacian dar poca importancia al mal que causaba á las mugeres, porque estaba siempre dispuesto á compensarlo con el dinero ó con favores positivos. Era de hermosa estatura, y montaba bien á caballo; sus ojos azules y mirar altivo, su bigote rubio y retorcido, y un yo no sé qué de audacia sin grosería en todos sus modales, y franqueza en la sonrisa, le daban mucho partido con las mugeres, que por lo regular creen bajo su palabra al hombre que las lisonjea.

El coronel Saint-Aubin creyóse enamorado por la vez primera de su vida. La linda Lola le habia seducido desde el primer dia; su candor é inocencia le sorprendieron y hechizaron. Contra su costumbre se sintió irresoluto, pensando en las dificultades que tocaria para conseguir el fin. ¿De qué modo poner á prueba tanta honradez y corromper semejante virtud? La ingenua reserva de Lola le daba una fuerza desconocida para el seductor, y por la vez primera de su vida creyó temer y respetar á una muger.

Sin embargo esta disposicion de su espíritu duró poco; la fácil entrada que tenia en la casa le proporcionaba frecuentes ocasiones de ver á la jóven, é inflamaha cada dia mas su pasion hácia ella, sin darle el valor necesario para declararse. Saint-Aubin hablaba bien el español, y se aprovechaba de esta ventaja para captarse el aprecio de doña Norberta.

No pasaron muchos dias sin que se estableciese cierta especie de confianza afectuosa entre doña Norberta y el coronel, gracias á los esfuerzos de D. Sinforiano, que contra viento y marea trataba de agradar á su huésped, el cual con su carácter franco y jovial supo ganarlo enteramente; y si alguna noticia favorable á los franceses, ó la relacion de nuevas violencias cometidas por ellos,

Ayuntamiento de Madrid

venia á escitar sus resentimientos contra el enemigo, procuraba justificar su benevolencia para con él, diciéndose á sí mismo:

«Al fin y al cabo es mi huésped, y los derechos de la hospitalidad son sagrados.

—El coronel no ha venido hoy á vernos, dijo doña Norberta un dia: ¿hay noticias suyas?

—Don Sinforiano nos las dará, respondió Lola dirigiéndose á él mismo. Al salir el sol le vieron en el camino real con algunos ordenanzas, y dicen que iba á.....

—A Aranjuez, interrumpió D. Sinforiano, distraido hasta entonces. Parece que se trataba de escoltar al padre Consolacion, que venia de Sevilla, á donde fue enviado por el intruso con una comision secreta. Esto es un misterio, añadió en voz baja.

—¡Válgame Dios! esclamó doña Norberta, eso no es posible. ¿Cómo un religioso habia de servir á nuestros enemigos?

—Deje V. correr el mundo, señora, replicó D. Sinforiano: hemos de ver cosas mas raras que esa; y cuando llegue el dia, cada cual tendrá su merecido. En cuanto á mi huésped, estará de vuelta muy pronto, y no tardará en venir á ver á Vds. Pero continuemos nuestra lectura; me va interesando cada vez mas, porque entre los mismos moros suelen encontrarse cosas buenas.»

Despues de tal preámbulo, cogió D. Sinforiano un tomo en folio de la *Crónica* de Ayala que estaba sobre la mesa; sorbió un polvo, sacudió sus dedos, y despues de ca-

larse los anteojos, leyó en voz alta: «Don Alfonso de Leon, vencido por su hermano D. Sancho de Castilla, se vió obligado á abrazar la vida monástica; pero como el hábito no hace al monge, se apoderó de él la mas negra melancolía, lo que sabido por su hermana doña Urraca, le envió de secreto algunos hombres que le ayudaran á evadirse, y le aconsejaran pedir auxilio al rey moro de Toledo.»

—Me parece, vecino, dijo doña Norberta interrumpiendo al lector, que mas le hubiera valido ponerse bajo la proteccion de cualquier otro rey cristiano.

—Eso fuera bueno, tia mia, cuando doña Urraca hubiese debido pensar en otra cosa mas que en salvar á su hermano: para conseguirlo, el primer medio que se le ocurriera seria el mejor.

—El aconsejarle que pidiera asilo á un rey moro, replicó D. Sinforiano dirigiéndose á su anciana amiga, era precisamente porque los reyes cristianos, y lo que es mas, sus propios hermanos, le perseguian á todo trance como enemigos mortales: V. ignora quizá que en aquellos tiempos, tratándose de sentarse en el trono, no habia amigos ni enemigos, justicia ni injusticia: el mas atroz atentado era lícito con tal que pudiese satisfacer la ambicion ó las pasiones del soberano; y por cierto que para la situacion en que se hallaba D. Alfonso, el rey moro valia mas que los cristianos..... pero continuemos.

«Don Alonso siguió el consejo de su hermana, y luego que se encontró en presencia del rey moro, le dijo con lágrimas en los ojos y dando profundos suspiros:—Dichoso yo, gran Almenon, si pudiese pagar con algun importante servicio la hospitalidad que me concedes; pero tales son las vicisitudes de la vida: ayer era un rey poderoso, hoy solo un pobre desterrado. Pongo mi confianza en tus virtudes, sin que sea obstáculo para ello la diferencia de religion: las almas generosas se entienden en todas lenguas, y mi padre D. Fernando fue tu amigo.

—¿Lo oye V., tia? su padre D. Fernando,» Don Sinforiano continuó.

«No hay prosperidad sin grandes tribulaciones, respondió el moro; pero quien sabe

Ayuntamiento de Madrid

sufrir, sabe tambien vencer. En tanto que la fortuna se convierte de adversa en favorable, mi casa, mi reino y mi persona son tuyos.

»Desde este dia D. Alonso fue tratado como príncipe: tuvo palacio en la ciudad, y casa en el campo á orillas del Tajo. Iba á caza con el rey moro, el cual se complacia en tratarle con la mas delicada cortesía.

»Una tarde se paseaban D. Alonso y el rey Almenon en los jardines de palacio, seguidos de toda la corte. El calor era sofocante, y habiéndose sentado á la sombra de los árboles, D. Alonso se quedó dormido sobre la yerba. El rey moro, respetando el sueño de su huésped, se apartó de él y púsose á hablar con sus cortesanos. Conversando sobre los negocios de estado y los lances de la guerra contra los cristianos, el rey que tenia á su frente las fortalezas de la ciudad esclamó:—Mientras que estas torres permanezcan en pié, Toledo es invencible.— Los cortesanos aplaudieron su dicho: solo un guerrero de avanzada edad se atrevió á combatir la opinion del rey, y probó con bien combinados cálculos que si los cristianos seguian el plan, que él entonces esplicó, la ciudad caeria en poder de ellos sin necesidad de destruir sus torres. Apenas fue revelado el secreto, cuando los cortesanos, recordando la presencia del príncipe estrangero, y sospechando que su sueño era fingido, propusieron al rey darle muerte en aquel mismo momento.—Primero perecerá mi reino todo, esclamó Almenon; ¡antes perderé mi vida que faltar ámi palabra y á los deberes de la hospitalidad!»

Al llegar aqui D. Sinforiano, dió un golpe en el libro que tenia abierto sobre las rodillas.

«¡Este sí que es un rey, esclamó entusiasmado, un gran hombre, que vale tanto como un buen cristiano!»

Habria seguido dando curso á las ideas que le sugeria su entusiasmo si el ruido de caballos que se oyó en aquel momento no hubiese llamado su atencion; poco despues el coronel Saint-Aubin entró en la casa.

«Buenos dias, doña Norberta, dijo tomando sus dos manos y estrechándolas afectuosamente entre las suyas, mientras que la buena señora le miraba con ojos enternecidos al través de sus anteojos. Tenga V., prosiguió el coronel: vea V. como no la he olvidado en mi viaje; sírvase V. de esta caja para el tabaco como el recuerdo de un amigo. Y vertiendo él mismo el tabaco de una caja á otra, le entregó una de las mas bonitas que pudo encontrar en las tiendas de Aranjuez.

—Gracias, señor coronel, le contestó doña Norberta examinando el regalo con la alegría de un niño. Sois muy bondadoso en acordaros asi de una pobre anciana como yo.

—Tampoco he olvidado á mi vecinita, repuso el coronel echando una ojeada casi tímida á Lola, la cual, gozosa con ver contenta á su tia, se habia aproximado á ella para examinar á su vez aquel regalo; yo espero que esta señorita no rehusará estos pendientes y este pasador para la cabeza.»

Doña Norberta recibió de manos del coronel ambas cosas; le dió gracias en nombre de ella, y se las entregó diciéndole:

«Hija mia, bien puedes aceptar este presente del señor coronel, nuestro buen amigo.» Y viendo que Lola vacilaba, ruborizándose al propio tiempo, añadió: «Bien sé lo que te pasa en este momento; pero no hagas alto en ello, nada temas, que la guerra se queda para el campo de batalla: bajo el techo de unas pobres mugeres no debe haber mas que paz y buena voluntad, porque, como dice D. Sinforiano, el hogar doméstico debe ser un campo neutral para el corazon y el guardian de la seguridad y del honor de los que se hallan dentro de él.»

Lola echó al coronel una angélica mirada, y se puso en seguida delante de un espejo para ver cómo le caian sus pendientes de amatistas y su pasador de oro: despues, tomando una rosa, se la prendió con el pasador, y la flor se inclinó dulcemente sobre su sien, cubierta de un rizo de negros cabellos.

En los dias primeros de la juventud, es muy fugaz el dolor; los pocos años rechazan los pensamientos graves; la edad solo exige vida y goces. Lola con sus nuevos adornos,

Ayuntamiento de Madrid

y bella como un hermoso dia de primavera, se sonreia consigo misma, y gozaba por adelantado de todos los trasportes instintivos del amor, sin tener conciencia de él todavía. Estuvo mas amable, mas espansiva que de costumbre, y el coronel no podia ya contener tanto amor en su corazon.

«¿Sabe V., tia, que el señor Saint-Aubin es muy amable? ¿Le ha visto V. á caballo? ¡Con qué gracia le lleva! ¡Qué bien le sienta el uniforme de húsar! dijo Lola á su tia en cuanto se quedaron solas, conmovida aun por la impresion que le habia hecho su regalo.

—Es cierto, hija mia, el coronel es todo un caballero, y muy galante.

—Pero no sé qué miedo se apodera de mí, replicó Lola, al pensar en la vuelta de mi hermano: ¿si desaprobará las visitas del coronel? V. sabe cuán serio se muestra algunas veces.

—Bien lo sé; pero el coronel es tan cortés, tiene tan buen ángel, que espero no le disguste; ademas es huésped de D. Sinforiano, y Francisco no se atreverá á darle ningun mal rato.

—Me parece, tia, que puedo guardar hasta la tarde este pasador y los pendientes.... ¿Qué dice V., me estan bien? Si V. quisiera esta tarde pudiéramos ir despues de siesta á casa de la muger del sacristan que ha estado tan mala; tambien es hoy dia de su santo y le llevaríamos el regalo que le tengo preparado. Andaremos despacio, yo le daré á V. el brazo y la iré sosteniendo: bien sabe V. que no me canso.»

Al decir estas palabras Lola se habia colocado detrás del sillon de su tia, y las pronunciaba con el rostro pegado al de ella; y al concluir iba á darla un beso en el cuello, mas la contuvo una mano fuerte pero temblorosa que en aquel momento le cubrió los ojos.

El corazon de la jóven dió un salto.

«¡Hermano mio! esclamó aun sin saber quién era; ¡Francisco!.... añadió cayendo en los brazos de Alvarez, el cual con ojos humedecidos la colmaba de caricias dirigiéndole mil palabras tiernas é incoherentes.

Doña Norberta los contemplaba esperando su vez, cuando Francisco, como si de repente hubiese sido picado por una víbora, rechazó á su hermana, y mirándola atentamente le dijo con tono severo:

«Lola, ¿de dónde te han venido esas alhajas?»

Lola se puso pálida y guardó silencio. Esta brusca pregunta y el cambio súbito de los modales de su hermano la aterraron. Entonces se acordó del coronel; nuevos temores la asaltaron, y creyendo ver ya terribles consecuencias, empezó á llorar.

«Responde, Lola, quiero saberlo.»

Y viendo que la pobre niña se deshacia en llanto, y se negaba á contestar, la cogió de un brazo.

«¡Hermana, hermana, habla por Dios!»

Estas palabras iban acompañadas de una ansiedad inesplicable. La actitud severa de Francisco, la imponente inquietud de su fisonomía y las miradas profundas y escrutadoras que lanzaba sobre su hermana solo conseguian aumentar mas y mas su terror.

Doña Norberta, conmovida hasta el estremo, se apresuró á llamar la atencion de su sobrino.

«Francisco, le dijo, deja en paz á esa pobre criatura y ven aqui, todo te lo esplicaré. La cosa no es tan estraordinaria para ponerse de esa manera.»

Entonces le esplicó doña Norberta con toda la sinceridad de su alma el modo con que habian conocido al coronel, las relaciones de intimidad que con él habian contraido y de qué manera les habia hecho el regalo aquel mismo dia.

Durante la relacion apenas pudo el jóven contener su impaciencia: procuró moderarse sin embargo por respeto á la tia, y asi que hubo acabado:

«Tia, le dijo, su corazon de V., aunque es tan bueno, por eso mismo le engaña, y D. Sinforiano ha obrado con mucha imprudencia en este caso. Lola debe devolver esta misma tarde al coronel francés las alhajas que de él ha recibido. Me veo precisado á marcharme otra vez esta misma noche; dentro de ocho dias, ó quizás antes, mi suerte

Ayuntamiento de Madrid

se habrá decidido: entretanto, yo le pido á V., tia, no dé entrada en la casa á ese estrangero. Por el cariño que tiene V. á mi hermana, cuya reputacion estará tal vez comprometida ya, prohibidle toda comunicacion con él. Pronto daré noticia de mi paradero. Y tú, dijo á su hermana, que algo tranquila ya se habia aproximado á él, despues de haberse quitado el pasador y los pendientes, y tú, pobre criatura, perdona á un hermano que te ama tiernamente un momento de alarma. No te olvides de que se aproxima el dia en que toda la responsabilidad de tu vida presente pesará sobre tí sola, y que si me veo obligado á dejarte y á alejarme de tí, tal vez para.....»

Lola no le permitió acabar, porque tapando con su linda mano la boca de Francisco, dejó caer su cabeza sobre el pecho y dijo entre sollozos:

«No pronuncies esa palabra cruel, querido hermano; tú volverás, Dios no puede faltarnos.»

Francisco guardó silencio un instante; un velo sombrío cubria su rostro para ocultar sus tristes presentimientos. Hizo en seguida algunas caricias á su hermana, y besando la mano de su tia despues de abrazarla partió, prometiéndoles volver en breve. Pero no salió de Ocaña hasta que hubo hablado largamente con D. Sinforiano.

Doña Norberta no podia comprender la alarma de su sobrino. Su vida pura y bienaventurada, sus lecturas, que siempre se habian limitado á libros santos ó de historia, le habian dejado en la mas completa ignorancia de las faltas y errores á que el amor puede conducir; la franqueza natural de su carácter no podia suponer culpables intenciones en un hombre cuya conducta habia sido tan leal hasta entonces; le costaba alguna violencia el decidirse á renunciar las visitas del coronel: la jovialidad de este, las gracias de su talento animaban su corazon y esparcian un encanto desconocido hasta entonces en su vida monotona; pero dispuesta como siempre á ceder á la razon y á la voluntad de su sobrino, no vaciló un momento siquiera en sacrificar su inclinacion y afecto á Saint-Aubin al reposo de Francisco.

Determinóse, pues, aunque con bastante sentimiento, á escribir al coronel diciéndole que motivos muy imperiosos la obligaban á privarse desde entonces del placer de darle entrada en su casa, y que el honor y la reputacion de su sobrina exigian le devolviese el regalo que le habia hecho, pero que ella conservaba la caja del tabaco como un recuerdo de su amistad.

Lola por su parte esperimentaba los mismos sentimientos de su tia, pero con una agitacion secreta que se asemejaba mucho al miedo. Por la primera vez en la vida se presentó á su imaginacion la idea del mal; y aunque no comprendia todo el alcance de los temores de su hermano, la imágen del coronel se le representaba bajo un aspecto nuevo del todo para ella; la desconfianza que le habian inspirado contra él le daba un poder desconocido en su memoria, y originaba una turbacion indefinible en su corazon, sin embargo de que, habituada á identificarse con las ideas de su hermano, se indignaba de los proyectos hostiles que se suponian en el coronel, aunque sin comprenderlos.

Un violento despecho se apoderó de Saint-Aubin al leer la carta de doña Norberta; todos sus planes habian venido á tierra. Este nuevo contratiempo, al mismo tiempo que aumentaba las dificultades, irritaba su pasion. Acostumbrado al despotismo y á la rapidez de las operaciones militares, las contemplaciones y la lentitud le impacientaban cruelmente: por otra parte el tiempo apremiaba; dentro de poco tendria que dirigirse á Andalucía una parte del ejército; su regimiento era uno de los que debian salir para atacar el paso de Sierramorena; las órdenes estaban dadas, marcados los puntos por donde se verificaria la marcha, y preparados los víveres. La imágen de Lola, tan bella como inocente; sus encantos mas seductores por ser ignorados de ella misma, sus cándidas gracias y su natural viveza, precursora de embriagadoras pasiones, ponian al coronel en estado de delirio.

Mientras que apoyando los codos sobre la

Ayuntamiento de Madrid

mesa, y apretando la frente contra sus manos, meditaba los medios de conjurar tan cruel contratiempo, D. Sinforiano, viendo que la puerta no estaba del todo cerrada, entró en la habitacion.

«¿Qué tiene V., coronel? le dijo con amistosa solicitud: ¿parece que está V. muy triste y pensativo?

—¡Qué quiere V., D. Sinforiano, me calumnian, me arrojan de casa de nuestros vecinos, y esta injusticia me llega al alma!»

Don Sinforiauo se habia encaprichado con su huésped: viendo su semblante demudado y su fisonomía en desórden, hizo un movimiento de indignacion contra el autor de su mal, y encogiéndose de hombros esclamó:

«Ese jóven está loco; de seguro carece de sentido comun. Bueno es servir á la patria y batirse con los enemigos en el campo de batalla; pero desconfiar cuando son huéspedes, cuando son amigos de la casa..... eso es llevar ya el odio demasiado lejos. Ademas, hablando con sinceridad, debo decir que como no conoce á V., le hace esta injuria, mas bien como francés que como si fuera amante mal intencionado de su hermana. Sin embargo, es preciso conformarse y dejar á esas señoras que cumplan su deber siguiendo los consejos de ese fanático; no tardarán mucho en tener otros disgustos mas serios.

—¿Cómo, amigo mio, se hallan amenazadas de algun peligro?

—¡Y vaya si se hallan! Al hermano le ha tocado la suerte de ser uno de los que componen la espedicion destinada á las Antillas, espedicion muy peligrosa. ¿Quién se encargará de su subsistencia entonces y durante tan larga ausencia? Hasta ahora los salarios de Alvarez y la generosidad de su protector le han procurado medios de sostener con algun desahogo á la tia y á la hermana. Y es preciso hacerse cargo de la edad de doña Norberta y de su deteriorada salud. ¡Qué seria de la pobre jóven si llegase á faltar siendo tan bella y tan inocente?»

El coronel se sintió conmovido un instante al figurarse á Lola pobre y desvalida, seducida quizá por otro y no él. Una chispa de vagos pero amargos celos prendió en su corazon, y dando con el puño sobre la mesa:

«Si no fuese menester mas que un golpe de esta mano para impedir la partida de ese jóven, pondria mis húsares en campaña; y añadió á poco: cierto es que despues tendria al mismo por enemigo.....»

Saint-Aubin conoció que iba á hablar mas de lo necesario delante de D. Sinforiano, y se contuvo. Pero este, ocupado aun con su primera idea, no hizo alto en lo que decia el coronel, y continuó:

«Un solo medio hay de esceptuarle de esta partida, medio imposible, porque las pobres mugeres no tienen recursos suficientes para ello.....»

El coronel echó una estraña mirada sobre D. Sinforiano, y cogiéndole del brazo le dijo:

«¿Un medio? ¿Cuál es? decidlo.

—El de rescatar su suerte pagando al gobierno una cantidad que no tienen.»

El coronel guardó silencio mientras que reflexionaba. Despues dijo:

«¿La tia y la hermana conocen este medio?

—Esta mañana les hablé ligeramente de ello. La jóven lloraba que era una lástima.»

Y D. Sinforiano pasó entonces su mano por los ojos para enjugar una lágrima que se le escapaba.

«¿Querriais, mi querido huésped, esclamó de pronto el coronel, encargaros de entregar una carta á la señorita Lola?

—No tengo inconveniente, contestó don Sinforiano.

—Pero con la condicion de no hablar de ello á doña Norberta.

—En cuanto á eso, no podria cumplírselo á V. aunque quisiera prometerlo: hace treinta años que entre los dos no hay secreto de ninguna especie, y la costumbre es mas fuerte que el hombre; creo que V. lo comprende.

—Pero yo solo pido el secreto por veinte y cuatro horas; pasadas que sean, doña Norberta puede saberlo todo: se trata de darle una agradable sorpresa; fiaos de mí, querido huésped: tambien tendreis vuestra parte en ella. Pero sed discreto.»

En cuanto salió D. Sinforiano de la habi-

Ayuntamiento de Madrid

tacion tomó la pluma el coronel y escribió lo que sigue:

«Señorita, acabo de saber cuál es el motivo que causa vuestra afliccion, y he encontrado el medio de salvar á vuestro hermano; pero se necesita para ello que os hable en secreto: nadie debe enterarse de nuestra entrevista, ni saber el contenido de esta carta. No tardeis en darme una respuesta favorable; de ello depende vuestra suerte y quizá la vida de vuestro hermano. Son las seis de la tarde; mañana por la mañana no será ya tiempo. Respondedme aunque solo sea una palabra, y sobre todo sigilo.»

El deber, la virtud, la honradez pueden mirarse bajo tan distintos aspectos cuantas son las formas de la humana naturaleza. Aun cuando la moral sea inalterable en su esencia, y aun cuando su doctrina sea la misma para todos, cada cual la aplica con restricciones y reservas esclusivas para su uso, modificándolas segun las ideas mas recibidas, y sujetándolas á todas las influencias que acomodan al hombre á la vida social; hay faltas por ignorancia, asi como hay tambien vicios por razon de estado, y la conciencia se plega y cede á la accion de todos estos diversos agentes. Esto es una verdad, muy triste sí, pero muy necesaria, porque si es cierto que algunas veces nos aisla, tambien lo es que muy á menudo nos conduce á la caridad y al perdon de las injurias. Un filósofo ha dicho: «La conciencia solo sirve para justificar las pasiones.»

«Buenos dias, señoras, dijo D. Sinforiano entrando en casa de doña Norberta.

—Felices, D. Sinforiano, respondió esta con voz triste y débil.

—¿Cómo estás tú, niña? le dijo á Lola; ¿te hallas mas tranquila?»

La labor de que se ocupaba Lola hacia algun tiempo que se habia escurrido de sus manos sin que ella lo percibiera; pero sus brazos conservaban aun la posicion que tenian cuando estaba cosiendo. Su abatimiento, sus ojos rodeados de un cerco morado y preñados de lágrimas atestiguaban el estado violento de su corazon. Al oir la voz de don Sinforiano volvió en sí, le miró y meneó la cabeza para responder negativamente á su pregunta: en seguida volvió á coger su labor.

Don Sinforiano tenia la carta del coronel cogida entre sus dedos y medio oculta entre la manga; pero como poco acostumbrado á esta especie de mensajes, no sabia cómo componerse para desempeñar el que le habian encargado: dirigió algunas palabras incoherentes á la tia, preguntas que no venian al caso á la sobrina; se paseaba arriba y abajo en la sala, se sentaba, se levantaba á poco, volvia al lado de Lola, y sin decidirse á nada comenzaba de nuevo á pasear. En fin duró tanto tiempo esta escena, que doña Norberta lo estrañó al cabo. Levantando entonces la cabeza, y sujetando sus anteojos para poder mirar mejor, se fijó atentamente en D. Sinforiano y le dijo.

«Parece, vecino, que está V. inquieto: ¿hay malas noticias? ¿No ha venido la *Gaceta de Cádiz?* ¿Le ha sucedido á V. alguna desgracia?

—Por el contrario..... contestó D. Sinforiano cada vez mas cortado, por el contrario..... y no pudiendo salir de aqui, se puso á mirar las jaulas de los canarios, silbando de modo que parecia querer imitar su canto y hacer que le contestasen. Doña Norberta continuaba fija la vista en él y observándole en silencio.

«¡Esto es raro en D. Sinforiano!» se dijo á sí misma; bajó despues la cabeza y continuó dando vueltas al huso.

La cosa no podia quedar asi. A fuerza de idas y venidas se aproximó una vez á la mesa, y entonces una idea se le ocurrió súbitamente á D. Sinforiano. Cogió uno de los libros, y puso la carta entre las hojas de modo que sobresaliese un poco; tosió luego dos ó tres veces hasta que logró llamar la atencion de Lola, y le hizo una seña mostrándole el libro que dejaba en su lugar: despues se retiró de la mesa y vino á sentarse al lado de doña Norberta. Las jóvenes tienen instinto maravilloso para penetrar al momento el fin de estos manejos. Lola lo habia comprendido todo, y pretestando un motivo para marcharse, pasó cerca de la mesa y tomó el libro sin que su tia lo advirtiese.

Ayuntamiento de Madrid

Apenas llegó á su cuarto abrió la carta del coronel y la leyó. Cada línea aumentaba mas su turbacion. Un súbito temblor la sobrecogió de tal manera, que se vió obligada á sentarse.

Faltar á la palabra que habia dado á su hermano, tener secretos para su tia, no era posible; pero salvar á su hermano, tenerlo á su lado, verlo sin cesar.... á esta idea su corazon palpitaba de alegría. Despues el terror se apoderaba de ella al pensar en la entrevista que exigia la carta. ¿Qué tendria que decirle el coronel? ¿A qué tanto misterio?... pero ¿qué hacer? Ni aun tenia tiempo para meditarlo: era preciso dar respuesta sobre la marcha, ó su hermano era perdido y tal vez para siempre.

«¡Dios de misericordia, esclamó, inspiradme, trazadme el camino que deberé seguir; no soy mas que una debil criatura, iluminadme, Dios mio, y calmad la angustia que me oprime!

Echando entonces una mirada á la carta del coronel, leyó en el reverso de la cubierta: *no tardes en darme la respuesta: no me voy hasta llevármela:* estas palabras estaban escritas por mano de D. Sinforiano.

La mera observacion de estar trazadas por la mano de un amigo, cambió el órden de ideas de la jóven.

«Si algo hubiese de contrario á mi honor en la cita que se me pide, se decia á sí misma, nuestro honrado vecino se habria negado á traerme la carta; él no puede ser cómplice de una emboscada dispuesta contra una jóven á quien conoce desde la infancia. Y á la verdad el coronel es un caballero; ¿qué mal tampoco pudiera querer hacerme? Sin embargo de todo, me encarga que nada diga á mi tia.»

Poco faltó para que en medio de este combate hubiera perdido los sentidos. Su respiracion eran sollozos, y un zumbido confuso sonaba en sus oidos.

«Puedo salvar á mi hermano y sin embargo vacilo!» Le acometió un enternecimiento profundo y repentino, gruesas lágrimas brotaban de sus ojos, y dejándose caer sobre el suelo, dobló las rodillas, cruzó las manos sobre el pecho y esclamó:

«¡Señor, si lo que voy á hacer es una falta, perdonadla á mi ignorancia; y si el error me hace culpable, llevadme á vuestro lado!»

Concluida esta corta súplica escribió de prisa algunas palabras con trémula mano, cerró la carta, la puso entre las hojas del libro y volvió á la sala. Aun estaba alli don Sinforiano entretenido en leer á doña Norberta; pero esta habia tenido que advertirle varias veces lo mal que lo hacia, porque las distracciones del vecino eran muy frecuentes; á cada momento decia una palabra por otra, ó dejaba un renglon en claro, repetia las frases que ya habia leido, ó se paraba con el pretesto de limpiar sus anteojos; pero en realidad estas interrupciones provenian de su impaciencia y de las miradas dirigidas á la puerta por donde Lola debia entrar.

Apenas la vió venir se adelantó hácia ella, pero se detuvo al observar el cambio que habian sufrido sus facciones; no comprendia cómo una buena noticia, tal cual era la que el coronel le habia asegurado que contenia su misiva, hubiese producido semejante efecto. En aquel instante, y por uno de esos infalibles y frecuentes presentimientos de las almas buenas y sinceras, esperimentó D. Sinforiano un acceso de involuntario arrepentimiento y se avergonzó de haberse prestado á una accion misteriosa, cuyos resultados no correspondian á las promesas de Saint-Aubin. Agitado y vacilante hubiera querido provocar á Lola á que se esplicase; mas ya no era tiempo: la presencia de doña Norberta impedia hacer preguntas á la jóven. Por otra parte el tiempo apremiaba, Lola ya habia contestado, y no le quedó mas recurso para fijar sus ideas que pensar en las buenas prendas de su huésped.

Lola en cuanto entró puso el libro en su lugar; ya habia dado á entender á D. Sinforiano que contenia la respuesta. Este se apresuró á cogerla y á llevarla á quien se dirigia.

Luego que salió dijo doña Norberta á su sobrina:

«No sé qué pensar de este D. Sinforiano; ó esta enfermo ó tiene entre manos algun

Ayuntamiento de Madrid

negocio delicado. ¿No observaste sus distracciones, su inquietud y desasosiego? Cualquiera diria que se le habia vuelto el juicio... ¿no crees tú lo mismo, hija mia?

—Es tan bueno, contestó Lola, sufre tanto su corazon al ver nuestra tristeza, que el estado en que se encuentra proviene de la desgracia nuestra.»

Mientras que Lola hablaba, su tia no quitó los ojos de ella: su abatimiento y palidez la inquietaron.

«Ten valor, hija mia..... quizás el mal tendrá remedio... ¿quién sabe?

—¡Puede ser! contestó la jóven con dulce acento.

—Dicen que los franceses van á atacar el paso de Despeñaperros; todas nuestras fuerzas se reunirán en este punto, y entonces se suspenderán los preparativos de embarque, á lo menos por algun tiempo; ¿y quién puede decir lo que sucederá despues?»

Lola meneó la cabeza y nada respondió.

La buena de doña Norberta, no sabiendo de qué modo consolar ó distraer á su nieta, le dijo:

«La noche está muy buena; la lluvia de esta mañana ha refrescado el aire, y podiamos dar un paseo, ó hacer alguna visita á la vecindad: no puedo ir muy lejos, pero con la ayuda de tu brazo ando perfectamente.»

La hora se acercaba y el coronel no tardaria en llegar.

«Si á V. le parece, bien estamos en casa, tia; estoy algo mala, y tal vez me pondria peor si saliéramos.

—Como tú quieras, niña.»

La conversacion duró asi hasta las diez, hora en que doña Norberta solia acostarse. Dos horas despues Lola estaba asomada á una ventana entreabierta, esperando al coronel que debia llegar á la puerta de la calle y esperar en ella á que le abriesen. No habia dado la última campanada el reloj de la iglesia, cuando oyó sus pasos, le vió aproximarse con precaucion, y entonces tomando la luz se dirigió á la puerta y la abrió con el mayor tiento. El coronel estaba ya aguardándola. Lola sin dirigirle la palabra le hizo seña de que le siguiese, y le condujo á la sala. Colocó la luz sobre la mesa, y al encontrarse sus ojos con los del coronel por la primera vez de su vida, su rostro se cubrió del mas encendido carmin; no pudo sostener su mirada, y volviendo la cabeza hácia un cuadro que habia en el testero de la sala, que representaba el descenso de la cruz:

«Jurad, le dijo con voz balbuciente, jurad por esta imágen que al venir aqui no traeis ninguna intencion culpable, y que mi mismo hermano pudiera presenciar nuestra conversacion.»

Saint-Aubin nada respondió.....

Eran las dos de la mañana cuando el coronel entraba furtivamente en casa de su huésped; las calles aun estaban desiertas; el silencio y el sueño reinaban en toda la poblacion. Un hombre solo estaba despierto y vigilante, y se hallaba al estremo opuesto de la calle embozado en su capa. Apenas percibió que una persona salia de casa de doña Norberta se habia dirigido hácia ella con la esperanza de darle alcance; mas aquella sombra que se habia deslizado en la oscuridad desapareció sin saber cómo, y la puerta quedó solo entornada.

Francisco entra, ve luz en la sala y atraviesa el patio para encaminarse á ella.

Por la primera vez de su vida tuvo miedo... un sudor frio corre por su frente. Un impulso repentino le detiene; quiere huir, abandonar aquella casa para siempre, sin ver siquiera á aquella hermana querida á quien volvia á dar el último á Dios. Horribles sospechas se apoderaron de él en aquel momento... el mismo silencio de que se halla rodeado le horroriza. El hombre que habia visto salir de la casa podia ser un ladron ó un asesino. La luz que ve en la sala á hora tan intempestiva le obliga á entrar en ella. ¡Pero qué espectáculo tan horroroso se presenta á su vista! ¡Su hermana, aquella niña angelical, tendida sobre el suelo y al parecer sin vida! Sus cabellos esparcidos sobre el pecho, la cabeza caida á un lado, y sus ojos cerrados, entre sus párpados se veian dos gruesas lágrimas que no habian acabado de correr; con una mano tapaba la mitad de su rostro, y con la otra sujetaba gran parte

Ayuntamiento de Madrid

de sus vestidos sobre el seno. Su cuerpo desmadejado é inmóvil habria hecho creer que estaba muerta, á no ser por el ligero encarnado de sus mejillas, indicio de rubor, velo virginal del pudor ultrajado.

A su lado se veia un taleguillo con dinero.

Todo lo adivina Alvarez. Instintivamente llevó la mano á su puñal: matando á la desgraciada niña, con ella se sepulta su deshonra; pero se detuvo para contemplarla un momento. Las señales de su desesperacion, el desórden de su fisonomía, su inmovilidad y la falta de respiracion le hicieron creer que estaba muerta. Al convencerse de ello, su dolor no tuvo límites; la rabia y la lástima desgarraban á la vez su corazon. Una palidez mortal cubria su rostro; de sus trémulos labios salian sordas imprecaciones y palabras de venganza.

El tiempo urgia, y bien pronto doña Norberta llegaria á despertarse; Francisco cogió en brazos á su hermana, la llevó á su cuarto y la dejó en la cama; volvió por el saco de dinero y salió de la casa sin que nadie se hubiese apercibido de ello.

«¡Pardiez! dijo el coronel al entrar en su casa y dejando el sombrero sobre una mesa. Fuera remordimientos. Poco faltó ya para que las lágrimas, las súplicas y la desesperacion de la linda muchacha me hiciesen desistir del proyecto. Lo cierto es que no he visto jóven mas adorable. Pero ¿dónde está el mal? No tardará mucho en consolarse y hasta me dará las gracias mas adelante. Ahora será preciso que el bueno de D. Sinforiano se decida á decir á la tia y á Alvarez que él es quien presta el dinero: esto fue lo que previne á Lola, aunque segun el estado en que su razon se hallaba, tal vez no conserve memoria de ello. En fin arreglémoslo con el huésped, que lo otro es lo de menos.»

Con efecto, no le costó gran trabajo á Saint-Aubin hacer que D. Sinforiano tomase parte en sus miras. Le dijo, que deseando servir á la familia, habia querido antes de todo consultarlo con Lola y saber si aceptaria el préstamo que ponia á su disposicion: que habia consentido, pero con la condicion de que D. Sinforiano pasaria como prestamista del dinero, para no chocar con la susceptibilidad de Alvarez.

«Ningun mal hay en ello, dijo D. Sinforiano, y aunque yo detesto la mentira, puesto que se trata de una buena accion, me avengo á ayudaros en la empresa.» Tomó entonces la mano de Saint-Aubin y continuó:

«Sois un escelente sugeto, coronel, y toda mi vida recordaré con satisfaccion que habeis estado en mi casa de huésped.»

Estos elogios ruborizaron al coronel, no por modestia, sino porque el grito interior de la conciencia pocas veces calla; procuró desasirse de D. Sinforiano cuanto antes, y se marchó pretestando las obligaciones del servicio.

Dos regimientos entraban aquel dia en Ocaña procedentes de Madrid. El coronel Saint-Aubin se habia propuesto obsequiar á los oficiales superiores dándoles una comida. No era Ocaña punto muy á propósito para improvisarla; pero al cabo consiguió que en la mejor posada que habia en el pueblo se le preparase todo lo necesario, hasta con algun lujo.

En medio de una gran sala de esta posada que daba á la calle estaba puesta la mesa, y el coronel hacia los honores. Al principio de la comida solo se trató de los asuntos militares; pero cuando ya estuvieron las cabezas algo calientes con el vino, se entró en el artículo de intrigas amorosas. Cada uno contaba sus aventuras galantes, verdaderas ó falsas.

«Os felicito, señores, dijo un coronel de coraceros, hombre alto y grueso, cuyos bi-

Ayuntamiento de Madrid

gotes retorcidos hácia arriba y de la consistencia de las cerdas parecia que iban á embestir á sus dos ojos azules y pequeños, pero vivos como dos centellas; os felicito á fe mia de que seais tan afortunado; por mi parte no puedo decir lo mismo, me cuestan muy caros los placeres en este pais. Estos últimos dias en Madrid me han saqueado el bolsillo completamente.

—A mí, dijo el coronel Saint-Aubin, jamás me duele el dinero que gasto en el amor, y de muy buena gana ofreceria en holocausto á la misma divinidad el doble de la suma que le he ofrecido la última noche.»

En este momento la cortina de la puerta se levantó y un hombre que no era de los que habian servido la mesa entró en la sala. Su rostro estaba pálido, sus labios descoloridos y su mirada amenazadora se fijó en el coronel.

«¿Tú quieres pagar doble? le dijo, ahí tienes con qué, y arrojó un saco de dinero que traia en la mano sobre la mesa. Pero hay tambien otro medio de pagar las deudas que se contraen, y pagarás la que has contraido conmigo. A un cobarde como tú no se le reta á duelo; se le asesina.» Y sacando Francisco una pistola que ya traia amartillada, atravesó al coronel de un balazo.

Todos los presentes, sorprendidos hasta entonces por la admiracion y la ignorancia de lo que aquel hombre queria decir, se precipitaron hácia Saint-Aubin. Francisco habia desaparecido.

Con paso firme y rápido se encaminaba á casa del alcalde mayor.

«Señor, le dice al presentarse á él, mandadme prender; acabo de cometer un homicidio.»

El juez conocia á la familia de Alvarez, y aun lo habia visto en casa del marqués. Creyó al pronto que el jóven estaba demente; mas habiéndole hecho una breve relacion de todo lo ocurrido, conoció la verdad del caso é hizo cuanto pudo para persuadirle á que se escondiêra y procurara despues el modo de evadirse y salvar la vida.

«¡La vida! respondió con amarga sonrisa. No, señor; mi permanencia en el mundo acabó ya; y si es preciso que muera, la muerte mas pronta es la mejor.»

En este momento se oyó un gran estrépito en la calle; la casa del alcalde fue invadida por una multitud de oficiales y soldados franceses, quienes traian á su cabeza y como en rehenes al dueño de la posada. Asi que se precipitaron en la sala del alcalde, Francisco se adelantó hácia ellos esclamando:

«No hay necesidad de tanto alboroto; el culpable está ya en manos de la justicia, y esta se cumplirá. Dejad en libertad al dueño de la posada.»

El noble é imponente aspecto de Alvarez, su mirada serena y resignada, detuvieron el tropel. Con todo, los soldados franceses, indignados por el asesinato de su gefe, querian arrojarse sobre el matador; pero los oficiales les hicieron guardar órden asegurándoles que el delincuente sufriria el castigo merecido.

El alcalde mayor mandó entonces á los alguaciles que habian acudido al saber el atentado que condujesen á Alvarez á la cárcel.

Las siete de la mañana serian cuando doña Norberta viendo que su sobrina no venia como tenia de costumbre á ayudarle á vestirse, empezó á inquietarse. La llamó muchas veces; pero no contestaba. Entonces se

Ayuntamiento de Madrid

decidió á vestirse por sí sola. Mucho tiempo tardó en esta operacion; sus enfermedades y avanzada edad hacian indispensables la ayuda de Lola. En cuanto hubo concluido tomó su muleta, y apoyándose en ella se dirigió á la alcoba de su sobrina. Entró en ella y vió á á Lola durmiendo todavía, pero con un sueño muy agitado. Se aproximó á la cama, y cogiéndole la mano sintió que le abrasaba. Una fiebre ardiente consumia á la pobre jóven. Al ruido que hacia doña Norberta, Lola se despertó; y viéndola tan cerca se incorpora en la cama con el semblante desencajado, da un grito de terror, no puede sostenerse en aquella postura y cae sobre la almohada, y ocultando su cabeza entre las sábanas se puso á llorar amargamente.

Doña Norberta, entregada á la mas viva inquietud, atribuye el estado de su sobrina al dolor que le causaba la partida del hermano, y entonces vió que no le quedaba mas arbitrio que llamar á D. Sinforiano. Aqui la pobre señora tropezó con una grave dificultad; la muger que hacia los mandados y faenas de la casa no estaba allí todavía; se iba al anochecer, y era regular que no habiendo tenido quien le abriera la puerta de la calle no volviese hasta bien tarde. En este apuro se resolvió á ir ella misma á la casa de D. Sinforiano, que distaba poco de la suya.

Emprendió la marcha, y al llegar al sitio donde acostumbraba colocarse la llave de la puerta de la calle estrañó mucho no encontrarla allí. Antes de preguntar á su sobrina la buscó por varios sitios, y al fin vino á encontrarla cerca de la misma puerta tirada en el suelo. Alvarez al abandonar la casa de su tia la noche anterior tuvo la precaucion de cerrar desde la calle y echarla por debajo de la puerta. Doña Norberta preocupada por el estado de la sobrina no tuvo lugar para hacer comentarios sobre este incidente; llegó al fin á casa de su antiguo amigo, y tuvo el disgusto de no encontrarle.

Don Sinforiano habia salido á hacer sus visitas de costumbre, y aquel dia una cura bastante delicada retardó su vuelta hasta la tarde; de suerte que en un mismo momento supo la muerte del coronel, la prision de Alvarez y la enfermedad de la jóven.

Su sorpresa y dolor fueron indecibles.

«¡Miserable! se decia á sí mismo: ¡yo soy la causa de tantos males! Anciano imbécil, ¿dónde está la razon que Dios te ha dado? ¡Si su mano mas fuerte que la mia no me contuviese yo sabria castigarte!...» y lloraba como un niño, apretándose las sienes con las manos y golpeándose contra la pared de la habitacion de su huésped, solitaria ya y animada solamente por el recuerdo de su muerte.

Su primer pensamiento fue ir á denunciarse él mismo como causa del mal, y ver si con esta declaracion conseguia atenuar el crímen de Francisco; pero no tardó en reconocer que esto no podria producir ningun resultado. Despues de vacilar por algun tiempo, se decidió al fin á ir casa de doña Norberta. La enfermedad de Lola y la aflicion de su anciana amiga, eran tambien nuevas tribulaciones unidas á todas las que le habian sobrevenido en tan cortos instantes.

Apenas entró D. Sinforiano en casa de su vecina, se dirigió al cuarto de la enferma: eran las ocho de la noche, y la noticia de la muerte del coronel, el arresto de Alvarez aun no habian penetrado en la habitacion de estas pobres mugeres. La jóven estaba con el delirio de la fiebre, y doña Norberta al pié de la cama rezaba delante de un crucifijo. Asi que vió á D. Sinforiano se levantó, y mostrándole la cama:

«Mirad, vecino, en qué estado se halla.»

Don Sinforiano estaba muy conmovido para que contestase ni una sola palabra. Examinó á la enferma y recetó cuanto su estado exigia. Cuando mandaron entrar á la criada, la palidez de esta y su turbacion advirtieron á D. Sinforiano que necesitaba prevenirla para que callase si algo sabia ya. Con esta intencion la llamó fuera, bajo el pretesto de esplicarle el modo de suministrar las medicinas que habia recetado.

«Señor D. Sinforiano, dijo la criada aun antes de que le hubiese preguntado, ¡qué desgracias suceden sin saber cómo! ¡Mi pobre ama no podrá resistirla!... y su sobrina qui-

Ayuntamiento de Madrid

zá fuera mejor que no volviera á levantarse de la cama.

—¡Silencio, Rita, silencio! Estas malas noticias es preciso callarlas y procurar que no penetren en la casa; tú sola debes entrar aquí, ¿lo entiendes? A cuantas personas vengan diles que no pueden ver á las señoras, que yo lo mando; ¡cuidado!

—Esté V. tranquilo, D. Sinforiano, yo lo acabo de saber ahora mismo, y estas cosas no son muy agradables para que yo me divierta en decirlas: nadie entrará en la casa, porque tendré la puerta cerrada.»

La enfermedad de Lola no era grave; pero conmovido su cerebro por sacudimientos tan diversos, habia sufrido demasiado. Al cabo de ocho dias desapareció la fiebre, y don Sinforiano la declaró en estado de convalescencia. Sin embargo continuaba dando las órdenes mas severas para que permaneciese en su habitacion, y encargando á Rita en secreto que alejase todas las visitas y no recibiese ningun recado de cuantos pudieran enviar.

El retiro y aislamiento á que Lola estaba sometida aumentaba su debilidad y melancolía. Solo conservaba un recuerdo confuso de los acontecimientos ocurridos desde la partida de su hermano, cuya vuelta ignoraba. Sin embargo, el saco del dinero se le representaba para aterrarla. Nada le habian dicho de él. ¿Quién podria haber arrebatado esta prueba de su deshonra? A esta idea un vivo encarnado reemplazaba la palidez de su rostro; y el solo pensamiento de hablar sobre ello, de preguntar aun á la misma tia, la hacia morir de vergüenza. Sin embargo, por la relacion que su tia le habia hecho de cómo se la encontró en la cama, y del estado de la casa en aquella mañana, infirió que todo lo ignoraba y que ni aun habria concebido la menor sospecha. Caia en un profundo desfallecimiento y derramaba un mar de lágrimas, cuando doña Norberta se esforzaba para consolarla de la ausencia de su hermano, única causa en su sentir de la pesadumbre que esperimentaba.

Fatigada la tia de las vigilias que habia hecho durante la enfermedad de Lola, se quebrantó su salud, y D. Sinforiano le aconsejó que no abandonase la cama.

Sucedió un dia que D. Sinforiano no pareció por la casa de sus vecinas. Un profundo silencio reinaba en las calles de la poblacion. Rita con el semblante despavorido y los ojos hinchados de llorar cuidaba de doña Norberta, pero sin hacer nada con concierto, y cuando Lola le preguntó las causas de la variacion que en ella notaba:

«Tengo muy mala la cabeza, señorita, y si me lo permite V., solo me estaré aquí hasta las tres, y despues me iré á descansar.

—Haces bien en ello; creo que estás mala, y yo me encargaré de cuidar á tia hasta mañana.»

A medida que se iba aproximando la hora, la agitacion de Rita aumentaba; daba profundos suspiros, y gruesas lágrimas se desprendian de sus ojos. Cuando salió de casa de doña Norberta, en vez de dirigirse á la suya, se encaminó á un estremo de la poblacion.

El calor habia sido todo el dia muy riguroso, y la enferma se quedó dormida á la caida de la tarde; Lola no pudo resistir al deseo de respirar el aire libre, y se asomó á una ventana. Nubarrones de color plomizo cubrian el cielo; los relámpagos, precursores de la tempetad, brillaban de cuando en cuando seguidos despues de pasado algun tiempo del ruido lento y prolongado de lejanos truenos.

Un doloroso estremecimiento conmovió los nervios de la jóven al ver cuán cerca estaba de ella la casa habitada por el coronel: su primer impulso le hizo volver la cara á otro lado; pero el silencio que reinaba á su alrededor la tranquilizó un poco, y al fin se atrevió á echar una mirada hácia aquella parte de la calle. Todas las casas estaban cerradas, y el centinela de la del coronel habia desaparecido. «Se habrá marchado, dijo Lola: ¡bendito sea Dios!» y las lágrimas brotaron de sus ojos. La calma en que estaba sumida la poblacion le pareció al fin cosa estraordinaria. Aquella era la hora en que los jornaleros volvian de las faenas del campo, en que los niños salian de la escuela y en que las comadres de la vecindad se re-

Ayuntamiento de Madrid

unian en las puertas de sus casas á tomar el fresco. Nada de esto sucedia; todo era silencio y soledad, interrumpidos solamente por el rumor de los pasos de alguna patrulla francesa, ó por el rechinido de alguna carreta que trasportaba la paja de las eras. Este aislamiento, esta solemne tristeza que reinaba por todas partes causa miedo á Lola; ideas confusas y estravagantes hormigueaban en su cabeza y hacian dar fuertes latidos á su corazon.

Abandonó la ventana y se sentó á la parte de adentro, porque la tristeza y un malestar inesplicable debilitaba sus miembros y casi la permitian tenerse de pié. Quedó inmóvil en la silla con la cabeza apoyada en el respaldo; sus ojos vagaban sin fijarse en ningun lado, hasta que la fuerza misma de su inquietud hizo que los cerrara, quedando así sumida en ese indefinible estupor que por lo regular precede al trastorno de las funciones mentales.

De repente oyó pasos en la calle y las voces de varias personas que hablaban bajo la ventana. Algunas palabras sueltas que llegaban claramente á sus oidos hicieron que fijara en ellas la atencion, y sobre todo la voz de Rita, á quien creia encerrada ya en su casa.

Efectivamente Rita estaba hablando con las vecinas, y una de ellas le preguntaba:

«¿Con que tus amas nada saben?

—Don Sinforiano me ha prohibido que les diga una palabra, y hasta ha compuesto que no venga la justicia á incomodarlas.

—¡Pobres gentes! dijo otra; pero yo no puedo creer que D. Francisco matase al coronel solo porque se habia enamorado de su hermana. Rita debe saber todo lo que ha pasado.

—Yo no sé mas que vosotras. Lo que sí sé es que D. Francisco debió perder el juicio, cuando el mismo se fue á entregar á la justicia. Si hubiera matado á un español, ¡vaya con Dios! pero á un francés..... Ojalá pudiera yo matarlos á todos en un dia. Ni aun el marqués ha podido hacer nada para librarle de la muerte. ¡Dios lo haya perdonado!

Al oir estas últimas palabras, el corazon de Lola, oprimido hasta entonces como la esponja por la mano, dió un golpe contra las paredes del pecho, y su cuerpo cayó de costado en el suelo de la habitacion.

Cuando abrió los ojos nada se oia ya, pero la voz de Rita resonaba aun en sus oidos y los abrasaba como un hierro hecho ascua Quiso levantarse y cayó sin fuerzas. Las arterias hinchadas sobre las sienes querian romper la piel con sus latidos. Una energía casi sobrenatural llega al fin á reanimarla. Se incorpora, logra ponerse de pié, pero permanece inmóvil, con el oido atento y los ojos clavados en la ventana; un sudor glacial corria por su delicado rostro cubierto de la palidez de la muerte, por su frente, por sus mejillas, cuyos puros contornos solo tendrian igual en las obras de Rafael.

De repente llevó sus manos á la cabeza como queriendo atraer un pensamiento, una esperanza, un partido que tomar en aquel trance. Pero nada se le ocurre; la muerte y solo la muerte con todo su poder, con toda su desesperacion se ofrece á su trastornada inteligencia. Gemidos profundos salen de su pecho; la verdad de cuanto habia ocurrido se presenta á su imaginacion. Su hermano y el coronel estaban allí delante de ella, el uno cayendo ensangrentado bajo los golpes del otro..... y despues, este hermano querido, la esperanza de su vida, rodeado de todos los preparativos de una muerte cierta, esperada con frialdad y lentitud, con todos los antecedentes de una muerte inevitable y vergonzosa. Cada uno de los dolores padecidos por Francisco, mientras que llegaba la hora del suplicio, los resentia la imaginacion de la infeliz jóven, y caian como gotas de plomo derretido sobre su corazon. Entonces dió gritos feroces; se tiró al suelo y golpeó con violencia su cabeza sobre los ladrillos; la sangre que corria de sus heridas le inundó los ojos: queria morir y de aquel modo no lo conseguia.

Otro deseo animó al fin aquella alma tan destrozada; no debia morir sin abrazar antes los restos de su hermano.

La noche empezaba á envolver la tierra en sus tinieblas; las calles estaban silenciosas y

Ayuntamiento de Madrid

desiertas. Lola baja la escalera y se encamina á la puerta de la calle. Al salir se encuentra cara á cara con Rita. Esta retrocede llena de espanto al verla con los cabellos y los vestidos en el mayor desórden y el rostro ensangrentado; predispuesta por el espectáculo que acababa de presenciar, cree tener delante de sí un espectro, y lanza un grito. Lola se detiene; con la mano le hace seña de que calle, cierra la puerta dejando dentro á Rita y continúa su marcha hácia el punto donde debió verificarse la ejecucion de su hermano.

Las sombras cubrian ya el ancho espacio de la plaza; un solo punto aparecia iluminado por el resplandor vacilante de un farol colocado en lo alto de un madero. Guiada Lola por este farol, se adelanta hasta el pié del cadalso. El cuerpo de Francisco estaba sentado todavía sobre el banquillo fatal. A su vista la mas horrible angustia se apodera de aquella desgraciada criatura: siente que el alma se le escapa; pero no quiere exhalar el último aliento sin estrechar los restos de su hermano.....

Cuando á poco rato vinieron á recoger el cadáver de Francisco, tuvieron que enviar por otro ataud para depositar el de su hermana.

Ayuntamiento de Madrid

LA MASCARA VENECIANA.

Estábamos á principios del otoño; la tarde era oscura y borrascosa; frecuentes relámpagos cruzaban por todas partes, y la atmósfera se hallaba cargada de negros nubarrones. Reunidos, como teníamos de costumbre, bajo el emparrado del jardin, guardábamos un profundo y melancólico silencio, como si el luto de la naturaleza se hubiese apoderado de nuestras almas y henchido de lágrimas nuestros ojos.

Pero la hermosa Beppa era la que parecia entregada á las mas amargas reflexiones, no habiendo bastado ni las repetidas instancias del abate, ni nuestras preguntas, ni nuestros ruegos, ni nuestras reconvenciones á distraerla por un solo momento de la profunda meditacion en que se hallaba abismada. Fijos sus negros y rasgados ojos en el cielo, recorria distraida las sonoras cuerdas de su guitarra, agena de cuanto pasaba á su alrededor, y no sintiendo, al parecer, otra impresion que la que producian en su alma los lúgubres sonidos de su instrumento, ó la contemplacion del curso caprichoso de las nubes. Aburrido Panorio por el mal éxito de sus tentativas, tomó el partido de dirigirse á mí.

«Vamos, querido Zorá, ensaya tú tambien el influjo de tu amistad en los caprichos de esta hermosa, y veamos si esa especie de simpatía magnética que existe entre vosotros es mas poderosa que mis raciocinios, y si el sonido de tu voz consigue arrancarla de su profunda distraccion.

—Esa simpatía magnética que supones, mi querido abate, repliqué yo, nace de la identidad de nuestros sentimientos. Ella y yo hemos padecido de un mismo modo, hemos tenido los mismos pensamientos, y nos conocemos por consiguiente lo bastante para saber qué órden de ideas despiertan en nuestra alma las circunstancias esteriores. ¿Apostamos á que adivino, si no el objeto, á lo menos la naturaleza de sus meditaciones?»

Y volviéndome á Beppa:

«Querida, le dije en voz baja: ¿en cuál de nuestras hermanas estás pensando?

—En la mas bella, me respondió sin volver la cabeza; en la mas altiva, en la mas desventurada.

—¿Cuándo ha muerto? volví yo á preguntarla, animado de cierto interés por aquella que vivia en la memoria de mi noble amiga, y deseando asociarme por medio del dolor á un destino que no podia serme estraño.

—Murió á fines del invierno pasado, en aquel baile de máscaras que se dió en el palacio Servilio. Despues de haber resistido los mas hondos pesares, de haber atravesado victoriosa los mayores peligros, y de haber sufrido sin sucumbir las mas dolorosas agonías, murió repentinamente, sin dejar

Ayuntamiento de Madrid

rastro alguno, como si un rayo la hubiese reducido á cenizas. Todos la conocieron, cual mas, cual menos; pero nadie tanto como yo, porque nadie la amaba tanto, y ella se dejaba conocer de los que mas la amaban. Las gentes no creen que ha muerto, aunque no se la ha vuelto á ver desde la noche de que te hablo, porque dicen que otras veces le ha acontecido desaparecer por cierto tiempo y despues presentarse de nuevo; pero yo de mi parte estoy segura de que no volverá mas, y que ya ha terminado su mision sobre la tierra. Y aunque quisiera no pudiera dudarlo, pues ella tuvo cuidado de participarme la funesta verdad por boca del mismo que fue la causa de su muerte, ¡y qué desgracia, Dios mio! ¡La mayor que pudiera suceder en aquellos tiempos desventurados! ¡Aquella vida tan bella, tan llena de contrastes, tan brillante, tan misteriosa, tan triste, tan magnífica, tan entusiasta, tan austera, tan voluptuosa, tan completa en su semejanza con todas las cosas de este mundo! No: no ha habido vida ni muerte como la suya. Ella habia conseguido en este siglo prosaico suprimir de su existencia todas las realidades mezquinas y convertirla toda en poesía.

Fiel á las antiguas costumbres de la aristocracia nacional, no se presentaba en público hasta la hora de ponerse el sol, y siempre iba sola y enmascarada. No hay un habitante de la ciudad que no la haya encontrado errante por calles y plazas, que no haya divisado su góndola amarrada en algun canal; pero ninguno hay que diga que la ha visto entrar ó salir en ella. Y esa misma góndola, sin estar custodiada por nadie, jamás fue objeto de una sola tentativa de robo. Aunque su equipaje y pintura no se diferenciaban en nada del de las demas, sin embargo todo el mundo la conocia, y hasta los niños la señalaban con el dedo, diciendo: «¡Esa es la góndola de la máscara!» Pero el modo con que andaba, el paraje, el punto de donde conducia á su dueño por la noche y á donde volvia á llevarlo al dia siguiente por la mañana, ese era un misterio que nadie podia adivinar. Los aduaneros guardacostas habian visto muchas veces deslizarse una sombra negra al través de las lagunas, y creyendo ser una barca de contrabando, la habian dado caza hasta meterse en alta mar; pero al llegar el dia no divisaban nada que se pareciese al objeto de su persecucion, y desengañados con varios de estos chascos se acostumbraron por fin á no hacer caso, contentándose con decir cuando la veian: «Ahí va la góndola de la máscara.» Por las noches recorria esta la ciudad entera sin que nadie supiese lo que buscaba. Veíasela sucesivamente en las mas anchas plazas y en las calles mas tortuosas, ora en los puentes, ora bajo el pórtico de los palacios, en los parajes mas frecuentados, lo mismo que en los mas desiertos. Su andar era unas veces lento y magestuoso, otras precipitado y rápido, sin hacer nunca caso de la multitud que la rodeaba, ni contenerse jamás en su marcha. Parábase con frecuencia á contemplar con cierta especie de curiosidad apasionada las casas, los monumentos, los canales y hasta el cielo mismo de la ciudad, como si saborease con una contemplacion deliciosa hasta el aire que circulaba por sus calles. Tal vez encontraba alguna persona amiga á quien hacia señas para que la siguiese. Yo misma fuí llevada por ella mas de una vez de en medio de la concurrencia á algun paraje solitario donde nos entretuvimos en sabrosas pláticas. Seguíala yo con confianza, porque sabia bien que éramos amigas; pero muchos de los invitados se rehusaban á seguirla, pues se contaban cosas estraordinarias capaces de aterrar al hombre mas intrépido. Referíase que muchos jóvenes, sospechando que fuese una muger oculta bajo aquel disfraz, se habian enamorado de ella, ya por la singularidad y misterio de su vida, ya por las bellezas de sus formas y elegancia de su porte, y que habiendo cometido la imprudencia de seguirla habian desaparecido, sin volverse á saber su paradero. Habiendo llegado á entender la policía que todos estos jóvenes eran austriacos, habia practicado las mas esquisitas diligencias para encontrarlos, y para apoderarse de la maravillosa desconocida, á quien se acusaba de su desaparicion. Pero

Ayuntamiento de Madrid

los esbirros no habian sido mas felices que los aduaneros, y todas sus pesquisas fueron infructuosas. Una nueva aventura acabó de desconcertar á los mas finos podencos de la inquisicion veneciana. Convencidos de la imposibilidad de coger de noche á la máscara en Venecia, resolvieron dos de aquellos cómitres mas esforzados acecharla en su misma góndola, y sorprenderla al tiempo de entrar en ella para retirarse. Divisan una noche la barca amarrada en el muelle de los Esclavones; se acercan con gran precaucion y se ocultan dentro. Allí estuvieron largo tiempo sin ver ni oir á persona alguna; pero una hora antes de apuntar el dia sintieron desamarrar la barca. Levántanse con el mayor silencio, y cuando se preparaban á lanzarse sobre su presa, una terrible patada hizo volcar el esquife con los dos malandantes celadores de la policía austriaca, uno de los cuales se ahogó, debiendo el otro la vida al socorro de unos contrabandistas. Al otro dia por la mañana no quedaba rastro de la prodigiosa barca, y todo el mundo creyó que se habia sumergido; pero al anochecer la vieron amarrada al mismo sitio, y en el mismo estado que la víspera. Desde entonces nadie volvió á inquietar á la máscara, y esta continuó como antes sus misteriosos paseos.

A principios del otoño del año pasado se encontraba aquí de guarnicion un oficial austriaco, llamado el conde Franz Lichtenstein, jóven entusiasta y apasionado, que abrigaba en su corazon el gérmen de los sentimientos mas nobles y el instinto de las ideas mas elevadas. A pesar de los vicios de su educacion aristocrática, habia tenido la fortuna de conservar su entendimiento exento de toda preocupacion y de alimentar en su pecho el fuego santo de la libertad: obligábale su posicion á disimular en público sus ideas é inclinaciones; pero acabado el servicio, le faltaba tiempo para quitarse un uniforme á que parece estaban anejos todos los vicios del gobierno á cuyas órdenes servia, y corria á buscar los numerosos amigos que la bondad de su carácter le habia proporcionado para desahogar con ellos los sentimientos ocultos de su alma. Apasionado ardiente de Venecia, á la que habia examinado como artista, se lamentaba en el fondo de su corazon de la esclavitud á que la veia reducida. Recorria sus calles de dia y de noche sin cansarse de admirarla, y queriendo, decia él, conocerla aun mejor que los que habian tenido la dicha de nacer en ella. En uno de aquellos paseos nocturnos encontró á la máscara. Al pronto no fijó en ella su atencion; pero habiendo notado que examinaba la ciudad con la misma detencion y curiosidad que él, no pudo menos de chocarle aquella coincidencia, y habló del particular á algunos de sus amigos. Contáronle estos al momento todas las anécdotas que sabian acerca de la enmascarada, y le aconsejaron que tomase precauciones si llegaba á encontrarse con ella. Pero estas advertencias, en vez de intimidarle, avivaron su curiosidad y escitaron en él un deseo ardiente de conocer al misterioso personaje que era objeto de los terrores del vulgo. Para conseguirlo, y pareciéndole que debia presentarse á los ojos de aquel en el mismo incógnito que este guardaba, se vistió de paisano, y emprendió de nuevo sus paseos nocturnos. No tardó en encontrar lo que buscaba. Los rayos de la luna descubrieron á su vista la misteriosa enmascarada, en pié é inmóvil, en el umbral de la preciosa iglesia de los apóstoles san Juan y san Pablo contemplando con admiracion los delicados adornos de la portada. Acercóse el conde con paso lento y silencioso. La desconocida se mantuvo quieta y absorta en sus meditaciones. El caballero, que se habia detenido un momento para observarla, se aproximó mas á ella. Oyóla exhalar un profundo suspiro y cantar en un tono tan bajo, que apenas se distinguian sus palabras. Despues de algunos minutos de atencion consiguió entender algunos versos de una cancion popular que él recordaba haber oido cantar en las plazas. Como era buen músico y estaba dotado de escelente memoria, se acordaba del estribillo, que principió á tararear en voz baja al mismo tiempo que la desconocida. En vez de suspender esta su canto, como temia Franz, levantó mas la voz, de suerte que terminaron el estribillo en un

Ayuntamiento de Madrid

melodioso concierto. Entonces Franz, que sabia muy mal el veneciano y perfectamente el italiano, le dirigió la palabra en un toscano muy espeso.

«¡Salud, la dijo, salud y felicidad á los que aman á Venecia!

—¿Quién sois? respondió la máscara con una voz llena y sonora como la de un hombre, pero dulce y suave como la de un ruiseñor.

—Un amante de la belleza.

—¿Sois acaso de aquellos cuyo amor brutal violenta á la belleza libre, ó de los que se arrodillan á los pies de la belleza cautiva, y lloran con sus lágrimas?

—Cuando el rey de la noche ve á la rosa sonreir alegremente al blando soplo de la brisa, canta altivo y sacude sus alas; mas si la marchita el ardiente huracan, esconde su cabeza y exhala profundos gemidos. Eso mismo le sucede á mi alma.

—Entonces sigue mis pasos, pues eres uno de mis escogidos.»

Y cogiendo la mano del jóven, le arrastró hácia la iglesia. Al sentir la mano fria de la desconocida estrechando la suya, y verla dirigirse con él hácia el sombrío pórtico del templo, se agolparon involuntariamente en la imaginacion del conde todos los sucesos estraordinarios que le habian referido, y no pudo menos de detenerse sobrecogido de un terror pánico. Volvióse la máscara, y fijando una mirada en el rostro pálido de su compañero le dijo:

—¿Teneis miedo? En ese caso podeis retiraros.»

Y soltando su mano, se alejó de él precipitadamente. Avergonzado Franz de su debilidad, corrió hácia ella, y cogiéndola una mano:

«No, no tengo miedo. Sigamos.»

Entonces la desconocida siguió andando sin contestar una sola palabra. Pero en vez de dirigirse á la iglesia como antes, se entró por una de las callejuelas que van á dar á la plaza. Acababa de ponerse la luna, dejando á la ciudad en la oscuridad mas completa. Franz no veia donde ponia los pies, ni podia distinguir cosa alguna en medio de las tinieblas de que se hallaba envuelto por todas partes. Algun otro relámpago surcando las nubes solia mostrarles la orilla de un canal, un puente, una bóveda ó algun paraje desconocido en un dédalo de calles profundas y tortuosas, para volver á caer de nuevo en la mas espantosa oscuridad. Conociéndose perdido, pero resuelto á arrostrarlo todo, no manifestaba inquietud alguna, dejándose conducir por su guia sin hacerle la mas ligera observacion. Al cabo de una hora se paró la máscara:

«Está bien, dijo; sois hombre de valor. Si hubieseis manifestado en nuestro paseo la señal mas pequeña de miedo no volveria á hablaros. Pero habeis estado impasible, y he quedado satisfecha de vos. A Dios pues, hasta mañana á las once, en la plaza de San Pablo. No intenteis seguirme porque seria inútil. A la vuelta de esa calle está la plaza de San Marcos. A Dios.»

Y apretando fuertemente la mano del conde, desapareció antes que este hubiese tenido lugar de responderle. Inmóvil, asombrado de lo que acababa de suceder, y sin saber qué partido tomar en aquella situacion, permaneció Franz un largo rato; pero reflexionando en la escasa probabilidad que tenia de encontrar á la misteriosa dama y en los peligros á que se espondria persiguiéndola, resolvió abandonar aquella empresa. Siguiendo entonces el itinerario que se le habia marcado, se halló en efecto al cabo de algunos minutos en la plaza de San Marcos, desde donde fácilmente pudo volverse á su morada.

Al dia siguiente asistió fielmente á la cita. No habian dado aun las once en el reloj de la iglesia, cuando el conde llegó á la plaza. Aguardábale la enmascarada de pié sobre la escalera del pórtico.

«¡Muy bien! le dijo sin saludarle. Habeis sido puntual á la cita; entremos. Y al decir esto se dirigió bruscamente hácia la puerta de la iglesia. Franz que vió que aquella estaba cerrada, y que no podia abrirse á aquellas horas, creyó que aquella muger estaba loca. ¡Pero cuál seria su asombro al ver que la puerta cedia al primer esfuerzo! Siguió entonces maquinalmente á su guia,

Ayuntamiento de Madrid

que volvió á cerrar rápidamente la puerta, quedando sumergidos en la oscuridad mas profunda. Recordando Franz en aquel momento que habia otra puerta sin cerradura antes de llegar á la nave de la iglesia, se adelantó con paso firme para abrirla; pero la desconocida, deteniéndole del brazo, le preguntó con cierta dureza.

—¿Habeis visto alguna vez antes de ahora esta iglesia?

—Veinte veces, respondió el conde, y la conozco tan bien como el mismo arquitecto que la ha edificado.

—Decid mejor que creis conocerla, porque realmente no la conoceis todavía; y abriendo la puerta al pronunciar estas palabras, se hallaron de repente en lo interior de la iglesia. Estaba esta magníficamente iluminada y completamente desierta.

—¿Qué ceremonia se va á celebrar á estas horas? preguntó Franz lleno de asombro.

—Ninguna. La iglesia me esperaba esta noche, y esa es la causa de estar iluminada. Seguidme.»

En vano trató el conde de descifrar el sentido de estas palabras; subyugado por un poder misterioso y desconocido, la siguió con un sentimiento de admiracion y de respeto. Asi que estuvieron en medio de la iglesia, se detuvo la máscara para esplicar á su compañero y hacerle comprender y admirar la disposicion general del templo. Pasando en seguida al exámen de sus diferentes partes, le esplicó sucesivamente en qué consistia el mérito de la nave, las columnatas, las capillas, los altares, las estatuas, los cuadros, de todos los adornos, mostrándole el sentido de cada cosa, descubriéndole la idea que iba envuelta en cada una de las formas, haciéndole sentir todas las bellezas artísticas de aquellas obras, y penetrar, si puede decirse asi, en las entrañas mismas de la iglesia.

Con una especie de atencion religiosa escuchaba Franz las palabras elocuentes de aquella boca que se complacia en instruirle, reconociendo en cada una de ellas cuán imperfectamente habia conocido hasta entonces aquellas obras que tan fáciles creia de apreciar. Era ya de dia cuando concluyó su discurso. Los rayos del sol, penetrando al través de las vidrieras, amortiguaban la pálida luz de los cirios y blandones. Pero ni el sonido de la voz, ni el rostro de la desconocida daban el mas ligero indicio de cansancio, á pesar de que habia estado hablando por espacio de muchas horas, y permanecido de pié toda la noche. Tenia sin embargo la cabeza inclinada sobre el pecho, que palpitaba con violencia, y parecia estar escuchando los suspiros que exhalaba: levantando repentinamente la cabeza, y con las manos dirigidas al cielo esclamó:

«¡O esclavitud, esclavitud!»

Y al pronunciar estas palabras un torrente de lágrimas corrió de sus ojos, y desprendiéndose por bajo de la máscara que le cubria el rostro vino á caer sobre los pliegues de la negra túnica. ¿Por qué llorais? le dijo Franz acercándose á ella.

—Hasta mañana, respondió con un tono solemne. A media noche enfrente del arsenal.»

Y salió por la puerta lateral de la izquierda, que se volvió á cerrar con sordo y fúnebre sonido. En aquel momento se oyó tocar el avemaría. Sobrecogido Franz por el inesperado sonido de la campana, tendió la vista, y halló que se habian apagado todas las velas. Despues de haber permanecido un largo rato inmóvil de sorpresa, salió de la iglesia por la puerta principal que acababan de abrir los sacristanes, y se dirigió lentamente á su casa, procurando adivinar quién seria aquella muger tan aficionada á las artes, tan poderosa, de tan encantadoras palabras y tan magestuosa en todas sus acciones.

Al dia siguiente se presentó el conde en el arsenal á la hora de la cita. Ya estaba alli la enmascarada, que al verle echó á andar velozmente haciéndole señas de que le siguiera. Al llegar á una de las puertas laterales de la derecha se paró de repente, y volviéndose á Franz le mandó que entrase detrás de ella. Vaciló este un instante. Introducirse de noche en el arsenal por medio de una llave falsa equivale á ser fusilado en caso de ser descubierto; y es imposible no serlo en un paraje cargado de centinelas. Pero al ver á

Ayuntamiento de Madrid

la enmascarada dispuesta á cerrar la puerta y dejarle fuera, se decidió de un golpe á llevar á cabo la aventura y se precipitó en pos de ella. Despues de haber atravesado muchos patios, varias galerías y corredores, cuyas puertas abria con una llave de oro, le introdujo en unos vastos salones llenos de armas de diferentes géneros y épocas, que habian servido en las guerras de la república, ya á sus defensores, ya á sus enemigos. Magníficos fanales colocados de trecho en trecho alumbraban aquellos trofeos. Fue enseñando al conde la desconocida todas aquellas armaduras, diciéndole el nombre de los dueños á quienes habian pertenecido, los combates en que habian sido empleadas, y haciéndole una larga narracion de todas las hazañas de que habian sido instrumento, reviviendo de este modo á los ojos de Franz toda la historia de Venecia. Despues de haber visitado las cuatro salas destinadas á esta esposicion, le llevó á otras mucho mas espaciosas, donde habia amontonada gran porcion de maderas de construccion, piezas de navíos de diferentes tamaños y formas y trozos enteros del último *Bucentauro*. Esplicó á su compañero una por una las propiedades de aquellas maderas, el uso de los navíos, la época en que habian sido construidos, las espediciones de que habian formado parte, y mostrándole en seguida la galería del *Bucentauro:*

«Ahi tienes, le dijo con una voz profundamente conmovida, los restos de nuestro antiguo poderío. Ese es el último navío que montó un dux de Venecia para celebrar su union con el Adriático. Venecia es ya esclava, y los esclavos no pueden casarse. ¡O esclavitud, ó esclavitud!»

Y al acabar de pronunciar estas palabras, se dirigió hácia la puerta con el conde, que no podia sin un grave riesgo quedarse solo en el arsenal. Volvieron á salir del mismo modo que habian entrado, y al llegar á la plaza se separaron, quedando citados para el dia siguiente.

Asi pasaron algunas semanas, en cuyo tiempo la desconocida enseñó á Franz los principales monumentos de la ciudad, introduciéndose por todas partes con una facilidad maravillosa, esplicándole todo lo que veian con una claridad admirable, y desplegando á sus ojos prodigiosos tesoros de sensibilidad é inteligencia. No sabia el conde qué admirar mas en aquella muger, si un talento que tan profundamente comprendia todas las cosas, ó un corazon que mezclaba en todos sus pensamientos rasgos tan bellos de esquisita sensibilidad. Y asi vino á sucederle que lo que habia sido al principio un mero capricho, se llegó á convertir en un sentimiento real y profundo; y unas relaciones nacidas de la curiosidad, y conservadas algun tiempo por la estrañeza y el asombro, se habian hecho ya para él una necesidad irresistible é imperiosa. Las palabras de la desconocida, aunque de ordinario graves y melancólicas, tenian para Franz un encanto indefinible que le arrastraba de tal modo hácia ella, que le hubiera sido imposible conciliar el sueño por la madrugada si no habia estado toda la noche oyendo sus suspiros y viendo correr sus lágrimas. La grandeza sin embargo, y los padecimientos que dejaba entrever la desconocida, le inspiraron un respeto tan profundo y sincero, que nunca se habia atrevido á rogarle que se quitase la máscara ni á que le declarase su nombre. Como ella tampoco le habia á él preguntado el suyo, se habia avergonzado de aparecer indiscreto ó curioso, y estaba resuelto á esperarlo todo de su voluntad, mas bien que de su propia impaciencia. Comprendió ella toda la delicadeza de semejante conducta, y cada dia le manifestaba mas confianza y simpatía. Aunque no se habia pronunciado entre los dos ni una palabra de amor, sin embargo no se le ocultaba al conde que ella conocia su pasion, y se sentia dispuesta por su parte á corresponderle. Esta esperanza era casi bastante para hacerle feliz; y cuando sentia un deseo mas vivo de conocer á la que interiormente consideraba ya como su amante, su imaginacion, herida de las maravillas que la rodeaban, se la pintaba tan perfecta y tan bella, que temia en alguna manera que llegara á descubrirse.

Una noche que vagaban juntos por las columnatas de san Marcos, se paró la desconocida enfrente de un cuadro que represen-

Ayuntamiento de Madrid

taba una doncella arrodillada ante el santo patron de la Basílica y de la ciudad.

«¿Qué os parece esa jóven? le preguntó despues de haberle dejado contemplar el cuadro un largo rato.

—Que es la belleza mas prodigiosa que puede concebir la imaginacion humana. El alma inspirada del artista ha podido presentarnos su divina imágen; pero el modelo solo puede existir en el cielo.»

Entonces la desconocida, apretando con viveza su mano:

«Pues yo, le dijo, no conozco un rostro tan hermoso como el del glorioso san Marcos, y no creo poder amar á otro hombre que al que es su imágen viva en ta tierra.»

Palideció Franz al oir estas paladras, y se sintió desvanecido como si se hallase atacado de un vértigo, pues acababa de reconocer que el rostro del santo tenia con el suyo la mas perfecta semejanza. Arrojóse á los pies de la desconocida, y cogiéndole una mano, la bañó con sus lágrimas sin poder articular una palabra.

«Ya eres mio, la dijo ella con una voz conmovida. Tú eres el único hombre que me has conocido y que eres digno de poseerme. A Dios: mañana nos veremos en el baile del palacio Servilio.»

Y en seguida se separó de él como de costumbre, aunque sin pronunciar las palabras, digámoslo asi, sacramentales que terminaban todas sus conferencias nocturnas. Embriagado de alegría, vagó Franz todo el dia por la ciudad sin poderse parar en ninguna parte. Admiraba el cielo, se sonreia con las lagunas, saludaba las casas y hablaba con el viento. Los que le encontraban le tenian por loco y le señalaban con el dedo. Observábalo él, y se reia interiormente de la locura de los que le motejaban la suya. Si le preguntaban sus amigos qué habia hecho en un mes que no le veian, les respondia: «Voy á ser feliz,» y se marchaba. Aquella tarde fue á comprar una magnífica banda y charreteras nuevas, y despues de haberse ataviado con el mayor esmero, se presentó de uniforme en el palacio Servilio.

El baile era magnífico; todo el mundo estaba de máscara, menos los oficiales de la guarnicion, por haberse así espresado en las esquelas de convite, y aquella multitud de disfraces variados y elegantes, agitándose al compas de una numerosa orquesta, ofrecia el aspecto mas brillante y animado. Recorrió Franz todas las salas, se acercó á todos los grupos, y fue reconociendo una por una todas las mugeres. Muchas de ellas eran en estremo hermosas; pero ninguna le pareció digna de fijar sus miradas.

«¡No está aquí! esclamó desconsolado. Bien sabia que aun no habia llegado su hora.»

Y colocándose al pié de una columna junto á la entrada principal, se puso á esperar á su compañera con los ojos clavados en la puerta. Abrióse esta muchas veces, y muchas mugeres entraron por ella sin que palpitase el corazon del conde. Pero al punto de sonar las once en el reloj de la sala, sintió una conmocion estraordinaria, y esclamó con voz bastante alta para ser oida de los que estaban cerca:

«¡Ya está aqui!»

Todas las miradas se dirigieron hácia como para preguntarle el sentido de la esclamacion. Pero en aquel mismo momento se abrieron las puertas con violencia y se apareció una muger que atrajo hácia sí todas las miradas. ¡Cuál seria el asombro de Franz cuando reconoció en ella el original del cuadro que tanto habia cautivado su atencion en las galerías de san Marcos! Venia vestida con un magnífico trage del siglo xv, y hacíala aparecer mas bella la esplendidez de sus adornos. Adelantóse con noble y magestuoso continente, mirando á todos lados con un ademan altivo y sin dignarse saludar á nadie, como si hubiese sido la reina del baile. Nadie alli sino Franz la conocia, y sin embargo todos se apartaban y se inclinaban con respeto para abrirle paso. Seguíala el conde de lejos, maravillado de contemplar tanta belleza. Al llegar á la última sala, un jóven de gallarda presencia vestido en trage de Tasso cantaba acompañándose con la guitarra un romance en loor de Venecia. Dirigióse á él la desconocida, y con espresion altanera le preguntó que quién era él para atreverse á

Ayuntamiento de Madrid

llevar semejante trage y para cantar á Venecia. Aterrado el jóven por aquella mirada, se puso pálido, y le entregó la guitarra sin atreverse á alzar la cabeza. Tomóla la desconocida, y recorriendo las cuerdas con sus dedos, mas blancos que el alabastro, entonó con voz fuerte y armoniosa el siguiente canto.

«¡Bailad, cantad y reid, alegres hijos de Venecia! Para vosotros no existen las escarchas del invierno, las tinieblas de la noche ni los pesares de la vida, pues sois los bienaventurados de este mundo, como Venecia es la reina de las naciones. ¿Quién ha dicho, no, quién se atreve á pensar siquiera que Venecia no es siempre Venecia? Alerta, no os descuideis. Cuenta que los ojos ven, los oidos oyen y las lenguas hablan. ¡Temed el consejo de los Diez si no sois buenos ciudadanos! Los buenos ciudadanos bailan, rien y cantan; pero no hablan. ¡Bailad, reid, cantad, alegres hijos de Venecia! ¡Venecia, única ciudad que ha creado el espíritu y no la mano del hombre! tú que pareces hecha para servir de pasajera mansion á las almas de los justos, y que no eres mas para ellos que un escalon de la tierra á los cielos; muros que habitaron las hadas, y que inspira un aliento mágico; aéreas columnas que temblais en la bruma; sútiles agujas que os confundís con los flotantes mástiles de los navíos; arcos que contestais con el eco de mil voces al sonido mas ligero; miradas de ángeles y de santos que bajais sobre las cúpulas agitando vuestras marmóreas alas para sacudir la brisa que humedece vuestras frentes; ciudad que no yaces como las demas ciudades sobre un suelo fangoso y sombrío, sino que estas flotante como una bandada de cisnes en las ondas; ¡regocijaos! Un destino nuevo tan hermoso como el primero se va á abrir para vosotros. El águila negra flota sobre el leon de san Marcos, y pies tudescos bailan en el palacio de los duxes. ¡Callad, armonías de la noche, insensatos rumores del baile! ¡Deja de murmurar, voz del Adriático! ¡Apágate, lámpara de la Madona! ¡Ocultate para siempre, reina argentada de la noche! ¡Ya no hay venecianos en Venecia! ¿Es un sueño ó estamos en un festin? ¡Sí, sí, bailemos, riamos y cantemos! Esta es la hora en que la sombra de Faliero baja silenciosa por la escalera de los gigantes y se sienta inmóvil allá en la última grada. ¡Qué pronto oiremos el pavoroso sonido del reloj que sonará las doce! ¡Y el coro de los muertos gritará á nuestros oidos: «¡Esclavitud, esclavitud!»

Y al acabar estas palabras dejó caer la guitarra. Un sonido fúnebre resonó por todo el pavimento, y se oyó el reloj que daba las doce. Un pavoroso silencio se estendió por toda la concurrencia al sonar los fatídicos golpes. Con un aire de ira y de asombro se dirigió á la desconocida el dueño del palacio, y con voz alterada:

«Señora, la dijo, ¿quién me ha hecho el honor de presentaros en mi casa?

—Yo, prorumpió Franz interrumpiéndole, y el que lo tome á mal puede manifestarlo.»

La desconocida, que no parecia prestar atencion á la pregunta que el dueño del palacio le habia dirigido, levantó con rapidez la cabeza al oir la voz del conde:

«¡Viviré!» gritó con entusiamo.

Y se volvió hácia él con el rostro radiante de alegría. Pero al verle, una mortal palidez cubrió sus mejillas, y una nube sombría se derramó sobre su frente.

«¿Por qué habeis elegido ese disfraz? le dijo con tono severo, señalándole el uniforme.

— No es disfraz, contestó el conde; es precisamente.....»

No pudo continuar: una mirada terrible de la desconocida le dejó como petrificado. Consideróle aquella en silencio algunos instantes, y rodaron por sus mejillas dos gruesas lágrimas. Iba Franz á arrojarse hácia ella; pero anticipándose á su movimiento:

«Seguidme,» le dijo con voz sorda.

Y atravesando con rapidez la asombrada concurrencia, salió del baile seguida del conde.

Bajado que hubieron la escalera, saltó á la góndola que la esperaba, y mandó á Franz que se sentase á su lado. Obedeció este; pero no viendo al gondolero:

Ayuntamiento de Madrid

«¿Quién nos conducirá? le preguntó con timidez.

—Yo, respondió la desconocida cogiendo el remo con mano vigorosa.

—Permitidme.....

—No. Las manos austriacas no conocen el remo de Venecia.»

Y dando una fuerte sacudida á la góndola, la lanzó sobre el canal con la velocidad de una flecha. En pocos instantes ya estaban lejos del palacio. Franz, que esperaba que la desconocida le esplicase el motivo de su cólera, estaba asombrado é inquieto viéndola guardar tan profundo silencio.

«¿A dónde vamos? le dijo despues de haber reflexionado algunos momentos.

—A donde nos llama el destino, contestó ella con una voz sombría; y como si hubieran reanimado su cólera estas palabras, se puso á remar con mayor vigor que antes. Obedeciendo la góndola al impulso de su mano poderosa, parecia volar sobre las aguas. Veia Franz correr la espuma con maravillosa rapidez á lo largo de los costados de la barca, y los navíos que encontraban al paso huian detrás de ella como nubes que el huracan arrebata. Bien pronto principiaron á hacerse mas espesas las tinieblas de la noche; soplaba reciamente el viento, y no oia en su alrededor el jóven sino el zumbido de las olas y el silbido del aire al agitar su rubia cabellera, ni veia otra cosa que las sombras que le rodeaban y la fantástica imágen que representaba la blanca forma de su compañera. De pié sobre la popa con el remo en las manos, suelto el cabello sobre la espalda y abandonado al viento el ligero y cándido ropaje, parecia mas bien que una muger el espíritu de los naufragios que se paseaba en medio de las tempestades.

«¿Dónde estamos? esclamó Franz con voz agitada.

—El capitan tiene miedo,» respondió la desconocida con desdeñosa sonrisa.

Avergonzado el conde, procuró disimular sus temores; pero al cabo de algunos instantes, como si se hubiera apoderado de él una especie de vértigo, se levantó dirigiéndose á la desconocida:

«Sentaos,» gritó esta.

Franz, á quien habia exaltado el miedo, se adelantó sin hacer caso de sus voces.

«Sentaos,» repitió furiosa; y viendo que continuaba su marcha dió tan fuerte puntapié á la barca, que faltó poco para que esta se fuese á pique. Trastornado por aquella terrible sacudida, cayó Franz sin sentido en el fondo del esquife. Cuando volvió en su acuerdo, vió á sus pies á la desconocida derramar amargo llanto. Conmovido de su dolor, y sin acordarse de lo que habia sucedido, la tomó en sus brazos y la sentó tiernamente á su lado. Ella no cesaba de llorar.

«¿Por qué son esas lágrimas, amor mio? esclamó Franz estrechándola contra su pecho.

—¿No ves el leon?» contestó ella señalando al cielo con su brazo de alabastro.

Tendió Franz la vista hácia la parte del cielo que le señalaba, y vió con efecto la constelacion del leon brillar solitaria en medio de las nubes.

«¿Qué importa eso? Los astros no tienen poder alguno sobre nuestros destinos, y si algun influjo ejercieran, no faltarian constelaciones favorables que luchasen contra las estrellas que nos pareciesen funestas. Tambien brilla Venus en el cielo lo mismo que ese leon que os sobresalta.

—Sí; pero el leon aparece ahora, y Venus está ya en el ocaso. ¡Y allá abajo! ¿no veis? ¿Quién podrá luchar contra lo que se divisa allá abajo?»

Y una especie de frenesí se apoderó de ella al pronunciar estas palabras: volvió Franz la cabeza hácia la parte que le señalaba, y no vió mas que un punto negro que se marcaba en las olas en medio de una aureola de fuego.

«¿Qué es aquello? esclamó con un profundo asombro.

—Es el destino, contestó la desconocida, que viene á buscar su víctima; ¿y cuál es esta? me preguntarás. La que yo elija. ¿No has oido hablar nunca de unos jóvenes austriacos que entraron conmigo en una góndola y desaparecieron para siempre?

—Sí; pero esa historia es falsa.

Ayuntamiento de Madrid

—Es verdadera. Es preciso que yo devore ó que sea devorada. Todo hombre de tu nacion que me ame, y al cual yo no corresponda, muere. Y mientras que yo no ame á ninguno, vivire y haré morir. Pero en el momento que yo ame, muero. Este es mi destino.

—¡Dios mio! ¿Quién eres?

—¡Cómo avanza! Antes de un minuto estará sobre nosotros. ¿Oyes, oyes?»

El punto negro se habia acercado con rapidez inconcebible y tomado la forma de un bagel inmenso. Un resplandor rojizo iluminaba sus costados, envolviéndole en una claridad siniestra; corpulentas fantasmas se mantenian de pié é inmóviles encima de los puentes, y una cantidad innumerable de remos azotaban el agua en estrepitosa y fúnebre cadencia, mientras un coro de cavernosas voces entonaba allá dentro el *Dies iræ* al compas de los grillos y de las cadenas.

«¡O vida, ó vida! esclamó con desesperado acento la desconocida. Franz, ¿ves el navío, le reconoces?

—No: tiemblo delante de esa aparicion terrible; pero no la conozco.

—Es el *Bucentauro*. El mismo que se tragó á tus compatriotas. Aquí, en este sitio, sentados á mi lado, en esta propia góndola. Acercóse el navío como se acerca ahora. Gritaba una voz:—¿Quién vive?—Austria, respondia yo.—¿Amas ó aborreces? gritaba de nuevo la voz. Yo respondí.—Aborrezco.—Pues vives,—dijo la voz. Y al pasar el navío junto á la góndola se tragó á tus compañeros, llevándome á mí en triunfo sobre las ondas.

—¿Y ahora?

—¡Ay de mí! Ya se oye la voz.»

En efecto, una voz fúnebre y solemne, poniendo silencio á la tripulacion del *Bucentauro*, gritó: «¿Quién vive?

—Austria,» respondió temblando la desconocida.

Un coro de maldiciones estalló en el *Bucentauro*, que avanzaba con rapidez progresiva. Volvió á quedar todo en silencio, y la misma voz pronunció estas palabras:

¡«¿Amas ó aborreces?»

La desconocida titubeó un momento; en seguida con una voz tan fuerte como el trueno esclamó:

—Amo.

—Cumpliste tu destino, respondieron del *Bucentauro*. ¡Amas al Austria! ¡Muere, Venecia!»

Un terrible grito penetrante, desesperado, hendió los aires, y Franz desapareció bajo las olas. Al volver á la superficie ya no vió nada, ni la góndola, ni el *Bucentauro*, ni su amada. Tan solo unas luces pasajeras y movedizas brillaban á lo lejos; eran los fanales de los pescadores de Murano.

Esforzóse Franz para ganar á nado las costas de aquella isla, á donde consiguió llegar al cabo de una hora. ¡Pobre Venecia!

Calló Beppa, y sus mejillas se inundaron de lágrimas. Contemplámosla nosotros en silencio sin atrevernos á consolarla; pero de repente, cambiando de tono, nos dijo con su vivacidad caprichosa. ¿Es este el efecto que producen en vuestro espíritu los cuentos de las hadas? ¿Por qué es esa tristeza? ¿No habeis oido nunca hablar del *Orco*, el *Trilby* veneciano? ¿No le habeis encontrado nunca de noche en la iglesia ó sobre las lagunas? Es un pobre demonio que no daña mas que á los tiranos y á los traidores. Puede decirse que es el verdadero genio de Venecia. Pero habiendo llegado á noticias del virey de un modo vago y confuso la peligrosa aventura del conde de Lichtenstein, pidió al patriarca que empleara sus exorcismos sobre las lagunas, y desde entonces el *Orco* ha desaparecido.

GEORGE SAND.

Ayuntamiento de Madrid

VIAJE A LA CHINA.

Rada de Madrás 27 de julio de 1844.

Llegamos al cabo de Buena Esperanza á los treinta dias de nuestra salida de Cádiz, sin haber tenido una sola hora de mal tiempo. El famoso cabo de las tempestades lo doblamos en una de las peores estaciones del año, y á pesar de ser tan frecuentes en él, aun en el buen tiempo, hemos gozado de la calma mas completa. Pero siendo muy peligrosa en este mes la arribada delante de la ciudad del cabo, fuimos á anclar á Simon's-bay, situada quince leguas mas allá, por ser mas segura. Los ingleses tienen en este punto un arsenal marítimo muy surtido, y en él nos hemos provisto de cuantos objetos llevábamos ya consumidos: sin embargo no pudimos hacernos del suficiente carbon, y por lo tanto nos vimos precisados á estar allí solo tres dias, teniendo que retroceder á la ciudad del cabo; anclamos en la bahía de *la Table*, llamada así por una montaña muy notable que la domina, y que presenta el verdadero aspecto de una mesa.

Cap-town es una ciudad magnífica, con buenos edificios y calles anchas. Las montañas que la rodean son muy áridas; pero

en todos los parajes en que se ha encontrado tierra vejetal se han construido bonitas casas de campo, las cuales, como se hallan rodeadas de jardines y deseminadas por las laderas, se parecen á otros tantos pequeños oasis en un vasto desierto. La emigracion al interior es continua; las familias holandesas por evitar las vejaciones de los ingleses van abandonando las costas, y con ellas la civilizacion marcha hácia el norte, ahuyentando ó destruyendo las hordas salvajes de cafres ú hotentotes, y los tigres y elefantes que hasta hace pocos años se veian muy á menudo en el mismo litoral. Llegará un dia en que los establecimientos franceses de la Argelia, estendiéndose hácia el sur, se encuentren con estos en medio del Africa, á no ser que los desiertos de Sahara formen una línea de demarcacion impenetrable. Por otra parte, es probable que la vegetacion siga la ley del progreso, infiltrándose insensiblemente al través de estas vastas soledades, sin tener para ello que recurrir á las falanjes y ejércitos de agricultores de que nos hablan las teorías sociales de Fourier.

He subido á la montaña de la *Table*, invirtiendo tres horas en el camino, por sendas tan pendientes y escabrosas que las mismas cabras no podian transitar, con un sol abrasador á la espalda y sin un soplo de viento que nos refrescase. Llegamos primeramente á un profundo barranco, que se va estrechando de abajo arriba; mas para formar idea del sitio en que nos hallábamos es pre-

Ayuntamiento de Madrid

ciso figurarse dos murallas de piedra viva de cerca de dos mil pies de altura que se separan formando un ángulo muy agudo, y que presentan en el vértice del ángulo una senda sumamente estrecha, por la cual, parece á primera vista que ni un hombre solo podria pasar. Y despues entre estas dos masas gigantescas hay un camino abierto á pico, lleno del cascajo arrancado de la montaña por las tempestades, de piedras rodadizas, de yerbas silvestres y de arena movediza. Subimos por este camino, dando tres pasos adelante y dos atrás, como suele decirse; y mientras mas subíamos, mas lejos se nos figuraba la cima. Pero en cuanto se llega á ella, ¡qué espectáculo tan magnífico se presenta á la vista! A los pies aparece la ciudad semejante á un tablero de damas, y la rada con las embarcaciones, las cuales desde tanta altura presentan el tamaño de una cáscara de nuez; por detrás, False-bay con sus inmensos arenales, y el cabo de Buena Esperanza con sus innumerables escollos; al sur, un océano sin límites hasta el polo; y al norte, cadenas de montañas habitadas por osos y elefantes: comarca salvaje, en la cual aun no ha puesto su planta ningun europeo, y que sin embargo tambien tendra, llegado que sea el dia, sus leyes, su industria y su civilizacion.

Habíamos llevado algunos marineros para que nos acompañaran y condujesen el desayuno. La cima de la montaña, que es llana como la palma de la mano, está llena de charcos de agua depositada por las lluvias en los huecos de las rocas; este agua es fresca y deliciosa. Despues de haber gozado á nuestro placer del panorama que se desplegaba á nuestros ojos, emprendimos la bajada. Es indudable que bajar cuesta menos trabajo que subir; mas para bajar de allí se requiere tener una cabeza muy firme. El vértigo es irremediable al descender por una pendiente cortada á pico, y en la cual hay pasos por donde es preciso echarse á rodar, ó apoyarse en piedras que tambien ruedan, ó agarrarse á un arbusto que se rompe, y siempre con riesgo de no poderse contener.

La travesía del cabo de Buena Esperanza á la isla de Borl on la hemos hecho en veinte y cuatro dias. En el discurso de una semana tuvimos que navegar por altas latitudes, mansion ordinaria, sobre todo en la presente estacion, de las mas violentas tempestades del globo; pero nos cupo la suerte de tener un tiempo continuamente bonancible. Así es que casi no gastamos carbon; y por esto, careciendo de objeto nuestra arribada á Mauricio, nos dirigimos desde luego á Borbon, en donde hemos sabido que la epidemia que en aquella isla reina ha hecho que se interrumpan las relaciones entre las dos.

Borbon es una colonia magnífica y en completo estado de prosperidad. Por desgracia le hace falta un puerto. Los navíos que allí fondean estan continuamente en peligro, y apenas pasa un año sin que ocurran desgracias; aun cuando no haga mal tiempo, la misma fuerza del mar impide muy á menudo las comunicaciones con tierra. El pais es fértil en estremo y pintoresco. La facilidad que habria, por su inmediacion á la India, de procurarse trabajadores de aquel pais, es causa de que no se tema la abolicion de la esclavitud. Pero mientras que la isla de Borbon florece y rebosa en dinero, la de Mauricio se halla miserable y abatida. Segun se dice, su estado es el mas triste.

La llegada de un vapor de guerra á la rada de Saint-Denis era gran novedad para el pais: así es que ni un solo momento nos hemos visto libres de visitas. Cuando aparejamos para marchar, dos horas antes de levar ancla, toda la poblacion de Saint-Denis vino á ver la salida del barco de vapor. Era un espectáculo curioso: habia gente en todas partes, en las ventanas, las azoteas, hasta

Ayuntamiento de Madrid

subida en los árboles. Habíamos llegado á la isla costeando la parte del sur, y nos alejamos de ella costeando toda la parte del norte. Esta parte es la mas fértil y rica; colinas cubiertas de verdura, campos floridos, bosques de cocoteros y de girofles ó árbol del clavo, vastas llanuras, hermosas habitaciones, pequeñas iglesias, cuya blancura este-

rior resaltaba por entre los bosques de pinos y de bananos, negros y negras suspendiendo sus trabajos para vernos pasar, las criollas con sus quitasoles y los labradores de las haciendas con sus inmensos sombreros de paja corriendo hácia la orrilla del mar..... Todo este cuadro se desplegaba á nuestra vista como un diorama. Cuando llegó la noche ya dejábamos muy atrás el volcan, serpenteado en sus flancos por arroyos de lava ardiendo. Al amanecer del otro dia divisamos la isla de Mauricio, la cual no tiene la misma apariencia de fertilidad que Borbon; pero desde el mar ofrece paisajes mas pintorescos. Al medio dia estábamos delante de Puerto Luis, coronado, de una parte por la montaña del Pouce, y de la otra por el Pitter-Bot, pico agudo, que teniendo tras de sí otro mas alto, pero truncado, esconde entre las nubes su deforme cabeza. Las llanuras Williams, cubiertas de verdes cañas de azúcar, se estienden por medio de innumerables montecillos que las interumpen de cuando en cuando, y la embocadura del rio Negro aparece entre dos filas de rocas sombrías é incultas. A las cuatro doblamos el Mira, y reconocimos en la parte del norte el cabo Desgraciado, la isla Ambre y la bahía del Sepulcro, y entonces todos los episodios del poema de Bernardino de Saint-Pierre se representaron en nuestra memoria.

El 15 de julio anclamos en la isla de Ceilan. El puerto de Trinquemalé, famoso por una de las grandes victorias navales de Suffren, es escelente. Forma como un gran estanque cerrado por todos lados; está lleno de islillas, ensenadas y bahías, entre las cuales hay algunas que llegan hasta lo interior de las tierras. Del calor que alli hace no puede tenerse idea en Europa. Amarramos en el muelle cer-

ca del arsenal para embarcar el carbon. Al frente hay una montaña cubierta de un bosque muy espeso, donde se crian muchos monos, y era escena divertidísima verlos por la mañana saltar de un árbol á otro, comer subidos en las ramas, mecerse colgados de la cola, haciendo cuantos gestos son imaginables. Abunda la isla en árboles y flores esclusivas del pais. Pájaros de los mas brillantes colores revolotean en sus deliciosos bosquecillos. Pero ademas de los encantadores habitantes del aire, se encuentran tigres, serpientes, cuya mordedura es incurable, y bastantes elefantes. Estos, que en alguna otras comarcas suelen causar daños, jamás los hacen aquí; y si nuestra permanencia en el pais hubiera sido por mas tiempo, habríamos emprendido una cacería del todo nueva para nosotros. Nos indicaron la parte de la isla mas frecuentada por los elefantes; pero estaba muy lejana del puerto. Para hacer la caza se necesita ir provistos de tiendas de campaña á fin de poder pasar algunos dias en el terreno que se ha elegido; hecha la batida, suelen aparecer los elefantes en grupos de tres ó cuatro. Aunque uno se acerque á ellos no huyen; solo los espanta el ruido de los tiros. Ninguna bala que les da en el cuerpo los mata; pero una sola que les atraviese ó entre en la cabeza los tira á tierra al momento. Se cree sin embargo que hay peligro en encontrar á un elefante solo, porque, segun dicen

Ayuntamiento de Madrid

las gentes del pais, es un mal bicho arrojado por tal de entre los demas.

He pasado un dia entero en visitar la bahía. Tres oficiales y yo partimos en un bote, llevando nuestras escopetas y algunas provisiones; el viaje que emprendíamos fue verdaderamente viaje de esploracion. La brisa era agradable; el mar sereno y el cielo algo nebuloso templaba los ardores del sol. Despues de haber estado bordeando mas de una hora, nos encontramos en una pequeña ensenada. A nuestro alrededor aparecia la naturaleza en toda su virginidad. Nos dirigimos hácia la embocadura de un riachuelo en cuya orilla habia amarrada una piragua. Dos indios casi desnudos salieron de un soto y nos hacian señas con sus manos. Nos hallábamos en situacion parecida á la de los primeros navegantes que descubrieron islas desconocidas, y que querian entablar relaciones con los naturales del pais, atraidos por la curiosidad á la orilla del mar. Con efecto, apenas tocamos tierra con el bote, cuando otros muchos indios vinieron á juntarse con los primeros. Los unos tomaban en hombros á los que no queríamos mojarnos los pies, los otros tiraban del bote para sacarlo á tierra, y los mas jóvenes corrian á traernos cocos. Nos condujeron á un gran bosque de cocoteros, y nos enseñaron sus chozas, construidas al pié de estos árboles. Entonces tuve ocasion de renovar una observacion que otras veces habia hecho, y es que en todas las habitaciones de estos indios se ven hombres, muchos niños, pero ni una sola muger: parece que desde que perciben á los estrangeros las obligan á ocultarse. Continuamos despues recorriendo el terreno y deteniéndonos algunas veces para cazar. Los indios siempre se ofrecian á servirnos de guia: por algunos pedazos de galleta, ó algunas piezas de moneda de cobre, nos habrian seguido dias enteros. El terreno nos pareció del todo inculto. Una vez que nos aventuramos á ir tierra adentro, solo encontramos estrechos senderos cubiertos de espesas lianas que nos ocultaban el cielo, y alguno que otro paraje despejado de maleza que deben ser abundantes de caza; mas para habernos dedicado á ella habríamos necesitado llevar perros, ó á lo menos ir á caza á la salida ó puesta del sol.

Trinquemalé no es una poblacion, sino casas esparcidas por el campo de tal modo, que algunas veces es menester andar una legua para ir de una á otra. Lo único que merece la pena de ser visto es el bazar. Lo forman dos hileras de barracas que sirven de tiendas, todas componen una calle de cerca de una legua de largo, y les da sombra una inmensa alameda de cocoteros. Indios desnudos hasta la cintura con una especie de chaqueta blanca, alguna que otra india rebujada en un pedazo de tela, puestos de frutas, esteras de paja, especias..... hé aqui poco mas ó menos todo lo que contiene el mercado. No es mucho; pero todo ello ofrece cierto carácter de estravagancia y originalidad que no desagrada.

Al otro dia de nuestra salida de Trinquemalé anclamos en Pondichery. El gobernador, que me habia conocido en París, supo que yo venia á bordo del *Arquimedes*, y al momento me escribió brindándome con su casa y mesa. Desembarqué para ir á darle gracias. Las comunicaciones entre la rada y la poblacion son mas difíciles aun en Pondichery que en la isla de Borbon. Hay una barra bastante peligrosa en toda la estension de la costa. El mar bate sin cesar, aunque esté sereno, los escollos ocultos que la forman, levantando altas oleadas, que por lo regular se suceden de tres en tres. Los botes ordinarios zozobrarian allí irremisiblemente, abriéndose por la quilla. Por esto en el pais donde hay barras, las comunicaciones con la tierra se establecen por medio de piraguas, construidas espresamente para pasar, por decirlo asi, sobrenadando encima de las tres oleadas. Me embarqué, pues, en una chelingua (este es el nombre dado á las piraguas de la barra de Pondichery.) Hay siete ú ocho, manejadas cada una por otros tantos indios, que por sí solos son ya un verdadero objeto de curiosidad. Lo primero que se me ocurrió fue la estraña sensacion que debe esperimentar una jóven europea que llega á la colonia al entrar en una chelingua, porque de improviso se encuentra cara á cara con ocho

Ayuntamiento de Madrid

robustos indios, sin mas vestido que una estrecha banda sujeta á la cintura con un pedazo de cuerda, la cual respecto á la modestia vale menos que la hoja de higuera de nuestro padre Adan.

Para formarse una idea aproximada siquiera de lo que son estos singulares barqueros, se necesitaria oirlos gritar, escuchar sus cantos, que varían de entonacion segun es el estado del mar ó del cielo, segun que el tiempo es borrascoso ó sereno: cuando llegan á la barra los gritos son mas fuertes y continuos, y el canto se precipita como en la conclusion de un alegro. Al verlos agitarse haciendo espantosos gestos, cualquiera cree al pronto que ha llegado el momento de perecer. Viene por fin la tercera oleada, y levantando la embarcacion como si fuera una paja la arroja sobre la arena: no bien ha tocado á ella, cuando ya se tiene delante de sí una especie de silla con la cual se desembarca al viajero á fin de que no se moje los pies. Yo me figuré que me habian arrebatado, pues nada sentia en aquel instante, aturdido como estaba por el mujido de las olas, los ahullidos de los bateleros y los gritos de los conductores de la silla: asi es que me encontré sobre la tierra sin saber cómo, y rodeado ya de un enjambre de *dobachis*, ofreciéndome palanquin, posada etc.

Los *dobachis* son una especie de mozos de cuerda ó criados del público. Ninguno que llega á la India puede pasar sin ellos. Al momento que divisan una persona que tiene facha de estrangero, avanzan á él presentándole un legajo de certificados que prueban su inmensa probidad, constante celo, etc., en una palabra, todas las relevantes cualidades que un buen criado debe poseer. Lo mejor de todo es, á mi parecer, echar mano del primero que llegue. En cuanto se ha elegido cualquiera de ellos, los demas se retiran sin murmurar. El *dobachi* á quien uno se entrega sirve para todo; ningun mandado repugna su celo. Ni un solo cigarro puede comprarse sin que él haga el ajuste: habrá si se quiere valor entendido entre él y los vendedores; mas si uno se decide á comprar por sí mismo, trabajo le mando para que llegue á entender la moneda del pais, el modo de contar, la gerga y las truhanadas de los mercaderes, y para librarse por lo mismo de pagar un doble por todo. El *dobachi* es la sombra del estrangero, y nada hay tan cierto como esto. Se entra á la noche en casa, cree uno que está solo; y para respirar el poco ambiente que entra por las celosías, se dispone á quitarse el vestido, se saca una manga y se estiende el brazo para sacar la otra, y aun no ha concluido la operacion

Ayuntamiento de Madrid

cuando ya el levita ha desaparecido como por encanto. Toma uno asiento é inclina el cuerpo para quitarse las botas, y ya tiene á sus pies una figura humana tirando de ellas. Entonces se reconoce al *dobachi;* ¿pero como entró estando la puerta cerrada? este es un misterio; lo cierto es que está allí.

He hecho una espedicion que ha durado dos dias. En este pais no se camina á pié, ni á caballo: el medio mas ordinario de trasporte para las personas que pueden costearlo es el palanquin, conducido en hombros por cuatro indios, y cuando el viaje es algo largo se necesita llevar doce para que puedan irse remudando. Lo primero que visitamos fue la pagoda de Wilnour, á dos leguas

de Pondichery, y una de las mas hermosas de la India. Seria mucha empresa el describir ahora la infinidad de esculturas, columnatas, estatuas de dioses y diosas, animales raros y bajos relieves de todas clases que adornan sus paredes, y sobre todo la puerta mayor, que es un monumento piramidal. Así que lo hubimos visto todo, vinieron á preguntarnos si queríamos recibir los homenajes de los religiosos de la pagoda, costumbre antigua, que no dejan de observar siempre que se presenta allí algun distinguido estrangero.

El personal de la pagoda se compone de los brahamanes ó brahamas, de los chantres, músicos, y por último de la parte mas notable del estado religioso, que son las bayaderas. Así que nos sentamos en las sillas que nos tenian preparadas en el atrio, se abrió la puerta del templo, y los brahamas salieron en procesion, marchando al son de tambores y flautas, rodeados de su correspondiente comparsa de bayaderas. Estas se acercaron á nosotros; distribuyeron grandes ramos de flores y nos coronaron de guirnaldas, siendo preciso permanecer de aquel modo mientras que se ejecutó la ceremonia. Despues dieron principio á sus bailes. Algunas de ellas eran bastante lindas; sus negros y lucientes cabellos caian por la espalda en largas trenzas, de cuyas puntas colgaban lazos de cintas; llevaban en la parte posterior de la cabeza un birrete dorado, puesto con mucha gracia; sus orejas y narices apenas podian sostener los aros y dijes de toda especie con que las adornan; en los dedos de los pies llevaban anillos de plata, y en las cañas de los mismos anchos brazeletes. Su vestido se compone de un pantalon de tela ligera á listas encarnadas y blancas; un canezú estrecho cubre sus espaldas, y quedando prendido con un broche por delante, cubre tambien el pecho. El resto del cuerpo queda desnudo; pero se envuelven en una gran tira de muselina blanca guarnecida de fleque encarnado, cuyos graciosos plieges ocultan la desnudez. El baile se reduce á una pantomima, en que hay mucho movimiento en los ojos, en los brazos, en el cuerpo, todo ello muy lascivo; y como los pies apenas se mueven, mas parece declamacion que baile. Se acompañan con cantos, por lo regular improvisados, y á decir verdad, no les falta cierta gracia y espresion.

A alguna distancia de la pagoda se encuentra un vasto estanque rodeado de galerías, y adornado de un lindo kiosco, el cual sirve para las abluciones de los brahamas y de las bayaderas. Nos enseñaron tambien el gran carro de Wishnour, cuya altura será de unos cincuenta pies, y todo él cubierto de esculturas que representan las escenas mas indecentes; pero como bajos relieves, hay algunos dignos del Aretino. Cuando se saca al

Ayuntamiento de Madrid

dios en procesion en las grandes festividades, se necesitan setecientos ú ochocientos hombres para tirar del carro; tiene este ocho ruedas macizas, bajo las cuales suelen precipitarse los indios para obtener así una santa muerte.

De vuelta á Wilnour apenas tuve tiempo para vestirme y subir al salon, porque el gobernador daba un banquete. A las once de la noche volví á montar en el palanquin para ir á Treviskaré, á cinco leguas de Pondichery, en la India inglesa. En esta escursion íbamos siete personas, todas del *Arquimedes;* necesitamos por consiguiente otros tantos palanquines, y siendo larga la distancia, diez conductores para cada uno. Desde la tarde estaban ya los palanquines preparados en el patio de la casa del gobernador, y nuestros setenta indios tendidos por el suelo esperando la hora. Cerca de una necesitamos para dispertarlos y ponernos en marcha, despues de encendidos los hachones con que habíamos de alumbrarnos. Un europeo que sin saber lo que son estas carabanas nos hubiese encontrado en medio de los caminos, hubiera creido que era una legion de hechiceros: aquellos palanquines llevados á hombro por indios desnudos, corriendo al gran trote; la escolta de los que iban para remudarse, corriendo tambien en dos filas con los hachones encendidos; el canto acompasado con que unos se animan á otros.... todo esto en una noche oscura y en un camino desierto ofrecia seguramente el aspecto de las brujas y hechiceras cuando concurren á sus conventículos.

Al apuntar el dia llegamos á Treviskaré, y nos acomodamos bajo de las tiendas que desde la víspera mandó prepararnos el gobernador; tambien nos esperaban gran número de criados con abundantes provisiones. En la India no se puede viajar de otro modo: si no van delante las tiendas y los víveres, es preciso no comer y domir á cielo raso, porque los indios no se alimentan mas que de arroz y habitan miserables chozas. El principal objeto de nuestra espedicion era visitar un bosque petrificado distante una milla de Treviskaré. En una legua de circunferencia el terreno es rojizo, cortado por barrancos y todo lleno de grietas. Se ven esparcidos por él grandes troncos de árbol con las raices fuera de la tierra, árboles enteros cubiertos con su corteza, ramas medios desgajadas; y todo ello, ramas, raices y cortezas enteramente petrificadas.

La pagoda de Treviskaré es una de las mas antiguas de la India; suben á muchos millares las estatuas, bajos relieves, columnas, vestíbulos, santuarios, dioses, diosas, elefantes, toros, animales estraños, tallados en piedra y madera, que pueblan los vastos patios de esta pagoda. La fecha de su construccion se pierde en la noche de los tiempos: por eso hoy dia casi no es mas que un monton de ruinas; aunque está servida por sus brahamas y bayaderas, al parecer muy pobres, y cuyos homenajes tambien fue indispensable que aceptásemos. Recostados en los sofás que adornaban nuestras tiendas, hemos presenciado, coronados tambien de flores, las danzas de aquellas graciosas sacerdotisas. Parecíamos verdaderos pachás rodeados de sus odaliscas, con la diferencia de que solo nos era permitido el mirar, porque los brahamas son los únicos y muy celosos poseedores de las bayaderas de sus templos.

En cuanto anocheció, volvimos á visitar el bosque petrificado con la luz de los hachones. A las nueve se empezaron los preparativos de marcha, y mientras que se disponian los palanquines, volví á la pagoda atraido por el son de los tambores, los cuales siempre anuncian una ceremonia religiosa. Atravesé los primeros claustros sin encontrar á nadie. Cuando llegué al último, se presentó á mis ojos un singular espectáculo. El templo estaba abierto; algunas luces colocadas entre las columnas reflejaban su resplandor sobre asientos esparcidos en distintos puntos. Cuando una ráfaga de viento cambiaba la direccion de las luces, se veia un caballo alado que parecia estar sacudiendo la crin, ó un elefante agitando la trompa, ó un dios que queria salirse de su nicho. De la parte mas oscura del templo salian los sonidos de instrumentos discordantes. En primer térmi-

Ayuntamiento de Madrid

no se divisaba un grupo de brahamas entonando sus cánticos, y algunas bayaderas que pasando y volviendo á pasar por delante de ellos, envueltas en sus grandes tiras de muselina blanca, causaban igual efecto que las monjas de *Roberto el diablo* en medio de las tumbas. Los rayos de la luna atravesaban por medio de las esculturas caladas de la puerta principal, cuya negra pirámide se destacaba en el fondo azulado de la atmósfera. Las ruinas de que estaba rodeado, las estatuas de formas tan estravagantes, aquellos sacerdotes, aquellas sacerdotisas, sus cantos, y aquella música infernal, componian el conjunto mas fantástico. Me acordaba entonces de la situacion del viajero estraviado en las antiguas florestas de la Armórica, y que de repente se encontraba en medio de los drúidas ocupados en celebrar sus ritos misteriosos. Quizá el pobre viajero no se hubiese retirado tan pacíficamente como yo lo hice. Aunque me introduje allí con todas las precauciones posibles, la luz de la luna me descubrió al fin; pero los buenos brahamas se contentaron con mirarme é interrumpir sus cantos hasta que desaparecí, no habiéndose movido ninguno de su sitio mientras estuve contemplándolos. Los indios son quizás el único pueblo en quien se vea unido el fanatismo mas ardiente con la mas completa tolerancia.

Al otro dia llegamos á Pondichery en estremo fatigados, porque los viajes en palanquin son mas incómodos de lo que á primera vista parece.

Mañana llegaremos á Madrás, y dentro de tres dias entraremos en el mar de la China.

Ayuntamiento de Madrid

LOS DOS LADRONES.

Eran cerca de las nueve de la noche, y la calle de San Martin, medio iluminada por el crepúsculo de una tarde de julio, conservaba todavía la bulliciosa animacion que le es tan habitual. Un jóven con levita azul obotonado hasta el cuello, pantalon blanco, y cuyo bigote le daba cierto aire militar, quiso atravesar de una acera á otra para entrar en la tienda titulada *La Rosa de Bengala*, propia de Mme. Amelin, fabricanta de flores artificiales. Estaba parado en medio de la calle el carro de un aguador; la rueda de un cabriolé que pasaba á escape tropezó con él, y el agua que saltó de la cuba inundó el pantalon del jóven. Este se puso furioso al verse mojado de tal manera, y levantó la fusta que llevaba en la mano; pero el aguador se apresuró á decirle:

«Perdone V., mi oficial.»

A estas palabras se desvaneció la cólera del jóven, y una graciosa sonrisa levantó las dos puntas de su rubio bigote. Esto sucedia en 1818; y bien sabido es que entonces era muy comun entre cierta parte de la juventud hacer alarde de haber sido ó ser militar, aunque ya se gozaba de plena paz. Entre esta clase de guerreros, por moda ó por capricho, los corredores de comercio eran los mas exagerados; nadie llevaba bigote mas retorcido, ni espuelas mas largas. M. Gedeon Martin, el que al atravesar la calle recibió sobre sí el agua que saltó de la cuba, pertenecia á la corporacion; es decir, era corredor de los mercaderes de modas del boulevard de Montmatre. Al oirse llamar «mi oficial,» quedó satisfecho su amor propio, y en vez de armar pendencia con el aguador, se acercó á él, y dándole un golpecito en el hombro:

«No ha sido nada, le dijo; amigo, no ha sido culpa tuya.....

—Bien lo habeis visto, mi oficial; el cabriolé tropezó con la cuba.

—Si asi no hubiera sucedido, otra cosa seria; no hablemos mas de ello. Me vas á hacer un favor, añadió metiendo la mano en el bolsillo, cuyo ademan indicó al aguador que el favor no seria gratuito: vas á entrar en aquel almacen de enfrente, en el que dice *La Rosa de Bengala;* alli verás una jóven. Me dirás si está sola ó si hay alguna otra persona con ella; sobre todo una señora como de cuarenta años sentada cerca de la ventana que da al patio. ¿Lo entiendes?

—Sí, señor oficial.»

Entretanto que Gedeon, con la fusta en la mano, estiraba el mojado pantalon y miraba el estrago hecho en el brillo de sus botas por los salpicones del agua, su emisario desempeñaba con inteligencia y exactitud la comision que le habia dado, y volvió diciendo que la jóven estaba sola: entonces puso un escudo en la mano del aguador, y entró en la tienda con todo el aplomo y gallardía

Ayuntamiento de Madrid

de un oficial de húsares que da una carga á un cuadro de infantería.

Si el destino fuera justo, habria hecho que M. Gedeon Martin naciese diez años antes: entonces el jóven hubiera seguido su vocacion, y en vez de corredor de comercio habria sido militar. Su natural viveza, unida á una figura interesante, hacia que no pareciese mal en él la petulancia con que se vanagloriaba de su destreza en toda especie de ejercicios gimnásticos, y en el manejo del florete y los caballos. Sin embargo un defecto oscurecia las buenas prendas de M. Gedeon: era jugador; mas tambien es preciso decir en su abono que solo jugaba cuando no estaba enamorado. «Toda mi vida he tenido la fortuna, ó la desgracia, decia Sterne, de estar enamorado, hoy de una muger y mañana de otra; y me he persuadido de que si llegase á cometer una accion vituperable, solo seria en el intermedio de una pasion á otra.» Gedeon tenia alguna semejanza con el autor de *Tristam Shandy*, y ya llevaba tres meses sin poner los pies en ninguna casa de juego: se habia enamorado de Clarisa Amelin, y el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones lo dedicaba esclusivamente á su amada; prefiriendo siempre encontrarla sola á tenerla que hablar acompañada de su madre. Entró pues en la tienda, y se sentó al lado de la jóven, besándole la mano con la mas delicada galantería.

«¿Qué me decís de mi emisario? le preguntó. ¿Es verdad, Clarisa, que no podria haber escogido otro mejor?

—¿Con que habeis sido el que ha enviado al aguador? ¿Y para qué? Para saber si mi madre estaba conmigo, ¿no es asi? ¡Ah! M. Gedeon, teneis mucho miedo á mi madre, y sin ningun motivo, porque venís cuando os parece, y ella nunca os recibe mal.

—Es verdad, querida Clarisa, respondió Gedeon, que aun tenia entre sus manos la de aquella, lo que probablemente no se hubiera atrevido á hacer hallándose alli Mme. Amelin: es verdad que nunca me recibe mal; pero sus continuos sermones.....

—Amigo mio, dijo Clarisa, los sermones se escuchan con atencion, y luego se aprovecha uno de ellos..... ¿Sabeis que cuantos os conocen hablan muy mal de vos á mi madre? Todos dicen que sois un atolondrado, un calavera.»

Gedeon sabia que los calaveras no desagradan á las jóvenes, y lejos de vindicarse de tal falta, meneó la cabeza, estendió un poco la pierna derecha y dió unos golpecitos en la bota con la punta de la fusta; é inclinándose despues hácia Clarisa, intentó darle un beso por sorpresa: la jóven tuvo tiempo para separar la cara.

«No seais atrevido, dijo Clarisa queriendo aparentar enfado. Luego continuó en tono mas amable. Vuestra actual conducta poco me inquieta, porque estoy segura de que en cuanto nos casemos no sereis asi: entonces sentareis la cabeza, y sobre todo yo procuraré tiraros de la rienda; pero no sucede asi con mi madre, que está hecha una furia: esta mañana ha sabido que teneis deudas procedentes del juego.....

—¿Deudas del juego!.... ¡Apuesto que ha sido ese maldito Grosson, el del café de la Paz, quien ha venido con tales chismes!

—El mismo.

—¡El diablo se lo lleve! Pero yo le pagaré, continuó Gedeon sonando el dinero que llevaba en el bolsillo.

—Yo bien sé que le pagareis; pero bien conocereis que mi madre.....

—Hallará aqui un buen testo para echarme un largo sermon, interrumpió el jóven; y aqui teneis el motivo de temer que me viese esta noche: voy á pagarle á Grosson,

Ayuntamiento de Madrid

y á mi vuelta hablaremos de lo que tengo pensado para mañana.

—¿Cómo para mañana? preguntó Clarisa deteniéndole para que se lo dijera antes de irse.

—Mañana, que es domingo, quiero que nos vayamos los tres á pasar el dia en el campo. Yo sé que á Mme. Amelin le gustan estas espediciones; pero he querido que convengamos antes á dónde hemos de ir. ¿A dónde os parece mejor, á Saint-Cloud ó á Saint-Germain? Vos habeis de decidir.»

Antes que la jóven se hubiese resuelto por ninguno de los dos puntos se oyeron los pasos de Mme. Amelin, que acompañaba á una persona hasta la salida que daba al portal: pronto la sintieron volver atrás despues de cerrar la puerta, y la vieron á poco venir por la trastienda. Gedeon habia separado su silla del lado de la de Clarisa desde que oyó el primer ruido, porque juzgó hallarse demasiado cerca de ella para que lo viese asi la madre: Clarisa volvió á tomar el ramo en que trabajaba cuando entró Gedeon.

A la vista del jóven, el semblante de Mme. Amelin, de ordinario muy amable, tomó algo de seriedad.

«¿Vos aqui, M. Gedeon? dijo ella.

—He venido, replicó Gedeon levantándose y dando algunos pasos hácia Mme. Amelin, á convidaros á pasar el dia de mañana, que es domingo, en Saint-Cloud ó en Saint-Germain.»

Estas últimas palabras las pronunció mirando á Clarisa.

Acostumbrada la jóven á que su mamá le diese gusto en todo, dijo al momento:

«Sí, mamá, las fuentes deben correr mañana en Saint-Cloud.»

Gedeon conoció que Clarisa habia hecho ya la eleccion, y añadió:

«Comeremos de los mariscos que tanto os gustan en la Tete-Noire, y llevaré á prevencion la última botella que me queda de las de mi tio Martin.

—¿No es ese el tio á quien debiais heredar? dijo irónicamente Mme. Amelin.

—Sí señora, ese es: de un dia á otro recibiré la herencia..... entendámonos, cuando se muera. No tiene hijos, y yo soy el único sobrino que le queda.»

Mme. Amelin habia tenido ya el tiempo suficiente para tomar el tono que le convenia al contestar al convite de Gedeon.

«Señor, le dijo con despego, no me ha gustado nunca ir de campo con personas como vos; que tienen deudas con.....

—¿Hablais de Grosson?» dijo Gedeon sacando un puñado de napoleones de su bolsillo, cantidad mas que suficiente para pagar lo que debia en el café de la Paz.

Pero Mme. Amelin acababa de hablar con un sugeto que le hizo cambiar todos sus planes anteriores; y aunque era muy aficionada á los dias de campo y á los mariscos, aunque habia mirado con buenos ojos hasta entonces las pretensiones de Gedeon, queria deshacerse del amante de su hija, y le advirtió que era tarde, que iba á cerrar la tienda, y por consiguiente que debia marcharse.

«Madre mia, ¿qué significa esto? dijo Clarisa, la cual estrañaba tanta severidad para con M. Gedeon.

—Calla y cierra la tienda, contestó su madre con tono bastante duro.

—Ayudaré á Clarisa, dijo Gedeon.

—No os incomodeis, M. Gedeon, replicó Mme. Amelin; no tenemos necesidad de auxilio, y sobre todo del vuestro.

Ayuntamiento de Madrid

—¡Por Dios, señora, que habeis pisado alguna mala yerba! dijo el jóven dando un golpe sobre el mostrador.

—¡Cuidado con los golpes, M. Gedeon!»

A estas palabras, pronunciadas con cólera y tono amenazador, Gedeon se quedó sorprendido, y de los ojos de Clarisa salieron al mismo tiempo algunas lágrimas: sin embargo, como el jóven no carecia de seso, y sabia vivir, en vez de irritarse tambien, resolvió echarla de cortés y moderado. Atribuyó el mal humor de Mme. Amelin á alguna noticia adversa: tal vez alguno de sus deudores habria hecho bancarrota, y el sugeto con quien habia estado hablando vino á darle parte de ello. Persuadido de esto, despues de pasarse la mano por el bigote y en un tono de voz tan sumiso y cortés como brusco y despegado era el de Mme. Amelin, le contestó:

«Os obedezco, señora; nada temais de mí: no es capaz de portarse mal con vos quien aspira á llamaros madre. Quedaos con Dios: hasta mañana; el mal humor que ahora teneis se os habrá pasado con la noche, y espero que no os negareis á venir á Saint-Cloud.»

Tomando en seguida la mano de Clarisa, la besó con todo el ardor de un amante que

solo cuenta veinte años. En cuanto desapareció, cerró Clarisa la tienda, y sola ya con su madre, se puso delante de ella con los brazos cruzados, y con ese aire de igualdad entre dos personas, que la debilidad ó mal entendido cariño de ciertos padres deja tomar á los hijos:

«¡Ah mamá! le dijo: ¿qué te ha hecho M. Gedeon para que le trates tan groseramente?

—Es un calavera, un jugador lleno de deudas, y le prometo que no volverá á poner los pies en mi casa.»

Y como Clarisa se preparase á defenderle, su madre la abrazó con ternura, diciéndole al mismo tiempo:

«No llores ni te enfades, hija mia: no hablemos mas de semejante hombre. Tú no te casarás con él, sino con M. Migaut, y en lugar de ir á Saint-Cloud nos iremos al Brasil, á Rio-Janeiro, á ese hermoso pais donde nos compran tantas flores. Ya no tendremos que hacerlas, ni aun siquiera adornarnos con ellas, sino con diamantes. M. Migaut te hará rica para siempre.

—¡M. Migaut! ¿tu banquero? dijo Clarisa.

—Sí, hija, el mismo.»

La jóven cayó en la cuenta; comprendió entonces el objeto de las frecuentes visitas de M. Migaut y de los interminables coloquios que tenia con su madre. Decidida á no obedecerla en esta parte, se alegró sobremanera de que se le presentase tan buena ocasion para probar á M. Gedeon cuán profundo y desinteresado era el amor que le tenia y de los sacrificios que era capaz de hacer por él. Una florista no encuentra todos los dias partidos que rehusar como el banquero M. Migaut; solo un azar de la fortuna puede ponerla en situacion de desechar los diamantes porque prefiera continuar en la calle de Saint-Martin haciendo flores artificiales. Ademas de esto, Clarisa sabia que su madre no tenia grandes fondos; que hacia, como ya hemos dicho, remesas de flores al Brasil, y que M. Migaut era quien le proporcionaba los pedidos por medio de sus corresponsales, haciéndose cargo tambien de la cobranza de los valores; y no era, pues, dudoso para ella que la repulsa de M. Migaut atraeria al comercio de su madre grandes perjuicios, por lo que se veria obligada á sostener de parte de ella duros ataques; pero sobrepujando el amor á su interés, le dijo con entereza:

«Jamás me casaré con él, mamá.

Ayuntamiento de Madrid

—Eres muy niña, replicó Mme. Amelin: ¿qué muger se negaria á casarse con M. Migaut? ¡tan bello sugeto, que solo tiene cuarenta años, sin una cana todavía! ¡Un hombre que va á reunir todos sus fondos y á marcharse al Brasil, donde tú serás reina, Clarisa, donde tendrás negros que te lleven sobre sus hombros y negras que vayan sosteniendo tu quitasol, y echándote aire con abanicos! ¿Y por quién? por M. Gedeon, corredor de comercio, que solo gana mil ochocientos francos con los mercaderes de modas, que siempre nos está hablando de su tio M. Martin, tan rico quizá como él; y aun cuando así no fuese, ¿sabemos acaso si llegará el dia en que recoja su herencia?

—Pero M. Gedeon me ama, dijo Clarisa, yo tambien le quiero; ni á lo uno, ni á lo otro te has opuesto hasta ahora.

—Cierto es, replicó con flema madame Amelin; te lo he permitido hasta el dia, porque ignoraba los proyectos de M. Migaut y no sabia la buena suerte que te esperaba. La guarda de una hija es muy azarosa, y sobre todo las floristas de la calle de Saint-Denis y de Saint-Martin gozan de una reputacion tan desventajosa, que no vacilé un momento en admitir al primero que me habló de casarse contigo. Pero M. Gedeon no te conviene, es muy aficionado al juego; y cuenta con lo que decia tu padre, que mas valia un hombre aficionado á beber que á jugar.»

Mientras que la madre y la hija discutian así á cuál de los dos pretendientes debiera darse la preferencia, M. Gedeon, sin acordarse siquiera de la desgracia que le amagaba, sin ocurrírsele aun que pudiera tener un rival, caminaba á pasos acelerados hácia el café de la Paz. Su pensamiento era entrar y dar principio á la conversacion con el dueño de él, aplicándole la fusta á las espaldas.

«Es preciso, iba diciendo entre sí, que ese miserable Grosson haya dicho mil pestes de mí á Mme. Amelin para que se muestre tan irritada y no haya admitido mi convite. ¡Pero yo le aseguro que se ha de acordar!»

Sin embargo de todo, él mismo veia que eran justas hasta cierto punto las reprimendas y enojo de Mme. Amelin, estaba cargado de deudas, un enjambre de acreedores le perseguian por todas partes; mas cuando tomaba todos los saldos de las cuentas que con ellos tenia, ¿qué era lo que encontraba? La miserable suma de tres mil quinientos francos á lo mas. Pero por tan corta cantidad se veia perseguido sin cesar, sufria mil bochornos, su libertad estaba amenazada, y en fin su casamiento con Clarisa Amelin se convertia en un problema, cuya solucion iba siendo cada vez mas dudosa. Por otro lado él era jóven, buen mozo, de buenos modales y correspondido de Clarisa; con estas ventajas no se teme á la miseria, se transige con los acreedores, y se espera una de esas dichosas ocasiones que se presentan con frecuencia para pagar las deudas y aun para hacerse rico. Gedeon tenia ciento cincuenta francos en el bolsillo: con ellos pensaba pagar á Grosson, despues de haberle administrado media docena de latigazos para que otra vez no fuese tan indiscreto, y con el resto bastante habria para obsequiar á madame Amelin con todas las delicias de Saint-Cloud, porque creia que al otro dia su enfado se habria disipado; mas de pronto, dando una patada en el suelo:

«Si yo llego á enfadarme tambien, dijo para sí; si ella se atreve á no darme entrada en su casa, le quito á su hija: nada hay mas fácil, Clarisa me ama..... ¡Ah Mme. Amelin! Sin ser mas que una florista de la calle de Saint-Martin, andarse con tantos repulgos para consentir en que me case con vuestra hija! Yo que sacrifico mi porvenir, porque el hombre que se casa pierde la mitad de lo que vale, si no lo pierde todo, ¿he de sufrirlo?

Ayuntamiento de Madrid

¿Creerá ella que me faltan escelentes partidos? Si mañana quisiera tomarme el trabajo de ir á Santo Tomás de Aquino, mejores suegras se presentarian que la tal madame Amelin.»

Haciendo este corto soliloquio, llegó Gedeon al café de la Paz. M. Grosson no acostumbraba á sentarse en el mostrador del despacho, y dejaba este trabajo á una linda jóven, cuyos vivos y rasgados ojos y halagüeña sonrisa servia de cebo para los concurrentes; vestido de levita negra y un paño blanco en el brazo, andaba por todas las pie-

zas vigilando á los mozos, ofreciendo su caja de tabaco á los que solian trabar conversacion con él, y calculando con la mas rigorosa exactitud las partidas que se jugaban en el villar. Gedeon se dirigió al mostrador, y la belleza que en él estaba sentada le recibió con agasajadora sonrisa.

«¡Gracias á Dios que le vemos á V. por aquí! ¡M. Gedeon, ya no venís tan á menudo!

—Buenas noches, Julieta, le respondió Gedeon con una familiaridad que por cierto no habria agradado mucho á Clarisa si hubiera podido escuchar á su amante. Tú estás cada dia mas hermosa; pero no vengo hoy á decirte flores: vengo solo á calentarle las espaldas á M. Grosson.

—¡A M. Grosson! repitió la jóven aterrada.

—Sí señora, á M. Grosson. ¿Creerás que ese imbécil ha ido con cuentos impertinentes á una muger respetable con cuya hija pienso casarme? y esto por unos treinta francos que se me olvidó pagarle la última vez que estuve aquí.

—Muy mal se ha portado con vos si asi lo ha hecho, respondió Julieta.

—Qué ¿dudas de ello?

—No señor, no dudo. ¡Y os vais á casar, M. Gedeon!»

Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, abria Julieta un libro que jamás se separaba de entre las garrafas, las botellas y los vasos, y buscó en él las partidas que adeudaba M. Gedeon: despues de haber hecho la suma de ellas mentalmente:

«Son cuarenta y tres francos y cincuenta centésimos, dijo á Gedeon.

—Sea asi, respondió Gedeon. Vengo á pagarlos, y daré de camino su gratificacion á M. Grosson, añadió blandiendo la fusta.

—No seais calavera, dijo Julieta; pagadme la cuenta á mí y dejad á M. Grosson: yo os prometo que irá á ver á esa señora y reparará el disparate que hizo.

—Sí, lo reparará allá á su modo, diciendo que yo soy el que juega mas fuerte en el villar de su café..... sobre todo quiero darle una leccion para que nunca mas vuelva á mezclarse en mis negocios.

—¡Qué cabeza tan ligera teneis, M. Gedeon! debeis creerme y no hacer caso de lo que pueda haber dicho M. Grosson: no está aquí, le han dado un billete para el teatro de la puerta de San Martin, y allá se fue. Pero decidme, ¿es bonita?

—¿Quién?

—La señorita con quien vais á casaros.»

Antes que Gedeon hubiese podido contestar, una multitud de voces gritaban desde el fondo del café:

«¡Gedeon, Gedeon! ya está aquí, ven al momento: Gedeon, se trata de jugar una partida soberbia.»

Los amigos de Gedeon le habian visto desde el villar y le llamaban... Dejó á Julieta, y se dirigió á la sala del villar. Con efecto, se trataba de ajustar una partida con dos jugadores desconocidos que habian desafiado á los que alli estaban; pero de estos, solo uno habia aceptado. Poco le gustaba á Gedeon jugar con desconocidos; y sabiendo por otra

Ayuntamiento de Madrid

parte que tenia que llevar por compañero á uno de esos que en la gerga del villar se llama un chambon, iba ya á rehusar el partido, cuando uno de los dos jugadores dijo con marcado tono de suficiencia señalando á Gedeon:

«¡Es este señor el que va á jugar con nosotros! Entonces les damos á los dos diez tantos.»

Nunca sufrió Gedeon en el café de la Paz que se hiriese asi su vanidad de buen jugador. La sorpresa causada entre los circunstantes por semejante propuesta ocasionó murmullos, y todas las miradas se dirigian á Gedeon como diciéndole: «¿Sufrirás tú que te traten así?» La casualidad hizo tambien que M. Grosson, de vuelta ya del teatro de la puerta de San Martin, apareciese en el villar, y que, ya fuese por lisonjear á Gedeon, cuya fusta le inspiraba á su pesar bastante miedo, ó porque le creyese sinceramente muy hábil jugador, le dijera:

«Señores, bien se conoce que no sabeis quién es M. Gedeon; cuidado que no he visto á ninguno jugar mejor que él.

—No importa; y si quiere jugaremos á cada tanda cincuenta francos, contestó uno de los jugadores.

—Y ademas el refresco, añadió su compañero.

—Corriente, contestó Gedeon quitándose la levita; pero no quiero tantos, ha de ser mano á mano.

—¿Quereis mano á mano? sea así, dijeron los contrarios.»

Este partido iba á escitar en sumo grado la curiosidad de los circunstantes, en primer lugar porque M. Martin era el campeon del villar del café de la Paz, y en esta ocasion se presentaba á defender la causa de los que asistian diariamente á él, y en segundo lugar porque se atravesaba una cantidad bastante crecida. El juego del villar ha tenido la circunstancia de no ser ruinoso como los demas juegos, y por esto se le llamaba en otro tiempo juego real, atendiendo á que el vencedor se contentaba ordinariamente con el honor de la victoria, y el vencido no perdia mas que el gasto de la casa; pero en este caso no sucedia así: el que saliese perdiendo tenia que desembolsar una suma respetable por cada partida, y esta fue la causa de que el compañero de Gedeon temiendo tal pérdida dijese que se retiraba. Pero Gedeon, picado ya en lo mas vivo, le contestó:

«No tengais miedo; jugad conmigo, que si perdemos, estoy dispuesto á pagar por los dos.»

Por esta vez Gedeon no correspondió á la fama de que gozaba, y aunque se esforzó para jugar mejor que sus dos contrarios, fue en vano. Acalorado por la mala suerte, no se contentó con perder la partida y la revancha, y habria estado jugando un dia entero si M. Grosson no hubiese dicho que siendo ya mas de las dos de la mañana era necesario cerrar el café. Ajustada la cuenta, se vió que la pérdida de Gedeon ascendia á novecientos francos, y ya sabemos que solo llevaba ciento cincuenta francos en el bolsillo. Aunque tenia la cabeza algo caliente por el rom que bebió mientras jugaba, no por eso dejó de hacerse cargo de cuán penosa era su situacion: habia contraido una deuda con personas desconocidas para él, y nadie ignora que las deudas del juego son sagradas, que no ha de sufrir retardo el pago de ellas, ni que se pueden amortizar. Pero no tardó en salir del apuro del momento. «Todo se reduce, dijo para sí, á que Mme. Amelin no vaya mañana á Saint-Cloud: bien hizo en no aceptar mi convite.»

Entonces se acercó á los dos que le habian ganado y les dió ciento cincuenta francos, diciéndoles que era cosa muy natural

Ayuntamiento de Madrid

que no llevase consigo novecientos francos; pero que hicieran el favor de darle sus nombres y las señas de sus casas y al otro dia les enviaria el resto. Aceptaron la proposicion con la mayor cortesía, y todos abandonaron el café. Gedeon se olvidó al salir de buscar á M. Groson; cuando recordó el resentimiento que con él tenia, se acordó tambien de que le habria reclamado el pago de su cuenta, y entonces se arrepintió de no habérsela pagado como le aconsejó Julieta. Todos sus amigos se alejaron; ninguno se acercó á él para decirle apretándole la mano: «Has jugado bien, Gedeon; pero la fortuna no te ha favorecido.» Temieron sin duda que les pidiese prestado el dinero que le faltaba para pagar. La noche estaba oscura, el aire demasiado caliente, y Gedeon al respirar con libertad en medio de la calle pudo al fin coordinar sus ideas y reflexionar sobre los nuevos embarazos que habian agravado su posicion en tan cortos momentos. Absorto en sus cavilaciones, se encaminaba hácia su casa, cuando al pasar por los boulevards se llegó á él un hombre que le seguia desde que salió del café.

«He entrado esta noche por una casualidad, dijo á Gedeon, en el café de la Paz, á donde pocas veces concurro; y sentado en un rincon de la sala del villar, en un sitio que es imposible me hayais visto, pero desde el cual he observado vuestro juego, he sido testigo de cuanto alli pasaba..... Jugais admirablemente; vuestros dos contrarios no juegan la mitad.

—¿Y qué es lo que habeis visto? respondió Gedeon dando un paso atrás y dispuesto á desahogar su mal humor sobre el que le prodigaba tan importunas alabanzas.

—Me esplicaré, señor: el partido no era igual, vuestro compañero os ha hecho mas daño que provecho; por él habeis perdido, y por consiguiente los otros han ganado: esto debia suceder; mas á pesar de ello, yo insisto que sois mejor jugador que ninguno de los dos; yo creo que habeis sido víctima de un complot.

—¿Y porqué no lo dijeron los espectadores?

—¿Es eso tan fácil? Pero lo cierto es que no se han portado con imparcialidad.

—¿Jugais al villar? le pregunto Gedeon.

—En otro tiempo jugué perfectamente, dijo el desconocido; pero no hay comparacion entre vos y yo; y sin embargo, añadió, habeis perdido novecientos francos, cantidad de consideracion para un jóven de vuestros años.

—Así es, respondió Gedeon, á quien los vapores del rom habian predispuesto á franquearse, y que por otra parte, á semejanza del hombre que se ahoga, mira por todas partes á ver si encuentra una tabla de salvacion. No es pequeña cantidad, prosiguió ¡no! y si fuese esto solo.....

—¡Ah! hay algo mas..... dijo el desconocido; pero esto es lo mas urgente: si no he oido mal, debeis pagar mañana mismo setecientos cincuenta francos. ¿Teneis este dinero en vuestra casa?

—¿Yo? ni un cuarto.

—Eso es lo peor, porque bien sabeis lo que es una deuda del juego entre hombres de honor.

—Les daré un recibo, dijo Gedeon, y esperarán como otro cualquier acreedor.

—Vuestro padre quizá os ayudará á pagar.

—Ni mi padre, ni mi madre, porque ambos han muerto. Soy solo en el mundo; mis amigos todos se encuentran poco mas ó me-

Ayuntamiento de Madrid

nos lo mismo que yo, y debo cinco mil francos. Ahí teneis el estado de mi hacienda, señor mio. Quedaos con Dios.

—Esperad un momento, señor, un momento no mas, dijo el desconocido. Quizá se pueda arreglar todo.»

Gedeon estaba ya en la otra acera y se dirigia al barrio de Saint-Denis, en donde tenia su habitacion: al oir la última frase, se aproximó de un salto á su singular interlocutor, le cogió de un brazo y le dijo:

«¿Decís que todo puede arreglarse?... ¿Pensais, pues, prestarme algun dinero?

—¿Por qué no?

—¡Ah caballero! pocos hombres habrá como vos; ha sido una fortuna el llegará conoceros: decidme vuesto nombre y vuestra casa, y tendré el honor de ir mañana á veros: con solo cinco mil francos cubro todos mis negocios, me quito de encima á los acreedores.....

—¿Cinco mil francos nada mas? Pues contad con ellos.

—Mil gracias, caballero. Estenderé un pagaré, fijareis el interés del préstamo, la fecha y todo lo demas á vuestro gusto, y os prometo bajo palabra de honor, que mas pronto ó mas tarde todo os lo pagaré religiosamente.

—No creais que soy un usurero, dijo con seriedad el desconocido.

—Perdonadme, replicó Gedeon: no he tratado de ofenderos con lo que he dicho; pero como el dinero es una mercancía como otra cualquiera, es muy natural.....

—Que se fije el precio que se le ha de dar, prosiguió el desconocido concluyendo la frase; es cosa muy justa; por esto mismo la proposicion que acabo de haceros no es del todo desinteresada: yo os daré los cinco mil francos sin recibo, sin que tengais nunca que devolvérmelos; pero ha de ser con una condicion.

—¿Cuál es?

—Bien conocereis, dijo el desconocido, seguro ya de ser escuchado con toda atencion, que solo en las *Mil y una noche* se encuentran sugetos que vayan por los cafés buscando á los jugadores que pierden mas dinero del que tienen para entregarles bolsillos llenos de cequíes; el califa Araound-al-Roschid murió ya, y es seguro que no hallais una persona que os preste cinco mil francos por vuestra buena cara ó bajo vuestra firma.

—Entonces, caballero, ¿qué me quereis, qué es lo que me ofreceis?

—Os ofrezco cinco mil francos, y lo que de vos exijo en cambio de ellos hélo aquí: voy á entrar en mi casa, y vos vendreis conmigo á ella; miradla bien: vivo en el primer piso..... no hay entresuelo..... y pasado que sea un cuarto de hora entrareis tambien; pero ha de ser por la ventana.

—¡Por la ventana! ¿como si fuera un ladron?

—Cabalmente, replicó con mucha sangre fria el desconocido; las ventanas de mi despacho dan á la calle, y por una de ellas es preciso que entreis: encontrareis mi caja abierta, sacareis de ella cinco billetes de banco, y saldreis á la calle por el mismo camino.

—Es decir, por la ventana.

—Sí señor.

—Caballero, dijo Gedeon cogiendo al desconocido por el mollero de un brazo y apretándole con fuerza, acabais de poneros tan enfadado porque os tuve por un usurero, y ahora me tratais á mí como un ladron.»

El desconocido, sin alterarse en lo mas mínimo, procuró desasirse con mucha suavidad de las manos de Gedeon y le contestó:

«¡Cómo á un ladron! No hay nada de eso, caballero: ladron es el que toma lo ageno contra la voluntad de su dueño: vos sois un honrado jóven á quien doy voluntariamente cinco mil francos que os hacen falta, y que son mios, no de otro; pero os los doy con una condicion, y esta es que los habeis de recibir en mi habitacion, entrando á ella, no por la puerta, sino por la ventana.»

Anduvieron uno detrás del otro por algun tiempo guardando silencio; Gedeon, reflexionando en la estravagante proposicion que le habian hecho, y el otro como hombre que nada tiene que quitar ni añadir al ajuste que propone, asi atravesaron el boulevard de la Poissonniere, el de Montmatre, el Italien y

Ayuntamiento de Madrid

llegados á la calle de Louis-le-Grand, el desconocido entró en ella seguido de Gédeon, y al llegar á su mitad llamó á una puerta que abrieron al momento.

«Aquí es, dijo el desconocido á Gedeon.»

Se lo dejó en la calle y cerró la puerta, haciendo bastante ruido, como hombre que siendo dueño de la casa no teme aunque sea á deshora de la noche despertar al portero, ni dar á conocer á los demas el momento en que se recoge.

Eran las tres de la mañana. Aunque poco faltaba ya para amanecer, toda la ciudad estaba sumergida en profunda oscuridad: en el mes de julio es cierto que amanece muy temprano; pero los asentistas del alumbrado de París en 1818 calculaban de distinto modo que los astrónomos; de manera que la cantidad de aceite para cada reverbero no alcanzaba nunca á los primeros albores del dia; de suerte que desde que llegaba la hora de amanecer segun el cálculo de los asentistas hasta que amanecia realmente las tinieblas reinaban por todas las calles. Todo era silencio, quietud y reposo; ni un coche, ni patrullas, ni una sola persona se oia por las calles inmediatas. A las tres de la mañana la capital entera no duerme; pero el ruido y movimiento solo tiene lugar en los mercados y en los caminos que á ellos conducen, y hácia estos centros de actividad es á donde se dirige con especialidad la vigilancia de los agentes de policía, de las patrullas de la tropa de línea y de los ciudadanos que la ley arranca de sus lechos.

Gedeon se colocó en el hueco de una puerta frente á la casa que acababan de indicarle, y se puso á reflexionar con todas sus potencias, porque la cosa bien lo merecia. No era un robo lo que le proponian que hiciese, puesto que se hallaban de acuerdo el amo del dinero y el que iba á tomarlo; pero las apariencias mostraban todo lo contrario, y aun era menester ademas que este dinero perteneciese al que disponia de él, y debemos decir aquí, para hacer justicia á Gedeon, que no dudaba de ello. Ademas este hombre que se portaba de un modo tan raro debia tener algun fin. ¿Cuál seria? Gedeon no lo acertaba. Podia ser un enemigo que le tendiese un lazo; pero Gedeon no tenia enemigos, con nadie habia reñido en su vida, á nadie le habia impedido que hiciese fortuna, ni aun le habia servido de obstáculo en sus placeres: estando sobreaviso, y no faltándole valor ni fuerzas, era difícil que se aventurasen á jugarle una mala pasada. ¿Por qué no habia de creer que el desconocido era un hombre rico á quien su posicicion llegó á interesar, y que queria por precio de su servicio una prueba de resolucion y sobre todo de confianza en la persona que se prestaba á favorecerle? ¡Hay tantas personas en París que darian cinco mil francos por proporcionarse una emocion, por hacer una cosa escéntrica y que nadie hubiese hecho todavía! La juventud cree tan fácilmente en el interés que inspira, é ignora de tal modo el verdadero precio del dinero, que estas razones, de valor tan escaso, parecieron escelentes á Gedeon; ó, hablando con propiedad, el jóven las creyó tales, porque tenia necesidad de que asi fuese; le era indispensable pagar una deuda de honor, amaba sinceramente á Clarisa Amelin, queria casarse con ella, y veia que no llegaria á conseguirlo sin conjurar la tormenta que le amenazaba. Esta suma, puesta entre sus manos por la casualidad, era un presente del cielo. Indeciso sin embargo en el partido que deberia adoptar en tan delicada coyuntura, echó una mirada á la casa que se trataba de escalar:

«¿Y cómo he de subir allí?» dijo en su interior.

En este momento se abrió un balcon del primer piso. Las maderas y las persianas giraron sobre sus goznes sin hacer el menor ruido, y una ligera claridad iluminó el fondo de la pieza en que Gedeon tenia clavados los ojos.

«Vamos allá, dijo entre sí, esto no es una burla;» mi hombre sigue adelante con su idea.

A poco una escala de cuerda se deslió á la vista del jóven, y su estremo tocó en las piedras de la calle. Viendo el modo con que se le allanaban todas las dificultades de la empresa, puso fin á su indecision y se re-

Ayuntamiento de Madrid

solvió á correr la aventura, aunque dispuesto siempre á hacer que costase caro al autor del engaño si tal habia sido su objeto.

«Ya está todo dispuesto, subid,» dijo una voz.

Gedeon trepó por la escala, y en un momento se encontró al lado del desconocido. Este se ocupaba en halagar á un mastin impidiéndole que ladrase.

«No tengais cuidado, este perro es mio; en estando yo á su lado, es una obeja... Vamos, no tengais miedo.

—¡Miedo yo! replicó Gedeon apretando en su mano un puñal que llevaba en el bolsillo; ¡cómo se conoce que no sabeis con quién estais hablando!

—Bien está, no me he engañado, y eso era lo mas esencial; allí teneis la caja, tomad de ella lo que hemos dicho.»

Gedeon, cada vez mas admirado, se dirigió hácia un arca de hierro que vió delante de sí á favor de la escasa luz de una lámpara que ardia en la pieza inmediata; levantó la tapa, metió la mano, y sus dedos tropezaron con un paquetito sedoso, del cual se apoderó.

«Eso mismo es, dijo el desconocido en voz baja; acabad pronto, porque me cuesta sumo trabajo contener al perro.»

Bien fuese por echarla de valiente, ó mas bien por no ser el juguete de alguna farsa, Gedeon no se dió tanta prisa como de él se exigia, y se fue á la pieza inmediata para cerciorarse á la luz de la lámpara de si efectivamente eran verdaderos billetes de banco los que formaban el paquete.

«Idos al momento, son cinco billetes, no soy capaz de engañaros,» le decia el desconocido.

Gedeon contó los billetes, los miró y remiró á la luz de la lámpara, y se convenció de que no habia engaño ni en la cantidad ni en la calidad.

«Idos, idos, al momento, repetia el desconocido.

—No será sin que os dé las gracias, replicó Gedeon. Caballero, esto no lo miro como una dádiva, sino como un préstamo, y os juro que no tardaré.....

—No señor, os repito que ese dinero es vuestro.

—Sois demasiado bondadoso para negaros á decirme vuestro nombre.

— Partid por Dios, y si no, no respondo de lo que pueda suceder; el perro se me va á escapar, y cuenta que tiene muy buenos dientes.

—Ya me marcho,» respondió Gedeon convencido por los bruscos movimientos del perro que no debia desperdiciar el tiempo. Pero una vez en la calle, se prometió mirar el número de la casa y el nombre de la calle misma, porque no reparó en ella á la venida.

Puso el pié en la escala, y bajó por ella con todas las precauciones de un hombre que lleva consigo un tesoro; pero aun no habia tocado á tierra, cuando el perro principió á dar espantosos ladridos, y el desconocido á gritar:

«¡Ladrones! ¡Al asesino! ¡Que me han robado!»

Suena un tiro, la detonacion aumenta el estrépito, y es otra nueva señal de alarma. Aterrado Gedeon por un desenlace que no hubo previsto, huye sin pensar en el número de la casa, ni en el nombre de la calle, se aleja á todo correr, mientras que detrás de él iban abriéndose todas las ventanas, levantándose los porteros, y los gritos de ¡á la guardia! se multiplicaban de todos lados poniendo al barrio entero en conmocion.

«¡Al ladron, al ladron!» continuaba gritando el pérfido desconocido que con tanta

Ayuntamiento de Madrid

generosidad regalaba billetes de banco.

Una muger asoma la cabeza á una ventana y esclama:

«¡Por aquí va, prendedle!»

Los gritos suenan por todos lados; los vecinos que se han levantado pueden ver á Gedeon, que unas veces se detiene vacilante, otras corre desatentado, y por fin su misma turbacion le hace tomar una calle lateral que le oculta á la vista de todos. Sin saber cómo se encuentra á poco tiempo en el boulevard, se detiene, toma aliento y procura coordinar sus pensamientos. El poco tiempo invertido en la operacion que se acaba de referir bastó para que llegase el dia, y aunque el boulevard estuviese aun desierto, se veia ya con bastante claridad. Gedeon reconoce el punto en que se encuentra. ¿Qué hará?..... Puede volver á la calle de donde viene, y que seguramente no equivocará por la alarma que aun debe haber en ella: podria esplicar á todo el mundo con la mayor sencillez la causa de tanto alboroto; pero no tarda en conocer que la verdad es tan inverosímil que nadie creeria en ella, y que seria demasiado necio si se entregaba él mismo por ser ingenuo. El peligro que habia corrido era grande, en compensacion de él poseia los medios de salir de todos sus apuros y de casarse con su amada Clarisa: era demasiada fortuna para no aprovercharla. Verdad es que tambien la acibaraban las circunstancias que se la habian proporcionado, porque no se le ocultaba que la conducta del desconocido tenia un fin siniestro; le habia seducido con el cebo de algunos billetes de banco en un momento de angustia; sus gritos, los ladridos del perro, el tiro y todos los demas incidentes del acontecimiento probaban que se habia querido fingir un robo; y que él sirvió de ciego instrumento para realizar la farsa.

Aquel hombre tuvo necesidad de figurar que habia sido despojado con efraccion; tuvo necesidad de hacer ver pendiente de su balcon una escala y un ladron huyendo por la calle, y hé aqui lo que pagó con los cinco billetes de banco... ¿Y por qué? ¿Con qué fin? Gedeon no podia adivinarlo. La vanidad nos hace desear el ser tenidos por ricos: sin embargo hay personas que por miedo de escitar envidia, ó por burlar la codicia de los herederos, procuran disimular el buen estado de su fortuna. Un hombre que quiere dar gran parte de su hacienda á una querida, á un hijo no reconocido, ó que ha tenido una pérdida cuya verdadera causa necesita ocultar, puede emplear un medio de esta naturaleza, y Gedeon no olvidó que el desconocido le dijo que Araoun-al-Roschid habia muerto, y que ya no se encontraban personas que con la bolsa en la mano vayan buscando á los jugadores desgraciados para darles el dinero que pierden: el jóven al tomar los cinco mil francos habia obrado por un interés distinto del interés del desconocido; pero ese mismo interés, cualquiera que fuese, le aseguraba del buen éxito de la aventura. Con efecto era evidente, que la persona que le habia hecho obrar de un modo tan peligroso no le delataria, y que guardaria el secreto, pues revelándolo, si no causaba su pérdida, á lo menos se comprometia gravemente; prueba de ello que le habia dejado huir y aun ponerse á cubierto de toda pesquisa. Este raciocinio, bastante verosímil, tranquilizó á Gedeon y le hizo que tomase el camino de su casa con paso firme y ligero.

«Pagaré á los dos jugadores del villar, iba diciendo, y les exigiré la revancha; pagaré tambien la cuenta de Grosson, y en fin mi futura suegra irá esta tarde á Saint-Cloud.»

Pensando en planes tan halagüeños, llegó á la puerta de una modesta casa del barrio de Saint-Denis, en cuyo cuarto piso estaba su habitacion. Como este barrio se halla habitado por clases laboriosas, se despierta en él muy temprano, y aunque apenas serian las cuatro de la mañana, encontró ya á su portero barriendo el paso de la calle.

«Tempranito se vuelve, M. Gedeon, le dijo el portero: ¿habreis estado trabajando con vuestros comerciantes, no es verdad?... Pero ¿qué veo? Teneis chumascada una punta del bigote, y será menester recortarlo: ¡qué lástima! ¿Y el vestido? lleno de polvo por todas partes: mucho me costará el lim-

Ayuntamiento de Madrid

piarlo; pero no lo siento: lo que siento, sí, es que sea por la última vez.

—¿Cómo por la última vez, Gerónimo? ¿Qué quereis decir con eso?

—Quiero decir que el ama de la casa está decidida á quitaros la habitacion para dársela á otro nuevo inquilino, porque bien podeis haceros cargo de que el haber de esperaros todas las noches, y atrasarse tanto en el pago.....

—Basta, Gerónimo; podeis decir á la señora que me envie la cuenta hoy mismo: se la pagaré..... y en cuanto á su despedida de la habitacion, yo seré quien me vaya, y no ella quien me eche.

—Peor es asi, M. Gedeon. ¿Pero cómo os habeis ensuciado tanto? Preciso es que os hayais estado arrastrando por el suelo: ¡mirad, mirad cómo traeis el levita! »

El portero, que servia de ayuda de cámara á Gedeon, se apoderó del levita para cepillarlo, y el jóven subió en mangas de camisa á su habitacion. Se metió en la cama, porque queria dormir algunas horas y hallarse descansado para cuando llegase la de ir á Saint-Cloud con Mme. Amelin y Clarisa; pero despues de una noche tan agitada como la que habia pasado no se concilia el sueño con mucha facilidad: mil pensamientos agitaban á la vez su cerebro; la sangre circulaba por sus venas con la rapidez de la fiebre, y el pulso daba ciento cincuenta pulsaciones. Gedeon se revolvia en el lecho: cerraba los ojos para disipar las ideas que le fatigaban, y por mas esfuerzos que hacia no podia conseguirlo; los ladridos del perro, los gritos del desconocido y de los demas vecinos de su calle resonaban sin cesar en sus oidos, y aun sentia bajo sus plantas el apoyo movedizo de la escala de cuerda: estaba escrito que no pegaria los ojos. Poco antes de las siete llamaron á su puerta, y como no la habia cerrado, la persona que llamaba entró sin dificultad.

«¡El diablo cargue contigo, Gerónimo! dijo Gedeon: ¿no te dije que hasta medio dia no me llamaras?

—No es Gerónimo, dijo el visitador matutino: he tenido fortuna en encontraros, porque si asi no hubiera sucedido, no me habria dejado parar mi notario hasta conseguirlo; y por cierto que me hacia muy mala obra, pues necesito ir á Saint-Cloud.

—¿Hoy mismo?

—Sí señor.

—¿Con Mme. Amelin? preguntó Gedeon.

—¡Qué! no señor: si es con Felicia, la hija del portero de mi notario.... Yo no conozco á Mme. Amelin.»

Gedeon levantó primero la cabeza, y despues tuvo que incorporarse en la cama para ver á su interlocutor: este era un jóven de muy corta estatura y como de unos diez y siete años, de melena rubia, con un levita cuyas mangas se quedaban seis dedos mas abajo de la muñeca, y un chaleco tan corto que dejaba ver gran parte de la camisa hasta llegar al pantalon: se inclinó profundamente mientras que Gedeon inspeccionaba su ridícula persona, y dijo dando vueltas al sombrero que tenia entre sus manos:

«Soy José, servidor vuestro, M. Gedeon, tercer escribiente de M. Pichon, notario, calle Grenetat. ¿No es M. Gedeon Martin con quien tengo el honor de hablar?

—Sí señor, el mismo: ¿qué quereis?

—Hace tres dias que ando buscándoos: M. Pichon os suplica que paseis por su estudio.

—Yo no conozco á ningun notario, y á ese menos, dijo Gedeon, á quien el solo nombre de un individuo de la curia le hacia estremecerse; me parece que os habeis equivocado.

—Ya sé que no conoceis á M. Pichon, respondió su tercer escribiente; pero siendo vos M. Gedeon Martin, no me equivoco.»

Este modo de argüir no tenia réplica, y turbó ligeramente á Gedeon; pero le tranquilizó una reflexion muy sencilla: un notario no pertenece á la clase de los esbirros; por otra parte, era domingo, y suponiendo que un despiadado acreedor quisiese atentar contra su libertad, hasta el dia siguiente no podrian llevarlo á Santa Pelagia.

«Está bien, dijo al fin: hoy mismo iré á ver á M. Pichon; decídselo asi.

—No puedo complaceros, replicó José; es

Ayuntamiento de Madrid

menester que os vengais conmigo: asi me lo ha encargado, y ademas me hareis con esto un favor: hasta que os hable no me dejará salir de su casa, y he prometido á Felicia...

—Acompañarla á Saint-Cloud, ¿no es esto? dijo Gedeon preparándose ya para salir de la cama. ¿Pero por qué me necesita M. Pichon con tanta urgencia?

—Lo ignoro, señor; pero en mi entender es asunto que necesita despacharse al momento; y segun el afan que muestra M. Pichon, añadió con aire malicioso, apuesto á que tiene gran interés en veros cuanto antes, porque cobrará buenos derechos.

—Aqui tenemos otra aventura como la de esta noche, dijo entre sí Gedeon: M. Pichon tiene sin duda necesidad de un arlequin para azuzarle su perro, ó de alguna fantasma que desaparezca cuando le venga bien, y acusarle despues..... de cualquier cosa.»

Mientras que se vestia, el tercer escribiente de M. Pichon le referia la historia de sus amores, instándole sin cesar para que acabase pronto.

«Daos prisa por Dios, M. Gedeon, porque ya veis que se trata de una especie de rapto. Felicia me permite que la acompañe á la iglesia los domingos ó cuando da un paseo por el boulevard; pero una espedicion á Saint-Cloud es cosa mas seria, porque es punto demasiado distante de la casa de sus padres, y sobre todo hay un militar de por medio.

—Entonces teneis un rival.

—Sí señor, un primo de Felicia, sargento de la Guardia Real, que quiere casarse con ella para que sea cantinera; y el tal sargento es el hombre mas celoso que hay en el mundo.»

A pesar de las instancias de José, Gedeon se entretuvo en recortar su bigote, en peinarse con mucho esmero, y hasta que estuvo perfectamente acicalado no se puso en camino para la calle Grenetat. Su compañero, aunque hombre de piernas en estremo cortas, andaba á tan buen paso, que poco tardaron en llegar á casa del notario. En el portal, asomada á una ventanilla que daba encima de la portería, vió Gedeon entre un tiesto de geranio y un rosal la graciosa cabeza de una jovencilla.

«Vedla ahi, dijo José, esa es Felicia, que ya me está esperando.»

Gedeon subió al cuarto del notario: nadie habia en el despacho; pero un criado le señaló la puerta del gabinete en que á la sazon se hallaba su amo, diciéndole que estaba ocupado en arreglar con dos clientes las cláusulas de un contrato matrimonial, y que en cuanto concluyese le pasaria recado. José desapareció en cuanto dejó concluida su comision. Gedeon se aproximó á una ventana que daba sobre la puerta de la calle, vió á José poniéndose los guantes y haciendo señas que eran fáciles de comprender. Felicia apareció al momento, y tomó el brazo de José; pero tuvo la desgracia de que el sargento de la Guardia Real viniese á este mismo tiempo por la calle: Felicia soltó al verlo el brazo de José, y este dió media vuelta para subirse al momento al despacho del notario.

«Vos teneis la culpa de lo que me sucede, dijo á Gedeon; he llegado demasiado tarde, y ya está ahi ese maldito sargento.

—Lo siento infinito, respondió Gedeon, porque hubiera tenido el placer de que nos viésemos en Saint-Cloud, á donde pienso ir tambien con mi futura.

—¡Con vuestra novia! dijo José enfurecido; si el cielo es justo, tambien permitirá que os la quiten como me la quitan á mí.

—Nada de eso, amiguito: podrá suceder que alguno me la dispute, es muy posible: pero cederla yo como vos cedeis la vuestra... eso no, yo os lo prometo.»

José era poco hombre para hacer cara á un sargento de la Guardia Real; conocia su impotencia, y no le quedaba mas recurso que morderse los labios y tirarse de los cabellos: en esto se abrió la puerta del gabinete, y el notario salió á despedir á sus dos clientes: volvióse en seguida hácia Gedeon y le dió la mano.

M. Pichon era hombre de unos sesenta años, alto y de serio aspecto, sin embargo de que su carácter jovial lo desmentia en esta parte cuando habia motivo para que se

Ayuntamiento de Madrid

deshiciesen las arrugas de su entrecejo; partidario de la revolucion cuyos principios habia adoptado, no transigió con el imperio ni con la restauracion, y tanto por su posicion, como por carácter, era el notario del pueblo. En su estudio se arreglaban los intereses y se conciliaban las disensiones de las damas de la Halle y de los mercaderes del Temple, lo que hacia que su despacho fuese el mas bullicioso de París; pero esto en ma-

nera alguna perjudicaba sus intereses. Habituado á luchar con la mala fe, y á descubrir la justicia á través del diluvio de palabras en que por lo regular va siempre envuelta, escuchaba con atencion, era pródigo en hacer preguntas, y hacia alarde de haber impedido mas litigios que autorizado contratos. Su modo de hacer preguntas se resentia del escepticismo y los sarcasmos de que tenia que valerse para sacar la verdad de los clientes con quienes ordinariamente trataba. Tomó, pues, la mano de Gedeon, y sin soltarla lo condujo á su gabinete.

«Al fin he logrado traeros á mi casa, M. Gedeon Martin: no creia que fueseis tan jóven, ó mas bien esperaba que tuvieseis diez años mas; aunque á la verdad un jóven que no paga á su patrona, y que es mas asistente al café de la Paz que á casa del negociante que le da trabajo, debe ser poco mas ó menos de vuestra edad: si tuvieseis mas años, no habria escusa para vuestra conducta. A pesar de todo, yo apuesto á que os calumnian, porque mi escribiente José ha estado mas de veinte veces en el café de la Paz y no os ha visto.

—No estoy siempre en él, respondió Gedeon, el cual, como todo lo referia á sus amores, creyó ver en M. Pichon el árbitro de su matrimonio con Clarisa y el hombre de mayor confianza de Mme. Amelin: por esto añadió desfigurando algo la realidad de los hechos: ayer no parecí por allí hasta muy tarde, cuando ya me retiraba á mi casa.

—Está bien... ¿con que sois efectivamente M. Gedeon Martin?

—Sí señor.

—¿Natural de Bordeaux?

—Allí nací.

—¿Cuyos padres han muerto ya?

—¡Ah! sí, soy huérfano.

—¡Pues bien! escuchadme.»

El notario tomó asiento en el sillon que tenia en el bufete, hizo que Gedeon se sentara á su lado, y mientras que con una de sus manos abria y cerraba su caja del tabaco, colocó la otra sobre el hombro del jóven diciéndole:

«La naturaleza os ha favorecido mucho, amigo mio; sois un guapo jóven, vuestra frente respira inteligencia: ha querido compensar de este modo vuestra horfandad..... ¿Teneis en vuestro poder la fe de bautismo y la partida de defuncion de vuestros padres?

—Sí señor, en mi casa estan.

—Será preciso que me los deis.... El aislamiento en que os encontrais, es decir, la falta de familia, es una leccion que os enseña que no debeis contar con nadie en este mundo..... y, añadió M. Pichon, tendreis algunas deudas, ¿no es asi?

—Mme. Amelin, respondió Gedeon cada vez mas persuadido de que se trataba de su casamiento, Mme. Amelin debe exagerarlas; pero yo os aseguro que dentro de pocos dias las pagaré todas.

—¡Mme. Amelin! esclamó M. Pichon.

—Sí señor: aunque no me haya dicho una palabra sobre vuestra cita, y aunque ayer tarde me recibiese tan mal, creo que.....

—¿Qué creeis?

—Que debeis saber que yo trato de casarme con su hija.

—Yo no sé nada, ni conozco á Mme. Amelin, ni á su hija; pero me alegro de oir

Ayuntamiento de Madrid

lo que decís, porque el contrato de matrimonio se celebrará ante mí, si no variais de pensamiento.

—No señor, es resolucion irrevocable.

—Allá lo veremos, amiguito; pero dejemos esto, y hablemos de vuestra familia. ¿No teneis parientes?

—Un tio nada mas; mi tio paterno Martin, que está en la Carolina del sur.

—¿Y con quien sin duda os habeis criado? ¿Que os queria mucho cuando estabais con él en Bordeaux?

—Nada de eso: era yo muy niño cuando se marchó, y apenas me acuerdo de él.

—Pues bien, querido M. Martin, podeis segun eso ahorraros las lágrimas hipócritas de los herederos: vuestro tio ha muerto, y os deja cien mil escudos, mas bien mas que menos.

—¡Cien mil escudos! esclamó Gedeon: ¡gracias á Dios que ya soy rico!

—Asi me gusta, dijo M. Pichon; no era posible que sintieseis la pérdida de un tio á quien no habiais conocido, y no parais vuestra atencion mas que en la herencia: esto es lo natural. No podeis figuraros cuánto me fastidia el dolor fingido de los herederos que vienen aqui lloriqueando la muerte de sus parientes. No hay que entristecerse, amigo mio; al contrario, hoy debeis entregaros á la alegría, y mañana pensaremos en los medios de emplear este capital del modo mas productivo.»

Mientras que Gedeon convenia francamente en que seria muy dificil tener lágrimas de dolor para llorar á un tio á quien jamás se ha visto, entregándose sin empacho al gozo que esperimentaba, el notario abrió su caja del tabaco, y echó sobre una hoja de papel todo el polvo de rapé que contenía.

«Ahi teneis, le dijo señalando el negruzco polvo esparcido sobre el papel, menos granos de tabaco hay ahi que piezas de veinte sueldos habeis heredado: con tan considerable cantidad hay lo bastante para vivir dichoso, tranquilo y sobre todo independiente. ¡Pero qué loco es el hombre! Yo he visto personas que han disipado fortunas mas pingües en menos tiempo del que se gasta en esparcir este tabaco.»

Al hablar asi M. Pichon infló sus dos carrillos, y de un fuerte soplo esparció por la habitacion los granos de rapé.

«Guardaos de imitar á tales imprudentes, añadió, porque los tios de América son muy pocos en nuestros dias, y son muy pocos tambien los que tienen la fortuna de heredar dos veces en su vida.»

Alguna parte del polvo de rapé se introdujo en las narices de Gedeon, el cual solo contestó con un estornudo á la figura retórica del notario. Este continuó:

«Para daros esta noticia os he mandado buscar, y en tres dias no han podido encontraros. Decidme ahora: ¿quién es esa jóven con quien quereis casaros?

—La hija de una florista de la calle de Saint-Martin.

—Ayer pudo tal vez conveniros este enlace; pero hoy ya es otra cosa: meditadlo bien. Sois rico, y podeis aspirar á una boda mejor; podeis entrar en una familia rica y exigir un dote proporcionado á vuestra nueva fortuna. ¿La hija de esa florista tiene buen dote?

—Ninguno, respondió Gedeon; pero pobre como es, la prefiero á una princesa.

—¡Bravísimo, amigo mio, sois digno heredero de vuestro tio Martin! Id á buscar vuestros papeles, porque es preciso que yo responda de la identidad de la persona, y despues os llevaré á casa del banquero en cuyo poder estan depositados los fondos; los recogeremos y los depositaré de nuevo en la Caja de consignaciones, en donde permanecerán hasta que se llenen todas las formalidades de la ley.»

Gedeon salió del gabinete, y en el despacho encontró á José algo mas tranquilo: el sargento de la Guardia Real se habia marchado ya, y el paseo á Saint-Cloud podia aun verificarse.

«¿Nos veremos en Saint-Cloud? preguntó José á Gedeon, que pasaba como un relámpago.

—Allí nos veremos, respondió, y yo soy quien pago.»

Ayuntamiento de Madrid

Corrió á la calle de Saint-Martin á anunciar su nueva fortuna á Clarisa y á su madre. La tienda de la *Rosa de Bengala* estaba cerrada: entró por la puerta principal de la casa, subió al piso entresuelo y encontró á Clarisa hecha un mar de lágrimas.

«¿Por qué llorais, Clarisa?» le preguntó Gedeon.

La jóven le cogió una mano, y lo llevó á la tienda para enseñarle los cajones en donde se habian empaquetado todas las flores.

«¿Qué significa esto? ¿Mme. Amelin desocupa la tienda?

—Sí, amigo mio, ha traspasado el arrendamiento, y ha salido á firmar el contrato hecho con el nuevo inquilino.

—No hay nada perdido, esclamó Gedeon: al contrario, parece que tu mamá ha adivinado mis intenciones, porque yo no quiero que mi amada trabaje ya; dentro de pocos dias serás mi esposa.»

Al decir esto dió un abrazo á Clarisa, la cual no manifestó la menor oposicion.

«¡Tu esposa! le dijo ella dando nuevos sollozos. Creo que no llegará ese dia; mañana nos vamos al Havre.

—¡Cómo al Havre!

—Mi madre quiere llevarme al Brasil, á un pais que llaman Rio-Janeiro, con un caballero con quien trata de casarme.

—¡Casarte, Clarisa! ¿Quién es ese caballero que os lleva al Brasil? ¿Qué significa todo esto?»

Entonces la jóven le esplicó la causa de que su madre le recibiera con tan mal modo el dia anterior: le dijo que habia en París un banquero, un millonario llamado M. Migaut, que por su desgracia se habia enamorado de ella; que cuando la encontró el dia antes sola en la tienda, su madre estaba con M. Migaut arreglando el negocio, es decir, la inesperada marcha, el traspaso de la tienda y el matrimonio, el cual no debia celebrarse hasta llegar al Brasil, y que el viaje de M. Migaut se verificaria tambien al momento. Antes que Gedeon pudiera recobrarse de su sorpresa y protestar contra las arterías de su futura suegra, esta volvió de la calle, y los dos amantes oyeron su aguda voz que desde el entresuelo llamaba á Clarisa. Gedeon subia hecho una furia. Madame Amelin estaba en el comedor, que servia tambien de sala de recibo, y á la cual daba la puerta del dormitorio de la madre y de la hija; una escalera de madera formando caracol, abierta en esta sala, ponia en comunicacion el entresuelo con la tienda. Desde que la madre de Clarisa vió asomar por la escalera la cabeza de Gedeon, su semblante brilló con una sonrisa de superioridad, aunque apenas movió sus labios.

«¡Ah! ¿estabais ahí, M. Gedeon? No esperaba vuestra visita; pero habreis venido á despedir á Clarisa, y esto era muy natural... ¿Nos separaremos como buenos amigos, no es verdad?

—¿Qué quereis decir con eso? No os entiendo, contestó Gedeon.

—Vaya que bien lo sabeis ya todo; Clarisa os habrá contado la dicha que se nos entra por las puertas.»

La jóven estaba delante y desmentia con sus lágrimas el dicho de su madre. Gedeon estaba cortado por la audacia y sangre fria de aquella muger; no sabia qué quejas, qué recriminaciones serian las primeras que debia echarle en cara. Mme. Amelin tomando un aire mas dulce, pero sin dejar el de superioridad con que habia empezado, prosiguió:

«Bien conocereis que ya no podemos pensar en ir á Saint-Cloud; la víspera de un viaje no se desperdicia en ir de campo. No os he engañado; recordad que ayer me negué á ello. Ademas hoy tenemos convidados á comer. ¡Ah! M. Gedeon, convengo en que debe seros muy sensible, porque en fin os dejé concebir algunas esperanzas; habíamos hablado varias veces de casamiento, no lo niego.....

—¿No lo negais, es verdad? esclamó Gedeon con voz ahogada por la cólera.

—Sin duda; pero si amais á Clarisa, debeis alegraros de lo ocurrido; cuando se tiene cariño á una persona, ha de ser sin egoismo... Figuraos que la pobre niña va á ser tan rica como una reina: tendrá esclavas, M. Gedeon, y diamantes tambien; no tendrá que vestirse

Ayuntamiento de Madrid

sola, ni que poner los pies en el suelo si no quiere. Si se hubiera casado con vos, tendria que levantarse á las seis de la mañana y estar trabajando hasta las doce de la noche, en vez de que con M. Migaut.....

—Si es dinero lo qne os hace falta, esclamó Gedeon interrumpiéndola, enviad con mil diablos á M. Migaut, y estad segura que conmigo no tendrá vuestra hija que trabajar para vivir: si él es rico, yo tambien lo soy; mi tio Martin ha muerto y yo le heredo; cuento ya con quince mil libras de renta.»

Al escuchar esta revelacion, Clarisa dió un grito de alegría, y Mme. Amelin, poniéndose en jarras, empezó á reir estrepitosamente.

«No está mala la invencion, dijo ella; pero ved aqui una herencia que llega á tiempo: despues del asno muerto la cebada al rabo, M. Gedeon; no se emboba así como quiera á mamá Amelin. ¡Vos heredar! ya lo voy creyendo..... el tio Martin ha muerto; pero como hay tantos en el mundo que se llaman asi, cuando hayais conseguido que enviemos á pasear á M. Migaut, se descubrirá el embrollo, y sacaremos en limpio que el difunto Martin es tan tio vuestro como mio, ó que solo os deja por herencia su bendicion paternal. A mí no se me engaña. ¿Esta farsa la habeis urdido solo, ó tiene Clarisa tambien parte en ella?»

Gedeon hizo cuantas protestas estaban á su alcance sobre la realidad de la herencia, y hasta se refirió al testimonio del notario, Mme. Amelin no quiso darle crédito; y cansada al fin del llanto de su hija y de los juramentos del jóven:

«¡Pues bien! le dijo: si sois rico, tanto mejor para vos: habeis heredado á vuestro tio Martin, guardad vuestra herencia yo voy á ser suegra de M. Migaut, y me quedo con mi yerno; me ha dado palabra de ello, y yo tambien se la he dado. ¿Quereis saber lo que ha hecho con Clarisa? Voy á decirlo: no se contenta como vos con llevarla á Saint-Cloud para comprometerla mas y mas, sino que le da riquezas aun antes de casarse. Sí señor; la dota en una cantidad quizás superior á la herenia de que hablais, y esta dote no la promete, la da al contado. En mi poder está ya, añadió con mucha prosopopeya.

—¿En vuestro poder ya? esclamaron ambos jóvenes á la vez.

—En mi poder, señorita: mientras que estabais escuchando las ternezas de un jugador acosado de deudas, M. Migaut ponia en mis manos vuestra dote.»

Y como Mme. Amelin viese que Gedeon hacia un ademan de incredulidad, instigada tambien por el deseo de hacer alarde de su fortuna, y queriendo por otra parte dar una prueba incontestable de la riqueza de su futuro yerno, entró en su dormitorio, sacó del bolsillo una llave con la cual abrió su cómoda de nogal y volvió al comedor con una cartera de tafilete encarnado tan llena de papeles, que el cierre de acero no podia sujetarlos. Despues de abrirla con mucho trabajo:

«Mirad, les dijo desdoblando los billetes para enseñar el número que indicaba el valor de cada uno conforme iban desfilando entre sus dedos; vedlos aqui: hay trescientos veinte, no lo sé á punto fijo, porque M. Migaut es hombre que no cuenta; todos son de mil..... Los he tomado para dárselos á Clarisa; pertenecen á Mme. Migaut, y su madre los guarda, porque forman su dote, y su viudedad si llega el caso. Una vez en el Brasil, compraremos hermosas tierras que linden con las de M. Migaut, el cual tiene muchas haciendas en aquel pais; tendremos bosques vírgenes en donde se crian tantos guacamayos..... Y como los billetes de banco pierden algo de su valor llevándolos al Brasil, yo iré mañana mismo á casa de M. Laffite á convertirlos en letras de cambio, que cobraré alli en hermosas portuguesas, moneda de oro que vale cinco ó seis napoleones..... Aqui está tambien, añadió, el pasaporte de M. Migaut y el mio, y el tuyo tambien, Clarisa.

—¡Malditos sean los billetes de banco! esclamó Gedeon al ver unas riquezas cuya realidad no podia negar: de poco tiempo á esta parte se han conjurado contra mí.

—Yo no quiero dote, ni bosque vírgen, dijo Clarisa; mamá, volved esa cartera á mon-

Ayuntamiento de Madrid

sieur Migaut, porque jamás me casaré con él.»

Gedeon conoció que toda resistencia era inútil, y que nunca lograria de Mme. Amelin que le antepusiese á un rival tan pródigo y tan rico como M. Migaut, cuyo nombre oia por la primera vez de su vida. No contaba, pues, mas que con el amor de Clarisa; pero lo poseia enteramente, y era llegado el momento de ponerlo á prueba. Ya era rico; dejando sus poderes á M. Pichon, este podia enviarle dinero á todas partes: tambien tenia los cinco mil francos del desconocido, y con semejante suma fácil le era fugarse con Clarisa y llevarla á donde Mme. Amelin no pudiese descubrirlos. M. Migaut se habia propuesto irse con Clarisa hácia el mediodía; él la conduciria al norte· Bruselas no está lejos de París, y lo esencial era, puesto que se le obligaba á ello, comprometer á Clarisa de tal modo que M. Migaut renunciase á tomarla por esposa. Con esta idea aprovechó el momento en que Mme. Amelin, despues de haber cerrado la cartera, pasó á su alcoba á guardarla en la cómoda para decir á Clarisa:

«No digas una palabra á tu madre; esta tarde á las siete vendré por tí, espérame.»

Sin comprender Clarisa el fin de esta cita, le contestó afirmativamente con un movimiento de cabeza. Mme. Amelin estaba ya de vuelta.

«Ya debeis quedar del todo convencido, dijo á Gedeon; despedíos de Clarisa, porque nos falta tiempo para tanto como tenemos que hacer de aqui á mañana.»

Salió entonces Gedeon sin pronunciar una palabra; fue á su casa á tomar los papeles que le habia pedido el notario. Mme. Amelin dijo despues á su hija:

«No esperaba yo que se portara con tanto juicio; se ha hecho cargo de la razon. Si es cierto, como dice, que ha heredado á su tio, no tardará en consolarse. Vamos, niña, no llores por él, que dentro de dos horas ya no se acordará de tí. M. Migaut vendrá á las cinco, y nada tenemos preparado todavía. Vete á vestir, que yo me encargo de todo lo demas.»

Entretanto se encaminaba Gedeon á casa del notario, llevando consigo todos los papeles que acreditaban su nacimiento y horfandad. El principal pensamiento que le ocupaba entonces era el misterio que envolvia la conducta de un hombre tal como le habian pintado á M. Migaut; tan rico, tan pródigo y tan enamorado de Clarisa, no creyó que tratara de casarse, sino que se proponia especular de otro modo, especulacion en su sentir á que no era capaz de negarse madame Amelin.

«Ese miserable, decia entre sí, paga muy caros sus caprichos, y debe ser muy rico y muy confiado cuando envia el dinero por delante. Mi futura suegra no habria vacilado en vender á su hija por la mitad de los billetes que me enseñó..... si asi no fuese, ¿por que casarse en el Brasil, lejos de sus amigos y parientes, y no aqui? El que procede de buena fe se dirige á la municipalidad y al cura de su parroquia, y no espera para celebrar la boda hallarse en medio de un bosque vírgen. Por otra parte: si no hubiese convenio secreto, ¿M. Migaut habria hecho lo que he visto? Que un hombre dote á su muger con todas sus riquezas, es cosa que cabe en lo posible; pero que ponga en manos de la madre cien mil escudos antes de la boda..... ¡ellos se entenderan!»

Estas reflexiones habian acallado todos los escrúpulos de Gedeon si alguno hubiese tenido; se propuso hacérselas á Clarisa para

Ayuntamiento de Madrid

abrirle los ojos, mostrarle el peligro que le amenazaba, y convencerla para que le siguiese. Mme. Amelin era ya para él la muger mas perversa del mundo; M. Migaut, un hombre rico y poderoso que habia sacado los pasaportes y proyectado un viaje á paises lejanos para engañar á Clarisa; conducirian á la pobre niña á una casa de campo en los alrededores de París, ó á algun castillo de M. Migaut cuyo nombre debia ser fingido, y que de este modo se consumaria la perdicion de Clarisa. Semejantes temores eran tanto mas naturales, cuanto que Clarisa nunca le habia dicho una palabra de su opulento adorador; un hombre que se presenta como esposo no se envuelve en el misterio; obra sin ocultarse de nadie, porque obra con lealtad; y si saca de la miseria una honrada jóven, si la hace partícipe de su fortuna, y le da su nombre, aspira á ser amado, ó á lo menos á que se le muestren agradecidos: por el contrario, cuando el contrato es inmoral, el comprador paga de grado ó de fuerza lo que se le da en cambio de su dinero, y entonces al vendedor es á quien le corresponde entregar la víctima. Esto era lo que habia pasado, segun se lo figuraba Gedeon; y bajo tal supuesto, ninguna noticia debió tener Clarisa hasta el dia antes, y por lo mismo poco afan debia mostrar Mme. Amelin para obtener el consentimiento de su hija.

Gedeon entró casa del notario con el semblante descompuesto; la falta de sueño y la fatiga de la noche anterior contribuian tambien á aumentar su palidez.

«¿Qué teneis? le preguntó M. Pichon al verle tan agitado.

—Disgustos que tal vez podrian desaparecer si os prestais á que concluyamos el negocio hoy mismo. Aqui estan los documentos que me habeis pedido. ¿No seria posible que fueseis sin mí á casa del banquero que tiene mis fondos?

—De ningun modo: para ello necesitaríamos estender un poder; hoy no puede hacerse, y ademas no es este el camino derecho, puesto que estaisen París y que ningun obstáculo racional os impide acompañarme. Pero sepamos qué disgustos son esos, M. Gedeon; aunque, si no hemos de perder tiempo, me lo contareis por el camino.»

M. Pichon preguntó á su criado si estaba dispuesto el coche; contestó afirmativamente, y entonces salieron á la calle. En cuanto estuvieron dentro del carruaje, le dijo Gedeon:

«Ya os dije que trataba de casarme; pero acabo de saber que se llevan de París á la jóven que amo.

—¿Cuál, la florista?

—Sí señor; su madre se niega á consentir en nuestro casamiento.

—No sabrá entonces que poseeis cien mil escudos.

—Ya se lo he dicho. Pero como la hija me ama muy de veras, yo impediré la iniquidad que se propone consumar á nuestra costa; he adivinado toda la intriga, y me he convencido de que su misma madre es quien la vende.

—¡Cuidado, jóven, con fulminar tales acusaciones contra una madre!

—He visto el precio de la venta, M. Pichon; y aunque es cierto que Mme. Amelin me ha hablado de un casamiento, ¿se puede creer que nadie intente irse al Brasil para celebrarlo pudiendo hacerlo en París? Yo no veo en todo ello mas que una de las muchas intrigas de los grandes señores, uno de esos raptos que nuestros nobles llevaban á cabo antes de la revolucion, con la diferencia de que la madre se presta á él de buena voluntad.»

Para escitar hasta el mas alto grado la in-

Ayuntamiento de Madrid

dignacion política de M. Pichon, solo se necesitaba hablarle de los nobles ó del gobierno de los Borbones; aconsejó á su cliente que siguiese el hilo de la intriga en el supuesto de ser cierta: le prometió su apoyo, y le aseguró que á pesar de las circunstancias del tiempo, se encontraria ayuda y proteccion en los magistrados.

«Porque, añadió, las leyes existen mal que les pese: vivimos bajo un régimen aborrecido de la nacion, es verdad; pero tenemos tribunales, y sobre todo no estamos en Constantinopla; hay libertad de imprenta, cámara de diputados y derecho de peticion..... Cabalmente vuestro negocio me ha irritado tambien sobremanera: los albaceas de vuestro tio me han remitido su testamento; pero los fondos los han entregado á un banquero en vez de enviármelos directamente: esto es en primer lugar una falta de confianza, y ademas el banquero que han elegido es hombre que no me gusta: aunque no le conozco, sé que es realista, y aun algo jesuita.....

—¿Y temeis, dijo Gedeon, que los fondos no esten seguros en tales manos?

—No es eso precisamente lo que queria decir; y ademas, como han de estar tan poco tiempo en su poder..... Si José os hubiera encontrado el primer dia que le envié á vuestra casa, ya habríamos salido del paso.»

Al decir estas palabras el coche se detuvo,

y el notario advirtió á Gedeon que habian llegado á la casa del banquero. Al bajarse de coche vieron salir de ella á un comisario de policía y varios agentes que le acompañaban. Subieron al primer piso, y despues de atravesar varias piezas, llegaron á la que ocupaba el sugeto á quien iban á ver, el cual los recibió recostado en un sofá como si estuviese enfermo: un hermoso perro estaba echado á sus pies. Desde el punto en que Gedeon puso los pies en aquel gabinete empezó el perro á gruñir, y en cuanto vió que se aproximaba quiso arrojarse á él. Su dueño le contuvo á duras penas. Es inesplicable lo que en este momento pasaba en el interior de Gedeon. Y como el perro no cesaba de ladrar, se vió el notario precisado á decir.

«Cuando lo permita ese animal os manifestaré el objeto de mi venida... ¿Es M. Migaut el sugeto con quien tengo el honor de hablar?

—¡Migaut, Migaut!..... esclamó Gedeon. ¿Es este caballero M. Migaut? preguntó al notario.

—¿No le habeis oido, y él mismo contesta que sí?» respondió el notario.

Un pensamiento súbito se apoderó del jóven, y dando un puntapié al perro, con lo cual logró apartarlo á larga distancia, salió del gabinete y cerró la puerta tras de sí. El perro se lanzó á ella; mas le fue imposible seguir á Gedeon.

«¿Que significa esto? preguntó el notario á M. Migaut.

—Eso iba á preguntaros, contestó él con la mayor sangre fria.

—Sin embargo, debeis conocer á M. Martin; se ha marchado sin saber por qué: esto lo aclararemos mas adelante. Vamos á lo esencial: represento á M. Martin, y aqui tengo los documentos que acreditan su persona. Soy M. Pichon, notario.....

—¿M. Pichon? esclamó M. Migaut con mucha sencillez; en este mismo momento iba á escribiros, caballero, suplicándoos que tuvieseis la bondad de venir á verme.

—¿Era tal vez para hablarme de los fondos de M. Martin?

—Ciertamente; pero ¡qué desgracia, señor, qué desgracia!

—Esplicaos: no comprendo.....»

M. Migaut no dió mas contestacion que

Ayuntamiento de Madrid

tomar al notario de la mano y llevarlo á una habitacion en donde le hizo ver el desastre de la noche anterior, una ventana hecha pedazos, un arca que, aunque forrada de hierro y con dos buenas cerraduras, atestiguaba la habilidad y audacia de los ladrones que lo habian forzado para sacar de ella los valores que contenia.

«He sido robado; me han arruinado, caballero, y gracias que puedo contarlo..... No sé cómo no me asesinaron.»

Y M. Migaut enseñó al notario sus brazos acardenalados por las cuerdas con que le habian atado, el pecho rasguñado por la punta de un puñal, el cual no penetró hasta el interior por haber dado un vuelco el cuerpo al recibir el golpe, y en fin las contusiones de que tenia lleno todo el cuerpo.

«Ya veis de qué peligro me he librado!... Por supuesto que todo el barrio se puso en conmocion.»

Mientras que el notario examinaba atónito las evidentes señales de efraccion que le rodeaban, y la escopeta con que M. Migaut disparó á los ladrones, este le referia minuciosamente todos los riesgos que habia corrido. Segun él, tres malhechores entraron en su casa por el balcon: uno de ellos, despues de atarle en la cama, estuvo delante de él amenazándole con un puñal mientras que los otros forzaban la caja: en cuanto se consumó el robo quedó solo; pero habiendo empezado á dar voces, volvió el mismo que le habia atado y le asestó una puñalada, la cual, por ir mal dirigida sin su duda, no habia hecho mas que rasgarle la piel, y creyéndole muerto huyó. Entonces consiguió desatarse, y aunque herido tuvo fuerzas para coger la escopeta, asomarse al balcon, disparar á los ladrones y pedir socorro. Todos los inquilinos de la casa, el portero y los vecinos de la calle habian acudido; todos vieron las cuerdas con que le habian atado, los instrumentos de que se sirvieron para forzar la caja y la escala pendiente de los hierros del balcon. Al momento envió á llamar á un comisario de policía, el cual habia estendido las declaraciones de mas de veinte testigos, y examinado escrupulosamente el lugar del robo, con todas las demas circunstancias que probaban el crímen.

«¿La herencia de mi cliente, le preguntó el notario, estaba tambien en la caja?

—Sí señor, reducida ya á billetes de banco para cuando vinieseis á recogerla.

—Gran desgracia es esta, dijo M. Pichon; mas no dejais por eso de ser responsable del depósito.»

A estas palabras, esclamó M. Migaut que estaba completamente arruinado; que su caja, ademas del depósito en cuestion, contenia valores considerables, entre ellos muchos pagarés á varias fechas que los ladrones se apresurarian á inutilizar, porque de nada les servian y podian descubrirlos. Al hacer esta relacion de sus desgracias, y de la miseria á que segun él decia iba á quedar reducido, turbado sin duda por la fisonomía de Gedeon, á quien reconoció perfectamente, sorprendido por la milagrosa coincidencia de ser cómplice de su crímen la misma víctima, sobresaltado con la presencia del notario, que podia estar enterado de la aventura de Gedeon..... M. Migaut cayó en el suelo sin sentido.

Mientras que M. Pichon llama en su socorro á la gente de la casa, vamos á dar algunos pormenores sobre la persona de monsieur Migaut, que tan mal tino habia tenido para elegir el editor responsable de la atrevida empresa que con tanto cálculo acometió.

Ayuntamiento de Madrid

M. Migaut era hijo de padres honrados,

demasiado pobres para dejarle bienes de fortuna, pero no tanto que le privasen de la educacion primera, y que unida á una mediana capacidad basta para dedicarse á la carrera del comercio. A los doce años entró en el escritorio de un banquero, en donde poco tardó en iniciarse en los secretos del giro y en todos los misterios del agiotaje: al cabo de algunos años dejó la Francia y recorrió la América. En la Carolina del Sur conoció á M. Martin, negociante bordelés, tio de Gedeon; adquirió relaciones con los amigos M. Martin, y á estas relaciones era debido el que cuando llegó el caso depositaran en él la herencia que habia tratado de apropiarse; era cosa muy natural que los amigos del difunto se dirigiesen á un hombre establecido en París, y con el cual, ademas del conocimiento personal, tenian relaciones de comercio. Desde la Carolina del Sur habia pasado al Brasil, pais quizás el mas abundante del globo en minas y vegetales; su hermoso clima gustó á M. Migaut, quien ademas de los goces físicos debia buscar en él las riquezas; pero la fortuna no se le mostró risueña. El mismo contribuyó á ahuyentarla con sus vicios: era aficionado al juego, al lujo, y las brasileñas no dejaron tampoco de ayudar á su desgracia; cuando en el boulevard de Montmatre dijo á Gedeon que en su juventud habia sido buen jugador de villar, recordó sin duda las veladas del Brasil invertidas en el juego, el cual disipaba en una noche el oro adquirido en un mes de penoso trabajo. En los Estados-Unidos se aficionó tambien á las especulaciones atrevidas, y como nunca habia llegado á emprender ninguna de esas combinaciones que arruinan ó enriquecen de un golpe, vivia convencido de que para prosperar en el comercio se necesita un capital; pero le faltaba constancia para adquirirlo por medio de una industria cualquiera.

Dejó pues el Brasil casi tan pobre como llegó á él, y sin otra ventaja que los conocimientos del pais y la esperanza de establecerse alli en circunstancias mas favorables. A su vuelta á París recogió la modesta herencia de sus padres, y entonces trató de utilizar sus viajes, entablando operaciones comerciales con los Estados-Unidos y con los negociantes conocidos del Brasil, que no se negaron á dispensarle su confianza. Un hombre honrado y de probidad hubiera prosperado asi; pero Migaut veia que iba envejeciendo (tenia algo mas de cuarenta años), aspiraba á hacer rápida fortuna, y recurrió á los agios de las rentas públicas para conseguirlo mas pronto. Empero no lo hizo sin tomar todas las precauciones posibles: demostró un realismo ardiente y decidido, afectó sentimientos religiosos, y como se decia en aquella época, se puso bien con el altar y el trono; mas para esplotar una opinion política, sea la que quiera, se necesita cierta posicion social y crédito, ó á lo menos pertenecer á alguna categoría del Estado, y contar con sus propios fondos, pocos ó muchos. Todo esto faltaba á M. Migaut, cuyo nombre plebeyo sonaba mal en los oidos de los poderosos del dia, siendo por otra parte hombre de astucia mas bien que de inteligencia, y de codicia tan ardiente, que se descubria hasta en sus palabras mas insignificantes.

Todos sus esfuerzos fueron por consiguiente vanos. Sus relaciones con el Brasil le ha-

Ayuntamiento de Madrid

bian puesto en contacto con Mme. Amelin, muger comun y codiciosa como él, la cual para remitir á Rio Janeiro los productos de su industria necesitaba de un auxilio que él le proporcionaba á muy poca costa. A la sazon recibió de la Carolina del Sur trescientos veinte mil francos en letras contra las mejores casas de París, importe de la herencia de M. Martin, los cuales despues de realizados debia entregarlos á M. Pichon, notario, quien al mismo tiempo recibió el testamento y estaba encargado de poner los fondos á disposicion del heredero. La carta en que se le remitian las letras contenia una cláusula reducida á suplicarle desempeñase este negocio con el mayor celo é inteligencia, porque no se sabia á punto fijo si el sobrino del difunto vivia ó no, y porque faltando el heredero, seria necesario darle nuevas instrucciones sobre el empleo que habia de hacerse de una cantidad tan considerable.

M. Migaut cobró inmediatamente las letras, y á la vista de tanta riqueza se inflamó su codicia; trescientos veinte mil francos era cantidad suficiente para darle la independencia y bienestar que hasta entonces no pudo lograr; con esta suma bastaba para realizar en los amenos campos del Brasil los sueños

de toda su vida; el heredero de M. Martin podia ser hombre rico ó haber muerto ya; y en este último caso, como amigo que habia sido de M. Martin, ¿no tenia cierto derecho á sus bienes? Esta idea, por mas falsa que fuese, sirvió de base á otras muchas por el mismo estilo, y poco á poco el instinto de la propiedad se inclinó tanto á aquellos fondos que tenia en depósito, que resolvió hacerlos suyos. Tal fue el escollo en donde naufragó la probidad de M. Migaut, porque hasta entonces solo habia sido dudosa.

Para llevar á cabo su plan, era consiguiente que abandonase á París; pero no queria dejarlo como pudiera hacerlo un ladron cualquiera á quien una sentencia judicial hiere de muerte, que puede ser cogido en la frontera, ó cuya estradicion de pais estrangero puede lograrse algun dia: era, pues, indispensable aparecer espoliado y no espoliador, y para gozar tranquilamente del dinero robado demostrar al público que se recibia de mano estraña, y aun que él mismo no tenia derecho á él, sino que pertenecia á una tercera persona cuyas propiedades estuviesen bajo la salvaguardia de la ley. Siendo soltero, el mejor medio para este fin era casarse, y puso los ojos en la hija de madame Amelin: el amor no hacia al caso; mas era jóven y linda, y en igualdad de circunstancias valia tanto como cualquier otra; la madre le debia muchos favores, y de esperar seria que le fuese fiel, y aun su misma codicia la induciria á ello. Tenia necesidad de una persona que cambiase los billetes de banco, bien por oro, bien por letras sobre el Brasil; y siendo esto lo mas natural y seguro, nadie mejor que Mme. Amelin podia proporcionar las letras á su propia órden sin escitar sospechas; de esta suerte aparecia que la pobre florista llevaba al matrimonio un gran dote, la presentaria en Rio Janeiro bajo este concepto, y despues de casado gozaria tranquilamente de los bienes de su muger, ó mejor dicho, de M. Martin. Mme. Amelin, engañada á tan poca costa sobre lo esencial del hecho, debia serlo hasta en sus menores accidentes; se propuso exigirle al otro dia un recibo del dinero, y obligarle á que se marchase sola con su hija, porque no se le ocultaba que despues de verificado un robo como el que meditaba le seria imposible ausentarse de París sin descubrirse él mismo, ó al menos sin escitar sospechas vehementes: por esto resolvió quedarse, aparentando hacer grandes esfuerzos para el descubrimiento del robo, y viviendo en la miseria de un hombre completamente arruinado. Mas para fingir el robo con buen éxito era indispensable hacerlo de un modo verosímil, y la eleccion de un cómplice no era cosa muy

Ayuntamiento de Madrid

sencilla. Dirigirse á uno de esos hombres que viven solo de la rapiña y el asesinato era demasiado peligroso: un hombre de esta especie le serviria perfectamente, es verdad; pero en cuanto llegase á saber cuál era el provecho que del robo habia sacado M. Migaut, se llamaria á la parte, y el dote de madame Amelin se reduciria á la nada con las exigencias diarias, y sobre todo su marido se veria espuesto á una delacion: ademas la policía no se duerme en el descubrimiento de los ladrones de profesion, los vigila, está siempre encima de ellos, los espia, y el mayor peligro de M. Migaut consistia en la prision de su cómplice. Para su objeto necesitaba de uno de esos hombres de honradez equívoca, y si era completamente honrada mejor, el cual despues de cometido el crímen ni aun se atreveria á mirar á su seductor, huiria de él y bajaria los ojos si por acaso le encontraba, y que si llegara á ser descubierto negaria con obstinacion. Difícil era dar con un hombre así, y M. Migaut, desesperado ya de encontrarlo, casi estuvo decidido á obrar solo, esponiéndose á escitar desconfianza; pero la noche misma en que iba á llevar cabo su proyecto entró por una casualidad en el villar del café de la Paz. El partido que jugaba Gedeon estaba empezado, y la cabeza del amante de Clarisa no parecia muy firme ya. M. Migaut vió sin mucha dificultad que si el jóven continuaba perdiendo, podia servir muy bien para la consumacion de su atentado. Ya hemos referido lo que despues sucedió; y habrá podido notarse que cumplió lealmente su palabra, que no dió gritos ni permitió que el perro ladrara hasta que Gedeon estuvo en el suelo. En efecto, le convenia que los vecinos viesen correr al ladron; pero no que este fuese cogido.

Hasta aqui todo iba perfectamente: monseur Migaut habia logrado cuanto podia apetecer, y, seguro de quedar impune, esperó la confirmacion de su dicho de las declaraciones de los vecinos. Para desorientar á los jueces manifestó en su relato que fueron tres los agresores, mostró una ligera herida en el pecho y algunas contusiones en las muñecas, ideó el drama, que refirió tambien á M. Pichon, y entregó á la autoridad varios instrumentos de cerrajería. Empero desde el momento en que M. Pichon entró en su gabinete acompañado de Gedeon, perdió todas sus esperanzas, porque reconoció que el heredero de M. Martin era el jóven á quien habia seducido algunas horas antes; sintió que la mano de la Providencia cortaba el hilo de su intriga, y estuvo luchando con su espíritu hasta que las fuerzas físicas se agotaron.

M. Pichon al verlo desmayado tiró del cordon de una campanilla; á poco se presentó una criada. A fuerza de agua de colonia consiguieron ambos que volviese en sí. Aparentando entonces gran admiracion de ver á su lado al notario, le pidió un dia ó á lo menos algunas horas de respiro.

«Compadeceos de mí, le dijo; tal vez me sea imposible soportar el golpe que acabo de recibir.... Tengo calentura, la cabeza se me arde; permitidme que me acueste.»

Esta demanda era demasiado justa; pero, como ya dijimos, el notario sabia cuáles eran las opiniones políticas de M. Migaut, y esperimentaba hácia él cierta antipatía: de manera que sin negarle la libertad de hacer lo que tuviese por conveniente, y sin manifestar la mas leve sospecha sobre la verdad de cuanto le habia dicho, no le pareció prudente abandonar el campo, y continuó paseándose por la habitacion como si nada hubiese oido. Despues de algunos momentos de silencio se paró frente de M. Migaut y le dijo:

Ayuntamiento de Madrid

«Teneis calentura.... vuestra cabeza no está en caja.... Asi debe ser, no lo niego. ¿Pero qué va á ser de mi cliente, de ese jóven cuya herencia ha desaparecido? Y este acontecimiento complica mucho su situacion: hay de por medio una jóven con quien quiere casarse; y esta jóven tiene por desgracia una mala madre que trata de venderla á un poderoso, á un par de Francia, á uno de esos nobles y grandes señores. Ya visteis cómo se marchó, y temo no haya ido á suicidarse: cosa muy problable, porque confiado ya en su nueva fortuna, esperaba ablandar el corazon de Mme. Amelin: habria podido convencerla á que abandonase su infame proyecto; pero....»

Al oir el nombre de Mme. Amelin, monsieur Migaut esclamó sobresaltado:

«¿Habeis dicho Mme. Amelin?

—Sí señor, Mme. Amelin, replicó tranquilamente el notario, la cual quiere especular con una linda jóven de que está mi cliente ciegamente enamorado. ¿Teneis alguna noticia de ello? Creo que conoceis á esa Mme. Amelin, que vende flores artificiales en su tienda, titulada la Rosa de Bengala, calle de Saint-Martin. ¿No es así?

—¿Vuestro cliente, M. Gedeon Martin, el que ha venido aqui, dijo M. Migaut, conoce á Mme. Amelin?

—Y se casaria con su hija si le entregaseis su dinero, ó si un miserable no comprara....»

A estas palabras, demasiado esplícitas ya para M. Migaut, aunque no tuviesen igual sentido para el notario, el enfermo se levantó del sofá en que estaba recostado, y tomando su sombrero, desapareció como un relámpago.

«¡M. Migaut, M. Migaut, que estais enfermo! ¿á dónde vais?» decia el notario.

Pero M. Migaut corria con tanta velocidad como Gedeon poco antes.

«¡Se han vuelto locos! dijo entre sí el notario. ¿Estará tambien este enamorado de la floristilla? Beldad muy soberana debe ser y muy peligrosa.»

Hizo algunas preguntas á la criada; pero nada sacó en limpio. Tomó entonces el coche, y volvió á su casa, sin poder comprender de qué manera podia estar ligado el robo de M. Migaut con los amores de su cliente.

Desde que Gedeon reconoció al perro, adivinó que se hallaba en la casa visitada por él de un modo tan estraño la noche anterior; y cuando el notario nombró á M. Migaut, un rayo de luz iluminó su mente: M. Migaut era el que le habia dado cinco mil francos por que se introdujese en su casa á las dos de la mañana, aparentando asi que le habian robado; él era tambien quien habia entregado á Mme. Amelin la herencia de su tio, arrebatándole de este modo su amada y su riqueza. El comisario de policía que vió salir de la casa á su venida podia saber lo sucedido por delacion de M. Migaut, y sin embargo este se marchaba al Brasil al otro dia; él mismo habia visto el pasaporte. En un momento iba á perderlo todo, hasta el honor. El tiempo apremiaba, y lo primero que se le ocurrió fue presentarse al instante en casa de Mme. Amelin. La cartera que esta le habia enseñado contenia su herencia, y resolvió apoderarse de ella á toda costa. Si la justicia tomaba conocimiento de la violencia cometida por él, los tres pasaportes que estaban entre los billetes de banco probarian en caso de necesidad cuando menos el robo de Migaut, puesto que los tres reunidos patentizarian un proyecto de fuga simultánea, y obligarian á Mme. Amelin á que confesase de dónde le venian las cantidades que tenia en su poder. En cuanto Gedeon entrevió el fin de las atrevidas combinaciones de M. Migaut, salió como ya dijimos en direccion á la puerta de Saint-Martin. Pedia al cielo muy de veras que el drama llegase á su desenlace sin tener que valerse de la fuerza respecto á Mme. Amelin. Cerca ya del término de su carrera la vió venir hácia él. La buena señora esperaba á comer á su suegro, y se encaminaba á una fonda á surtirse de algunos artículos que para la comida necesitaba. Desde que Gedeon la divisó se entró en un portal para evitar que sospechase podia dirigirse á su casa.

Ayuntamiento de Madrid

«¡O fortuna! dijo él· ¡cuánto tengo que agradecerte!»

A los cuatro minutos Clarisa le abria la puerta del cuarto entresuelo. Amaba de veras á Gedeon, le creia rico porque él lo habia asegurado, y estaba dispuesta á seguirle á cualquier parte que la llevase. Un rapto en silla de posta, un viaje al lado de un jóven que va derramando oro á manos llenas, y que en llegando á punto seguro será esposo de la robada, es cosa que por lo regular no desagrada mucho á las floristas de la calle de Saint-Martin. Por otra parte, Clarisa tenia escusa: le habia faltado su madre á la palabra: aprobó su amor á Gedeon, y luego se habia retractado por el motivo mas fútil de todos á los ojos de la juventud ¿Qué valen los intereses cuando tenemos solo diez y seis años? Asi fue que en cuanto vió á Gedeon le dijo:

«¿Vienes por mí? pronta estoy; vamos.

—No, Clarisa; nada de eso se necesita ya: solo vengo por la cartera de M. Migaut; dámela al momento, que el tiempo urge.

—¡La cartera de M. Migaut! esclamó Clarisa.

—Sí, la cartera que sacó tu madre esta mañana, todo lo que contiene es mio, escepto los pasaportes; pero estos tambien los necesito para que me sirvan de prueba. Vamos, pronto, la llave.....»

La pobre niña nada podia comprender de lo que queria decir Gedeon, y solo vió que iba á cometer una mala accion, y empezó á derramar un torrente de lágrimas. Gedeon la abrazó, hizo lo posible para convencerla de que no se trataba de cometer un crímen, alabó los buenos sentimientos que demostraba, y la manifestó que le injuriaba con su desconfianza, pues él era hombre de bien, é incapaz de tomar lo que fuera de otro; que el hombre de quien debia desconfiar era del que, sin amarla y sin ser amado, queria casarse con ella y ponia en manos de su madre unas riquezas que no eran suyas.

«Ese dinero es mio, Clarisa; esos billetes son la herencia de mi tio Martin... La llave, Clarisa, dame la llave; cada instante que pasa nos espone á ser sorprendidos por tu madre ó por ese maldito Migaut, y entonces, si esto sucede, tú eres quien me arruinas, Clarisa, tú eres quien me robas.

—No tengo la llave, contestó Clarisa; desde que mi madre recibió esa cartera, siempre la lleva consigo.»

Gedeon entró entonces en la alcoba de Mme. Amelin, y sacando de su bolsillo el puñal mismo en que puso toda su confianza al emprender el asalto del balcon de M. Migaut, logró por medio de él levantar la cerradura de la cómoda, operacion en que no invirtió mucho tiempo ni trabajo, porque el tal mueble se prestó á ello con admirable docilidad: tomó la cartera, y ocultándola lo mejor que pudo, dijo á Clarisa:

«No niegues á tu madre que he sido yo quien ha forzado la cerradura. ¡Que grite, que amenaze, que me delate, nada temas, puede hacer lo que mejor le parezca! No huiré, Clarisa, no voy á esconderme: si quieren buscarme, me hallarán con la cartera en casa de M. Pichon, notario, calle Grenetat.»

Gedeon llegó en el momento mismo en que M. Pichon bajaba del coche.

«Subamos al instante á vuestro gabinete, que solo alli estaremos seguros,» dijo al notario.

Y sin detenerse siquiera á escuchar la contestacion de este, corrió hácia la escalera. M. Pichon le siguió apresurado.

Ayuntamiento de Madrid

«Aquí teneis, le dijo presentando la cartera á M. Pichon, la herencia de mi tio; estos son los billetes de banco que robaron anoche á M. Migaut.»

El honrado notario dió un paso atrás:

«M. Gedeon, le dijo en tono de severa reconvencion, ¿sois compañero tal vez de gente tan infame? M. Migaut ha estado á punto de ser víctima de sus asesinos, le han maltratado, le han herido, y...

—Y sin embargo, prosiguió Gedeon, esta cartera está desde ayer á las ocho de la noche en casa de Mme. Amelin, á quien la entregó M. Migaut, y contiene el pasaporte sacado de antemano por el honrado banquero para marcharse al Brasil.

—¡Pues qué! dijo el notario, ¿la fractura de su caja?...

—El mismo la ha hecho.

—¿La escala, los instrumentos de cerrajería entregados al comisario de policía?.....

—Eran suyos.

—¿Las cuerdas con que le ataron?....

—El las habria preparado.

—Pero M. Migaut ha dado su declaracion, continuó el notario, y dice que tres malhechores asaltaron su casa.

—¿Tres malhechores dice? replicó Gedeon.

—Sí señor, y los vecinos lo han visto; han firmado el proceso verbal....

—Eso prueba, interrumpió Gedeon tranquilo ya del todo, que este hombre ha representado una comedia con tres cómplices buscados de antemano, puesto que la cartera que ya teneis en vuestro poder se hallaba seis horas antes del robo en casa de madame Amelin.»

Convencido de la exactitud de este raciocinio, M. Pichon abrió la cartera, contó los billetes, y examinó los pasaportes.

«Con esto basta para enviarlo á presidio, dijo poniendo la cartera al abrigo de toda sorpresa: ¡que vengan por ella ahora!» añadio despues.

En seguida, dando un golpecito en el hombro del jóven:

«Bien os acordareis, continuó, de que esta mañana al soplar el polvo de rapé os decia que he visto disipadas fortunas mas considerables que la vuestra en menos tiempo del que gasté en esparcir el tabaco; poco ha faltado para que se cumpliera mi profecía... y á la verdad no comprendo cómo no habeis tropezado con ese pícaro, porque en cuanto supo que Mme. Amelin era conocida vuestra se escapó como habiais hecho vos mismo al descubrir que él era vuestro ladron y rival.»

M. Migaut se dió por perdido desde que supo los amores de Gedeon y sus relaciones con Mme. Amelin; un azar funesto é imposible de preveer echaba abajo todos sus proyectos. Con efecto, ¿á quién se le ocurre jamás poder encontrarse de tal modo con la persona misma de quien se huye y al mismo tiempo la mas interesada? ¿Quién podia suponer que aquel hombre estaria enamorado de la misma jóven con quien trataba él de casarse, y que podia ser amigo ó conocido de la persona á quien confiaba lo robado, y que debia acompañarle ó á lo menos precederle en la fuga? Habia, pues, sido descubierto, y si no formaba una resolucion sobre la marcha, le probarian fácilmente su vergonzoso crímen.

Una sola esperanza le quedaba: tal vez nada habria dicho Mme. Amelin del depósito que le confiara, y nadie habria visto los billetes; entonces era posible recobrar su presa y fugarse con el pasaporte que tuvo la precaucion de sacar. Con esta idea salió de su casa, dejando allí al notario, y corrió á la calle de Saint-Martin: al entrar en ella en-

Ayuntamiento de Madrid

contró á Mme. Amelin, que regresaba á su casa con las provisiones compradas en la fonda.

«¡Mi cartera, Mme. Amelin, mi cartera! esclamó M. Migaut al acercarse á ella.

—¿Sois vos, M. Migaut? dijo Mme. Amelin, algo cortada de que su futuro yerno la viese mal vestida y tan cargada de peso.... vuestra cartera está en casa: ¿necesitais algunos papeles?

—Los necesito en este mismo momento. ¡Pero qué imprudencia! ¡abandonar vuestra casa cuando teneis alli valores tan grandes!

—Se quedó en ella mi hija, respondió Mme. Amelin con dignidad.

—Pues eso es lo peor, esclamó M. Migaut cada vez mas alarmado, porque vuestra hija tiene relaciones con personas de muy mala nota.

—¿Con personas de mala nota? repitió Mme. Amelin algo irritada, y principiando á temer el desvanecimiento de sus sueños dorados. Quereis hablar sin duda de M. Gedeon, jóven muy honrado, muy buen mozo, que queria casarse con Clarisa, y á quien despedí ayer mismo por vuestros respetos.... aunque ya es bastante rico, porque acaba de heredar.

—¡Maldicion! dijo M. Migaut; Mme. Amelin, al momento mi cartera.... creo que la pusisteis en una cómoda: dadme la llave.»

La pobre muger, asustada de ver el pálido semblante de M. Migaut, se apresuraba á buscar la llave: siéndole imposible valerse de las manos por llevarlas ocupadas, se inclinó para dejar una cesta en el suelo, y entretanto M. Migaut con la franqueza de yerno introdujo la mano en el bolsillo de su futura suegra, sacó la llave y escapó.

Al ver Clarisa la rotura de la cómoda y el desaparecimiento de la cartera, y temiendo la vuelta de su madre, y aun mas la posible llegada de M. Migaut, juzgó cosa muy prudente el llamar á los vecinos de la casa: esta precaucion la salvó de la rabia que esperimentó M. Migaut al ver rota la cerradura de la cómoda y al saber que Gedeon se habia apoderado de la cartera; de modo que cuando entró Mme. Amelin encontró su habitacion llena de varios vecinos que miraban estupefactos la palidez y anodadamiento de M. Migaut. El asombro pintado en todos los semblantes, y la fractura de su cómoda, hizo esclamar á Mme. Amelin:

«¡Ah! fundados eran los temores de mi yerno, y por desgracia Gedeon no ha errado el golpe.

—No, madre mia, contestó Clarisa temblando como la hoja en el árbol; M. Gedeon no ha robado la cartera, no ha hecho mas que llevarla á casa de M. Pichon, notario, calle Grenetat, y alli se encuentra esperando á que vayan por ella.

—¡El en casa de un notario! replicó su madre. ¡Un ladron! estará ya fuera de París. M. Migaut, ¿qué haceis? ¡llamad á un comisario!»

Al oir la palabra *comisario*, M. Migaut dió un salto de la silla en que estaba tirado.

«Vuestra hija tiene razon, dijo; en casa del notario encontrareis á M. Gedeon.»

Y desapareció.

«¡Es cosa muy rara mirar las cosas con tanta calma! Muchas riquezas debe tener mi yerno, esclamó Mme. Amelin.»

Al otro dia se leia en los periódicos.

«Un robo de consideracion se ha cometi-»do en la noche de ayer en la calle de Louis-

Ayuntamiento de Madrid

»le-Grand. Los perpetradores rompieron la »caja de M. Migaut y sacaron de ella mas »de trescientos mil francos que tenia en de»pósito este apreciable banquero, el cual, no »habiendo podido soportar la responsabilidad »moral y efectiva que pesaba sobre él, ha »dado fin á su vida; su cadáver se encontró »en el bosque de Boulogne. Gracias á la sa»gacidad de los agentes de policía, se des»cubrió al momento el paradero de las can»tidades robadas, y todo ha sido vuelto á su »dueño legítimo.»

Sin embargo, de este hecho no tuvo mas noticia la policía que la falsa relacion de M. Migaut; y como sus verdaderos pormenores solo podia darlos M. Gedeon, el cual se guardó muy bien de decir una palabra, el relato de los periódicos era inexacto: nadie reclamó, es verdad; pero tampoco supo ni descubrió nada la policía.

Temblando al solo recuerdo de los riesgos que habia corrido su fortuna, su honor y su probidad, el jóven examinó severamente su pasada conducta, y no pudo menos de conocer cuán debiles y falsas fueron las razones que le habian seducido cuando aceptó la atrevida propuesta de M. Migaut. Prometió no colocarse nunca mas en esas fatales posiciones que hacen perder la razon y nos apartan de los sentimientos honrados, y efectivamente lo cumplió, porque eso no es muy dificil cuando el hombre tiene cien mil escudos de capital. Descontento del papel que habia representado Mme. Amelin, y de su preferencia á M. Migaut, se separó de ella en cuanto casó con Clarisa.

Ayuntamiento de Madrid

EL CONSEJO DE UN PARIENTE.

En el año de 1810 habia en Francia un crecido número de familias, que aborreciendo por tradicion el nuevo régimen, se mantenian pacíficas y oscurecidas en el hogar doméstico; vivian agenas en un todo de los negocios públicos, se sometian á las leyes, y encontraban en el gobierno imperial la proteccion y el reposo de que ciertamente no gozaron despues. Los nobles jóvenes y ricos iban á París á disfrutar de los placeres de la gran ciudad, y á perfeccionar los estudios hechos en los colegios de las provincias. El hijo de un antiguo magistrado de Grenoble, llamado Armand de Revel, cuyos bienes de bastante consideracion radicaban en el mismo Revel, poblacion situada á algunas leguas de Grenoble, fue á París como otros muchos á perfeccionarse en la jurisprudencia, segun él decia, ó mas bien, y era lo cierto, á gastar sus rentas en la capital, en donde la autoridad materna no ejerce su vigilancia, pudiendo asi disfrutar de todos los goces que el solo nombre de París ofrece á las imaginaciones juveniles. Llegó alli con una carta de recomendacion para monsieur Fresnil, paisano suyo y pariente muy lejano. Aunque carecia de relaciones, no se apresuró á visitar á su pariente. Armand de Revel necesitaba de esa libertad á que aspiran todos los que logran evadirse de la vigilancia ejercida sobre ellos en la casa de sus padres: queria gastar su vida y su dinero sin hallarse sometido á especie alguna de fiscalizacion por poco severa que fuese: olvidó pues por algunos meses la recomendacion de M. de Fresnil; y solo las reiteradas órdenes de su madre hubieran podido obligarle á que se presentase á él, como al fin tuvo que hacerlo á consecuencia de ellas.

En su primera entrevista nada de desventajoso tuvo para M. Fresnil la idea que de él formó Armand, porque encontró en su pariente un anciano de agradable fisonomía, de franco trato, que aun llevaba luto por la reciente muerte de su esposa, y que vivia en el mas completo retiro, dedicado á la lectura y al cultivo de las flores de su jardin. M. Fresnil moraba en casa propia en la plaza de Beauveau; era muy rico, y aparentaba bastante edad. Armand de Revel creyó que era demasiado devoto por algunas palabras que se le escaparon al principio de la conversacion; y temiendo los sermones de semejante Mentor, nuestro jóven guardó la mas completa reserva, y no quiso admitir las ofertas de su pariente: esto era obrar contra sus propios intereses, porque M. de Fresnil no tenia hijos; todos sus parientes se reducian á tres ó cuatro colaterales en grado remoto, y Armand debia creer que á costa de algunas atenciones y asiduidad en sus visitas lograria ser su único heredero, puesto

Ayuntamiento de Madrid

que la herencia no podia ser disputada mas que por allegados, estraños ó criados de la casa.

Pero M. Revel tenia sus razones para no adquirir intimidad con su pariente: era demasiado rico, y jóven, sobre todo, para ser avaro, y ademas se habia avergonzado de dar entrada en su casa al respetable monseur Fresnil. Armand no vivia solo, tenia en su compañía á una jóven que pasaba por muger legítima, y á quien trataba como tal; y la razon natural le hacia conocer que el velo con que cubria su conducta á los ojos de sus amigos se romperia indispensablemente á los de un pariente.

Eludió pues todas las preguntas de monseur Fresnil lo mejor que pudo: puso singular esmero en ocultarle la casa en que vivia, y se limitó á hacerle de vez en cuando algunas visitas de mero cumplimiento. Estas relaciones, que el anciano procuraba amenizar con tanto ahinco como reserva habia por parte del jóven, duraron dos años; y como aquel no le hizo nunca preguntas que pudieran exigir contestaciones categóricas, se creyó seguro ya de su secreto; pero un dia recibió en su casa una esquela de convite de M. Fresnil. Era claro que el anciano sabia ya su morada; y mientras que él se creia muy oculto en un estremo de París, desde el otro quizá espiaban hasta sus mas insignificantes acciones. Un jóven atolondrado habria temido poco en caso igual; pero Armand no lo era ni habia sacudido el yugo de su familia: creyó encontrar en M. Fresnil toda la severidad religiosa de un devoto, y no queria luchar con enemigos de esta especie. Sin embargo de esto, acudió al llamamiento de M. Fresnil, y le encontró leyendo en su biblioteca. El anciano le dijo á poco de haber entrado:

«Me hareis la justicia de confesar, mi querido Armand, que no he sido para vos un censor importuno ni severo: encargado por vuestra madre de vigilar vuestra conducta y daros buenos consejos, no he cumplido la primera parte; y no pensaba cumplir tampoco la segunda mas que en el caso de que vos mismo vinieseis á pedírmelos. Sin embargo, una casualidad me ha hecho saber lo que con tanto cuidado me ocultabais.

—Creed, señor, dijo Armand ruborizado, creed que....

—No me deis ninguna escusa; no hay necesidad de ello: no tengo ningun derecho á saber vuestros secretos; y aun miro vuestra reserva como una muestra de respeto hácia mi persona y carácter: tranquilizaos, pues, y creed que solo por vuestro interés me he propuesto hablaros de negocios tan delicados. Vos mismo juzgareis despues. ¿Habeis recibido carta de vuestra madre?

—Sí señor.

—Yo tambien he recibido otra. Mme. Revel me dice ponga cuanto esté de mi parte para que se cumplan sus órdenes, reducidas á que volvais inmediatamente á su lado: quiere casaros con una jóven del pais bastante rica y parienta mia.

—Es cierto, dijo Armand bajando la vista.

—¿Y qué decís á eso?

—Estoy indeciso todavía. ¿Qué me aconsejais?

—¿Yo? nada.

—¡Cómo, señor! ¿nada?

—Nada. Vuestra madre me encarga influya cuanto pueda para decidiros á que marcheis y aceptar el partido que os ofrece; pero en la situacion en que os encontrais, procederia yo muy de ligero si no escuchase antes de vos mismo un relato fiel de esa situacion.

—¿Quereis que os cuente?...

—Los pormenores de ella, amigo mio; lo demas ya lo sé yo: teneis una querida, y los detalles de estas relaciones pueden ser muy interesantes para mí, y de ellos dependerán los consejos que deba daros y el partido que os induzca á tomar.

—Estoy decidido á obedecer á mi madre, esclamó Armand.

—¿De veras? ¿Y qué diriais si os aconsejase lo contrario?

—¿Podreis hacerlo?

—Eso dependerá de vuestro relato: hacedlo sin ningun empacho.»

M. Revel dió un suspiro: habia creido te-

Ayuntamiento de Madrid

ner por juez á un hombre mas severo. Hay en el corazon humano mil debilidades ocultas, mil sentimientos contradictorios que se hacen cruda guerra, y sucede muchas veces que se nos hace un flaco servicio al ponerse de nuestra parte. Armand habia creido que su anciano pariente estaria infatuado con todas las preocupaciones de la nobleza, que apoyaria fuertemente las órdenes de su madre, y ya temia haber encontrado un árbitro equitativo. No obstante, era preciso hablar.

Al dejar el castillo de Revel para venir á

París, dijo, pasé necesariamente por Lyon, y me detuve allí con el intento de permanecer un mes para ver y estudiar todo lo que llamase mi atencion. Desde las ventanas de la casa en que estaba hospedado, sita en el muelle de Saint-Clair, veia las espumosas olas del Rhône estrellarse contra los estribos del puente, y tomar despues con sordo bramido el camino que las lleva al mar. Pero á los veinte y dos años, esta era mi edad entonces, no se ocupa uno por mucho tiempo en ver correr el agua de los rios: la vista se fija con mucho mas gusto en objetos mas atractivos. Uno de los balcones de mi habitacion se hallaba al nivel de otro de la casa inmediata, y tan junto á él, que casi se tocaban. La sobrina de uno de los mas ricos comerciantes de la ciudad acostumbraba á asomarse todas las tardes al balcon inmediato al mio, y mientras que la demas familia salia en un soberbio carruaje para ir á paseo, á los teatros ó á los soirées, la sobrina, huérfana y pobre, se quedaba sola en la casa. Y esto no sucedia únicamente por falta de cariño; era tambien un cálculo de parte de los padres: la sobrina era hermosa, y sus ricas primas no lo eran. Yo no habia visto una beldad que se le asemejase en las montañas de L'Isere; y bien sea que mis ojos continúen fascinados por la impresion que recibieron tres años há, ó bien que Virginia Meyran sea una muger muy notable, pocas he visto hasta aqui que puedan comparársele, no solo por su figura, sino tambien por su estremada prudencia y resuelto carácter. Desde entonces yo no me ocupé en ver correr las aguas del Rhône, solo llamaba mi atencion Virginia Meyran. Me informé de su nombre, su situacion y su fortuna: supe que vivia aislada en medio de una familia numerosa, y sentia por ella las heridas hechas diariamente á la noble altivez de su horfandad y su pobreza. La amaba ya, y se lo dije. No le juré ni prometí mas que amarla siempre y no abandonarla nunca. Cuando estamos enamorados, creemos que el amor es eterno é infinito; quizá no deis crédito á ello....

—Antes al contrario, lo sé muy bien,» dijo el anciano.

Armand continuó:

«Creí que el amor es eterno, y con la mejor buena fe del mundo contraje compromisos para toda la vida. Todo lo prometí, á escepcion del matrimonio, del cual ni ella ni yo hablamos palabra. Ella estaba tan enamorada como yo, y solo exigió ser fielmente correspondida.

—¡No quiso asegurarse, dijo M. Fresnil admirado, con el único lazo que podia ponerla al abrigo del porvenir, tanto respecto á su conciencia, como á su bienestar!

—No señor, ni aun siquiera pensó en ello.

—¿Pero no me acabais de decir, replicó el anciano, que se halla dotada de tanta belleza como resolucion y prudencia? ¿A qué atribuir pues silencio tan estraordinario?»

Armand se cortó al pronto con esta salida; pero luego continuó:

«Nada nos habíamos ocultado; yo conocia su precaria posicion, y ella no ignoraba que soy el único heredero de los bienes de mi casa, y que teniendo solo veinte y dos años dependia de mi madre: la reserva que tanto os admira, la atribuyo, señor, á su delicadeza y generosidad.»

Ayuntamiento de Madrid

Esto fue dicho con tal ingenuidad y candor, que M. Fresnil esclamó dándose por satisfecho:

« Está bien, amigo mio. Continuad.

—No debí pensar, prosiguió el jóven, en introducirme en la habitacion de Virginia, aunque habria sido cosa muy fácil, porque á sus ojos era indudablemente abusar de la hospitalidad de su tio, y tenia demasiada dignidad en su porte para que yo me hubiese atrevido á hacerle semejante proposicion: por lo tanto, no me quedaba mas medio que proponerle se viniese conmigo á París, en donde ya sabia que pensaba pasar algunos años. Asi lo hice, y aceptó sin dificultad.

—Partamos, me dijo; el amor que os profeso me impide desconfiar de vos. Aunque olvidada de mis tios, y considerada en su casa en posicion muy inferior á mis primas, mi vida era en otro tiempo soportable: ignoraba entonces cuán triste y dolorosa es la indiferencia que nos muestran los demas; ahora esperimento un sentimiento nuevo del todo para mí, y me seria imposible vivir un dia mas en esta casa si dejais de ser mi vecino, en la misma ciudad si os marchais de ella. Pero pensadlo bien, mirad que es para toda la vida.

—Así se lo juré. Hice mis preparativos de marcha sin ocultarme de nadie; ella los hizo tambien con poco sigilo, porque nadie la guardaba ni inspeccionaba sus operaciones.

«Os he dicho que Virginia era pobre; pero con todo no le faltaban algunos recursos; poseia una renta de mil y quinientos francos, cuyo capital estaba en poder de su tio; convenimos en dejar que fuera acumulándose la renta de cada año á la de los anteriores, puesto que para exigir el cobro de ella hubiera sido preciso descubrirse. Ella sabia que no seria grande el sentimiento de su familia, y dejó una carta diciendo que habia determinado vivir independiente, y partimos. No os hablaré de nuestro recíproco cariño, de nuestra dicha, de todos nuestros planes para procurarnos una felicidad tranquila y duradera; solo os diré que Virginia Meyran tomó el nombre de esposa, y bajo este concepto se presentaba en todas partes. El único desacuerdo que ha habido entre nosotros, la única nube que ha oscurecido nuestro horizonte en dos años seguidos, ha provenido de vos....

—¡De mí! dijo M. Fresnil.

—Sí señor; ella sabe que sois el único pariente que tengo en París, y no ha cesado de instarme un solo dia á que viniese á veros muy á menudo, y á confiaros los lazos que nos unen: yo me he resistido siempre. Debia encontrar tantas ventajas, me decia, en veros diariamente, que era una imprudencia privarse de ellas; que nos convenia fuera nuestro amigo un pariente tan respetable, y para ello solicitar su indulgencia; y que con respecto á ella, aunque conocia la irregularidad de su posicion, esperaba hacérosla tolerable á fuerza de virtud y de dulzura.

—Los hombres de la edad de vuestro pariente, añadia, son indulgentes, porque conocen bien lo que es la vida; M. Fresnil se alegrará de recibir esta confianza de parte vuestra, porque asi conocerá el respeto que le teneis.

«Viendo que nada adelantaba, renunció á sus instancias con una dulzura nunca desmentida desde el primer dia de nuestra union. Colocado en la alternativa en que mi madre me pone, bien conocereis el sentimiento que me causará verme obligado á abandonar á una muger de tales prendas; á su inalterable bondad debo el haber contraido decidida aficion al estudio; ella me ha enseñado á manejar mis intereses de manera que mis gastos no sean nunca mayores que los ingresos. Su delicadeza es estremada, y su desinterés no tiene límites: es cierto que ni ahora ni antes me ha hablado de casamiento; pero no por eso deja de confiar en que nuestros destinos estan unidos para siempre y que jamás hemos de separarnos. La pobre ignora que todo cambia, que nada hay estable en este mundo; tal es la ley eterna de la naturaleza.... Me direis acaso que esto ya lo sabia yo hace dos años, y que soy culpable por haber prometido mas de lo que cumplir podia.... Mas ¡ay! esta es la historia de todos los hombres; cuen-

Ayuntamiento de Madrid

tan con el porvenir como si estuviese en su mano el modificarlo á medida de sus deseos... ¡Dios mio! ¿Qué será de ella cuando tenga noticia de los proyectos de mi madre?

—De eso se infiere, dijo M. Fresnil, que ya no la amais, ¿no es asi?

—No he dicho tal, ó á lo menos no debeis sacar semejante consecuencia, esclamó Armand de Revel; si no la amase seria el mas ingrato de los hombres, porque ella me ama con la misma confianza, con el mismo desinterés que me ha amado siempre. ¿Pero puedo despreciar las órdenes de mi madre? Me habla de una jóven rica, cuyas tierras lindan con las mias: el matrimonio que me propone triplicaria mis rentas, y me haria indudablemente el propietario mas rico de todo el departamento.

—¿Y son esas las únicas reflexiones que os ocurren? dijo M. Fresnil en cuanto el jóven dejó de hablar.

—Hago otras muchas tambien, y entre ellas hay una que me causa empacho manifestaros, porque es parienta vuestra la muger con quien desea mi madre que me case.

—Hablad francamente, amigo mio, soy juez imparcial.

—Pues bien, me será imposible amar nunca á mi esposa como amo á Virginia Meyran.... ¿Y tendrá la que mi madre me propone la belleza, el hermoso carácter, las virtudes mismas de la muger que deberé abandonar?.... Sobre todo, Virginia no sobrevivirá á golpe tan terrible.

—¿Segun eso estais decidido á separaros de ella? preguntó M. Fresnil.

—¿Decidido ya? no señor: tiemblo, vacilo, y no sé qué resolver. ¿Querreis creer que envidio ahora todas sus cualidades? No le sucederia á ella lo que á mí hallándose en un caso análogo. Por último, he pensado en que el dinero compense mi inconstancia: ella posee mil y quinientas libras de renta; yo puedo, sin hacer el menor sacrificio, darle cien mil, doscientos mil francos; pero es tan desinteresada que lo tendria por una injuria.... ¿Qué partido debo tomar? Ha sido una dicha para mí el que se presente esta ocasion de manifestaros ingenuamente lo que pasa en mi alma, tenia necesidad de un hombre como vos que fijase lo irresoluto de mi carácter, y me ilustrase con sus consejos. ¿Qué debo hacer? ¿Qué me aconsejais?

—¿Aconsejaros yo, amigo mio? Yo no puedo aconsejaros nada.

—¡Cómo, señor!...

—No conozco á Virginia Meyran; pero segun lo que me habeis dicho de sus buenas prendas, de su carácter apacible á la par que resuelto, creo que es una ligereza el temer cualquier arrebato de su parte; no morirá por eso.... Escuchadme, M. Revel, voy á hacer una cosa que vale mas que todos los consejos del mundo: voy á contaros un suceso, la historia de mi propia vida..... pero antes enviad noticia á vuestra casa de que no volvereis hasta la noche.»

Escribió Armand una esquela y se la entregó á un criado. En cuanto este salió, M. Fresnil prosiguió asi:

«En 1770 era yo guardia de Corps, y aunque el servicio me obligaba á residir casi siempre en Versailles, tenia casa en París: vivia en esta misma, con la diferencia de que ahora es propia, y entonces ocupaba un solo piso de ella como inquilino. Soy de una familia tan rica como la vuestra, y sin embargo siempre estaba escaso de dinero, porque solo disponia del que me daba mi hermano mayor. Todos los dias estaba contrayendo deudas, y era cosa convenida que al fin las pagaria mi hermano, ó yo mismo, si hacia un buen casamiento, porque los nobles cuando éramos jóvenes y de

Ayuntamiento de Madrid

buena figura podíamos aspirar á la mano de una viuda millonaria, aunque fuese plebeya, vengándonos asi del injusto derecho de primogenitura.

—Acuérdate siempre, me decia en otro tiempo mi padre, de que las mugeres son para el hombre el mayor de los bienes, ó el peor de los males: cuando nos ponemos en sus manos, disponen de nosotros como mejor les parece; y las de condicion mas mansa son por lo comun las que nos manejan con mas facilidad.

—En todo pensaba yo entonces, menos en el influjo que las mugeres pudieran ejercer en el porvenir de mi vida; el tiempo lo repartia en el servicio de Versailles, en continuas visitas al príncipe de Beauveau, mi protector, y hé aqui la causa de vivir cerca de su casa, y por último en cortejar á madamoiselle Ceferine, primera bailarina del teatro de Audinot... No os admireis de esto último, M. Revel; tened en cuenta os suplico los cincuenta años trascurridos ya, y que para la edad que entonces tenia, algun tiempo debia de dedicar á los devaneos: en aquella época el ser amante de una muger no era un negocio de poca importancia. Es verdad que no les permitíamos tomar nuestro nombre; pero no negábamos esta clase de relaciones, y nos batíamos por ellas: tuve un duelo con un oficial de la guardia suiza porque se dejó decir de Ceferina cosas que no me agradaron; le hablaba á la princesa de Beauveau de estas relaciones, y jamás me reprendió por ello. Este galanteo causaba mi ruina; pero me creia tan enamorado y tan fielmente correspondido, que no lo echaba de ver. Mas una noche entró Ceferina en mi cuarto, aqui, en la misma pieza en que nos hallamos; traia puesto el vestido mismo que acababa de sacar á las tablas, y aun brillaba en sus mejillas el colorete:

—Caballero, me dijo, poneos al momento en seguridad: vuestros acreedores tratan de prenderos, acabo de saberlo ahora mismo, y he dejado el baile para venir á avisároslo.

—Gracias, Ceferina, le contesté yo: ¿y te has espuesto por mí á que Audinot rompa tu contrata?

—Poco me importa; pero escuchadme: ya no teneis dinero ni crédito, y por lo tanto de aqui en adelante os seré demasiado gravosa.... Estaba resuelta á participar de vuestra suerte, buena ó mala; pero sir Edmond Littlelon, hijo de un director de la compañía de las Indias, se empeña en llevarme á Inglaterra; esto será una economía para vos, y.... nos vamos. La silla de posta nos está esperando en la puerta.... A Dios, caballero mio, hasta mas ver.

—Hizo despues una pirueta, y en tres saltos salió de mi casa: corrí, volé tras de ella; mas no pude alcanzarla. Delante de mí mismo subió al carruaje del inglés, y los caballos partieron al galope. Como no tenia crédito ni dinero, me fue imposible seguir al raptor para arrancarle su presa, y necesitaba ademas recurrir al príncipe de Beauveau para contener la persecucion de mis acreedores. En cuanto mi espíritu recobró su calma ordinaria, me pregunté á mí mismo si en realidad amaba á Ceferina, y si no habia mas vanidad que amor en todas las locuras que habia hecho por ella. Ni ella me amaba á mí, ni yo á ella; lo que tanto uno como otro habíamos deseado era, en primer lugar, llamar la atencion del público hácia nosotros; y en segundo lugar, pasar el tiempo alegremente: el carácter de Ceferina era demasiado ligero para permitirle apasionarse, y el mio muy afecto á la disipacion, y por lo mismo incompatible con las pasiones serias y duraderas. Por otra parte, el hombre casi nunca se ocupa esclusivamente en el galanteo, le distraen de él los negocios y otros placeres; y como puede optar entre todas las carreras, y siendo militar se espone á menudo á mil peligros, todas sus pasiones se despiertan, y le agitan á un mismo tiempo, sucediendo por lo regular que unas apagan ó debilitan las otras. Para el hombre es cosa muy sencilla abandonar una querida cuando se resuelve á casarse por interés, habla de ello sin rebozo, lo confiesa sin rubor; no sucede asi á la muger, porque su amor vive con la abne-

Ayuntamiento de Madrid

gacion, aumenta con los sacrificios, y se hace sublime en el infortunio: no creais por esto que hablo del amor de todas las mugeres, sino del de ciertas almas privilegiadas, de las cuales es muy peligroso abusar, y que á veces no consienten se las abandone impunemente. Os he hablado de mis aventuras con Ceferina, porque su nombre intervendrá mas adelante en la narracion de mis primeros amores.

«Sin embargo, la fuga de Ceferina me causó suma tristeza, continuó M. de Fresnil, y ya estaba preparándome á dejar mi habitacion de la plaza de Beauveau y vivir en el cuartel de los guardias de Corps en Versailles, cuando una noche á las once, al retirarme á casa, meditando como siempre en la resolucion del difícil problema de conciliar las exigencias de mis acreedores con la buena voluntad de mi hermano, oí lastimeros gritos que partian de la misma plaza de Beauveau, del sitio en que la atraviesa la calzada que se dirige á los Campos Elíseos: inútil es deciros que entonces toda la plaza estaba oscura, pues ninguna luz la iluminaba mas que el farol de la puerta del príncipe de Beauveau. Tiré de la espada, corrí hácia donde se oian los gritos; y apenas habia dado veinte pasos, cuando tropecé con un cuerpo inanimado. Estendí el brazo, y cogí el de una muger, que al momento volvió en sí dando gritos y lamentándose.

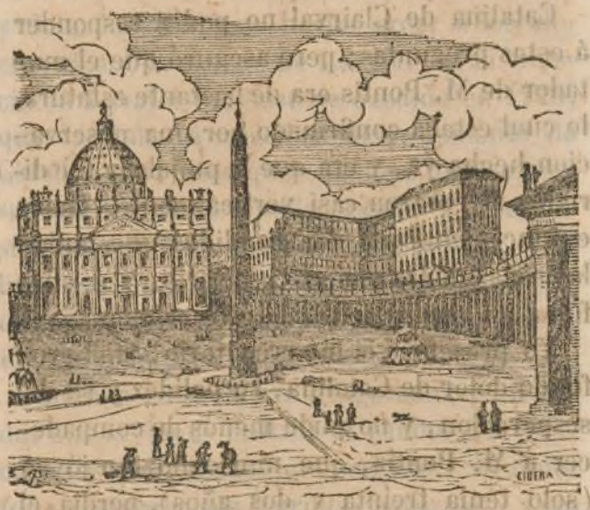
—¡Socorro, socorro! esclamaba con voz ahogada.

—Aqui me teneis, le dije. ¿Qué ha sucedido? esplicaos.

«Mi casa estaba á dos pasos; llamé á mi criado, grité tambien, y pedí luz. Como á aquella hora habia aun muchas personas que no estaban acostadas, se unieron á mí en un momento varios vecinos, y fuimos al sitio en que ya estuve solo. Encontramos tendida sobre un charco de sangre á una jóven, linda, mas blanca que el pañuelo que rodeaba su cuello ensangrentado, sus orejas estaban desgarradas y heridas sus manos, y cerca de ella á un hombre, jóven tambien, sin vida ya, el cual fue conocido por los vecinos, y era M. de Pontis, consejero del Parlamento, que tambien vivia en la plaza frente de mi casa. La víctima habia recibido una puñalada en el corazon.

—¡Fueron dos! esclamaba la jóven sollozando: mientras que uno de ellos me sujetaba las manos para poderme arrancar el collar y los pendientes, el otro heria á M. de Pontis, que cayó al suelo sin exhalar un ay siquiera. ¡Dios mio! ¿por qué no se contentaron con robarnos solamente?...

Y los lamentos de la desgraciada empezaban de nuevo, y volvia á desmayarse. La levantamos para llevarla á su casa, ó mas bien á la de M. de Pontis, al cual se trasladó igualmente, maldiciendo todos á la autoridad cuya negligencia daba ocasion á que se cometiesen crímenes tan atroces, y que quedarian impunes, porque los asesinos estarian ya en parte bien segura.



Al fin se presentó un comisario. Hizo desde luego que constase un hecho evidente, cual era el de que los asesinos no llevaban mas objeto que robar: M. de Pontis habia sido despojado del reloj, del dinero y de una sortija, segun demostraba el destrozo hecho en su dedo al arrancársela. Concluido este exámen, pasó á la habitacion de la jóven para interrogarla sobre las circunstancias del robo y del asesinato; declaró llamarse Catalina Clairval, de familia noble, natural del Poitou, de edad de veinte y cinco años, huérfana, sin bienes de fortuna, y, añadió bajando los ojos, domiciliada en casa de monsieur de Pontis, consejero del Parlamento desde hace siete años.

Ayuntamiento de Madrid

Supe despues que su único protector y amigo la habia sacado del convento en que se educaba; la sedujo y vivia con ella, llevándola á casa de sus amigos como si fuese muger legítima. Aquel dia habian estado á comer casa de la condesa de L.... y al volver de allí, casi en la misma puerta de la del consejero tuvo lugar la catástrofe.

En cuanto á esta, se verificó con estrema rapidez: dos hombres se arrojaron repentinamente sobre ellos, y despues de hecho el robo y el asesinato huyeron con tal velocidad, que ya debian estar muy lejos cuando la infortunada jóven llegó á apercibirse de cuanto habia pasado.

—¿No habeis notado, le preguntó el comisario, si el uno de los dos agresores era alto, fornido y de cabello rojo, y el otro de poca estatura y cojo?

Catalina de Clairval no podía responder á estas preguntas; pero aseguró que el matador de M. Pontis era de bastante estatura, lo cual estaba confirmado por una observacion hecha ya, y era que la puñalada fue dirigida al corazon casi verticalmente. Habia entonces en París dos bandidos que tenian las señas dadas por el comisario, y á ellos fue á los que se acusó de este crímen.

Yo presencié el interrogatorio, ví el profundo dolor de Catalina, su palidez y su desesperacion, y no pude menos de compadecer á M. Pontis, que muriendo tan jóven (solo tenía treinta y dos años), perdia el amor de una criatura tan linda. Como Catalina citó en su relato á la condesa de L... el comisario fue á su casa para verificar la cita; la condesa acudió en cuanto tuvo noticia del suceso, abrazó á Catalina, procuró consolarla, y no queriendo dejarla sola en una casa tan lúgubre ya para ella, le propuso llevársela consigo, Catalina no consintió sin que se le permitiera ver otra vez siquiera al único hombre que hasta entonces habia amado.

Asistí tambien á la última escena del drama. Catalina no desplegó sus labios, se arrodilló delante de la cama en que habian puesto el cadáver, y con las manos cruzadas, inclinada la cabeza sobre el pecho, oró por largo rato: despues se levantó, y volviéndose hácia la condesa, le dijo:

—Ya estoy pronta á seguiros; vamos.»

Y salió de la casa, llevando impresas en toda su fisonomía las señales de ese dolor mudo y recogido, indicio infalible de las aflicciones profundas.

Al entrar en mi casa no pude menos de comparar el amor de Catalina Clairval con el capricho fugaz y libertino de Ceferina. Me avergoncé del resultado de esta comparacion y hasta de haberla hecho, pues nunca debí poner en paralelo con una bailarina del teatro de Audinot á una jóven de familia distinguida, educada en un convento, y á la cual no podia echársele en cara mas que una falta: la de haber escuchado las plegarias de un diestro seductor. Y yo, que hasta entonces no habia conocido mas relaciones que las que me unieron con Ceferina, ¿habia sido amado alguna vez? ¿Yo mismo habia tenido amor? No dormí aquella noche, ni aun procuré conciliar el sueño, ocupado en recordar los movimientos, los modales, las palabras todas de Catalina, su interesante figura, su angelical mirada y aquella blanca y pura frente sobre la cual no pudo dejar la mas ligera huella el horror inspirado por la sangrienta catástrofe.... no digo que la amaba, procuraba solamente representarme sus facciones, que con la oscuridad de la noche y á la engañosa luz de las bujías no pude ver bien ni analizar con detencion: me propuse ser al otro dia observador escrupu-

Ayuntamiento de Madrid

loso, y de antemano me gozaba ya en el primer juicio que habia formado, que aquella muger estaba dotada de un hechizo indefinible y seductor al cual no era prudente esponerse. Hé aqui cómo me resolví á verla de nuevo; no me prometia arrostrar el poder de su belleza, y queria esperimentarlo para someterme á él, seguro de que si una muger como ella daba oidos á mi amor, era porque tambien me amaria. Me estremecia al pensar que pocas horas antes habia estado espuesta á riesgo tan inminente, y estrañaba que hasta entonces no la hubiese visto viviendo tan cerca uno de otro.

La familia de M. Pontis hizo que se inventariase todo cuanto encerraba la casa del difunto, y á la desgraciada Catalina solo se le permitió sacar algunos vestidos y alhajas, y una corta cantidad de dinero contenido en un mueble de su uso esclusivo, y cuya llave estaba en su poder. Aunque los herederes no la mirasen con buenos ojos, el principal de ellos se presentó á Catalina y le dijo:

—Señorita, bien sabeis que M. de Pontis no ha dejado ninguna disposicion testamentaria: sin embargo, si él hubiese podido preveer su muerte, no se habria olvidado de lo que os debia: por este motivo me creo obligado á suplir su presunta voluntad, y á suplicaros que acepteis....

—Nada absolutamente aceptaré, caballero, dijo interrumpiéndole; nada habia exigido M. de Pontis, y nada esperaba de él. Nuestras relaciones estaban exentas de toda especie de cálculo, tanto con respecto á lo presente, como al porvenir.»

Y Catalina nunca quiso admitir lo que le ofrecian.

Al dia siguiente fuí con efecto á verla, y reconocí entonces que tenia necesidad de mirarla muy despacio y á la luz del dia para juzgar de ella con exactitud: cualquiera hubiera dicho que era mas bien linda que hermosa, consistiendo el carácter distintivo de la espresion de su fisonomía en una dulzura angelical. Sin embargo, el juego natural de su boca, ó mas bien, el de sus labios finos y delgados, hubiera hecho creer á los aficionados á la ciencia de Lavater, si la ciencia de Lavater hubiese ya existido en 1770, que la dulzura angelical del semblante de Catalina era, mas que cualidad nativa, resultado de un profundo orgullo y de escesiva altivez. Sea de ello lo que quiera, este ligero síntoma no era percibido por ojos poco prácticos, ó por mejor decir, su existencia era nula para ellos.

Catalina en nada era exagerada, y en todas sus acciones brillaba el candor, la modestia y una encantadora sencillez. Su dolor fue verdadero, sus lágrimas naturales, y sin embargo no llevó luto por M. de Pontis Nadie dudó de que sentia su muerte; y ese hecho, tan sencillo de por sí, todo el mundo lo alabó como un tributo rendido al sentimiento íntimo de la decencia y al respeto debido á las buenas costumbres.

Algunos dias despues del acontecimiento que os acabo de referir, alquiló Catalina un cuarto del piso quinto de esta misma casa.

—Cuando supe, continuó M. de Fresnil, que la muger cuyos recuerdos no me abandonaban ni un solo momento venia á vivir bajo el mismo techo que yo, esperimenté un placer tan vivo como insufrible se me hizo la obligacion de partir aquella misma noche á Versailles á dar el servicio. A punto estu-

Ayuntamiento de Madrid

ve de enviar la dimision á mi capitan; y si el príncipe de Beauveau no me hubiese contenido, esta estravagancia mas tendria que añadir á todas las que habia hecho hasta entonces. Empero una casualidad muy sencilla debia proporcionarme el que utilizase mi permanencia en Versailles en provecho de mi pasion, porque ya me confesaba yo á mí mismo que estaba apasionado de Catalina. Encontré en un patio del palacio á la condesa de L.... que solia ir muy á menudo á Versailles á visitar á una dama de la reina con quien tenia estrecha amistad; le pregunté por su amiga: ved aqui lo que me dijo: La señorita de Clairval habia nacido en Noyon: su padre, despues de haberse arruinado en el servicio del rey, pasó á América, dejando sin recursos á su muger, jóven todavía, y á su hija Catalina, de edad de seis años, la cual quedó huérfana al poco tiempo por la muerte de su madre. Entonces una tia suya la recomendó al arzobispo de París, y por la mediacion de este entró en un convento, en donde recibió la educacion que en ellos se da. Procuraron sofocar los generosos sentimientos de su corazon; y si no se llegó á conseguirlo, aprendió al menos á ocultarlos con esmero: habituada á conservar los secretos agenos, llegó á hacerse impenetrable respecto á los suyos; los defectos de su natural osadía y altivez, si asi deben llamarse, os ocultó bajo el manto de inalterable dulzura, y su tranquilidad y presencia de espíritu nunca la abandonaron.

—Habeis visto, continuó la condesa de L.... que me hacia esta pintura de Catalina, hasta dónde llega su desinterés, y bien podeis conocer ya cuán fiel debe ser en sus afecciones; pero me figuro que como enemiga debe ser implacable. La superiora del convento en que se educó Catalina era tia de M. de Pontis, el cual la visitaba con frecuencia; tuvo ocasion de conocer á la jóven, y supo el mal trato que le daban: conmovido de su desgracia, y prendado de su persona, encontró medio de entablar relaciones con ella y captarse su voluntad. Muy fácil era arrebatarla del convento: M. Pontis se lo propuso; pero la jóven rechazó un medio tan novelesco, y se decidió á pedir sencillamente que le permitiesen salir de él. Natural era que le preguntasen por el uso que se proponia hacer de su libertad; pero la tia de Catalina no pagaba ya sus alimentos, y como era gravosa á la comunidad, nada se averiguó y se le dejó salir cuando quiso. Se fue á vivir con M. de Pontis, al cual hizo dichoso hasta que sobrevino el fatal accidente que los ha separado. Esto es cuanto sé de ella.

—¿Vuestra amiga, le dije yo, se encuentra por consiguiente sin ninguna clase de recursos?

—Lo ignoro, me respondió; Catalina se niega á hablar una palabra sobre este punto, no ha querido permanecer en mi casa, y pienso que no habrá quedado muy contenta de su vida monacal para que intente volver al convento; pero me figuro que cuenta con otro recurso, que calla, aunque no la deshonra, y este debe ser probablemente el que asegura su independencia: os he dicho que su padre se fue á América; ha muerto ya, y tal vez haya recogido la herencia.

En cuanto el servicio me permitió volver á París, mi primer cuidado al entrar en mi casa fue subir al quinto piso á presentarme á Catalina. Su habitacion consistia en tres piezas pequeñas, de las cuales una le ser-

Ayuntamiento de Madrid

via de cocina, y las otras dos estaban amuebladas con tal sencillez, que á no ser por la esquisita limpieza y cierto barniz de elegancia que reinaba en ellas, se hubiera dicho que el dueño de ellas estaba sumido en la indigencia. Al ofrecerme á sus órdenes, me felicité por tener el gusto de habitar la misma casa que ella; y apresurándome á hablar sobre otra cualquier materia, porque veia no ser la ocasion muy propicia,

—Siento sin embargo, la dije, que os halleis en esta habitacion.

—Ya veis, me contestó, cuál es; pero se encuentra en completa armonía con mi escasa fortuna y el estado de mi alma.»

Eché entonces una mirada á las ventanas, me comprendió; y como se le saltasen las lágrimas, se fue á la pieza inmediata para ocultarme su emocion.

Efectivamente, desde aquellas ventanas se veia la casa de M. Pontis en la plaza de Beauveau, y aun los balcones de su habitacion. Volvió al cabo de algunos instantes, calmada ya, los ojos enjutos y con la sonrisa en la boca. Nunca conocí una muger que tuviese mas imperio sobre sí misma, y cuyo ascendiente fuera mas sostenido é irresistible. Salí de su casa mas y mas enamorado, y decidido á emplear todos los medios imaginables para obtener sus favores. No se me ocultaba que para conseguirlo tendria que esperar algun tiempo, y esto tendria que suceder, lo mismo en el caso que hubiese profesado una pasion verdadera á M. de Pontis, como en el caso contrario. Hacer que una muger olvide á un amante infiel, es obra de un momento; hacerlo que abandone al que no lo sea, es empresa que puede llevarse á cabo; empero borrar en un dia el recuerdo de una catástrofe sangrienta, y hablar de amor en los mismos términos que la víctima llorada, no se alcanza tan fácilmente, y solo un amor estremado no se arredrará de echar sobre sí una tarea que exige tanta delicadeza y constancia. Sin embargo, tenia de mi parte probabilidades de buen éxito; era jóven, aunque de algunos años mas que Catalina, y, en el dia puedo decirlo, porque la edad me lo permite, mi figura era de las mas notables en el cuerpo de guardias: por último, con respecto á Catalina, tenia yo un atractivo particular; era pobre como ella, y ademas mis negocios se hallaban muy embrollados. Si Catalina demostraba no ser muy escrupulosa en cuanto á lo que se llaman exigencias de la sociedad, sus escrúpulos llegaban hasta el último punto tratándose de los sentimientos, de la generosidad y del desinterés; lo único que heria su susceptibilidad en sus relaciones con M. de Pontis era su riqueza: exigia una abnegacion absoluta de todo lo que no fuese la persona amada; pero en cambio daba otro tanto, y queria que hubiese la mas completa reciprocidad.

A esta muger le hice una declaracion de

amor tres meses despues de lamuerte de M. de Pontis. Era muy fácil conocer qué decia lo mismo que sentia: habia renunciado á todas mis diversiones favoritas, al teatro de Audinot, á los paseos á caballo, á las comidas con los amigos; me habia puesto pálido, mas delgado, y sabia que Catalina no ignoraba la causa de todas estas variaciones: asi es que no negó la realidad de una pasion cuyas pruebas estaban á la vista; convino tambien en que el corazon humano no existe para sufrir eternos dolores, que el tiempo debilita los recuerdos mas amargos; pero se atrincheraba en la posicion particular que su suerte le habia deparado.

Ayuntamiento de Madrid

—Caballero, me decia, no os obstineis en inspirarme un sentimiento que yo no debo esperimentar, no he nacido para amar. Ya habeis visto las fatales consecuencias que lleva consigo; mi amor mata, es una fatalidad para el que lo posee.

—Desechad esos lúgubres recuerdos, le decia yo. ¿Por qué habeis de teneros como causa de un suceso fortuito que pudo muy bien envolveros en su sangriento desenlace? Se esplica muy bien la repugnancia que manifestais á adornaros con alhajas de valor, tentando asi, lo mismo vos que vuestros allegados, la audacia de los malhechores; pero renunciar al amor, aislaros á vuestra edad y con tantos atractivos.... eso es un rigor escesivo, sobre todo cuando inspirais una pasion como la mia. Sobre todo, si el terror que tan natural es en vuestra situacion os asalta muy á menudo, ¿no debeis buscar un sosten, un apoyo para conseguir disiparlo?»

Catalina no negaba la exactitud de mis reflexiones; pero resistia sus consecuencias. A fuerza de perseverancia, desvaneciendo una por una todas sus objeciones, destruyendo todos sus escrúpulos, llegué al fin que me proponia, y admitió mis obsequios: confesó que me amaba; y como yo era pródigo de juramentos y promesas de eterna fidelidad:

«No olvideis jamás, me decia, que nada os pido, que nada exijo de vos, y que por lo mismo considero como cosa muy sagrada las promesas que se me hacen. Acepto vuestros juramentos; pero con la condicion de que han de ser obligatorios. Dijo un poeta antiguo que Júpiter se reia de todas las promesas y juramentos hechos por los enamorados; pero yo soy mas severa que Júpiter, y os lo advierto, señor mio, para que no vivais en otra inteligencia.

—¿Cuál es el amante, añadió M. de Fresnil, que en circunstancias análogas no redoble los juramentos de cuya observancia se duda. ¿Quién vacila en declararse el mas fiel de todos los hombres? ¿Quién no promete en casos de esta especie amor eterno y á toda prueba?

—Os habeis pues encontrado en una situacion parecida á la mia, dijo Armand de Revel, que prestaba toda su atencion á las palabras de su anciano pariente.

—En una situacion casi igual, amigo mio; y lo que me resta por decir lo confirma mas y mas.

—Me alegro de que asi sea, porque vuestro conocimiento del mundo y vuestra esperiencia me aseguran la bondad de vuestros consejos.

—Cuidado que no son consejos lo que os he prometido, sino la relacion de una historia; permitidme que la continúe.»

M. de Fresnil prosiguió asi:

«Catalina abandonó al fin el quinto piso y vino á vivir conmigo en el principal. Desde este dia conocí en lo que consiste la dicha de ser amado, y esto sin que tuviesen cabida entre nosotros las fastidiosas quejas de los celos y las disputas que originan, pues reinaba en nuestra vida íntima una apacibilidad tan constante, que jamás creí pudiera

realizarse. Como Catalina no pensó al unirse á mí en mejorar su fortuna, ni en asegurar su porvenir, vivia completamente satisfecha de mi amor; y si fue mucha la oposicion y resistencia que manifestó para ceder á mis ruegos, no fue menos despues el afecto y pasion que me demostró. Ni una sola vez recordó los tiempos pasados, ni aun volvió á pronunciar siquiera el nombre de M. de Pontis. Esta pasion, que yo me envanecia de haberle inspirado, porque era nueva del todo, no la fingia, la esperimentaba real y verdaderamente.

Ayuntamiento de Madrid

Jamás tenia accesos de mal humor, de celos, ni esos momentos de violencia que turban la armonía de las personas mas amigas: la igualdad de su apacible carácter aparecia siempre reflejada en su sereno rostro y en su lenguaje halagüeño. Hizo por mí lo que no esperaba ni la pedí: os he dicho que tenia muy embrollados mis negocios, que estaba cargado de deudas, y que el hallarme en libertad se lo debia á la intervencion del príncipe de Beauveau. Pues bien, Catalina tomó por su cuenta el arreglarlo todo: fue á hablar á mis acreedores, transigió con ellos, obtuvo esperas, redujo á su justo valor las deudas en que habia usura, y cuando mi hermano tuvo por conveniente enviarme dinero, pagó religiosamente las cantidades prometidas; de manera que, satisfechos mis acreedores, aguardaron tranquilos el cumplimiento de los demas plazos, y al cabo de muy poco tiempo á nadie debia ya. En mi vida habia sido mas rico que lo fuí entonces. Tenia por máxima que un noble debe dar cumplimiento á sus palabras de tal modo que nunca sea necesario para tratar con él exigirle recibos ni escrituras. Cuando reflexionaba entonces en la vida que llevaba y en el ascendiente cada vez mas irresistible que Catalina ejercia sobre mí; cuando veia que mis gustos favoritos y mis proyectos, en verdad no muy bien calculados, retrocedian y se disipaban ante aquella voluntad siempre fuerte é invariable, me decia, avergonzándome interiormente, que era hombre de carácter tímido, ó mas bien un hombre sin carácter, y que me habia unido con una muger astuta é imperiosa. En lugar de atribuir al mas acendrado amor mi bienestar presente, solo ví en él un espíritu, un sistema de dominacion que heria mi amor propio y me humillaba. Ceferina, la farsante del teatro de Audinot, al engañarme, al abandonarme vilmente en el instante mismo en que mas perseguido me veia por las deudas contraidas por causa suya, habia rebajado menos mi dignidad de hombre que Catalina con todo su amor y abnegacion. ¡Hé aqui lo que somos! siempre vanidosos é ingratos. Sin embargo, aquella muger me fascinaba de tal manera, que me era imposible dejar de amarla: á pesar mio cedia á su influjo; pero, ya lo veis, reservaba un secreto, mi corazon abrigaba un sentimiento ignorado de ella y que yo no podia confiarle.

No tardé en cometer nuevas faltas con respecto á Catalina. Mi hermano mayor murió; pasé á ser cabeza de la familia; fuí rico, y tomé el título de marqués. ¿Creereis que ni una sola palabra de esto le dije á Catalina? Queria ser libre, queria sustraer mi nueva fortuna de su severa economía y gastar locamente mi dinero sin que tuviese noticia del empleo que le daba. Iba de secreto á casa del agente de negocios de mi familia para darle mis órdenes y vigilar sobre

mis intereses, todo ello sin decir nada á una muger que hasta entonces habia conocido mis pensamientos mas secretos y que estaba acostumbrada á leer en mis ojos lo que pasaba en mi interior. Me recreaba ya en el papel que mi fortuna me permitia representar en Versailles, me acordaba del juego á que era aficionado, y que mi pasion á Catalina me hizo olvidar, y mi imaginacion me pintaba con los mas risueños colores todos los placeres de que ya me era dable disfrutar. Para esto era indispensable volver al servicio del cuerpo de guardias, del cual estaba dado de baja hacia un año, y dí parte de esta resolucion á Catalina.

—Desperdiciais lastimosamente el tiempo, me dijo con mucha serenidad; si volveis al servicio me dejareis sola, y no es muy prudente abandonar la plaza, cabalmente en los momentos mismos en que es atacada con mas tenacidad.

Ayuntamiento de Madrid

Exigí que me esplicase lo que esto queria decir, y hé aquí lo que supe. No ignorais cuál era la situacion del alto clero antes de 1789, se componia en su mayor parte de segundones de nuestras primeras familias, que recibian de los bienes de la iglesia rentas muy pingües, y los obispos, los canónigos de entonces, poseedores de ricas abadías y beneficios, no se creian obligados á residir en sus respectivas diócesis, y vivian tanto en París como en la corte; su conducta no era siempre muy conforme al espíritu de las máximas evangélicas: uno de ellos, que no nombraré porque su nombre no hace al caso, habia conocido á Catalina; lo que mas le agradó en ella, segun decia él mismo en una carta que leí, era su cándida y virginal fisonomía, su delicada modestia, su inclinacion al retiro, y el encanto de su conversacion: le hacia grandiosas ofertas, é insistia en que sus relaciones fuesen un secreto para todo el mundo, y en que al separarse de mí pondria término al escándalo que la hacia objeto de las murmuraciones del público.

—Bien sabeis, me dijo Catalina al enseñarme aquella carta, que no aceptaria nunca un contrato de esta especie, aunque no mediase nuestro compromiso y me agradase tan opulento amante; pero os amo con todo mi corazon, amigo mio, y si os doy á leer esta ridícula epístola, lo hago solo porque entre nosotros no debe haber ningun secreto.

Asi fue, que en el momento mismo en que ella me sacrificaba una fortuna considerable, yo le ocultaba mi nueva posicion, á pesar de que sabia que su padre no habia muerto, como me dijo la marquesa de L... y que no se acordaba de su hija para nada: poco faltó para confesárselo todo; una pueril vanidad me contuvo, y volví á hacer el servicio en Versailles. Mi situacion era la de un hombre que quiere y no puede romper los lazos que le ligan. Cuando me separé de Catalina para marcharme á Versailles empecé á respirar con mas desahogo, como un esclavo que recobra su libertad; pero al cabo de veinte y cuatro horas esta libertad era ya una fatiga para mí: sentia la necesidad de volver al lado de Catalina y sujetarme á la cadena que tanto me humillaba á mis propios ojos, sin saber por qué, pues, tan dulce era para mí y tan necesaria. ¿Qué hubiera sido de mí si Catalina hubiese aceptado las ofertas del abate libertino? Sucedió varias veces que á media noche montaba á caballo y volvia á París. La encontraba graciosa y tranquila como siempre, pensando en mí y adivinando casi el momento de mi inesperada venida. Jugué de nuevo, y el juego no me ofreció ya ningun aliciente; concurria á los banquetes de mis amigos que tanto frecuentaba en otro tiempo, y como mi vista la buscaba entre los convidados y no se fijaba en ningun semblante tan atractivo como el suyo, poco á poco me iba fastidiando, los manjares eran desabridos para mi paladar, los vinos

carecian de su embriagador perfume y la conversacion destrozaba mis oidos.

Habia llegado sin embargo á la edad en que despunta la ambicion y la avaricia. Catalina me habia hecho conocer el justo valor que debe darse al dinero; casi habia esperimentado la miseria y las privaciones: por esto me entregaba con efusion al goce de mi nueva fortuna, tesoro inesperado que ya aspiraba á aumentar. En esta época fue cuando recibí una carta de mi madre.»

M. de Fresnil se detuvo en cuanto pronunció estas palabras, y parecia meditar profundamente en lo que iba á decir: cualquiera habria presumido que temia concluir la narracion comenzada, que se arrepentia de haber revelado parte de su secreto, y que

Ayuntamiento de Madrid

titubeaba al revelar la otra; por fin clavó la vista en su jóven pariente, y tomándole una mano:

«Suceda lo que quiera, le dijo, y sin tener en cuenta el partido que vais á adoptar con respecto á Virginia Meyran, dadme palabra de honor de que nunca saldrá de vuestro pecho lo que voy á confiaros, y de que la misma Virginia ignorará siempre este secreto.»

Armand de Revel dió la palabra que de él exigia su anciano pariente, y este continuó:

«Mi madre me decia que el luto por mi hermano habia acabado ya (luto que yo no habia llevado por evitar que Catalina tuviese noticia del acontecimiento), y que ya era tiempo de pensar en los negocios de familia; me aconsejaba pidiese mi retiro del servicio en el cuerpo de guardias de Corps, en el cual vejetaba sin ninguna esperanza de ascender, y como si hubiese adivinado mis pensamientos, añadia que solo debia ocuparme de gozar de mis bienes, sin descuidar por eso el aumentarlos. Para lograrlo se presentaba un medio muy sencillo: mi madre se propuso casar á mi hermano con una de las jóvenes mas acomodadas del pais: el dia en que se debia hacer el matrimonio estaba señalado, estipuladas las condiciones por una y otra parte, y estendido el contrato, cuando sobrevino su muerte. ¿Por qué no habia yo de cumplir la palabra dada por mi madre? La jóven de que se hablaba casi no conocia á mi hermano, ninguna inclinacion podia tenerle, y solo se casaba por obedecer las órdenes de sus padres: ademas era bien parecida y muy rica. Mi madre me mandaba que dejase á París y fuese á contraer un matrimonio que duplicaba mi fortuna. Tenia yo entonces treinta años. No diré que la obediencia fuera un deber en mí, y que tenia que resignarme á cumplir órdenes tan sagradas para un hijo como son las de su madre: solo ví en la propuesta que se me hacia la única y mas propicia ocasion que podia presentárseme de romper unas relaciones que iban estrechándose de dia en dia y que repugnaba mi amor propio: los bienes de que se me hablaba despertaron tambien mi codicia.

¿Por qué, me decia yo á mí mismo, no he de amar á la joven que mi madre ha elegido? Quizás sea mas bella que Catalina; quizá me ame tanto como ella, sin ejercer sobre mí ese ascendiente que me tiene subyugado. Tambien reflexionaba sobre mi equívoca posicion: vivia con una querida, cuyo primer amante fue otro y no yo. Sin embargo, como conocia á Catalina y era sincero el amor que le profesaba, no me atrevia á tomar una resolucion definitiva. Esta indecision fatigaba mi espíritu: yo habia podido ocultarle por algun tiempo la muerte de mi hermano; pero si me alejaba de ella, si iba á mi provincia, aun cuando no fuese mas que á ver la jóven de quien mi madre me hablaba, Catalina lo descubriria todo, y á mi vuelta esta tentativa de infidelidad recibiria su merecido. Necesitaba pues un pretesto para dejarla; era indispensable hacerle creer que el gobierno me enviaba al norte con cualquier comision, mientras que me dirigiria al mediodía á probar si en otra muger encontraba el amor que me tenia encadenado en París. Estos pensamientos me traian ensimismado: la necesidad de ocultar este nuevo secreto me hizo otro del que ordinariamente era; y entretanto que, sin tener ningun confidente de mis interiores agitaciones, revolvia mis ideas allá en lo íntimo de mi corazon, seguro de que ni mis acciones ni mis palabras me harian traicion, Catalina lo estaba adivinando todo, y con ojo de lince seguia paso á paso mi incertidumbre é indecision, cual si penetrase en el interior de mi conciencia; ella veia que mi tímido espíritu no se atrevia á optar entre su amor y un rico casamiento, dejándose tambien seducir por el vago deseo de la variacion, porque tal es la naturaleza humana, nuestro corazon nunca está satisfecho con lo que posee: quiere mas ú otra cosa distinta, ó á lo menos ser dichoso de un modo nuevo, no esperimentado aun. Catalina leia en mi corazon como en un libro abierto ante sus ojos; y como ella era impenetrable á los mios y á los de todos, siempre se

Ayuntamiento de Madrid

acercaba á mí con semblante tranquilo y risueño colmándome de caricias.

Uno de aquellos dias en que me retiraba á mi gabinete á meditar en qué términos

contestaria á la carta de mi madre, entró Catalina cuando menos la esperaba. Su rostro, de espresion tan dulce y de formas tan redondeadas; estaba rígido y anguloso por una contraccion nerviosa, sus ojos miraban con una fijeza feroz, sus rosados labios estaban cárdenos. La creí acometida de un mal repentino: me pareció que no podia sostenerse de pié y que un accidente acababa de privarle de la razon: quise levantarme para sostenerla; pero apoyó una de sus manos sobre mi espalda y me contuvo en mi asiento. Traia levantada la falda del vestido hasta la cintura, y con sus dedos crispados apretaba entre los pliegues de ella una cosa que procuraba ocultar. ¿Sois vos, Catalina? le dije admirado de verla asi.

—Sí, yo soy; ¿no me reconoceis ya? En nada he cambiado, soy siempre la misma.

Apesar de lo que decia, no era ciertamente la misma muger, hasta su voz tenia diverso timbre.

«Asi será; pero debeis estar enferma, esclamé yo.»

Y me miraba con espantosa atencion; queria sin duda leer en mi frente mis últimos pensamientos, y cuando desplegó los labios, la primer palabra que pronunció me hizo conocer que ya sabia uno de mis secretos.—¡Señor marqués!—me dijo. ¿Habria llegado á su noticia la muerte de mi hermano?

—¡Señor marqués, continuó con bronca voz, escuchadme! Nunca os he hablado de M. Pontis, y asi es que no sabeis nada de su historia; es preciso que os la refiera... Yo estaba en un convento: era jóven y desgraciada, es verdad; pero vivia pura y sin mancilla, la prudencia no me habia faltado jamás; como mis demas compañeras pude tomar el hábito y pasar mi vida en el claustro sin placer y sin dolor. M. Pontis me vió y se enamoró de mí. Nunca llegareis á comprender con qué arte, con qué destreza logró seducirme, porque yo era una niña, y mi reputacion estaba intacta, entera mi virtud, y aunque no me arrepiento de lo que he hecho, sé que en el mundo hay jueces mas severos que mi conciencia.

Intenté de nuevo levantarme, no imaginaba lo que iba á decirme, y queria tranquilizarla: se opuso bruscamente á que me moviese del asiento, y cuando quise hablar me tapó la boca obligándome á que la escuchara.

—Me hizo tantas protestas de amor, continuó Catalina, me persuadió hasta tal punto de su sinceridad, que al fin me sedujo. Creí en sus juramentos, señor marqués, y le amaba.... menos de lo que os amo, es bien seguro, pero le amaba. Bien lo sabeis, marqués, sea orgullo, sea abnegacion, sea lo que quiera. ¿Qué ha exigido siempre mi corazon? Fidelidad completa, nada mas; y yo he tenido ocasion de demostraros el modo con que se cumplen esta clase de juramentos. Yo me abandono sin convenio anterior de ninguna especie, no pido garantías: gozo de lo presente sin haber pensado ayer en lo que hoy podria suceder, y exenta de inquietud espero el porvenir; pero cuento con el *honor* del hombre á quien amo, con una seguridad tal, que ella de por sí constituye mi orgullo y mi alegría. Pobre como soy, y aspirando solo á ser amada, ¿he deseado nunca relaciones que pudieran enriquecerme?

Esto es lo que he hecho por vos y por M. de Pontis; pero M. de Pontis me engañó, dejó de amarme, negoció un enlace ventajoso para él, y tan cobarde como pérfido,

Ayuntamiento de Madrid

seguia dispensándome las caricias, hijas de un amor que ya no sentia: se propuso no abandonarme hasta el último instante, y engañarme hasta el dia mismo del abandono. Ved aqui, marqués, lo que meditaba M. de Pontis, y lo que habria hecho si hubiese vivido quince dias mas; yo sabia cómo se llamaba su futura esposa, y á cuánto ascendia el valor del dote, al cual me sacrificaba la codicia de mi amante. Ahora bien, señor marqués, ¿qué merecia semejante perfidia? ¿Qué debia hacer la muger que nada habia pedido, que nada habia exigido, y á la cual se habian hecho tantas promesas, y arrebatádole su honor, su porvenir, todo en una palabra? Se la llevó á su casa cuando agradaba, y se la arrojaba de alli en cuanto pasó el capricho.... y la abnegacion de esta muger nunca se desmintió: se habia esperimentado hasta qué punto llegaba su amor, y se le condenaba á la ignominia; la abandonaban cobardemente, uniendo la mentira al ultraje, mostrándole un semblante risueño mientras que se le clavaba un puñal en el corazon.

Al hablar asi, prosiguió M. de Fresnil, las miradas de Catalina se hacian cada vez mas feroces, su voz mas ronca, sus ademanes mas violentos, á medida que se iba acalorando: yo estaba aterrado, me temblaban las manos, que tenia puestas sobre los brazos del sillon; mi frente estaba bañada de frio sudor, y pronunciaba de cuando en cuando algunas palabras sin sentido: turbado por la semejanza que habia entre mi conducta y la de M. Pontis, esclamé al fin:

—¡Catalina, por Dios! ¿de quién estais hablando? ¿Todo eso viene al caso? ¿Qué quereis decir?

—¿Que de quién hablo? de M. de Pontis. ¿Habria otro hombre capaz de un crímen semejante y de perfidia mas desleal? ¿Creeis, marqués, que puede haber en el mundo dos hombres de corazon tan perverso y de tan poco honor?

—No, Catalina, no lo creo, esclamé yo: en cuanto á mí, confia que no te abandonaré jamás....

—No hablo de vos, marqués, me respondió bruscamente; hablo solo de M. de Pontis.

No daba crédito á lo que veia, ni á lo que oia; me figuré que mis sentidos conspiraban juntos para engañarme á la vez. Hubiera dado cuanto poseia porque un criado hubiese entrado en aquel momento y se hubiese roto el fatal prestigio que obraba sobre mí.

—Hablo solo de M. de Pontis, repitió. ¿Os acordais, marqués, del dia ó mas bien de la noche en que nos vimos por la vez primera? Aquel hombre muerto y tendido á mis pies, yo misma revolcándome en el ensangrentado lodo de la plaza de Beauveau, el puñal tirado en el suelo, la sangre que me cubria, mis gritos, mi llanto, mi cuello y mis orejas desgarradas, la historia de los dos bandidos que nos acometieron, mis desmayos, mis sollozos; ¿os acordais de todo ello, marqués?..... Pues bien, alli no habia nada de verdad, nada: ¡todo era obra mia, solo mia! ¿lo comprendeis bien? ¡obra mia!

Al escuchar estas últimas palabras dí un grito, me levanté: quise huir; pero me detuvo tambien.

—¡Sí, obra mia! os digo; yo misma herí al traidor; y añadió: para que no lo dudeis, aqui estan las pruebas.

Sus dedos dejaron de sostener entonces los pliegues de la falda de su vestido, y rodaron por el suelo unos pendientes de brillantes, un collar de rubíes, anillos, un reloj de oro.... En medio de estas sangrientas reliquias estaba una carta de mi madre.

—M. de Revel, dijo el anciano á su pariente que le escuchaba inmóvil, he ceñido espada por mucho tiempo, y gracias al cielo jamás merecí la nota de cobarde: he espuesto mi vida en mas de una ocasion: he jugado alegremente con ella por los mas fútiles motivos; pero un hombre tiene valor, sin poseer todas las especies de valor que hay en el hombre. Tuve miedo, M. de Revel, la sangre se me subió á la cabeza, mis cabellos se erizaron, las venas de mis sienes daban fuertes sacudidas, y caí al suelo sin conocimiento.

Cuando volví en mí, me hallaba en mi ca-

Ayuntamiento de Madrid

ma; una sangría alejó todo peligro, y creia haber despertado de un sueño, durante el cual fuí presa de la mas espantosa pesadilla. Catalina se hallaba á la cabecera de la cama, tenia mis manos entre las suyas; su fisonomía apacible, sus cariñosas palabras y su mirar tierno y apasionado, eran los mismos de siempre. Algunas lágrimas rodaban por sus rosadas mejillas, y en cuanto abrí los ojos se arrojó en mis brazos.

—¿Qué susto tan terrible me habeis dado? dijo. Cruel, ¿por qué os retirais á vuestro gabinete sin decirlo antes? ¡Habeis estado allí, ¿quién sabe el tiempo? solo, sin nadie que os socorriera, accidentado súbitamente! Amigo mio, aunque me tengais por importuna, ya no me separo un momento de vuestro lado, os seguiré á todas partes. ¿Pero no es verdad que en adelante me creereis siempre?

—¡Creeros! esclamé incorporándome en la cama.

Hizo entonces que volviera á reclinarme y que colocara la cabeza sobre la almohada.

—Todavía no le ha dejado el delirio, dijo ella para sí; y dirigiéndose despues á mí: ¿No es verdad que otra vez harcis lo que yo diga? Dias pasados os aconsejé que os sangraseis, bien os acordareis; al entrar la primavera necesitais una sangría. ¿Por qué no habeis hecho caso? El médico mismo ha dicho que la sangría hubiera evitado el accidente que tanto cuidado nos dió en un principio. La primavera que viene sereis mas dócil, ¿no es asi?

Yo cerré los ojos y procuré atraer á mi memoria todos los pormenores de la escena que me puso en tal estado. Aunque mi cabeza estaba desvanecida y debilitado mi cuerpo, todo lo recordé exactamente, lo presente y lo pasado; mi imaginacion me trasladó á la plaza de Beauveau, y ví de nuevo las lívidas facciones de M. de Pontis, la desesperacion de Catalina; y como fuí uno de los testigos de la causa, cuando me hicieron firmar mi declaracion, leí por mera curiosidad la suya, y en ella estaba incluida una relacion minuciosa del número, la forma, hechura y valor de las alhajas robadas. Hice, pues, una comparacion mental entre los pormenores del proceso y los objetos que Catalina puso á mi vista, y me figuraba verlos aun, y no dudaba de que eran los mismos. La carta de mi madre, que Catalina traia entre aquellas alhajas, la tenia yo guardada en un cajon secreto de mi escritorio, y sin embargo la carta estaba tambien allí, cerrada con lacre negro y con el sobrescrito de la mano misma de mi madre. Imposible era que todo esto fuese la ilusion de un sueño.

Otra idea me preocupaba á la sazon: os he dicho que el asesinato de M. de Pontis se atribuyó á dos malhechores muy temidos entonces: la policía les siguió la pista, y llegó á prenderlos; pero ambos probaron que se hallaban en Rouen el dia mismo del asesinato: cuantas averiguaciones se hicieron despues para descubrir los autores del crímen fueron infructuosas. Sabiendo yo de antemano todo esto, era muy natural que lo recordase en aquellas circunstancias. Semejantes ideas debieron renovar mi indisposicion, reprodujeron las convulsiones, y fue preciso recurrir otra vez al médico, el cual me aplicó los remedios que mejor le parecieron. Ignoro lo que fue de mí por mucho tiempo; solo sé que fue larga la crísis, y que el dolor de Catalina no tenia igual mientras estuve en peligro. Al fin recobré el sentido...

Catalina estaba á los pies de mi cama dormitando como suelen hacerlo al cabo de un largo insomnio los enfermeros mas vigilantes é infatigables; abrí los ojos, y al verla asi procuré no hacer el mas pequeño movi-

Ayuntamiento de Madrid

miento. Tenia apoyada la cabeza en una de sus manos, y los rizos de su hermoso cabello caian sobre sus frescas mejillas, y medio ocultaban su blanca y pura frente. El sueño revela á veces nuestros mas íntimos y secretos pensamientos, movimientos involuntarios descubren tambien cuando se sueña aquello mismo que ocupa la imaginacion de la persona dormida, y quise sorprender en la fisonomía de Catalina alguna de esas revelaciones fortuitas... pero nada... dormia con la calma y serenidad de un niño. Entonces me decia yo á mí mismo:

—¡Y esta muger ha meditado un asesinato! Esa blanca y débil mano ha blandido un puñal para atravesar el pecho al hombre mismo que amaba, y esto en medio de una plaza. ¡Gran Dios! El hombre mas sanguinario, el mas habituado al homicidio, nunca tiene seguridad completa de asestar un golpe tan certero que la víctima caiga sin exhalar un grito, sin conocer siquiera la mano que le hiere, y Catalina confió tanto en su presencia de ánimo, que se atrevió á consumar su intento! ¡Ni ha tenido remordimientos! Yo, que me he separado de ella tan pocas veces, jamás la he visto inquieta, triste, ni preocupada de acerbos pensamientos. Sin embargo, mis sentidos no pueden engañarme, estuvo en mi gabinete, escuchó su espantosa confesion, y aun resuena en mis oidos el ruido que las alhajas hicieron en el suelo al arrojarlas de su falda.

Quizás era todo esto un sueño mio: tal vez esta ilusion, esta terrible fantasmagoría, en vez de ser la causa de mi enfermedad, habia sido el primer síntoma de ella; empero ¿de dónde habia sacado mi imaginacion el tejido de aquella escena? Mi corazon y mi mente no podian abortar tan horrorosas calumnias. Verdad es que estaba meditando en el modo de emanciparme del yugo de Catalina, en abandonarla para casarme; pero al intentar esto, no desconocia su dulzura angelical, hacia justicia á sus buenas prendas, y lejos de creerla capaz de cometer ninguna especie de crímen, sentia privarme en adelante de cuantas bellas cualidades le atribuia. Algunos dias antes de la escena del gabinete, uno de mis criados se hirió al trasladar muebles de una habitacion á otra; Catalina se hallaba presente: al ver correr la sangre, faltó poco para que se desmayase, y como yo me riese de esta debilidad, porque la herida no era peligrosa:

«Estraño mucho vuestra risa, me dijo; bien sabeis que no me es posible ni aun ver matar un ave.»

Con efecto, habia yo tenido ocasiones de notar que entendia y se ocupaba con gusto de todo lo que concierne al buen manejo de una casa, esceptuando el vigilar las operaciones de la cocina, en donde jamás entraba. Esto provenia sin duda de una escesiva delicadeza, muy natural en las mugeres acostumbradas á ser servidas desde la infancia... pero yo no salia de mi terrible incertidumbre, porque á pesar de todos mis raciocinios, yo la habia visto, la habio oido, y no era otra sino ella: su mano, apoyándose sobre mi hombro, me impidió por dos veces en el gabinete que me levantara de mi asiento.

Por mas que me empeñaba en alejar de mí aquellos recuerdos no podia conseguirlo. Hallándome en esta ansiedad, hice un movimiento, y Catalina despertó.

—¿Y pudisteis al fin, esclamó Armand, pedir cuenta á aquella muger de su horrible confesion?

—¿Cómo, amigo mio? esclamó el ancia-

Ayuntamiento de Madrid

no: era imposible, si yo dudaba hasta de mí mismo: por otra parte, Catalina me probó que mis preguntas eran hijas del delirio.

—Mucho estais padeciendo, me dijo ella, porque no se apartaba de la cabecera de mi cama, y desde ayer habeis tenido muy pocos intervalos de lucidez; y como en el delirio de un enfermo, los pensamientos de que ordinariamente se ocupa se presentan á su vista aunque él no quiera, he descubierto al escucharos la llaga que martiriza vuestro corazon.... me amais, me adorais, estoy segura de ello; pero teneis celos.

—¡Celoso yo! esclamé con débil voz.

—Sí señor, celoso de tiempos pasados: vuestro corazon me hace justicia, y no niega cuánto os quiero; pero dudais de que el cariño que os profeso sea infinitamente mayor del que tuve á M. Pontis.

—¡Catalina, no pronuncieis ese nombre!

—¿Y por qué? Desde ayer lo estais pronunciando sin cesar, y hablando de él de un modo tal, que me hace creer que su recuerdo escita en vos sentimientos muy amargos. Amigo mio, dejemos á los muertos en paz; debeis haber notado que desde el primer dia de nuestra union no he vuelto á hablaros de M. de Pontis.... me habeis hecho que lo olvide enteramente... Creedme, nunca le quise como á vos; juré ser vuestra y no acordarme mas de mi primer amor: bien sabeis cuál es mi fidelidad en el cumplimiento de lo que prometo. Dejad, pues, de atormentaros con tan sombríos pensamientos... Mirad que somos tan dichosos como pueden serlo las criaturas en la tierra, y que todo el mundo envidia la dicha que gozamos.

Al hablarme de esta manera, brillaba en su semblante la espresion del amor satisfecho; su angelical sonrisa era mas seductora que nunca, y si percibí en su frente una ligera nube, este signo de inquietud casi imperceptible no podia racionalmente atribuirlo á otra causa mas que al estado de enfermedad en que me encontraba. Por último, desperté una mañana, y ví con cierto placer que estaba solo.... llamé, y entró un criado.

—¿Y vuestra ama? le pregunté.

—¿La señorita?

—Sí, la señorita, ¿dónde está?

—La señorita está en San Roque; como hoy es domingo.... me contestó el criado.

Con efecto estaba entonces en misa en San Roque; nunca dejaba de cumplir con el precepto los domingos, ni los dias de fiesta. Despedí al criado; me levanté al momento cubriéndome con una bata, y corrí al escritorio en donde tenia la carta de mi madre. Nadie habia tocado á él; el sitio en que se encontraba el cajon secreto que no podia abrirse sino por medio de un resorte oculto, conocido de mí solo, lo ví cubierto de algun polvo; lo abrí, y la carta de mi madre se hallaba en el mismo ser y estado que yo la dejé. Atónito y confundido, pasé á la habitacion de Catalina; era tan confiada, que todas las llaves se encontraban puestas en las cerraduras: busqué por todas partes, lo revolví todo hasta el último rincon; pero nada: el collar, los diamantes, el reloj de oro que ví rodar por el suelo de mi gabinete, y que yo esperaba encontrar allí, no estaban. ¿Aquella escena fue por ventura un sueño? Quizá seria esta ilusion terrible lo que produjo mi enfermedad.

Por una estrañeza singular, ó mejor dicho, por ese magnetismo que las organizaciones fuertes ejercen sobre las almas débiles, conocí que amaba á Catalina mucho mas de lo que hasta allí la habia amado. Volví á la cama convencido de mi error, y seguro de haber sufrido una enagenacion mental. Despues me pregunté, si suponiendo que Catalina fuese culpable, no tenia escusa su crímen hasta cierto punto. ¿Hay cosa mas vil que sacrificar á la avaricia el amor de una muger, y de una muger tan amorosa, tan desinteresada como Catalina. ¿El desastroso fin de M. de Pontis no era en cierto modo un castigo de la felonía que premeditaba?

Y yo, que habia formado iguales proyectos, que estuve á punto de llevarlos á cabo, y esto por el único anhelo de aumentar mi fortuna ya tan considerable, ¿qué era, pues? ¿Por ventura quiso darme Catalina una leccion severa? ¿Se propuso amenazarme con la suerte que me esperaba si procedia con

Ayuntamiento de Madrid

la deslealtad que procedió M. de Pontis? Me perdia en conjeturas. Tal vez habia un medio para salir de este laberinto, ó á lo menos para aclarar las dudas que me asediaban: podia pedir informes á la familia de M. de Pontis sobre si era cierto que dias antes de morir estaba negociando su casamiento.... pero deseché esta idea. Bien fuese amor, bien fuese debilidad, temí saber la verdad completa, y preferí no hacer averiguacion de ninguna especie.

Todo esto ha sido un sueño, me decia á mí mismo; mi imaginacion ha atribuido á M. de Pontis los mismos planes que yo tenia concebidos; y suponiéndole criminal, he supuesto tambien que sufrió un atroz castigo.

Aqui llegaba yo de mis reflexiones, cuando Catalina volvió de misa. Sentóse como siempre á la cabecera de mi cama, y le dije:

—Tengo que hablaros de cosas importantes: escuchadme.

—¡No hableis de nada, por Dios! Aun estais muy débil para seguir una conversacion.

—Estoy ya mucho mejor, Catalina; he recobrado la razon, ya no deliro. Tened la bondad de escucharme. En primer lugar, debeis saber que mi hermano ha muerto.

—¿El marqués de Fresnil?

—Sí. Mi madre me ha escrito, y exige de mí dos cosas: primera, que vaya á pasar algun tiempo á su lado; y segunda, que me case. ¿No seria esta la mejor ocasion de que nuestro enlace fuese sancionado por la iglesia?

—Teneis razon, marqués, me contestó sin inmutarse en lo mas mínimo. El rey, la reina, y sobre todo la princesa Isabel, son muy severos en este punto, y quizás no seriais bien mirado en la corte si siguiéramos viviendo como hasta aqui.

A los ocho dias recibimos la bendicion nupcial.

—¡Catalina era pues vuestra difunta esposa! esclamó M. de Revel.

—Todavía llevo luto por ella y lo llevaré mientras viva. Ninguna variacion hubo en nuestra vida doméstica, escepto solo que mis amigos, mis conocidos y mis criados, en vez de llamarle la señorita Catalina, como la llamaron hasta entonces, la nombraron en adelante la señora marquesa. Nadie murmuró de mi casamiento: por el contrario, todos le alabaron; los que se interesaban por mí, esperaron siempre que se verificaria tarde ó temprano, y como se realizó en el momento mismo de heredar á mi hermano, lo creyeron tan digno de mi carácter, como del de Catalina. Voy á referiros un rasgo que os dará una idea exacta del modo con que mi muger se entrometia en los acontecimientos de mi vida pasada. Pocos dias despues de nuestro matrimonio me dijo:

—En otro tiempo concurria yo muy á menudo al teatro de Audinot. ¿Y vos soliais ir?

—Tambien, con bastante frecuencia.

—Habia en él una bailarina que se llamaba.... del nombre no estoy muy segura.... creo que es Ceferina ¿No os acordais?

—Ya me habia olvidado de él, y si no me la hubierais nombrado ahora, seguro es que yo lo hubiese recordado.

—Esta Ceferina, continuó mi muger, era una cabeza deshecha, segun tengo entendido. Dejó la Francia solo por su aficion al goce de nuevos placeres, fugándose de París con un inglés muy rico. ¿Y qué sucedió? Que descuidó su arte, y es sabido que la habilidad en el baile se pierde no ejercitándolo diariamente: ha engruesado mucho, y sus nuevas carnes le imposibilitaban de adquirir otra vez su antigua ligereza y agilidad: el inglés se fastidió de ella y la ha abandonado; ni aun en Lóndres ha podido contratarse. ¿No os parece bien señalarle una pension de vuestro bolsillo?

Le señalé una pension á Ceferina, y mi esposa jamás quiso escuchar la confesion que sobre este punto intenté hacerle repetidas veces.

No tardé mucho en emprender nuestro viaje al Delfinado: mi madre recibió á su nuera con bastante frialdad, pues mi matrimonio habia deshecho sus proyectos; pero al cabo de algun tiempo consiguió Catalina captarse con su irresistible dulzura el cariño de mi madre.

Ayuntamiento de Madrid

Mi felicidad era envidiada de todo el mundo, y la belleza de Catalina me proporcionó mas de un rival. Hubo uno que se atrevió á declararle la pasion que le habia inspirado; pero ella me lo dijo al momento claramente y sin rodeos.

—Nada debo ocultaros de cuanto toque á vuestro honor, me decia, y esto es lo que me impele á daros noticia de la declaracion de amor que me he visto precisada á escuchar. ¿Cuál es la conducta que á vuestro parecer debo seguir en el presente caso?

Yo quise batirme; pero me disuadió de ello, y convenimos en que ella misma se encargaria de hacerle ver á su amoroso perseguidor que la marquesa de Fresnil no era muger capaz de engañar á su marido; pero como ya os tengo dicho, los atractivos de Catalina eran muy poderosos. Cuatro hombres enmascarados intentaron robarla á mi propia vista: un criado y yo logramos arrancarla de su poder cuando ya huian con ella; pero nos fue imposible coger á ninguno de los raptores. Muy fácil era adivinar de quién venia aquel golpe, y entonces la misma Calina me incitó á que me batiera.

—Marqués, me dijo, en otro tiempo tuvisteis mas de un duelo por causa de vuestras queridas; ahora no estaria bien visto que no hicierais lo mismo por vuestra esposa. Vengad mi honor ultrajado; y si por desgracia pereceis en la demanda, contad con que yo no os sobreviviré ni un solo dia.

Herí gravemente á mi rival, y este acto de energía me proporcionó tan buena reputacion en la provincia, cuanto justa era la causa que defendia. Habiéndonos sorprendido la revolucion en el Delfinado, quise volverme á París; la marquesa se opuso, porque desde 1789 previó cuál era la importancia del movimiento que entonces estalló.

—Ya no sois guardia de Corps, me dijo; al casaros dejasteis de ser militar: quedaos aqui, donde tal vez sereis mas útil á los demas, y sobre todo á vos mismo.

Adopté aquellos consejos, que desde mucho tiempo eran la única guia de mi voluntad, y jamás me arrepentí de ello. Pasamos tranquilamente en nuestras tierras los dias de mas peligro para la nobleza, y hasta que se disipó del todo la borrasca no volvimos á París.

—En tiempo de revolucion, me decia, las almas enérgicas son las que obran primero: se apoderan del gobierno, ejercen violencias si se quiere; pero son generosas, y se puede impunemente resistirles ó someterse á ellas: en cuanto pasa el huracan, el poder viene á parar en manos débiles; lo ejercen hombres envidiosos de toda superioridad, llenos de mezquinos odios, de desenfrenada ambicion, y movidos por los intereses mas viles. Este es el caso de huir, porque tales gentes nunca perdonan.... Ahora sí debemos irnos á París.

Mezclados aqui con el torbellino, disfrutamos de quietud, aunque alguna vez llegó á decirme:

—Si fuese posible realizar mis deseos, bien sé yo lo que os aconsejaria en estas circunstancias.

—Veamos cuáles son esos deseos.

—Si fuera posible el que os mostraseis adicto al general Bonaparte, que unieseis vuestra fortuna á la suya.....

Eramos dichosos, é hicimos poco alto en la ambicion de gloria: preferimos vivir en la oscuridad, dando el ejemplo de una union que nada turbó jamás, y esperimentando un amor que ni los mismos años pudieron debilitar... Ya veis, amigo mio, continuó M. de Fresnil, que yo habia renunciado la iniciati-

Ayuntamiento de Madrid

va en los negocios de la vida, dejándome guiar por mi muger; pero el camino lo encontraba asi cubierto siempre de flores: el acontecimiento que me forzó á casarme con ella me ahorró el cometer una falta que hubiera sido para mi orígen de eternos remordimientos: esa debilidad mia, si asi debe llamarse, ningun daño me ha causado y sí muchos bienes.

—Pero consiste, respondió Armand de Revel, en que habeis tenido fuerza suficiente para dominar vuestra imaginacion, y para penetraros de la falsedad de cuantas ilusiones os sorprendieron en el delirio de la enfermedad.

—No juzgueis con tanta precipitacion, prosiguió M. de Fresnil. Hace dos años que cayó mala mi esposa, la cual habia gozado hasta entonces de completa salud; y aunque contaba mas edad de los cincuenta, su sonrisa era todavía halagüeña y su semblante nada habia perdido de su constante serenidad; desde el momento en que no pudo dejar la cama, vió que aquella era su primera y última enfermedad.

—Voy á morir, me dijo, y tengo muchas cosas que pediros; no volvereis á casaros...

Al oir estas palabras, la interrumpí para renovar las promesas de que en otro tiempo fuí tan pródigo, haciéndole observar que ahora serian mas fáciles de cumplir, porque el fuego de los años no me induciria á quebrantarlas.

—Confio en vuestra palabra, y estoy segura de que no faltareis á ella. Pero quiero ademas que no continueis viviendo en París; idos al Delfinado, y acabad vuestros dias en donde reposan las cenizas de vuestros padres. Para esto es necesario que ninguna cosa os retenga, ni llame vuestra atencion en París. Vended esta casa, y cuando no os quede ningun interés para vivir aqui, os será mas fácil cumplir lo que exijo de vos: con esto moriré satisfecha.

Le prometí todo cuanto quiso, y al hacerlo asi, creí adoptar el partido mas prudente y razonable: en el eco de su voz y en sus palabras percibí hasta el último momento aquella voluntad dulce, pero absoluta, que siempre me subyugó sin atreverme á contradecir. Habia tambien en el proyecto de morir cerca del sepulcro de mis padres para reunir mis cenizas á las suyas, un sentimiento sublime y religioso que no podia menos de enternecerme. Segura ya Catalina de que sus últimos deseos serian satisfechos, mandó traer un sacerdote, y murió con el mismo valor y serenidad que brillaron en todos los momentos de su vida.

—Señor marqués, me dijo su confesor al marcharse, Dios es grande y misericordioso; ningun pecado por enorme que sea deja de perdonarlo cuando hay verdadero arrepentimiento: vuestra esposa ha muerto como una santa.

No os hablaré de mi dolor, de mi desesperacion y del cruel aislamiento en que me encontré; me queda que haceros otra revelacion todavía. Muerta Catalina, ninguna otra voluntad podia dominar ya la mia, y aunque echaba de menos con gran pesar los lazos que me sujetaron por tanto tiempo, no por eso dejé de seguir las inspiraciones de mi corazon, por nadie contrariadas ya. El sentimiento religioso que me indujo á prometer que me retiraria al Delfinado, fue tambien el que me retrajo de ello. ¿Por qué habia de ir á morir cerca del sepulcro de mis padres? ¿Qué razon habia para que reposaran juntas nuestras cenizas? Perdí á mi padre siendo muy niño, apenas recordaba haberlo visto; habia vivido poco al lado de mi madre, y la mayor parte de mis dias los pasé con Catalina: cerca de ella era, pues, donde debia acabar mi vida, y señalar mi sepultura al lado de la suya.

No acertaba á esplicarme por qué no habia manifestado Catalina el mismo deseo, y me persuadí de que al mudar de resolucion pagaba un nuevo tributo al amor que nos habíamos profesado. Decidido á no abandonar á París, no me convenia enagenar la casa: la habitaba desde mi juventud, habia hecho en ella grandes mejoras, y sobre todo era para mí un recuerdo vivo de la única muger que poseyó todo mi cariño. Mi vida entera se hallaba escrita en su recinto; estos lugares habian sido testigos de mi pasado bien-

Ayuntamiento de Madrid

estar, y no habia una sola pieza, un solo rincon de ella que no me recordase algun suceso que saboreaba en mi memoria con meláncolico placer....

Pero, amigo mio, aunque nuestras casas duren mas que nosotros, envejecen tambien, y de vez en cuando necesitan reparos para impedir su deterioro. Hace seis meses que fue indispensable llamar á los albañiles para rehacer el techo y el pavimento de tres habitaciones del quinto piso, cuyo último inquilino habia sido Catalina de Clairval... Mi muger nunca quiso que se volviesen á arrendar estas piezas habitadas por ella en época mas desgraciada, y las llaves no volvieron á manos de mis sirvientes hasta despues de su muerte. Deseé volver á ver aquellos lugares en que Catalina escuchó mi primera declaracion de amor. Subí con los albañiles. El trascurso de muchos años, y la humedad de un cuarto cerrado enteramente por tanto tiempo, habian destruido el enlosado.

Empezóse la obra delante de mí, y al levantar algunos ladrillos ví brillar diamantes, rubíes, un reloj de oro.... todas aquellas malhadadas alhajas que causaron mi enfermedad; las examiné, no pude dudarlo, eran las mismas.

—¡Gran Dios! esclamó Armand, ¿fue ella la que asesinó á M. de Pontis?

El anciano inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Amigo mio, continuó, hay personas á quienes la perfidia y la infidelidad afectan de tal manera, que al verse víctimas de ellas pierden la razon, y ademas las mugeres de carácter dulce y apacible son á veces las mas implacables; nunca perdonan cuando se les hace traicion. Ya veis cuál era la causa de que mi esposa mostrase tanto empeño por que me alejase de París y vendiera la casa... Me habeis escuchado hasta el fin, añadió M. de Fresnil. ¿Pudiera yo daros ningun consejo para el caso en que os hallais? De mi narracion podreis deducir cuáles son mis sentimientos y opinion.»

Armand de Revel cayó en una profunda meditacion; oprimia las sienes entre sus manos, y ya no escuchaba; su pensamiento estaba fijo en la estraña casualidad que habia puesto treinta años antes á su anciano pariente en situacion tan idéntica á la suya, y dominado como estaba por Virginia Meyrand, á semejanza de M. de Fresnil que lo estuvo por Catalina, pensaba con horror en la funesta suerte de M. de Pontis, y en la infidelidad de que él mismo iba á hacerse culpable. De repente salió de la especie de letargo en que se hallaba sumido, y dijo á M. de Fresnil:

«Escribid á mi madre que tengo ya empeñada mi palabra y que estoy decidido á cumplir con este deber.»

¿Fueron inpiradas estas palabras por el honor, que le hacia mirar como un deber sagrado el no abandonar á la que le habia confiado el suyo, ó por el temor de que Virginia Meyrand se convirtiese en implacable enemiga? No podemos afirmar lo uno ni lo otro; pero añadió:

—Mi madre es codiciosa: vos arrostrasteis la cólera de la vuestra: pero yo no me atrevo á hacer frente á la de la mia, porque nunca consentirá en llamar hija á una muger pobre.

—Cierto es que Virginia no tiene bienes, respondió el anciano; pero tiene grandes esperanzas.

—¿Esperanzas decís? ni la mas remota: tiene parientes ricos, verdad es; pero todos son casados y con hijos.

—No importa; quizá llegue á ser rica.

—¿Sabeis por ventura mas sobre este punto que yo y ella misma?

—Tal vez.

—¿A quién debe pues heredar?

—A mí, respondió M. de Fresnil. Yo pensaba en que vos fueseis mi heredero: ¿no será igual que la nombre á ella?»

El matrimonio de Armand se verificó á poco tiempo; y bien fuese por amor propio, ó bien por guardar la palabra dada á su pariente, jamás refirió á Virginia de Meyrand la historia de Catalina.

Ayuntamiento de Madrid

LA FUGA DE MANS.

I.

El sol habia desaparecido del horizonte, la noche iba á cubrir la tierra. Un viento glacial soplaba en las campiñas de Mans, en las que resonaban por do quiera gritos de desesperacion, de terror y de muerte. Alli habian tenido lugar horrorosos combates: los campos estaban sembrados de cadáveres. La república triunfaba. Los soldados de la revolucion, con el hierro y el fuego en sus manos, devastaban la heroica Vendée: una turba de ancianos, de mugeres y de niños huian despavoridos delante de ellos. La fe, el honor, las virtudes y la fidelidad, todo lo que hay de mas sagrado en la tierra, cayendo bajo el hacha ó la cuchilla, se refugiaba en el cielo.

Beaufort, uno de los generales de la revolucion adornado de la banda tricolor, perseguia las tropas vencidas.

De repente exhala una esclamacion de sorpresa: acababa de ver á lo largo del camino que seguia, y en el fondo de un foso, una forma blanca y graciosa, envuelta en un ligero velo. Detiene su corcel, se apea y aproxímase. Uno de los últimos rayos del sol alumbraba el desconocido objeto que reposaba alli, inmóvil, sobre una tierra húmeda y helada. El general se baja y mira... ¡Oh triste y doloroso espectáculo! Es el cuerpo de una jóven de diez y siete años.

«¡Qué bella es!» esclamó Beaufort tratando de levantarla. Pero estaba sin movimiento y fria como el mármol. Sus brazos y su cuello desnudos; el chal que los habia cubierto se habia caido en derredor de su cintura, y el fino tisú de su vestido no la preservaba por ningun lado de los ataques de un aire húmedo y glacial. Entretanto, y á pesar de su sufrimiento, su frente estaba pura y serena, su fisonomía dulce y tranquila, su tez nada habia perdido de su brillo; sus hermosos cabellos, de un rubio ceniciento, caian en luengos rizos en derredor de su nevado cuello. Hubiérase dicho que era un ángel dormido.

Beaufort, vivamente enternecido, se despoja de su capa, y cubre á la jóven: despues, tomándola en sus brazos, la monta en su caballo, y la oprime contra su corazon.

«¡Amigos! dice el gefe, á Laval,» y hiende los aires.

La vandeana, desmayada, vuelve en sí á poco. El movimiento, el calor y el ruido la sacan de su letargo. Abre sus párpados... y ve delante de sus ojos una banda.

«¡Dios mio, Dios mio! esclama. ¡Los tres colores!.... ¡Soy perdida!

—Jóven, responde Beaufort, no temas, yo te salvaré.»

Pero la desconocida vuelve la cabeza: trata de desasirse de los brazos que la rodean, y rechazando al guerrero:

«¡Prisionera! murmura. ¡Oh! ¡mi blanca bandera! ¡A Dios!

—Vais á perecer sin recurso, dijo el gefe con voz conmovida. La suerte os envia un amigo. Esperad: tengo algun poder.....»

La pobre desconocida le interrumpe:

«¡Matadme! ¡Soy vandeana!»

II.

Ya habian trascurrido mucho dias. La interesante fugitiva, Angélica de Meliers, habia sido confiada por el general Beaufort á

Ayuntamiento de Madrid

los cuidados de una habitante de Laval llamada la ciudadana Leclerc: esta era una alma hospitalaria, una muger de gran mérito. La vandeana en este asilo habia visto renacer sus fuerzas; pero sufria mas de un tormento: ¿qué era de su familia? Cuando lo preguntaba, ninguna voz osaba responderla.

El gefe revolucionario, prendado de sus gracias, le ofrecia su mano y su corazon. La tierna jóven suspiraba: su libertador era jóven, amable y valiente..... ¡Pero una vandeana casarse con un azul (1)! Esta idea horrorosa helaba la sangre en sus venas.

«¿Me odiais? le decia el republicano.

—No, le respondia la aldeana; pero antes de todo mi Dios y mi rey. ¿Puedo yo amar al que se arma contra ellos? Yo creo en el Ser supremo. ¿Y serviria á los que destrozan la cruz? Yo he llorado por la monarquía y vos cantais la *Marsellesa*.

III.

Angélica supo una mañana que algunos de sus parientes acababan de ser arrastrados á las prisiones de Laval: eran Mme. Stay y sus cuatro hijas. Su esposo y padre, oficiales vandeanos, habian combatido por sus príncipes: habian sido cogidos con las armas en la mano; su suerte no era dudosa.

Modestamente vestida, y provista de algun dinero, llega á introducirse dentro de las siniestras murallas: entra.... sus amigas estaban alli, las compañeras de su infancia... cuatro jóvenes encantadoras, modelos de gracia y de inocencia. El fatal triángulo de acero esperaba ya su presa. Angélica se arroja llorando en los brazos de sus nobles parientes. Mme. Stay se adelanta hácia ella, y levantando las manos al cielo:

«¡Oh! ¡nada de lágrimas! esclama: la muerte es hoy un triunfo, el paso á los goces eternos. ¿Por qué temblar á la vista de la felicidad?»

La puerta de la prision se abre: se presenta un enviado del tribunal revolucionario. Arroja á los pies de las señoras de Stay el uniforme de un vandeano teñido en sangre y acribillado á balazos. El guerrero que en el campo del honor habia llevado aquel vestido, del cual estaba todavía suspendida la cruz de San Luis, acababa de morir fusilado.

«¡Ciudadanas! dice una voz ronca y feroz: ¿reconoceis estos despojos?»

Un grito de horror le responde. La señora Stay cae de rodillas ante el sangriento vestido de su marido. Los sollozos ahogan su voz. Sus hijas se cubren los ojos.

«¡Oh padre mio, padre mio!....

—¡Ciudadanas! ahora os toca á vosotras,» prosigue el mensajero fúnebre.

Y tomando un papel lee:

«La muger Stay y sus cuatro hijas condenadas á muerte.»

La fugitiva de Mans y las señoras de Stay han quedado solas en la prision.

«Amigas mias, esclama Angélica, Dios me inspira, un rayo me ilumina. Tengo un medio de salvaros, un medio poderoso y cierto... ¡Nada de abatimiento, valor! Es un general enemigo... le llaman Beaufort... me ama.... Este hombre ha pedido mi mano.... hasta aqui lo he rehusado. Que os libre, y se la entrego.»

Y la jóven se escapa.

IV.

Beaufort está al lado de Angélica; ella es quien le ha llamado. La señora Leclerc está ausente.

«Escuchad, dice la vandeana: ¿es cierto que me amais?....

—¡Si yo os amo!... ¡Y qué! ¿lo dudais?...

—¿Me quereis por esposa todavía?

—¡Cielos! ¿podeis dudarlo? ¡Yo, cuyo amor ardiente y sincero!....

—Basta, interrumpe la proscrita. ¡Oh!... ¡nada de palabras amorosas! ¡Amor en dias de muerte!.... ¡amor en medio de sangre! ¡Ah! esta mezcla me aterra, me horroriza: Beaufort, me casaré con vos. Mi mano, nada mas. Pero antes.....

—¡Acabad! ¿Qué condicion?....

(1) Los soldados de la república llevaban uniforme azul, y de aqui provino el que se les diese el nombre de *azules*.

Ayuntamiento de Madrid

—Una madre y sus cuatro hijas han sido condenadas á muerte.

—¡Y bien!

—¡Salvadlas, general!

—¿La familia Stay?

La misma. Haced que se sobresea en la causa. Partid al instante á París. Obtened el perdon de los verdugos. Despues mi mano es vuestra.

—Parto.»

V.

El plazo tocaba á su término. Eran las seis de la mañana. Todavía tres horas de angustia..... y el hacha iba á levantarse.

«¿Por qué esperar á las nueve? murmuraban los monstruos. ¡Que adelanten los relojes! Si Beaufort, despues de acabados sus negocios, llegara esta mañana con el perdon de las víctimas, ¡qué afrenta para el tribunal! ¡Qué! ¡cinco cabezas de aristócratas robadas con ultraje á la venganza republicana!.... ¡Ah! la clemencia en los dias de la emancipacion de los ciudadanos es un crímen de lesa-nacion. ¡De qué hermoso drama se privaria entonces al pueblo! ¡No dejemos que hundan en el lodo á la justicia! ¡Jueces, nada de misericordia!

—¡Sí, nada de misericordia!»

Y los infames adelantan la hora en el reloj de la plaza principal de la ciudad.

«¡Oh! herid, por favor, herid,» decia en tono suplicante la infortunada vandeana: ¡por piedad, no me perdoneis!

—Con mucho gusto,» responde el verdugo.

Y el hacha cae al compas de sus carcajadas.

VI.

¿Quién podria pintar el estado de Beaufort y su desesperacion? Con los ojos centelleantes, los miembros convulsos, agitados, presa de una fiebre abrasadora, se golpeaba la frente con toda la violencia del delirio.

«¡Oh! ¡los monstruos, esclamaba, los monstruos! ¡No son mas que las ocho!

—¡Venganza! respondia el pueblo. ¡Abajo los traidores, muerte á los jueces!»

Y la multitud irritada, cansada ya del pesado yugo que habia encorvado tanto tiempo su cerviz, se lanzaba al tribunal revolucionario para destrozarle. Beaufort no ha seguido á los hijos de Vendée; se arranca apenas del lugar de la ejecucion, con la desesperacion pintada en su frente. ¿A dónde ir? Lo ignora. Su caballo lo guia á la ventura.

¡Hora de angustia, hora infernal! El general republicano, perseguido por las imágenes del crímen y del asesinato, conteniendo apenas su razon, maldecia por instinto su escarapela y su estandarte. De repente su corcel se detiene: está bajo los muros de una iglesia. La puerta de la casa del Señor está abierta: Beaufort recuerda los venturosos dias de su infancia en que su madre tierna y piadosa le conducia al pié de los altares. Murió hace tiempo.... si hubiese vivido... aquella madre... la hubieran muerto como á Angélica: su alma era leal y pura. ¡Oh! ¡qué pensamientos tan desgarradores! El gefe republicano se precipita maquinalmente hasta el fondo del santuario. Alli el desgraciado cae de rodillas. Despues murmura «¡Madre mia!» ¿Se olvida alguna vez tan dulce nombre?

El altar estaba vacío y destrozado: ni una cruz, ni una imágen santa: sin embargo, alli las hubo un dia. Alli, bajo aquellas bóvedas desiertas, corria la multitud cristiana á rogar al Dios de las alturas. Alli, desde los altos cielos, descendia al altar del Salvador de los hombres: quizá domina alli todavía. Con lágrimas en los ojos Beaufort esclama: «¡Oh Dios mio!»

Vizconde d'Arlincourt.

Ayuntamiento de Madrid

LA INFANTICIDA RUSA.

La legislacion rusa es un espantoso caos, una monstruosa reunion de disposiciones, heterogéneas y estravagantes, y oculta aun bajo el barniz de la moderna civilizacion, la antigua barbarie de la raza slava. Ni Pedro I con su genio brutal, pero vasto y poderoso, ni Catalina II con la perspicacia y valentía de las miras filosóficas que fueron su norte, alcanzaron á corregir los abusos de las leyes, á dulcificar su espíritu y á remediar su incoherencia, aunque ambos, como continuadores de un mismo plan, dedicaron á él grandes esfuerzos: la huella de sus afanes marcada está en los dos códigos; pero han sido estériles para la aplicacion de las leyes.

Un hecho reciente, y que presenciamos durante nuestra mansion en Rusia, corrobora estas observaciones.

El 23 de mayo de 1843, á las ocho de la noche poco mas ó menos, una jóven con la cabeza descubierta y lívido rostro, salió con paso vacilante de una de las hermosas y elevadas casas situadas á espaldas del puente de Kalinkina, en la orilla del canal de Fontanka. Esforzábase para ocultar, bajo de un gran manton de seda negra de los mas elegantes, un objeto bastante voluminoso. En cuanto llegó al desembarcadero, echó á su alrededor angustiosas miradas, y bajó despues con planta trémula la escalera de piedra que conduce á la orilla del agua. Entonces sacó de debajo del manton un niño recien nacido y lo arrojó al Newa; en seguida cruzó sus manos en accion de súplica con los ojos puestos en el cielo, é iba á arrojarse tambien al agua, cuando un hombre que estaba recostado en la muralla del parapeto, observando la escena, corrió á ella, la cogió casi en el aire, y la sacó arrastrando hasta el pavimento del embarcadero.

La jóven daba gritos y luchó convulsivamente, hasta que, perdiendo las fuerzas, cayó desmayada en los brazos de aquel hombre, el cual la condujo á la casilla de madera de un boutchnik (especie de agente de policía). Asi que hubo recobrado el sentido, la trasladaron ante un quartalnik (alcalde de barrio), y este intentó evacuar el primer interrogatorio, pero en vano, porque solo dió por respuesta su amargo llanto, cubriéndose el rostro con las manos en cuanto se las dejaban libres.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo sin que se supiese el nombre de su familia y la causa que le indujo al crímen que acababa de cometer.

La presa se llamaba María: era hija de M. S.... aleman naturalizado, y uno de los mas opulentos negociantes de San Petersburgo. María era linda, graciosa, de diez y siete á diez y ocho años de edad, y habia recibido una esmerada educacion. Un dependiente de su padre se habia enamorado de ella: era tambien jóven y de buena figura, y consiguió sin mucho trabajo ser correspondido ciegamente. La facilidad con que los dos amantes podian verse á cualquier hora del dia, dió márgen á que entre ellos se estableciesen íntimas relaciones, y María quedó en cinta. Conociendo las rígidas costumbres de su familia, y la escesiva severidad de la opinion en esta ciudad helada y sombría, en la cual la perpetuidad del in-

Ayuntamiento de Madrid

vierno, al paso que estingue el ardor de la vida, hace fácil la virtud é implacable la tolerancia, ocultó mientras que pudo su fatal secreto. Pero el disimulo permitido por la naturaleza no fue de larga duracion.

El matrimonio pudo arreglarlo todo; mas la imprudente familia se negó á ello. El seductor fue arrojado de la casa ignominiosamente, y María desterrada á un cuartito del último piso, en donde ya no vió mas que semblantes irritados, ni oyó mas palabras que denuestos y reconvenciones. Este paso brusco de una vida elegante y pacífica á una existencia llena de sufrimientos y baldon, produjo en la pobre niña la mas negra melancolía, y un anodadamiento estúpido, que solo cesaba cuando se veia acometida de accidentes nerviosos. Dió á luz un niño. Ninguna precaucion dejó de tomarse para evitar las indiscreciones y el escándalo. Una nodriza, traida de un pueblo lejano, debia marchar al otro dia del parto en la diligencia de Moscou llevándose el recien nacido.

Pero, aunque postrada por el dolor y devorada por la fiebre, María velaba sobre su hijo con feroz solicitud. Cuando se acercaban á la cama para tomárlo, se ponia de pié sobre ella dando agudos gritos, con el semblante desencajado, en actitud tan amenazadora, que su madre, sobrecogida de espanto, renunciaba á su intencion y se limitaba á aplacarla con ruegos y caricias. Al salir del cuarto de su hija encontró á la nodriza en la escalera, y la dijo por lo bajo:

«Sed prudente, y haced lo posible por no infundir sospechas: esta noche en cuanto se quede dormida sacaré el niño.»

Sea que dudase María de la sinceridad de su madre, ó que fuese inspirada por alguna de esas misteriosas revelaciones del instinto, que nunca faltan en los casos apurados, es lo cierto que salió de la cama sin hacer ruido siguiendo á la madre, y oyó desde la puerta las palabras dichas á la nodriza. Y entonces, pasando del estado de estupor al de un horroroso delirio, tomó en sus brazos la débil criatura de que querian separarla: cubrió sus desnudas espaldas con el manton de seda, salió furtivamente de la casa y se dirigió á Fontanka. El acaso llevó allí un testigo inesperado, el cual la libró de la muerte para esponerla quizá á pruebas mil veces mas crueles.

Con efecto, la justicia, ó mas bien lo que en Rusia goza de este nombre, considera solo el hecho material, sin tomar en cuenta las circunstancias que pueden haberlo preparado, circunstancias que muy á menudo convierten en desgracia inevitable, ó en falta grave si se quiere, un crímen aparente. La justicia tiene ojos para certificar los atentados; pero no debe carecer de inteligencia para comprenderlos, ni de entrañas para deplorarlos. ¿Ni quién puede esperar fallos razonados y equitativos en donde falta la publicidad de los debates judiciales, en donde se sentencia con el mayor secreto, y sin admitir pruebas en defensa de los acusados?

M. S.... demasiado rico para comprar la indulgencia de los jueces, ofreció por la salvacion de su hija la mitad de toda su fortuna; pero el hecho era ya muy público, y la aventura tuvo eco en todas partes. Esta justicia, de ordinario tan complaciente y venal, no pudo venderse entonces.

La desgraciada María fue condenada á recibir cuarenta y un golpe de knout. Mas cuarenta y uno de estos golpes para una jóven trabajada por la enfermedad, la deshonra y los remordimientos, es una muerte infalible y espantosa. Al saber la sentencia los padres de la pobre María, quedaron como heridos de un rayo. Su nombre seria deshonrado para siempre, y su conciencia sufriria el eterno martirio del tardío arrepentimiento.

Sin embargo, aun existia un rayo de esperanza para la salvacion de la desdichada jóven, gracias á un artículo del código criminal. Previene este, que si la sentenciada es hija de un comerciante de primera ó segunda clase, y un noble consiente en tomarla por muger antes de ejecutada la sentencia, la pena del knout puede conmutarse en destierro perpetuo á la Siberia, del cual participará el marido. ¿Pero dónde encontrar ese noble, ese salvador? Aunque haya en Rusia millares de nobles pobres, el orgullo

Ayuntamiento de Madrid

de la clase les hace soportar su miserable nobleza, y no era de esperar que ninguno de ellos quisiese aceptar la infamia y los tormentos de un destierro perpetuo en los ásperos y helados páramos del imperio. A pesar de esto, M. S.... anunció que daria trescientos mil rublos al noble que se casara con su hija. Una suma tan enorme no bastaba, ni aunque hubiese sido mayor; solo se presentó un marinero holandés, persuadido de que el único retoño de un mercader de forrajes de Rotterdam valia tanto como cualquier hidalgo de la Livonia, de Siberia ó de Rusia.

El oro repartido por M. S.... á los curiales, carceleros y á cuantos podian tener alguna influencia, dió no obstante por resultado el que se prorogara la ejecucion de la sentencia por algunos dias. La jóven pasaba el tiempo derramando amargas lágrimas; y cuando sus fuerzas se agotaban, y el sueño le hacia olvidar á su hijo y el suplicio que le esperaba, los guardas, puestos en la puerta de su calabozo, la veian despertar sobresaltada y revolcarse en la cama dando lastimeros gritos.

Una nueva próroga de ocho dias fue concedida á las ardientes súplicas de M. S.... Pasaron siete, y ya no quedaba ninguna esperanza, cuando un jóven de familia pobre, pero noble, y cuyas producciones literarias verdaderamente originales, publicadas en los *Archivos del Norte*, le daban fama de sobresaliente ingenio, se presentó en la prision y pidió hablar con la sentenciada. María, tenida un año antes por una de las bellezas mas notables de San Pertersburgo, no era ya ni su sombra. El jóven se sentó cerca de ella, y la contempló largo tiempo sin hablar una palabra, como queriendo descubrir en sus ajadas y lívidas facciones el indicio de los perversos instintos que su crímen debia suponer, y en seguida la interrogó sobre los motivos que pudieron inducirla á dar la muerte á su hijo. «Estaba loca, y queria morir con él,» contestó, refiriéndole entonces los diversos incidentes de su historia con tanta verdad, tan sincero dolor y arrepentimiento, que no pudo menos de juzgarla mas desdichada que culpable.

«No temo la muerte, dijo al concluir, la merezco y la deseo; pero, añadió con un estremecimiento convulsivo, tengo miedo al suplicio, el knout es muy terrible.»

El jóven no vaciló ya: estrechó con ternura y compasion la mano de la sentenciada, y dió parte de su resolucion al juez de la causa, el cual la trasladó al senado. Al otro dia recibieron la bendicion nupcial en la capilla de la Colomna: en la siguiente noche salieron de San Pertersburgo, camino de Tobolsk, de donde nunca saldrán ya, porque la Siberia es una tumba para los vivientes.

---

(1) El knout es una especie de látigo de dos pies de largo, forrado de cuero, y que termina en un anillo de cobre, al cual está atada una correa de piel de asno de dos pulgadas de ancho. El paciente, sujeto de pies y manos á un tablado hecho espresamente para el caso, recibe por lo regular cuarenta y un golpes por mano del verdugo. Uno solo basta para abrir las carnes y dejar en el cuerpo huellas que jamás se borran. El número de golpes es proporcionado á la gravedad del delito. En casos escepcionales se marcan con un hierro hecho ascua la frente, las dos mejillas y la barba del sentenciado. En otro tiempo el verdugo le arrancaba con unas pinzas las narices. La abolicion de este horroroso apéndice es una de las conquistas debidas á los últimos veinte años de civilizacion.

Fin del tomo segundo.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid

PERFUME
ASTRIS.

L·T·Piver.

Fábrica de Perfumerias
PARIS

PERFUMERÍA
FLORAMYE
EXTRACTO. POLVO DE ARROZ
SACHET
JABÓN. AGUA DE TOCADOR
ETC., ETC.

Ayuntamiento de Madrid